

NOELIA AMARILLO

# BESOS ROBADOS



se

Lectulandia

Ha pasado un lustro desde que Raúl Garrido, el director mimado del cine español, rodó su última película. Cinco años desde que tocó fondo y todas las puertas se le cerraron. Cinco años desde que su vida fue comentada, diseccionada y juzgada por la prensa amarilla.

Ahora ha vuelto a escena para rodar una serie. Una de categoría B, o incluso C o D, si es que eso existe. Tiene como protagonistas a una vieja gloria del cine, más preocupada por su aspecto que por la calidad de su interpretación, y a un actor desconocido e inexperto, mucho más joven que ella, algo que a la actriz le sienta fatal. A esto hay que añadir un productor que lo vigila para que no vuelva a caer en «antiguos vicios» y personal de rodaje insuficiente.

Pero en realidad, nada de eso sería un problema para Raúl si su jefe no se hubiera empeñado en contratar una nueva script. Una que lo saca de quicio. Que jamás dice la verdad. Que tiene ideas propias y demasiada imaginación. Y que lo vuelve loco. En todos los sentidos.

**Lectulandia**

Noelia Amarillo

# **Besos robados**

ePub r1.0

Titivillus 30-01-2019

Título original: *Besos robados*  
Noelia Amarillo, 2018

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

*Para Cristina y Raúl.  
Gracias por regalarme un momento mágico*

## Prólogo

### *Abril de 1994*

Las hormigas formaban una organizada hilera que horadaba el suelo arenoso del parque. Trabajadoras incansables, transportaban diminutas migas de pan, casi perfectas en su redondez, en un perseverante viaje de ida y vuelta desde un viejo banco hasta el marchito pino que se alzaba más muerto que vivo a pocos metros. Sentada en equilibrio sobre el respaldo del banco, una niña de no más de once años, tal vez menos, desmigaba su merienda con la mirada fija en los hacendosos insectos. De repente, una algarabía de voces perturbó el silencio. Un grupo de niños, algunos de doce años, la mayoría de diez, irrumpió en la soledad del parque abandonado. Debatían a gritos temas que, como suele pasar con las cosas de los niños, solo a ellos les parecían importantes. Saltaban unos contra otros, pecho contra pecho, en una parodia de combate; se empujaban y se agarraban por el cuello en intrincadas llaves de kárate en nada similares a las de la última película de su héroe favorito. Y reían. Sobre todo, reían.

Eran niños felices. Los más populares de la clase.

Entre todos ellos sobresalía uno. No era el más guapo ni el más fuerte, tampoco el más listo, pero era aquel al que todos escuchaban y seguían, el líder de la manada.

La niña los oyó llegar y desvió la vista de las hormigas para fijarla en las viejas deportivas que cubrían pero no calentaban sus pies. Apretó el pan nerviosa cuando la alegre pandilla se le acercó y contuvo la respiración al ver que se detenían frente a ella. Casi se le paró el corazón cuando el banco tembló bajo el peso del rubio de ojos grises y sonrisa pícaro.

—¿Por qué estás sola? —le preguntó él sentándose a su lado.

Ella hundió los hombros, su delgado cuerpo en tensa inmovilidad, excepto sus dedos, que, como si tuvieran vida propia, se movían nerviosos sobre el pan, desmigándolo.

—¿No dices nada? ¿Te ha comido la lengua el gato? —Se acercó más a ella—. Ya sé, no contestas porque eres tan tonta que no entiendes por qué estás sola —afirmó ufano, mirando a su público.

La pandilla, como la manada bien adiestrada que era, lo jaleó arrebatada al intuir que iba a regalarles uno de sus divertidos espectáculos.

—Voy a ser bueno y a decirte por qué no tienes, ni tendrás nunca, amigos. —Deslizó el trasero por el filo del respaldo, acercándose a ella con intención de susurrarle algo, pero se apartó con rapidez fingiendo una mueca de asco—. ¡Apesta! —Se tapó la nariz con dramatismo. Su séquito se echó a reír—. Por eso nadie se acerca a ti. Porque eres una apestosa.

La niña bajó más la cabeza y continuó en silencio. Si se estaba muy quieta y no le contestaba, tal vez se aburriera y la dejara en paz.

—Si te lavaras el pelo más a menudo, no lo tendrías tan grasiento..., pero, claro, entonces ¿de dónde sacaría tu madre el aceite para freír los huevos que coméis cada día? Porque solo coméis eso, ¿verdad? Sois tan pobres que no os llega para nada más —se burló dándole un codazo en el costado, justo en el mismo punto que ya tenía amoratado por golpes anteriores. Ella se encogió intentando hacerse aún más pequeña—. ¿Te he hecho daño? Cuánto lo siento —dijo burlón a la vez que le deslizaba el índice por el hombro en una caricia que la hizo estremecerse—. ¿Sabes qué?, no soy tan malo como crees, no debes tenerme miedo. Mira, te voy a hacer un regalo. Lo he traído pensando en ti.

Sacó una bolsa de su chaqueta. Las risitas que se le escaparon a su comitiva demostraron que la escena que estaba interpretando no tenía nada de casual. La abrió con gran pomposidad y sacó unas braguitas arrugadas que se apresuró a mostrar a su comparsa como si de un trofeo se tratara.

—Son de mi hermana. Nunca se entera de cuándo le baja la regla y hoy las ha manchado. Mi madre las iba a tirar, pero he pensado que te vendrían bien, porque, con lo necesitadas que estáis desde que tu padre se largó, estoy seguro de que no tienes muchas. Te las regalo. Ahora tendrás unas bragas de recambio y podrás lavar las que usas siempre, así no darás tanto asco ni serás tan apestosa. —Le encajó las bragas en la cabeza. La pandilla estalló en hirientes carcajadas—. Eso sí, no se te olvide lavarlas antes de ponértelas, porque están un poco sucias —se burló dándole un fuerte empujón que casi la tiró del banco.

La niña trastabilló perdiendo el equilibrio. Soltó el pan, que cayó hecho trizas al suelo, para agarrarse al banco, la entrepierna de las bragas rozándole la nariz con cada agitada respiración.

El niño esperó unos segundos para ver si reaccionaba de alguna manera que pudiera explotar para continuar con su cruel parodia, pero como ella no se defendió ni mucho menos se quejó, acabó por aburrirse. Le ajustó la repugnante prenda en la cabeza y saltó sobre las hormigas que se afanaban en trasladar las migas de pan al hormiguero.

Y en ese momento se dio cuenta de lo que ella había estado haciendo.

—¿Les estabas echando miguitas? ¿Como si fueran palomas? —se burló girándose hacia la niña, que por primera vez en toda esa escena exhaló un aterrado gemido. Él se había dado cuenta de que le gustaba observarlas, y eso nunca era bueno—. Mira que llegas a ser tonta. No tienes para comer y gastas el pan en unos bichos asquerosos. Aunque, claro, son casi tan asquerosos como tú, a lo mejor por eso te gustan. —Pisó con crueldad la ordenada fila de insectos, aplastándolos.

—No las mates, no te han hecho nada —jadeó horrorizada.

—¿Que no las mate? ¡¿Cómo te atreves a darme órdenes, apestosa?! —

Le arrancó las bragas de la cabeza y, agarrándola del pelo, le dio un fuerte tirón que la sacó del banco, mandándola al suelo. Ella se encogió sobre sí misma y al instante comenzaron a caerle patadas en la espalda, los brazos, las piernas o cualquier otra parte de su cuerpo que quedara expuesta a la irracional rabia del crío.

—Qué pena que tu hermano no esté aquí para defenderte, apestosa —la reclamó con perversa maldad.

—Eh, Ramón, tal vez deberías dejarla —intervino uno de los niños de la panda.

El líder de la manada se giró rabioso, los puños cerrados y la mirada desenfocada.

—Le vas a dejar marcas. Si las ven los profes le preguntarán y puede irse de la lengua, y eso no mola nada —apuntó con rapidez el valiente que había intervenido, rezando para no convertirse en el nuevo blanco del maltratador.

—No tiene cojones para chivarse —siseó Ramón acuclillándose junto a su víctima—. ¿Verdad que no vas a decir nada? Porque, si lo haces, le diré a mi padre que es una mentira que te has inventado para hacerme quedar mal en el cole, y él me creerá y despedirá a tu madre, y no es eso lo que quieres, ¿verdad?

La niña negó con la cabeza.

—Bien, ten la boca cerrada y no pasará nada —le advirtió dándole una última patada.



Luego se dirigió a la desbaratada fila de hormigas que comenzaba a reorganizarse y la pisoteó con saña, aplastando a todos los insectos que no lograron escapar. Al acabar, miró burlón a la niña, se encogió de hombros y enfiló el sendero silbando feliz.

La pequeña se quedó quieta, encogida sobre sí misma, hasta que los vio salir del parque y cruzar la carretera. Después se levantó despacio y caminó renqueante hasta la despiadada masacre. Había cientos de insectos deshechos. Incluso había pisado el hormiguero, tapándolo.

Acarició la tierra con el índice, abriendo de nuevo la entrada, la tristeza escapando de su interior con cada respiración. Tan sola. Tan asustada. ¿Qué había de malo en ella para que nadie la defendiera, para que nadie la apoyara, para que ni siquiera pudiera entretenerse mirando a unas simples hormigas?

Habían muerto por su culpa.

No.

Por su culpa, no. Por culpa de él. Ella no le había hecho nunca nada. Siempre intentaba evitarlo, no se interponía en su camino y ni siquiera lo miraba. Y aun así le hacía daño. Y ahora también se lo había hecho a unos insectos inocentes.

No era justo.

No tenía amigas porque él les había dicho a todos que quien se arrimara a ella sufriría las consecuencias. Tampoco la dejaba ir a la plaza con los demás niños, mucho menos pasear por el barrio sin acosarla y reírse de ella. Por eso se escondía en ese parque abandonado. Pero la había descubierto. Y había matado a las hormigas. Que no tenían culpa de nada.

La tristeza mutó, transformándose en rabia. Una rabia pura y letal que se extendió por sus venas con cada latido de su roto corazón.

\* \* \*

Eran poco más de las nueve cuando Ramón agarró las dos bolsas de basura que su madre le había preparado. Salió de casa y se dirigió sin prisa a los contenedores del final de la calle. Como cada noche, echó la bolsa que contenía los botes y briks en el contenedor de residuos orgánicos y la de los desechos de comida en el amarillo para latas y plásticos. Luego se apoyó en la barandilla que rodeaba la plaza y se encendió un cigarro.

No lo vio llegar.

Sintió un golpe brutal en la cabeza y su cerebro pareció explotar. Le temblaron las piernas y cayó de rodillas sujetándose la testa mientras buscaba a su agresor. Recibió el segundo impacto en la espalda. Fue como si le

clavaran un puñal en el hombro. El tercer asalto llegó un segundo después y le rompió la muñeca izquierda, pero apenas lo notó; había demasiado dolor como para sentir más.

Mareado y confundido, se derrumbó sobre la acera de adoquines grises. Entonces la vio. Sujetaba una piedra enorme e irregular que en realidad era un escombros de las obras abandonadas del polígono. Una amalgama de cemento, trozos de ladrillo y rocas porosas terminadas en afiladas aristas de las que goteaba sangre. Su sangre.

—¿Tina?

—No deberías haberlas matado. No te habían hecho nada —dijo ella antes de alzar la mano y dejar caer la piedra al suelo.

Él la miró asustado antes de desmayarse, la sangre brotando con fuerza de la brecha en su cabeza.

Ella se quedó de pie frente a él, observándolo inmóvil.

Y así la encontró la policía pocos minutos después, cuando pasaron junto a los contenedores alarmados por el incendio de uno de ellos.

La niña no reaccionó cuando del coche bajaron dos agentes que se acercaron con rapidez. Y tampoco se resistió cuando uno de ellos la encerró en el vehículo mientras el otro llamaba a una ambulancia y a los bomberos.

# 1

## *Jueves, 2 de febrero de 2017, en una barriada de Madrid*

Era una parada de autobuses con anuncios de perfumes en la marquesina y un estrecho y curvo tejado rojo que no evitaba mojarse a quienes se refugiaban debajo de él. Tampoco ayudaba que la lluvia pareciera llegar desde todas las direcciones. Desde arriba, de los lados e incluso desde abajo, pues caía con tanta fuerza que rebotaba contra los charcos, salpicando a las dos personas que esperaban el autobús.

Una de ellas era un hombre con una gabardina negra más sofisticada que funcional y maletín de polipiel imitación de una gran marca. Alternaba su mirada impaciente entre la calzada y la otra persona que aguardaba en la parada. Esta era una mujer de pelo oscuro, piel alabastrina y enormes ojos más verdes que grises. El denso flequillo negro rozaba el arco de sus estilizadas cejas, haciéndola parecer mucho más joven de lo que en realidad era. Pero lo que lo tenía hechizado no era su belleza elegante o la pronunciada uve de sus sensuales labios rojos. No. Lo que lo tenía pasmado era su inconcebible sonrisa. Una sonrisa de oreja a oreja, de esas que solo asoman en esos raros momentos de felicidad extrema en los que todo parece maravilloso, incluido un día tan desapacible y frío como ese.

Apartó la mirada de ella, incapaz de comprender tanta euforia en un día tan gris y, usando el periódico a modo de paraguas, se asomó a la calzada. Sonrió al ver un autobús acercándose. Intentó leer el número de línea, pero aún estaba lejos y llovía demasiado para esperar, así que regresó al escaso amparo que le proporcionaba la marquesina.

—Hay uno a punto de llegar —le comentó a su compañera en la espera.

—¡Qué maravilla! —saltó encantada ella, asomándose—. Oh, vaya, es el 513.

—Tendría que ser el 520, lleva más de quince minutos de retraso —gruñó él cabreado.

—Todos se están demorando por culpa de la lluvia. Seguro que el siguiente será el suyo —dijo animosa, ganándose una airada mirada de él—. Mi hermano es guardia urbano y sé por él que cuando llueve los vehículos deben aumentar la precaución, pues el agua que se acumula en la calzada hace que las ruedas patinen.

El hombre la miró de arriba abajo al oír tamaña estupidez. ¡Ni que las carreteras se convirtieran en lagos! Resopló desabrido y dio un paso atrás para alejarse un poco más del bordillo. ¡Con la suerte que tenía, lo más probable era que el bus parase sobre un charco, empapándolo!

La joven, al contrario que él, volvió a asomarse a la calzada y suspiró impaciente, mostrando por primera vez la inquietud que la consumía. Su autobús también llevaba retraso, media hora exactamente. Iba a llegar tarde al primer empleo que había conseguido en mucho tiempo. Miró de reojo la desvencijada maleta que la acompañaba y la sonrisa regresó a su cara. ¡Si todo salía bien, tendría trabajo para unos cuantos meses! Su empleador le había advertido que su futuro jefe le exigiría disponibilidad y entrega absolutas, pero no le importaba. Estaba acostumbrada a trabajar duro y, además, el empleo incluía alojamiento y comidas, lo que significaba que no tendría que vivir en casa de su madre durante un tiempo. Solo por eso, ya merecía la pena.

Animada de nuevo, sonrió a la lluvia, y en ese momento una escena en el encharcado parque que había al otro lado de la calle le llamó la atención. Sin pensarlo un instante, abandonó la protección de la parada para acercarse al bus que acababa de abrir sus puertas.

El conductor estaba a punto de cerrarlas al ver que nadie subía cuando la joven de belleza angelical y afables ojos grises, o tal vez verdes, se agarró a la puerta y puso un pie en el primer escalón mientras mantenía el otro en el asfalto.

—Disculpe, ¿adónde se dirige? —le preguntó sonriente.

—A Príncipe Pío —resopló antipático. Faltaban varias horas para que finalizara su turno, y el día se le antojaba demasiado gris como para soportar la luminosa sonrisa de la muchacha.

—Entonces ¿pasa por Puerta de Hierro?

—No, señorita. Para ir allí tiene que tomar otro autobús en Moncloa —explicó aburrido.

—Oh, entonces este no va directo.

—Así es. ¿Va a subir? —la instó exasperado.

—Es que no quiero ir a Príncipe Pío, ¿me podría acercar a Puerta de Hierro? —Le sonrió desde la puerta, con medio cuerpo dentro del bus, impidiéndole cerrar y marcharse.

El conductor la miró atónito. ¿Se estaba burlando de él o era así de tonta?

—Lo siento, señorita, pero esto no es un taxi. ¿Va a subir o no?

—Pues no lo sé, ¿qué me aconseja que haga? —inquirió ella con una gran sonrisa.

—¿Me está tomando el pelo?

—Claro que no, solo le pido su honesta opinión. No creo que sea adecuado ir a Príncipe Pío si quiero ir a Puerta de Hierro, pero si usted me lo aconseja le haré caso, porque mi hermano es conductor de autobús y sé que puedo fiarme del gremio.

—Mire, señorita, usted puede hacer lo que le dé la real gana —comenzó a decir furioso—, siempre y cuando no...

—¡Espere un momento! —exclamó un anciano agarrándose a la barra de la puerta. La joven se apartó para que pudiera entrar—. Menos mal que me ha dado tiempo a llegar, ya creía que se me escapaba —dijo casi sin aliento una vez dentro—. ¿Va a subir, señorita?

—Oh, no, solo estaba charlando un poco —replicó ella con afabilidad antes de refugiarse de nuevo bajo el tejadillo de la parada.

—Pues gracias a Dios que lo ha entretenido, si hubiera perdido el autobús no habría llegado a tiempo a casa de mi hija para llevar a mi nieto al colegio —explicó él. Luego pasó su abono por el lector y buscó un sitio en el que sentarse.

El conductor miró perplejo al anciano, a la mujer y de nuevo al anciano, negó con la cabeza y cerró la puerta. Acto seguido, con un petardeo del motor, se alejó por el asfalto mojado.

El hombre que estaba en la parada, y que no se había perdido detalle, miró asombrado a la joven, que de nuevo estaba bajo la marquesina, junto a su vieja maleta. Estaba empapada hasta los huesos, el pelo le chorreaba, las manos le temblaban por el frío y tenía la cara brillante por la lluvia. Pero la enorme sonrisa seguía ahí.

—¿Has montado esa ridícula escena para que el viejo no perdiera el autobús?

—He coincidido con él en alguna ocasión tomando el 513, así que cuando lo he visto en el parque he pensado que no le vendría mal que entretuviera al conductor —señaló ella.

—Te has empapado entera por un viejo al que no conoces —murmuró perplejo por su generosidad—. Y él ni siquiera te ha dado las gracias a ti, sino a Dios...

—¿Por qué iba a dármelas? —Ella lo miró extrañada, su sempiterna sonrisa iluminando su rostro—. No tenía modo de saber que lo estaba entreteniéndolo por él.

—Pero...

—Lo siento, es mi autobús, tengo que irme. —Agarró la maleta y salió de nuevo al asfalto. El transporte que la llevaría hasta su nueva vida acababa de llegar.

***Jueves, 2 de febrero de 2017, en un pueblo de la Sierra Oeste de Madrid***

Raúl Garrido echó un último vistazo al *storyboard*<sup>[1]</sup> de su nuevo proyecto y lo soltó en la mesa con algo muy parecido al desprecio. Cogió las fotos de los edificios y los planos de las calles en las que comenzarían a rodar en un par de días y los ojeó sin prestarles mucha atención, pues los tenía frescos en la memoria. Había pasado semanas recorriendo las localizaciones con el director de fotografía y el productor. No eran perfectas, pero era todo lo que podían conseguir dado el escaso presupuesto con el que contaban. Dejó las imágenes junto al *storyboard* y recorrió inquieto el limitado espacio de la autocaravana en la que viviría los próximos meses. Se detuvo frente a los dos bustos que había en la repisa de la ventana.

—No debería haberte traído, Paco —masculló girando una de las estatuillas para que mirase al exterior—. A ti tampoco, Paquito. —Hizo lo mismo con la otra y observó con rabia el desapacible día que se vislumbraba tras los cristales.

Si no paraba pronto de llover, tendrían que retrasar el comienzo de la grabación. Y lo último que necesitaba para colmar su escasa paciencia era tener que cambiar el plan de rodaje por culpa del maldito tiempo. La meteorología adversa era algo a lo que se había enfrentado mil veces durante su carrera, pero en sus anteriores trabajos el presupuesto podía soportar unos pocos retrasos. Todo lo contrario que pasaba con esa puñetera serie. Tenía un presupuesto limitado, los medios técnicos eran escasos y los trabajadores insuficientes, y algunos, además, estaban poco cualificados. Necesitaría el doble de personal y material para llevar a buen término una serie; al menos, una serie de primera, y la que él tenía entre manos no lo era. Aunque podría serlo, o eso esperaba el productor, pues para eso lo había contratado.

—Menudo ingenuo está hecho. —Recorrió con el índice el perfil de una de las estatuillas—. ¿Cuánto tiempo crees que tardará en darse cuenta de que he perdido mi instinto? —le preguntó con una cínica sonrisa dibujada en los labios.

Quién habría imaginado —él no, desde luego— que llegaría a un punto de su carrera en que debería estar agradecido por tener la cuestionable oportunidad de dirigir una serie de segunda. Él, Raúl Garrido, inesperado ganador del Goya a la Mejor Dirección Novel hacía más de dos décadas y flamante triunfador de la edición de 2005 por un dramón soporífero que se había ganado el favor de la crítica, que no el del público, consiguiendo seis de las preciadas estatuillas, una de ellas al mejor director.

Cogió la estatuilla de esa película, que ahora le despertaba más desprecio que orgullo.

—Doce años ya, hay que joderse lo rápido que pasa el tiempo —le dijo al Goya.

—Sobre todo si tenemos en cuenta que el último lustro lo has pasado autocompadeciéndote y desintoxicándote —señaló un hombre de unos sesenta años desde la puerta de la autocaravana.

Alto y fornido, con el pelo gris engominado al más puro estilo mafioso y vestido de manera informal con vaqueros y chaqueta negra, daba la impresión de ser un tipo indolente y despreocupado. Pero esa apariencia engañosa desaparecía cuando posaba la mirada en sus presas y sus labios se torcían en una peligrosa sonrisa que hablaba de poder, determinación y fuerza de carácter.

Se internó en el reducido espacio seguido de una mujer que no debía de llegar a los treinta.

—¿Cuándo te he dado permiso para que entres sin llamar? —le gruñó Raúl molesto.

—Me lo di yo mismo cuando conseguí el dinero para poner en marcha este tinglado —replicó él abriendo la pequeña nevera—. No me lo puedo creer, no tienes nada para beber.

—Ya no bebo, creí que era un requisito imprescindible para que me brindaras el incierto honor de darme este trabajo —señaló malhumorado.

—Una cosa es no beber y otra muy distinta es no tener siquiera una botella de agua para ofrecer a tu jefe —apuntó Miguel Alvar, afamado productor de series de televisión.

—La próxima vez avísame de que vas a invadir mi espacio personal y tendré la nevera llena...



—De alacranes —finalizó la frase Miguel. Se acomodó en uno de los estrechos sillones que rodeaban la mesa—. No podrás quejarte de la caravana que te he buscado, Garrido.

—Claro que no, Alvar, es todo un palacio —dijo Raúl con ironía—. Si no doy los pasos muy largos, hasta puedo dar seis de extremo a extremo.

—Puede que no sea muy grande, pero tiene todas las comodidades —apuntó muy seria la mujer que acompañaba al productor—. Cocina, nevera, salón, ducha...

—¿Ahora a dos sillones duros, una mesa plegable y una cocina de juguete se lo llama salón? —Raúl lo señaló todo con desprecio.

—No son dos sillones, sino tres, y un sofá rinconera para tres personas —refutó ella.

—Tres personas muy delgadas, claro está —apostilló él—. Y en los tres sillones imagino que cuentas los asientos del conductor y del acompañante...

—Por supuesto. Pueden girarse hasta quedar frente a la mesa, ¿no? —Raúl asintió remiso y ella sonrió victoriosa—. Ya lo ves, es un salón comedor en toda regla. Además, esta autocaravana posee un plus.

—¿Ah, sí? Ilústrame.

—Tiene una habitación independiente —señaló ella.

—En la que además de una cama hay un armario, una ducha, un lavabo, un váter y un baúl que has sacado de Dios sabe qué decorado. Más que una habitación, parece el camarote de los hermanos Marx.

—Date con un canto en los dientes, Garrido, algunos miembros del equipo tienen caravanas más reducidas que deben compartir —lo reprendió el productor.

—Cierto, no me había dado cuenta hasta este mismo instante de lo limitador que es tener un presupuesto tan escaso —dijo él con evidente sarcasmo.

—Hago todo lo que puedo con lo que tengo —se quejó María.

Raúl observó a la asistente de producción. Era una mujer, más que bajita, pequeña. Delgada, de ojos saltones, barbilla afilada y pelo castaño cortado en una pulcra media melena que no le rozaba los hombros. Nadie podría imaginar jamás que bajo esa apariencia frágil había un torbellino beligerante que luchaba por cada céntimo y conseguía permisos de rodaje que *a priori* parecían imposibles.

—De eso no me cabe duda —aceptó Raúl. Se alejó de la ventana para sentarse a la mesa, frente al productor—. ¿Vas a decirme qué te ha traído aquí hoy?

—Tenía ganas de verte.

—Ya me viste ayer. Y anteayer. Y el día anterior. De hecho, llevamos toda la semana juntos, así que perdóname si no me creo tu absurda excusa.

El productor curvó los labios y mostró todos sus dientes en una amplia sonrisa que le había valido el apodo de *Jack Torrance*<sup>[2]</sup>, aunque, por supuesto, nadie osaba llamarlo así a la cara.

—¿Te acuerdas de la gata de mi hija pequeña? —comentó como si tal cosa.

—¿Esa que tanto odias?

—Esa que tanto me odia —lo corrigió Miguel—. Desapareció hace diez o doce días. Así, tal cual. Un día estaba en casa y al siguiente no.

—Y tú, feliz cual perdiz —ironizó Raúl.

—Pasó el tiempo y pensé que no volvería a verla nunca más —continuó Alvar, ignorándolo—. Han sido unos días maravillosos. Nadie me arañaba ni me robaba mi sillón favorito ni me llenaba la ropa de pelos. Y de repente, hace dos días, me llama el veterinario y le dice a mi hija que la puñetera gata ha aparecido, o, mejor dicho, que ha sido encontrada por una jovencita encantadora que nos ha localizado por el chip que le pusimos al diabólico animal en maldita sea la hora. Así que la gata vuelve a vivir en casa.

—Te acompaño en el sentimiento —se burló Raúl.

—No, soy yo quien te acompaña a ti. —Miguel esbozó su temida sonrisa.

El director estrechó los ojos con resquemor ante la sonrisita de marras.

—Mi hija vino conmigo al veterinario, conoció a la adorable rescatadora y al hablar con ella descubrió que estaba en paro, así que me ha pedido que le consiga un trabajo.

—Y ¿vas a hacerlo? —Raúl enarcó una ceja desconfiado. Cada vez le gustaba menos el cariz que estaba tomando la historia.

—Por supuesto, jamás incumpliría una promesa hecha a mi niña. He interrogado a la joven y tiene experiencia como dependienta, pastelera y camarera.

—Métela en el camión del *catering*.

—Ese es el primer puesto que pensé para ella, pero es un contrato independiente de la productora y tienen personal de sobra —intervino María.

—Deben de ser los únicos que andan sobrados de gente —apostilló Raúl.

—Eso mismo he pensado yo —terció Miguel—, así que se me ha ocurrido contratarla como asistente para todo, así encajará en cualquier sitio en el que haga falta.

—No es mala idea —dijo Raúl receloso. ¿Qué tenía que ver él con esa historia?

—Estoy deseando quitarme el problema de encima, así que esta misma mañana le presentaré a su nuevo jefe y mañana comenzará a trabajar.

—Y ¿quién es el pobre idiota que va a tener que cargar con ella? —Raúl lo miró suspicaz y, en respuesta, Miguel esbozó su peligrosa sonrisa Jack Torrance—. No serás capaz...

—Felicidades, Garrido, acabas de conseguir una asistente personal.

—No quiero una asistente.

—No tienes opción, ya está contratada.

—Eché a la anterior porque no necesito asistente, y eso no ha cambiado.

—No echaste a la anterior, se fue *motu proprio* tras soportarte dos semanas —lo contradijo el productor—. Era eso o acabar pegándote un tiro.

—Era una niña, demasiado sensible y blandita.

—Y tú eres demasiado hosco y exigente, además de antipático, no se nos olvide.

—¡Esto es un rodaje, no un baile de salón lleno de damiselas y caballeros pomposos!

—Dijo que le gruñías.

—Estaba constantemente revoloteando a mi alrededor, ¿qué querías que hiciera?

—Era tu asistente personal, se supone que es lo que tiene que hacer.

—Sobre todo si mi productor la ha contratado para que me vigile y le vaya con el cuento si se me ocurre volver a las andadas y meterme un par de rayas, ¿verdad?

—Por lo visto, no fue muy discreta.

—Nada discreta. Era un grano en el culo. No quiero más asistentes.

—Pues vas a tener que aguantarte.

—Ya tienes a Neus vigilándome. No necesitas a nadie más.

—En realidad, se ha negado a vigilarte —apuntó María, quien estaba disfrutando de lo lindo al ver acorralado al arisco director.

—¡Bien por ella! —se regocijó Raúl—. Por cierto, tienes que hablar con ella —se dirigió a María—. Los *breakdowns* no son como los habíamos pedido. ¡No podemos trabajar así! Faltan la mitad de las cosas y empezamos pasado mañana. —Recorrió la autocaravana impaciente mientras enumeraba todo lo que faltaba.

María sacó su cuaderno de notas y comenzó a apuntar como una loca.

Miguel no pudo evitar sonreír de medio lado al ver cómo su intratable y arrogante director se movía por el limitado espacio como un león enjaulado. Raúl Garrido había sido una promesa del cine español. Poseía un talento innato y una visión escénica que muy pocos conseguían igualar, y no dudaba en dar el doscientos por cien de sí mismo en cada proyecto que dirigía, comportándose a veces como un verdadero tirano. Se había convertido en el niño mimado de la Academia con apenas veintiséis años y había creado una obra maestra una década después. Arrugó el ceño al recordar que fue en ese entonces cuando el díscolo director empezó a perder el control. Aunque tal vez lo había perdido mucho antes de que nadie se diera cuenta. No pasó mucho tiempo hasta que su adicción a sustancias poco recomendables se hizo demasiado evidente para taparla, convirtiendo al niño prodigio en una fuente de problemas y un director que había que evitar. De hecho, habían pasado cinco años desde su último trabajo. De ahí la expectación que causaba su regreso.

Cogió aire despacio, tratando de calmar el repentino ataque de incertidumbre que lo había asaltado. La decisión de contratarlo había sido acertada, su inesperada vuelta al mundo de los vivos era noticia y estaba generando una publicidad que necesitaban con urgencia. Pero, en ocasiones, no podía evitar sentir ciertos reparos. Raúl Garrido podía hacer despegar la serie..., pero también podía hundirla. Sacudió la cabeza, liberándose de ese último pensamiento. Había decidido confiar en él y no iba a cambiar de opinión sin un motivo contundente. Y por ahora el esquivo director no parecía tener ninguna intención de caer en errores pasados. Aunque, por supuesto, no pensaba quitarle el ojo de encima.

Miró el reloj con el ceño fruncido, hacía rato que habían dado las doce. ¿Dónde estaba su nueva empleada?

—Se está retrasando —masculló enfadado. Si había algo que ni él ni Raúl soportaban era la impuntualidad. Desde luego, no podía decirse que la chica fuera a empezar con buen pie.

Raúl paró su nervioso paseíllo y lo miró confundido.

—Si te refieres a Jota, ha tenido que acercarse al cementerio, por eso no está aquí —señaló a la defensiva.

Le había costado mucho convencer a Miguel para que contratara a su antiguo amigo como director de fotografía. Ambos se habían corrido las mismas juergas y tenían la misma mala fama.

—No, Cristina.

—¿Quién es Cristina?

—Tu nueva asistente personal.

—Reitero: no quiero ninguna asistente personal —aseveró Raúl exasperado, aunque en esta ocasión tampoco levantó la voz.

—Es una chica encantadora, muy dulce, y siempre está sonriendo. Creo que nunca he conocido a una persona tan feliz. La vas a odiar con toda tu alma —afirmó burlón Miguel—. He quedado con ella a las doce, pero se está retrasando —frunció el ceño.

—Dulce, encantadora, feliz e impuntual. Maravilloso. No podías encontrar mejor asistente para que me vuelva loco —resopló enervado, aunque un instante después sonrió con picardía—. No hay presupuesto para contratar a nadie más. Tú mismo lo dijiste hace..., déjame recordar..., ¿dos días, tal vez tres?

—No te preocupes por eso, ya lo he hablado con María y lo hemos aumentado un poco para que admita la miseria que pienso pagarle.

—¿Has añadido también los gastos de comida y alojamiento que va a ocasionar? —inquirió agarrándose a un clavo ardiendo.

—Compartiré caravana con las maquilladoras y comerá de rancho, como todos. Además, está muy delgadita, seguro que come como un pajarillo.

—Ya veo que has pensado en todo —masculló Raúl enfadado.

—Me gusta tenerlo todo bien atado, ya me conoces.

—No quiero tener una soplona pegada al culo.

—No va a vigilarte —dijo poniéndose muy serio. Era la segunda vez que le soltaba eso, y nada arruinaba más rápido una serie que el que un director se sintiera inseguro—. ¿De verdad crees que te habría ofrecido *Besos robados* si no confiara en ti? —Arqueó una ceja.

—No soy idiota, Miguel. Aún gozo de cierto prestigio en el negocio, a pesar de mi época oscura. Esta es una producción de bajo presupuesto para una cadena que aún no ha arrancado, con la mitad del personal que se necesita para grabar, un actor principal desconocido y una actriz principal pasada de años —resumió—. No me has ofrecido ninguna ganga, ambos sabemos que la única forma de darle un poco de publicidad a este despropósito es anunciar la serie como el esperado regreso de Raúl Garrido tras su caída, así que no me vengas con milongas. Me necesitas tanto como yo a ti. Y no quiero una asistente.

—El caso es que no tienes opción. Mi hija me ha pedido que la contrate, y el único sitio en el que puedo meterla es aquí.

—Tienes por lo menos otros seis programas grabándose a tu cargo.

—Pero, como bien has dicho, ninguno tan falto de personal como este. La chica se queda —afirmó dando por zanjado el tema.

Raúl apretó los puños con frustración y clavó una furiosa mirada en el productor. Este se la devolvió con idéntica intensidad. El aire se tornó denso, incluso podía decirse que pequeños relámpagos de cólera surgían de los ojos de los contendientes y chisporroteaban en el aire que había entre ellos.

Y justo en ese momento tan delicado en el que la tensión alcanzaba su cota máxima, alguien abrió la puerta de la caravana.

—¿Es que nadie va a tener la consideración de llamar antes de invadir mi espacio personal?! —dijo Raúl, alzando la voz por primera vez en la mañana y volcando en el intruso su rabia.

El intruso resultó ser una mujer de unos cuarenta años. Alta y esbelta, con mirada desafiante y labios burlones. Morena de piel clara, llevaba el pelo cortado a mechones desiguales en uno de esos peinados modernos que ponían en duda la cordura del peluquero.

—Pobrecito, mi niño, ¿ya te han llevado la contraria? —dijo en un arrullo socarrón al entrar en la autocaravana. La seguía una joven que tiraba de una vieja maleta.

—No uses ese tono condescendiente conmigo, Neus —la reconvino él—. No sé por qué te soporto.

—Porque soy la mejor ayudante de dirección que has tenido nunca, además de ser la única que no te tiene miedo.

—Ni miedo ni respeto —dijo ante su tono guasón—. Por cierto, para tu información, nos han endilgado una nueva asistente y chica para todo. Esperemos que no sea tan tierna como la anterior —masculló irritado.

—La he conocido esta mañana y es una chica dulce y alegre, un verdadero encanto.

—Maravilloso, estoy deseando conocer a la alegría de la huerta —replicó malhumorado.

—¡Eso está hecho! —Neus esbozó una pícaro sonrisa—. Cristina... —señaló a la joven que la acompañaba—, este es Raúl Garrido, tu nuevo jefe. Raúl, he aquí a tu nueva asistente. A ver si te dura un poco más que la anterior —comentó con sorna.

Cristina observó perpleja al hombre que la observaba furioso desde su metro ochenta y cinco de altura. Lo rodeaba un aura de reservada determinación y autoimpuesta soledad que no se correspondía con el talante disoluto, pretencioso y antipático que lo acusaban de tener los tertulianos de la prensa rosa televisada. Aunque, a tenor de lo que acababa de ver, antipático

sí que era. También atractivo, mucho. Poseía unos rasgos inquietantes que le conferían un desconcertante encanto. Tenía los ojos pardos, tan penetrantes como perturbadores, los labios gruesos y definidos apretados en un rictus obstinado que los volvía severos y unos pómulos tan altos y tersos que cualquier modelo mataría por ellos.

Había leído en un artículo que le faltaban dos años para cumplir el medio siglo, pero a pesar de las arrugas de expresión que surcaban su frente y el tenue abanico de patas de gallo en las comisuras de sus ojos, no le echaría más de cuarenta y pocos. Daba la impresión de que el tiempo no pasaba por él, a pesar de que no se parecía en nada al director ilusionado y sonriente que había visto en antiguas galas de los Premios Goya. Tampoco al hombre perjudicado por sustancias ilegales que había copado la prensa amarilla durante unos años caóticos antes de desaparecer del mundo televisado como si se lo hubiera tragado la tierra. Se había mantenido casi cinco años apartado de los medios y estos habían consentido en dejarlo en paz, pero con su inesperado regreso volvía a estar de actualidad.

En los últimos meses no era extraño verlo en televisión, saliendo en vídeos de dudosa calidad grabados a traición. Cada vez que aparecía en un programa, los contertulios sacaban a colación su trágico declive para luego llenar los minutos con debates funestos sobre su incapacidad de llevar a buen término la última producción de Miguel Alvar. Se recreaban en los detalles más escabrosos de su pasado, presagiándole un futuro aciago y bastante corto como director de series. Bien podía decirse que nadie daba un duro por el antiguo niño mimado del cine español, y así lo proclamaban semana tras semana ante los televidentes que esperaban su dosis de escándalos frente a la pequeña pantalla.

«Y eso debe de que amargarte. Y mucho», pensó Cristina sintiendo un ramalazo de compasión por él. Que todo el mundo imaginara lo peor de ti y diera por hecho que ibas a fracasar debía de ser muy doloroso.

Alzó la cabeza y lo obsequió con su sonrisa más radiante y amistosa, diciéndole sin palabras que en ella tendría una aliada y una amiga, no solo una empleada.

Raúl respondió a su encantadora sonrisa frunciendo el ceño desconcertado. Esa niña debía de haberlo oído hablar con Neus. Era imposible que pensara que era bien recibida, pero entonces ¿por qué sonreía de oreja a oreja?

—Cristina Reverte, encantada de trabajar a sus órdenes —dijo ella con gran ilusión, tendiéndole la mano—. Es un placer tener la oportunidad de ver

en acción a un director tan...

—¿Además de encantadora también eres adúladora? Qué maravilla —repuso él con mordacidad, ignorando su mano—. Ahórrame el discurso, por favor, no soporto las lisonjas.

—Entonces no le daré coba —replicó ella, tan desconcertada por su cruel comentario que no se había parado a pensar en lo que decía.

Raúl arqueó una ceja al oír la inesperada réplica y, por la expresión turbada que asomó al rostro de la joven, supo que ella también se había sorprendido por su respuesta. Caminó a su alrededor, observándola con los ojos entornados como si intentara averiguar sus más recónditos secretos, aunque dudaba que tuviera ninguno. Saltaba a la vista que era una chiquilla recién salida del cascarón. No debía de tener más de veintitrés o veinticuatro años.

Era una criatura angelical de piel translúcida y melena oscura que se derramaba por su espalda como si fuera chocolate fundido. Sus ojos eran risueños, y su boca... su boca era pura seducción. Carnosos labios rojos de marcada uve que le hicieron recordar que él todavía era un hombre con ciertos deseos e instintos, aunque estos llevaran mucho tiempo dormidos.

Sacudió la cabeza disgustado. ¡Por Dios, era una niña! No podía sentirse atraído sexualmente por ella. Eso sería asqueroso.

—Es demasiado joven, no quiero bregar con niñas inexpertas poco acostumbradas a trabajar —gruñó dándole la espalda para dirigirse al productor—. Deshazte de ella.

Cristina abrió unos ojos como platos, atónita por tan inmerecido desprecio. ¡Los de la tele tenían razón! ¡Era un tiparraco desagradable, presuntuoso y maleducado!

—Hace años que estoy en el mercado laboral —apuntó enfadada, aunque se cuidó mucho de mostrar otra cosa que no fuera un gesto alegre—. Puedo desempeñar sin problemas cualquier trabajo que me asigne.

Raúl le echó una mirada de refilón e, ignorándola, continuó hablando con el productor.

—Romperá a llorar a la primera bronca que le eche. Y no soporto los llantos.

—Nunca lloro, no tiene de qué preocuparse —intervino ella, fingiendo un entusiasmo que no sentía.

—¿Te he dado la impresión de que estoy hablando contigo? —Raúl la fulminó con la mirada.



Cristina lo miró aturdida. ¿Por qué hacía eso? No comprendía a las personas que se mostraban desagradables sin motivo, solo por el placer de serlo. Y debería entenderlas, porque había conocido unas cuantas en su vida. De hecho, sabía por propia experiencia que la gente muy pocas veces necesitaba motivos para hacer daño.

Tomó aire y esbozó una gran sonrisa, como si no le importara en absoluto que su nuevo jefe fuera un cafre. Necesitaba el trabajo. Era trabajar o regresar a casa. Y entre esas dos opciones se quedaba sin duda con ese tirano.

Raúl no pudo evitar poner los ojos en blanco al verla. ¿Acaso pretendía sonreír a todas horas? ¡No lo soportaría! ¡Acabaría loco si tenía que pasar todo el día junto a la señorita Felicidad!

—Aún no tenemos *script*<sup>[3]</sup> —intervino Neus. No podían permitirse el lujo de no contratar a la chica, estaban tan faltos de personal que hasta un mono les vendría bien si fuera capaz de sujetar un micrófono.

—Claro que tenemos —replicó él, mirándola desconcertado—. Alba es...

—Alba nos está echando una mano hasta que encontremos otra *script*, pero a mediados de mes se irá para trabajar en la nueva producción de Amenábar.

—Eso es dentro de dos semanas —murmuró Raúl aturdido girándose hacia el productor—. No puedo trabajar sin continuista.

—Acabo de contratar a una —replicó él señalando a Cristina.

—Pero yo no la acepto.

—No hay presupuesto para nada más. Es ella o nadie.

—¿Me estás dando un ultimátum? —masculló Raúl con talante beligerante.

—No, te estoy informando de un hecho.

Raúl lo miró furioso y, acto seguido, se dio media vuelta y caminó hasta el final del salón, lo que le llevó exactamente tres segundos, pues la autocaravana no era lo que se dice grande. Apoyó las palmas contra el panel que ocultaba el dormitorio y se concentró en respirar despacio para aplacar la furia que amenazaba con desbordarlo. El rodaje ni siquiera había empezado y las cosas ya se estaban torciendo. No era que esperara que su vuelta al oficio fuera un camino de rosas, pero, joder, no rechazaría un poco de buena suerte. Ya era lo suficiente arduo bregar con su vacío interior y su reciente falta de instinto cinematográfico como para afrontar más problemas. ¡Por lo menos podrían esperar a surgir hasta que empezara el rodaje! ¡Tampoco era tanto pedir! Solo quería dos puñeteros días de tranquilidad para poner en orden sus planes. O, mejor aún, para idear algún plan, el que fuera, que poner en orden.

Pero no. Nada volvería a ser fácil para él. No después de haberlo fastidiado todo como lo había hecho. Ese rodaje era el purgatorio al que tenía que enfrentarse para volver a subir al cielo. Y no le quedaba otra que asumirlo.

Una vez recuperada la calma, se apartó del panel para dirigirse a las personas que lo observaban con distintos grados de inquietud debido a su estallido emocional. Los ignoró a todos y fijó los ojos en la jovencita que tenía todas las papeletas para ser su nueva *script*. Estaba sonriendo. ¡Cómo no! ¿Es que esa mocosa no sabía hacer otra cosa con la boca que sonreír? No necesitó más para imaginar con total claridad esos labios jugosos sobre él. Lamiéndole la piel, mordiéndole las tetillas, chupándole la... Sacudió la cabeza, negándose a continuar por esa senda. ¡Su cerebro estaba más dañado de lo que creía! Llevaba más de tres meses intentando imaginar cualquier escena, la que fuera, de la serie sin conseguirlo, y no le había costado ni un segundo imaginarse en el papel del Lobo Feroz dispuesto a comerse, en todos los sentidos, a la inocente Caperucita.

Soltó una imprecación y se acercó a ella con pasos rápidos.

—No tienes ni idea de lo que hace una *script* —afirmó más que preguntó.

—Pero puedo aprender —aseveró Cristina con fingida afabilidad.

Su contrato pendía de un hilo. Y era ese bellaco quien tiraba de él. Coló la mano bajo la manga de la parka y deslizó los dedos sobre las pulseras de cuero que le envolvían la muñeca para frotarse el antebrazo izquierdo en un gesto mecánico.

—Seguro que sí —resopló él, burlándose de su afirmación.

—¿Usted sabía dirigir películas antes de ser director? —preguntó con fingida inocencia.

No tenía por costumbre responder a las provocaciones, de hecho, evitaba los conflictos a toda costa. Pero había pasado toda la mañana bajo la lluvia, disfrazada de persona normal, tomando un autobús tras otro para llegar hasta el pueblo perdido de la mano de Dios en el que la había recogido Neus. Estaba cansada, helada y hambrienta. Y apenas le quedaba paciencia.

Raúl arqueó una ceja. ¿La niña le había replicado?

—Para tu información, con veinte años hice mi primer anuncio, con veintidós me buscaban los artistas musicales más famosos del país para que dirigiera sus videoclips y con veintiséis gané el Goya a la Mejor Dirección Novel con mi primera película —refirió con orgullo.

«¡Será presuntuoso!», pensó Cristina, aunque se cuidó mucho de decir nada; al contrario, curvó los labios en una agradable sonrisa.

Raúl la observó extrañado. Le había parecido ver un destello feroz en sus ojos, pero había sido solo un segundo y luego había vuelto a sonreír feliz cual perdiz. Sacudió la cabeza confuso. Debía de haberlo imaginado, esa cría era demasiado blandita como para fulminarlo con la mirada. ¿O no?

—Hace falta trabajo, dedicación y, sobre todo, mucho talento para llegar hasta donde yo he llegado. Y, por mucho que se esfuerce en aprender, una mindundi nunca podrá estar a mi altura —dijo mostrándose prepotente a propósito. Quería enfadarla y comprobar si la furia que había creído ver en sus ojos era real o producto de su imaginación.

—Estoy segura de que con esfuerzo y dedicación todos podemos alcanzar nuestras metas —aseveró Cristina con terca afabilidad, las uñas recorriéndole el antebrazo en una abrasiva caricia—. Nadie nace sabiendo. —«Excepto tú. ¡Oh, mi dios sapiente y creador de películas infumables como la que te dio el último Goya!»

Raúl esbozó una sonrisa de medio lado al ver su fiera mirada. ¡No eran imaginaciones suyas, lo había vuelto a hacer! El lenguaje corporal y el tono de voz de Blancanieves concordaban con las palabras que pronunciaba, pero sus ojos decían lo contrario. Su mirada hablaba, y no se correspondía con lo que decía su boca. Por lo visto, la cría tenía más carácter del que quería aparentar. Qué interesante.

—¿Tienes alguna noción, por ligera que sea, de cómo se desarrolla un rodaje? —Fijó en ella sus turbulentos ojos pardos.

Cristina lo miró aturullada por el brusco cambio. Esperaba que se enfureciera y le echara la bronca, no que la ignorara como si no le hubiera molestado su réplica desafiante.

—No, pero...

—Puedes aprender, me ha quedado claro —la interrumpió él. Luego le dedicó al productor una ceñuda mirada que hablaba por sí sola—. Por lo visto, no tengo nada mejor que hacer que enseñarle el oficio —ironizó.

—Alba puede enseñarle lo básico este fin de semana para que el lunes sepa de qué va el tema, y el resto lo irá aprendiendo con la experiencia —apuntó María.

Raúl asintió con un gesto brusco.

—Está bien, lo haremos así —aceptó apático, negándose a mostrar el inesperado entusiasmo que sentía—. Te alojarás en la capuchina de maquillaje, espero que no traigas mucho equipaje porque ya está bastante abarrotada sin ti.

—Solo una maleta diminuta. —«Desde luego, nada tan enorme como tu ego».

—Bien. Comenzaremos a rodar el lunes a las siete, así que te espero a las cinco y media en el set. No soporto la impuntualidad: si llegas tarde te irás a la calle —la avisó—. Neus te facilitará un guion para que puedas trabajar con él. En cuanto lo tengas, busca a Alba y que te ponga al día.

—Alba no vendrá hasta mañana —intervino Neus—, ha llamado para avisar de que...

—Esto es demencial —gimió Raúl mesándose el lacio pelo entrecano.

Cristina lo miró aturdida. Su gesto dejaba claro que estaba furioso, pero aun así no alzaba la voz. De hecho, no la había alzado en ningún momento desde que ella estaba allí.

—¿Qué más puede salir mal? —suspiró él, frotándose la frente con los dedos que antes habían maltratado su pelo. Luego miró a Neus—. Está bien, llámala y dile que la quiero aquí mañana antes de que amanezca. Advértele que tiene tres días para hacer que Blancanieves sepa algo sobre el récord. — Se giró hacia Cristina, atrapándola en su aguda mirada—. El lunes llevarás el parte de rodaje y el diario de grabación, así que ya puedes aprender rápido.

—Por supuesto —asintió ella con una ilusionada sonrisa—. Pondré todo mi interés y...

—Eso espero —la cortó Raúl—. Trabajamos de lunes a domingo, empezamos al amanecer y no paramos hasta rodar la última toma, y eso puede ocurrir por la tarde, por la noche o de madrugada, depende de cómo se dé el día y de lo retrasados que vayamos —señaló, sus ojos fijos en ella esperando no sabía bien qué.

Tal vez que protestara por ese trato esclavista, se asustara o se mostrara desalentada, quizá las tres emociones a la vez. Pero en lugar de eso ella sonrió. Una enorme, preciosa e ilusionada sonrisa que lo atravesó con el calor y la fuerza de un rayo. Una sonrisa tan intensa y sincera que, sin saber bien por qué, Raúl se vio imitándola. Al menos durante un nanosegundo.

Cristina parpadeó turbada ante la breve y casi inexistente sonrisa que él le dedicó. Las comisuras de sus labios apenas se habían alzado, pero sus ojos, esos ojos inquietantes e intensos, habían brillado con una chispa de empatía que, aunque no tuviera lógica, calmó la ansiedad que sentía. Tanto que por fin notó lo sensible que tenía la piel del antebrazo. Apartó la mano y la metió en el bolsillo para no volver a caer en la tentación.

—El tiempo es escaso en los rodajes y en este más que en ninguno. Vamos contrarreloj, así que si no me haces perder el tiempo nos llevaremos

bien. ¿Entendido? —prosiguió Raúl. Ella asintió entusiasmada—. Estupendo, espera mientras comento con Neus un par de asuntos y luego iréis a las oficinas para que te dé el guion y puedas estudiártelo.

—Me alegro de que la contrates, haréis buena pareja, si es que no os matáis antes, claro —intervino Miguel mordaz.

—Ya lo creo que sí. Va a ser tan agradable como tener un grano en el culo. Gracias por obligarme a quedármela —replicó Raúl con un resoplido burlón.

Cristina lo miró perpleja por su cambio de actitud. ¡Ese hombre estaba loco, tan pronto sonreía como al instante siguiente la insultaba! Miró al productor esperando que lo pusiera en su sitio, pero este no estaba enfadado. Al contrario, parecía que le había hecho gracia.

—No seas tan arisco y deja de quejarte, te va a venir bien tener cerca a una persona positiva y alegre —replicó Miguel.

—¿Tú crees? Soy alérgico a las sonrisas, y ella tiene una cosida en la cara —resopló Raúl antes de girarse hacia María—. ¿Has arreglado el problema con el *catering*?

—Están montando la carpa, y me han asegurado que el camión llegará a primera hora.

—¿Servicio veinticuatro horas?

—No da el presupuesto. Abrirá de cinco y media de la mañana a doce de la noche.

—¿Y si me entra hambre a las doce y cuarto? —replicó molesto.

—Dile a tu asistente personal que te llene la nevera y así podrás comer a la hora que te dé la gana —le indicó, decidida a no dar su brazo a torcer en ese asunto.

El *catering* 24/7 era carísimo, y no iba a permitir que los caprichos de un director consentido reventaran el presupuesto que tanto le costaba cuadrar.

Raúl observó a su nueva asistente, *script* y chica para todo y se encogió de hombros.

—Ya sabes cuál es tu primer trabajo —le dijo—. Ve al pueblo y compra cualquier cosa.

Cristina parpadeó, incapaz de procesar la orden que acababa de darle. ¿Hablaban en serio? Estaba lloviendo a mares, no tenía paraguas y llevaba los zapatos nuevos, que además de ser muy monos también estaban muy mojados y eran muy incómodos.

—No te quedes ahí parada, ponte en marcha —le reclamó él al ver que no se movía.

—El pueblo está a diez kilómetros y está diluviando —terció Neus, percatándose de lo que ocurría—. Y no tiene otro medio para desplazarse que sus pies.

Raúl miró a la muchacha de arriba abajo, su parka estaba mojada y los inútiles zapatitos de muñequita que llevaba, empapados.

—¿No tienes coche? —Cristina negó con un gesto—. Y ¿cómo has llegado hasta aquí? —inquirió perplejo. Estaban en mitad de ninguna parte e iban a pasar allí una semana rodando.

—Ha venido conmigo, en mi coche —lo informó Neus.

Él arrugó el ceño. Esperaba que al menos tuviera carnet de conducir, si no, mal asunto. Una chica para todo que necesitara chófer no le serviría de nada.

—¿Sabes conducir? —Cabeceó complacido cuando ella asintió—. Pídele al *gaffer* un coche. Compra queso, fiambre y pan de molde. Cuando regreses, dale el ticket a María y luego busca a Neus para que te dé el guion. Léelo esta noche sin falta, mañana Alba te enseñará a trabajar sobre él. Ahora vete, tienes mucho que hacer y poco tiempo para hacerlo.

### 3

Cristina se quedó en la puerta de la autocaravana, remisa a pisar el suelo encharcado. Al recogerla, Neus le había comentado, así como de pasada, que el campamento estaba instalado fuera del pueblo. Lo que no le había especificado era que «fuera del pueblo» significaba en el más allá. Más exactamente, en un campo de labranza abandonado que la productora había alquilado. Tampoco le había mencionado que dicho campo, por obra y gracia de la lluvia, se había convertido en un lodazal.

Miró sus manoletinas nuevas. No es que le gustaran mucho, pero iban acorde con su nuevo vestuario, no como las botas militares que acostumbraba a usar, aunque lo bueno de ellas era que no se calaban cuando llovía. Sacudió disgustada los pies, estaban embarrados, igual que los zapatitos que no hacían nada por protegerlos. Necesitaba sin falta unas botas de agua. Podría comprarlas en el pueblo, pero para ir precisaba un coche, lo que hacía imprescindible encontrar al gafe. Soltó un sentido suspiro. Pobre hombre, debía de ser muy duro que te llamaran así. Su gesto apenado se transformó en una mueca de rabia que se apresuró a borrar con rapidez. Había que ser un bellaco de primer orden para ponerle a alguien ese apodo. Y el director no le había dado la impresión de serlo. Exigente, sí. Terco. Impaciente. Gruñón. Incluso arisco. Pero no un capullo malparido que se burlaba de los demás o les ponía motes humillantes.

Sacudió la cabeza. Solo lo conocía desde hacía unos minutos, era demasiado pronto para formarse una opinión sobre él. Las personas tenían la costumbre de mostrar su mejor cara al principio, revelando cómo eran en realidad pasado un tiempo. Aunque, en honor a la verdad, debía reconocer que él no se había molestado en ser agradable o accesible. Al contrario, se había mostrado hosco. Y sincero. Mucho.

Sonrió. Le gustaba la gente sincera, aunque fuera hosca. Con ese tipo de personas era más sencillo saber desde dónde iba a venir el ataque, y por tanto no era tan difícil salir ilesa.

Más animada tras comprender que su jefe no iba a ser tan peligroso como había temido, alzó la maleta para que no se manchara de barro y saltó al suelo. Estaba decidida a ser valiente, a internarse en el organizado caos del lugar, encontrar la capuchina de maquillaje, dejar allí el equipaje y luego buscar al gafe, conseguir un coche e ir al pueblo.

El campamento estaba montado alrededor de un cuadrado imaginario que atravesaban docenas de personas con anárquica premura en un interminable ir y venir. Algunas iban de los camiones alineados en la arista sur a la carpa a medio montar del lado este o a las furgonetas agrupadas en el descampado, mientras que otras parecían encargarse de trasladar enseres y cajas a las filas de autocaravanas ubicadas en el extremo norte. Y, por algún misterioso motivo, nadie trabajaba en silencio. Se gritaban los unos a los otros para pedir indicaciones, dar órdenes, llamarse para Dios sabía qué o, simplemente, saludarse.

Estuvo tentada de taparse las orejas. ¿Por qué gritaban así? ¿Qué necesidad tenían de aullar como lobos cuando podían hablar como personas? Miró inquieta a su alrededor. No había allí ningún lugar que no estuviera violentado por los gritos de unos y otros.

Deslizó la mano bajo la manga y se frotó el interior del antebrazo izquierdo en un gesto mecánico. Al ser consciente de ello, apartó la mano, cogió todo el aire que admitían sus paralizados pulmones y se obligó a ir hacia los hombres que bajaban de uno de los camiones.

—Disculpen...

—Lo siento, tenemos prisa —le contestó uno con un gruñido.

—Perdone... —lo intentó con una mujer que llevaba un par de focos.

—¿No ves que voy cargada?, no puedo parar! —exclamó mirándola furiosa.

Cristina se encogió intranquila, aunque pronto recuperó la calma e irguió la espalda. Por lo visto no iba a ser fácil obtener información. Buscó a alguien que estuviera menos acelerado, pero todos parecían tener mucha prisa. Asaltó a un joven que conducía una transpaleta.

—Por favor, ¿podría...?

—¡Quítate de en medio! —vociferó sin intentar sortearla.

Cristina tuvo que saltar a un lado para esquivarlo, lo que provocó que perdiera el equilibrio. A punto estuvo de acabar sentada en el barro, pero por suerte logró mantenerse en pie. Lo que sí cayó al barro fue su maleta. Ahora, además de vieja, también estaba sucia. La levantó, chorreaba lodo. La miró un instante y luego subió el asa telescópica para arrastrarla; puesto que ya estaba



manchada no le importaba enlodarla más, y hacerla rodar era mucho más cómodo que llevarla en brazos como si fuera un bebé.

Mientras caminaba sin rumbo fijo, buscó a alguien con aspecto amable que pudiera orientarla. No lo encontró. Todos parecían histéricos, así que se acercó a un hombre de blanca melena leonina que estaba en mitad de todo y sujetaba un papel lleno de tachones en la mano.

—Disculpe, ¿podría decirme dónde está...?

—¡Por el amor de Dios, ¿no ves que estoy ocupado?! —la increpó antes de dirigirse a un joven que cargaba con un montón de raíles—. ¡No, joder! ¡¿Quién te ha dicho que los saques del camión?! ¡Devuélvelos a su sitio! ¡Eh, tú! —llamó a otro—. Tírame cinco mangueras trifásicas de cuatro a la carpa y luego pon en marcha los electrógenos de producción y oficinas. —Señaló dos camiones—. Tú, comprueba el grupo electrógeno de maquillaje y vestuario, me acaba de informar la sastra de que cada vez que enciende la plancha se va la luz...

Cristina se giró esperanzada al oírlo. Tenía que buscar a las maquilladoras, y el camión que acababa de señalar era el de maquillaje, ¡por fin un poco de suerte! Arrastrando la maleta, fue hacia allí con esperanzas renovadas. Llamó a la puerta y al no obtener respuesta entró, sumergiéndose en un bosque de ropa en el que se abría un claro en el que había una mesa, y, sentada a esta, una mujer cercana a los sesenta años que cosía una camisa.

Caminó hacia ella con una seguridad que no sentía. Allí todos estaban muy ocupados y tenían una desagradable tendencia a los gritos. Y la verdad, eso la ponía un pelín nerviosa.

—Disculpa, estoy buscando la capuchina de maquillaje. ¿Podrías indicarme dónde está?

—Aquí no, desde luego —dijo la mujer con humor, quitándose las gafas de cerca para verla mejor—. ¡Válgame el cielo! Si estás empapada, hijita. Debes de estar helada. —Saltó de la silla y descorrió el panel que dividía el camión en tres cubículos—. Vamos a maquillaje a ver si te encontramos una toalla.

Cristina la siguió, agradecida por su amabilidad. Atravesaron un reducido espacio con espejos y un banco acolchado que, según le explicó la sastra, era el camerino, y al recorrer otro panel accedieron a maquillaje. Era este un pequeño salón con dos sillones hidráulicos, un lavacabezas y un armario junto a la puerta en el que encontraron las toallas.

—No sabes cuánto te lo agradezco —murmuró Cristina mientras se secaba el pelo—. He tenido un día complicado, pero ha mejorado de forma

considerable gracias a ti.

—Nada, hijita, un placer ayudarte. Dices que buscas la capuchina de las maquilladoras, ¿por algún motivo en especial?

—Soy la nueva *script*, chica para todo y asistente personal del director —le refirió con buen humor—, y me ha dicho que me alojo con ellas.

—Vaya, entonces vamos a estar como sardinas en lata —afirmó la mujer, contagiándose de su sonrisa—. Me llamo Paz, soy la sastra y comparto espacio con la peluquera y la maquilladora, y ahora también contigo. Lo único que queda libre es la litera superior, espero que no tengas claustrofobia.

Cristina la miró perpleja, ¿tan estrecha iba a ser su cama? Esbozó una afable sonrisa. No importaba si la cama era pequeña, ella también lo era.

—No tendré problemas. Si pudieras indicarme cómo llegar...

—En la zona de caravanas, la segunda capuchina de la tercera hilera.

—Perdona, pero no sé lo que es una capuchina.

—Son las que parece que tienen un tupé sobre la cabina del conductor.

Cristina le agradeció la información y partió en busca de su nuevo hogar. No tardó en encontrarlo. Y, sí, parecía tener un tupé. Uno muy frondoso.

Se detuvo ante la puerta y, sin poder contenerse, apretó las manos contra el pecho emocionada. Esa iba a ser su nueva casa al menos durante unos meses. ¡Iba a vivir en una autocaravana! El productor le había dicho que no iban a estar acampados siempre en el mismo sitio, sino que se moverían de un pueblo a otro, pues la serie transcurría en muchas y variadas localizaciones. ¡Sería toda una aventura!

Llamó con los nudillos, impaciente y entusiasmada. Tras casi un minuto sin que nadie respondiera, llamó de nuevo, en esta ocasión con mayor insistencia. Tanta, que a punto estuvo de golpear a la mujer que abrió la puerta.

—¡Cuidado, me la acabo de poner nueva! —La pelirroja dio un paso atrás a la vez que se palpaba la nariz—. No tienes ni idea de lo que me ha costado, ¡es una obra de arte!, así que mucho cuidado con tocarla.

—Lo siento, pensé que no oías mi llamada. —Cristina la miró asombrada por su sobreactuación. ¡Ni siquiera la había tocado!

—¿Acaso has pensado que estoy sorda? —le recriminó con desdén.

—Entonces ¿por qué no abrías? —preguntó perpleja.

—Marilyn nunca se da prisa en abrir la puerta, le gusta darse importancia haciéndose esperar —señaló burlona una mujer delgada de altura similar a la suya, morena de pelo liso, ojos claros y labios mordaces, parándose tras ella—. ¿Cristina? Neus acaba de decirme que te alojas con nosotras.

—¿¿Con nosotras?! —exclamó la pelirroja llevándose la mano al pecho con dramatismo—. ¡Eso es imposible! Aquí no cabe nadie más, no pueden haberte mandado a mi autocaravana.

—A *nuestra* autocaravana —la corrigió la otra mujer.

—Lo que sea —masculló despectiva sacudiendo la mano—. Lo que importa es que aquí no cabe. Habla con el director y que te asigne otro lugar —exigió cerrando la puerta.

Cristina miró apurada la blanca superficie y desvió los ojos hacia la morena, quien sacaba unas llaves del bolsillo. Abrió y entró dejando la puerta entornada tras de sí, lo que Cristina tomó como una invitación.

—¿Qué haces aquí? ¿No te he dicho que...?

—Ha sido el director quien me ha mandado aquí, soy su nueva *script* y asistente personal —se apresuró a explicar Cristina.

—O sea, que no te queda otra más que admitirla, Marilyn —apuntó la morena con socarronería.

—Me llamo Margot —replicó ella, pronunciándolo con un exagerado acento francés.

—Margarita, en realidad —contradijo la otra—. Yo soy Valentina —se presentó tendiéndole la mano a Cristina en un masculino saludo—. Soy la maquilladora, ella es la peluquera.

Margot estalló colérica; ella era francesa y su nombre también. Era una peluquera de alto nivel que había estudiado en las mejores peluquerías de París.

—No le hagas caso, tiene el ego disparatado, además de disparado —dijo Valentina—. Te enseñaré tu cama —se dirigió hacia el fondo de la autocaravana.

Cristina se apresuró a seguirla, deseando alejarse de la pelirroja neumática, que en ese momento había acabado de exponer su currículum y protestaba airadamente por la ignominia de tener que compartir su preciado espacio con tanta gente. Y, en cierto modo, razón no le faltaba. La caravana era diminuta. Constaba de un salón con una mesa y dos bancos corridos, uno de los cuales se convertía en la cama de Val, y en la capuchina una cama de matrimonio —lo único grande allí—, en la que dormía Margot. En la parte trasera estaban la minicocina y el minibaño, y al fondo las literas. Unas aburridas cortinas grises las dotaban de cierta privacidad. La de abajo pertenecía a Paz, y la de arriba sería para ella.

Cristina midió a ojo de buen cubero la distancia entre el colchón y el techo.

—Ya puedo tener cuidado cuando me siento, no vaya a ser que clave la cabeza en el techo —murmuró para sí.

Miró desanimada la cama que sería su único espacio privado durante los próximos meses y el corazón pareció encogersele en el pecho. Era tan estrecha que tendría que darse la vuelta a plazos. Si tuviera que elegir una palabra para describir cómo se sentía sería *enlatada*, como las sardinas. Suspiró afligida, pues parecía que su aventura no iba a ser como esperaba.

O tal vez sí.

¿Para qué necesitaba más? No tenía mucha ropa, así que no había problema en guardarla en su trocito de armario. No era muy alta, por lo que no necesitaba más espacio entre la litera y el techo y, tampoco le importaba darse la vuelta a plazos.

Animada de nuevo, entró en el baño, se duchó para entrar en calor y se cambió de ropa y zapatos, y después salió decidida a comerse el mundo.

Solo esperaba que el mundo no se la comiera a ella.

—Tengo que encontrar al gafe para pedirle un coche, ¿sabéis dónde puede estar? —les preguntó a sus compañeras al encontrárselas en el salón.

Estas la miraron sin comprender, hasta que la maquilladora esbozó una torcida sonrisa carente de humor.

—Creo que te refieres al *gaffer*. Es el jefe del equipo técnico. Dirige a los tramoyistas, electricistas, utilleros, maquinistas, montadores y técnicos de iluminación —explicó al ver su gesto perplejo—. Estará fuera, en mitad de todo el ajetreo. Es el hombre de pelo blanco que grita a todo el mundo —dijo con un asomo de humor ácido.

Cristina resopló al intuir quién podía ser. Se despidió y salió para dirigirse de nuevo hacia el irascible hombre que estaba en mitad del patio del campamento.

—Disculpe...

—¡Ese trípode, al furgón, no vuelvas a meterlo en el camión! —le gritó el *gaffer* a un montador, sin hacerle caso a ella—. ¡Mucho cuidado con esa caja!

—Perdone...

—¡Por el amor de Dios, deja de dar vueltas como una peonza y lleva los *sliders* a eléctricos! —increpó a un hombre antes de girarse hacia los que estaban montando la carpa—. ¡Tenéis menos fuerza que el pedo de un marica! ¡Más brío con esos martillos!

—¡Disculpe! —exclamó Cristina, molesta por ese comentario.

—Mire, señorita, no tengo tiempo de...

—Soy la asistente personal del director y me ha mandado a por los medicamentos para su corazón —dijo con vehemencia—. Son urgentes, puede darle un ataque si no los toma.

—¿Al director? —masculló el hombre, parpadeando atónito.

Cris se acercó a él y, tras mirar a un lado y a otro, le susurró conspiradora al oído:

—Es algo que no suele contar a nadie porque, ya sabe, le gusta hacerse el duro. Pero en realidad tiene el corazón sensible y los disgustos le provocan arritmias que debe controlar.

—¿Estás segura de que hablas del director? —inquirió suspicaz, antes de gritarle a un obrero que tensara más la carpa.

—De Raúl Garrido, sí. Totalmente segura. Es cuestión de vida o muerte que vaya a la farmacia y compre sus medicinas. Y para eso necesito un coche. Me han dicho que usted me proporcionaría uno. Si no me cree, pregúntele a Neus o a María, ellas se lo confirmarán —se echó el mayor farol de todos a la vez que rezaba para que no se le ocurriera preguntar.

—¿Estás segura de...?

—Mi hermano es cardiólogo y me ha explicado qué función tienen las medicinas que precisa el director —lo interrumpió—, y le aseguro que son demasiado importantes como para perder el tiempo discutiendo.

El *gaffer* la miró con el ceño fruncido, aunque debió de convencerlo su explicación, porque sacó varias llaves del bolsillo y eligió una.

—Busca una Dacia Dokker gris en el aparcamiento —dijo, tendiéndosela—. Ah, y ya que vas al pueblo trae unas cuantas botellas de agua, latas de cerveza y algunos refrescos. Y bocadillos. Dos docenas. El personal está muerto de hambre, y mucho me temo que hoy tampoco va a llegar el puñetero camión de *catering*.

Cristina abrió la boca para replicarle que ella no era su sirvienta, pero se calló al caer en la cuenta de que todas las personas que estaban en el patio probablemente llevarían horas trabajando sin descanso. Y, según le había oído decir a María, el camión de la comida no llegaría hasta el día siguiente. No iba a permitir que pasaran hambre si estaba en su mano impedirlo.

—Sin problemas.

Sacó una libreta y apuntó lo que le había pedido, luego esperó a que le diera dinero. Pero el hombre había perdido todo interés en ella y volvía a gritar a los operarios que se atrevían a cruzar el patio cerca de él.

—Disculpe —dijo poniéndose frente a él—, necesito dinero para comprar todo esto...

—Pídeselo a María, es la productora la que corre con la comida —señaló el *gaffer* antes de continuar poniendo orden a gritos.

Cristina asintió y fue a la autocaravana del director a buscarla, pero se habían trasladado a las oficinas. Allí tampoco estaba. La mandaron a producción. Cuando llegó, acababan de irse, tal vez estuviera en el camión de vídeo. Allí encontró al productor, quien le dijo que María había ido a resolver un problema con la ropa, así que fue al camión de vestuario. No llegó a tiempo: acababa de irse al de sonido. Allá que se fue, pero estaba desierto. Desesperada, volvió con el *gaffer* para decirle que no podía comprarle sus encargos porque no era capaz de encontrar a María. Y entonces él la informó de que acababa de verla entrar en la autocaravana del director. Así que Cristina fue de nuevo allí. Y, tras casi una hora dando vueltas por el campamento embarrado, la encontró. A ella. Y a Raúl.

—Ya era hora de que llegaras con la compra, estoy sediento —la increpó él.

—Lo siento, pero ha surgido un problema y aún no he podido ir al pueblo —se disculpó esbozando una agradable sonrisa a pesar de la impotencia y el cansancio que sentía.

—Y ¿qué narices has estado haciendo todo este rato? —masculló observándola con atención.

Se había cambiado las estúpidas manoleinas por unas deportivas, y también se había puesto otra ropa, pero parecía tan empapada y helada como antes. ¿Qué demonios había hecho para acabar chorreando otra vez?

—Me he entretenido paseando por el campamento —explicó esbozando una sosegada sonrisa antes de dirigirse a María—. El *gaffer* me ha encargado comida y bebida para los operarios y no tengo dinero.

—Acompáñame a la oficina —dijo la pequeña mujer enfilando hacia la salida.

Poco después entraron en el camión de producción. Desapareció tras una puerta y, al regresar, le tendió un sobre con dinero, un cuaderno y un bolígrafo.

—Toma nota —ordenó—. Necesitamos diez paquetes de botellas de agua, dos cajas de Coca-Cola, otras tantas de cerveza, tres docenas de bocadillos para la merienda y otras tantas de hamburguesas para la cena. También fruta y ensaladas preparadas. Café soluble, leche, azucarillos y sacarina. Nos ha fallado el camión de *catering* y tenemos que buscarnos la vida, menos mal que mañana por la mañana ya estará aquí. —Sonó el *walkie* que llevaba—.

Pide factura de todo —dijo antes de responder y salir del camión con paso rápido.

Cristina se quedó mirando el dinero, la lista y sus delgados brazos. Era fuerte, pero no tanto. Y, además, todavía no había comido, así que se encontraba un tanto débil. Entornó los ojos pensativa, y pocos segundos después una pícaro sonrisa curvó sus labios.

\* \* \*

—Necesito uno de sus trabajadores —le dijo con voz de mando al *gaffer*.

—¡Ni de coña! —respondió él para luego increpar a gritos a un hombre—. ¡Eh, tú, tapa ese *travelling*, ¿o es que no ves que está lloviendo?! ¡Maldito presupuesto!, me han mandado niños en vez de hombres. ¡Blandengues descerebrados, eso es con lo que tengo que trabajar! —se quejó mesándose el cada vez más alborotado pelo—. ¿Aún no te has ido? —dijo al ver que ella seguía a su lado—. Tendrás que apañártelas sola, no puedo prescindir de nadie.

—No debería contarte esto —Cristina bajó la voz, lo que consiguió que él no tuviera más remedio que prestarle atención—, pero acabo de oír una conversación telefónica de la asistente de producción...

—¿Y? —El hombre la miró como si se hubiera vuelto loca.

—Estoy segura de que hablaba con el camión de *catering*. —Miró conspiradora a su alrededor y bajó aún más la voz. El *gaffer* se acercó a ella—. Creo que hay problemas con él.

—¡No viene mañana! —aulló colérico. ¡No podía tener a su equipo sin comer otra vez!

—Shh, no grites —le suplicó ella—. Si descubren que te lo he chivado, me despedirán, y necesito el trabajo. —Él asintió compadeciéndose, pues en el fondo no era malo, solo un poco gruñón—. Sí viene, pero a la hora de comer, así que, si quieres que tus hombres tengan algo para cenar hoy y para desayunar y almorzar mañana, más te vale cooperar conmigo. Voy a ir a por comida, pero no puedo cargar con todo lo que necesito, y si no tengo ayuda...

Él la miró de arriba abajo con los ojos entornados, remiso a creerla, pero tenía una cara tan angelical e inocente que era imposible dudar de su palabra.

—¡David! —bramó llamando a un chico de no más de veinte años—. Acompaña a la *script* al pueblo.

Cristina echó a andar hacia el aparcamiento con una entusiasta sonrisa en los labios. Ya tenía ayudante, ahora solo esperaba que el camión de *catering*

llegara a primera hora de la mañana, porque ni de chiripa tenía dinero para comprar los almuerzos.

\* \* \*

Era ya de noche cuando Cristina pudo dar por finalizada su jornada. Por lo visto, lo de chica para todo lo decían de forma literal. Había repartido la compra, colocado neveras, llevado recados, ayudado a la sastra, a Neus y al *gaffer*, e incluso montado un aparato, aunque no sabía cómo había conseguido hacerlo funcionar, la verdad. Y cuando la ayudante de dirección había dado por finalizado el día y todos se habían dirigido a sus caravanas a descansar, ella aún había tenido que perder unos minutos en acompañar a la asistente de producción a las oficinas para conseguir el guion. Y lo más gracioso de todo era que allí se había encontrado con el director, quien la había mirado con algo parecido a la preocupación para luego mandarla a descansar, pues parecía agotada, aunque, eso sí, también le recordó que debía tener leído el guion la mañana siguiente.

Cuando llegó a la capuchina, estaba empapada y muerta de frío, hasta tal punto que le castañeteaban los dientes. Apretó con fuerza la mandíbula para dejar de emitir ese molesto ruido y entró. Sus compañeras estaban sentadas a la mesa, cenando. Las saludó y enfiló hacia las literas. Soltó sobre la suya el pesado guion y el bolso con el bocadillo chafado que había llevado encima toda la tarde con la vana esperanza de encontrar un instante para comérselo. Luego se duchó de nuevo para entrar en calor. Veinte minutos después, calentita en su pijama polar, subió a la litera. Se sentó despacio, confirmando que su cabeza no chocaba por los pelos —nunca mejor dicho— contra el techo y se comió el bocadillo. Observó el guion. Trescientos cincuenta folios impresos a una cara, y eso eran solo los ocho primeros capítulos. Los tenía que leer antes de presentarse de madrugada al marimandón de su jefe.

Suspiró y, con una determinación que no sentía, lo abrió y empezó a leer.



***Lunes, 6 de febrero de 2017, Sierra Oeste de Madrid***

Raúl observó apático el guion técnico antes de apartarlo de un manotazo. Era el primer día de rodaje y allí estaba él, en su autocaravana, más aburrido que animado y sin ganas de trabajar. Dio un trago al café que acababa de hacer, deseando que este lo hiciera reaccionar, pero ni siquiera el fuerte brebaje pudo liberarlo del hastío perezoso que lo dominaba. Estaba vacío, yermo. No tenía nada que ofrecer. No se sentía excitado por el inminente rodaje, tampoco nervioso; de hecho, no había en él ninguna emoción, buena o mala. Nada, excepto negligente desgana. Había intentado convencerse de que solo necesitaba trabajar para volver a ser el de siempre. Pero la realidad era que nunca volvería a ser el que había sido. Había perdido el instinto y la excitación que antaño lo hacían luchar por los proyectos en los que se embarcaba. Ahora el guion le parecía aburrido, los escenarios mundanos y los personajes artificiales. Pero la culpa no era de esa serie, sino suya. Hacía demasiado tiempo que nada lo seducía, más del que nadie imaginaba. Ningún proyecto le había llamado la atención en la última década, ni siquiera aquel bodrio espantoso que le había valido su último y más laureado Goya.

—Te veo con pocas ganas, Garrido —dijo un hombre desde la puerta.

Raúl se giró hacia Juan José Martín, su director de fotografía. También uno de los pocos amigos que conservaba.

—Tengo que acordarme de cerrar con llave para que os molestéis en llamar antes de entrar —masculló enfurruñado.

—Ni que tuvieras algo que ocultar —se burló Jota, entrando con la confianza que tienen los viejos amigos, esos tan antiguos que saben cuándo hablas con la boca pequeña y no se molestan en hacerte caso—. Desde que te has vuelto responsable, eres de lo más aburrido. No hay mujeres desnudas atadas a tu cama o dormidas en el suelo, y lo único interesante que veo sobre la mesa es la cafetera. —Se llenó un vaso de plástico y gimoteó de placer

mientras se lo tomaba—. Maravilloso. Sublime. Casi tan delicioso como una mujer bien mojada.

—Eso que has dicho es asqueroso —lo regañó Neus, entrando en la caravana.

—Será que a ti no te gustan las mujeres calientes y mojadas —replicó él esbozando una lasciva sonrisa.

—No tanto como un café negro a las cinco de la mañana, pero casi —dijo ella guiñándole un ojo a la vez que se servía café.

El director de fotografía se echó a reír alborozado en tanto que Raúl conseguía curvar los labios en un simulacro de sonrisa. Años atrás, el improductivo coqueteo entre Jota y Neus le habría parecido tan divertido como a ellos, pero ahora no le veía la gracia al asunto. De hecho, no le veía la gracia a casi nada.

—¡Decidme que tenéis café! —exclamó un hombre entrando a trompicones—. He seguido su delicioso olor desde el confín del mundo, servidme ese delicioso néctar de dioses, necesito cafeína en vena para ser yo mismo. O algo aproximado a mí mismo, pues para alcanzar mi máximo esplendor necesitaría un bocadillo de panceta con queso, cosa imposible de conseguir al no estar abierto el camión de *catering* —se quejó con amargura.

Raúl puso los ojos en blanco ante su incontenible verborrea. Ese era el problema con los guionistas: tenían la mente tan llena de palabras que cuando no estaban escribiendo estaban hablando. Sin parar. Sin pausa. Sin medida.

—¡Muero! —gritó de repente Fabián, llevándose las manos a la cabeza—. Esto no puede estar ocurriendo. ¿Qué va a ser de mí? —lloriqueó al ver que no quedaba café.

—Hazte otra cafetera —le sugirió Raúl, más para acallar sus gimoteos que porque le importaran un ápice los problemas del histriónico guionista. Se giró hacia Neus—. Por cierto, creía, y corrígeme si me equivoco, que ayer acordamos encontrarnos a las seis menos cuarto junto al coche.

—Así fue —confirmó ella, agachándose para sacar el fiambre de la nevera.

—Entonces ¿por qué narices habéis invadido mi autocaravana a las cinco y veinte de la mañana?

—Porque resulta que el *catering* no abre hasta las cinco y media, y en un cuarto de hora no nos da tiempo a desayunar.

—Y ¿se puede saber por qué no me has hecho participe de esa decisión? —Miró de refilón la puerta. ¿Habían llamado? Como no entró nadie pensó que había sido un golpe de aire.

—Si hubieras tenido conectado el *walkie-talkie*, te habrías enterado —replicó ella enseñándole su aparato, del que solo se separaba cuando dormía, y a veces ni eso.

«Ah, sí, los malditos *walkies*», pensó Raúl crispado. Había perdido la costumbre de estar localizable a todas horas y, la verdad, no le apetecía recuperarla. Cogió los infernales aparatos de la encimera y en ese momento oyó de nuevo golpes. Se giró. Los demás no daban muestras de haber oído nada, aunque tampoco le extrañaba, pues estaban discutiendo sobre una escena. Observó intrigado la puerta y, al no abrirse, se unió a la disputa.

Un par de minutos después volvió a oír algo y una súbita sospecha recaló en él.

—¿Has quedado con alguien más aquí? —le preguntó a Neus.

—Con Cristina —respondió ella mirando el reloj de su muñeca—. Debe de estar al caer.

Raúl dio un resoplido y se dirigió a la puerta. La abrió.

—Buenos días —lo saludó Cristina con un castañeteo de dientes.

—¿Por qué no has entrado? —la increpó, asiéndole la muñeca y metiéndola de un tirón.

Ella se estremeció de frío a la vez que esbozaba una encantadora sonrisa.

—He llamado varias veces. —«Pero nadie se ha molestado en abrirme».

—¿Y? —Él la miró sin comprender.

—Mis padres me enseñaron a no entrar sin ser invitada. —Amplió su temblona sonrisa.

—Vaya, una chica educada... y muy bonita. ¿No vas a presentarme a esta preciosidad? —intervino Jota, acercándose a ellos con un humeante café que se apresuró a tender a la joven.

Cris envolvió el plástico ardiente con sus manos ateridas a la vez que agradecía al desconocido su amabilidad.

—Es mi nueva *script* —la presentó Raúl—, y como ves no tiene muchas luces, se ha quedado bajo la lluvia porque no la hemos invitado a entrar. Cómo si alguien se molestara en pedir permiso para invadir mi espacio —dijo irritado aunque sin alzar la voz mientras la recorría con la mirada—. Estás empapada. Otra vez. Y ¿qué te has hecho en el pelo?

Cristina lo miró perpleja. ¿No era obvio?

—Dos trenzas.

—Eso ya lo veo —resopló Raúl—. Me refiero a ¿por qué te las has hecho? Pareces una cría. —«Y estás de lo más apetecible con esa carita de

niña buena, esos labios carnosos y esos expresivos ojos. Tentadora como el pecado...»

Sacudió la cabeza confundido por el repentino pensamiento. ¿Cuándo se había convertido en un cursi?

—... no me molesta y me resulta más cómodo para trabajar.

La miró como si le hablara en chino. Y para el caso, así era, pues se había quedado tan ensimismado que no había escuchado la primera parte de su respuesta.

—Debe de ser muy molesto trabajar con el pelo golpeándote la cara por el viento —terció Jota, pegándose tanto a ella que Cristina sintió su cálido aliento en las mejillas—. Aunque es una pena que tengas que recogértelo, tienes una melena preciosa.

Asió una de las gruesas trenzas y tiró de ella, acercándosela, para luego acariciarla entre los dedos con algo tan parecido a la lascivia que Raúl rechinó los dientes.

—Vuelve a tu capuchina y cámbiate de ropa —le ordenó el director a Cristina, interponiéndose entre ella y Jota con un nada discreto empujón a este último—. No puedes pasarte toda la mañana empapada o enfermarás. Tienes diez minutos.

Ella asintió y se marchó agradecida por poder ponerse ropa seca. Cuando regresó, exactamente diez minutos después, compuso una afable sonrisa y entró sin llamar, solo para encontrarse con que la autocaravana estaba vacía, excepto por el director.

—Los he mandado de avanzadilla al set —la informó Raúl a la vez que le tendía un café y un sándwich envuelto en papel de plata—. Hoy estaremos lejos del campamento toda la mañana. Te aconsejo que aproveches el viaje para comer, no sé cuándo volverás a tener tiempo para hacerlo —señaló mientras se ponía un anorak negro.

Salió y enfiló hacia el parking sin molestarse en comprobar si ella lo seguía. De hecho, iba a intentar no mirarla en todo el día. La maldita cría se había cambiado los pantalones por unos vaqueros que se ceñían a sus largas y torneadas piernas. Y a él se le hacía la boca agua cada vez que la contemplaba. Y justo por eso debía ignorarla. ¡Le duplicaba la edad, no debería resultarle tan deliciosa! Giró la cabeza, incapaz de resistir el incontenible impulso de mirarla aunque fuera de refilón, y pudo ver que bajo la parka llevaba un ajustado polar que marcaba sus curvas. Aunque quizá no fuera tan ajustado. Tal vez el problema era que él era muy bueno imaginando. O había sido muy bueno imaginando, porque ahora era incapaz de imaginar

nada. O casi nada. En realidad, a ella la imaginaba demasiado bien. De hecho, llevaba todo el fin de semana imaginándola sin parar. Sacudió la cabeza, molesto por tener la mente tan dispersa. O tan centrada en una sola cosa. Una cosa que era demasiado joven para llamarle tanto la atención. Apretó los dientes enfadado. ¡Ya no tenía edad para esas tonterías!

Gruesas gotas de lluvia le cayeron en la cara, sacándolo de sus pensamientos. Elevó los ojos al cielo. Oscuros nubarrones anunciaban un chaparrón, así que apresuró el paso. De repente cayó en la cuenta de algo. Se detuvo y Cristina estuvo a punto de chocar con él.

—Espérame bajo la carpa —le ordenó antes de enfilarse de regreso a la autocaravana.

Ella sacudió la cabeza. No había duda de que su nuevo jefe estaba como una cabra. En fin, tampoco importaba, un psicólogo le había dicho una vez que la cordura estaba sobrevalorada, y no podía estar más de acuerdo. Se dirigió a la carpa y, como el *catering* ya estaba abierto, aprovechó para hacer acopio de queso, fiambre, pan, croquetas, empanadillas y, en definitiva, todo aquello que encontró susceptible de comer frío y de pie. Lo guardó en varios portamenús desechables que metió en una bolsa.

Cuando Raúl regresó a su lado, la miró con los ojos entornados.

—Cargas con demasiados trastos. —Señaló el enorme bolso que le colgaba del hombro, la bandolera que le cruzaba el pecho y la bolsa que llevaba en la mano y que Dios sabía qué contenía—. Y todos bastante inútiles, por lo que veo.

—Necesito mucho material para realizar mi trabajo —replicó ella.

Tenía que llevar tantas cosas encima porque su labor era, básicamente, saberlo todo. En una escena no podía haber una chaqueta abierta que de repente estuviera cerrada, cigarrillos apagados que al segundo siguiente estuvieran encendidos o atrezzo que cambiara de posición sin motivo. Su trabajo como encargada del *récord* consistía en evitar la ruptura de la continuidad escénica, emocional y argumental y, para conseguirlo, debía tenerlo todo meticulosamente apuntado. También debía llevar los partes de continuidad, cámara y sonido; las fichas de vestuario, atrezzo, maquillaje y peluquería, y llevar un diario de rodaje con todo lo que aconteciera durante la jornada. Otra de sus funciones era cronometrar cada toma para que al montar el episodio este no superara el tiempo establecido. Y, para tener todos esos datos al día necesitaba, además del imprescindible guion, gran variedad de planillas, cuadernos, bolígrafos de colores, lapiceros, gomas, clips y marcadores. ¡Parecía una papelería ambulante!

Una tableta le facilitaría mucho el trabajo, pues le permitiría acompañar las fichas de fotos, llevar un Excel con los partes y tenerlo todo organizado en un aparato. Pero no tenía ninguna, y María la había informado de que la productora no tenía presupuesto para facilitársela, por lo que no le quedaba otra que apuntarlo todo a mano y llevar encima cientos de documentos.

—Tú sabrás... Mientras no te retrases ni me retrases, por mí estará bien. —Raúl la miró con el ceño fruncido. Al acabar el día estaría agotada de cargar con tanto trasto—. Ponte esto, el castañetear de tus dientes me desconcentra. —Le tendió un paquete—. Vámonos, no tenemos tiempo que perder —dijo echando a andar hacia el descampado.

Cristina miró sorprendida el inesperado presente antes de abrirlo. Era una enorme capa de plástico grueso. Se apresuró a ponérsela. La cubría entera, resguardándola de la pertinaz lluvia. Miró pasmada al hombre que en ese momento se alejaba con rapidez. Le había hecho el mejor regalo que nadie podía hacerle en un día como ese, y en lugar de esperar un gesto de agradecimiento había salido corriendo, como si tuviera diarrea y necesitara encontrar un baño con mucha urgencia.

¡No había quien lo comprendiera!

\* \* \*

—¡Y, corten! —exclamó Raúl, la vista fija en el combo de vídeo en el que aparecían las imágenes que grababa la cámara—. ¿Cuántos segundos?

—Catorce —lo informó Alba.

Raúl clavó su penetrante mirada en Cristina y esta se apresuró a asentir, coincidente.

—¿Cuántos se pueden recortar? —le preguntó, sus inteligentes ojos fijos en ella.

—Dos, tal vez tres.

—Anótala como buena —ordenó—. ¿Qué hora es?

—Las tres menos diez.

Raúl se pasó ensimismado los dedos por el pelo. La lluvia les había dado un respiro permitiéndoles grabar muchos de los exteriores que necesitaban. Aún faltaban unos cuantos, y deberían filmarlos antes de que volviera a llover, pero el equipo estaba desfallecido. Y no habían perecido de hambre cuando la furgoneta de *catering* se había retrasado, llegando casi cuatro horas más tarde de lo acordado, gracias a que Blancanieves había hecho aparecer, como por arte de magia, un montón de comida a media mañana.

Observó a su nueva *script*. Estaba comparando sus notas con las de Alba, quien asentía complacida, lo que significaba que de nuevo coincidían, algo que no lo sorprendía. Había supervisado el diario de rodaje y los partes de grabación que llevaba y, más que correctos, eran impecables. No cabía duda de que la chica era mucho más competente de lo que había imaginado.

—¡Descanso de tres cuartos de hora para comer! —exclamó levantándose de la silla.

Neus trasladó la orden a través del *walkie* a los distintos equipos y todos se dirigieron presurosos a la furgoneta de *catering*, que llevaba una hora aparcada fuera del set.

¿Todos? No.

Una joven de labios cuales fresas maduras, cabello como el chocolate más puro y piel de alabastro aprovechó que tenía un minuto libre para vaciarse los bolsillos de bolígrafos, lápices y rotuladores y ponerlos en orden. Los miró pensativa. Debía idear algo que le permitiera tenerlos ordenados y al alcance de la mano. Llevarlos en el bolso era un verdadero caos, y guardarlos en los bolsillos tampoco era la solución, pues perdía un tiempo que no tenía en sacarlos y elegir los que necesitaba para las acotaciones al guion. Lápices para sugerencias temporales, marcadores para los cambios y bolígrafos de colores para las anotaciones; verde para los bloques, rojo para el eje, azul para las notas de cámara, rosa para el crono, negro para los dibujos... Y aún no habían rodado ninguna escena con actores, ¡cuando eso sucediera, sería la hecatombe! ¡No existían colores suficientes para todo!

Se retiró el flequillo con un soplido y se guardó los bolígrafos, ordenados por colores, en los bolsillos. Luego comenzó a organizar los partes de grabación y el diario de rodaje.

Raúl observó con el ceño fruncido a su nueva *script*. ¿Qué estaba haciendo? Solo tenía tres cuartos de hora para comer, ¡no debería perder el tiempo de esa manera! Se acercó enfadado y fue entonces cuando se dio cuenta de que en realidad no estaba perdiendo el tiempo, sino ordenando sus útiles de trabajo. Sacudió la cabeza molesto por su falta de perspicacia con todo lo que concernía a ella. Era capaz de anticipar los movimientos de todo el personal menos de ella, quien no hacía más que sorprenderlo. Imaginó que se debía a que apenas la conocía y a que hacía cosas de lo más inesperadas. Como hacer aparecer de la nada, o para el caso de una bolsa de plástico, un montón de comida y ofrecérsela a sus compañeros.

Su gesto los había librado de un motín cuando los trabajadores habían recibido la funesta noticia de que el *catering* se retrasaba.

No había duda de que era una mujer de recursos.

La había visto correr de arriba abajo toda la mañana, tomando notas, cronometrando y registrando cada palabra que salía de labios de Neus, del director de fotografía, del guionista y de él mismo sin desfallecer ni preguntar una segunda vez, con los bolsillos deformados por los bolígrafos y las manos ocupadas por las planillas que debía rellenar. No era de extrañar que lo tuviera todo desorganizado y aprovechara ese instante para ordenarlo. La eficacia de su trabajo dependía del orden con que lo llevara.

Pero aun así...

\* \* \*

—No me sirves de nada si te desmayas de hambre en mitad del rodaje.

Cristina dio un respingo al oír la voz profunda del director tras ella. Se giró y se encontró con unos perspicaces ojos pardos que le quitaron el aliento. Su jefe tenía la mirada más fascinante que había visto nunca.

—Agradezco su interés por mi salud, pero no tengo intención de desmayarme antes, durante o después del rodaje —contestó sonriente.

—Eso habrá que verlo. Tienes aspecto de estar agotada, te dije que llevabas demasiados trastos —la acusó señalando la ingente cantidad de documentos que había en la mesa.

—Solo los que necesito —replicó con voz cansada pero amable mientras terminaba de colocar las planillas en la carpeta con pinza que luego metió en el bolso.

—No veo a Alba cargar con tantos papeles.

—Imagino que eso es porque somos dos personas distintas que realizan el mismo trabajo de manera diferente aunque con idéntica eficacia —musitó esforzándose por mantener la sonrisa. Odiaba que la regañaran sin motivo. No lo soportaba.

Deslizó la mano bajo la manga de la parka y se frotó el antebrazo.

Raúl enarcó una ceja. Ahí estaba de nuevo esa mirada beligerante a pesar de su afable tono de voz y su sempiterna sonrisa.

—Sí que lo sois. —La miró intrigado y, al mismo tiempo, seducido por su dualidad—. Acompáñame al *catering*. —Enfiló hacia las mesas colapsadas de gente que rodeaban la furgoneta—. Vamos, no te quedes ahí parada —ordenó al ver que ella continuaba colocando sus papeles.

—Será cretino —masculló Cris sin poder contenerse. ¡Le quedaban mil cosas por ordenar, no podía perder el tiempo comiendo si no quería fallar después!



—¿Has dicho algo? —Clavó sus ojos en ella, retándola a repetir el insulto.

—Que estoy deseando comerme un pepino —afirmó con fingida inocencia.

Raúl alzó las comisuras de los labios mientras sus ojos chispeaban con diversión. Luego se dio media vuelta y continuó su camino.

Cristina echó a andar tras él.

Durante el trayecto a la furgoneta los pararon tres veces, las dos primeras para consultar al director, pero la tercera fue ella la interrogada.

Raúl se detuvo para responder al guionista mientras observaba interesado cómo la muchacha sacaba el guion y respondía al operador de cámara. Resplandecía de satisfacción y felicidad, como si ser elegida para contestar dudas fuera muy importante. Y no era para menos, lo normal habría sido que el hombre acudiera a Alba, al fin y al cabo, era la *script* veterana, aunque también era cierto que esta no sonreía tanto ni era tan amable ni se sacaba comida de la manga en el momento en que más la necesitaban.

Cristina observó con el rabillo del ojo a su jefe. Estaba a varios metros de ella y parecía entretenido. Le dio la espalda, fijándose en la amable sonrisa que mostraba el operador de cámara que estaba frente a ella. No parecía agobiado por la prisa, como sucedía con el resto de los trabajadores, tal vez pudiera resolverle la duda que la había corroído durante toda la mañana. Las tomas que habían rodado pertenecían a distintos episodios y secuencias. Se grababan sin orden cronológico alguno. Y, por lo visto, era lo normal.

—¿Por qué no se graban todas las tomas de una escena seguidas? —le preguntó con voz queda, muerta de curiosidad y vergüenza, pues lo último que le apetecía era que supieran hasta qué punto llegaba su incultura cinematográfica.

—Cada plano requiere de una iluminación específica, y la mejor manera de aprovechar el tiempo y el dinero es mover lo menos posible los aparatos y las cámaras —oyó la voz de Raúl tras ella. Se giró sorprendida, la última persona que había esperado que se parase a resolver sus dudas era el intransigente director—. Esta semana rodaremos los exteriores aquí, las tomas servirán para todas las secuencias de carretera porque, al cambiar la orientación de la cámara, el encuadre y la iluminación, parecerán distintos lugares. Así nos evitamos cambiar de ubicación, cosa que ahorra mucho dinero a producción. —Echó a andar hacia el *catering*—. Por otro lado, cuando comencemos a rodar con actores, el orden del rodaje se decidirá en virtud de los campos de luz; se ruedan seguidos todos los planos que

corresponden a una posición determinada de la cámara en un mismo escenario, sin importar el episodio al que pertenezcan.

Cristina se apresuró a ir tras él, escuchándolo con atención. Cuando no estaba gruñendo tenía una voz profunda que parecía acariciar las palabras. Se mostraba paciente en las explicaciones y conciso en los ejemplos. Tan cómoda se encontró con su discurso que, siguiendo un impulso irracional, lo interrogó sobre el plan de rodaje del día siguiente. Ya debería haberlo estudiado con Alba, pero la mañana había sido caótica y se le había olvidado por completo.

—¿Alba no te ha puesto en antecedentes? —inquirió, sus penetrantes ojos fijos en ella.

—No hemos tenido tiempo, pero esta tarde sin falta nos pondremos con ello —replicó arrepentida de haber preguntado.

Raúl frunció el ceño y Cristina estuvo segura de que le iba a caer la bronca del siglo por no cumplir con sus obligaciones. La salvó la providencial aparición del técnico de *travelling*, que entretuvo al director con varias preguntas y le permitió escapar.

Se dirigió a la mesa bufet montada bajo una carpa provisional, cogió un plato y comenzó a llenarlo. Estaba terminando de servirse cuando sintió su presencia. Se giró y, efectivamente, ahí estaba. El flequillo rubio ceniza, liso y entretejido de canas, le caía sobre los ojos, tocando sus largas pestañas mientras la observaba como si fuera lo único que le interesara en el mundo en ese momento.

Y ella no supo si se sentía halagada, asustada o excitada por ser la destinataria de tan intensa mirada. Tal vez las tres cosas a la vez. Incluyó la cabeza y comenzó a jugar con una de sus trenzas a la vez que curvaba los labios en una dulce sonrisa que esperaba disimulara el nerviosismo que él le provocaba.

Raúl clavó la mirada en ese dedo jugueteón que se enredaba una y otra vez en la trenza, volviéndolo loco de deseo mientras imaginaba cómo sería sentir su suave roce sobre la piel.

—Llevas comida para un regimiento —gruñó enfadado consigo mismo a la vez que señalaba el plato que ella sostenía—. ¿Piensas guardarla en tu bolso mágico para sacarla cuando estemos muertos de hambre?

Estaba a punto de añadir algo más cuando se le acercó el *gaffer*, a quien no le había quedado clara la posición del raíl en la siguiente escena. Le tendió unos papeles y Cristina aprovechó la oportunidad para escapar. Raúl la observó un instante antes de estudiar el plano de zona y dibujar en él los

raíles. Cuando volvió a quedarse libre, cogió un plato en el que le dio tiempo a echar un par de albóndigas antes de ser asaltado por el segundo operador de cámara, quien tenía cuestiones de vital importancia que resolver. Luego fue el microfonista quien lo entretuvo con la ubicación de las pértigas de sonido.

Cristina observó el trasiego de personas que se acercaban a su jefe, quien seguía junto al bufet con el plato prácticamente vacío.

—Dios da pan a quien no tiene dientes. —Fabián se sentó junto a ella—. Míralo, tiene un cuerpo perfecto —suspiró mirando al director—. Nunca tiene hambre, la mitad de los días se le olvida comer y, sin embargo, no está flaco como un palo; al contrario, goza de un mullido culo, abdomen marcado, piernas bien formadas y bíceps definidos. Y yo, que me paso la vida a régimen, sufriendo porque soy incapaz de no pensar en comida, tengo una panza enorme. Maldita genética..., es tan injusta.

Cristina asintió sin saber qué responder. Su mirada volvió a desviarse hacia el imperturbable hombre que en ese momento hablaba con los montadores. Ninguna sonrisa adornaba su semblante, pero tampoco parecía impaciente o desdeñoso. Atendió a una persona tras otra sin parar hasta que Neus avisó de que faltaban cinco minutos para volver al rodaje.

Él fue el primero en ir al set. Su plato a medio llenar olvidado en la mesa del bufet.

\* \* \*

—Plano detalle en rasante del anillo en el asfalto, luego *dolly back* del coche alejándose con horizonte al fondo —indicó Raúl al operador de cámara.

Podía hacerlo mejor, lo sabía. Debería buscar un enfoque más original, más impactante, pero su instinto se negaba a funcionar. Por tanto, lo mejor que podía hacer era ceñirse al guion técnico y dejar de angustiarse por no conseguir volver a ser el gran director de antaño.

Se frotó el estómago; parecía que tuviera una enorme serpiente devorándole las tripas. Buscó una botella de agua, tal vez si la remojava... Pero en ese momento el sol incidió sobre el anillo, haciéndolo resplandecer, y se olvidó de todo malestar.

—¡La alianza no puede brillar! —gritó encaminándose hacia allí.

Cristina lo miró sorprendida. ¿Por qué no? Era de oro. ¡Claro que podía brillar!

—Marta ha estado casada veinte años con un tipo al que no quiere y que no la quiere —señaló él, refiriéndose a la protagonista de la serie. Cogió el anillo y lo frotó contra la tierra—. Su alianza no puede ser nueva ni brillante,

¡lleva dos décadas usándola! Y no le tiene ningún cariño. Eso debe notarse. Quiero que esté arañada, tan ajada como se siente ella. No va a brillar si Marta no brilla —sentenció tirando de nuevo el anillo al suelo, tan sucio que daba la impresión de ser un aro de esclavo en lugar de una alianza de bodas—. ¡Todos a sus puestos, tenemos una toma que rodar! —Se sentó tras el combo de vídeo junto a Cristina.

—Por este tipo de cosas eras el niño mimado del cine —musitó Neus tras ellos.

—Voy a hacer como que no he oído esa estupidez —masculló él—. ¡Claqueta!

Alba se colocó frente al set claqueta en mano para dar inicio a la toma, pero él la detuvo con un gesto.

—Dásela a Cristina —exigió mirando a la joven—. Vas a tener que encargarte de eso dentro de un par de semanas, ¿por qué esperar?

Ella cogió la claqueta de manos de Alba y, con una emoción que apenas podía contener, dijo las famosas palabras «luces, cámara, acción».

Raúl observó con disimulo su excitada agitación y sintió envidia. Ojalá pudiera emocionarse de nuevo con un proyecto. Con mirada melancólica, centró toda su atención en el rodaje. Llevaban una hora grabando cuando se le iluminó la mirada y, sin venir a cuento, le exigió a su nueva *script* que se pusiera unos zapatos de tacón que tuvieron que ir a buscar a la carrera al camión de vestuario y que la obligó a quitarse una y otra vez a patadas. Repitió la toma hasta quedar satisfecho y luego dejó ir a Cristina. Se alejó del combo para intercambiar un par de ideas con su director de fotografía y, al regresar, se fijó en un paquete que había aparecido como por arte de magia en un extremo de la mesa. Lo abrió, descubriendo un apetitoso bocadillo. Lo miró intrigado a la vez que se frotaba el estómago.

—¿De quién es esto? —preguntó en voz alta a nadie en especial.

—Creo que ha salido del bolso mágico de nuestra Mary Poppins particular —comentó Fabián contemplando con deseo el bocata.

Raúl miró el bocadillo, al guionista, a su *script*, que en ese momento estaba con el técnico de audio, y de nuevo el bocadillo. Luego lo agarró con ambas manos y comenzó a comérselo. Estaba riquísimo, el condenado.

\* \* \*

Cristina abrió los ojos sobresaltada al sentir la brusca sacudida del coche al pasar sobre un bache. Por lo visto, se había quedado dormida en el trayecto de vuelta al campamento. Se frotó los ojos. El sol aún no se había escondido del

todo, aunque le faltaba poco. Poco después, el vehículo se detuvo con un ronroneo y ella se apeó renqueante seguida de Neus y Fabián, y Jota y Raúl, quienes ocupaban los asientos delanteros. Se frotó con disimulo los hombros agarrotados de cargar todo el día con el bolso y la bandolera. Rotó el cuello y un gemido escapó de sus labios cuando un ramalazo de dolor la recorrió desde la nuca hasta la rabadilla.

—¿Estás bien? —oyó la voz del director junto a ella.

Ella lo miró con la que esperaba fuera la más encantadora de sus sonrisas.

—De maravilla. Voy a darme una ducha y después saldré a dar una vuelta para buscar una comadreja zullenca. Es un animal muy difícil de encontrar que habita en esta zona, y quiero hacerle una foto para enviársela a mi hermano: es zoólogo —afirmó sonriente, intentando aparentar que estaba fresca como una rosa.

La vida le había enseñado que no debía mostrar debilidad ante nadie, mucho menos ante alguien con más poder y fuerza que ella.

Raúl estrechó los ojos con suspicacia. Nunca había oído hablar de esa comadreja, aunque bien era cierto que los animales no eran santos de su devoción. Ya investigaría más tarde sobre ese bicho, ahora lo que le interesaba era el estado de su más que agotada *script*.

—Me alegro de que todo el peso que has cargado no te pase factura —dijo mordaz mirándola de arriba abajo. Parecía tener la misma fuerza que una muñeca de trapo rota. Así que iba a darse una ducha para luego dar un paseo. Claro. Y él iba a cenar con Napoleón Bonaparte—. Lamento decirte que vas a tener que dejar la búsqueda de ese animal para otro día. —Cristina parpadeó confundida, y él se giró hacia los demás, que permanecían junto al coche—. En mi autocaravana dentro de media hora. Y haced el favor de traer vuestra propia comida, estoy harto de que me saqueéis la nevera. —Luego fijó su mirada en ella—. Treinta minutos, Blancanieves, ni uno más. No te despistes, no esperamos por nadie.

—Pero creí que... —farfulló aturdida. ¡Se suponía que su jornada había acabado!

—Quieres saber el plan de rodaje de mañana, ¿no? —la interrumpió Raúl.

Ella abrió unos ojos como platos. ¡Se había acordado de su pregunta matinal!

—Si no te interesa o estás muy cansada, llamaré a Alba y se ocupará ella.

—¡No! Quiero decir, sí. Claro que me interesa. Dentro de media hora. Allí estaré —dijo entusiasmada antes de echar a correr. Tenía media hora para ducharse e ir al bufet.

—Divina juventud —comentó Jota observando a la muchacha—. Me pregunto si tendrá el mismo entusiasmo entre las sábanas.

Raúl miró furioso a su amigo antes de dirigirse a su autocaravana.

\* \* \*

Cristina salió de la capuchina que compartía con la peluquera, la maquilladora y la sastra y se sentó en la escalera. Los gritos furiosos de Marilyn, quejándose amargamente de malgastar su maestría en hacer peinados vulgares a Irene Cruz, se oían a través de la puerta cerrada. Ser la peluquera de una gran estrella era una oportunidad única que ella iba a desperdiciar porque esa serie no le permitía mostrar todo su potencial.

Llevaba repitiendo eso mismo una hora. Sin parar y sin cambiar de tema.

Se frotó las sienes. La espalda le estaba matando y los aullidos de Marilyn le habían producido un tremendo dolor de cabeza. Estaba agotada, pero sabía que no conseguiría dormir hasta que leyera un poco para relajarse, algo que era poco menos que imposible dado el estado anímico en que se encontraba. Había pasado más de dos horas en la autocaravana del director, tomando café a diestro y siniestro, que por lo visto era de lo que él se alimentaba, mientras estudiaban el plan de rodaje de la próxima jornada. También había atendido a los consejos de Neus sobre cómo tratar a la famosísima, y por lo visto complicada, Irene Cruz. Las muecas de Raúl le indicaron que no estaba lo que se dice entusiasmado con la actriz elegida. Aunque eso era de esperar: ambos habían sido niños mimados del cine español, sería como juntar dos gallos en un corral. No cabía duda de que ese iba a ser un rodaje muy entretenido.

Un movimiento junto a los camiones le llamó la atención. Estrechó los ojos intentando averiguar quién era y, aunque no pudo ver sus rasgos en la oscuridad, reconoció al director por sus pasos rápidos y violentos, como si quisiera devorar la distancia en lugar de recorrerla. Parecía inquieto, como si se sintiera atrapado en los límites del campamento. Avanzaba con rapidez desde los camiones a la carpa y de allí al descampado, donde se perdía entre las furgonetas para luego reaparecer entre las caravanas y comenzar de nuevo el recorrido. Una y otra vez, cada vez más deprisa, como si intentara dejar atrás algo de lo que no podía escapar.

Una hora después, los gritos de la peluquera por fin se extinguieron y Cristina entró en la capuchina.

En el exterior, un hombre solitario continuaba huyendo de sus pesadillas con pasos urgentes.

***Martes, 7 de febrero de 2017, Sierra Oeste de Madrid***

Raúl elevó la vista al cielo. Parecía despejado, aunque al ser todavía de noche era difícil saber si se mantendría así. Tal vez tuviera suerte y no lloviera. Pasaban cinco minutos de las cinco y media, diez más y saldrían al set. Si es que sus compañeros se daban prisa en desayunar, claro. Observó el revuelo de personas que se amontonaba junto al recién abierto *catering*. No le fue difícil distinguir a su nueva *script*, aunque no entendía por qué. No había nada en ella que la hiciera destacar entre los demás. Su altura era media, su pelo negro y su piel clara. Aunque tal vez eso era simplificar demasiado.

Poseía una luz invisible que la hacía brillar como una estrella en medio de la oscuridad.

—¡Garrido! ¿Cómo vas, amigo? —exclamó un hombre de barba frondosa palmeándole el hombro. Raúl se apartó molesto y el otro lo siguió sin dejar de hablar entusiasmado—. Ya tenía ganas de trabajar contigo. Aunque han pasado años desde tu última película, sé que «*Besos robados*» será un éxito. —Esperó una respuesta y, al no obtenerla, continuó con su perorata—: Acabo de darle al utillero la lápida y el cartel que me encargaste.

—Una semana tarde, por cierto —señaló Raúl con desdén.

—Las cosas de palacio van despacio.

—Me ocuparé personalmente de que se te pague con la misma premura que has empleado. —Le dio la espalda, encaminándose hacia el descampado convertido en garaje.

El decorador lo miró contrariado y echó a andar tras él.

—No te cabrees por tonterías, no te viene bien para el corazón —dijo conciliador.

Esa frase hizo que Raúl se girara, dedicándole algo muy parecido a una mirada homicida, solo que peor. Más agresiva. Más peligrosa.

—Y ¿cómo tengo supuestamente el corazón? —inquirió en voz baja y amenazante.

—Pues tocado, ¿no? Me han dicho que te dio un arrechucho y estás fastidiado...

Raúl palideció al oírlo.

—¿De dónde has sacado esa estupidez?

—Me lo comentó alguien de eléctricos. ¿No es verdad? Me dijeron que te estabas medicando.

—Si padeciera la mitad de las cosas que me achacan, tendría la nariz de platino, dos marcapasos, una lobotomía y hasta la polla de titanio —gruñó exasperado—. No soporto a los chismosos, y no los quiero en mi set. —Se acercó a él hasta que su aliento le movió la barba—. Si me entero de que esparces rumores sobre mí, me aseguraré de que jamás vuelvas a trabajar para esta productora —le advirtió furioso antes de encaminarse hacia el coche.

El barbudo intentó seguirlo de nuevo, pero la mirada colérica de Raúl le indicó que esa no era una buena idea.

\* \* \*

Jota observó a su amigo subir la cuesta. Sus labios apretados no dejaban lugar a dudas de que estaba enfadado. Mucho. De hecho, parecía a punto de matar a alguien. Esperaba que no fuera a él. Aunque tampoco era que le importara demasiado, la verdad. Alguna vez había que morir.

—Ya te han puesto de mal humor —comentó apoyando el trasero en el capó del coche mientras soplaba el humeante café que sujetaba.

—¿Has oído algún rumor sobre mi corazón? —lo increpó Raúl.

—Que no tienes.

—Aparte de eso. —El director de fotografía negó con un gesto—. Por lo visto, corre el rumor de que lo tengo tocado...

—¿Tocado? ¿Como si llevaras un marcapasos o algo por el estilo?

—Más o menos.

—Eso es porque te estás portando demasiado bien. —Jota sacó una petaca del bolsillo y vertió un líquido ambarino en su vaso—. Líate con alguien, dale algo de lo que hablar a la prensa y dejarán de buscarte enfermedades y adicciones con las que llenar sus programas.

—¿Alguna sugerencia? —masculló Raúl con sorna. Ni loco expondría su vida privada a los periodistas del corazón.

Resopló burlón y, al levantar la cabeza, su mirada se vio atraída por el cuarteto que atravesaba el patio. Más exactamente, por la mujer que caminaba



tras Fabián, Neus y Alba. Se había hecho una coleta alta y su pelo parecía bailar en alas del viento.

—Podrías hablar con Irene: un romance inesperado entre vosotros sería una fuente de publicidad estupenda —comentó Jota siguiendo con la idea.

—Antes me corto la polla —masculló él sin apartar los ojos de la muchacha.

—Con lo poco que la usas últimamente, no creo que la echés mucho de menos —se burló Jota siguiendo la dirección de su mirada—. ¿Te llama la atención alguna de ellas?

Raúl apretó los dientes, molesto por ser tan transparente, y negó con la cabeza.

—¿No? No cabe duda de que te has echado a perder, ¡con lo que tú eras! Y es una lástima, porque hay que joderse lo bien que menea el culo esa mujer —dijo, los ojos fijos en Alba—. No me digas que no te gustaría hacerle un trabajito por detrás. —Sacudió las caderas con lascivia.

—Eres un perverso, es solo una cría —lo increpó Raúl indignado.

—¿Te has vuelto loco? ¡Si los cuarenta no los cumple! —Lo miró desconcertado y fue entonces cuando se percató de que no estaban hablando de la misma persona.

La mirada de su amigo estaba fija en la nueva *script*. Había que reconocer que la muchacha estaba dotada de una boca capaz de despertar sus más lúbricas fantasías y una melena que no le importaría sentir azotándole la piel, pero aparte de eso no poseía nada más que le llamara la atención. Además, esa horrenda parka que siempre llevaba tapaba las partes más importantes de su anatomía.

—Tiene la cara mona —dijo con indiferencia—. ¿Crees que tendrá el culo respingón?

—¿Qué? —Raúl giró la cabeza con tal rapidez que Jota casi oyó crujir su cuello—. No digas estupideces —lo regañó antes de volver a fijar la mirada en la joven.

Jota enarcó una ceja. Hacía años que el director no se mostraba interesado en nada ni en nadie; que esa chica hubiera acaparado su atención era poco menos que milagroso.

—Le pegaría mucho. Un culo duro y respingón y unas tetas no muy grandes, dos manzanitas con pezones altos y puntiagudos, rojos como cerezas...

—¡Cállate, es una niña! —siseó Raúl con rabia. Aunque no por eso dejó de observarla como un depredador acechando a su presa.

—¡Qué va! Está trabajando, lo que significa que es mayor de edad y, por tanto, no es ilegal follar con ella.

—Eres repugnante. —Se alejó del coche. No quería oír nada más.

—¿Cuántos años crees que tiene? —Jota lo siguió, se estaba divirtiendo demasiado como para dejarlo en paz.

—Tal vez veintitrés, no más de veinticuatro —calculó Raúl.

—Veinticuatro, en su punto justo. Lo suficientemente joven para montarte toda la noche pero no tanto como para tener que enseñarla a follar, con lo trabajoso que es eso.

—Eres asqueroso.

—No, soy sincero. ¿O de verdad vas a decirme que no te la has imaginado desnuda, con las piernas abiertas y el coño empapado, preparada para que te la folles?

Raúl tropezó con una piedra inexistente y luego aceleró el paso.

A su espalda oyó con insultante claridad las carcajadas del director de fotografía.

\* \* \*

Cristina ralentizó el paso mientras reubicaba los termos en el bolso para equilibrar el peso. Luego se lo colgó del hombro, lo soltó cautelosa y suspiró aliviada al comprobar que, a pesar de la carga extra, su espalda se mantenía erguida. ¡Estupendo, el papel de jorobada de Notre Dame no iba con ella! No le duró mucho la alegría, pues enseguida comprobó que sus compañeros habían acelerado el paso, dejándola atrás. Pocos metros delante de ella estaba el motivo del repentino aumento de velocidad. Y la miraba con cara de pocos amigos. De muy muy pocos amigos en realidad.

—Espero que no tengas por costumbre llegar tarde, no soporto la impuntualidad —masculló crispado Raúl, aunque no estaba enfadado con ella, sino consigo mismo por permitir que los comentarios de Jota le afectaran.

Se puso a su altura e imprimió un paso rápido en dirección al coche.

Cristina lo miró perpleja. ¡Aún no eran las seis menos cuarto!

—No he llegado tarde —replicó con fingida afabilidad.

—Has llegado con la hora pegada al culo, lo que es casi tarde —replicó él sin dar su brazo a torcer—. Debes llegar siempre un poco antes, así no me harás esperar —le advirtió con severidad para luego tenderle un paquete—. Te vendrá bien.

Ella lo miró perpleja. ¿Otro regalito? Primero le echaba la bronca sin motivo y luego le daba un regalo. ¡Su jefe tenía un trastorno bipolar! Sopesó

el paquete y tiró intrigada del plástico negro que lo cubría.

—No te pares, vamos tarde —la regañó al ver que se detenía.

Cristina lo miró enfadada, ¡no era una niña para que le diera órdenes!, pero en lugar de quejarse echó a andar de nuevo. Eso sí, en cuanto él dejó de mirarla, le sacó la lengua en una pedorreta. Silenciosa, por supuesto.

Habían llegado al coche cuando un técnico los paró con una duda. Y, mientras Raúl la resolvía, ella aprovechó para abrir el paquete. ¡Se moría de curiosidad! Arrancó el plástico y a punto estuvo de caérsele la caja al ver lo que ocultaba. Una tableta. No podía ser verdad. La abrió con dedos trémulos. Sí, era real. Apretó el botón de encendido y la pantalla se iluminó, lo que significaba que estaba operativa. Y con la batería cargada. Lo único que tenía que hacer era configurarla. Porque era nueva. Nadie la había usado antes. La acarició despacio, casi con reverencia. Ya no tendría que ir cargada como una mula con miles de papeles y carpetas.

—¿Has terminado ya? ¿Podemos irnos de una vez o tenemos que esperar a que la revises milimétricamente? —la increpó Raúl, irritado por el dramatismo con que tocaba el aparato. ¡Ni que tuviera dientes y fuera a morderle!

Cristina lo miró confundida.

—¿Es para mí?

—No, para mi tía Felisa —resopló él.

—¡Gracias! —exclamó emocionada—. Cuando se la pedí a María me dijo tajante que no entraba en el presupuesto. No puedo creer que haya cambiado de parecer.

—No te la ha dado ella, ¿verdad? —masculló molesto antes de entrar en el coche y cerrar con un portazo—. Sube de una vez, vamos con retraso —ordenó bajando la ventanilla.

—Pero... —Ella lo miró pasmada. ¿Qué había querido decir con eso?

—¿Tal vez prefieres ir andando al set? —dijo él con voz suave antes de arrancar.

Cristina guardó la tableta y se apresuró a sentarse detrás, junto a Fabián y Neus.

\* \* \*

—¿Crees que Irene llegará a la hora prevista? —le preguntó María a Raúl, parándose junto al combo de vídeo con un humeante café en la mano.

Eran casi las diez y la mañana estaba siendo muy productiva. En ese momento se encontraban en un breve intermedio mientras los montadores

cambiaban la ubicación de las cámaras y colocaban el atrezo.

—No está en su naturaleza ser puntual —replicó Raúl mirando codicioso el café. ¿De dónde lo habría sacado? La furgoneta de *catering*, como de costumbre, había vuelto a retrasarse—. No la esperes hasta la noche, y ni sueñes con rodar sus escenas antes de mañana.

La asistente de producción arrugó el ceño. Conocía lo suficiente a la caprichosa actriz como para dar por válidas las palabras del director.

—Genial, he hecho venir al camión de maquillaje para no rodar nada, lo que se traducirá en un montón de horas perdidas con el gasto que eso conlleva. Voy a intentar adelantar a esta tarde el rodaje de otra escena. Si hay algo que no soporto es a las divas —masculló alejándose.

«Por una vez, coincidimos», pensó Raúl encaminándose al set. Un equipo colocaba las marcas en la carretera, mientras que otro montaba la grúa para tomar una panorámica del pueblo con el castillo a la derecha.

—Necesito tomas en días luminosos y lluviosos —le indicó al director de fotografía.

—Usaré distintos filtros —replicó Jota tras terminarse su café aderezado con el contenido de su petaca.

—También quiero varios planos generales y detalle del castillo —lo encuadró entre los dedos— interior y exterior; picados desde la torre y contrapicados desde las cuadras. María ha conseguido permiso para rodar el jueves, que es cuando mudaremos el campamento al pueblo.

—Sin problemas. Estudiaré la zona el día antes y pasaré las notas al mapa.

Raúl cabeceó satisfecho. Luego se dirigió a la cámara montada en el soporte móvil y miró a través del visor. Pidió un par de ajustes y, cuando estuvo conforme, fue al combo para la prueba de cámara. No llegó a sentarse tras la pantalla, pues el *gaffer* lo detuvo. El cartel con el nombre ficticio del pueblo estaba mal; el decorador había cambiado una letra por otra.

—Usa un rotulador negro para convertir la «I» en «L» —resolvió Raúl tras pensarlo un instante.

El *gaffer* se pasó el vaso de café a la mano izquierda y usó la derecha para agarrar el *walkie* y gritar a alguien que se acercara al pueblo a por rotuladores.

—Antes de mover a nadie, busca a Cristina y pregúntale. Creo que he visto alguno entre el batiburrillo de cosas que siempre lleva encima —le aconsejó mirando con envidia el vaso que sostenía. ¿Qué pasaba ahí? ¿Era Navidad y Papá Noel estaba repartiendo café a los niños buenos?

—Pídeselo a Blancanieves y tráemelo. —El *gaffer* modificó la orden a través del *walkie*.

Raúl arqueó una ceja. Por lo visto, no era el único que pensaba que la nueva *script* se parecía a la princesa de cuento. Y, por extraño que pareciera, eso no le gustó nada, porque significaba que no era el único que se había fijado mucho en ella.

—Espera —retuvo al *gaffer* cuando este hizo intención de irse—. El decorador me ha comentado que alguien de eléctricos le dijo que tengo el corazón tocado —dijo recordando la conversación matutina—, ¿sabes algo de eso?

—Se lo dije yo. Salió el tema a raíz de un infarto que sufrió su padre y de ahí pasamos a comentar sobre personas que conocemos con problemas cardíacos.

—Y ¿se puede saber por qué me metiste a mí en el saco? —masculló Raúl enfadado.

—¿Por qué no debería haberlo hecho? —replicó ofendido el hombre.

—Porque a mi corazón no le pasa absolutamente nada. —«Al menos, ya no».

—¿No? Blancanieves me dijo que necesitabas unas pastillas para tu dolencia cardíaca y me exigió un coche para poder ir a por ellas. Aunque también es cierto que luego lo utilizó para traer comida y bebida... —murmuró pensativo.

—¿Cristina dijo eso? Y ¿tú la creíste?

—¿Por qué no? Es una chiquilla encantadora, siempre sonriente y dispuesta a echar una mano; dudo que se invente nada, mucho menos una enfermedad. Tal vez la entendí mal o quizá ella se equivocó de persona al nombrarte. De todas maneras, no te preocupes, solo me lo comentó a mí y yo no se lo he dicho a nadie.

—Excepto al decorador.

—Lo busco y rectifico, no hay problema. —Sacó el *walkie* para atender un aviso—. ¡No se te ocurra mover los raíles! ¡Me da lo mismo que no tengas tornillos para asfalto, el *dolly back* no puede moverse! —gritó echando a andar.

Raúl meditó sobre lo que acababa de descubrir y después escudriñó el lugar, buscando a cierta muchachita a la que iba a poner de patitas en la calle a la voz de ya. La encontró a unos cuantos metros del combo, que era donde debería estar él desde hacía un buen rato para la prueba de cámara. Pero eso podía esperar. Nada era tan importante como dejarle bien claro lo mucho que odiaba que extendieran rumores, falsos o verdaderos, sobre él. Si había algo

de lo que se había hartado hacía años era de ser el centro de atención de la prensa rosa.

Se encaminó furioso hacia ella, pero se detuvo al pasar junto a la mesa del combo y ver un vaso térmico frente a su guion. Lo miró intrigado antes de quitarle la tapa. El aroma a café penetró en sus fosas nasales produciéndole un placer similar al de un orgasmo. O puede que no tanto, pero casi. Escrutó a su alrededor buscando al dueño de tan gloriosa delicatessen, pero ¿qué narices?, estaba en su mesa, junto a su guion. No cabía duda de que él también había sido un niño bueno y ese era su regalo de Papá Noel. Lo probó. Aún estaba caliente. El terroso líquido se deslizó por su garganta, despertando sus sentidos mientras su paladar se llenaba con la grata acidez del café maduro.

No pudo evitar cerrar los ojos, subyugado por el placer sensorial.

Cuando volvió a abrirlos, se sentía otro hombre. Uno más tranquilo y paciente. Tal vez no despidiera a Blancanieves y se contentara con echarle la bronca del siglo. Dio otro sorbo y en ese momento se percató de que ella había dejado el bolso bajo la mesa. Siguiendo un repentino impulso, se agachó y lo abrió. Ya no contenía papeles, pero estaba abarrotado de material de escritura, amén de unos cuantos vasos de plástico y dos termos. Abrió uno. Estaba vacío, pero el inconfundible olor a café que surgió de él le dijo lo que había contenido.

—Papá Noel ha sido sustituido por Hermione Granger y su bolso mágico —musitó, sus ojos fijos en la joven que, ajena a todo, charlaba con el guionista.

\* \* \*

—... Irene Cruz me exigió cambiar la edad de la protagonista, ¡quería que fuera una década más joven! ¿Te lo puedes creer? ¡Marta lleva más de veinte años casada e Irene quiere que tenga menos de treinta y cinco! ¿A qué edad se supone que se ha casado? Además, Irene tiene cincuenta y dos, por mucho maquillaje que se eche y muchas cirugías que se haga, jamás volverá a aparentar esa edad —se quejó Fabián con amargura.

—Seguro que tiene algún motivo para hacerte esa petición —señaló Cristina, conciliadora—. Tal vez le dé miedo interpretar un personaje tan cercano a su edad real...

—Necesito hablar con mi *script* —los interrumpió Raúl.

—Por supuesto, dígame. —Ella se giró hacia él con una gran sonrisa.

—En privado. —La miró con semblante serio—. Acompáñame —exigió caminando hacia la furgoneta más cercana, que era la de sonido.

Lo siguió nerviosa, ya la había regañado en otras ocasiones, pero esa era la primera vez que parecía de verdad furioso. Suplicó al cielo que no le gritara.

Él abrió las puertas traseras del vehículo y ladeó la cabeza, indicándole que entrara.

Cristina observó el interior abarrotado del furgón antes de entrar. Si le gritaba allí dentro, el sonido no podría escapar y los gritos sonarían más fuertes. Inspiró profundamente para reunir el valor de entrar.

Raúl la siguió, cerrando las puertas. Y en ese momento se dio cuenta de que tal vez no había sido buena idea meterse ahí. A pesar de que habían sacado parte de la maquinaria, aún quedaban un par de aparatos de monitorización, varias jirafas de sonido, algunos micrófonos y unos cuantos metros de cableado, lo que significaba que estaban un poco apretados. En realidad, un mucho. Casi pegados el uno a la otra. Y tampoco era que la caja del furgón estuviera muy iluminada. Más bien al contrario. Apenas llegaba un poco de la luz que entraba por el parabrisas. Y en esa penumbra llena de trastos los labios de fresa de la joven *script* parecían brillar en su rostro de luna. Tentándolo. Exigiéndole que los besara.

Pero ella era una niña. Y él su jefe. Y lo que estaba imaginando era asqueroso. ¡Podía ser su padre! ¡Incluso su abuelo! Uno muy joven, eso sí.

—Hay muy poca luz —gruñó con voz ronca, abriendo de nuevo las puertas.

Cristina tomó una profunda bocanada de aire cuando el frío exterior le acarició la cara. Había permanecido solo unos segundos encerrada con él, pero le habían parecido eternos. Porque, en el momento en que había cerrado las puertas, había sabido a ciencia cierta que no iba a gritarle. De hecho, ahora que lo pensaba nunca lo había oído alzar la voz. Tampoco era que lo necesitara para imponerse. Incluso amortiguada por la penumbra de la furgoneta, su presencia era intimidante, y su silencio, excitante. Lo cual era una estupidez. Un silencio no podía ser excitante. Pero el de él lo era. Un silencio roto por su fuerte respiración y amplificado por la intensidad de su mirada, pues aun sin ver sus ojos sabía, y también sentía, que estaban fijos en ella.

Raúl giró la cabeza con brusquedad para no mirarla, pues llevaba la parka abierta y su respiración, de repente agitada, mecía sus pechos, que desde luego no eran pequeños como manzanas. Aunque puede que sí fueran del color de las cerezas maduras. Sacudió la cabeza con brusquedad ante tan

inconveniente pensamiento. Maldito fuera Jota por meterle esas imágenes en la cabeza, ¡como si no tuviera suficiente con las de su propia cosecha!

—¿Por qué le dijiste al *gaffer* que estoy enfermo del corazón? —le reprochó con un amenazante murmullo que erizó la piel de su *script*, y no precisamente por miedo.

Cristina parpadeó aturdida. ¡¿Cómo se había enterado?!

«*Gaffer* boquirroto y chismoso, vuelve a pedirme café, que ya veremos si te lo doy».

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —Se cernió amenazador sobre ella, lo que tuvo un efecto contrario al esperado, pues Cristina, en lugar de mostrarse intimidada, alzó la cabeza y lo miró sonriente. Luego sacó su húmeda lengua y se lamió nerviosa los labios.

Raúl dio un paso atrás, pisando una pértiga sin querer, lo que lo hizo perder el equilibrio y a punto estuvo de hacerle dar con el trasero en el suelo.

—Bueno, ¿qué? ¿No vas a decir nada? —la reclamó cuando se estabilizó.

—Tiene que cuidarse —lo exhortó ella curvando los labios en la sonrisa que había convertido en su seña de identidad. También en la muralla que mantenía controlado su peligroso carácter—. Un corazón sano es imprescindible para gozar de buena salud.

Él la miró pasmado.

—¡No tengo que cuidarme! ¡Mi corazón está perfecto!

—Acaba de decir que lo tiene tocado.

—No, eso es lo que tú le has dicho al *gaffer* —la acusó.

—¿Yo? Eso es imposible, no lo conozco lo suficiente para saber cómo tiene el corazón. —Esbozó su sonrisa más inocente—. Aunque, si me pide sinceridad, le diré que beber tanto café no puede ser bueno, menos aún si se alimenta de comida enlatada —dijo haciendo referencia a lo que lo había visto cenar la noche anterior.

Raúl la miró asombrado, ¡había que tener la cara muy dura para fingir que no sabía nada! Y, además, había que ser una actriz cojonuda para hacerlo de manera que pareciera la víctima en lugar de la culpable.

—Si me permite un consejo, debería seguir una dieta rica en omega-3. Las nueces son un alimento estupendo para el corazón, al igual que el brócoli, el salmón y el aceite de oliva. Mi hermano es cardiólogo, si quiere puedo pedirle...

—¿No era zoólogo? —la interrumpió él.

—Es muy inteligente, tiene varias carreras —aseveró ella con orgullo antes de proseguir con la supuesta enfermedad cardíaca del director—. Tiene



que cuidarse, hay mucho trabajo por hacer y todos dependemos de usted. No puede permitirse caer enfermo, debería intentar tomarse las cosas con más calma, estar siempre irritado es contraproducente para la salud. Tal vez debería plantearse visitar un terapeuta para aprender a controlar sus emociones negativas...

Raúl la miró asombrado, ¿era ella quien le estaba echando la bronca a él? ¿Cuándo se habían cambiado las tornas?

—¡Menos mal que te encuentro! ¡Necesito un milagro! Y lo necesito ¡ya!

Cristina y Raúl se giraron sobresaltados al oír la voz alterada, casi histérica, de María.

—El agente de Irene me acaba de confirmar que no llegará hasta entrada la noche —dijo furiosa—. ¡Y el set de la tarde ya está preparado! No podemos permitirnos no rodar. ¡Nos costará una fortuna y, además, vamos fatal de tiempo! —exclamó sofocada, su mirada fija en el director—. ¿No hay ninguna toma de ese escenario que puedas rodar sin ella?

Raúl se llevó la mano a la boca y se acarició los labios en un gesto inconsciente que había excitado a docenas de mujeres, y también de hombres, en los últimos años. Se mordió la uña del pulgar, concentrado en algo que solo él veía, hasta que de repente alzó la cabeza y su mirada se clavó en la nueva *script*.

—Suéltate el pelo —ordenó.

Cristina no dudó en obedecerlo. La providencial interrupción de María le había hecho olvidar el incidente de su corazón, no era plan de hacerse la remolona y volver a mosquearlo.

—Date la vuelta y mira a las montañas —le exigió para, acto seguido, caminar a su alrededor. Cristina giró la cabeza a su vez—. Vista al frente y no te muevas. Sube un poco la barbilla y abrázate. Las manos en las costillas — se situó tras ella y le alborotó el pelo.

Ella se estremeció cuando sin querer le rozó la nuca.

Raúl se detuvo un instante y luego volvió a hundir los dedos en su pelo, tocándola de nuevo, aunque esta vez el roce se convirtió en caricia. Una caricia suave, casi etérea, con la que recorrió su sensible nuca antes de retirarse, haciendo que ella se abrazara con fuerza para contener los escalofríos que sentía.

—Falla la altura —musitó él con voz ronca. Se aclaró la garganta antes de volver a hablar—. Irene es un poco más alta. Ponte de puntillas. Mucho mejor. Podría valer.

—Le da un aire —confirmó María mirándolo intrigada. ¿A qué había venido esa larga e innecesaria sesión de peluquería manual?

—Vestuario y maquillaje se ocuparán de convertirla en Irene —aseveró Raúl.

—¿A mí? —Cristina giró sobre sus talones, los ojos muy abiertos.

—Te quiero a la una en el camión de maquillaje, hay mucho trabajo por delante y muy poco tiempo. Serás la doble de Irene para las tomas de horizonte, y tal vez también te use para alguna en el coche con la *dinky dolly*<sup>[4]</sup>.

—¿Yo?

—Darás el pego —afirmó Raúl antes de dirigirse a María—. Habla con maquillaje, quiero a Blancanieves en el set a las dos y media, maquillada y vestida.

—Pero soy la *script*, tengo que apuntar todo lo que ocurra en el rodaje, no puedo estar dentro del set —jadeó Cristina poniéndose delante de él.

No le gustaba nada convertirse en otra persona. Bastante le costaba mantener ese disfraz de persona normal como para tener que interpretar otro papel.

—Te relevo de tus funciones esta tarde —replicó Raúl—. Alba se ocupará de tu trabajo.

—¡Garrido, nos estamos retrasando para la prueba! —le recordó el operador de cámara.

Raúl asintió y se dirigió al combo, donde ya lo esperaba Jota. Ambos se sentaron frente al monitor de vídeo y en ese momento empezó la prueba de cámara. La repitieron un par de veces hasta obtener el resultado deseado.

—No puedo hacer de doble, no soy actriz —le susurró Cristina al terminar la prueba.

—Creo recordar que el otro día me aseguraste que aprendías rápido —replicó el director asintiendo a los gestos del operador—. ¡Empezaremos con un picado! —le gritó.

—Pero esto es... —intentó protestar Cris.

—Neus me ha confirmado que el *catering* llegará dentro de una hora. Coge la comida antes de ir a maquillaje, comerás mientras te preparan. Y procura que no sea un bocadillo: por lo visto, no son buenos para el corazón. —Fijó sus penetrantes ojos en ella.

Cristina jadeó aturdida por su repentino cambio de conversación y actitud. Había pasado de tratarla de un modo frío e impersonal a centrar toda su atención en ella.

—Si quieres que nos llevemos bien, has de saber tres cosas: la primera, que no soporto los rumores; la segunda, que odio ser el centro de atención, y la tercera y más importante, que valoro mi intimidad por encima de todo. No vuelvas a hablar con nadie sobre mí o te irás a la calle tan rápido que no sabrás quién te ha despedido —le advirtió el director en un quedo susurro antes de volver a mirar al frente—. ¡Claqueta!

Cristina lo miró turbada, no podía soltarle eso y luego ignorarla.

—¡Claqueta! —repitió él sacándola de su parálisis.

Ella se llevó las manos a la boca, azorada al darse cuenta de que había fallado en su trabajo. Se había quedado tan aturdida por esa locura de ser doble de la actriz que se le había olvidado por completo montar la claqueta. Iba a regañarla. Delante de todos. Y con toda la razón del mundo.

Raúl la miró con el ceño fruncido al ver que no reaccionaba, algo raro en ella, pues solía tenerlo todo a punto siempre. De hecho, era la primera vez que lo hacía esperar desde que la había contratado.

—¿No la tienes preparada? —le preguntó en voz baja. Ella lo miró avergonzada—. Tu trabajo es tenerlo todo listo y no hacerme perder el tiempo —susurró arqueando una ceja. Ella asintió en silencio—. Ponte a montarla —ordenó antes de acercarse al operador para darle unas indicaciones del todo innecesarias, algo que tuvo al equipo entretenido un par de minutos, que eran justo los que Cristina necesitaba.

Cuando regresó a la silla, ella terminaba de apuntar el número de plano.

—¡Claqueta! —volvió a pedir él por tercera vez.

Cristina entró en el set y, colocándose frente a la cámara, gritó:

—Luces, cámara, acción.

\* \* \*

Contempló turbada su imagen en el espejo. No era ella. Sus ojos y su nariz eran los mismos, pero el resto de sus rasgos habían sido maquillados hasta dejarla irreconocible. Lo único que no habían hecho era ponerle una peluca, pues su pelo era del mismo tono que el de Irene, aunque sí se lo habían peinado de otra manera.

—Márcale más las líneas de los pómulos —le pidió Raúl a la maquilladora—. El labio superior un poco más grueso.

Valentina asintió y, pinturas en mano, la transformó aún más.

—Lista. —Sopló la brocha como un vaquero del salvaje Oeste haría con su pistola.

Cristina no pudo evitar gemir. No era ella. No conseguía reconocerse.

«Pero sigo siendo yo. Solo llevo una máscara. Otra más...»

Centró la vista en su boca y sonrió, pero sus labios parecían más gruesos y no reconoció su sonrisa. Se la habían robado otra vez. Observó su reflejo buscando rasgos conocidos en este, pero los ojos que le devolvían la mirada se veían desorbitados, mientras que los labios se abrían en una tétrica mueca que no se correspondía con la extraña mujer que la miraba desde el espejo. Una extraña que no sabía sonreír, a pesar de lo mucho que le había costado aprender a hacerlo.

—Cristina, ¿has oído lo que te he dicho? —Raúl se interpuso entre ella y el espejo, bloqueando su imagen.

—Mi sonrisa... —musitó tocándose los labios.

—Sigue ahí. —Le sujetó las muñecas para apartarle las manos—. Oculta bajo un montón de pintura que no te puedes quitar aún, pero sigue ahí. ¿Estás bien?

Ella se inclinó para esquivarlo y mirarse de nuevo en el espejo.

Raúl tiró de sus manos, impidiéndoselo. Luego apoyó el trasero en el mostrador de maquillaje, tapando por completo el espejo, y colocó los pies de manera que las piernas de ella quedaran atrapadas entre las suyas. Se inclinó hasta que los ojos de ambos quedaron enfrentados.

—¿Estás bien? —repitió.

Ella se perdió en esos ojos maduros que expresaban preocupación. También fuerza y determinación. Seguro que él no se asustaba por parecer un poco distinto.

—¿Cristina?

—Claro —replicó sonriente zafándose de su agarre con un suave tirón—. No todos los días tengo la oportunidad de convertirme en otra persona —dijo con una sonrisa que no reconocía como suya, los dedos de su mano derecha deslizándose bajo la manga del polar para acariciar el antebrazo izquierdo—. Siempre he admirado a Irene Cruz, parecerme a ella es maravilloso —exclamó con fingida alegría.

Raúl entornó los ojos e, ignorando su sonrisa, se centró en su mirada. Comenzaba a conocerla y sabía que para saber lo que sentía debía usar la vista, no los oídos. Y eso hizo, descubriendo un incomprensible atisbo de miedo.

—Lo vas a hacer genial —afirmó intentando tranquilizarla.

Cristina centró en él toda su atención, en su aguda mirada y su voz grave. No había nada más allí. Únicamente sus ojos y sus labios, que la miraban solo a ella, que le hablaban solo a ella. A nadie más.

—Vamos a rodar los planos en los que Marta mira las montañas. La cámara estará detrás de ti, solo se te verá de espaldas y a lo lejos. Luego, cuando le cojas el truco, te grabaremos en el coche. También de lejos.

Cristina asintió despacio, sus ojos fijos en los de él mientras su pulgar, oculto bajo la manga de la sudadera, pasaba la uña una y otra vez sobre el mismo punto de su brazo.

Raúl apoyó las manos en los reposabrazos de la silla en la que estaba sentada, acercándose aún más para dedicarle una serena mirada que tuvo un efecto calmante en ella.

—No voy a apartar la vista de ti ni un solo instante, no vas a estar sola ahí fuera —murmuró tranquilizador, en un tono tan bajo que únicamente ella pudo oírlo—. Estaré a tu lado, fuera de la línea de cámara.

Cristina lo miró sorprendida. Y también aliviada. En contra de su sentido común y su instinto de supervivencia, se sentía más segura con él cerca.

—¿No vas a estar tras el combo? —inquirió olvidando usar el tratamiento de cortesía.

—Neus visionará la pantalla mientras estoy contigo. —Elevó las comisuras de los labios en una ligera sonrisa—. Por cierto, me gusta que me trates de tú —susurró guiñándole un ojo. Luego se apartó recuperando su postura erguida y su tono de voz normal—. Vas a hacerlo genial. Eres igualita que ella, solo que treinta años más joven.

Cristina lo miró extrañada. ¿Treinta años más joven? ¿Se había pasado un poco!

—Por supuesto que sí, soy Irene Cruz —declaró con la respiración agitada.

—Y, si en lugar de ser simpática te mostraras prepotente y vanidosa, serías su viva imagen —dijo Valentina con mordacidad.

Cristina la miró sobresaltada. Había olvidado por completo que no estaban solos.

—Pues a mí me parece una mujer muy agradable —replicó, más por fingir normalidad que porque tuviera algo que decir—. Y muy guapa.

—No te creas, se le nota demasiado la edad —refutó Marilyn—. Esa frente marcada pide a gritos bótox. Y ácido hialurónico para rellenar las horribles arrugas de expresión de su cara. De hecho, debería plantearse un *lifting*. Y hacer algo con su nariz, no está a la moda.

Cristina miró pasmada a la peluquera. Si por ella fuera, Irene perdería todos los rasgos que la hacían única para acabar convertida en una muñeca de cera.

—Pruébate la ropa de las primeras tomas, querida —intervino Paz—. Está en el camerino.

Cristina se vació los bolsillos antes de entrar a cambiarse y Raúl no pudo evitar fruncir el ceño al ver el caos de bolígrafos, lápices, rotuladores y marcadores que llevaba encima. ¿Cómo demonios podía trabajar con tanto desorden?

\* \* \*

—Quítate las pulseras de cuero, no son del estilo de Marta —le pidió el director cuando salió ataviada como esta—. Por lo demás, está perfecto, tal vez el pelo un poco más alborotado y...

—No.

—¿No, qué?

—No voy a quitarme las pulseras —aseveró Cristina antes de esbozar una sonrisita tonta y añadir—: Me dan buena suerte, y eso es justo lo que necesito para triunfar en mi primera intervención televisada.

La miró perplejo.

—Los objetos no dan suerte, eso es una estupidez —replicó irritado. Tenía más que suficiente con una actriz insoportable en la serie, no iba a permitir que su *script* mutara en insufrible diva—. Quítatelas, no pegan nada con el personaje de Marta.

—No.

Todos los presentes la miraron sorprendidos. Era la primera vez que la afable muchacha se negaba con rotundidad a hacer algo.

—No puedes llevarlas —le ordenó él.

—No me las voy a quitar —rechazó Cristina enzarzándose en un duelo de voluntades de lo más inusual en ella. Uno que desde luego pensaba ganar.

—Puedo bajar las mangas de la chaqueta para cubrirlas —intervino Paz—. No me llevará más de cinco minutos y tapanán las pulseras. Ven conmigo, niña. —Asió la mano de Cristina y tiró de ella—. ¿No te ha dicho nadie que no debes discutir con el director? —musitó cuando se encerraron en el vestuario.

—No estaba discutiendo.

—Claro que no, mi niña —murmuró Paz poniendo los ojos en blanco.

\* \* \*

—Tiene un pelo precioso —susurró con admiración Neus.

—Sobre todo cuando no se lo recoge con esas ridículas trenzas que se hizo ayer —gruñó Raúl sin apartar la mirada de Cristina.

Estaba en lo alto de una loma, dándole la espalda a la cámara mientras Jota hacía pruebas de luz a su alrededor. Su impresionante melena se derramaba por sus hombros en una cascada negra que se alzaba movida por el fuerte viento.

—Qué va, le quedan muy graciosas y juveniles —refutó Neus.

—Como si le hiciera falta parecer más joven —masculló Raúl—. ¿Tu móvil tiene internet?

Neus lo miró extrañada por el brusco cambio de conversación.

—Claro, eres el único retrógrado del rodaje que se niega a llevar un *smartphone*.

—¿Y estar disponible todo el día y a todas horas? No, gracias, para eso ya estás tú —replicó mordaz—. Búscame información e imágenes de la comadreja zullenca.

La ayudante de dirección frunció el ceño ante la extraña petición.

—Es un animal que habita por aquí. Blancanieves me ha hablado de él y quiero buscarlo durante mis paseos nocturnos —explicó él.

Neus lo miró como si se hubiera vuelto loco. Él enarcó una ceja y señaló el móvil con un gesto, momento en que ella comenzó a buscar.

Raúl se desentendió y contempló los vastos prados salvajes que rodeaban el campamento. Cientos de animales tendrían su casa allí, pero Cristina estaba interesada solo en uno, y ese interés había despertado su curiosidad. Hasta tal extremo lo intrigaba que, en un arranque de estupidez sin límites, había decidido buscarlo. Negó con la cabeza, los labios apretados en una mueca de desdén dirigida a sí mismo. Recorrería el monte cada noche hasta encontrar una bestia salvaje que no le interesaba en absoluto solo para hacerle una foto y así demostrarle a una niña a la que le doblaba la edad que se conservaba en buena forma.

Ese era el tipo de cosas que los cincuentones idiotas hacían para llamar la atención de las jovencitas y probarles que, a pesar de las arrugas y los achaques, eran un buen partido.

La contenida carcajada de Neus lo sacó de sus sombríos pensamientos. Sostenía el móvil mientras intentaba no reírse, aunque con pésimos resultados.

—¿Qué pasa? —inquirió intrigado.

Ella lo miró durante un segundo y explotó en una carcajada, como si mirarlo y contener la risa a la vez fuera imposible, por lo que Raúl, más

intrigado de lo que quería admitir, se asomó sobre su hombro para averiguar el motivo de tanta hilaridad.

Leyó el resultado de la búsqueda arrojado por Google. Dos veces. Luego le arrancó el móvil de la mano y lo leyó por tercera vez mientras ella continuaba con sus vanos esfuerzos por no reírse.

—Tal vez encuentres a esa comadreja más rápido si te guías por el olfato en lugar de por la vista —consiguió decir antes de estallar en carcajadas.

Raúl miró a la mujer que lo acompañaba, al móvil y la loma en la que estaba su traviesa *script*. Su rostro se iluminó con una amplia sonrisa que mostraba sus dientes y que pronto se apresuró a borrar. Estaba empezando a comprender que la adorable, inocente y atractiva jovencuela mentía más que hablaba.

—Así que comadreja pedorra... —murmuró sacudiendo la cabeza, puesto que «pedorra», era lo que significaba la palabra *zullenca*. Y, por supuesto, ese animal no existía.



***Viernes, 17 de febrero de 2017, Villanueva del Marqués***

Aunque vivía sola, cada día hacía comida para varias personas. Cocinaba con mimo, sin sal ni grasas, y guardaba lo que le sobraba en una fiambarrera. Al caer la tarde, bajaba al callejón con la comida, se paraba ante el viejo 1.500 de su difunto marido, que llevaba años aparcado frente al portal de su casa, y, a pesar de sus rodillas artríticas, se agachaba para recoger las tarrinas de plástico que cada noche dejaba bajo el vehículo. Las limpiaba y luego servía en ellas la comida que con tanto cariño había preparado.

La Loca de los Gatos, la llamaban en el pueblo. Y puede que sí estuviera loca, pero le daba lo mismo. Las personas tenían poco o nada que ofrecerle, sin embargo, los gatos eran leales y cariñosos, se frotaban contra sus piernas y ronroneaban cuando les acariciaba el lomo. En verano les bajaba agua varias veces al día, y en invierno les llevaba mantas viejas para que durmieran abrigados. Y siempre, lloviera o hiciera sol, estaba atenta a los sonidos de la calle, a los gritos y los ruidos de las pandillas del pueblo. A esos gamberros les parecía divertido atormentar a los animales, y ella tenía que asomarse a la ventana y gritarles para que los dejaran en paz. A veces incluso se veía obligada a bajar escoba en mano para espantar a la diabólica muchachería, que era cada vez más osada. No hacía ni una semana que había tenido que lanzarles un cubo de agua desde la ventana porque, con la crueldad propia de los niños que juegan a ser adultos, estaban vertiendo lejía en la tarrina del agua.

Menos mal que los gatos eran listos y sabían bien de qué mano debían fiarse. De hecho, solo lo hacían de dos personas: de ella, y de una mujer que había aparecido en el pueblo días atrás y que de vez en cuando se acercaba a dejarles comida. Era una muchacha silenciosa y taciturna que se sentaba en el suelo a verlos comer y luego se marchaba. Nunca los tocaba ni les hablaba. Solo los miraba.

Y la anciana no podía evitar pensar que esa joven estaba todavía más loca que ella.

\* \* \*

—Marta es idiota y no pienso interpretar a una idiota —declaró Irene con explosiva altanería—. Exijo que cambies la escena.

—No podemos, es primordial para lo que sucede después —reiteró Raúl armándose de paciencia.

Ese era el problema con las divas, que no se molestaban en prestar atención al guion y pretendían cambiarlo a su antojo sin tener en cuenta las exigencias de la trama.

—¡Me niego a salir con ojeras, vestida como una pordiosera y con el pelo mal cortado y peor peinado!

—Marta está en el hospital con su marido moribundo, lleva semanas sin separarse de él, cuidándolo, no puede parecer recién salida del salón de belleza —señaló él sin alzar la voz.

—¡Es que eso tampoco es normal! ¿Por qué lo está cuidando? Es un gilipollas que le ha hecho la vida imposible.

«Como tú me la estás haciendo a mí», pensó Raúl, aunque se cuidó mucho de decirlo.

—Marta es todo corazón —intervino Cristina en ese momento—. Lo ha aguantado con una sonrisa durante más de veinte años, y ahora que él está en su lecho de muerte no va a abandonarlo, eso sería muy cruel.

—Él siempre ha sido cruel con ella. —Irene miró malhumorada a la *script*.

—Sí, pero ella es mucho mejor que él, y si lo deja morir se convertirá en una persona igual de horrible. No va con su personalidad generosa y sumisa. Ella es un ángel vulnerable que ha estado sometida a su marido. Él nunca le ha permitido rebelarse ni hacer nada por sí misma, y ahora va a tener que evolucionar y aprender a ser fuerte porque no le queda otra opción si quiere sobrevivir. Los espectadores la van a adorar en cuanto la conozcan...

—Puede que tengas razón. —Irene se mordió el interior de las mejillas pensativa. Tal y como lo exponía, tenía sentido. Además, sería la primera vez que interpretaría a una mujer vulnerable. Podía resultar interesante—. Marta es un ángel, pero ¿no podría ser un ángel sin ojeras? —Miró desafiante al director.

—Atenúa las ojeras de Irene —le pidió este a Val—. Pero no las hagas desaparecer.

Esperó un par de minutos hasta que todo estuvo listo y, al ver que la caprichosa actriz no se quejaba, se colocó junto a Cristina mientras los actores se situaban en sus posiciones.

—Gracias —musitó Raúl—, tu intervención ha salvado la escena.

—No exageres, antes o después habría transigido —objetó ella con modestia.

—Seguramente, pero nos habría hecho perder un tiempo que no tenemos. —Raúl fijó en la joven su penetrante mirada—. Me alegro de haberte contratado. —Le apartó el flequillo con el pulgar. Tenía unos ojos preciosos, era una lástima que el pelo se los tapara—. En contra de lo que pensaba, has resultado ser muy valiosa para este rodaje.

—Gracias. —Ella esbozó una sincera sonrisa.

Sonrisa esta que Raúl sintió alojarse en ese corazón que, según los rumores, no tenía.

—No hagas que me arrepienta de habértelo dicho —le advirtió con un gruñido antes de centrarse en la pantalla del combo—. ¡Claqueta!

\* \* \*

No se podía juzgar a las personas por las apariencias, porque la impresión que Irene Cruz daba en sus películas era la de una mujer amable, carismática y decidida. Y, en cambio, era intratable, perezosa y caprichosa. ¡Una ganga, oiga! Llegaba tarde a los ensayos, protestaba sin parar y, cuando no estaba en el set, se mantenía apartada, como si los demás tuvieran la peste y pudieran contagiarla. A su favor había que decir que cuando decidía trabajar era una actriz magnífica. Aunque a Cristina le parecía que no se transformaba en Marta. Y no era la única en pensarlo. Había oído los comentarios que hacían los trabajadores cuando nadie de dirección estaba cerca. Nadie, excepto ella, por supuesto. Por caprichos del destino, los técnicos, montadores, decoradores y demás personal la consideraban una más de su equipo, aunque no lo fuera. Y gracias a eso sabía que muchos pensaban que Irene se limitaba a interpretar a Marta sin hacer suyo el papel. Que le faltaba pasión.

Y lo mismo decían de Raúl.

Por lo visto, ya no sentía las películas en las tripas como antaño. Decían que había perdido su toque y solo convertía en imágenes lo que ponía en el guion, sin dotarlo de vida.

Y ella no sabía qué pensar. No sabía de él más que lo que había visto en programas de televisión que nada tenían que ver con su trabajo, sino tan solo con su vida privada. O no tan privada, en realidad. Por otro lado, sus películas

eran intimistas, rezumaban sensaciones y emociones, excepto la última, que sería una obra de arte, pero a ella le parecía un tostón. Y, por mucho que le pesara reconocerlo, las escenas que habían rodado para la serie no gozaban del alma intangible que hacía únicas a sus películas.

Lo buscó con la mirada. Estaba en un extremo del set para tener una visión completa de la habitación de hospital que habían montado en un dormitorio del chalet alquilado por la productora. Estudió sus movimientos mientras caminaba de un lado a otro haciendo gestos al operador de cámara y los técnicos de sonido. Sus ademanes eran decididos, propios de alguien seguro de sí mismo. Transmitía serenidad y energía. Madurez. Y Cristina no podía apartar la vista de él, de sus elegantes manos, de su mirada insondable y del rictus obstinado de sus labios.

Era un hombre muy atractivo y ella estaba a punto de quedarse ciega de tanto mirarlo. Literalmente. De hecho, comenzaban a picarle los ojos. Tal vez debería pestañear para humedecerlos, pero, eso sí, con rapidez para no perderse detalle.

En eso estaba cuando Raúl dejó de hablar con el operador y se volvió, buscándola.

Y Cristina sintió que sus labios se curvaban en una sincera sonrisa cuando esos ojos pardos se posaron en ella con tanta intensidad que parecían devorarla.

Él arqueó una ceja, secretamente complacido por tan maravillosa sonrisa, y sonrió a su vez. Como un viejo deslumbrado por la sonrisa de sirena de una niña.

Apretó furioso los labios, borrando de su faz tan estúpido e inconveniente gesto. Ni él era Humbert ni ella Lolita. ¡Basta ya de tonterías!

—¡Empezamos dentro de diez segundos, deja de perder el tiempo sonriendo y prepara la claqueta! —ordenó con un gruñido dirigiéndose al combo, donde estaba ella.

Cristina miró a su alrededor para comprobar que nadie le prestaba atención, excepto él, y luego hizo lo impensable, incluso para ella: chocó los talones llevándose la mano a la sien en un saludo de lo más marcial. Raúl perdió el paso, sorprendido por su irreverencia, y ella explotó en una enorme sonrisa. ¡Adoraba sorprenderlo! Oh, sí, a él le gustaba parecer un ogro, pero en realidad era un perrito gruñón que ladraba mucho y mordía poco. Era exigente y severo, pero también paciente y empático, como demostraba cada día al responder con paciencia y sin un mal gesto la retahíla de preguntas que todos le hacían, ella incluida.

—Un día vas a colmar mi paciencia, Blancanieves —le advirtió al llegar a su lado.

—Lo siento, no sé por qué he hecho eso, aunque estoy segura de que mi hermano, que es psiquiatra, diría que ha sido una reacción nerviosa al estrés causado por el escenario deprimente y coercitivo en el que estamos trabajando. Los hospitales es lo que tienen...

Raúl la miró aturdido un instante y luego las comisuras de su boca se alzaron sin que pudiera evitarlo.

—Eso mismo estaba pensando yo —replicó esforzándose por no sonreír. Luego miró al escenario—. ¡Preparados! ¡Claqueta!

\* \* \*

—Paramos quince minutos y empezamos con la escena del testamento —indicó Raúl al finalizar la toma.

Los actores se dirigieron al camión de vestuario y los técnicos y operadores bajaron al salón transformado en bufete de abogados para cerciorarse de que todo estuviera en orden antes de ir a tomar un tentempié al furgón del *catering*, que estaba aparcado junto al de maquillaje.

Raúl salió del chalet con la intención de hacerse con un bocadillo, pero la llamada desesperada de Neus lo hizo cambiar de destino. Por lo visto, Irene se negaba a rodar, según sus palabras, «peinada como si le hubiera lamido el pelo una vaca». No fue fácil convencerla de que una mujer que acababa de enterrar a su marido y que estaba aterrorizada por lo que le deparaba el futuro no podía llevar el pelo suelto, con volumen y las ondas marcadas. Por muy naturales que las hicieran parecer, era sencillamente imposible. Pero a ella le llevó siete minutos entenderlo. La dejó en las capaces manos de Margot y atravesó el camerino retomando su intención original de acercarse al bufet, pero se paró en seco al ver algo que le llamó poderosamente la atención.

—¿Dónde puedo conseguir uno de esos? —Señaló la cintura de la maquilladora.

—¿Te refieres a esto? —Raúl asintió y ella miró extrañada su viejo cinturón de maquillaje. ¿Para qué lo quería?—. Lo compré hace años en una tienda especializada, pero creo que María te lo puede conseguir en la empresa de suministros.

Él entornó los ojos y, sin dar más explicaciones, salió del camión. Justo al pisar la calle se dio de bruces con el *gaffer*, quien abroncaba a uno de los montadores nuevos por haber estropeado parte del atrezzo de la escena de la tarde. Lo solventaron con rapidez, pero entre una cosa y otra se le había

echado el tiempo encima. Dirigió la mirada hacia el bufet; estaba abarrotado y a él lo único que le apetecía era estar solo un instante. Algo imposible entre tanta gente, así que regresó al chalet, donde se vio inmerso en un vertiginoso caos. Los montadores corrían de un lado a otro para tener a punto el set; Jota, los operadores y los microfonistas afinaban sus aparatos, y Neus daba las últimas indicaciones a los equipos.

Cabeceó satisfecho al ver que todo estaba en marcha y buscó a Cristina entre el maremágnum de personas. La encontró en un extremo, empujando el pesado escritorio tras el que se sentaría el abogado. Raúl maldijo entre dientes; eso deberían hacerlo los montadores. Aunque en realidad no sabía por qué se extrañaba, Blancanieves era incapaz de permanecer ociosa. Cuando no tenía que ocuparse del récord, estaba con el *staff* técnico, ya fuera ayudando a los montadores, enredando al *gaffer* con alguna ocurrencia disparatada, haciendo de maniquí en las pruebas de vestuario y peluquería o sacando de su bolso mágico cualquier cosa que alguien precisara, desde una grapadora a un destornillador. «O un café», pensó al descubrir en la mesa un vaso térmico y una bolsa de papel.

¡Qué mal lo estaba acostumbrando!

Quitó la tapa al vaso, dio un trago al intenso café y abrió la bolsa con más curiosidad que hambre. La boca se le hizo agua al ver lo que contenía. Alzó la cabeza y fijó la mirada en la muchacha que lo traía por la calle de la amargura. No solo era voluntariosa, inquieta e irreverente, sino también observadora. Mucho. Cogió una rosquilla de anís, se la acercó a la nariz y cerró los ojos extasiado. Ese había sido su intento de desayuno antes de que estallara la primera crisis de la mañana alejándolo del bufet. Solo había podido olfatearlas.

Miró la hora. Dentro de tres minutos retomarían el rodaje, tiempo de sobra para saborear las rosquillas. Se acomodó en su silla con las piernas estiradas y la espalda relajada contra el respaldo de tela, el café en la mano derecha y la rosquilla en la izquierda. Alzó la mano, olió el dulce y, cerrando los ojos, le dio un mordisco. Luego, por supuesto, volvió a abrirlos. No había nada más delicioso que saborear una rosquilla de anís mientras contemplaba a su *script* moverse por el set.

\* \* \*

Cristina terminó de colocar el escritorio y comprobó que los papeles y el cubilete con las plumas estilográficas que iba a usar el actor estuvieran en su sitio. Luego observó con atención el escenario. Resopló frustrada al ver que

las sillas en las que se sentaría la familia no estaban colocadas en tres filas de cinco columnas, sino en cinco filas de tres columnas. ¿Tan difícil era seguir el guion?! Se dirigió hacia allí para colocarlas. Los montadores que habían contratado al mudar el campamento a ese pueblo eran un desastre.

\* \* \*

Raúl estuvo a punto de atragantarse con el trozo de rosquilla que masticaba cuando Cristina se inclinó para mover una silla y el enorme jersey que llevaba se deslizó por su hombro. Y, joder, él no era un rarito de esos que se excitaban con los pies y otras partes del cuerpo, pero ese hombro era sublime. Tallado en el alabastro más puro, ninguna peca rompía su tersura. Y ¿qué decir de las líneas de su clavícula?, simplemente perfectas.

¿Qué no daría por deslizar la lengua sobre ellas y probar su sabor...?

Cabeceó irritado por la enojosa falta de contención de su imaginación mientras se removía molesto por la repentina estrechez de sus pantalones. Desde que habían comenzado a rodar interiores, la incomodidad se había convertido en una constante. ¿El motivo? El calor. Al no estar fuera, no hacía frío, lo que significaba que su *script* no se ocultaba bajo su horrorosa parka, algo muy contraproducente para él y sus puñeteros instintos de viejo verde, pues Blancanieves, al contrario que su homónima del cuento, adoraba la ropa holgada. Al menos, dos o tres tallas más grandes. Y, aunque esas prendas enormes eran de todo menos sensuales, lo cierto era que le daban un aspecto desaliñado de recién levantada que lo excitaba más de lo que quería admitir.

Esa jovenzuela era una distracción constante, porque, además, el escote del jersey caía cuando se inclinaba, permitiéndole ver el comienzo de sus pechos. Y desde luego no parecían pequeñas manzanas.

Giró la cabeza, decidido a centrar su atención en cualquier persona a la que no le quintuplicara la edad. Luego recordó que todavía le quedaba una rosquilla y se dedicó a ella en cuerpo y alma.

\* \* \*

—El ordenador del escritorio permanecerá apagado —le indicó Cristina al técnico de efectos especiales tras mirar el guion—, pero el reloj de péndulo sí debe estar en marcha.

El hombre se marchó y ella aprovechó para echar un último vistazo al escenario. Estaba todo en orden. Miró la hora y sonrió aliviada. Habían acabado justo a tiempo. Bueno, en realidad, dos minutos tarde. Frunció el ceño, era raro que Raúl no estuviera metiéndoles prisa. Giró sobre sus talones,

buscándolo, y lo encontró en el combo. Tenía los ojos cerrados, un trozo de rosquilla en una mano y un café en la otra y, por su gesto extasiado, parecía que estaba disfrutando muchísimo de ambas cosas. Una sonrisa afloró a sus labios. Le encantaba verlo tan relajado, tal vez porque era algo muy raro de contemplar.

Raúl abrió los ojos despacio y giró la cabeza con lentitud hacia su izquierda. Y allí estaba ella, mirándolo sonriente. ¿Qué magia ejercía sobre él, que incluso con los ojos cerrados era capaz de encontrarla? Sentía su presencia aunque no quisiera, un algo intangible que acariciaba una parte de su alma que llevaba años congelada.

Malhumorado por su incontenible debilidad, tiró el café y el trozo de rosquilla a la papelera. Luego se incorporó con brusquedad y ordenó con un gruñido al equipo y a los actores que ocuparan posiciones.

\* \* \*

—Los compradores quieren los dos primeros episodios —dijo Miguel Alvar entrando en la autocaravana sin llamar a la puerta, seguido de María.

Raúl, Neus, Jota, Fabián y Cristina lo miraron sobresaltados. No esperaban su intempestiva visita, mucho menos que interrumpiera con tan violenta euforia la reunión que cada noche mantenían para preparar el plan de rodaje del día siguiente.

—¿Tan pronto?! —jadeó Jota alterado.

Y aunque Neus y Fabián no dijeron nada, por sus miradas se podía intuir que pensaban lo mismo que el director de fotografía. El rodaje estaba recién empezado, aún era muy pronto para que los primeros episodios estuvieran listos para ser visionados.

—Han comprado la serie, lo lógico es que quieran ver en qué han invertido su dinero —señaló Raúl con voz calmada, apaciguando en cierto modo a sus compañeros, porque si él estaba tranquilo era porque lo tenía todo controlado. ¿O no?—. ¿Cuándo los quieren?

—La primera semana de marzo —señaló el productor.

—No puedes estar hablando en serio —masculló perturbado Jota.

El productor le dirigió una agresiva mirada que le dejó bien claro que su intervención no era bienvenida. Había sido admitido en el rodaje porque el director lo había puesto como condición para hacerse cargo de la serie y él había cedido en pos de un bien mayor, pero eso no significaba que su presencia fuera agradecida.



—Tenemos muchas secuencias grabadas, pero corresponden al conjunto de los ocho primeros capítulos —señaló Neus ojeando los datos en su tableta—. Faltan la mitad de las escenas del primero, mientras que del segundo solo llevamos una tercera parte.

—Necesitamos al menos tres semanas para rodar lo que falta y tres días más para montarlos —indicó Raúl con gesto sosegado—. ¿No puedes conseguirnos más tiempo?

—Tiene que estar listo el primer domingo de marzo —ratificó el productor.

—¿A qué vienen tantas prisas? —inquirió Cristina confundida—. Ni siquiera hay fecha de estreno prevista.

—¿Te ha dado alguien vela en este entierro, niña? —le preguntó furioso Miguel.

Ella lo miró sorprendida a la vez que negaba con la cabeza.

—¡Pues entonces ¿por qué hablas?! —Tenía las venas del cuello hinchadas y la cara enrojecida por la fuerza con que había expulsado las palabras de su garganta. Necesitaba una excusa para gritar su frustración y Cristina se la había puesto en bandeja.

—Lo siento —musitó ella bajando la cabeza con fingida contrición, aunque de buena gana lo habría estampado contra la pared.

Se había acostumbrado a preguntar todas sus dudas al director y ahora había hecho lo mismo con el productor, olvidando que apenas habían intercambiado un par de frases y que, desde luego, no tenía derecho a tomarse ninguna confianza con él.

—Cuando los jefazos hablan, los curritos callan, princesa —le susurró Fabián al oído.

Cristina asintió con un gesto a la vez que se obligaba a curvar los labios en una sonrisa complaciente. Bajo la mesa, su mano derecha se deslizó por el interior del antebrazo izquierdo en una caricia abrasiva mientras se esforzaba por continuar aparentando serenidad. No era el momento adecuado para perder el control y mostrar sus emociones. De hecho, nunca lo era.

—No me puedo creer que consientas que una simple secretaria se permita opinar sobre temas que no le incumben —le recriminó Miguel a Raúl al ver que no la amonestaba.

—En realidad, es mi *script*, y suelo tener muy en cuenta sus opiniones —replicó él, a quien no había pasado desapercibido el retraimiento de Cristina y la mano que se movía bajo el jersey—. Aunque reconozco que en esta ocasión debería haber mantenido un prudente silencio —afirmó mirándola con

severidad para luego dirigirse al productor—. El domingo mudamos el campamento a Valverde de la Sierra y eso nos hará perder la mañana — señaló retomando el tema que les interesaba.

—Podéis montar el decorado el sábado por la noche, así el *gaffer* y sus hombres pueden aprovechar para mover los camiones y las caravanas durante la mañana del domingo —apuntó María, su mente a mil por hora mientras buscaba soluciones.

Raúl bajó la cabeza pensativo, el lacio flequillo ocultando sus ojos mientras se acariciaba los labios despacio. Permaneció inmóvil sin que nadie se atreviera a interrumpir sus pensamientos hasta que una mueca de complacencia se dibujó en su rostro.

—Y mientras tanto nosotros terminaremos de rodar los *flashbacks* del pasado de Marta y su marido en el chalet —declaró esperando protestas.

—¿En el chalet? —inquirió Jota confundido. Se suponía que esas escenas iban a rodarlas en la casa del pueblo al que se mudarían el jueves siguiente.

—¿Por qué no? Es un lugar de lo más versátil, ha sido el hospital, el bufete de abogados y el despacho del médico, ¿por qué no usarlo como la casa en la que Marta y su marido vivían y así aprovechar el domingo? — señaló con semblante imperturbable.

—Pero las dimensiones de las estancias y los muebles modernos no se corresponden con la mansión señorial en la que residía el matrimonio — apuntó Fabián. Era imprescindible que en los *flashbacks* se destacara el lugar opresivo y recargado en el que habían vivido, cambiarlo les quitaría sentido a algunas de las decisiones y reacciones de Marta.

—El problema de las dimensiones puedo solucionarlo usando diferentes ángulos y perspectivas —señaló Jota.

—Y los muebles se pueden cambiar por otros —apuntó Raúl—. El lunes rodaremos las escenas de la llegada de Marta al nuevo pueblo y las de la búsqueda de trabajo. El martes seguiremos con los capítulos tres y ocho como estaba previsto y adelantaremos el traslado del campamento a Collado de los Infantes al jueves. Tendremos una semana para rodar las escenas que nos faltan de los pilotos, lo que nos deja desde el viernes día 3 hasta la mañana del domingo para montarlos —resumió—. Van a ser dos semanas infernales, pero lo lograremos —finalizó bebiéndose el café frío que quedaba en su taza.

Un segundo después, Jota, Fabián y Neus alzaron la voz exponiendo la imposibilidad de conseguir tal hazaña, en tanto que Miguel exigía que se cumplieran los plazos.

Cristina hizo una mueca de desagrado ante los nuevos gritos del productor. Se levantó despacio intentando hacerse pequeña y se dirigió en silencio hasta la encimera. Si pudiera, se haría invisible. Lo último que le apetecía era llamar la atención del productor. Estaba alterado, mucho, y eso lo convertía en una bomba de relojería. Una bomba que podía hacer que ella explotara, algo de lo más inconveniente. Conocía a las personas como él, agradables cuando todo iba bien y monstruos furiosos que se ensañaban con cualquiera cuando las cosas no salían como esperaban. Prefería con mucho a los gruñones a tiempo completo como Raúl, que mantenían una actitud estable fuera cual fuese su estado de ánimo, y que cuando regañaban a alguien lo hacían sin gritos y en privado, en lugar de hacerlo delante de todos para convertir su bronca en una demostración de poder, como había hecho el productor.

Cuanto más alejada estuviera de ese hombre, mejor. Las personas como él tenían facilidad para hacerle perder el control, y eso era lo último que deseaba.

Se refugió en un rincón y preparó una cafetera a pesar de que era bien entrada la noche. Conocía a su jefe y sabía que se tomaba el café como si fuera agua. No le hacía ningún efecto. O tal vez sí, porque lo cierto era que no dormía mucho; al igual que ella, nunca se acostaba hasta pasada la medianoche. De hecho, lo veía salir a pasear tras cada reunión, y no se daba prisa en regresar.

«Vaya dos sonámbulos estamos hechos», pensó esbozando una sonrisa espontánea. Uno paseando hasta la madrugada y la otra acurrucada en su litera, leyendo libros en la tableta hasta que le picaban los ojos, momento en que apartaba la vista de la pantalla para asomarse a la estrecha ventana que se abría junto a su cama.

No era extraño que sus miradas se cruzaran cuando él regresaba de sus paseos. Y no porque ella estuviera pendiente de su regreso, que sí, sino porque cuando él atravesaba el campamento tenía la mirada fija en su ventana.

Suspiró, no sabía a qué estaban jugando. Solo sabía que hacía mucho tiempo que no sentía mariposas en la tripa cuando un hombre la miraba. Y cuando él posaba sus ojos en ella, sentía una legión de alas moviéndose en su estómago.

Terminó de hacer el café y, como los demás seguían debatiendo sobre el rodaje, decidió revisar la nevera. Y no era que no supiera lo que iba a encontrar, sino que pretendía mostrarse ocupada para seguir apartada del

productor, quien de nuevo gritaba, en esta ocasión a Jota, aunque este, en vez de callarse, prefería soltar sus chascarrillos, lo que empeoraba la situación. Se agachó, encogiéndose más con la excusa de mirar el interior de la diminuta nevera.

—¿Te has perdido ahí dentro? —oyó tras ella la voz seria del director.

Agarró un trozo de queso y una mandarina y se incorporó con rapidez.

—En absoluto, estaba buscando algo para cenar y, como es tan grande, me he tenido que meter hasta el fondo y más allá —bromeó esforzándose en sonreír.

Raúl clavó la mirada en sus ojos, ignorando la sonrisa que tanto le estaba costando esbozar.

—Hora de irse —dijo de repente, alzando la voz para hacerse oír por encima de la discusión de los demás—. Es muy tarde y estoy cansado. —Abrió la puerta en una indirecta para que se marcharan—. Mañana acabaremos de cerrarlo todo.

Miguel lo miró un instante y salió furioso, no sin antes advertirle con severidad que tenían que cumplir los plazos. Neus recogió el plan de rodaje y se marchó seguida por María. Tras ella iban Cristina y Fabián, pero Raúl se interpuso entre ellos y la puerta.

—Quédate un momento, tengo que hablar contigo —le ordenó a su *script* para luego salir en pos de María.

—Me temo que te toca bronca, espero que te sea leve —murmuró Fabián antes de irse.

Cristina esperó junto a la mesa el regreso del director, algo que sucedió antes de lo que esperaba. Y, cosa extraña, por primera vez desde que lo conocía, cerró la puerta con llave, lo que con toda probabilidad significaba que le iba a caer la bronca del siglo. Y no era que no le hubiera echado ya unas cuantas, pero esa llave girando en la cerradura la puso muy nerviosa. La gente solo cerraba las puertas para tener impunidad para gritar más alto. O pegar más fuerte. Y ella ya no aceptaba los golpes sin replicar.

Sin saber cómo, se las arregló para componer una mueca feliz que casi parecía sincera.

—Borra esa sonrisa falsa de tu cara —le ordenó Raúl, sus ojos fijos en los de ella—. Conmigo no hace falta que sonrías si no te apetece; es más, me molesta que lo hagas. Preferiría que tu boca fuera tan sincera como tus ojos.

—No sé a qué te refieres —replicó ella sin mover un solo músculo de su cuerpo excepto los labios, que ampliaron aún más su curva forzada, y su mano, que volvió a deslizarse bajo el jersey por segunda vez aquella noche.

—Como quieras.

Se acercó a ella hasta que las puntas de sus pies casi se tocaron y alzó una mano para retirarle el flequillo de la frente. La joven dio un brusco paso atrás, sus pupilas tan dilatadas que sus ojos verdes habían transmutado en insondable negro.

Raúl entornó los párpados, preocupado por el recelo que velaba su mirada. Luego caminó despacio para sentarse en el sillón más alejado de ella, cruzó una pierna sobre la otra con aparente indolencia y señaló el asiento que quedaba al otro lado de la mesa.

Cristina forzó aún más su sonrisa y, tan tensa como una cuerda de violín, se sentó.

—Tu comentario ha sido muy desafortunado —comenzó él midiendo sus palabras mientras se fijaba en que ella volvía a tener la mano bajo la manga del jersey y la movía rítmicamente. Por lo visto, cuando estaba nerviosa acariciaba las pulseras de cuero de su muñeca—. No te corresponde juzgar lo que el productor nos exige.

Cristina parpadeó confundida. Una regañina templada y en voz neutra no era exactamente lo que había esperado. Tan sorprendida se quedó que le llevó un par de segundos centrarse en la conversación. Algo que no le pasó desapercibido a la mirada atenta del director.

—No estaba juzgándolo —musitó despacio—. Solo exponía un hecho.

—Lo sé —admitió Raúl, obligándose a permanecer inmóvil. ¿Qué la había asustado? ¿Su gesto? No era la primera vez que le retiraba el pelo de la frente; de hecho, se había convertido en una costumbre, casi en una necesidad—. Quiero que entiendas por qué tu comentario, a todas luces inocente, le ha molestado tanto. No se merece que lo consideres un mal tipo solo por un arrebato de mal genio que, con un poco de información, puedes llegar a comprender.

—No lo considero un mal tipo —afirmó Cristina con voz cordial.

Raúl arqueó una ceja incrédulo. Ella, en respuesta, curvó los labios en un dulce gesto. Él frunció el ceño. Comenzaba a conocerla y sabía que se parapetaba tras sus sonrisas. Cuanto más amplias eran, más inaccesible se volvía. Y la que mostraba en ese momento iba de oreja a oreja.

—Tu comentario le ha molestado tanto porque ha tenido que luchar muchísimo para conseguir este visionado, y por tus palabras parecía que te tomabas a la ligera su esfuerzo. Nos lo jugamos todo en estos capítulos, es imprescindible que los compradores los vean cuanto antes.

—¿Por qué? Ya están comprados —replicó con una sonrisa beligerante, cosa que complació a Raúl.

Le gustaba que confiara en él lo suficiente como para replicarle, algo que no hacía con nadie más del rodaje.

—No exactamente. Hay un contrato, sí, pero hasta que se visiona el piloto no estará cerrado —explicó él—. Miguel ha luchado para que los vean ahora porque confía en la serie y, presentándola en marzo, aún está a tiempo de presionar para conseguir un hueco en la parrilla de este año. Si nos retrasamos, nos dejarán para el que viene, y tal vez entonces *Besos robados* ya no sea lo que los compradores y el público buscan. De ahí las prisas. En este negocio, una oportunidad desaprovechada casi siempre se convierte en un fracaso —sentenció.

Cristina asintió, comenzando a entender.

—Es mucha la presión a la que está sometido Miguel —prosiguió él—. Se juega su dinero, pero también nuestro trabajo. Si algo sale mal, nos vamos todos al paro. Y somos unos cuantos.

—No lo había pensado...

—Lo sé.

La observó con atención, su postura había perdido rigidez y se mostraba de nuevo relajada, los brazos sobre la mesa. Sin pensar en lo que hacía, se inclinó y deslizó despacio las manos sobre la pulida superficie hasta tocar sus dedos entrelazados. Le acarició los nudillos antes de envolverle las manos con las suyas.

—¿Por qué te has asustado antes? —susurró.

Ella se apartó con brusquedad y alzó las comisuras de la boca en una mueca tan inocente como las que Audrey Hepburn regalaba a Gregory Peck en *Vacaciones en Roma*.

—¿Yo, asustada? ¡Qué va! Nada más lejos de la realidad —afirmó risueña—. Mi hermano siempre dice que no sé lo que es el miedo. Fíjate que, siendo muy pequeña, me subía a los árboles más altos y me lanzaba por los toboganes más empinados. Incluso sostenía lagartijas, arañas y escorpiones en las manos desnudas. ¡Y ni siquiera me temblaban!

Se calló, esperando que Raúl dijera algo, pero él se limitó a fijar en ella esos ojos penetrantes que parecían ver todos sus pensamientos.

—Una vez cogí una mamba negra —afirmó incapaz de parar su verborrea incontenible.

—Una mamba negra. Vaya..., creía que esa especie de serpientes no habitaba en España. ¿De dónde la sacaste?

Ella se mordió los labios un instante antes de contestar.

—Mi hermano. Me la dejó él. Las tenía en su clínica.

—Sí, claro. Me comentaste que era, entre otras cosas, veterinario.

—Sí, de mascotas y también de exóticos —afirmó entusiasmada componiendo una sonrisa soñadora. La primera sincera de toda la noche. Tal vez de todo el día—. Tenía cientos, miles de animales. Gatos, perros, serpientes, arañas, iguanas, camaleones, ardillas, conejos... Me dejaba cogerlos a todos. Y ellos me adoraban. Los más pequeños se dormían en mis manos, y los grandes se acurrucaban conmigo en la cama.

—¿Tenía una cama en la clínica? —inquirió él con suspicacia.

Cristina se quedó inmóvil, sus ojos entornados en un titubeo vacilante. Y, tan rápido como había aparecido, la incertidumbre desapareció dando paso a una alegre seguridad.

—Claro, para descansar cuando le tocaba guardia —señaló exaltada—. Y le tocaba a menudo, así que compró una cama bien grande. Yo lo acompañaba muchas noches para ayudarlo a cuidar de los animales...

Raúl escuchó con curiosidad su apasionado monólogo, atento a las inflexiones de su voz, los movimientos de sus manos, el parpadeo de sus ojos y sus sonrisas risueñas.

Y no se creyó ni la cuarta parte de la mitad de lo que le estaba contando.

***Jueves, 23 de febrero de 2017, Valverde de la Sierra***

—¡Es un argumento horrible! —gritó Irene tirando el guion al suelo.

«En realidad, es manido, aburrido, vulgar y obsoleto», pensó Raúl, aunque lo que dijo fue:

—¡Diez minutos de descanso!

Buscó la mirada de Cristina, le hizo una seña casi imperceptible para que lo siguiera y se encaminó hacia su actriz principal, que echaba humo por las orejas. En su defensa cabía decir que, en esa ocasión, no le faltaba razón para estar cabreada.

—Me niego a parecer una mosquita muerta —aseveró Irene irguiéndose en toda su altura, que no era poca.

Raúl la observó maravillado. Era impresionante el cambio que había dado desde que había comenzado a trabajar en la serie. Sí, seguía siendo una diva insoportable e intratable, pero ahora era una diva muy poco maquillada, con el pelo lacio y vestida con prendas apagadas que no resaltaban su figura, tal y como requería el guion. Y ese milagro se debía a la risueña joven que estaba a su lado. No sabía cómo, pero Cristina había obrado un milagro con Irene.

—Es necesario —afirmó Raúl con voz calmada—. Marta lleva toda su vida sometida a su marido, quien la ha dejado en la miseria al sacarla de su testamento y declarar a su sobrino heredero universal.

—Claro, y ahora es el sobrino quien quiere someterla y meterla en su cama. ¡Parece el argumento nefasto de una película de serie B! —gritó indignada.

«En realidad, de una serie de serie B», pensó Raúl mesándose el pelo. Odiaba ese argumento tanto como ella. Incluso su creador, Fabián, lo aborrecía. Pero era lo que había pedido la cadena y no les quedaba otro remedio que seguirlo. Por lo menos, en los dos primeros capítulos. Luego



podría variarse..., un poco al menos. Aunque, claro, para eso hacía falta un instinto cinematográfico que él seguía sin recuperar.

Mujer joven casada con viejo verde, manipulador y machista que la tiene sometida y recluida, y que, cuando muere, la deja en manos de su heredero, que es incluso peor que él. Así que a ella no le queda otro remedio que huir y crearse una nueva vida.

¿Podía haber algo más trillado que eso? Lo dudaba. Pero era lo que tenía y tocaba tirar adelante con ello.

—Debes tener en cuenta que Marta se siente vulnerable, y las insinuaciones de su sobrino político hacen que su mundo se tambalee aún más. Sería tan fácil acceder a sus demandas... Total, ¿por qué no someterse a otro hombre? Lleva toda la vida dominada por un viejo, al menos él es joven y en la cama tal vez no sea tan desagradable como su difunto marido —comentó Cristina acercándose a la actriz.

Raúl la miró perplejo. Nada de eso venía en el guion..., pero desde luego ese rumbo de pensamiento no era desacertado.

—De ahí que se sienta tan perdida y vulnerable —intervino él—. Sabe que esta es su única oportunidad para forjarse una nueva vida y que si se queda nada cambiará. Quiere escapar, pero a la vez tiene miedo. Lleva tanto tiempo viviendo bajo la opresiva tutela de su marido que teme no ser capaz de sobrevivir por sus propios medios. Y el sobrino le ofrece estabilidad a cambio de que siga haciendo lo mismo que ha hecho siempre: someterse, solo que a un hombre joven y con buena presencia —finalizó—. Piénsalo bien, Irene, es un papel tan alejado de todos los que siempre has hecho que con él podrás demostrar lo magnífica intérprete que eres.

La beligerante mujer escuchó con atención y luego buscó la mirada de Cristina, algo que no pasó desapercibido al director, quien ya se había acostumbrado a ese tipo de intercambios. De hecho, ese era el motivo de que siempre se hiciera acompañar por ella cuando iba a hablar con la actriz. Era la única manera de llevarla a su terreno. O, mejor dicho, al de Cristina.

—Solo por ver la cara de idiota que se le va a quedar al sobrino cuando se dé cuenta de que la mosquita muerta de su tía política le dice que no, va a merecer la pena rodar esta escena —afirmó Cris esbozando una pícaro sonrisa—. Va a intentar imponerse, le gritará, la insultará, incluso la zarandeará —dijo leyendo el guion—, pero ella, aun con la mirada baja y temblando de miedo, encontrará la fuerza para negarse. Es David contra Goliat...

—Y David ganará —sentenció Irene entusiasmada—. Y cuando Marta salga por la puerta, le escupirá.

—No creo que una mujer tan refinada como ella haga eso —objetó Raúl —, aunque sí puede quitarse los zapatos y, al más puro estilo de santa Teresa de Jesús, sacudirlos contra el dintel de la puerta y decir con gran dignidad: «De ti no quiero ni el polvo».

Irene se quedó inmóvil, la cabeza inclinada a un lado y la mirada iluminada por la admiración. Sería una imagen magnífica que el público recordaría durante meses. Tal vez años. Y la iba a interpretar ella.

—Voy a prepararme, dadme un minuto —musitó caminando hacia el set.

—Eso de los zapatos ha estado brillante. —Cristina observó fascinada a su jefe—. ¿Cómo se te ha ocurrido?

—Mi abuela era de Ávila y se me ha venido a la mente una de las leyendas que me contaba sobre santa Teresa de Jesús —comentó sin darle mayor importancia—. Reza porque no haga falta repetir muchas veces la toma —masculló mirando el reloj.

El tiempo se les había echado encima, más o menos como siempre, solo que, en esta ocasión, cuando acabaran, tendrían que trasladarse a un pueblo a sesenta kilómetros de distancia.

## ***Viernes, 24 de febrero de 2017, Collado de los Infantes***

Cristina ahogó un bostezo mientras sacaba el termo de café del bolso.

—¿Marta llorará en esta escena? —le preguntó Valentina mirando dudosa el maquillaje que llevaba en la mano.

—Sí, cuando el dueño del bar no le dé trabajo de camarera. —Dejó dos vasos en la mesa.

—¿Muchas lágrimas?

—Pocas. Raúl quiere que se vea que se está haciendo fuerte con cada rechazo y que cada vez llora menos. Aunque sí quiere que tenga un aspecto desamparado —dijo preocupada. Ojalá la maquilladora entendiera lo que el director deseaba, porque ella desde luego no lo hacía.

Valentina asintió antes de marcharse. No era una mujer de muchas palabras.

Cristina llenó uno de los vasos y dio un largo trago, esperando que el café, el segundo que se tomaba esa mañana, consiguiera despertarla. Estaba agotada, y no solo por las tres semanas que llevaba trabajando sin descanso más de catorce horas diarias todos los días, que también, sino por la mudanza del día anterior. Era la cuarta vez que el campamento cambiaba de ubicación

en lo que iba de mes, con todo lo que eso conllevaba: contratar personal del pueblo para que ayudaran al *gaffer* y a su equipo, contratar a los figurantes que tan necesarios eran para enriquecer las escenas, mover todo el equipo, preparar nuevos escenarios, etcétera. Era un montón de trabajo extra que el primer día de cambio les hacía perder mucho tiempo.

Acabó de tomarse el café y escudriñó el bar reconvertido en set buscando a Raúl. Lo encontró junto a la barra con Jota y el dueño del local. Por lo visto, había problemas con el decorado, porque el dueño se negaba a que le agujerearan la pared para poner el atrezo que la escena exigía.

—Esto no va a ser fácil —murmuró Neus parándose junto a ella—. ¿Puedo coger un café?

Cristina asintió tomando nota mental de llenar el termo, pues casi estaba vacío. Aunque el campamento, y por ende el camión de *catering*, estaba montado a escasos cinco minutos andando, se había acostumbrado a llevar siempre café en el bolso. Le resultaba más cómodo así, pues Raúl y ella, y en ocasiones Neus, Fabián y Jota, podían tomarlo cuando les apeteciera sin tener que esperar a los descansos. Descansos en los que, por cierto, casi nunca podían descansar, pues siempre había alguien esperándolos para resolver dudas.

—Van a tardar un buen rato en convencer al dueño —dijo Neus tras un trago revitalizador—. Y otro rato aún más largo en montar el atrezo y la iluminación. Y los gritos del *gaffer* se oyen desde la otra punta del pueblo —apuntó como si tal cosa—. Entrevistar a los nuevos montadores va más allá de lo que su inexistente paciencia es capaz de soportar.

—Pobres. —Cristina la miró preocupada—. Búscame con él cuando Raúl y Jota lo tengan todo listo —dijo caminando hacia la calle.

—No lo dudes, no va a ser el único león al que deberás apaciguar hoy —musitó Neus observando a la joven salir del local.

No sabía cómo se las apañaba, pero era como música para las fieras, pues su sola presencia las calmaba.

\* \* \*

—¡Necesito que me hagas un favor! —exclamó Cristina entrando sofocada en la zona de vestuario del camión de maquillaje.

—Tranquila, mi niña, cuéntame qué te pasa y veremos qué se puede hacer —intentó calmarla Paz al verla tan nerviosa.

—Necesito unos pantalones de la 44, una camisa talla L, unos calcetines y unas deportivas o unos zapatos del 43. ¡Y lo necesito ya! O no nos dará

tiempo y perderá la oportunidad —gimió alterada.

—Claro, claro, ¿para qué papel vais a caracterizar a quién? —preguntó Paz seleccionando varias prendas del bosque de ropa que la rodeaba.

—Ah... No lo conoces.

La mujer se detuvo al oír la vacilación en su voz. Ay, Señor, Señor..., mucho se temía que esa muchachita ya estaba intrigando en algunos de sus alocados planes otra vez.

—Ya imagino, no conozco a ninguno de los nuevos extras —dijo con suspicacia—. ¿Puedo saber al menos para qué escena es?

—En realidad, no es para ninguna escena.

Paz observó compasiva a la encantadora joven que tanta facilidad tenía para complicarse la vida sin necesidad.

—¿No habrás vuelto a...?

—Por favor, necesita el trabajo y no se lo van a dar si va vestido como un pordiosero —dijo Cris poniendo esa mirada de corderito inocente a la que era casi imposible resistirse.

—No puedo dar ropa a diestro y siniestro solo porque a ti te den pena.

—No me da pena —afirmó ella muy seria—, sino rabia. Es un hombre encantador, inteligente y con muchas ganas de trabajar, pero va vestido como un indigente.

—¿Tal vez porque es un indigente? —señaló Paz, que ya se conocía el cuento.

Era el tercer sintecho por el que Cristina intercedía. Y en su defensa cabía decir que todos ellos habían trabajado como fieras en el rodaje.

—Nadie, ni siquiera el *gaffer*, lo va a contratar con las pintas que tiene ahora mismo —continuó Cristina, ignorando el comentario de la sastra—. Pero estoy segura de que si va bien vestido conseguirá trabajo. Me ha dicho que fue chef, y en el *catering* están buscando sustituto para el pinche. Seguro que si hablara con ellos lo emplearían, pero necesita tener buena presencia. Por favor, solo unos vaqueros y una camisa. Te prometo que será la última vez que te pida ropa. De verdad de la buena.

—Eso espero, porque no puedo ir regalando ropa a diestro y siniestro. Como se enteren María o el productor nos cortarán el cuello.

—Es el último favor que te pido, lo juro —aseveró Cristina con una sonrisa de oreja a oreja antes de echar a correr hacia la peluquería—. ¡Avísame en cuanto lo tengas, porfa! —gritó abriendo la puerta.

Antes de que esta se cerrara, Paz pudo ver a un hombre que debía de rondar los cuarenta sentado en el lavacabezas. Tenía el pelo desarreglado pero

limpio, al igual que el resto de su persona. De hecho, si no fuera por la ropa no parecía un mendigo.

Negó con la cabeza, esa niña era todo corazón..., y también una lianta de mucho cuidado.

\* \* \*

—¿De verdad no conoces Verxo Prime? —Cristina miró atónita al encargado del *catering*—. No me lo puedo creer —murmuró compasiva antes de continuar con entusiasmo—: Es una de las escuelas culinarias más prestigiosas de Finlandia, algo así como el Basque Culinary Center de España. Uno de sus profesores es Lars Ulrich, un cocinero de fama mundial con una estrella Michelin, y Manuel, aquí presente —señaló al hombre que estaba junto a ella—, estudió allí durante un año. De hecho, si no fuera porque tuvo que regresar a España para cuidar de su madre enferma, se habría sacado el título, obteniendo una de las mejores notas del curso —afirmó con certeza incuestionable.

El encargado miró al hombre que estaba junto a Blancanieves y asintió pensativo. Le había hecho una prueba y parecía saber bastante del oficio, si bien era cierto que se lo veía un poco oxidado, pero eso podía ser debido a los nervios.

—¿Estás seguro de que no tienes ningún inconveniente en pasarte los próximos cuatro meses trabajando diez horas al día en este camión y viviendo en una caravana?

—Sin ningún problema, jefe —se apresuró a responder Manuel.

—De acuerdo. ¿Puedes empezar hoy?

Manuel lo miró aturdido e, incapaz de hablar, asintió varias veces. ¿De verdad le estaba dando el trabajo?

—Pasa detrás, ponte una chaquetilla y un mandil y preséntate al chef. Estamos a punto de empezar a preparar la comida y andamos escasos de manos.

—Claro, por supuesto —farfulló tras tragar saliva—. Voy ahora mismo.

Se dio la vuelta para seguir las instrucciones de su nuevo jefe, aunque antes de eso observó agradecido a la mujer de mirada angelical y sonrisa de hada que había obrado el milagro.

Cuando había aparecido como por ensalmo en la cola formada para los montadores, calmando al hombre de pelo blanco que gritaba como un poseso, no había imaginado que le daría la oportunidad que hacía años que no tenía. No entendía qué había podido ver en un desheredado como él para tenderle

una taza de café y entablar una conversación. Había fijado en él su mirada amable y una tranquilizadora sonrisa y él había respondido a sus preguntas sin dudarle. Luego lo había llevado a un camión donde le habían cortado el pelo, rasurado la barba y dado ropa nueva para después guiarlo hasta allí, donde, con una mentira tras otra, le había conseguido trabajo. Porque lo cierto era que no había dejado de estudiar por cuidar a su madre, quien llevaba muerta más de veinte años. Tampoco había estudiado en ninguna escuela, prestigiosa o no, sino que se había formado en el bar de su padre. Y, que él supiera, Verxo Prime no existía y el famoso cocinero Lars Ulrich era, en realidad, el batería del conocido grupo musical Metallica.

—No sé cómo empezar a darte las gracias por...

—No te preocupes —lo interrumpió ella—. Me quedaré con *Klaus* hasta que puedas recogerlo esta noche. Nos hemos hecho buenos amigos —dijo Cristina acariciando al aludido—. Me reclaman, debo irme —comentó al oír gritar al hombre del pelo blanco.

\* \* \*

—¿Se puede saber dónde te habías metido? —le preguntó preocupado el *gaffer* cuando la joven llegó hasta él—. El director lleva un buen rato reclamándote... Ve con él, ¡corre!

Y eso hizo Cristina, correr como alma que lleva el diablo con *Klaus* pegado a sus talones. Pero cuando llegó al combo descubrió que Raúl aún estaba en el set, así que se sentó, sacó el termo de café que el encargado de *catering* le había rellenado y sirvió un vaso. A su lado puso un paquete. Las fieras se apaciguaban con música. Y la música de su jefe era el café.

No pasó mucho rato antes de que Raúl la viera y se acercara furioso.

—¿Dónde estabas escondida? Llevo horas esperándote —murmuró enfadado.

—En realidad, diez minutos —señaló Jota apareciendo tras él—. Pero ya sabes lo nervioso que se pone cuando no te ve...

—¿Te importaría ir a dar un paseo? Y si puede ser cerca de algún barranco por el que puedas despeñarte, mejor que mejor —le dijo Raúl con mordaz seriedad a su amigo.

—El barranco está muy lejos —replicó el otro agarrando el vaso de café que había sobre la mesa—. Si no te importa, mejor me tiro desde el puente que hay a la entrada del pueblo.

—Como prefieras, pero lárgate —exigió Raúl comenzando a perder la paciencia.

—El dueño del bar lo ha puesto de un humor de perros —le advirtió Jota a Cristina a la vez que se inclinaba para alborotarle el flequillo, algo que sabía que le sentaba fatal al director. El muy tonto parecía creer que ese flequillo era solo suyo—. Procura no cabrearlo demasiado... —Se interrumpió en mitad de la frase—. Aunque no sé si eso será posible —musitó al ver lo que estaba escondido junto a las piernas de la joven—. ¡Suerte!

—No puedes desaparecer de repente, sin que nadie sepa dónde estás y sin que podamos localizarte —masculló enfadado Raúl en cuanto Jota se fue.

—No tenía nada que hacer, así que pensé que sería más útil en otro lado —explicó ella con una gran sonrisa mientras sacaba otro vaso de plástico y servía café.

—Claro que tenías algo que hacer —aseveró él, los ojos fijos en los dedos que envolvían el vaso mientras removía el azúcar.

¿Cómo podía resultarle eso erótico?! Solo era una mano agarrando un vaso. Nada más.

Una mano de dedos largos y elegantes que ceñían indolentes el plástico blanco. ¿Qué no daría porque fuera otra cosa la que ciñeran? Más exactamente, una parte de sí mismo que en ese momento comenzaba a pulsar exigente.

—Lo siento mucho. Me dio la impresión de que ibas a estar un rato ocupado con el dueño del bar y no me necesitabas —musitó Cris con fingido arrepentimiento mientras acariciaba con languidez el vaso, consciente de en qué estaba fijando la mirada su jefe.

—¿Te necesitaba para qué? —murmuró confundido.

—No lo sé... —replicó ella con inocencia.

Abrió el paquete que había dejado sobre la mesa y colocó el donut en una servilleta, junto al café.

—No vas a conseguir que me olvide de esto sobornándome con café y donuts —masculló Raúl volviendo a centrarse de nuevo.

—Lo sé —aceptó ella con docilidad.

Apoyó los codos en la mesa y se inclinó sobre esta con lenta pereza a la vez que ladeaba con disimulo un hombro. La enorme sudadera negra que llevaba cayó a un lado, dejando el tirante del sujetador y su piel al descubierto.

Raúl tragó saliva, excitado ante tan erótica visión. Miró al suelo, disgustado por ser tan débil como para sentirse fascinado por ver un poco de piel. Y lo peor era que sabía que ella no era consciente del ardor que ese gesto le provocaba. Y eso lo cabreaba aún más, pues demostraba que era una

ingenua muchacha recién salida del cascarón y él un asqueroso viejo verde que veía sensualidad donde no había más que inocencia.

Apretó los puños enfadado consigo mismo, con ella y con el mundo en general.

—No volverás a irte sin decirme dónde puedo encontrarte —exigió furioso—. Ha sido una irresponsabilidad que no debe repetirse. No podemos tener parado un rodaje porque la *script* esté desaparecida en combate.

Ella se inclinó hacia un lado de manera exagerada para esquivarlo y mirar el set que aún estaba a medio montar.

Raúl siguió su mirada, comprendiendo lo que ella insinuaba. El set no estaba montado y, por tanto, el rodaje no estaba parado por ella, sino porque el escenario no estaba listo.

—La *script* siempre tiene que estar cerca del director para que este pueda comentar con ella cualquier cosa que considere oportuna —afirmó huraño.

Ella curvó los labios en una complaciente sonrisa.

—Por supuesto.

—Un día vas a colmar mi paciencia con esas malditas sonrisas tuyas —musitó él. Apoyó las manos en la mesa y se cernió sobre ella amenazador, los ojos fijos en su boca.

Cristina separó los labios, la lengua asomando lúbrica entre ellos mientras se los lamía.

Raúl se inclinó sobre ella, su respiración agitada escapando de su boca entreabierta en un jadeo involuntario.

—Estoy deseando que eso suceda —musitó Cristina en voz tan baja que Raúl no pudo oírla. O, mejor dicho, sí la oyó, pero no se atrevió a aceptar lo que había creído entender.

—Ten cuidado, Blancanieves, el viejo cazador quiere tu corazón y en este bosque no hay enanitos que puedan salvarte —murmuró él sin saber exactamente a qué se estaba refiriendo. O puede que sí lo supiera, pero prefería no pensar mucho en ello.

Bajó la cabeza hasta quedar tan cerca de ella que casi podía sentir el tacto de su boca en los labios.

Cristina alzó la cabeza, su boca a un suspiro de la de él.

Raúl bajó la mirada a punto de dejarse vencer por la tentación. Y entonces lo vio.

Se apartó con brusquedad y dio la vuelta al combo para quedar del lado en el que se encontraba ella.



—¿Qué coño hace este perro aquí? —Que hubiera usado una palabrota daba muestras de lo alterado que estaba.

Cristina miró al perro de raza indeterminada, pelo gris y ojos inocentes que yacía en el suelo acurrucado junto a sus pies.

—Lo he adoptado —dijo con una combativa sonrisa.

—¿Lo has qué?

—Adoptado. Nuestras reuniones nocturnas acaban muy tarde —algo que era totalmente cierto— y no me gusta caminar sola hasta mi capuchina. Está tan oscuro que me da miedo. —Hizo un mohín—. Así que he adoptado a este fiero labrador como guardaespaldas.

Raúl miró al perro. Con ese aspecto bonachón dudaba que fuera lo suficientemente feroz para ser guardaespaldas, y de nuevo se centró en su *script*.

—Este perro no es un labrador. Puede que uno de sus padres sí lo fuera, pero los otros novecientos noventa y nueve seguro que no —ironizó.

—No digas eso, pobrecito —murmuró ella abrazando al chucho—. Eres un chico muy guapo y cariñoso, no hagas caso al director, sí que tienes pinta de labrador...

—Ni siquiera se parece —la cortó él—. Y aunque lo fuera, me daría igual. No puedes tener un perro en el rodaje.

—Está muy bien educado y no va a crear problemas, ¿a que no, *Klaus*? —le dijo al animal, que, en respuesta, soltó un ladrido aquiescente.

—Me da lo mismo lo educado que esté, un perro de ese tamaño no puede...

—Voy a hacer *agility* con él.

—¿*Agility*?

—Es un deporte para perros y personas que consiste en hacer un recorrido. Es muy divertido: saltamos, corremos y nos metemos dentro de los obstáculos. Mi hermano es adiestrador de perros y por él sé que, si canso a *Klaus*, estará tranquilo y no dará problemas.

—Tu hermano, el que es veterinario, psiquiatra, zoólogo y cardiólogo, ¿ahora también es adiestrador?

—Sí. —Ella sonrió orgullosa, como siempre que mencionaba a su hermano—. Él me ha enseñado a adiestrar a los perros, te prometo que no te darás ni cuenta de que está a mi lado.

—Por supuesto que no me voy a dar cuenta, porque no va a estar en el set —replicó Raúl con rotundidad—. ¿Sabes lo que creo? Que has encontrado

este perro Dios sabe dónde y lo has adoptado igual que al montador manco que hiciste que el *gaffer* contratara.

—Es buenísimo arreglando máquinas.

—Lo sé, por eso sigue trabajando aquí, pero no deja de ser extraño contratar a un manco como mecánico —declaró enarcando una ceja.

—Por culpa de ese tipo de prejuicios, Antonio no encontraba trabajo a pesar de ser un trabajador estupendo —objetó ella beligerante.

Raúl no pudo evitar sonreír, pues era raro que Cristina sacara su genio, y cuando lo hacía siempre era para protestar por las injusticias.

—Dudo que *Klaus* sepa arreglar máquinas —dijo con sarcasmo—. Tienes hasta esta noche para encasquetárselo a otro ingenuo. Mañana no lo quiero en mi set.

\* \* \*

—Evitemos hacerlo más complicado de lo que ya es. —Raúl le tendió el desglose al técnico de audio—. Añadiremos el sonido de la radio de esta secuencia en posproducción.

El hombre asintió y pasó las hojas con rapidez hasta llegar a otra escena.

Raúl le echó un vistazo rápido.

—Marta no está loca, por tanto, no hablará sola como si lo estuviera. —Apuntó un par de sugerencias—. En lugar de eso, se oirá en *off* un monólogo interior.

El hombre volvió a asentir y sacó otra carpeta llena de folios.

Raúl se armó de paciencia. Llevaba más de cinco minutos respondiendo sus dudas, y mucho se temía que aún le quedaban otros tantos. Ese era el precio que debía pagar por tener un golpe de inspiración y cambiar varias escenas. Se frotó la nuca intentando frenar el incipiente dolor de cabeza que comenzaba a martirizarlo. Había sido un día repleto de contratiempos, lo que los había obligado a trabajar contrarreloj hasta hacía un rato, que habían parado a comer. Aunque, dada la hora, más que comer estaban merendando. Los que merendaran, claro, porque él aún no había podido acercarse al bufet.

Desvió la mirada hacia la carpa de *catering* mientras el técnico seguía sacando folios. Estaba abarrotada de gente, pero, a pesar de ello, no le fue difícil encontrar a su *script*, quien, por cierto, también lo estaba mirando. Sus miradas quedaron ligadas durante unos segundos, hasta que ella esbozó una tímida sonrisa y bajó la cabeza deshaciendo el hechizo.

Raúl alzó la comisura izquierda en una sonrisa de medio lado al ver que ella abandonaba el bufet con el perro pulgoso pegado a sus talones. Iba

haciendo equilibrios para que no se le cayeran los tres platos rebosantes de comida y los dos postres que ocupaban por completo la bandeja. Llevaba comida para un regimiento, o, mejor dicho, para un perro hambriento. Se llevó la mano a la tripa cuando su estómago rugió furioso. *Klaus* no era el único famélico allí.

La vio sentarse a un extremo de la mesa con el perro junto a sus pies. Poco después el guionista se sentó frente a ella, en el sitio que a él le habría gustado ocupar. Frunció el ceño con algo parecido al mal humor y prestó de nuevo atención al técnico. En cuanto terminó, se dirigió a la carpa. Estaba a medio camino cuando vio que Jota se sentaba junto a Cristina, tan cerca de ella que ni el aire encontraría espacio para pasar entre ambos. Y, no contento con tan exagerada cercanía, el director de fotografía le alborotó el flequillo, provocándola hasta que se defendió, iniciando una infantil pelea que pasó a mayores cuando él intentó hacerle cosquillas.

Raúl caminó veloz a la mesa. No iba a permitir que Jota jugara con Cristina. Ella era demasiado joven e inocente para ver sus intenciones ocultas, pero él lo conocía bien y sabía perfectamente lo que estaba tratando de hacer.

—Dejad de jugar en la mesa, no sois niños —los regañó sentándose junto a Fabián.

Jota sonrió con picardía y dejó de intentar meterle mano a la *script* con el pretexto de hacerle cosquillas.

—No sabía que te habías puesto a dieta —le comentó a Raúl con mirada pícaro. Este enarcó una ceja, confuso con su pregunta—. ¿No? Entonces tienes que darme el secreto para convertir el aire en comida —señaló el plato de Raúl. O, mejor dicho, la ausencia del mismo, porque donde debería haber algo no había nada.

El director miró el espacio vacío frente a sí y ahogó un improperio al oír la risa taimada de Jota.

—Parece que estoy peor de la cabeza de lo que pensaba —musitó enfadado a la vez que echaba la silla hacia atrás para levantarse.

—Un poco desmemoriado nada más. —Cristina empujó algunos de sus platos hacia él. Otro estaba en el suelo, bajo el hocico de *Klaus*, y el último frente a ella—. Quedamos en que te cogería la comida mientras atendías a los técnicos —mintió con una encantadora sonrisa.

Raúl la miró molesto. No necesitaba que nadie mintiera por él. Hacía algunos años había aprendido, de la peor manera posible, a asumir sus errores y evitar las excusas, más aún las que otros daban por él.

—¿Ah, sí? No recuerdo esa conversación —replicó cáustico, moviendo el contenido del plato con el tenedor. No podía negar que Blancanieves conocía bien sus gustos.

—Ya lo imagino, tienes la costumbre de ignorarme —suspiró ella con teatralidad—. Yo me esfuerzo por hacerte la vida más fácil y tú me lo pagas con indiferencia. —Se llevó el dorso de la mano a la frente al más puro estilo Escarlata O’Hara—. Hombre malvado y cruel, todo lo doy por ti y tú ni siquiera me prestas atención. Es tan injusto... A Dios pongo por testigo de que no volveré a guardar comida para ti —dijo con gran dramatismo.

Raúl parpadeó asombrado. Ni en sus sueños más disparatados habría esperado tan histriónica respuesta. Intentó mantenerse impertérrito, pero las comisuras de su boca se alzaron sin que pudiera evitarlo. La risotada de Jota y la risita aguda de Fabián consiguieron que sus labios acabaran curvándose en una sonrisa.

—Francamente, querida, me importa un bledo —consiguió decir antes de estallar en carcajadas, sorprendiendo a todos los presentes, y más que a nadie a él.

Cristina observó perpleja cómo los labios de ese hombre inquietante se abrían mostrándole por primera vez sus dientes. Unos dientes mal alineados y de colmillos puntiagudos. Mucho.

—Tienes los colmillos tan afilados como los de un vampiro —musitó fascinada.

Jamás había visto unos así; era como se imaginaba los de los aguerridos, eróticos y románticos vampiros de las novelas que leía cada noche.

Raúl cerró la boca al instante, secretamente acomplejado. Su dentadura no era algo de lo que se sintiera orgulloso, no necesitaba que nadie le recordara lo fea que era, mucho menos una jovencita mentirosa con una boca perfecta que se moría por besar. Bajó la mirada, concentrándose en la comida, y ensartó una croqueta que mordió con rabia.

La sonrisa de Cristina se borró ante la reacción de él. No había sido su intención disgustarlo, más bien al contrario.

—Nada me gustaría más que tener unos colmillos largos y puntiagudos y ser una vampira. O, mejor aún, ser la novia de uno —afirmó soñadora, sus ojos fijos en Raúl—. Me encantan los vampiros.

—Y ¿a quién no? —intervino Fabián, deseoso de romper la tensión del momento—. Sobre todo, si tienen penes monumentales que les sobrepasan el ombligo cuando están erectos.

Jota y Raúl miraron perplejos al guionista. ¿Penes erectos que llegaban hasta dónde?!

Cristina, en cambio, dibujó una enorme sonrisa. ¡Por fin alguien que compartía sus gustos! Sin poder contenerse, musitó el nombre de uno de esos vampiros que tanto le gustaban. ¡Ojalá Fabián conociera el libro! ¡Sería estupendo!

—Ese es un buen ejemplo —replicó el guionista, sus ojos iluminándose con alegría—, aunque si se me permite elegir me quedo con...

—¿De quién narices hablan? —Jota los miró intrigado mientras intercambiaban nombres extraños.

—De los vampiros de una serie de novelas románticas —explicó Neus tomando asiento junto a Jota. La seguía María, que ocupó la silla junto a Raúl—. He empezado el libro que me recomendaste —le dijo a Cristina.

—¿Te lo estás leyendo?! —exclamó esta ilusionada.

Hacía mucho que no hablaba de sus novelas con amigos, más exactamente desde su último evento romántico, y de eso hacía ya unos meses. Menos mal que pronto habría otro.

—Claro, como para no hacerlo, ¡son tremendos!

—¡Y tanto que lo son! —exclamó extasiado Fabián—. Altos, guapos y siempre firmes..., no sé si entiendes lo que quiero decir. —Arqueó varias veces las cejas.

—No hace falta ser vampiro para estar siempre en pie de guerra —replicó burlona Neus—. El prota de *Ardiente verano* tiene una resistencia impresionante, y no anda mal surtido en lo que a aparatos se refiere... Lo que no compra lo fabrica él mismo.

—¡Qué me vas a contar! —exclamó Fabián—. He pasado meses teniendo fantasías eróticas con el sistema de poleas que montó en la cabaña. Me imagino atado en ellas y..., uf. —Se abanicó con la mano dando énfasis a sus palabras.

—Y mejor no hablamos de la calenturienta imaginación de la autora —apuntó Neus bajo la mirada turbada de María, Jota y Raúl—. Hay una escena en la que su novia lo ata que..., uff, ¡qué calores me suben solo de recordarlo!

—Yo prefiero cuando él la ata a ella —musitó Cristina lamiéndose los labios, algo que tuvo un efecto directo en el pene de Raúl, que, al contrario que a los vampiros, no le llegaba al ombligo.

—Si es cuestión de atar y dar azotes, tienes frente a ti a dos expertos —intervino Jota señalando al director y a sí mismo—. Recuerdo una vez con una pelirroja que...

—No creo que a nadie le interesen tus historietas —lo cortó Raúl, silenciándolo con una furiosa mirada.

Jota lo miró perplejo. ¿A qué venía eso? ¡Cosas peores habían hecho que atar a alguna mujer y darle un par de azotes! Y, además, ¡solo estaba bromeando! Aunque desde luego Raúl no se lo había tomado como una broma. Miró a la *script* y de nuevo a su amigo, una sospecha instalándose en su cabeza. ¿Tal vez se había molestado porque no quería que Blancanieves supiera de sus pasatiempos sexuales?

—Ya me gustaría a mí que me atara Jairo Manso —comentó Fabián con un suspiro, rompiendo el tenso silencio que había seguido al enfado del director.

—Yo haría una excepción e incluso lo dejaría entrar en mi cama una noche —señaló burlona Neus lamiéndose los labios con glotonería.

—¿Ese no es el actor que va a interpretar a Javier, el protagonista de *Besos robados*? —inquirió Cristina.

—El mismo que viste y calza, aunque, sinceramente, lo prefiero desvestido —dijo María contagiándose del espíritu juguetón que dominaba la conversación—. Pese a que ha participado de secundario en un par de series, es casi desconocido. Y es una pena, porque es guapísimo.

—Y tiene mucho talento —apuntó Neus—. Lo conocí en el *casting*: es agradable, muy trabajador y siempre está sonriendo. Me recuerda un poco a ti —le dijo a Cristina—. Haríais buena pareja. Los dos sois jóvenes, guapos, solícitos y encantadores.

—Qué interesante. —Jota esbozó una sonrisa perversa—. ¿Cuándo vendrá al rodaje?

—Está previsto que empiece a rodar el 6 de marzo, cuando llegemos a Campoviejo —señaló María.

—Eso es dentro de dos semanas. ¿Crees que tendremos romance a la vista? Ya estoy viendo las flechas de Cupido surcando el aire para hacer que el guapo y lozano protagonista se enamore de la joven de inocencia angelical... A la publicista le va a encantar —señaló Jota mordaz—. Se le puede sacar mucha publicidad a esa historia, más aún si os pillan en actitud apasionada —le comentó a Cristina, que lo miraba pasmada—. Ya sabes, unos pocos besos con lengua y las manos de él en tu culo..., y si lo tocas tú a él, lo petamos. No hay nada que guste más a los espectadores que una historia tórrida.

—¡Ni hablar! —exclamó Raúl sorprendiendo a todos con su inesperado grito. No pasaba a menudo que el director alzara la voz—. No va a haber

ningún romance entre Jairo y Cristina, ni tórrido ni platónico —sentenció furioso alejando el plato, pues había perdido el hambre—. No me faltaba otra cosa en este rodaje que tener que soportar un romance juvenil entre dos críos. Bastante tengo con soportar tus sonrisas como para tener que bregar con tus lágrimas cuando te la juegue. Eres demasiado niña para enamorarte, y mucho menos de un actor.

Cristina lo miró pasmada. Y no fue la única. Todos se quedaron atónitos por su salida de tono. Nadie entendía a qué había venido. Nadie, excepto Jota, que sonrió socarrón intuyendo que el director estaba más encaprichado de la *script* de lo que deseaba.

—No soy una niña y tú no eres nadie para decirme de quién tengo que enamorarme —replicó Cristina con gesto serio, sorprendiendo aún más a los presentes.

Ella jamás se enfrentaba a nadie; de hecho, cuando alguien la increpaba se limitaba a sonreír como si no ocurriera nada. Pero en ese momento su sempiterna sonrisa había desaparecido y sus ojos relampagueaban furiosos como si quisiera romper algo sobre la cabeza de su jefe.

Raúl observó tan pasmado como los demás la inesperada furia de la *script* y cabeceó complacido. ¡Por fin una reacción sincera!

—Claro que lo eres —reiteró, estrechando los ojos hasta convertirlos en rendijas—. Una cría demasiado soñadora e ingenua para jugar al amor.

—Tal vez solo soy una niña a tus ojos —murmuró ella controlando su peligroso carácter y escondiendo su furia bajo una gruesa capa de fingida afabilidad—. Casi ha terminado el descanso, será mejor que lleve a *Klaus* a hacer pipí si no quiero llegar tarde al set. —Compuso una enorme sonrisa y echó a andar hacia el descampado.

Raúl deseó tener cerca una pared para darse de cabezazos contra ella. Las sonrisas falsas habían vuelto, y en esta ocasión toda la culpa era suya.

—Quien con niños se acuesta orinado se levanta —declaró Jota, la mirada fija en su amigo—. Ahora solo falta averiguar quién es el niño aquí...

—Harías bien en callarte si quieres conservar la lengua —lo amenazó Raúl levantándose con tal brusquedad que a punto estuvo de tirar la silla.

Inspiró hondo para aplacar su rabia y echó a andar en dirección contraria a la tomada por aquella con la que acababa de comportarse como el mayor idiota del mundo. Un idiota celoso y retrógrado, además. Tal vez no fuera mala idea buscar una pared y abrirse la cabeza contra ella, pensó mientras se alejaba.

\* \* \*

—¿Qué mosca le ha picado? —María miró intrigada al director mientras se alejaba.

—Ni idea, solo espero que no esté volviendo a las andadas —Neus clavó la vista en Jota.

—Que yo sepa, sigue aburridamente limpio —afirmó este con indiferencia.

—Tal vez sea mal de amores. —Fabián observó meditabundo la silueta lejana de la *script*.

—¿Mal de amores? ¿Raúl Garrido? —Neus lo miró atónita, casi tanto como María. Luego sacudió la cabeza en una rotunda negativa—. Ni de coña.

—Para eso hace falta tener corazón, y Raúl carece de él —señaló burlona María antes de dirigirse al camión de producción, puesto que aún tenía mucho por hacer.

Neus la acompañó.

—Pues yo creo que Blancanieves le ha hecho tilín —aseveró Fabián con cabezonería.

—Ten cuidado con lo que dices y a quién se lo dices. Si tu suposición llega a oídos de Raúl, montará en cólera. Y no creo que te guste verlo cabreado —le aconsejó Jota siguiendo a María.

Eran muchos años los que llevaba trabajando, y también saliendo de copas, con el director. Bien podía decirse que era quien mejor lo conocía. Y no dudaba ni por un instante de que su amigo estaba encaprichado de la *script*. Del mismo modo que tampoco dudaba de los pensamientos que con toda seguridad lo atormentaban. Era lo que tenían las amistades con muchos años de duración y aún más borracheras a sus espaldas, que acababas conociendo al otro como a ti mismo. Lo cual era una desgracia, porque bastante tenía con soportarse a sí mismo como para tener que aguantar también las neuras del director.

—¡María! —gritó para llamar la atención de la asistente de producción.

Para ser una mujer tan pequeña, era puro nervio, lo que hacía complicado alcanzarla sin echar a correr, algo que Jota no pensaba hacer. El deporte no era para los vagos que, como él, se preciaban de serlo.

—¿Podrías averiguar cuántos años tiene la *script*? Fabián dice que está cerca de los treinta, pero yo creo que son veintipocos —mintió sin inmutarse, tan acostumbrado estaba a hacerlo—. Nos hemos apostado una cena en el mejor restaurante del pueblo y estoy deseando sacarle los cuartos —dijo altanero, sabiendo que ella, al igual que todas las mujeres, apreciaba mucho al guionista.



María arqueó una ceja pensativa. Luego sacó la tableta y se entretuvo con ella un instante. Cuando volvió a guardarla, sonreía con perversa satisfacción.

—Me parece que serás tú quien se quede sin blanca —se burló antes de decirle la edad de Cristina.

—Qué maravilla —ironizó Jota con fingida decepción. Se despidieron y él se volvió hacia el descampado en el que una mujer y un perro paseaban—. Quién lo habría pensado —musitó con una peligrosa mirada.

Esbozó una ladina sonrisa y se encaminó hacia allí. Cuando estuvo más cerca, observó algo que lo dejó pasmado. Ella no sonreía. Ni siquiera parecía alegre. De hecho, se diría que estaba abatida, triste. Pero eso era imposible. Blancanieves era la mujer más alegre y feliz que había conocido nunca, siempre tenía una sonrisa pegada en los labios. Excepto porque, en ese instante, sola en el descampado, era el retrato de la infelicidad.

—Vaya, vaya... —murmuró intrigado.

¿A qué venía esa cara tan triste? ¿Podía ser que estuviera dolida por culpa de la estúpida discusión de hacía un rato? Porque, si así fuera, significaría que el huraño director no era el único encaprichado.

Sonrió malicioso y, cambiando de planes, se dio la vuelta para dirigirse de nuevo al bufet. Faltaba poco para que comenzaran a trabajar y tenía la petaca vacía. Y no pensaba enfrentarse a las largas horas de rodaje sin su *medicina*.

\* \* \*

Raúl dio el visto bueno a la prueba de cámara y luego miró hacia el combo, molesto al ver que Cristina aún no estaba allí. Era la segunda vez en ese día que llegaba tarde. Giró sobre sus talones, buscándola. La vio salir del descampado con el chucho a su lado para cruzar casi corriendo la carretera desierta. O no tan desierta, pues uno de los nuevos montadores, cargado con un cajón de atrezo, apareció de improviso y chocó con ella. El golpe tiró la caja y a Cristina al suelo y desequilibró al hombre, quien dio varios traspiés antes de tropezar con el perro y caer también.

Raúl vio cómo su *script* se levantaba aturdida, componía una de sus sonrisas amistosas y le tendía la mano al montador, quien al menos pesaba el tripe que ella, para ayudarlo a incorporarse. Él le dio un furioso manotazo, se puso en pie y empezó a gritarle a la vez que hacía belicosos aspavientos. El perro, al sentir que amenazaban a su amiga, comenzó a ladrar y a gruñir. Cristina tiró de la correa para colocarlo tras ella, pero el hombre no paraba de gritar. Tampoco de hacer agresivos ademanes, señalándola a ella y al perro.

En ese momento, Raúl dejó de observar y echó a correr. No fue el único. Más gente había visto la escena y se dirigía hacia allí. Aunque ninguno tan rápido como el director.

Según se acercaba pudo oír los gritos furiosos del montador amenazando con matar al perro. También pudo ver la cara de absoluta consternación de Cristina un segundo antes de que se agachara para abrazar al animal y cubrirlo con su cuerpo.

El montador seguía gritando, parecía que la inmovilidad de la mujer y los ladridos del can cebaban su rabia. Se calló cuando un fuerte empujón lo tiró al suelo, alejándolo de la pareja. Se levantó rabioso, encontrándose frente a un hombre de su edad y complexión. Hizo ademán de lanzarse sobre él, pero la fiera mirada de este y los brazos del *gaffer* y de algunos miembros del equipo de eléctricos sujetándolo lo hicieron desistir.

—Me ha atacado —le dijo colérico al *gaffer*, señalando a Raúl.

—No digas tonterías, solo ha tropezado y ha caído sobre ti —replicó Jota, deteniéndose sin aliento frente a él—. Yo lo he visto y los demás también, ¿verdad? —No sería la primera vez que alguien pusiera una demanda a Raúl por intentar conseguir un poco de dinero fácil. Mejor dejar los cabos bien atados desde el principio.

El *gaffer* y sus hombres asintieron, dándole la razón, también la maquilladora y los técnicos de sonido, aunque todos habían visto perfectamente cómo el director se lanzaba sobre él como si quisiera tirar abajo una puerta. Pero ese energúmeno había asustado a Blancanieves, y por ello podía irse al infierno.

—¡No ha tropezado! ¡Ese hijo de puta se ha arrojado sobre mí! —gritó el hombre mirando a sus compañeros. Aunque solo llevaba un día con ellos, esperaba que lo respaldaran.

—Ve a las oficinas y dile a María que te liquide. Ya no trabajas aquí —dijo Raúl con tono calmo y voz grave.

—No puedes despedirme —jadeó el hombre con rabia.

—Ya lo creo que sí: es el director. Ya sabes, quien maneja el cotarro. Y si dice que te vas, te vas —señaló Jota.

El hombre protestó airadamente, pero Raúl no le prestó atención. Había plantado una rodilla en el suelo y acariciaba con ternura la espalda de Cristina, quien aún mantenía la cabeza baja y los brazos alrededor del perro.

—Tranquila. Ese idiota ladraba mucho pero no pensaba morderte..., y si lo hubiera intentado yo no se lo habría permitido —musitó apartándole el pelo de la cara—. ¿Estás bien?

Ella levantó despacio la cabeza, enfocando la mirada en la seguridad que le ofrecían los ojos de su jefe. Tomó aire y logró componer una sonrisa alegre. O casi.

—Claro. Estoy estupenda —dijo en un susurro—. Me he caído al chocar con él. Pero no ha sido nada, solo un topetazo —explicó sonriente poniéndose en pie—. Deberíamos..., eh, ir a hacer lo que sea que estuviéramos haciendo, no nos sobra el tiempo para perderlo en tonterías —les dijo animada al *gaffer* y a Jota, pero evitó mirar a Raúl. Ese hombre parecía poder leer su mente y eso era algo que ahora no podría soportar. No cuando estaba tan cerca de perder el control. Era preferible que pensara que estaba aterrorizada antes de permitirle descubrir la verdad—. Vamos, *Klaus*, tengo una salchicha enorme para ti —le dijo al perro con una alegre sonrisa.

—Menudo susto, menos mal que al final no ha sido nada. Desde luego, es una chica valiente —afirmó el *gaffer* orgulloso.

—No tienes ni idea de cuánto —murmuró Raúl observando a Cristina. Más exactamente la mano con la que sujetaba la correa del perro, que temblaba incontenible.

Había que ser muy valiente para levantarse y seguir adelante fingiendo no estar aterrorizada cuando sí lo estaba.

\* \* \*

—Cristina, Fabián, esperadme. —Neus los llamó al verlos salir del *catering*. Caminó hacia ellos a la vez que se cerraba la chaqueta de plumas hasta la barbilla. La noche había caído y, con ella, el frío y la humedad—. ¿Ya vas a llenarle la nevera? —le preguntó divertida a Cristina al ver las bolsas llenas de envases térmicos que cargaba.

—Ya sabes lo despistado que es para la comida; si no se la llenara, la tendría siempre vacía —replicó ella esbozando una tímida sonrisa—. Y eso sería espantoso, porque la única comida que hace un poco decente es la cena.

—Y solo porque tú se la preparas —apuntó Jota uniéndose a ellas—, si no, ya se habría convertido en un cadáver andante. ¿Qué tengo que hacer para que hagas lo mismo por mí? —inquirió suplicante echándole el brazo por los hombros—. ¿Puedo comprarte con besos y caricias? ¿Tal vez con algún que otro orgasmo? Tengo una lengua privilegiada...

Cristina le apartó el brazo, sonrojada desde el cuello hasta la raíz del pelo.

—Quizá la convencerías más fácilmente si te convirtieras en un capullo integral que no hace más que gruñir y cabrearse sin motivo —apuntó Neus

malhumorada, refiriéndose a todas las veces que, sin venir a cuento, Raúl se enfadaba con Cristina.

—O si tuvieras su educación, cuando no está enojado, claro, y aun así ya sabes que jamás alza la voz —saltó Fabián en defensa del director—. O su santa paciencia para contestar a todo el mundo sin poner una mala cara. O tal vez su madurez para resolver crisis sin pestañear ni gritar como un poseso. Todo eso suele atraer a las jovencitas, ¿no crees, Cris? —le preguntó con una pícaro sonrisa.

Ella sonrió incómoda. ¿Qué mosca les había picado a todos?

—Bueno, no sabría decirte. No soy ninguna jovencita —replicó risueña.

—Madre mía, pues si tú no lo eres, entonces ¿qué soy yo? ¿Un viejo caduco? —gimió poniendo los ojos en blanco—. ¡Dios da pan a quien no tiene dientes! —exclamó antes de abrir la puerta de la caravana del director y entrar.

—¿Tanto os cuesta llamar? —los recibió la voz hastiada de Raúl—. Un día de estos pondré un cubo de agua helada en equilibrio sobre la puerta solo por el placer de oírlos gritar cuando entréis y os caiga encima.

—Si tanto te molesta que entremos sin llamar, ¿por qué no cierras la puerta con llave? —le recriminó Neus sentándose a la mesa en la que ya estaban extendidos el plan de rodaje y el guion.

—Porque no me apetece.

—Porque te encanta quejarte, y si llamamos no te damos la excusa para hacerlo —explicó Jota imitando a la ayudante de dirección.

Raúl sonrió de medio lado ante la acertada respuesta de su amigo. Demasiado bien lo conocía.

Fabián ocupó el asiento que quedaba libre junto a Jota y cogió el guion. No pasó un segundo antes de que los tres recién llegados comenzaran a debatir el plan de trabajo del día siguiente.

Raúl, aún de pie, los ignoró mientras observaba sin disimulo a la persona que más deseaba ver y que, cosa extraña, en lugar de entrar se había quedado parada en la escalera con dos pesadas bolsas de plástico en las manos y la mirada perdida... ¿en él? Se apartó de la encimera y ella lo siguió con la vista, confirmando su suposición. Su sonrisa se hizo más amplia, hasta el punto de que el blanco de sus dientes asomó entre sus labios. Raúl llegó hasta ella en tres zancadas y le quitó las bolsas de las manos, dejándolas en el suelo.

—¿Algún problema? —preguntó en voz muy baja.

«Que estás más bueno que un queso», pensó Cristina, negando con la cabeza a modo de respuesta.

—¿Segura?

Ella volvió a negar.

—Entonces ¿por qué te has quedado en los escalones? —musitó burlón.

Dio un paso, acercándose más aún, y se inclinó sobre ella hasta que sus cuerpos casi se tocaron. Tragó saliva. Estaba jugando a un juego en el que no debería ni pensar, pero no podía evitarlo. Estiró el brazo, aferró la manija de la puerta y tiró para cerrarla.

El golpe sobresaltó a Cristina, sacándola del aturdimiento en el que había caído al verlo descalzo, con unos desgastados vaqueros que tenían rotos en las rodillas y en los bajos y un viejo jersey negro con el cuello de pico dado de sí por el que asomaba el hirsuto vello canoso que seguramente decoraba su torso.

—¿Y bien? —exigió él mirándola divertido.

Cristina lo miró un instante, intentando recordar cuál había sido su pregunta, y cuando lo hizo esbozó una pícaro sonrisa que acompañó de una mirada ladina que, además de encender todas las alarmas de Raúl, también encendió su apetito. Y no de comida.

—Me he parado en los escalones porque estaba disfrutando del fresquito de la noche. Es muy sano —afirmó ufana—. De hecho, en Finlandia tienen la costumbre de bañarse en lagos de agua helada para luego correr por la nieve. Desnudos —susurró abriendo una mano sobre el pecho de él, el índice sorteando cuello del jersey para posarse acariciante sobre su piel—. Dicen que es buenísimo.

—¿Ah, sí? —replicó Raúl con voz ronca al sentir la presión de sus dedos sobre el corazón—. Y ¿quién lo dice, si puede saberse?

Cristina posó la mano libre en el hombro de él y se aupó sobre las puntas de sus pies.

—Mi hermano. Hizo un viaje por los países nórdicos y me contó un montón de curiosidades —le susurró al oído.

Raúl cerró los ojos al sentir el cálido aliento contra su piel. Ella era una niña que no sabía que estaba a punto de quemarse, y él era un idiota que le duplicaba la edad y no quería hacer nada para impedirlo.

Dio un paso atrás, apartándose de ella, y tosió un par de veces para liberar su garganta de la opresión que le impedía hablar.

—No cabe duda de que tu hermano es una persona muy activa —afirmó antes de agacharse para coger las bolsas y llevarlas a la nevera—. Gracias por las provisiones.

\* \* \*

Un par de horas después, Raúl dio la reunión por acabada y todos abandonaron la caravana. Todos, menos Cristina, a quien pidió que se quedara. La *script* lo miró intrigada. Era la tercera vez que se encerraba a solas con ella. La primera, en la furgoneta de sonido, y la segunda, en esa misma autocaravana, habían sido para echarle la bronca. Pero esa noche no había nada que pudiera recriminarle. El pulso se le aceleró al intuir el motivo por el que reclamaba su presencia. ¿Tal vez el juego de seducción del principio de la noche había dado sus frutos? Se lamió los labios nerviosa.

Raúl la observó embelesado, los ajustados vaqueros doblados en los tobillos, las deportivas negras y el amplio jersey resbalando sobre su hombro le daban un aspecto revoltoso. El pelo recogido en una alborotada coleta y el flequillo cayéndole sobre los ojos fortalecían aún más esa impresión.

Se estiró para coger un paquete que había guardado, aunque tal vez debería decir *escondido*, en el último estante del armario y se acercó a ella con él entre las manos. Frunció el ceño al darse cuenta de que se sentía tan impaciente como un adolescente cortejando a la chica que le gustaba. ¿Se podía ser más idiota?!

Le tendió el paquete con brusquedad.

Cristina lo aceptó, sorprendida por la aspereza con que se lo había dado. Lo sopesó y lo palpó antes de decidirse a abrirlo. Y, una vez lo sacó del plástico, le dio vueltas hasta comprender lo que era, momento en el que una enorme y sincera sonrisa se dibujó en sus labios. Una sonrisa que deslumbró al hombre que la observaba hechizado.

Esa sonrisa era el motivo de que Raúl se hubiera decidido a esperar hasta la noche en lugar de dárselo por la mañana, cuando lo había recibido. Quería dárselo cuando estuvieran solos, porque quería que esa sonrisa espontánea que acababa de asomar a sus labios fuera solo para él.

—Es perfecto para mis bolígrafos y rotuladores, incluso podré organizarlos por colores de tantos apartados como hay —musitó ella encantada contando los múltiples bolsillos del cinturón de maquillaje—. Y mira este qué grande es, en él puedo meter la tableta y el móvil —comentó ilusionada—. ¡Es fantástico! ¿Cómo lo has conseguido?

—Pruébate —le pidió Raúl—. Es ajustable, no creo que te quede grande.

Ella asintió entusiasmada y se levantó el jersey, dejando al descubierto la pálida piel de su tripa. Se quedó inmóvil al percatarse de la ardiente mirada con que él la devoraba.

—¿Quieres ponérmelo tú? —le preguntó con voz sugerente.

—Mejor no. —Raúl dio un paso atrás, consciente de que en ese momento su fuerza de voluntad flaqueaba—. Parece que te queda bien. A ver si a partir de ahora consigues tener siempre tus cosas ordenadas en lugar de ocupar mi mesa con ellas —gruñó cogiendo la chaqueta—. Es muy tarde, te acompaño a tu capuchina —dijo a la vez que abría la puerta.

Cristina se puso la parka y salió tras él.

No habían dado tres pasos cuando Raúl se percató de que faltaba alguien.

—¿No debería estar aquí el perro para que no pasearas sola por la noche? —inquirió mirando a su alrededor.

—¿Y tenerlo a la intemperie y muerto de frío el tiempo que duran las reuniones? —resopló ofendida—. Claro que no, pobrecito.

Raúl la miró receloso. Su explicación hacía agua por todas partes.

—Ah, claro. Y ¿dónde lo has dejado para que esté calentito? —inquirió mordaz.

—Con el *gaffer*.

—¿Has liado al *gaffer* para que acepte un perro en su caravana? —jadeó atónito—. ¿Primero le endosas al manco y ahora un perro?

—Yo no le he endosado a nadie —replicó ella con una sonrisita pícaro—; él mismo invitó al manco cuando se enteró de que, si cambiábamos de pueblo, no tendría dónde alojarse y debería renunciar al trabajo. Además, el pobre *gaffer* estaba muy solo en su caravana.

—¿Tanto como para cuidar a un perro?

—En realidad, al perro lo cuida el nuevo pinche de cocina.

—Y ¿por qué lo cuida el nuevo pinche? —indagó Raúl, cada vez más intrigado.

—Porque también comparte la caravana del *gaffer* —dijo ella evitando su mirada.

—Vaya. Cada vez hay más gente viviendo con el viejo gruñón.

—Tiene una caravana bastante grande y se sentía muy solo...

—Imagino que ahora ya no —replicó él con evidente diversión—. Lo que no entiendo es por qué el nuevo pinche de cocina se hace cargo del perro.

Cristina lo miró pensativa un instante antes de componer una encantadora sonrisa.

—Ni se te ocurra, Blancanieves, a mí no trates de hechizarme con tus sonrisas falsas. No me las creo —le advirtió él.

Ella entornó furiosa los ojos, pero solo tardó un instante en volver a sonreír.

—Manuel, el pinche, es un hombre encantador que adora a los perros, y cuando se ha enterado de que no me dejabas tener a *Klaus* ha decidido asumir su cuidado cuando no esté trabajando. Pero en la caravana del personal del *catering* están apilados como sardinas en lata, y *Klaus* no cabía. En realidad, Manuel tampoco —apuntó a la vez que buscaba las llaves de la capuchina, pues ya estaban cerca—. Yo he recordado que en la del *gaffer* quedaba libre el sofá que se convierte en cama y...

—Has liado al pobre *gaffer* para que acoja al pinche y a su perro —terminó la frase Raúl—. ¿Sabes lo que creo? Que es mucha casualidad que adoptes a un perro el mismo día que aparece un nuevo pinche de cocina, que, según se rumorea, se ha formado en Verxo Prime bajo la tutela de Lars Ulrich.

—Las casualidades existen —replicó ella con una radiante sonrisa.

—Por supuesto —murmuró él haciéndose a un lado para que pudiera abrir la puerta de la capuchina—. Por cierto, ¿te he comentado alguna vez que en mi juventud me encantaba el heavy metal y el rock duro?

Cristina se quedó inmóvil con la llave en la mano, pero sin meterla en la cerradura.

—¿Heavy metal? Vaya, qué marchoso —comentó esbozando una sonrisa nerviosa.

—Mucho. Uno de mis grupos favoritos era Metallica... ¿Sabes cómo se llama su batería?

—¿Antonio? —respondió intentando parecer bromista.

—Lars Ulrich. Qué casualidad que un famoso cocinero con estrellas Michelin se llame igual, ¿no crees?

—Tal vez sea un nombre muy común en Finlandia.

—Sí, seguro —aceptó él burlón.

Se quedaron mirándose en silencio, remisos a separarse.

—¿Te... te apetece entrar y tomarte un café? —le preguntó ella, metiendo al fin la llave en la cerradura.

—¿No crees que molestaríamos a tus compañeras? Seguramente ya estarán dormidas.

—Lo dudo. Paz se quita el audífono para dormir, así que, a no ser que se mueva la tierra, no se despertará. Y hoy es viernes, así que Margot y Valentina habrán salido de fiesta.

Raúl arqueó una ceja al oírla.

—¿Tienen ganas de fiesta con las semanas que llevamos? —murmuró sorprendido.



No cabía duda de que se había hecho viejo; le costaba hasta batir las pestañas de lo cansado que estaba, solo pensar en salir de copas le parecía un martirio.

—Margot siempre tiene ganas de fiesta, más aún cuando nos mudamos de pueblo y hay nuevos miembros entre el personal —dijo Cristina con segundas, aunque dudaba que él comprendiera la broma, ya que llamar *miembros* a los penes solo era normal en las novelas románticas que ella devoraba. Sobre todo, en las más antiguas.

Raúl la miró con los ojos entornados antes de echarse a reír. Por lo visto, sí había captado el juego de palabras.

—Eres más traviesa de lo que quieres aparentar —dijo acercándose a ella. Le acarició despacio el pómulo con el pulgar, disfrutando de su tacto antes de dar un paso atrás, manteniendo las distancias—. Buenas noches, Blancanieves, sueña con un vampiro perverso de dientes desiguales, colmillos afilados y miembro no demasiado enorme —murmuró antes de dar media vuelta y regresar a su caravana.

Cristina lo observó aturdida mientras se alejaba. ¿Acababa de pedirle que soñara con él?

***Sábado, 25 de febrero de 2017, Collado de los Infantes***

Raúl caminó ensimismado alrededor del falso sepulcro de mármol que habían montado en el cementerio del pueblo. Se detuvo para observar la hilera de tumbas que corría paralela a la calle principal del camposanto. Los altos cipreses arrojaban estilizadas sombras sobre los adoquines grisáceos, dando la inquietante impresión de ser garras que no dudarían en atrapar a quien osara vagar por allí. Contempló pensativo el sepulcro: era impersonal, ostentoso y a la vez elegante, pero no transmitía ni un ápice de sensibilidad. Igual que el difunto marido de Marta. Para enfatizar la frialdad de esa escena había hecho desaparecer las flores y los adornos del resto de las tumbas, convirtiendo esa calle en un lugar aséptico y carente de emotividad.

—Es tan fría... —musitó Cristina junto a él, observando la ornamentada tumba.

—Esa es la impresión que quiero dar.

—Pobre hombre, tener que descansar en una tumba tan horrorosa...

Raúl la miró de refilón.

—Te recuerdo que no existe, es un personaje inventado por Fabián — señaló al ver un atisbo de tristeza en su mirada.

—Ya lo sé —replicó con un bufido—, pero aun así me da pena. Cuando muera, quiero que me incineren y echen mis cenizas al mar. Me mezclaré con el agua, convirtiéndome en espuma de mar.

—¿Como la Sirenita original de Andersen? —dijo él con un brillo travieso en la mirada. Ella asintió animada—. No es por chafarte el sueño, pero en realidad, el origen de la espuma de mar no son las sirenitas mártires que se sacrifican por sus príncipes, sino las impurezas orgánicas del océano, además de la mierda y el combustible que vertemos nosotros, claro.

Cristina lo miró enfurruñada para luego esbozar una radiante sonrisa.

—Soñar es gratis, y mi sueño es ser espuma de mar. Tú quédate en tu tumba, que yo visitaré todas las costas del planeta. Jugaré con los niños en la orilla, acariciaré a ballenas y delfines, cabalgaré a lomos de las olas y envolveré a los surfistas que se adentren en ellas —dijo con voz soñadora—. Nadie podrá atraparme porque, si lo intentan, me deslizaré entre sus dedos sin que puedan agarrarme ni hacerme daño. Seré más libre de lo que ningún ser humano, animal o planta lo será jamás —afirmó ilusionada—. Sí, puede que la espuma de mar sean desechos orgánicos convertidos en burbujas, pero cuando esté muerta eso no importará. Ya habré vivido mil veces mi muerte en sueños, y sé que será fantástica —dijo con una sincera sonrisa antes de dirigirse hacia el combo, dejando al director total y absolutamente pasmado.

Esa mujer había conseguido iluminar con su emoción y sus sueños la frialdad que había creado en el cementerio. Ahora ya no parecía estéril, o tal vez el lugar seguía igual y era él quien estaba confortablemente aturdido por el ardor de sus extrañas palabras.

—No sé si está como una cabra o si es una soñadora —murmuró Jota saliendo de detrás del sepulcro, donde había estado escondido—. Casi me inclino por la primera opción. De hecho, es la mejor. Solo una mujer poco cuerda sería capaz de soportarte —comentó burlón antes de darle un trago a la petaca.

—¿Ahora te dedicas a espiar las conversaciones que mantengo con mi *script*? —masculló Raúl molesto.

—No hay nada en vosotros que me interese, sois de lo más aburridos —mintió—. Solo he venido a avisarte de que ya está todo listo.

—¿Irene por fin se ha decidido a aparecer?

—Oh, sí. Y Cristina debe de haber hablado con ella, porque ha dejado que la maquillen pálida como una muerta y con ojeras. Parece de verdad una viuda atribulada.

Raúl asintió complacido y, tras echar una última ojeada al escenario, se dirigió al combo donde lo esperaban Cristina y Neus.

—¿Sabes cuántos años tiene Cristina? —le preguntó Jota siguiéndolo.

Raúl se volvió de improviso, lo que hizo que casi chocara con el director de fotografía.

—¿A qué viene esa pregunta? —masculló belicoso. Podía aguantar muchas estupideces de Jota, pero todo tenía un límite y su amigo estaba a punto de sobrepasarlo.

—Tengo curiosidad. Parece muy joven, ¿no crees?

—Creo que eso es algo que ya hemos comentado. —Raúl lo miró receloso, Jota no solía dar puntada sin hilo.

—Cierto, veintitrés o veinticuatro añitos me dijiste —murmuró observando a la joven, quien, por cierto, volvía a tener al perro junto a ella—. Sí los aparenta, pero me da la impresión de que tal vez sean menos aún —señaló ladino—. No sé, quizá deberías averiguarlo para salir de dudas. No me gustaría ligármela y descubrir que no me la puedo follar porque es menor de edad. Sería un desastre.

—No vas a intentar nada con mi *script* —le advirtió Raúl con voz grave—. Ni siquiera te vas a acercar a ella a menos de dos metros, porque si lo haces me cabrearé mucho... y no quieres verme cabreado. Soy el único amigo que te queda, no me jodas.

—Vaya, vaya, vaya..., sí que estamos encoñados con Blancanieves. Esto va a ser de lo más entretenido —murmuró Jota malicioso cuando Raúl estaba ya demasiado lejos para oírlo.

\* \* \*

—Empezamos aquí con un primer plano de Irene abriéndose en *dolly back* hasta general. —Raúl formó un marco con el índice y pulgar de ambas manos y lo amplió según hablaba, de manera que en su interior el rostro atribulado de Irene diera paso al recargado sepulcro.

Jota entornó los ojos imaginándose la escena y luego leyó el guion técnico.

—Cielo plumizo y nublado —musitó frunciendo el ceño. Esa iluminación iba a echar a perder el aspecto aséptico que le habían dado al cementerio—. ¿Te vale con una iluminación tonal baja?

Raúl lo pensó un instante antes de contestar. Necesitaba una luz muy específica, pues quería que esa escena fuera el punto de inflexión del primer capítulo.

—No —dijo categórico.

Jota sonrió satisfecho, conocía ese tono. Observó cómo el director iba a la primera página de la escena y comenzaba a tachar y a escribir con ademanes bruscos y apresurados. Si era como antaño, dentro de un par de segundos lo volvería todo del revés con su genialidad.

—No quiero el día nublado —dijo Raúl tachando una línea.

—¿Seguro? Dijiste que lo querías gris —apuntó Neus, mirándolo excitada. También ella lo conocía bien, y llevaba varias semanas esperando la reacción que estaba a punto de darse.

—Exacto, lo quiero gris, pero no nublado.

—Estupendo, gris pero no nublado... —repitió Jota con evidente ironía.

—No quiero el cielo plomizo, sino una atmósfera conformista con un toque de resignación. No deprimente, sino de sufrida aceptación —murmuró Raúl ensimismado.

Cristina parpadeó aturdida. ¿Qué tipo de descripción técnica era esa?

Jota frunció el ceño mientras traducía a su lenguaje de luces y filtros las instrucciones del director.

—Que la piel y el pelo de Irene se vean sin brillo y su figura se confunda con lo que la rodea, como si estuviera difuminada —prosiguió Raúl, caminando de un lado a otro—. El sepulcro lo quiero iluminado, será un punto destacado en la escena.

—Charco de luz para la tumba con enfoque selectivo. Para la atmósfera puedo usar filtros fríos —murmuró Jota mordisqueando abstraído el bolígrafo.

—Mantendremos esa iluminación hasta que Marta salga del cementerio —señaló Raúl—. También cuando se monta en el coche, abandonando para siempre el pueblo y a la familia.

—Esa escena ya la tenemos grabada —señaló Cristina.

—La retocaré digitalmente en posproducción —le restó importancia Jota—. Le quitaré luz, añadiré sombras y un tono frío y quedará perfecta.

Raúl asintió y pasó varias páginas del guion técnico hasta llegar a otra escena.

—La subida al cementerio tras el ataúd será al atardecer. La luz irá disminuyendo paulatinamente hasta que Marta cruce las puertas del camposanto. Tras ella solo habrá oscuridad, quiero que parezca atrapada en el mundo de los muertos, sin posibilidad de escape. ¡Irene! —llamó a la actriz y esta se apresuró a acercarse—. Vamos a hacerlo así: entrarás en el cementerio y...

Cristina observó a Raúl fascinada. No parecía el de siempre. Tenía un brillo en la mirada que lo hacía parecer más vivo, más lúcido. Comprendió que por primera vez estaba dirigiendo la escena con las entrañas y no con el guion.

\* \* \*

—Esta mañana ha sido todo tan intenso —susurró Cristina, relatándole a Fabián el rodaje—. Nos envolvía un profundo silencio, como si los fantasmas

del cementerio nos observaran mientras Irene decía sus frases. Incluso se me ha puesto la carne de gallina, mira...

El guionista bajó la mirada cuando se arremangó la chaqueta para enseñarle el brazo. Esquivó las pulseras de cuero trenzado que le cubrían la muñeca y deslizó los dedos por la piel erizada de la joven.

—Algunos tenemos prisa por llenar nuestros platos, así que dejad de hacer manitas y empujad las bandejas —gruñó Raúl parado tras ellos frente a los expositores del bufet.

Fabián se apartó sobresaltado e hizo avanzar la bandeja sobre los raíles.

Cristina, en cambio, giró la cabeza y, mientras esbozaba una tímida sonrisa de disculpa, lo fulminó con la mirada.

—¿Me sonríes con la boca a la vez que me matas con los ojos? Decídetes, Blancanieves. O me quieres o me odias, las dos a la vez no, por favor —musitó Raúl, sus labios curvándose en una apretada sonrisa de medio lado.

Ella frunció el ceño enfurruñada, miró a ambos lados para comprobar que nadie les prestaba atención y acto seguido le sacó la lengua. Luego, por supuesto, sonrió alegre.

Raúl estalló en una silenciosa carcajada que se apresuró en convertir en una tos que ocultó tras su puño. Adoraba cuando su *script* dejaba de lado esa apariencia tímida y risueña que se esforzaba en mantener ante todos para comportarse como la muchacha traviesa y atrevida que él intuía que era.

Cristina lo miró altanera, y, consciente de cuál era uno de los platos favoritos de su contrincante, cogió las últimas croquetas que quedaban en el bufet y se las echó en su plato con pérfida alevosía. Luego esbozó una sonrisa de suficiencia.

Raúl bufó exasperado y se aproximó a ella con la innegable intención de robárselas. De hecho, hasta acercó la mano a tan preciado manjar, pero no llegó a tocarlo porque alguien se metió entre él y su presa.

—Garrido, tenemos un problema con la reambientación del restaurante...

Raúl observó molesto al escenógrafo antes de forzar una sonrisa y asentir. Se alejó en pos del hombre, la bandeja olvidada en los raíles del bufet.

Cristina soltó un profundo suspiro al ver la escena y luego puso el plato a medio llenar del director en su bandeja. Volcó en él las croquetas y continuó su periplo por el bufet, llenando su plato, el de *Klaus*, que la esperaba impaciente fuera de la carpa, y el de Raúl.

Acababa de sentarse a la mesa junto a Fabián y *Klaus* cuando alguien gritó tras ella:

—¡Has sido tú!

Se giró sobresaltada para encontrarse frente al hombre con el que había tenido el encontronazo el día anterior.

—No pongas esa cara de inocente, hija de puta, sé que has sido tú —vociferó cerniéndose sobre ella—. Te vi. Por mucho que intentaras disfrazarte con ese gorro, sé que fuiste tú. Me las vas a pagar, zorra —gritó señalándola furioso.

Cristina lo miró paralizada, y el perro al oler su conmoción comenzó a gruñir y a enseñar los colmillos, decidido a protegerla.

—Va a tener que marcharse si no quiere líos —dijo Fabián enfrentándose al energúmeno mientras Cristina tiraba de la correa para contener a *Klaus*.

—Cállate, gordinflón. —Lo apartó de un empujón para seguir enfrentándose a Cristina, pero Fabián volvió a interponerse entre ellos.

—Tranquilícese, amigo, no queremos problemas —le pidió un montador colocándose junto al guionista.

El tipo pareció apaciguarse al ver que el *gaffer* y sus hombres lo rodeaban en actitud belicosa, dispuestos a proteger a esa mosquita muerta que no lo era.

—Yo tampoco los quería y ella me los está causando: ha hecho que me despidan injustamente y, no contenta con eso, me ha rajado las ruedas del coche —afirmó con rabia—. Pero esto no va a quedar así, voy a denunciarte y me las vas a tener que pagar —amenazó a Cristina enseñándole el puño mientras ella lo miraba inmóvil cual estatua.

—Haga lo que tenga que hacer, pero lejos de aquí, por favor, o tendrá que interponer más de una denuncia... desde el hospital —le advirtió Raúl con voz clara y serena.

Había acudido alarmado por los gritos y el repentino círculo de hombres que se había congregado alrededor de la mesa en la que estaba su *script*.

—¿Me estás amenazando? —lo increpó el hombre.

—En absoluto. Le estoy diciendo lo que le va a pasar si sigue molestando a la señorita —declaró Raúl con peligrosa calma.

—La *señorita* —replicó el hombre con retintín— me ha rajado las ruedas del coche esta madrugada. Las cuatro.

—Lo dudo.

—La he visto con mis propios ojos —aseveró el hombre, y Raúl arqueó una ceja con incredulidad—. Iba cubierta con un gorro negro y una bufanda, pero sé que era ella por su físico y su altura. Además, ¿quién más iba a querer rajarme las ruedas? —escupió enfadado—. Pienso denunciarla, a ella y a todos vosotros, por despido improcedente, amenazas y vandalismo.

—Adelante, hágalo, está en su derecho. Del mismo modo que yo estoy en el mío de romperle todos los huesos del cuerpo si vuelve a acercarse a mi empleada.

Quizá fue el tono de voz en el que lo dijo, tan categórico y suave a la vez, o quizá la mirada cargada de promesas que le dirigió, pero, fuera por lo que fuese, el hombre asintió y se marchó gritando y gruñendo igual que había llegado.

—Asegúrate de que se larga —le ordenó Raúl a Jota—. Y dile al vigilante de seguridad que no vuelva a dejarlo entrar.

Jota asintió y se giró para seguir al hombre. Lo acompañaron un par de montadores.

—Se acabó el espectáculo —gritó Neus apartando a la gente—. Comenzamos a grabar dentro de diez minutos, os sugiero que aprovechéis el tiempo que os queda.

Raúl se encaminó hacia donde estaban Fabián y Cristina. Agradeció al guionista su valiente intervención y centró toda la atención en su *script*. Estaba pálida como un cadáver, pero sonreía. Una sonrisa artificial y rígida que mostraba sus dientes y no lograba disimular el miedo que anidaba en sus ojos. Pero ¿miedo por qué? Estaba rodeada de amigos, debería haber sabido que de ninguna manera iban a permitir que le hicieran daño.

—Ven conmigo —dijo cogiéndola del brazo para alejarla de las personas que se resistían a dispersarse a pesar de los esfuerzos de Neus.

—¡Klaus! —gritó ella saliendo de su parálisis.

—Lo tengo yo —dijo Fabián mostrándole la correa que sujetaba en la mano—. No te preocupes, conmigo estará bien.

Cristina asintió temblorosa y se dejó guiar por Raúl hasta detrás de un camión.

—¿Estás bien?

—Perfectamente —musitó ella, sonriendo un poco más relajada.

El impulso que había sentido de abalanzarse sobre el hombre al verlo atacar a Fabián se había ido diluyendo conforme el control con que dominaba su mente se hacía más fuerte.

—¿Seguro? Pareces aterrorizada —murmuró él apartándole el pelo de la frente.

—En absoluto —rechazó ella con una risita forzada—. Es solo que ese hombre gritaba mucho y Klaus se ha puesto a gruñir y, claro, he tenido que tirar de la correa para que no le mordiera y... estoy cansada porque es un perro muy fuerte y pesado, y sujetarlo ha sido como correr un maratón —



afirmó sonriente. Sin embargo, como él no parecía conforme con la explicación, continuó hablando—: No soy una chica débil que llora histérica si oye un par de gritos. Soy una mujer fuerte y aguerrida. —Alzó el puño en un gesto victorioso—. No tienes que preocuparte por mí —aseveró para, acto seguido, darse la vuelta y dirigirse al set.

Raúl la observó alejarse hasta que la perdió tras una furgoneta. Luego se dirigió al camión de oficinas.

—Me acabo de enterar de lo que ha pasado, ¿Cristina está bien? —le preguntó María cuando entró en producción.

—Eso dice ella —replicó Raúl—. Ese energúmeno asegura que le pinchó las ruedas de madrugada y va a denunciarla. Avisa a los abogados para que estén al tanto. También ha amenazado con interponer una demanda por despido improcedente.

—No creo que sea tan tonto de hacer eso; en el momento en que Cris testifique que la amenazó con agredirla tiene el juicio perdido.

—Será mejor que no lleguemos a ese punto —señaló él. Algo le decía que a su *script* no le resultaría fácil testificar en un juicio.

Abandonó las oficinas con la desagradable impresión de que había algo que se le escapaba. Algo importante estrechamente relacionado con Cristina. Más exactamente, con lo que ella había afirmado ser y que tal vez no era.

### ***Miércoles, 1 de marzo de 2017, Collado de los Infantes***

—El editor se ha comprometido a tener organizado para el viernes todo el material que llevamos rodado, incluido el que le hemos mandado hoy —dijo María revisando sus papeles—. Solo falta lo que rodéis mañana. ¿A qué hora tenéis previsto terminar?

Hasta que enviara al editor las últimas grabaciones y los partes de continuidad, cámara y sonido correspondientes, este no podría organizar las tomas cronológicamente, algo imprescindible para que el director las montara en secuencias y estas en capítulos.

—Esperamos tenerlo todo rodado sobre las seis o seis y media de la tarde, pero ya sabes que todo depende de lo caprichosa que esté Irene mañana —señaló Neus con gesto frustrado.

María fijó la mirada en Cristina, que estaba sentada a un lateral de la mesa, apretujada entre Fabián y Jota. Al unirse María y el productor a la

reunión de la noche, el espacio disponible para sentarse en la autocaravana había menguado de forma considerable.

—Necesito las grabaciones y los partes de mañana antes de las siete de la tarde para llevarlos a montaje —dijo sin apartar la vista de la *script*.

Cristina sonrió dubitativa, sin saber bien por qué la asistente centraba toda su atención en ella.

—No te preocupes, Cristina se ocupará de que Irene se comporte como una niña buena y no nos retrase —declaró Raúl con seguridad desde la encimera en la que estaba apoyado. Había demasiada gente en la mesa para su gusto, necesitaba espacio libre para moverse y pensar.

Cristina giró la cabeza, la única parte de su persona que tenía libertad para mover dado lo apretada que estaba, y observó con los ojos muy abiertos al director. No estaría hablando en serio, ¿verdad? Nadie podía conseguir que la voluble actriz hiciera algo que no quisiera hacer. Era sencillamente imposible. Y si se levantaba con el pie izquierdo, les haría el rodaje imposible. Hicieran lo que hiciesen.

—Mañana te mantendrás cerca de Irene en todo momento e interceptarás sus pataletas —ordenó Raúl, demostrando una confianza en Cristina que desde luego ella no sentía.

—No sé si eso servirá de algo —replicó intentando esbozar una sonrisa resuelta.

¡No podía cargar esa responsabilidad sobre ella! ¡Si Irene era imprevisible en un buen día, en uno malo podía volver loco al más pintado!

—Eres la única persona del rodaje, y puede que del mundo, capaz de llevar a Irene hacia donde queremos que vaya —afirmó rotundo.

—Eso es un poco exagerado —refutó Cristina esforzándose en curvar los labios en un gesto tranquilo que más parecía una mueca de terror.

Miró de refilón al productor. No había vuelto a verlo desde que la había increpado, y en esta ocasión todavía parecía más enfadado. Se lamió la boca nerviosa. Lo último que deseaba era volver a llamar su atención.

Raúl captó su nerviosismo y se apartó de la encimera para dar las tres zancadas que lo separaban de la mesa. Apoyó las manos en ella, sus ojos fijos en los de Cristina.

—Todos te hemos visto hablar con ella y hacerla cambiar de opinión —afirmó—. Tienes un don, Cristina, puedes domar a las fieras. Lo has hecho con el *gaffer*, con el encargado del *catering*, con Irene y hasta conmigo —dijo bajando la voz—. Tú solo mantente cerca de ella y todo irá como la seda —afirmó antes de regresar a la encimera.

—Entonces ¿todo arreglado? —le preguntó María a Cristina, y esta no pudo hacer otra cosa que aceptar remisa, más aún con la fiera mirada del productor puesta en ella—. He reservado la sala de montaje desde el viernes hasta el mediodía del domingo —recapituló—. ¿Algún inconveniente?

—Ninguno, lo tendrás todo a su hora —aseveró Raúl.

Miguel golpeó la mesa con el puño en un gesto de satisfacción que hizo sobresaltar a Cristina y se levantó del sillón desde el que había presidido la reunión. Fue hasta Raúl y ambos se dirigieron al dormitorio para mantener una breve y privada charla. María recogió sus notas y salió fuera a fumarse un cigarro mientras esperaba a su jefe.

Neus, Fabián y Jota juntaron las cabezas y comenzaron a trazar la hoja de ruta para el inminente cambio de campamento, pues habían decidido aprovechar que no habría rodaje el fin de semana para hacer la mudanza del campamento al siguiente pueblo.

Cristina observó a sus compañeros, luego la puerta cerrada tras la que habían desaparecido los jefazos y, sin pensarlo un instante, salió de la autocaravana en pos de María.

\* \* \*

—Nos jugamos mucho, Garrido —masculló Miguel—. No podemos retrasarnos ni hacer ninguna pifia.

—No te preocupes, Alvar, lo tengo todo controlado —replicó Raúl molesto por tanta insistencia, aunque entendía los motivos del productor para estar nervioso.

Sus últimas películas como director habían sufrido, en el mejor de los casos, retrasos injustificables, y en el peor, habían tenido que ser parcheadas en la sala de montaje por contener errores inaceptables. Y él asumía el desastre, tanto de taquilla como de crítica, de esos filmes. Había fallado estrepitosamente como director, como jefe e incluso como persona. Ese era el resultado de dejar a un lado la responsabilidad y creerte invencible. Claro que el consumo indiscriminado de sustancias ilegales también había contribuido al desastre.

Acompañó al productor a la puerta y allí se encontró con María y Cristina, quienes, a tenor del gesto abstraído de la última, parecían mantener una conversación transcendental. Las miró intrigado, ¿de qué narices estarían hablando?

—En principio no hay ningún problema, pero Raúl tiene que darte el visto bueno —dijo María antes de echar a andar tras el productor.

—¿Qué me tienes que consultar? —inquirió Raúl enarcando una ceja.

Cristina se giró sobresaltada y lo miró pensativa, como si estuviera rumiando la mejor manera de abordarlo, mientras deslizaba una mano bajo la manga del brazo contrario.

El director observó su gesto y no le cupo la menor duda de que estaba nerviosa. Siempre que algo la alteraba se acariciaba las pulseras de cuero de la muñeca. Se cruzó de brazos, apoyándose en la jamba de la puerta como si tuviera todo el tiempo del mundo, algo que no era del todo falso. Puede que fuera cerca de la medianoche, pero no tenía intención de acostarse aún. Como todos los días, necesitaba agotarse hasta la extenuación antes de tumbarse en la cama e intentar dormir.

Cristina debió de encontrar la solución a su dilema, porque de repente esbozó una enorme y entusiasta sonrisa.

—Necesito tener libre la tarde del viernes —comentó inquieta—. Y si pudiera tener también el sábado y el domingo sería estupendo, pero si no puede ser, pues nada —dijo de carrerilla, obligándose a apartar la mano con la que se frotaba el antebrazo al sentir la piel irritada.

Al aceptar el trabajo le habían dejado claro que no disfrutaría de días libres, pero lo cierto era que una tarde de vez en cuando era impecable que faltara, porque había citas ineludibles a las que tenía que acudir.

—Así que viernes, sábado y domingo —murmuró Raúl.

Llevaba esperando esa petición desde hacía tiempo. De hecho, Blancanieves era la única integrante del rodaje que no había gozado de ningún día libre. Si fuera un buen hombre se lo habría dado tiempo atrás sin que se viera obligada a pedirselo, pero no era un buen hombre y le gustaba demasiado tenerla cerca como para dejarla ir si no se lo pedía.

—¡Sí! —exclamó Cristina antes de frenar su entusiasmo y continuar con forzada calma—. La verdad es que solo necesito el viernes, pero como vais a estar ocupados montando los episodios no vamos a poder grabar, y mi trabajo solo puedo realizarlo si grabamos...

—Entiendo, como no vas a hacer nada, quieres esos días libres.

—Sí, si pudiera ser. Si no, solo el viernes —reiteró.

—Imagino que tienes ganas de ver a tus padres y a tu hermano. —La miró indeciso antes de rendirse al ansia de saber—. ¿Tal vez también a tu novio? —Esperó su respuesta con interés.

—La verdad es que no tengo novio —contestó ella con una agradable sonrisa—. Y, aunque adoro a mis padres, y ellos a mí, por supuesto, no voy a

poder verlos porque... están de viaje con el Imserso —improvisó—. Mi hermano está de expedición en Madagascar, así que tampoco lo veré.

—¿En Madagascar? Desde luego, no podía irse más lejos —señaló divertido—. Imagino que habrá ido por algo relacionado con su trabajo de... ¿zoólogo? —inquirió, mencionando al azar uno de los títulos que ella le atribuía.

—No, en realidad está en calidad de biólogo investigador —replicó Cristina con los ojos brillantes por el orgullo.

Raúl comprendió en ese momento que el amor que le profesaba a su hermano era tan real e inmenso como las mentiras que él le contaba y ella creía sin dudar, porque era imposible que alguien tuviera tantas carreras, fuera tan listo y trabajara tanto y con tanto éxito. Sintió un ramalazo de compasión por ella, seguido de una ráfaga de pura rabia hacia el hombre que engañaba tan a la ligera a una mujer tan maravillosa.

—Está bien, tienes libres esos días, pero el domingo por la noche quiero verte en el nuevo campamento en Campoviejo.

Cristina abrió unos ojos como platos y separó los labios como si estuviera a punto de gritar de felicidad, pero antes de hacerlo cerró los puños con fuerza, conteniéndose hasta recuperar la calma que había estado a punto de perder. Una cosa era expresar felicidad o entusiasmo, y otra muy distinta hacer el ridículo dando saltitos como una loca. O al menos eso había aprendido siendo una niña. Las emociones era mejor guardarlas bajo llave para que no te las rompieran.

—¡Genial! —exclamó encantada—. Llevo dos años soñando con ir al ERA y por fin voy a poder acudir.

Raúl la miró intrigado.

—¿El ERA?

—El Encuentro Romántico de Armilla, en Granada. Van a ir un montón de autoras y lectoras. Va a ser grandioso —dijo entusiasmada.

—Disfrútalo mucho —le deseó jovial al verla tan agitada.

—Eso no lo dudes —repuso con una espontánea sonrisa de oreja a oreja—. Esta noche no voy a poder dormir de la impaciencia. Y me da que mañana tampoco —dijo riéndose—. ¿Qué tiempo crees que hará en Granada el fin de semana? —le preguntó antes de esquivarlo y entrar como una flecha en la autocaravana para coger la tableta que había dejado sobre la mesa—. Oh, va a llover —comentó, su voz apagada por la desilusión—. No importa, llevaré paraguas y botas de agua —exclamó animada de nuevo.

Un instante después salió de la autocaravana y enfiló hacia la capuchina con la tableta en la mano y la mirada fija en la pantalla.

Raúl sonrió contagiado por su evidente felicidad y echó a andar tras ella.

—Creía que te daba miedo pasear sola a estas horas de la noche — comentó burlón colocándose a su altura.

—¿Cuánto crees que cobraré? —le preguntó Cristina sin prestar atención a su pregunta, tan asustada se había quedado al ver los precios del AVE.

¡Comprar los billetes con tan poca antelación resultaba carísimo! ¡Y su hucha estaba a cero! Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas solo de pensar que al final no iba a poder ir.

—¿No lo sabes? —Raúl la miró perplejo. Se suponía que eso debería haberlo negociado con María.

—No —dijo encogiéndose de hombros—. Aunque a lo mejor ya he cobrado, hoy es día 1 —dijo esperanzada abriendo una app en la tableta. El aparato a punto estuvo de caérsele por la sorpresa—. ¡Madre mía! ¡Deben de haberse equivocado! —jadeó enseñándole la pantalla.

Raúl frunció el ceño al ver la cifra.

—Hablaré mañana mismo con María, no voy a permitir que te roben de esa manera —masculló enfadado.

Cristina lo miró sorprendida y luego volvió a leer la cifra en la tableta. ¡Si eso era robarle, quería que le robaran cada mes!

—Tal vez lo has leído mal —musitó confundida acercándole de nuevo el aparato. Era el sueldo más alto que había cobrado nunca.

—No he leído mal, una *script* cobra el triple de lo que has recibido — replicó él furioso.

—Pero yo no soy una *script* profesional, estoy aprendiendo —dijo conciliadora parándose frente a su capuchina.

—Aun así, te mereces bastante más y pienso ocuparme de ello, aunque deberías haber sido lista y haberlo negociado cuando te contrataron —la acusó enfadado.

—Si ni siquiera querías contratarme, ¿cómo iba a arriesgarme a negociar? —replicó con sorna a la vez que sacaba las llaves del bolsillo. Abrió la puerta apresurada y subió los tres escalones de la entrada—. Tengo que comprar el billete, buscar un hotel cerca del evento y hablar con mis amigas para decirles que al final sí que voy —musitó ensimismada antes de mirarlo con una resplandeciente sonrisa—. Gracias por hacerlo posible.

—¿Hoy no me vas a invitar a pasar? —inquirió Raúl con malicia, deteniéndola.

Ella lo pensó un momento antes de negar con la cabeza.

—Hoy estoy demasiado nerviosa como para jugar contigo como quiero —susurró con voz ronca antes de cerrar la puerta con rapidez.

«¡Pero ¿qué has dicho, loca?!», gimió anonadada en su cabeza, la espalda apoyada contra la puerta cerrada mientras miraba sin ver el oscuro interior de la autocaravana. ¡¿Cómo se había atrevido a decirle eso?! ¡¿En qué demonios estaba pensando?! Ella no hacía, ¡ni decía!, esas cosas. Era una mujer comedida, contenida y sensata. ¡Una cosa era coquetear un poco y otra muy distinta tirarle los tejos de esa manera!

Oyó su risa áspera a través de la puerta que los separaba y sintió que su propia sonrisa se ampliaba.

—Buenas noches, Blancanieves, ya sabes con quién tienes que soñar —le llegó su susurró a través de la puerta.

—Con un vampiro perverso de cabellos ceniza entretejidos con canas, ojos penetrantes y colmillos puntiagudos —musitó ella en voz inaudible cerrando los ojos. Luego se encaminó hacia su litera. Como venía siendo habitual, Valentina y Margot estaban ausentes. Raúl sonrió soñador antes de encaminarse a la salida del campamento.

—Y digo yo, ¿no sería más fácil que le preguntaras si quiere follar en lugar de perder el tiempo con este cortejo improductivo y asquerosamente empalagoso? —le preguntó Jota, apareciendo de repente a su lado.

—¿Estabas espíandome? —masculló Raúl enfadado.

—Sí. He hecho una apuesta conmigo mismo y quiero ver si gano.

—Si apuestas contra ti mismo, siempre ganas.

—Podría ser, pero aun así tengo curiosidad por ver el resultado. ¿No quieres saber sobre qué he apostado?

—Muero de impaciencia —replicó con evidente ironía.

—Me he apostado un tiro de coca a que no aguantas más y te la follas antes de una semana —susurró malicioso.

—Perderás. No tengo ningún interés en follármela.

—Eso, querido amigo, no te lo crees ni tú... Si solo tuviera diez años más de los que crees que tiene, ya te habrías metido bajo sus bragas.

Raúl giró con brusquedad la cabeza, más turbado por lo bien que lo conocía Jota de lo que quería admitir. Lo miró enfadado, levantando el índice admonitorio.

—No tienes ni idea de...

—Claro que no, hombre —lo interrumpió Jota—, siempre estoy demasiado borracho como para prestar atención a nada. —Le guiñó un ojo a

la vez que sacaba la petaca del bolsillo de su chaqueta. La abrió y dio un buen trago antes de alejarse—. Sueña con un ángel de ojos verdes, pelo negro y sonrisas postizas. Oh..., espera, si ya sueñas con ella —dijo burlón.

Raúl lo siguió con la mirada tentado de ir tras él y librarse del cabreo que le había provocado usándolo como saco de boxeo, pero lo pensó mejor. Era el único amigo que tenía, no era cuestión de golpearlo y dejarlo aún más tonto de lo que ya estaba, así que se subió la cremallera de la chaqueta y echó a andar sin rumbo fijo.

Cuando un par de horas después regresó al campamento pasó por delante de la capuchina de maquillaje y alcanzó a ver una tenue luz en la ventana por la que a menudo se asomaba su *script*. Siguiendo un repentino impulso, fue hasta allí, se alzó sobre las puntas de sus pies y llamó con suavidad con los nudillos.

—¿Has encontrado hotel y billetes, Blancanieves? —susurró cuando la ventana se abrió y ella asomó la cabeza.

—Sí. Y más barato de lo que pensaba —replicó ella sin bajar la voz, pues Margot y Valentina no habían vuelto y Paz se quitaba el audífono para dormir, quedando sorda como una tapia.

—Pues entonces es hora de irse a dormir...

—Y soñar con vampiros de colmillos puntiagudos —finalizó ella antes de soltar una risita nerviosa y cerrar la ventana.

### ***Viernes, 3 de marzo de 2017, Collado de los Infantes***

No era un crío malo, solo un poco travieso. O eso decían sus padres. Todos los adolescentes tenían sus momentos difíciles, afirmaban. Pero los de ese chaval siempre eran difíciles. Poseía, a imagen y semejanza del padre, un carácter bravucón y marrullero que, al contrario que su progenitor, no sabía contener. Le gustaba ser el más fuerte, y demostrarlo. También le gustaba que le tuvieran respeto, aunque casi siempre lo confundía con miedo. Empujaba e insultaba a los que no le seguían el juego, se peleaba con los pocos que osaban plantarle cara y se burlaba de aquellos que eran diferentes, y, si no lo eran, inventaba diferencias para hacerlos vulnerables a sus ataques. Pero si había algo que le gustaba por encima de todo era asustar a las chicas. Su pasatiempo favorito era ir a la plaza Vieja y buscar lagartijas. Siempre encontraba alguna tomando el sol en las piedras que bordeaban los rosales. Cazaba todas las que podía, les arrancaba el rabo y luego se lo metía a las



muchachas en el escote. No le importaba en absoluto si algún adulto lo regañaba, al fin y al cabo, su padre siempre lo disculpaba.

Tal vez por eso no tomó en consideración a la mujer ajena al pueblo que le recriminó que torturara a los reptiles.

***Domingo, 5 de marzo de 2017, Madrid***

La imagen borrosa que aparecía en la pantalla de sesenta pulgadas fue enfocándose despacio hasta convertirse en una vieja alianza abandonada sobre el asfalto, tan nítida que podían verse los arañazos que tenía. El plano continuó abriéndose hasta mostrar la mitad inferior de un coche y unos pies calzados con unos elegantes zapatos de tacón negro junto a la puerta. La mujer se los quitó de sendas patadas tirándolos a un lado de la carretera, se montó en el vehículo, cerró la puerta con suavidad y, dos segundos después, el tubo de escape escupió una nube de humo sobre el lugar en el que yacía olvidada la alianza.

Raúl, sentado en la butaca de la sala de visionado con las piernas cruzadas y las manos descansando sobre la rodilla con forzada templanza, observó cómo el coche se alejaba por una carretera entre montañas mientras los créditos finales se deslizaban por la pantalla. Sus ojos y sus oídos estaban pendientes de cualquier palabra o movimiento que rompiera la quietud de la sala, pero su cerebro estaba centrado en el recuerdo de los preciosos pies descalzos de Cristina. Mantuvo el gesto inmutable mientras recordaba la cantidad de veces que le había hecho repetir la toma en la que se libraba de los zapatos. Había sido su primer día de rodaje y ella había aguantado el tipo sin quejarse, manteniendo una agradable sonrisa neutra en todo momento. Y seguía haciéndolo, solo que ahora algunas de las sonrisas que esbozaba incluso eran sinceras.

La repentina claridad de la sala al encender las luces lo sacó de sus recuerdos, obligándolo a prestar atención a lo que sucedía a su alrededor. El director de contenidos y programación y el jefe de producción de la cadena compradora habían abandonado su butaca y conversaban con Miguel. Eran profesionales, por lo que, al igual que el productor, no permitían que sus impresiones sobre los episodios que acababan de visionar se reflejaran en sus

caras. Pero Raúl estaba seguro de que estaban contentos con el resultado. Incluso él estaba sorprendido. Era mucho mejor de lo que había esperado. Irene estaba grandiosa en sus escenas, como nunca antes la había visto. El argumento, a pesar de estar muy trillado, tenía algo que lo hacía interesante y adictivo, y, por último, aunque no menos importante, el magnífico trabajo que había hecho Jota con la fotografía había transformado unos episodios que deberían haber sido aburridos y predecibles en una sucesión de escenas frescas, ágiles y en cierto modo diferentes de las que habitualmente se veían en televisión.

Se giró con disimulo hacia la última fila de butacas, en la que estaban sentados Jota y Fabián acompañados de varios representantes de la cadena. Todos guardaban un prudente silencio. Había llegado la hora de abandonar la función y permitir que Alvar hiciera el trabajo que mejor sabía hacer: negociar para su productora.

El director se acercó hasta Miguel y los hombres de la cadena, agradeció con humildad la felicitación por el buen trabajo realizado y, tras charlar un poco, se retiró de escena.

—Los tenemos en el bote —murmuró Jota cuando salieron de los estudios.

Raúl miró a su alrededor con disimulo, confirmando que no había cerca ningún oído curioso.

—Eso espero —dijo antes de encaminarse al aparcamiento.

Jota y Fabián lo siguieron. Poco después, se paró frente a un Lancia gris y extendió la mano con la palma hacia arriba. Jota no dudó un instante y le dio las llaves. Conocía a su amigo, y aunque por fuera pareciera un mar en calma, por dentro era un volcán a punto de entrar en erupción. Conducir no lo aplacaría tanto como andar, pero a falta de pan buenas eran tortas.

Llevaban poco más de dos horas en carretera y acababan de tomar el desvío que los llevaría al nuevo campamento ubicado en Campoviejo cuando sonó un móvil. La conversación se silenció mientras Raúl, con total tranquilidad, continuaba conduciendo sin prestar atención al teléfono que vibraba en el bolsillo de sus pantalones. Era tan arcaico que ni siquiera podía conectarlo al *bluetooth* del coche. Siete minutos después llegaron a Campoviejo y, en lugar de conducir hasta el recinto ferial en el que habían montado el campamento, Raúl se detuvo en un vado a la entrada del pueblo. Apagó el motor y se apeó alejándose unos metros. Cogió aire, sacó el móvil y pulsó el botón de rellamada.

Dos minutos después regresó al coche, una sonrisa de medio lado iluminando su cara.

—Seguimos adelante con la serie —declaró con tranquilidad antes de montarse.

Fabián y Jota estallaron en una algarabía de risas y felicitaciones y, tras el momento de euforia, sacaron sus teléfonos y dieron la noticia al equipo mientras Raúl conducía.

—¿Hay alguna fecha prevista para la emisión? —inquirió Jota una vez todos estuvieron al tanto de la buena nueva.

—Todavía no. Lo decidirán en las próximas semanas —señaló Raúl—. Así que más nos vale estar preparados para todo.

—¿Crees que querrán emitirla antes del verano? —le preguntó Fabián intrigado por su críptica respuesta.

—Mientras estaba en los estudios oí a alguien de la cadena comentarle a uno de los representantes que habían anulado la segunda temporada de *El mirador* —refirió Raúl mientras buscaba un sitio para aparcar en el descampado cercano al campamento.

—No me suena esa serie —comentó Fabián.

—A mí tampoco —dijo Raúl—, por eso llamé a Neus para que buscara información. Por lo visto, es de corte romántico actual, sin muchas pretensiones. *Besos robados* comparte su mismo público objetivo, tal vez quieran que la sustituya. Y si es así no creo que se retrasen mucho. Mejor estar preparados —sentenció mientras aparcaba.

No bien se apeó del coche se vio rodeado por Neus, María y parte del equipo. Todos querían congratularse por la buena noticia, y antes de que se dieran cuenta estaban haciendo planes para salir a celebrarla esa noche, pues al día siguiente volverían a estar inmersos en la vorágine del rodaje.

Raúl asintió y sonrió cuando tocaba, mostrando una alegría que sí sentía, aunque no tan vehemente como la que mostraban el resto de sus compañeros. Aún quedaba mucho trabajo por hacer con la serie y no pensaba echar las campanas al vuelo tan pronto. Cuando un rato después todos comenzaron a dispersarse, se escapó para ir a su autocaravana.

—No estarás pensando en perderte en uno de tus largos paseos, ¿verdad? —le recriminó Jota siguiéndolo.

—No se me ocurre nada mejor que hacer.

—A mí sí. Por lo visto, hay un pub en el pueblo en el que hacen unos cócteles brutales. Voy a ir allí con los demás.

—Pásatelo muy bien.

—Deberías venir. No se trata de emborracharnos hasta perder el sentido, sino de celebrar junto al resto del equipo que seguimos trabajando y vamos a por todas —señaló Jota.

Raúl lo miró de reojo. No le faltaba razón.

—Ya no me gustan las fiestas —murmuró frotándose la nuca.

—Llevas meses metido en este proyecto, sin hacer nada más que trabajar. Salir una noche no te va a perjudicar —señaló Jota—. Ven conmigo, tómate un par de cervezas sin alcohol y luego vete antes de que la fiesta se caliente —propuso.

Raúl lo pensó un instante antes de asentir complaciendo a su amigo, luego se dirigió a su caravana. Fue entonces cuando divisó una silueta conocida saliendo de la carpa de *catering* con una bolsa de plástico. La siguió sigiloso hasta que la vio entrar en una capuchina. Aguardó oculto por la oscuridad de la noche, sin saber bien qué estaba esperando. Estaba a punto de marcharse cuando la vio salir con un envase desechable y varios platos de plástico. Colocó estos en el suelo y los fue llenando con el contenido del envase, luego hizo un sonido bajo y sibilante y poco después apareció el primer gato, al que no tardó en seguirlo un segundo, y un tercero. En menos de dos minutos, los platos estaban rodeados por una marabunta de felinos que devoraba la comida bajo la cariñosa mirada de Cristina.

Raúl se recreó en la entrañable estampa antes de marcharse a su autocaravana. Estaba harto del traje, de la gomina que doblégaba su rebelde flequillo y de los zapatos. Las reuniones oficiales eran un asco.

Se dio una ducha reparadora, se puso unos vaqueros, un polo azul marino y las deportivas y abrió la nevera decidido a cenar algo antes de salir. Estaba vacía, algo lógico, pues Mary Poppins no había estado en todo el fin de semana para llenársela. Frunció el ceño pensativo. ¿Eso quería decir que llevaba desde el viernes sin comer como Dios mandaba? Probablemente. Tal vez por eso se sentía tan hambriento. Se puso la cazadora y se encaminó hacia el *catering* para tomar algo. Pero no llegó a pisar la carpa. Se detuvo al pasar frente a la hilera de caravanas en la que estaba aparcada la capuchina de maquillaje.

En realidad, no tenía tanta hambre.

Antes de ser consciente de lo que iba a hacer, estaba girando sobre sus talones para adentrarse en el pasillo entre vehículos.

—¿Te has perdido? —lo interceptó Jota—. El aparcamiento está al otro lado.

Raúl frunció la boca, escamoteándole la mirada a su amigo.

—No me jodas, Raúl —lo reprendió Jota al interpretar su mueca.

—Lo siento, estoy cansado. Tal vez más tarde —murmuró retomando su camino.

—¿Estás cansado? Pues no te veo dirigirte a tu autocaravana, más bien diría que vienes de allí y... ¿adónde se supone que vas?

Jota entornó los ojos confuso a la vez que miraba a su alrededor. No tardó en localizar la capuchina de maquillaje en la que se alojaba la *script*.

—Sinceramente, no lo sé —masculló Raúl. Porque en realidad no lo sabía. Oh, sí, conocía su destino, pero no tenía ni idea de qué iba a hacer una vez llegase allí.

—Parece que voy a ganar mi apuesta antes de lo que esperaba —dijo Jota mordaz.

El director lo ignoró y echó a andar hacia la capuchina, pero una vez estuvo frente a ella se quedó parado, recapacitando sobre lo que iba a hacer. Levantó la mano para llamar, pero volvió a bajarla. No debería estar allí. Duplicaba la edad de esa niña, de hecho, podría ser su padre. Se dio la vuelta para marcharse y entonces recordó que ella vivía con tres mujeres, lo que los protegería a ambos si él perdía la cabeza y trataba de ir más allá del inocente coqueteo que mantenía con ella. Volvió a plantarse delante de la puerta y llamó. Y fue entonces cuando recordó que la maquilladora y la peluquera no solían pasar la noche en casa y que Paz se quitaba el audífono para dormir, lo que significaba que nadie se enteraría si se embarcaban en algo más ardiente que una simple charla.

Se puso duro en el acto.

—Buenas noches —musitó Paz abriendo la puerta sorprendida—. ¿Ha pasado algo?

—No, en absoluto —replicó él con una voz serena que no dejaba traslucir el torbellino de pensamientos, muchos de ellos pornográficos, que giraba en su cabeza—. Me preguntaba si os habíais enterado de las buenas noticias.

—Oh, sí, nos las ha contado Marilyn antes de irse. Es maravilloso saber que la serie sigue adelante —dijo encantada—. Nos disponíamos a cenar, ¿quiere acompañarnos?

Raúl asintió sorprendiendo a la sastra. La acompañó al interior y allí se encontró con la mirada curiosa de Cristina y de la maquilladora, que acababa de llegar al campamento tras pasar el fin de semana fuera, igual que había hecho la *script*. Le hicieron un hueco en la mesa y compartieron con él su cena. También su conversación, que, cómo no, giró alrededor de la inminente llegada del actor principal. Paz estaba entusiasmada con la oportunidad de

vestir a un hombre joven y hacerlo parecer mayor, en tanto que Valentina estaba interesada en el maquillaje que iba a necesitar. Y, mientras lo interrogaban sobre el tema, Cristina salió fuera.

Raúl esperó unos segundos antes de despedirse y seguirla. La encontró apoyada en el capó, rodeada de gatos.

—Parece que has hecho nuevos amigos.

Ella sonrió con timidez.

—Me gustan los animales.

—Y las personas. En realidad, te gusta todo el mundo —señaló burlón—. ¿Qué tal el ERA?

—Te has acordado de cómo se llama —comentó sorprendida.

—Por supuesto, nunca olvido nada de lo que tú me dices.

Ella volvió a sonreír, una de sus muy escasas sonrisas sinceras, de esas que iluminaban su mirada y hacían que a él se le acelerara el corazón.

—Fue maravilloso —comentó echando a andar. Raúl se puso a su altura—. Conocí a un montón de autoras y me firmaron mi libro de autógrafos. —Él la miró intrigado—. En casa de mi madre no puedo guardar mis libros, así que prefiero leer en digital, y los pocos que tengo en papel están firmados por las autoras y los guardo a buen recaudo en casa de... —dudó un segundo— de mi padrino..., por lo que siempre llevo una libreta a los eventos, así puedo coleccionar las firmas de los autores —explicó feliz.

—Muy buena idea. Y dime... ¿qué más has hecho este fin de semana?

Cristina lo miró dubitativa. ¿En serio quería que le contara lo que había hecho? Nadie, aparte de Ecaterina, le había preguntado nunca por lo que hacía en los eventos. Pero parecía sinceramente interesado, así que, algo remisa, comenzó a hablar mientras caminaban sin rumbo fijo.

Tardaron casi dos horas en regresar a la capuchina.

Cristina abrió la puerta y subió el primer escalón, donde se giró para quedar enfrentada a él. Se miraron en silencio, inclinándose ella, alzando la cabeza él, hasta que sus labios estuvieron a un suspiro de distancia.

—No puedo hacer esto —musitó Raúl dando un paso atrás para no sucumbir a la tentación—. Más vale que te acuestes, mañana nos espera un largo día de trabajo —le advirtió con voz ronca antes de alejarse a paso rápido.

Salió del campamento y caminó hasta las afueras del pueblo, donde por casualidad se encontró con la fiesta en la que debería haber estado si hubiera pensado con la cabeza. Pero ese era el problema: últimamente no pensaba con la cabeza, sino con la polla. Y así le iba. Había estado a punto de seducir a

una muchacha a la que duplicaba la edad. Y no solo eso: había estado a punto de intentar follársela en la capuchina que compartía con dos personas más que tal vez no dudarían un instante en sacar instantáneas y venderlas a los medios. Ni siquiera había pensado en eso cuando se había acercado a ella decidido a besarla. Tampoco en que, si la besaba, no podría parar.

### ***Miércoles, 8 de marzo de 2017, Campoviejo***

El hombre alto y moreno, con un cuerpo escultural y una cara de niño travieso que enamoraba a las féminas de entre uno y noventa y nueve años, corrió hacia la pared, subió dos pasos por ella y dio una voltereta para caer con gracilidad en el suelo. Una vez allí, continuó haciendo piruetas hasta llegar a una barandilla sobre la que saltó, quedando en equilibrio unos segundos antes de lanzarse de cabeza al suelo, girando en el último momento sobre sí mismo para caer de pie, como los gatos.

Cristina aplaudió entusiasmada.

—¡Impresionante! Pareces de goma —exclamó admirada acercándose a él—. Y ¿todas esas cabriolas que has hecho es *parkour*<sup>[5]</sup>?

—Más o menos, aunque tampoco te creas que lo que he hecho va muy allá —replicó él con modestia—. Hay gente que hace cosas alucinantes —afirmó cogiendo la botella de agua que ella le tendía.

Cristina observó al actor que tenía frente a ella y que era la antítesis de lo que había esperado. Jairo Manso rondaba los treinta años, era simpático, seductor, con un punto de timidez que lo hacía adorable y con un gran sentido del humor. Solo llevaba tres días allí y ya había conquistado el corazón de casi todos los miembros del rodaje, sobre todo de los femeninos.

—Así que un agente te vio haciendo el loco por las calles de Segovia y te ofreció un papel secundario en una serie —murmuró fascinada, sentándose en el suelo junto a él.

—Exactamente. Eso fue hace tres años y desde entonces no he parado de trabajar, aunque este es mi primer papel protagonista y estoy un poco acobardado —musitó desviando la vista hacia la mujer que parecía taladrarlo con la mirada desde el otro extremo del set.

—No te preocupes por Irene —murmuró Cristina mirando de refilón a la actriz—. Ladra mucho, pero muerde poco.

—Me odia —musitó Jairo confesando sus temores a la única persona en la que confiaba allí.



A pesar de conocerse desde hacía menos de setenta y dos horas, se habían convertido en grandes amigos. De hecho, solo con ella se atrevía a hablar de lo mucho que le preocupaba ese trabajo. Era su oportunidad de progresar, pero a la vez, un paso en falso podría devolverlo al universo de papeles secundarios del que acababa de salir.

—No te odia —rebatía Cristina tomándole la mano—, solo está asustada.

Jairo abrió unos ojos como platos y se volvió sin disimulo para mirar a la intérprete.

—¿Asustada, Irene? —masculló con sarcasmo tras recibir una mirada asesina de la actriz—. Ni de coña. Quiere matarme, a ser posible con una cuchara muy afilada con la que iría sacándome las tripas poco a poco.

Cristina se estremeció ante tan gráfica descripción.

—No es verdad —rechazó regalándole una cálida sonrisa—. Tiene tanto miedo o más que tú.

—Seguro. Se le nota a la legua que está acojonada. Mira cómo tiembla —ironizó él.

—Tiene miedo de parecer aún más mayor a tu lado —aseveró Cristina sorprendiéndolo.

—Menuda tontería —murmuró antes de observar a la actriz con escaso disimulo.

Era alta y, al contrario de lo que dictaba la moda, no estaba excesivamente delgada. Caracterizada como Marta con un cárdigan granate, pantalones capri de cuadros grises y zapatos de salón, estaba tan guapa que era difícil no mirarla embobado. Sus movimientos eran un compendio de elegancia y sensualidad, y cuando hablaba lo hacía con esa voz ronca que tantos corazones aceleraba en los cines. Era imposible que esa mujer de bandera que levantaba pasiones, y otras cosas, tuviera miedo de parecer mayor. Era sencillamente ridículo, porque en mujeres tan hermosas y con un carácter tan fuerte como ella, los años pasaban a un segundo plano. Eran atemporales. Cualquier hombre mataría por meterse en su cama, sin importarles un ápice su edad.

Se dio cuenta de que llevaba demasiados segundos observándola cuando ella, cansada de su escrutinio, levantó el brazo y le hizo una peineta en toda regla. El sonoro «mamón» que acompañó al gesto solo sirvió para demostrar que Irene Cruz no tenía miedo a nada. Mucho menos a un don nadie como él.

—Soy yo quien debería estar acojonado porque no voy a estar a su altura ni de coña —masculló bajando la mirada al suelo—. Además, no es a ella a quien se ven obligados a envejecer para que se adecue a su papel.

Esa era una de las cosas que más le preocupaban. Tenía que interpretar a un hombre serio y distante de más de cuarenta años, y por mucho que lo maquillaran no daba el pego. El director no estaba conforme con su caracterización y todavía no le había dejado aparecer en ningún primer plano, ni siquiera en uno americano. Solo planos generales y panorámicos en los que se lo viera de lejos y con poco detalle. Y si a eso le sumaba la actitud de Irene hacia él, mucho se temía que su trabajo estaba a punto de irse al garete.

\* \* \*

—Tienes que envejecerlo más —le pidió Raúl a la maquilladora mientras observaba en el combo la toma que acababan de rodar.

Aun en plano general, Jairo destacaba por su lozanía. No eran solo sus rasgos tersos y pícaros, sino su aspecto general. Era un hombre joven y atlético que caminaba, gesticulaba y sonreía como tal. Y, además, ese era su encanto. Las ojeras, las arrugas y las patillas grises en vez de mayor lo hacían parecer tísico.

—Tal vez con una barba de varios días —comentó Valentina sin verlo del todo claro.

—Probemos con eso —aceptó Raúl, tan receloso como ella por esa nueva intentona.

—No dará resultado —aseveró Irene encendiéndose un cigarro—. Es un niño, y por mucho que lo maquilléis va a seguir siéndolo.

—En realidad tiene treinta y seis años, no está tan lejos de los cuarenta y uno de su personaje —señaló Jota con malicia.

Irene se lo tomó como un ataque personal. Ella tenía cincuenta y dos, y su personaje treinta y algunos, ¡eso sí que estaba lejos! Aunque, por supuesto, no lo reconocería ni bajo tortura. Marta era su última oportunidad de interpretar un papel principal, volver a estar en el candelero y ser reconocida por los productores y los directores más destacados, y tal vez también para conseguir papeles interesantes tras años de sequía. ¡No podía permitir que un guapo jovenzuelo diera al traste con todo!

—Tienes que despedirlo —exigió con un gruñido—. Nadie lo conoce, no es famoso, podemos sustituirlo sin que nos cause muchos problemas. Necesito a alguien más cercano a mi edad. A la de Marta, quiero decir —se corrigió al momento.

—No. Jairo tiene algo especial —replicó Raúl, la mirada fija en la toma que se reproducía en bucle en el vídeo—. Se come la pantalla, incluso en un plano general destaca entre quienes lo rodean. La cámara lo adora —musitó

pensativo—. Dará mucho juego en la serie, solo tenemos que encontrar la manera de que encaje en el perfil de Javier —dijo refiriéndose al personaje que interpretaba.

—¡Me niego! —explotó Irene—. No puedes permitir que se quede, es demasiado joven y me hace parecer más vieja de lo que aparento —protestó indignada—. Y además es un imán para la cámara, si se queda me va a robar todas las tomas de la misma manera que me ha robado la atención de Cristina —masculló girándose hacia donde los dos jóvenes compartían confidencias—. Desde que él ha llegado, ya no me hace caso —se quejó.

Raúl observó con el ceño fruncido las cabezas unidas de la *script* y el actor. Desde luego, parecían haberse hecho muy buenos amigos. En realidad, la complicidad que había entre ellos era tal que saltaba a la vista. Reían, charlaban, bromeaban, y siempre que él tenía un segundo libre se acercaba a verla. Y no es que en eso fuera diferente de los demás hombres del rodaje. Todos estaban hechizados por Cristina, por sus bolsos de Mary Poppins llenos de café y bollos, por sus sonrisas alentadoras y su calma en las crisis. Por su fuerza interior y las palabras amables que siempre salían de sus labios. Y lo entendía: él también se sentía fascinado por ella. El problema era que, aunque le daba lo mismo que los hombres del equipo malcriaran a su *script*, no soportaba que el guapo y encantador actor revoloteara cerca de ella.

Los otros no eran rivales. Jairo, sí.

\* \* \*

—Vamos a ponerle una barba de tres días, a ver si entre eso, las ojeras, las arrugas y las canas conseguimos que encaje en el papel de Javier —señaló Raúl durante la reunión nocturna.

—No va a funcionar —musitó Neus—. No es su aspecto lo que falla, sino su carisma. Javier es frío, reservado, incluso arisco. Y Jairo es... todo lo contrario.

—Es actor, que interprete —comentó Fabián.

—Y eso hace, y muy bien, además. El problema es que Javier no pega con *Besos robados* —musitó Jota dando en el clavo.

—En realidad, Javier es la última persona que Marta necesita en su vida —declaró Cristina, convirtiéndose en el centro de todas las miradas. Esbozó una tímida sonrisa y bajó la vista para ocuparse con énfasis de remover su café.

—¿Por qué? —Raúl le colocó los dedos bajo la barbilla para obligarla a alzar la cabeza—. ¿Qué falla en Javier? —inquirió, los ojos fijos en los de

ella.

—Javier es demasiado... serio y rígido. Marta necesita a alguien alegre, irreverente y vital, que en lugar de resultarle amenazante le parezca inofensivo.

—¡Qué tontería! —masculló Fabián—. ¡El guion es mi creación, y Marta y Javier son perfectos el uno para el otro!

—No lo son —lo silenció Raúl—. Creo que Cristina tiene razón. Continúa...

Ella bajó la mirada indecisa. Luego esbozó una gran sonrisa cuya falsedad solo Raúl supo detectar e intentó poner en palabras lo que le decía su corazón.

—Marta acaba de recuperar su libertad, pero no sabe qué hacer con ella —musitó.

—¡Qué majadería! —exclamó Fabián molesto.

—¿Te apetece salir a dar un paseo? —le preguntó Raúl con aparente calma. Fabián negó confundido—. Pues si vuelves a interrumpirla es lo que sucederá.

El guionista bajó la mirada malhumorado. Esos personajes eran suyos, nadie los entendía mejor que él.

—Por favor, Cristina, cuéntanos lo que piensas —la instó Raúl.

Ella negó con la cabeza, afligida. Lo último que deseaba era que Fabián se enfadara con ella.

—No. Fabián tiene razón, nada entiendo de guiones y todo lo que digo es incongruente e irracional. No merece la pena haceros perder el tiempo con ello —musitó conciliadora a la vez que se deslizaba la mano bajo la manga del jersey.

Raúl observó enfadado su gesto y se volvió en la silla para fulminar a Fabián con la mirada, aunque se tranquilizó al ver el gesto arrepentido del guionista.

Fabián contempló sorprendido a Cristina. Tenía la oportunidad de destacar y el apoyo del director para hacerlo, y ella prefería dar un paso atrás para no herirlo a pesar de que él se había comportado como un tonto celoso e irresponsable.

—No, soy yo quien está siendo incongruente e irracional —afirmó contrito—. Me encantaría escuchar lo que tienes que decir.

Cristina lo miró apurada y luego observó indecisa a Raúl. Este asintió satisfecho; no se había equivocado al elegir a su equipo.

—Por favor —suplicó Fabián al percatarse de que ella dudaba.

La joven esbozó una de sus escasas sonrisas sinceras.

—No es fácil inventarte una nueva vida cuando llevas años bajo el control de alguien. El miedo no desaparece así como así —señaló chasqueando los dedos—. Marta no puede llevar tantos años sometida a su marido y, de un día para otro, convertirse en la mujer luchadora y beligerante que retrata el guion. Hace falta tiempo para aprender a no tener miedo de ser distinta de como te han obligado a ser.

Raúl, Jota, Neus y Fabián observaron a Cristina, sus acertadas palabras llenando el silencio de la habitación. Luego se miraron unos a otros, meditando la sentencia pronunciada.

—Tengo que pensarlo —musitó el guionista—. Pero, visto así, es muy probable que tengas razón.

—La tiene —afirmó Raúl—. ¿Tienes mucho sueño, Fabián? —le preguntó malicioso. El guionista lo pensó un segundo antes de negar con la cabeza—. Estupendo, vamos a echarle un ojo al guion. —Se levantó, llenó la cafetera de agua y la cargó bien de café—. A Fabián y a mí nos espera una larga noche, mañana os contaremos si ha dado frutos. Jota, acompaña a Cristina a su capuchina.

Este enarcó una ceja, intrigado por tan extraña petición.

—Oh, no hace falta —rechazó ella—. Está muy cerca, no tiene por qué acompañarme.

—Claro que sí, no me gusta que pasees sola por la noche —replicó Raúl poniendo de excusa las palabras que ella le había dicho días atrás. Luego hizo un gesto a su amigo, quien se acercó a la *script* con mirada candente—. No se te ocurra molestarla o te las verás conmigo —le advirtió.

—Aguafiestas —masculló Jota cogiendo de la mano a Cristina.

Estaban a punto de abandonar la autocaravana cuando Raúl recordó algo que había olvidado comentarles.

—Por cierto —dijo cuando Jota, Neus y Cris ya estaban en la puerta—. Voy a adelantar a la próxima semana la primera escena de sexo entre Javier y Marta.

—¿No es demasiado pronto? Apenas se conocen —inquirió Cristina confundida.

—Y ya se llevan mal —señaló Raúl—. Cuanto antes los ponga a follar, mejor, así les da menos tiempo a llevarse peor y fastidiar la poca química que pueda haber entre ellos.

Cristina lo miró perpleja.

—Más de un rodaje se ha convertido en un infierno porque los actores principales no se soportaban... y eso acaba trasladándose a las escenas de

cama —le explicó Jota abriendo la puerta—. De ahí que algunos directores prefieran rodar las escenas de sexo cuanto antes.

### ***Jueves, 9 de marzo de 2017***

—Me gusta —aseveró Raúl tras leer las páginas que Fabián acababa de pasarle—. Ahora la personalidad de Javier mantiene un equilibrio entre la irreverencia y la responsabilidad que resulta muy interesante. Tiene una fuerza enorme y los diálogos entre Marta y él son muy estimulantes. Sigue por esta línea, Fabián, es brillante —lo felicitó.

—Pero hay un problema —susurró el guionista para evitar que nadie lo oyera.

—Lo sé: el aspecto de Javier con canas, ojeras y arrugas no se corresponde con el hombre vital y descarado en que lo estás convirtiendo —musitó Raúl observando al actor.

Estaba sentado en el suelo, junto a Cristina, seguramente aprovechando los diez minutos de descanso para contarle su enésima peripecia, pues hacía grandes aspavientos con las manos y ella se reía a mandíbula batiente.

Raúl apartó la vista de la parejita feliz a la vez que una oleada de corrosiva furia explotaba en su estómago, quemándolo por dentro. Maldijo en silencio. Se negaba a enfurecerse porque su *script* estuviera pasándosele bien con un hombre que no le doblaba la edad ni podría ser su padre. Un tipo guapo y divertido con el que bromeaba y que no tendría ningún impedimento, ni moral ni físico, para hacerle el amor ocho veces en una misma noche.

Se levantó malhumorado, tirando los papeles en la mesa del combo.

—¿Qué pasa? ¿Has visto algo que no te gusta? —oyó la voz burlona de Jota tras él.

—No estoy de humor para tus pullas —le advirtió antes de girarse hacia Fabián, quien sonreía satisfecho, como si hubiera visto cumplida su intuición—. Continúa trabajando en el guion, esta noche pensaré qué hacemos con el aspecto de Jairo..., y también con el de Irene —murmuró. Acababa de tener una idea que podría resultar interesante.

Se despidió con un gesto y se alejó veloz en un intento de dar esquinazo a Jota. Por supuesto, no lo consiguió. El puñetero director de fotografía no tardó en colocarse a su lado.

—No es por cabrearte —dijo Jota con toda la intención de cabrearlo—, pero ¿te has fijado en lo guapa que está Cristina esta mañana?

Raúl se negó a contestar tan pernicioso pregunta. ¡Por supuesto que se había fijado! ¿Qué hombre con sangre en las venas y esperma en los testículos no lo haría?

—Debe de tener calor, la pobre, porque acaba de quitarse la sudadera y se ha quedado solo con una camiseta. Lo malo es que le viene un poco grande, ¿no crees? —susurró malicioso antes de dirigirse al set.

Raúl entornó los párpados recelando de sus palabras y buscó a Cristina. Cuando la encontró no tardó en descubrir a qué se refería el director de fotografía.

El chalet alquilado en el que estaban rodando tenía la calefacción funcionando a tope y todo el equipo estaba en mangas de camisa como él, o en camiseta, como Cristina. Solo que a la de Cristina le sobraba tela. Y a la vez le faltaba un trozo.

Era una enorme camiseta de los Rolling Stones, o más exactamente de la lengua que era su insignia. Y le faltaba tela en el escote, porque era imposible que lo tuviera tan amplio. Le caía a un lado dejando al descubierto el hombro y parte del brazo. Y cuando se agachaba, el escote, o la falta de él, permitía ver a todo el mundo, y más concretamente a Jairo, que era quien estaba más cerca, las elegantes líneas de su clavícula y la deliciosa elevación de sus pechos, apenas contenidos por un erótico sujetador de encaje negro.

Sin saber cómo, Raúl se encontró de repente junto a ella. Por lo visto, había hecho los diez metros obstáculos en menos de un segundo.

—Necesito comentarte algo, acompáñame —le pidió con voz seca.

Cristina lo miró confundida antes de seguirlo hasta una de las habitaciones que habían convertido en almacén para todo tipo de aparatos.

—Ten cuidado con esa camiseta —le dijo Raúl nada más cerrar la puerta.

—¿Por qué?

—Te queda muy grande y cada vez que te mueves se te ve el sujetador.

—No se me ve.

—Sí se te ve, hazme caso. Lo llevas negro y de encaje, es muy escotado y apenas te cubre los pezones —señaló.

Cristina lo miró perpleja y después le dio la espalda para comprobar si lo que le había dicho era cierto.

—En realidad, el sujetador no es tan escotado —musitó con una ladina sonrisa que se apresuró a borrar antes de girarse y quedar de nuevo enfrentada a él.

Raúl observó su sonrisa inocente en contraposición con el brillo pícaro de sus ojos y no se creyó ni por un instante la candidez que trataba de transmitir.

—Me alegraría más si lo fuera menos —afirmó con voz severa—. Imagino que no llevas en tu bolso mágico otra camiseta menos... grande. — Ella negó compungida. Él tampoco se creyó su pesadumbre. Demasiado bien la conocía como para no intuir que estaba disfrutando con la incomodidad que le provocaba—. Procura no inclinarte hacia delante y, sobre todo, mantén a raya el cuello de tu camiseta, que no se mueva de su sitio.

—¿Por qué? —murmuró ella con tal candor que era imposible que fuera real.

—Porque me distrae —gruñó él antes de salir dando un sonoro portazo.

\* \* \*

—Avanzas desde aquí hacia a la barra, tienes dudas de ti misma y de poder conseguir este trabajo. De hecho, estás a punto de tirar la toalla porque todos los rechazos anteriores te han convencido de que el único papel que sabes desempeñar es el de mujer florero —le dijo Raúl a Irene acompañándola por el escenario—. Llegas hasta aquí, tomas aire y te das la vuelta incapaz de intentarlo una vez más. Y en ese momento oyes la voz de Jairo y detienes tu huida. ¿Todo claro?

Irene asintió y Raúl giró sobre sus talones para regresar al combo. Y justo en ese momento Cristina metió la mano en el cinturón de maquillaje para sacar un lápiz y, al cogerlo, tiró varios rotuladores al suelo. Por supuesto, se inclinó para recuperarlos, y él tuvo, por enésima vez en esa mañana, una perfecta visión de sus pechos.

¡Por el amor de Dios..., ¿cuántas veces se le podían caer a alguien los bolígrafos en una sola hora?!

Se pasó ambas manos por el pelo para tenerlas ocupadas, porque lo que en realidad le apetecía era rodear con ellas el cuello de su *script* y estrangularla para hacerle pagar por el rato que le estaba haciendo pasar. Estaba tenso, alterado, y el dolor de pelotas lo estaba matando. Y todo por culpa de una puñetera camiseta extragrande.

Llegó al combo, le dirigió una furiosa mirada a la mujer que estaba haciendo lo imposible por volverlo loco y se sentó en la silla con gesto hosco.

—¡Claqueta! —exclamó sin poder disimular su irritación.

Gracias a Dios, Irene se comportó como la grandísima actriz que era y no hizo falta repetir la toma más que un par de veces. La dio por válida y preparó la siguiente secuencia. Concentrarse en el trabajo siempre era la mejor medicina. Dejó a los utilleros terminando de colocar el atrezzo y se dirigió a la mesa en la que Cristina había esparcido el guion.



—¿Irene llevará chaqueta en la próxima escena? —le preguntaba Paz en ese momento.

Cristina respondió sin vacilar y luego atendió al operador de cámara, que quería saber cuál era el *zoom* de la toma anterior; le respondió tras echar una rápida ojeada al guion.

Raúl se apoyó en el borde de la mesa y la observó complacido. No cabía duda de que se había convertido en una profesional de tomo y lomo. Y así se lo había hecho saber a María, quien había cedido aceptando aumentar su salario.

Cristina se volvió de repente, como si hubiera sentido su presencia, y lo miró sonriente.

—Blancanieves, querida, ¿qué hora del día es en esta escena? —le reclamó Jota llegando hasta ella—. Si es a mediodía, la luz está correcta, pero creo que es más tarde, ¿verdad? —murmuró observando con los ojos entornados el set.

Y Cristina, en lugar de echar un rápido vistazo al guion y contestarle, como había hecho con todos los demás, esbozó una péfida sonrisa y se inclinó despacio sobre la mesa, exponiendo sus preciosos pechos a poco menos de veinte centímetros de los ojos de Raúl.

—Ah, espera..., no lo encuentro —comentó inclinándose un poco más mientras deslizaba un dedo sobre el papel, buscando el dato.

—¡Descanso de cinco minutos! —explotó Raúl antes de que ella diera con la respuesta—. Vamos, tenemos que hablar.

La agarró del brazo sin muchos miramientos y la guio con pasos apresurados por el chalet hasta encontrar el cuarto que usaban como almacén.

—Para ya con este juego —le reclamó con un susurro feroz al cerrar la puerta tras ellos.

—No sé a qué te refieres. —Cristina esbozó una inocente sonrisa que él no se tragó ni por un instante, pues la desmentía la mirada traviesa que no conseguía disimular.

—Claro que lo sabes. Te has pasado la mañana tirando cosas al suelo para luego recogerlas —la acusó.

—¿En serio? No me he dado cuenta. —Intentó parecer afligida, pero el brillo pícaro de sus ojos negaba cualquier atisbo de arrepentimiento—. Lo siento, intentaré no ser tan torpe.

—¿De verdad crees que soy idiota? ¿Que no sé lo que estás haciendo? —le reclamó Raúl a punto de perder la calma—. Basta ya, Cristina, no soy un

niño al que puedes manejar a tu antojo. Te doblo la edad, así que deja de jugar conmigo.

Ella lo miró perpleja por su afirmación.

—¿Tan viejo eres? —Lo contempló asombrada. Desde luego, no lo aparentaba.

—¡Yo no soy viejo! ¡Tú eres demasiado joven! —exclamó perdiendo la escasa paciencia que aún conservaba—. Eres una niña ingenua que no tiene ni idea de con qué está jugando. No soy de piedra, joder.

—¡Y yo no soy una niña! —gritó ella llevada por una cólera que jamás se permitía sentir, y mucho menos transmitir.

Se quedaron en silencio, la respiración agitada y el cuerpo tenso, mientras intentaban recuperar la calma.

—No soy una niña —repitió Cristina, esforzándose por mostrarse apacible y, en cierto modo, dócil—. Tengo la edad de Cristo —afirmó esbozando una sonrisa que pretendía ser divertida pero que se quedó en una mueca alterada.

Raúl la miró confundido. ¿Qué demonios estaba diciendo?

—Treinta y tres años, ya sabes, como Cristo —dijo ella cada vez más nerviosa.

¿Por qué la miraba así? ¿Se había enfadado por su anterior estallido? No debería haber gritado, pero había perdido el control. Y cuando lo perdía sucedían cosas horribles.

—¿Tienes treinta y tres años? —murmuró él atónito.

Cristina asintió y él se quedó mirándola sin mostrar ninguna reacción.

Y ella sintió que el escaso control que aún mantenía desaparecía al darse cuenta de lo mal que había interpretado sus gestos. No parecía en absoluto interesado en ella. Solo confuso. Mucho.

—Intentaré que no se me caigan más cosas —musitó tan alterada que le costaba no frotarse el brazo hasta arrancarse la piel a tiras, pero la camiseta era de manga corta y no disimularía las marcas si lo hacía.

Así pues, optó por la solución más fácil: la retirada. Dio un paso atrás y otro más hasta que tocó la puerta con los dedos. Buscó la manija y, cuando la encontró, hizo ademán de volverse para abrirla y marcharse.

Él se lo impidió. Apoyó una mano en la puerta, manteniéndola cerrada, y le envolvió con la otra la nuca, enredando los dedos en su sedosa melena negra. Tiró, obligándola a alzar la cabeza. Ella jadeó excitada y abrió la boca para él. Un segundo después, sus lenguas se enredaron en un beso voraz que, en lugar de satisfacerlos, los dejó ansiosos de más. Mucho más. Cristina coló las manos bajo la camisa de él, ávida de tocar su piel, pero la prenda no le

daba libertad para ascender hasta su torso, así que le desabrochó los botones a tirones, haciendo saltar uno de ellos mientras él invadía implacable su boca. Ascendió por su abdomen siguiendo la línea de vello hirsuto que se abría al llegar a su pecho. Y él, en respuesta, deslizó una mano bajo los *leggings*, acariciándole el trasero desnudo. Encontró el suave raso de las braguitas; enredó los dedos en ellas y tiró arrancándole un gemido de placer.

Cristina, deseando algo que se le estaba negando, deslizó un pie por la pierna de él, pegándose a su cuerpo para frotarse contra la gruesa erección que le abultaba los vaqueros.

Raúl no pudo soportarlo más. La levantó contra él y se volvió, buscando un lugar donde hacerle el amor. Descartó las sillas llenas de trastos y se encaminó a la mesa cubierta de papeles. La sentó allí y le separó los muslos para encajarse entre ellos.

Un gruñido escapó de los labios de ambos cuando sus sexos se tocaron.

Ella le envolvió las caderas con las piernas y él comenzó a frotarse contra su sexo a la vez que deslizaba las manos bajo la maldita camiseta que tanto lo había perturbado. Le acarició los costados mientras ascendía imparable hasta sus pechos. Y, no, no eran pequeños como manzanas. Eran perfectos. Encajaban en sus palmas como si hubieran sido creados para ellas, y sus pezones eran duros guijarros que se adaptaban dúctiles a la presión de sus dedos. Ella dejó caer la cabeza hacia atrás por el carnal asalto al que estaba siendo sometida y él aprovechó para saborear su cuello con besos acariciantes.

Cristina arqueó la espalda, pegándose más a él, a su polla insolente y sus manos perversas. Era bueno besando, muy bueno, pero aún era mejor moviendo las caderas, y eso que estaban haciendo era desperdiciar el tiempo, pensó impaciente. Tironeó del cinturón hasta desabrochárselo y luego deslizó la mano bajo los vaqueros y el eslip con un solo objetivo: agarrársela.

Raúl estuvo a punto de correrse cuando sintió sus dedos traviesos rodeándole la polla. Se contuvo para no rugir de placer y, aferrando la cinturilla de los pantalones con ambas manos, trató de bajárselos, pero descubrió que para eso tenía que apartarse y dejarle cerrar las piernas. Y eso, en ese preciso momento, y dado el estado en el que se encontraba, era inconcebible. Así que se pegó más a ella y continuó besándola mientras buscaba la costura de los *leggings* para rompérsela. Solo le hacía falta un pequeño, o, mejor dicho, un gran agujero por el que metérsela.

—¿No sería mejor que follarais en la cama de tu autocaravana? Lo digo por tu espalda, Raúl, ya no eres un jovencito para andarte con acrobacias

sexuales —dijo alguien entrando de improviso y sobresaltándolos.

El director mascullo un sonoro «joder» e intentó cubrir a Cristina con su cuerpo mientras ella se bajaba la camiseta. Luego se abrochó los pantalones y el cinturón manteniéndose de espaldas al entrometido mientras ella saltaba de la mesa para encaminarse nerviosa a la puerta.

—Oh, vamos, no tienes por qué irte, Blancanieves —le dijo Jota cuando pasó por su lado—. Solo he venido a coger un par de cosas y me voy. Seguid con lo que estabais haciendo, no me molesta en absoluto —comentó burlón devorándola con la mirada.

Ella lo miró perpleja antes de fijar la vista en el suelo y salir de la habitación.

—¿No podías mantenerte al margen? —susurró Raúl con voz tensa sin atreverse a volverse para mirarlo, pues estaba tan furioso que le costaba contenerse.

—Caminaba por el pasillo cuando oí lo que parecía gente follando y decidí entrar a investigar, ya sabes lo mucho que me gusta mirar —replicó Jota. Algo le llamó la atención en el suelo y se agachó para recogerlo—. Ah, por cierto, Neus te está buscando. Y no es la única.

Raúl se volvió por fin para mirarlo confundido.

—Dijiste un descanso de cinco minutos y llevas más de quince desaparecido. El escenario está sin montar porque los de atrezo tienen dudas que solo tú puedes resolver, y creo que también te buscan los hombres del *gaffer* para algo relacionado con la próxima escena.

Raúl cerró los ojos a la vez que asentía, comprendiendo lo que su amigo quería decir. Había sido una irresponsabilidad desaparecer así. Sobre todo, cuando había más de veinte personas trabajando en el chalet, cada una con un teléfono móvil con el que poder hacerle una foto, o, peor aún, un vídeo, que no les costaría nada vender a la prensa amarilla.

—Gracias —susurró mientras se abrochaba la camisa. O mientras lo intentaba, pues un botón había desaparecido ante las prisas de Cristina por abrísela.

Sonrió de medio lado, un ramalazo de pura lujuria recorriéndole el cuerpo al recordar la pasión que ella había demostrado.

Se pasó los dedos por el pelo para peinárselo un poco y se encaminó hacia la puerta. Jota lo interceptó antes de que saliera.

—Me gustaría saber qué excusa le vas a dar a Paz cuando te pregunte cómo te lo has arrancado de la camisa —dijo burlón tendiéndole el botón que había encontrado en el suelo.

Raúl se lo quitó de un manotazo y salió al pasillo.

—Ah, por cierto, dada la fogosidad de la escena que he interrumpido, imagino que ya has averiguado su edad.

Raúl se detuvo para mirarlo con suspicacia.

—Hay que ver lo mucho que has perdido calibrando mujeres, Garrido, mira que equivocarte en más de una década...

—Lo sabías —jadeó Raúl. Miró a su amigo recordando algunas conversaciones y ató cabos—. Sabías su edad desde el principio.

—Solo desde hace un par de semanas.

—Y ¿por qué no me lo habías dicho? —gimió pasmado.

—¿Con lo mucho que me estaba divirtiendo al verte comportarte como un adolescente en celo? Ni de coña. La lástima es que lo hayas descubierto tan pronto —se burló Jota enfilando pasillo adelante.

\* \* \*

—Mañana comenzaremos con los diálogos entre Javier e Irene, y quiero planos detalle de Jairo. —Raúl les tendió las hojas del guion técnico que se correspondían con las escenas del día siguiente—. Fabián ha estado trabajando duro y ha cambiado los diálogos que vamos a rodar. De hecho, el guion original va a cambiar en torno a un cuarenta por ciento. Ahora será más inteligente y cautivador —afirmó—. He comentado con Jairo el cambio en la personalidad de su personaje y he hablado con maquillaje y vestuario para que mantengan su apariencia sin envejecerlo. Mañana haré lo mismo con Irene.

Todos excepto Fabián lo miraron sin entender lo que quería decir.

—Marta ya no tiene treinta y nueve años, sino cincuenta —soltó la bomba.

—No le va a sentar nada bien —murmuró Jota ojeando por encima el guion.

—Acabará por asumirlo —declaró Raúl sin vacilar.

La actriz se pondría hecha una verdadera fiera, sí, pero sabía tan bien como él que no podía permitirse abandonar el rodaje. No había otro proyecto esperándola, y probablemente no lo habría nunca si no conseguía remontar su carrera con esa serie.

—Leedlo. —Señaló las páginas que acababa de darles—. ¿Dudas? —dijo cuando hubieron acabado.

Todos se quedaron en silencio, meditando sobre lo que habían leído, excepto Cristina, quien, a pesar de mantener su sempiterna sonrisa, tenía la

mirada baja y deslizaba despacio la mano bajo la manga de la sudadera negra que vestía, algo que no pasó desapercibido al director.

—Cristina, dime qué te inquieta —le exigió.

—La continuidad. —Alzó la mirada obligándose a poner las dos manos sobre la mesa.

El fallido interludio sexual de la mañana la había dejado con los nervios a flor de piel. Había pasado el resto del día esperando que él hiciera o dijera algo al respecto, pero no había sido así. Se había mantenido centrado en el trabajo, como siempre, sin mostrar más complicidad de la habitual, sin acercarse a ella para nada que no tuviera que ver con el rodaje. Era como si para él nada hubiera pasado. Pero para ella sí había pasado.

Y la indiferencia que él mostraba la estaba volviendo loca.

No hacía más que pensar en todas las novelas románticas que había leído. Más exactamente en las escenas del primer beso, en las que el hombre se separaba bruscamente para luego decir que no debería haber pasado nunca y que había sido un error que la mujer tenía que olvidar. Pero eran solo novelas. Eso en la vida real no sucedía.

No soportaría que Raúl la considerara un error.

—Tenemos muchas escenas grabadas con Irene, de distintos episodios, y no se van a corresponder con su nueva imagen —declaró, los ojos fijos en la insondable profundidad de los de él.

—Sí, eso también nos preocupa a Fabián y a mí —musitó Raúl—. Es algo con lo que debemos tener cuidado. Aunque las prisas por rodar los primeros episodios puede que nos hayan salvado del desastre, ya que casi todos los primeros planos de Irene que tenemos se corresponden con ellos, y su imagen es tan demacrada que nadie notará el cambio. ¿Alguna duda más? —preguntó mirando a sus compañeros.

Y, por supuesto, sí tenían más dudas. De hecho, la reunión duró hasta casi las once de la noche, momento en que Raúl los echó sin muchos miramientos.

—Cristina, quédate, por favor, hay algo que quiero comentarte —le dijo cuando estaba a punto de salir.

—Claro. —Ella esbozó lo que esperaba fuera su sonrisa más radiante.

Raúl enarcó una ceja al verla, pero no dijo nada. Esperó a que los demás salieran y cerró la puerta con llave. Después se volvió hacia ella solo para comprobar que mantenía la sonrisa forzada... y la mano bajo la manga.

—¿Te apetece un café? —le preguntó yendo hacia la encimera.

—Creo que no, llevo demasiada cafeína en el cuerpo...

—Ya lo veo —dijo, la mirada fija en sus brazos.

Cristina se apresuró a sacar la mano de la sudadera y entrelazó los dedos para evitar volver a caer en la tentación.

—Es un tic que tengo cuando me siento inquieta —comentó nerviosa.

—Y ¿qué es lo que te perturba? —murmuró acercándose, sus intensos ojos pardos esclavizando los verdes de ella.

—Las novelas románticas —replicó hechizada por su mirada.

Él arqueó una ceja, desarmado y a la vez intrigado por tan inesperada respuesta.

—No sé si has leído alguna —musitó ella. Raúl negó despacio—. Pues, verás, la escena que hemos tenido esta mañana, ya sabes, el beso, la repentina separación y todo eso..., pues es normal que salga en las novelas románticas —comentó con evidente incomodidad—. Y, cuando pasa, pues...

—No me irás a decir que el protagonista pide matrimonio a la chica... —susurró Raúl a un beso de distancia.

—¡No, qué va! Al contrario —exclamó nerviosa—. Es decir, después del beso fallido casi siempre viene la típica escena odiosa, ya sabes...

—No, no sé —murmuró atrapando entre los dedos un largo mechón del chocolate líquido que era su pelo—. Ilústrame... —Sus labios a un roce de los de ella.

—Bueno, pues es la escena en la que él dice que se arrepiente de haberla besado y que eso no puede volver a suceder —dijo ella sin respirar.

—¿De verdad? Los protagonistas de tus novelas son idiotas —susurró antes de besarla.

La saboreó despacio, lamiendo cada recodo de su boca hasta que sus lenguas se encontraron enzarzándose en una batalla que pronto se tornó en puro deseo. Le deslizó una mano bajo la sudadera y ascendió hasta sus pechos. Los sacó del sujetador para amasarlos excitado a la vez que dejaba resbalar la mano libre por la espalda femenina hasta que acabó posada en el lugar donde esta pierde su nombre. La empujó contra su gruesa erección y ella se meció acunándola, deseando sentirla en su interior.

El beso se volvió tórrido, exigente, hasta que se separaron faltos de aliento.

—No me arrepiento en absoluto de haberte besado, y desde ya te aseguro que va a volver a suceder en muchas ocasiones —afirmó él antes de lamerle el lóbulo de la oreja.

Ella lo miró confundida antes de caer en la cuenta de que se refería a la conversación que habían estado manteniendo.

—Pero sí quiero dejar claros unos puntos —prosiguió, separándose de ella para poder pensar con claridad. O, al menos, con toda la claridad que podía tener con casi toda la sangre concentrada en su erección—. Esto no es una novela romántica y no somos novios ni nada por el estilo —comentó sonriendo, aunque sus ojos no lo hacían. Estaban serios, atentos a la expresión de Cristina.

Ella comprendió que no estaba bromeando.

—Por supuesto. Nada de romances de novela —replicó sonriendo.

—Y nada de sonrisas falsas —aseveró él borrándole la sonrisa con los dedos—. Fuera de aquí puedes fingir todo lo que te dé la gana, pero aquí serás sincera. No soporto que tu boca mienta —murmuró antes de besarla de nuevo—. No me gusta mezclar placer con trabajo, pero soy incapaz de resistirme a ti, lo que significa que debemos seguir ciertas normas —dijo cuando se separaron—. Lo que suceda entre nosotros no saldrá de aquí. No esperes besos, caricias ni ninguna otra demostración de cariño fuera de esta caravana. Valoro mi privacidad por encima de todo, y no voy a hacer nada que pueda ponerla en peligro.

Se calló, esperando a que ella asintiera, algo que Cristina no tardó en hacer. Comprendía lo que motivaba sus normas. Había visto el acoso al que había sido sometido años atrás y entendía que no quisiera dar pie a que algo parecido volviera a suceder. Además, no era como si ella soñara con un amor como los que vivían los protagonistas de sus novelas. Ese tipo de amor no existía. De hecho, ningún tipo de amor existía. La atracción y el amor solo eran reacciones químicas provocadas por la liberación de dopamina en el cerebro, las cuales alteraban la percepción de las personas. Y ella ya tenía bastantes problemas con el autocontrol como para permitir que una emoción creada por su problemático cerebro la alterase más todavía.

—Me alegro de que nos entendamos —musitó Raúl antes de besarla de nuevo.

Deslizó las manos por la cintura femenina, pegándola a él, obligándola a mecerse contra su erección. Ella lo hizo a la vez que hundía los dedos en su canoso pelo para después entrelazarlos en su nuca. Se besaron con las bocas muy abiertas, dando y recibiendo todo lo que el contrario tenía para dar, hasta que el beso los superó.

Raúl agarró con fuerza la cinturilla de los *leggings*, decidido a arrancárselos a tirones si era necesario, pero se contuvo antes de hacerlo. Cristina era una soñadora. No podía asustarla con el sexo exigente y desenfrenado que le gustaba a él. Así pues, dominó su deseo y, resuelto a



comportarse como un caballero, la tomó en brazos para llevarla a la habitación. ¿No le gustaban las novelas románticas? Pues le daría una ración de sexo de lo más romántico. Al fin y al cabo, ella seguía siendo mucho más joven e inocente que él, y no estaba dispuesto a perderla por culpa de su sexualidad dominante.

Ella lo miró sorprendida. ¿Dónde había quedado la pasión desmedida que esa mañana casi los había llevado a follar durante el trabajo sin importarles quién pudiera pillarlos?

Raúl la soltó con cuidado sobre la cama y comenzó a desnudarla despacio, besando con perezosa lujuria cada centímetro de su piel. Se centró en sus pezones, los tomó entre sus labios y chupó hasta ponérselos duros. Los sopló para luego jugar con la lengua sobre ellos.

Cristina arqueó la espalda notando una oleada de excitación al sentir su boca sobre los pechos e imaginarse sus colmillos afilados acariciándolos, arañándolos, tal vez mordiéndolos. Separó las piernas mientras su mente iba más allá de lo que él le hacía. En su imaginación, no se limitaba a lamer, besar y chupar. Los apretaba entre los dedos para luego tirar de ellos hasta que la punzada de dolor que le provocaba la hacía humedecerse. Gimió excitada cuando lo sintió besar su clavícula y echó la cabeza a un lado mostrándole su cuello. Había soñado que le mordía allí desde la primera vez que vio sus colmillos. Pero él pasó de largo para besarla en la boca mientras le deslizaba los dedos por la tripa hasta llegar a su pubis. Jugó con la delgada línea de vello que lo decoraba y bajó hasta su sexo.

Y, mientras le acariciaba con delicadeza la vulva y el clítoris, ella cerró los ojos y comenzó a crear su propia fantasía. Él era un vampiro lujurioso que la deseaba más que a nada en el mundo y que no iba a permitir que nada ni nadie le impidiera poseerla. La tenía inmovilizada y jugaba con su cuerpo como le daba la gana, atormentándolo con caricias que nunca llegaban a satisfacerla y que la obligaban a suplicar por más.

Raúl sintió en los dedos la humedad que manaba de ella, se apartó para ponerse un condón y luego se colocó sobre su cuerpo para penetrarla. Cristina tenía los ojos cerrados y las manos entrelazadas por encima de la cabeza, como si estuviera atada. Esa imagen lo excitó más de lo que podía soportar y, hundiendo los dedos en sus muslos, le separó las piernas con más fuerza de la que había pretendido emplear.

Ella, inmersa en su fantasía, arqueó la espalda ante el feroz asalto y gimió a la vez que negaba con la cabeza, rogando sin palabras a su brutal captor que parara el sensual ataque al que la estaba sometiendo.

Raúl, tan excitado que apenas podía pensar, la agarró del pelo y la penetró de una embestida para luego bombear de forma salvaje contra ella. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, se obligó a soltarla. También a ir despacio y tener cuidado.

Cristina abrió los ojos, su fantasía derrumbándose ante la inesperada dulzura con que la estaba follando. ¡Eso no era el sexo salvaje y desenfrenado que practicaría un vampiro feroz! Lo miró: tenía los ojos cerrados y parecía muy concentrado en lo que hacía. Sonrió, por lo menos él sí estaba disfrutando. Rompió las imaginarias ligaduras que la sujetaban y llevó las manos a la espalda masculina, aunque se cuidó mucho de arañarlo. Estaba claro que a él le gustaba el sexo tranquilo, y ella odiaba decepcionar a la gente que apreciaba. Así que le acarició las piernas con los pies y fingió disfrutar.

Raúl apretó los ojos con fuerza mientras se concentraba en mantener un ritmo poco agresivo, y mientras lo hacía la imaginó de una manera muy distinta, apoyada contra la mesa, con el culo en pompa y resbaladizo por el lubricante, preparado para ser penetrado. Sintió que la excitación volvía y siguió esa línea de pensamiento hasta que notó una espiral de fuego que explotaba en una tibia eyaculación. Se derrumbó, echándose a un lado para no aplastarla, y cerró los ojos.

¡Menudo desastre! A él le había costado correrse y, a pesar de los gemidos y los jadeos de Cristina, estaba seguro de que ella ni siquiera lo había conseguido.

Abrió los ojos cuando la sintió abandonar la cama. Estaba frente a la puerta, vistiéndose con rapidez, como si no quisiera perder un segundo más allí.

—¿Tan mal lo he hecho que sales huyendo sin darme la posibilidad de intentar compensarte? —le preguntó sentándose contra el cabecero.

Ella se quedó inmóvil, mirándolo afligida. ¿De verdad pensaba eso? Se sintió fatal. Si había sido un desastre era por culpa suya, no de él. Tenía una imaginación desatada y era muy complicado complacerla. Sobre todo, porque era incapaz de verbalizar lo que deseaba. Ese era su defecto, y por mucho que trabajara en él, no conseguía superarlo. No era justo que se sintiera mal por su culpa.

—No, en absoluto. Ha sido estupendo —afirmó con una enorme sonrisa en los labios—. Tenemos que repetir, pero no esta noche. Estoy agotada. Muerta de sueño. En cuanto llegue a la capuchina, me meteré en la litera y caeré frita —aseveró.

Raúl resopló burlón.

—Creí que habíamos llegado a un acuerdo sobre las mentiras que podías decir aquí...

—Yo nunca miento, no sé por qué te empeñas en decir lo contrario —replicó ella fingiendo una enfurruñada sonrisa.

—Entiendo —masculló él—. Entonces ¿te vas a acostar pronto? Aún no es medianoche.

—Bueno, tal vez lea un ratito —contestó ella dándole un poco de la sinceridad que le pedía—. Ya sabes que no puedo dormirme sin leer —musitó abriendo la puerta. Estaba a punto de salir de la habitación cuando lo pensó mejor. Dio tres rápidas zancadas hasta él, lo besó rápidamente en los labios y se marchó con idéntica rapidez—. Buenas noches.

—Buenas noches, Blancanieves —murmuró Raúl.

Esperó a oír cerrarse la puerta y se levantó para vestirse. Esa noche le iba a costar mucho dormir, y desde luego no pensaba intentarlo hasta que estuviera tan exhausto que le dolieran incluso las pestañas. Salió de la autocaravana y se dirigió hacia la hilera en la que estaba aparcada la capuchina de maquillaje. Comprobó que la ventana de Cristina estaba iluminada y salió del campamento.

Cuando regresó horas después, la luz de doña Mentirosa continuaba encendida.

***Domingo, 12 de marzo de 2017, Campoviejo***

—Eres preciosa —susurró Javier retirándole el pelo de la cara a Marta.

Deslizó los dedos por su rostro, borrando con caricias las huellas de lágrimas que le surcaban las mejillas. Ella inclinó la cabeza, meciéndola contra la mano de él, y cerró los ojos despacio, permitiéndose confiar en ese hombre irreverente y a la vez considerado que se estaba convirtiendo en todo su mundo.

—¡Y corten! —gritó Raúl—. Descansamos quince minutos y vamos con la siguiente escena.

—¡Mi reino por una botella de lejía y un estropajo de aluminio! —aulló Irene con más dramatismo del que emplearía el mismísimo Ricardo III pidiendo un caballo—. Voy a frotarme la mejilla hasta desollarme para quitarme el tacto del niño —gruñó caminando furiosa hacia su autocaravana, donde entró dando un tremendo portazo.

—Por lo que veo, Irene sigue cabreada por ese asuntillo de la edad —comentó Jota.

—Ya se le pasará —dijo Raúl con indiferencia.

Tenía cosas más importantes en las que pensar que en una actriz infantil y rabiosa, como, por ejemplo, en una *script* esquiva con un grave trastorno de personalidad, pensó ofuscado.

Buscó a Cristina con la mirada. Estaba a pocos metros de la carpa de *catering*, riéndose a mandíbula batiente con uno de los hombres del *gaffer*. Raúl resopló enfadado al ver tan falsa alegría. Oh, sí, ella siempre se mostraba animada y afable, pero desde el catastrófico polvo estaba exultante de felicidad y no paraba de reírse por cualquier cosa, algo que antes jamás hacía. Si no fuera porque sabía que no se drogaba, pensaría que tanta felicidad era el resultado de haberse tomado un cóctel de pastillas ilegales. No obstante, sabía que tanta dicha era solo un papel, uno más de los muchos que ella interpretaba

a diario. Y también sabía que era su manera de defenderse. No de él, sino de la situación que había entre ambos. Y, sinceramente, estaba empezando a cansarse de tanta alegría y buen rollo. Sobre todo, porque ese buen rollo era el arma que ella usaba para mantenerlo a distancia. Y no estaba dispuesto a seguir permitiéndoselo.

Estaba a punto de llegar a la carpa cuando lo interceptó Paz.

—Irene llevará rebeca en la próxima secuencia, ¿cuál prefieres: la roja o la negra?

Le mostró ambas.

—Mejor la negra, la roja es demasiado animada.

—¿Las cortinas del salón, abiertas o cerradas? —le preguntó el técnico de iluminación un segundo después.

—Cerradas —respondió Raúl tras pensarlo un segundo.

Las preguntas se sucedieron sin tregua hasta que Neus dio aviso de que los quince minutos estaban a punto de finalizar y a todo el mundo pareció entrarle la prisa por tomarse el último café. A todo el mundo menos a él, que, tras comprobar que su presa se le había escapado, regresó de nuevo al set. Aunque no por eso se quedó sin su café.

Mary Poppins había dejado algo para él en el combo. Miró el vaso humeante y el paquete de donuts que había sobre la mesa y sonrió. Puede que la relación entre ellos no pasara por su mejor momento, pero desde luego ella no olvidaba alimentarlo.

Cogió el café y dio un sorbo.

—¡Me has engañado! No voy a rodar más escenas hasta que hables con Miguel —gritó furiosa Irene saliendo de su caravana para caminar directa hacia él.

—¿Cómo dices? —la voz de Raúl fue un susurro. Uno tan amenazante que incluso la frenética actriz moduló su tono, dejando a un lado los gritos.

—Acabo de hablar con Miguel y me ha dicho que no sabe nada de los cambios que estás haciendo en el guion.

—Lo dudo, ha sido debidamente informado —replicó Raúl, aunque bien era cierto que tal vez había omitido un par de cosas, como, por ejemplo, el cambio en la edad de Marta.

—¿Ah, no? Pues le he comentado que ahora Marta tiene cincuenta años y, ¡oh, sorpresa!, no sabía nada.

—Y ¿quién te ha dicho que tiene esa edad? —replicó él con voz suave.

Ella parpadeó confusa.

—Tú mismo. Dijiste que Marta tenía mi edad, que no la ibas a hacer más joven.

—Pero tú no aparentas tu edad real ni siquiera en un mal día —aseveró Raúl, sus inquietantes ojos fijos en ella.

—¿Tú crees? —musitó Irene acariciándose despacio la comisura de los ojos para luego deslizar los dedos sobre sus pómulos altos.

—Por supuesto. No aparentas más de cuarenta y cinco años —intervino Jairo con una deliciosa sonrisa en los labios.

Irene miró sobresaltada a su *partenaire* en la serie. Era guapo, joven y atlético. Todo lo que ella ya no era.

—¡Cállate, niño! —le espetó furiosa antes de dar media vuelta y regresar a su autocaravana—. ¡No rodaré ninguna escena más hasta hablar con Alvar! —gritó antes de dar un portazo.

—Nunca le digas a una actriz cincuentona que solo aparenta cuarenta y pocos —murmuró Jota palmeando animoso el hombro de Jairo.

Este negó con la cabeza, asombrado por la pataleta de la actriz, y sin pensarlo un instante se encaminó como un torbellino a su autocaravana.

—¡Estás loca! —le gritó a la puerta cerrada—. Es increíble que una mujer tan hermosa como tú esté tan amargada y acomplexada por su edad.

Irene abrió la puerta enfrentándose a él.

—Mira, niño...

—¿Sabes lo que pienso? —la interrumpió, tan furioso que no pensaba lo que decía—. Que si te miraras más a menudo al espejo tal vez te darías cuenta de que no eres la bruja que crees ser..., pero, desde luego, como sigas así de antipática, empezarán a salirte verrugas y te convertirás en la más fea, vieja y odiosa de todas —afirmó dando media vuelta ante la mirada pasmada de Irene y de todos los presentes. Incluso del director—. Siento haber metido la pata —musitó al pasar junto a Raúl—, pero no siento haberle dicho lo que pienso —afirmó beligerante. Estaba harto de callarse y soportar los desplantes de la actriz.

—Suscribo cada una de las palabras que has vomitado —aseveró Raúl con gesto serio.

Todos pudieron oír el aullido furioso de la actriz. También el fuerte portazo que a punto estuvo de sacar la puerta de sus bisagras.

—¿Es necesaria la presencia de Irene en la siguiente escena? —le preguntó Raúl con calmada indiferencia a Neus.

—Es el diálogo de la escena tres, capítulo cinco, entre Marta y Javier —señaló esta.

Raúl estrechó los ojos un instante y luego buscó con la mirada a Cristina. Estaba junto al *gaffer*, apartada del lugar en el que había explotado la discusión. La observó pensativo. Si había algo que disgustaba a su *script* eran los gritos.

La llamó con un gesto y ella se acercó remisa.

—Rodaremos las frases de Jairo en plano escorzo —resolvió cuando llegó a su lado—. Cristina, tú harás las veces de Irene. No se te verán más que la nuca y la melena derramándose por tu hombro. Tampoco tendrás que decir nada, solo estar ahí para que Jairo, al decir sus frases, pueda basarse en tu altura y mirarte a los ojos, la boca y los pechos —dijo recordando que ese era un diálogo picante—. Ve a maquillaje para que te peinen y te vistan como a Irene.

Cristina lo miró con los ojos muy abiertos. ¡Otra vez, no!

—Ya lo has hecho antes, sabes que no es complicado —afirmó él al ver su expresión recelosa—. Estaré cerca de ti, te lo prometo —murmuró acariciándole la mejilla con ternura—. Estamos en un apuro y tú eres la única que puede sacarnos de él.

Cristina asintió con decisión. Él tenía razón, ya lo había hecho antes. Y no había pasado nada, no se había convertido en otra persona ni había perdido el control. Así que podía hacerlo de nuevo. Y, además, Raúl iba a estar a su lado. Y, por extraño que fuera, se sentía segura y protegida cuando él estaba con ella.

—Esa es mi chica.

Raúl aprovechó la coyuntura para darle un casto beso en la frente que calmó un poco la necesidad que tenía de tocarla desde que se habían separado el jueves.

—Ha llamado el productor, quiere hablar contigo —dijo Neus inquieta acercándose a ellos—. Viene a verte. Llegará dentro de un par de horas.

—Estupendo —aceptó Raúl con voz tranquila—. Tenemos dos horas para hacer el trabajo de toda la tarde, más vale que nos demos prisa. —Enfiló hacia Jairo—. Siéntate y comienza a sonreír a cámara como solo tú sabes —le dijo—. Quiero varios planos detalle de sus ojos y su sonrisa —le indicó al operador de cámara—. Vamos a hacer que todas las mujeres del mundo se enamoren de él.

\* \* \*

—¡Eso no es en lo que habíamos quedado! —exclamó Miguel paseando furioso por la oficina del camión de producción.

—Te dije que iba a mantener la edad real de los protagonistas.

—¡Del protagonista! —lo corrigió Miguel—. No dijiste nada de Marta.

—¿No? Qué raro. Yo juraría que sí.

—No me jodas, Garrido —masculló Miguel con los dientes apretados—. No puedes hacer que Marta sea más vieja que Javier.

—Ya lo he hecho. Y toda la historia toma otra dimensión. La diferencia de edad entre ellos nos obliga a enfocar la serie desde otra perspectiva, le da más profundidad.

—Pero eso no es lo que han pedido los compradores —rebatía Miguel.

—Los compradores han pedido una historia de amor, superación y sexo. Y es lo que les voy a dar —aseveró Raúl con pasión, sorprendiendo al productor. La determinación que había perdido hacía años estaba de regreso en su mirada, con una fuerza y un entusiasmo que lo hacían parecer invencible—. No es solo una relación entre un hombre más joven que una mujer. Es mucho más que eso. Es una mujer sin vida aprendiendo a reír, a soñar, a sentir. Una mujer experimentando todo aquello que le ha sido negado. Los espectadores la van a adorar. Los voy a conmover, a divertir, a excitar. También los haré encenderse de rabia y de odio. La nueva historia que estamos creando es una mezcla exquisita de emoción e ingenio. ¡Dale una oportunidad! —exigió lanzando el nuevo guion que Fabián había perfilado sobre la mesa.

Miguel observó aturdido a Raúl. Si no fuera por sus arrugas y sus canas, creería estar viendo al joven de increíble talento de hacía quince años.

—Está bien, déjame leerlo —comentó abriéndolo. Pasó las hojas hasta el final y miró con suspicacia al director. Acababa en el episodio sexto, y Jairo y Marta no se conocían hasta mitad del cuarto—. ¿Solo tenéis esto?

—Fabián ha estado reescribiendo los diálogos y algunas escenas durante el fin de semana —explicó Raúl—. No es tanto lo que estamos modificando, si acaso un treinta por ciento —mintió.

—Dame una hora para leer los cambios. —Lo despidió abriendo el guion por el episodio cuarto.

\* \* \*

—¿Y si los cambios no lo convencen? —murmuró Fabián nervioso.

—Lo convencerán —afirmó Raúl tomando un trago de café—. Repasemos la escena de mañana —dijo para luego exponer los puntos que quería destacar en ella.



Cristina observó a su jefe fascinada. Estaba apoyado en la encimera, vestido solo con unos vaqueros y una camisa negra. Descalzo, los tobillos cruzados y un café en la mano, todo en él transmitía sosiego, como si el trabajo que habían hecho en los últimos días no pendiera de un hilo. Suspiró embelesada, daba igual que el suelo estuviera a punto de abrirse bajo sus pies, él siempre mantenía la calma.

—Quiero ante todo una escena dulce. Apasionada, sí, pero muy dulce. Marta no ha tenido un orgasmo en su vida, y Javier, aunque no lo sabe, lo intuye. Va a tener cuidado y tratarla como una princesa, y eso significa movimientos lentos, pocos giros en la cama y una especial atención a los rostros y las manos de los actores. Y no quiero ver lenguas en los besos. — Miró a Neus, que se apresuró a apuntarlo—. Y tampoco...

Se interrumpió al ver que la puerta se abría y Miguel entraba con el guion en la mano.

—Es jodidamente bueno —afirmó parándose frente a la mesa—. Seguid con él, pero te lo advierto: Marta no deberá aparentar ni un año más de cuarenta y dos. —Fijó la mirada en Raúl, que asintió una sola vez, aceptándolo—. Iré a hablar con Irene.

—Parece que nuestro magnífico director lo ha vuelto a conseguir —murmuró Jota cuando Miguel se fue. Se levantó y le hizo una florida reverencia a Raúl—. A tus pies, genio.

—No cargues las tintas, Jota —lo reprendió Raúl, aunque la regañina se vio menoscabada por la sonrisa con que lo dijo—. Ya tenéis un motivo para ir de celebración al bar ese que tanto os gusta, así que largo de aquí y dejadme descansar —dijo con buen humor—. Por cierto, mañana quiero veros a las cinco en el set... y sin resaca —le advirtió a Jota—. Cristina, por favor, espera un momento, necesito solucionar contigo un asunto —la llamó al ver que se marchaba con los demás.

—Claro, ya me dirás qué es —dijo con una alegre sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Quiero que dejes de esquivarme —le susurró al oído al pasar junto a ella para cerrar la puerta cuando todos se fueron.

—¿Yo? ¡Qué va! No te esquivo en absoluto. ¡Qué cosas tienes! —se burló con falso júbilo mientras observaba con disimulo cómo giraba la llave en el cerrojo.

Luego él se dio la vuelta tapando la cerradura, por lo que no pudo ver si la dejaba puesta o se la metía en el bolsillo.

—No hemos vuelto a estar un momento juntos desde el jueves —rebató Raúl apoyándose en la encimera mientras ella lo hacía en la mesa.

—¿En serio? Yo creo que no. Estoy segura de que hemos comido y cenado juntos todos estos días.

—Sí, con Neus, Fabián, Jota, María, Jairo..., una multitud.

—Como siempre —dijo ella encogiéndose de hombros.

—Sí, en eso estoy de acuerdo. —Se apartó de la encimera para dar los dos pasos que lo separaban de ella—. Pero antes siempre conseguíamos encontrarnos a solas de vez en cuando.

—Ahora hay mucho trabajo —replicó ella echándose hacia atrás.

—Y tampoco se te caen los bolígrafos ni llevas la camiseta de los Rolling. —Apoyó las manos en la mesa, encerrándola entre sus brazos.

—Dijiste que te distraía —susurró ella agarrándose a la mesa para no tocarlo, pues nada deseaba más que hundir los dedos en su pelo y obligarlo a bajar la cabeza para que la besara.

Sin embargo, eso era una locura porque, si lo hacía, volverían a besarse, y luego a tocarse, y después harían el amor..., y entonces volvería a decepcionarlo.

—Me gusta que me distraigas.

—No opinabas lo mismo el jueves.

—Y por fin llegamos al quid del asunto: lo que ocurrió el jueves. O, siendo claros, el fatídico polvo que echamos el jueves —dijo apartándose un poco para dejarle espacio, aunque no quitó las manos de la mesa—. Imagino que ese es el motivo por el que me esquivas.

—No, en absoluto. Además, no fue un polvo fatídico. Estuvo muy bien, fue divertido y agradable —afirmó Cristina escurriéndose como una anguila entre sus brazos para dirigirse a la puerta.

Suspiró aliviada al ver que la llave estaba puesta en la cerradura, por lo que solo tendría que girarla para poder irse. Oh, sí, confiaba en él y sabía con seguridad que no le iba a hacer daño, pero las viejas costumbres eran difíciles de perder.

—¿Divertido? ¿Agradable? Horribles calificativos para describir el sexo —señaló él situándose tras ella—. Seamos sinceros, fue un desastre. Pero eso no significa que no podamos repetirlo e intentar mejorarlo. O no repetirlo en absoluto.

Cristina se volvió, mirándolo confundida.

—Lo que no voy a permitir es que por culpa de un polvo del que ninguno de los dos hemos disfrutado perdamos la amistad que teníamos —afirmó Raúl

con gesto severo—. Me parece bien que no quieras volver a follar conmigo; en vista de los resultados, yo tampoco querría si estuviese en tu piel — aseveró con una sonrisa burlona que no le llegó a los ojos. Esperó un segundo, deseando que ella refutara sus palabras, y, como no lo hizo, continuó hablando—: Pero no me prives de nuestros paseos nocturnos ni de las charlas que mantenemos bajo la ventana de tu litera.

—Las he echado de menos —musitó Cristina.

—Y yo —murmuró Raúl dando un paso atrás. Ella acababa de dejar bien clara su postura. No quería más sexo, pero sí conversaciones y paseos. Y con eso tendría que conformarse—. Entonces ¿me permites acompañarte a tu capuchina? —preguntó ofreciéndole el brazo.

—Encantada. —Cristina se agarró a él—. Además, has echado a Fabián antes de que pudiera acompañarme, así que no te queda más opción que ser mi guardaespaldas.

Caminaron en silencio hacia la capuchina, inmersos en la silenciosa oscuridad de la noche.

—¿Te he contado que mi hermano vivió en África? —musitó ella. Raúl negó con la cabeza—. Tenía una granja en África, al pie de las colinas de Ngong...

Raúl la miró sorprendido. Ese era el comienzo de una película, *Memorias de África*.

—Vivió allí un año, cultivando café. O intentándolo, porque en realidad se dedicaba a ir de un lado para otro, explorando un mundo tan distinto del nuestro que apenas le parecía real. Me describió hermosos atardeceres en los que el cielo era de un tono tan naranja que las nubes parecían arder...

—¿Por qué no te llevó con él? —la interrumpió mirándola confuso.

¿No se daba cuenta de que le describía imágenes de esa película? No, seguramente no. Estaba claro que ella adoraba a su hermano y no dudaría un instante en creer a pies juntillas todo lo que él le decía.

Frunció el ceño, disgustado con el cobarde que le mentía a su *script* contándole viajes que no hacía basándose en escenas de películas.

—¿Llevarme con él? ¡Oh, no! Yo era muy niña —dijo Cristina con sonrisa nostálgica—. Es mucho más mayor que yo; además, su trabajo es muy importante. Si me hubiera llevado con él, solo le habría dado problemas. Imagínate, ¡yo en África! Tumbada en la hierba con gigantescos gorilas, imitándolos mientras mi hermano los estudia. Menuda locura —exclamó divertida.

Raúl la miró conmovido por su ingenuidad: con esa última frase acababa de describir una escena de *Gorilas en la niebla*.

—¿Cuánto hace que no ves a tu hermano?

Ella detuvo sus pasos saltarines y lo miró con algo parecido a la preocupación.

—No sé, hace algunos años. La verdad es que no llevo la cuenta, pero recibo cartas tuyas todos los meses y nos llamamos de vez en cuando. No muy a menudo, porque en los lugares en los que vive las comunicaciones no están muy allá..., ya sabes. Es lo malo de tener un hermano explorador.

—¿Ahora es explorador? —comentó incrédulo.

—Siempre lo ha sido, por eso tiene tantas carreras, le hacen falta para ayudar a la gente que vive en los lugares que explora —declaró ella con total tranquilidad, parándose junto a la puerta de su capuchina, puesto que ya habían llegado—. Espera un segundo —dijo antes de entrar y dejarlo fuera.

Un instante después volvió a salir con un plato de comida. Lo dejó en el suelo y cogió a Raúl de la mano, tirando de él para que se apartara unos metros. En cuanto lo hicieron, varios gatos salieron de debajo del vehículo y juntaron sus cabecitas sobre el plato.

—Ya veo que a estos también los has adoptado, como a *Klaus* —dijo Raúl en referencia al perro que todas las mañanas los vigilaba desde una esquina del set.

—Mientras que estemos aquí, sí —replicó ella apoyando la frente en su hombro. Sus manos aún unidas—. Raúl —susurró. Él bajó la cabeza para mirarla—. Sí quiero volver a hacer el amor contigo —murmuró antes de darle un rápido beso y escaparse a la capuchina.

Él miró perplejo la puerta cerrada y estalló en una feliz carcajada.

Con la espalda contra la puerta, Cristina lo oyó reír y sonrió a su vez. ¡Claro que quería volver a hacer el amor con él!

Lo que la aterrorizaba era volver a decepcionarlo. Y, en vista del fracaso de su primer y último intento, eso sería lo que sucedería. Respiró profundamente, la única solución era controlar su activa imaginación y obligarla a estarse callada durante un ratito, y eso sería lo que haría en su siguiente interludio.

Miró a su alrededor. Margot estaba dormida en su cama de la capuchina, pero de Valentina no había ni rastro. Se encaminó hacia la litera. En la de abajo, Paz roncaba suavemente. Se desvistió, se tumbó en la cama y encendió la tableta para leer un poco.

Unos golpes en la ventana la sobresaltaron. La abrió un poco.

—¿Con quién vas a soñar esta noche? —le llegó el susurro del director.

***Martes, 14 de marzo de 2017, Campoviejo***

—El tiempo se nos echa encima. ¿Cuándo estará listo? —le preguntó Raúl a Jota mientras observaba con los ojos entornados el salón que habían transformado en dormitorio.

Era perfecto. La alcoba pulcra e impersonal de cualquier casa de huéspedes familiar. Una cama, la mesilla a juego con el cabecero, el recio armario de la abuela que evocaba recuerdos con olor a naftalina, el escritorio con la televisión y una silla que no pegaba con el resto del mobiliario. Las sábanas blancas, las cortinas oscuras y las paredes pintadas con gotelé.

—Ya está listo —replicó Jota encendiendo la luz.

Toda la escena tomó forma en la mente de Raúl ante el escenario acabado. Vio los pasos inseguros de Javier, la timidez de Marta, el temblor en sus labios un segundo antes de ser besada...

—Estupendo —murmuró con la vista desenfocada por todas las imágenes que se sucedían en su cabeza—. Neus, avisa a Marta y a Javier, empezamos dentro de diez minutos —musitó antes de caminar hacia la puerta, tan metido en su ensoñación que ni siquiera se dio cuenta de que había confundido los actores con los personajes.

Dio un paso atrás y contempló el escenario. Sonrió. Esa iba a ser una escena que el público no olvidaría fácilmente.

—Os quiero a todos fuera dentro de cinco minutos —dijo mirando a los técnicos—. Nos quedaremos en el set Irene, Jairo, el operador de cámara, el técnico de sonido, el microfonista, Jota, Valentina, que se ocupará del maquillaje, la peluquería y el vestuario —dijo mirándola, y esta asintió con un gesto—, Neus, Cristina y yo. No quiero a nadie más. Y espero silencio absoluto fuera —les advirtió—. No quiero ruidos en el pasillo que desconcentren a los actores, ¿entendido?

Todos asintieron y, acto seguido, abandonaron el set más de veinte personas.

Cristina sabía que las escenas de sexo solían ser complicadas e incómodas para los actores, de ahí que las grabaran con la menor cantidad de gente presente posible. Más aún si, como era el caso de Jairo, uno de los actores era novato. Raúl había prescindido de tanta gente para ponérselo lo más fácil posible. Sobre todo, porque ya se ocuparía Irene de ponérselo difícil.

—No quiero que los ruidos de succión en los besos hagan parecer a Javier una aspiradora, atenúalos —le dijo al técnico de sonido—. No obstante, usaremos música suave en extradiegético para evitar que los gemidos y la respiración agitada destaquen demasiado. Esto no es una película porno, tenlo en cuenta.

El hombre asintió y Raúl se dio media vuelta para salir del escenario. En el camino se encontró con Jota, o más bien Jota provocó que se encontrara con él.

—Menos mal que el odio que Irene y Jairo se profesan no se traslada a la pantalla —dijo colocándose a su lado.

—Ni se trasladará. Las nuevas escenas que ha escrito Fabián necesitan mucha química para que sean tan buenas en pantalla como en el papel —replicó Raúl.

—No habrá problema, ambos son muy buenos actores..., no como otros que yo me sé, que tan pronto están a punto de follar en un cuartucho a la vista de todos como se pasan todo el fin de semana evitándose. Aunque parece que hoy ya no estáis tan esquivos —comentó burlón.

—No me interesa nada de lo que puedas decirme, y, de hecho, a ti tampoco debería interesarte —masculló Raúl.

—Ah, pero me interesa. Sois de lo más entretenidos. Cuéntame qué pasó, anda, porfa... Mi mente calenturienta no hace más que darle vueltas al asunto y cada vez me imagino escenas peores entre vosotros..., incluso un caso de impotencia masculina —musitó estirando el dedo índice para luego dejarlo caer cual pene venido a menos—. Y, con tu edad, no es algo que se pueda descartar fácilmente.

Raúl dedicó a su amigo una mirada tal que, si Jota hubiera sido otra persona, habría huido aterrorizado.

—Vale, no hubo *coitus malogradus* —susurró este con fingido alivio—. Me quitas un peso de encima. Fíjate que ya me estaba imaginando en la cama con vosotros, prestándoos mi gran polla para que tu *script* pudiera disfrutar del polvo que tu picha floja no podía ofrecerle.

—No es mala idea. —Raúl esbozó una peligrosa sonrisa—. Tal vez una de estas noches, cuando estés en tu cama comatoso tras una borrachera, me dé el arrebató y te corte la polla. Y luego tal vez la haga rodajitas, la deje macerar unas horas y después la cocine y te la dé para desayunar. Creo que será divertido, además de una buena manera de hacer que te comas tus palabras —murmuró sonriente.

—Cuando te pones en plan psicópata, acojonas que da gusto —masculló Jota apresurando el paso hacia la puerta de la habitación. No tardó en salir.

—¿Qué le has dicho a Jota para que ponga esa cara? —le preguntó Cristina cuando llegó a su lado.

—Nada, solo hablábamos de comida —comentó Raúl divertido—. ¿Cuál es el tiempo aproximado de la secuencia?

—Un minuto quince segundos —respondió Cristina en el acto.

—¿Cómo lo mediste? —le preguntó sentándose junto a ella—. ¿Te imaginaste la escena mientras leías el guion y lo cronometraste?

—Así lo hago siempre.

Lo miró extrañada. ¿A qué venía esa pregunta?

—¿Te excitó imaginártelo? —susurró él en su oído.

Cristina se sonrojó visiblemente y esbozó una turbada sonrisa, tan sincera que Raúl no dudó de ella ni por un instante.

—Imagino que eso es un sí... —musitó él.

—¡Exijo que alguien verifique que se ha lavado con lejía! —gritó Irene entrando en el salón reconvertido en dormitorio—. No quiero tener su sudor impregnado en mi piel.

—Señor, dame paciencia, y si no me la das, dame una cuerda con la que poder estrangularla —exclamó Jairo entrando tras ella.

—Como si tú tuvieras los cojones necesarios para tocar mi cuello —lo retó ella alzando la cabeza para mostrarle su cuello de cisne en todo su esplendor—. Cristina, ¿has conseguido la caja de toallitas húmedas para bebé que me prometiste?

—Por supuesto —replicó ella a la vez que la sacaba de su bolso mágico.

—Estupendo, espero que sean suficientes para limpiarme las babas de ese —dijo Irene despectiva mirando a Jairo.

—No te quejes tanto, yo he tenido que comer ajo para protegerme y evitar que me muerdas como la bruja vampírica que eres —señaló él con una sonrisa pícaro.

—¿Has comido ajo? —La actriz lo miró con los ojos muy abiertos. ¡No habría sido capaz!



—Toneladas de ajo. Y también cebolla. Me encanta cruda y crujiente, de la que huele tan fuerte que hace llorar los ojos.

—¡Exijo un spray bucal ahora mismo! —gritó Irene con tal cara de asco que Cristina no pudo evitar soltar una risita.

Desde que Jairo había perdido la paciencia el domingo ya no se esforzaba en mostrarse agradable; al contrario, respondía en la misma medida que ella atacaba, y con un ingenio que hacía sonreír incluso al director.

Aunque en ese momento Raúl no estaba exactamente sonriendo, sino más bien todo lo contrario. Estaba excitado. Y también cabreado. Mucho. Consigo mismo. Porque solo a él se le ocurría empezar un juego que no podría acabar hasta la noche. Aún no eran ni las diez de la mañana, y lo peor era que le quedaban varias horas de rodaje por delante hasta terminar esa escena.

«Genial, Raúl, esa sí que ha sido una idea brillante», pensó yendo hacia los actores.

—Irene, estarás sentada en la cama, de espaldas a la puerta —señaló el lugar—. Estás rígida, no sabes qué va a pasar, ni siquiera si él va a venir. Y tampoco sabes si quieres que te haga el amor. ¿Entendido?

Ella asintió con un gesto antes de ir hacia la cama. Valentina se apresuró a colocarle el camisón de manera que este cayera con fluidez cuando se levantara. No había nada más feo que un camisón retorcido.

—Jairo, tú abrirás la puerta, la mirarás un instante y entrarás en la habitación. Recorrerás despacio los pasos que te separan de ella. Irene se levantará. Os quedáis inmóviles mientras os miráis a los ojos. Irene, te quedarás en tu marca —señaló una X roja en el suelo—. Jairo, tú continuarás andando mientras ella te espera con la respiración agitada. —Se volvió hacia Irene—. Quiero que tus pechos muevan el camisón con cada bocanada de aire. Estás excitada, pero también asustada por lo que comienzas a sentir por él, y quiero que se note. —Ella asintió—. Cuando llegues a tu marca —le dijo a Jairo, que lo miraba con algo parecido al pánico—, te quedarás mirándola embelesado. Mantén la pose unos segundos y después estremécete. Pero que sea un temblor suave, no quiero que parezca que estás en un congelador —señaló haciéndolo reír, que era justo lo que pretendía—. Luego la besas. Mantenéis el beso medio minuto y después, Irene, le quitas la camisa a Jairo. Él te desabrocha el camisón, dejándolo caer al suelo. Os abrazáis. Jairo, las manos en la espalda de Irene, no en el culo —le advirtió—. Quiero que transmitas respeto y dulzura, no que parezcas más salido que el pico de una plancha. Irene, tus manos en su pelo. Luego os besáis otra vez. ¿Está todo claro?

Los dos actores asintieron, y se colocaron en sus marcas iniciales.

—¿Treinta segundos va a durar el beso? —susurró Cristina alucinada. Ningún beso duraba tanto en el cine. Con todas las poses y los besos que tenían que hacer, se iban a ir a los cuatro minutos, ¡si no eran más!

—Quiero tener material de sobra para poder recortar y sacar más besos si los necesito —señaló Raúl—. Vamos a hacer un ensayo y luego rodaremos un plano secuencia. Empezamos.

Cristina se levantó megáfono en mano y dio la salida.

\* \* \*

—Muy bien, seguid un poco más... —susurró Raúl mucho tiempo después mientras Jairo e Irene se daban el último beso del plano—. ¡Y corten!

Jairo se separó de la actriz para doblarse por la cintura, las manos en las rodillas.

—No voy a volver a besar a una chica en años —musitó jadeante—. Tengo los labios entumecidos y agujetas en la lengua de tanto besar, joder —dijo lamiéndoselos.

Llevaba más de dos horas caminando, mirando, desnudando, abrazando y besando a Irene. Había grabado besos con ella vestida y con ella desnuda, abrazados y sin abrazarse, en plano detalle, general, primer plano y plano americano, y hacía tiempo que había sobrepasado el límite de su resistencia.

—Vaya un profesional —dijo Irene apresurándose a cubrir su desnudez con un albornoz para luego coger una toallita húmeda—. Esto es lo que pasa por rodar con niños que ni siquiera saben fingir un beso bien —masculló.

Se limpió la boca con suaves toques, no porque la tuviera irritada, sino porque sentía un hormigueo en los labios, y en otros sitios del cuerpo, de lo más agradable e inesperado. El niño sabía besar. Muy bien, además. Y no había comido ajo. Ni cebolla. Sabía a hombre joven y viril. Y, joder, movía la lengua de maravilla. Y eso que el director había dicho que nada de lenguas, pero había cambiado de opinión en el primer beso, al ver lo bien que daba en pantalla el perfil de Jairo moviéndose sobre el de ella, así que les había pedido besos con lengua y las bocas juntas para que no se viera demasiado baboso. Y las lenguas puede que no se vieran en pantalla, pero se sentían en la boca. Mucho. Y él era un maldito genio besando.

—Paramos veinte minutos y nos ponemos con la siguiente escena —dijo Raúl.

Los actores y el personal se apresuraron a salir a la calle y recorrer los doscientos metros que separaban el chalet del campamento para tomarse un

café y comer algo.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó Raúl a Cristina cuando se quedaron solos.

—No es como había esperado —dijo mientras sacaba el termo y los bollos del bolso.

—No suele serlo —replicó él burlón—. Imagino que esperabas una escena tórrida, con los actores besándose y metiéndose mano antes de caer en la cama y follar como leones.

—En el guion pone que acaban haciéndolo en la cama...

—Eso viene ahora —dijo Raúl antes de dar un trago al café.

—Lo que desde luego no esperaba era repetir cada beso varias veces, cada uno en un plano distinto —murmuró ella fascinada—. Es increíble. Según está descrita en el guion, la escena va a durar un minuto y medio a lo sumo..., ¡y llevamos más de dos horas rodando!

—Y lo que nos queda —replicó él sentándose a su lado—. Dime los tiempos de las tomas válidas. Quiero hacerme una idea de cuántos segundos tengo para la escena de cama.

\* \* \*

—Jairo, esta secuencia va a ser muy sencilla, solo necesitamos treinta y cinco segundos, así que vamos a por ello. ¿Tus labios ya están bien? —le preguntó socarrón.

—Sí, perfectos —replicó el actor más nervioso de lo que quería aparentar.

—La única postura que vais a hacer es la del misionero. Irene, tú estarás desnuda, tumbada de espaldas en la cama. Jairo, empezarás meciéndote despacio sobre ella. Los dos tenéis un gesto de intenso placer, os mantenéis unos segundos moviéndoos y luego tomarás las manos de Irene y se las sujetarás contra las sábanas mientras aceleras tus embestidas. La besas, mantienes el beso y después bajas por su cuello y su clavícula hasta los pechos. Acaricias los pezones con la lengua y los chupas —le dijo a Jairo para luego volverse hacia la actriz, lo que evitó que viera la súbita palidez del actor—. Irene, tu pie subirá acariciante por la pierna de él hasta envolverle la cadera. Luego volvéis a besaros, os miráis y orgasmo.

Irene se quitó el albornoz con un rápido movimiento y se tumbó en la cama, decidida a interpretar su papel de arpía orgullosa a la que le importaba un pepino mostrar su cuerpo desnudo, aunque estuviera marcado por las huellas de la edad y hubiera perdido la lozanía en la batalla contra el tiempo y la maldita ley de la gravedad. Observó sus tetas, no había duda de que ya iba

siendo hora de operarlas y ponerlas en su sitio, del mismo modo que tenía que hacerse, y de manera urgente, una lipo de muslos y tripita. En cuanto acabara el rodaje desaparecería unos meses y, cuando regresara a escena, lo haría con una nariz y unas tetas nuevas, con los pómulos más altos, la frente más lisa y sin celulitis ni barriguita.

—Ocúpate de que esté muy guapa —le pidió en un susurro a Valentina, quien se apresuró a taparle el pubis con un pañuelo color carne. Luego le retocó el maquillaje y la peinó de manera que el pelo quedara sensualmente alborotado sobre la almohada.

Jairo observó a su *partenaire* desde su posición en mitad del set vestido por completo, pues en la secuencia anterior solo se había quitado la camisa, que había vuelto a ponerse al salir a la calle.

—Jairo, pasa detrás del biombo, desnúdate y ponte el calcetín que te dará Valentina —le indicó Raúl al ver que no se movía.

El actor asintió con un gesto e hizo lo que le mandaban.

—¿Algún problema? —le preguntó Raúl cinco minutos después al ver que no salía.

—Sí —musitó Jairo—. Es este calcetín..., es muy incómodo. ¿No puedo usar unos calzoncillos de color carne? —Se suponía que eso era lo que se usaba en las películas, no diminutos y ajustados calcetines rosas que se enfundaban en el pene.

—Vamos a tomar primeros planos y planos americanos de tu culo y no puede haber ninguna marca. De hecho, espero que lo tengas blanquito, para que resalte aún más en pantalla —bromeó Raúl situándose junto al biombo.

—¿Y un tanga? —le llegó la voz jadeante de Jairo—. Eso es muy sexi.

—No puede ser, lo siento —murmuró el director, comenzando a intuir lo que ocurría.

—¿Por qué tiene que salir mi culo? Que salga el de Irene, que es mucho más bonito —susurró nervioso.

—Esta serie está orientada al público femenino: el culo de Irene no les interesa, el tuyo sí —afirmó Raúl observando a los que estaban allí. Fingían interesarse en otras cosas, pero en realidad no quitaban la atención de lo que estaba pasando—. Está bien, vamos a hacerlo un poco más fácil. —Cogió un albornoz y se lo pasó a Jairo por encima del biombo—. Todo el mundo fuera —dijo alzando la voz—. Nos quedamos el operador de cámara, el técnico de sonido, el microfonista, Cristina y yo —ordenó.

—Y yo, espero —apuntó socarrona Irene—. O el niño no tendrá con quien follar..., si es que sabe cómo hacerlo, claro.

—Pórtate bien —le ordenó Raúl en un murmullo severo. Pero no fue eso lo que contuvo la respuesta de la actriz, sino la mirada fría y decidida que le dirigió—. ¿Estás listo? —le preguntó al hombre que había tras el biombo.

Jairo tomó una profunda bocanada de aire y salió de su refugio oculto bajo el albornoz. Se dirigió a la cama fingiendo una tranquilidad que no sentía y se quedó inmóvil frente al colchón con las manos cruzadas sobre su entrepierna.

Irene lo observó intrigada. ¿A qué venía tanta timidez? Era un hombre joven, guapo y con un cuerpo impresionante, no debería darle vergüenza mostrarlo.

—¿Recuerdas cómo va la escena? —le preguntó Raúl acercándose a él. Jairo asintió—. Céntrate en Irene y olvídate de todo lo demás —le aconsejó antes de alejarse—. Os voy a dar unos minutos para que os acostumbréis a la postura y luego comenzaremos a grabar.

Irene asintió con un gesto, aunque en realidad estaba más pendiente de Jairo que de lo que le decía Raúl. Se notaba a las claras que al actor le pasaba algo.

Jairo miró al director, tomó una gran bocanada de aire y, sin pensarlo un segundo más, se quitó el albornoz.

En ese momento Irene comprendió su problema. Y era grande. Mucho.

—Lo siento —musitó Jairo con la mirada baja al tumbarse sobre ella—. Te juro que no era mi intención, pero no he podido evitarlo...

Su pene, enfundado en ese ridículo calcetín rosa, era grueso y largo. Y estaba erecto. Tan duro como una barra de acero. Había que joderse..., el niño tenía una superpolla que envidiaría cualquier actor porno.

—¿No has podido evitarlo? —susurró la actriz separando las piernas para que se acomodara entre ellas.

—No —gimió Jairo mirándola mortificado.

Y ella, en lugar de montar en cólera y humillarlo por su falta de contención, sonrió con descaro y, agarrándole el culo, lo instó a colocarse bien cerca. Hacía años que ningún actor, y menos uno tan bien armado y tan joven, se ponía duro por ella en una escena erótica.

—Así que has intentado evitarlo y no lo has conseguido —murmuró, sus ojos rebosando orgullo, como si se hubiera enfrentado a una prueba insuperable saliendo vencedora.

Jairo la observó perplejo un segundo y luego esbozó una sonrisa traviesa.

—Y te aseguro que lo he intentado con todas mis fuerzas. Nada me apetece menos que pasarme la mañana empalmado por tu culpa.

—Pobrecito..., no has podido resistirte a mí.

—Más bien a tus tetas y a tu culo —masculló mirándola con deseo—. A ti te sigo odiando.

Ella le apretó las caderas con los muslos, comenzando a excitarse, y él en respuesta pegó su enorme erección al sexo de ella.

—Eres un niño insoportable.

—Y tú una bruja demasiado hermosa para mi salud sexual.

Irene sonrió traviesa y arqueó la espalda, lo que hizo que la mirada de él se centrara en sus tetas.

\* \* \*

—¿Tienes preparada la claqueta? —le susurró Raúl a Cristina.

Ella asintió sin apartar la mirada de la pareja de actores.

—¿Qué están haciendo? —le preguntó en voz muy baja.

—Metiéndose en el papel —replicó él observándolos con atención. En esos momentos estaban tan concentrados el uno en el otro que dudaba que notaran un terremoto.

—¿Están excitados?

—Eso no es de nuestra incumbencia —la regañó Raúl—. Empezamos. ¡Claqueta!

\* \* \*

El director observó en la pantalla cómo Jairo le sujetaba a Irene las manos por encima de la cabeza mientras se mecía sobre ella. Esos dos eran una jodida bomba sexual.

—¡Corten! —exclamó.

El operador de cámara, el técnico de sonido y el microfonista explotaron en aplausos jaleándolos con guasa en tanto que Irene estallaba en risas, que pronto se contagiaron a Jairo.

Raúl los observó complacido. Oh, sí, el actor seguía estando nervioso, pero era otro tipo de nerviosismo. Y, además, con la inestimable ayuda de Irene, lo estaba disimulando muy bien. ¿Quién habría imaginado que solo hacía falta una escena de sexo de casi tres horas de duración para que esos dos comenzaran a llevarse bien?

—Es el mejor polvo que he rodado nunca —los alabó yendo hacia ellos—. Vamos a tomar un plano detalle de tu mano sujetando la de Irene. Intenta hacer fuerza para que se te marquen las venas del dorso, eso da muy bien en televisión.

—Sin problemas —musitó el actor esbozando una tímida sonrisa.

—Vas a hacer que todas las mujeres mojen las bragas cuando vean la escena, Garrido —se burló Irene.

—Es lo que pretendo —replicó él regresando al combo sonriente.

Aunque había una mujer que no le haría ninguna gracia que mojara las bragas mirando el culo de Jairo. Ni de ningún otro. Y mucho se temía que eso era algo que no estaba en su mano evitar. Fijó la mirada en Cristina. Estaba sentada con el guion sobre las rodillas, tomando notas de cada movimiento de los actores y las posiciones en las que quedaban. Tenía las mejillas sonrosadas, la respiración agitada y apretaba las piernas en un erótico tic cada pocos segundos, como si intentara darse placer a sí misma. Por supuesto, lo disimulaba muy bien, pero él se ganaba la vida observando a la gente y sabía interpretar las señales.

Y su *script* estaba excitada. Mucho.

Y eso le molestaba. Porque Jairo había conseguido excitarla fingiendo un polvo mientras que él no había sido capaz de llevarla al orgasmo cuando le había hecho el amor.

Y eso dolía. Mucho.

—Vamos a tomar un plano detalle de la mano —le dijo sentándose junto a ella.

Cristina levantó la vista del guion, la centró en él y asintió, pero no hizo ademán de preparar la claqueta. Ni ninguna otra cosa. Solo continuó mirándolo abstraída.

—Cristina, la claqueta —le pidió Raúl. Ella volvió a asentir, la mirada fija en él—. ¿Cristina?

—Sí, lo siento —se sobresaltó ella, levantándose para hacer lo que le había pedido.

La montó con rapidez y, colocándose en el set, esperó su señal para dar la marca.

Grabaron ese plano y luego le tocó el turno a un plano americano del trasero de Jairo.

—Quiero que se vea desde las rodillas hasta la cabeza —le dijo Raúl al operador de cámara con las manos frente a los ojos enmarcando la escena. Luego se acuclilló frente a Jairo—. Vamos a ver cómo te lo explico... Quiero que te arrastres sobre Irene.

—¿Qué? —El actor lo miró turbado.

Estaba duro como una piedra y con un dolor de huevos de narices, no podía arrastrarse sobre ella o acabaría explotando allí mismo.

—Quiero que la secuencia sea lo más explícita posible —indicó Raúl—. Estoy harto de rodar escenas eróticas timoratas en las que solo las mujeres se exponen —afirmó—. Las series europeas están pegando fuerte y en ellas no se cortan a la hora de enseñar el cuerpo de los hombres, y nosotros tampoco lo vamos a hacer. Quiero que te pegues bien a Irene, aprietes el culo como si te fuera la vida en ello y te deslices sobre ella despacio, permitiendo que la cámara recoja cada movimiento mientras Javier y Marta disfrutan del polvo... y hacen disfrutar a los espectadores. Puedes hacerlo —dijo, y no era una pregunta.

—Claro que puede, ni se te ocurra dudarlo —aseveró Irene acariciándole la cara—. No se te ocurra cagarte ahora, niño, o me reiré de ti toda la vida.

—Te voy a follar tan bien que no vas a querer que acabe nunca, bruja —replicó él.

—Recordad que quiero dulzura..., no sexo salvaje —les dijo Raúl burlón—. Dos minutos y empezamos —los avisó antes de volverse hacia Cristina para decirle que preparara la claqueta.

Las palabras quedaron atoradas en sus labios al ver que ella tenía la mirada fija en él. Más exactamente, en su paquete, que, por cierto, hasta ese preciso momento había estado de lo más calmado. Raúl dio un paso a un lado y ella lo siguió con la mirada a la vez que se lamía los labios. ¿Se los había lamido por él? Carraspeó con fuerza y ella parpadeó para luego deslizar la mirada por él, deteniéndose en su torso.

Raúl se miró la camisa por si tenía alguna mancha; no era cuestión de hacerse ilusiones para luego averiguar que lo miraba tanto porque estaba hecho un guarro. No. No había manchas. Se llevó las manos a la nuca, supuestamente para frotársela, aunque en realidad lo que pretendía era tensar la camisa sobre su torso. Ella apretó las piernas y volvió a lamerse los labios. Y él se puso duro en el acto.

Joder, eso sí que era una locura. No podía rodar excitado una escena de sexo. Pero ¿cómo evitarlo? Sacudió la cabeza y, decidido a dejar de perder el tiempo, le pidió que preparara la claqueta.

Cristina lo miró aturdida, él arqueó las cejas señalando el aparato y ella saltó sobresaltada poniéndose en marcha.

Cuando regresó al combo, Raúl la estaba esperando con una chaqueta en la mano.

—Toma, tienes frío —dijo tendiéndosela.

Ella lo miró confusa. No tenía frío, al contrario, podía decirse que estaba ardiendo.



—No lo tengo, pero gracias por molestarte —rechazó con una afable sonrisa.

—No me estás entendiendo, Cristina —replicó él con voz ronca poniéndosela sobre los hombros—. Sí tienes frío —recalcó señalando hacia abajo con la mirada.

Ella siguió la dirección de sus ojos y, acto seguido, agarró las solapas de la chaqueta y la cerró cubriéndose el pecho. Sus pezones, duros como garbanzos, se marcaban puntiagudos y notorios contra la camiseta, a pesar del sujetador.

—¿Te excita mirar? —susurró él en su oído.

—Depende de qué mire —replicó ella sin pensar lo que decía.

Raúl parpadeó aturdido por tan espontánea e inesperada respuesta, también al comprobar que tenía la mirada fija en sus labios. Sonrió excitado. Y Cristina alzó la cabeza exponiendo el cuello a sus ojos... y su boca.

—¿Te gustaría que te mordiera? —susurró él recordando la conversación sobre vampiros.

Ella, en respuesta, se lamió los labios.

Raúl cerró los ojos intentando controlar su libido, que en ese momento estaba ascendiendo a cotas inimaginables.

—¡Claqueta! —dijo con voz ronca.

Cuanto antes acabaran la escena, mejor.

\* \* \*

—¡Y corten! —exclamó pasándose las manos por el pelo.

Todos los presentes rompieron en aplausos. Por fin habían acabado la última toma. Raúl felicitó al equipo y a los actores y los informó de que tenían una hora y cuarto de descanso para comer antes de reunirse para la siguiente secuencia.

—Cristina, necesito solucionar unas dudas que me han surgido sobre la continuidad del guion. Acompáñame, por favor —le pidió, y ella asintió sin dudar.

—Garrido, las cortinas para la secuencia del domingo... —lo interceptó el decorador con dos telas en la mano.

—Las rojas —respondió él sin dejarlo terminar la frase; tampoco se paró para atenderlo, simplemente continuó caminando. Muy rápido.

—Los abuelos del bar, ¿toman café o juegan a las cartas? —le preguntó el utillero al pasar junto al camión de eléctricos.

—Ambos.

—¿Ambos? ¿No serán muchas cosas en...?

—¡Ambos! —exclamó Raúl perdiendo la paciencia.

—He pensado que tal vez le daría más dramatismo a mi papel si tosiera entre la primera y la tercera frase —le comentó el actor que interpretaba al padre enfermo de Javier.

Raúl detuvo un instante su apresurada caminata y observó al anciano con los ojos entornados.

—Bien pensado —dijo antes de continuar andando, sin darle posibilidad de que le contara nada más.

Respondió con monosílabos al resto de las personas que lo fueron interceptando hasta que llegó a la autocaravana y pudo refugiarse en ella. Cerró la puerta con llave y se volvió hacia Cristina, que respiraba agitada con la mirada fija en sus labios.

Dio los dos pasos que lo separaban de ella y, envolviéndole la cara entre las manos, la besó. Ella gimió contra su boca, su lengua resbalando sobre la de él, las caderas de Raúl ondeando con violencia contra el vientre femenino, sus cuerpos chocando en una agresiva lid en la que el deseo mandaba.

La agarró por el culo, alzándola contra él. Ella le envolvió la cintura con las piernas mientras él se frotaba furioso contra su pubis. Dio un paso hasta la mesa y la soltó en el suelo. Antes de que ella pudiera estabilizarse, la giró con brusquedad, le estiró los brazos sobre el tablero y plantó una mano en su espalda, obligándola a inclinarse sobre la mesa con el trasero en pompa. Comenzó a quitarle los pantalones con violentos tirones.

Cristina, más excitada de lo que había estado jamás, se incorporó para ver cómo la desnudaba. Al instante, él volvía a estar detrás de ella, con su fuerte mano agarrándole la nuca para presionarla contra la mesa. Apretó los muslos y una cálida humedad mojó su sexo.

—Ni se te ocurra —susurró él con voz amenazante antes de separárselos con un atisbo de erótica brusquedad—. No vas a intentar correrte antes de que te folle —murmuró dejándose llevar por la lujuria.

Se puso un preservativo y la penetró de una sola embestida.

Ambos jadearon al unísono.

Raúl se mantuvo inmóvil, su torso sobre la espalda de Cristina y su polla bien dentro de ella. Le sujetó las manos obligándola a mantenerlas sobre la mesa cuando ella hizo intención de levantarse y comenzó a moverse despacio a la vez que le besaba la nuca. Lamió el lugar donde cuello y hombro se unen, y luego, siguiendo un impulso irracional, abrió la boca y deslizó con cuidado los dientes sobre su alabastrada piel. Ella se estremeció y él decidió dar un

paso más allá. Le arañó con los colmillos con suavidad y, en respuesta, su vagina se apretó ciñéndole la polla. Luego él le mordió la tierna piel del hombro y ella jadeó, alzándose sobre las puntas de sus pies para mecer con violencia su pubis, instándolo a penetrarla más fuerte. Más rápido. Más impetuoso.

Él atendió su deseo. Gruñó con los labios pegados a su piel y aumentó el vigor de sus acometidas. Pero no era suficiente. Necesitaba más. Ambos necesitaban más. Le acarició la boca con el pulgar y ella comenzó a chupárselo. Dejó que se lo lamiera y lo mamara hasta que se tornó resbaladizo, momento en que se lo quitó de los labios para deslizárselo entre las nalgas. Presionó contra el ano y ella emitió un gemido y se echó hacia delante tratando de escapar de la presión. Raúl la agarró del pelo, inmovilizándola, y, atento a sus reacciones, comenzó a trazar círculos con el dedo sobre el fruncido agujero a la vez que ralentizaba las embestidas.

Cristina separó más las piernas, tan excitada que le costaba hasta pensar. Solo podía sentir. Sentir y jadear. Sentir y frotarse contra él. Sentir y suplicar por el orgasmo. Un ronco quejido abandonó sus labios cuando el dedo la penetró. Intentó apartarse, pero la tenía firmemente sujeta. Se quedó inmóvil mientras él trabajaba su ano, hasta que la molesta quemazón se convirtió en un abrasador fuego que le arrancó gemidos de placer.

Raúl sonrió complacido al oírla, más aún al ver cómo se agarraba desesperada al borde de la mesa y volvía a alzarse de puntillas para pegarse a su polla. Insertó el pulgar hasta el fondo y, apoyando una mano en la mesa para sostenerse, comenzó a follarla implacable. Pocos segundos después, las paredes de su vagina se estrecharon sobre su polla, ciñéndosela con fuerza mientras ella se corría.

No aguantó mucho más después de eso. Eyaculó con un gruñido gutural, su pene firmemente encajado en ella mientras liberaba su carga.

Ambos se quedaron inmóviles, ella con medio cuerpo sobre la mesa y él con el pecho contra la espalda femenina y los labios recorriendo apasionados su piel.

Cristina inclinó la cabeza a un lado y él aceptó gustoso su invitación.

Le acarició con los dientes la aterciopelada piel del cuello antes de morderla.

Ella se estremeció, su vagina pulsando contra su polla.

Raúl deslizó la lengua por su espalda, lamiéndosela a la vez que salía de ella. Cristina suspiró rendida, incapaz de incorporarse. De improviso, él la agarró, girándola para después sentarla sobre la mesa, el culo desnudo en el

borde. Le colocó los pies sobre sus hombros y le separó los muslos con rudeza.

—¿Qué haces? —Cristina intentó cerrar las piernas avergonzada al ver que él miraba con avidez su sexo brillante por la humedad.

Raúl sonrió y volvió a separárselas. Luego la penetró con los dedos medio y anular dejando índice y meñique sobre los labios vaginales.

Ella lo miró sorprendida mientras hacía resbalar los dedos por su interior. De repente él tocó un punto que hizo que un escalofrío de excitación la recorriera.

—Pero...

Raúl la silenció llevando un dedo a su boca. Ella asintió y él le presionó el clítoris con el talón de la mano a la vez que acariciaba con insistente suavidad ese punto. Cristina arqueó la espalda jadeante, los ojos cerrados mientras oleadas de placer ascendían por su vientre y sus pechos. Él continuó masajeándola hasta que ella sintió una fuerte necesidad de...

—Para, para, para... —gimoteó cerrando las piernas.

Raúl la sujetó con fuerza, obligándola a volver a colocar los pies sobre sus hombros.

—Tengo que ir a... —Lo miró desesperada. No podía decirle lo que le ocurría.

—¿Al servicio? —musitó Raúl arqueando una ceja.

Ella lo miró sorprendida y él esbozó una sonrisa de suficiencia antes de volver a meterle los dedos. Se inclinó sobre ella para impedirle que cerrara las piernas y, con la mano libre, le presionó el bajo vientre.

Cristina cerró los ojos, rendida de nuevo al placer hasta que la incómoda sensación regresó. Se incorporó sobre los codos y trató de cerrar las piernas.

Él se lo impidió.

—Por favor, no lo entiendes. Necesito...

—¿Hacer pis? —musitó él sin dejar de frotar ese punto que la estaba volviendo loca—. Adelante, hazlo. No me molesta.

Ella abrió la boca para replicar, pero no pronunció ninguna palabra porque la horrible comezón que la incitaba a ir al baño se convirtió en una llamarada de placer tan potente que la dejó sin aliento y sin fuerzas para otra cosa que no fuera sentir. Y gozar. Se derrumbó, todos sus músculos en tensión mientras sus labios se separaban en un grito mudo y su cuerpo temblaba preso del orgasmo más intenso que había sentido nunca.

No fue hasta un par de minutos después que recuperó el uso de sus capacidades y pudo ordenar a sus ojos que se abrieran. Y lo que vio fue a

Raúl inclinado sobre ella, sus labios abiertos en una amplia sonrisa que dejaba ver sus afilados colmillos.

—¿Estoy redimido?

Cristina parpadeó aturdida, sin saber a qué se refería.

—Este orgasmo supera con creces el desastre del primer polvo, ¿no crees?

Ella esbozó una enorme y sincera sonrisa que iluminó toda su cara.

—Oh, sí, estás redimido —aceptó arrancándole una carcajada.

\* \* \*

—Reserva la sala de montaje para el primer fin de semana de abril —le pidió Raúl a María.

—¿Viernes incluido? —replicó la asistente de producción anotándolo en su agenda.

—Sí, desde primera hora de la mañana. Aprovecharé que Irene va a estar en el CIFF<sup>[6]</sup> todo el fin de semana para montar los episodios tres, cuatro y cinco —señaló Raúl.

—¿El cinco también? Mucho quieres correr —comentó burlón Jota.

—Más vale prevenir que curar —replicó Raúl con gesto serio—. Son casi las once, hora de terminar la reunión y recuperar mi caravana. —Se levantó y abrió la puerta, mostrándoles la salida en una indirecta de lo más directa.

—¿Tienes prisa por quedarte solo? ¿O tal vez lo que pretendes es estar menos acompañado? Ya conoces el dicho: dos son compañía y seis son multitud —inquirió Jota con socarrona picardía refiriéndose a todos los que estaban allí reunidos.

—Me bastaría con librarme de tu cargante presencia —masculló Raúl poniéndose la chaqueta antes de salir—. ¿Tengo que llamar a la policía para que os desalوجen de mi autocaravana? —les reclamó desde la calle.

Esperó a que salieran y se encaminó junto a su *script* hacia la capuchina de maquillaje, las manos firmemente hundidas en los bolsillos para no deslizarlas por la cintura de Cristina y abrazarla contra sí.

—¿Esta noche no sales al pueblo para dar tu paseo? —lo retuvo la voz burlona de Jota.

—Por supuesto que saldré, en cuanto deje a Cristina en su capuchina. —Raúl se giró para enfrentarlo—. ¿Necesitas que te acompañe también a ti? Lo cierto es que no sería mala idea, así me aseguraría de que no te emborrachas esta noche —dijo con gesto serio.

—No te preocupes, solo pretendo beber dos o tres litros de whisky, ya sabes, para coger el sueño sin dificultad —replicó burlón sacando la petaca

del bolsillo para dar un largo trago.

Raúl negó con la cabeza antes de dar media vuelta y dirigirse, con Cristina a su lado, a la hilera de caravanas estacionada al otro extremo del campamento. Dejaron atrás la carpa de *catering* y, al pasar junto al camión de atrezo, agarró la mano de Cristina de improviso y tiró de ella, cambiando de dirección. Rodeó el camión adentrándose en el estrecho pasillo que formaban el de eléctricos y el de oficinas y luego atajó por detrás del de producción para salir tras su autocaravana.

Cristina parpadeó sorprendida al ver que habían regresado a lugar del que habían salido hacía menos de cinco minutos.

—¿Has olvidado algo?

—Hacerte el amor —replicó él esbozando una pícaro sonrisa.

Lo miró confundida.

—Si querías acabar aquí, ¿por qué no nos hemos quedado? No sería la primera vez que lo hacemos.

—Lo sé. —Él abrió la puerta y la cerró de nuevo con rapidez una vez entraron. Echó la llave—. Jota me tiene un poco harto con sus indirectas, así que prefiero no darle motivos para que meta sus perspicaces narices donde nadie lo llama —explicó mientras se quitaba la chaqueta para luego hacer lo mismo con los zapatos y lanzarlos de una patada al aseo. A continuación, sacó unos envases la nevera y los abrió—. ¿Te apetece sándwich club o gazpacho para cenar? El sándwich tiene buena pinta —comentó guardando el gazpacho—. ¿Ocurre algo? —inquirió al levantar la cabeza y ver su expresión abatida.

Cristina se apresuró a componer una risueña sonrisa.

—No, en absoluto. Es solo que estoy cansada —mintió fingiendo un bostezo.

—Vas a tener que dejar de decir tantas mentiras o te empezará a crecer la nariz como a Pinocho —comentó él yendo hacia ella. Le deslizó los pulgares por los labios, borrándole la sonrisa para después besarla—. No me mientas, Cristina. Por favor.

Ella lo miró concentrada y luego esbozó una tímida sonrisa a la vez que asentía.

—Bien —murmuró complacido besándole la frente—. Entonces, dime, ¿por qué esa tristeza hace un minuto?

—Razz está pensando en huir del pueblo porque Andrés ha descubierto su secreto —dijo ella sonriente, apartándose de sus brazos—. Pero no debería hacerlo, está enamorado, y si se va se le romperá el corazón. Estoy deseando llegar a casa para ver qué hace al final.

Raúl la miró desconcertado. ¿De qué narices estaba hablando?

—Además, hay un pirómano por ahí que..., uf, sé que está tramando algo malo —afirmó pensativa—. Menos mal que Caleb y Goro están al quite para evitar que incendie el monte. Me tiene superintrigada porque no me imagino quién puede ser el malo —susurró conspiradora.

Raúl entornó los párpados al intuir de qué estaba hablando.

—¿Razz y Andrés son los personajes de una novela?

Cristina esbozó una alegre sonrisa que acabó por desarmarlo.

—Está bien, tú ganas —musitó vencido al comprender lo que hacía.

Por lo visto, el trato de no mentirle no incluía decirle lo que quería saber. Cogió los sándwiches y enfiló hacia el dormitorio.

—¿Adónde vas? —susurró ella mirándolo sorprendida.

—¿Nunca has cenado en la cama? —Dejó la comida sobre el baúl, se desabrochó varios botones de la camisa y se sentó en el colchón con las piernas extendidas, los tobillos cruzados y la espalda apoyada en el cabecero.

Ella lo miró, la cabeza inclinada hacia un lado en un gesto de concentración.

Raúl, a punto de llevarse el sándwich a la boca, se detuvo intrigado al ver su mirada evaluadora.

—Nos falla la cena —musitó ella, la mirada fija en la uve de piel que dejaba ver la camisa entreabierta.

—Era esto o gazpacho..., y el gazpacho me deja con hambre —comentó él perdido.

—Harían falta fresas y natas. O miel. Tal vez helado, pero eso es mejor en verano.

Raúl dejó el sándwich en el plato. Había perdido el apetito. O, mejor dicho, lo había sustituido por otro tipo de apetito.

—¿Qué estás sugiriendo exactamente? —susurró.

Ella sacudió la cabeza, saliendo de su ensoñación.

—Nada —sonrió apurada—. Es que me has recordado una escena del libro que leí ayer.

—Y ¿puedo saber qué pasaba en ella?

Cristina lo miró insegura.

—Ella le llenaba de nata el pecho y luego se la limpiaba... a lametones.

—Qué interesante... Vamos a tener que comprar nata, porque hacer eso con gazpacho puede resultar un poco desagradable —murmuró él haciéndola estallar en carcajadas.

Cristina saltó sobre la cama, gateó hasta el cabecero y se sentó con las piernas recogidas bajo el trasero. Extendió la mano para acariciar despacio el vello rubio entretejido de canas que cubría el torso masculino.

—Los hombres que he conocido no tenían pelo en el pecho. O, al menos, no tanto —murmuró ensimismada—. Hace poco leí una novela en la que la protagonista era una pirata y secuestraba a un noble inglés. La autora lo describía parecido a ti: alto, con el pecho velludo y una línea de pelo descendiendo por su abdomen hasta perderse bajo los pantalones. —Deslizó los dedos por la piel de Raúl, haciéndolo estremecer—. Y, mientras lo leía, no hacía más que pensar en ti con el pelo engominado y vestido con la levita y los pantalones ceñidos que usaban los caballeros del siglo XIX —musitó regresando al torso para jugar con el vello que lo cubría hasta que las tetillas se le erizaron, momento en el que, esbozando una traviesa sonrisa, las arañó con suavidad con las uñas.

Raúl no pudo contener un gemido gutural.

—Y la pirata... —dijo con voz ronca—, ¿qué le hizo al pobre noble?

Ella lo miró pensativa, casi remisa, antes de esbozar una tímida sonrisa.

—Lo montó —susurró girando la cabeza para evitar su mirada.

Sintió las manos de Raúl subiendo por su cuerpo hasta envolverle la nuca, instándola a bajar sobre él. Sobre su boca. Se besaron despacio, descubriendo los lugares secretos de sus paladares, liberándose lentamente de la ropa hasta que ambos quedaron desnudos, él de espaldas sobre la cama y ella tumbada a su lado.

Raúl estiró el brazo para sacar un preservativo del cajón y se lo puso, luego la envolvió entre sus fuertes brazos y la montó a horcajadas sobre él.

—¿Qué has dicho que hizo la pirata con el noble? —musitó con voz ronca.

Ella esbozó una sonrisa tan dulce y sincera que él sintió que su corazón dejaba de latir un instante. Luego le agarró el pene y lo sujetó mientras se empalaba en él.

\* \* \*

—¿Te vas? —le preguntó un buen rato después, cuando ambos estuvieron saciados de sexo, que no de sándwiches, pues estos seguían sobre el baúl.

—Sí, quiero saber cómo acaba la historia de Andrés, Razz y Lua —explicó Cristina mientras se ponía el sujetador.

—Pensaba que leías en la tableta —comentó él.

—Y así es.



Raúl observó el bolso, donde ambos sabían que estaba ese aparato, y luego la miró arqueando una ceja. Ella compuso una sonrisa demasiado amplia para ser verdadera y acabó de vestirse.

—Te veo mañana en el set.

—Espera —la llamó saltando de la cama para vestirse—, te acompañó.

Minutos después, salieron de la caravana. Juntos, pero guardando una prudente separación. Nada de tocarse o darse la mano, pensó ella abatida, no fuera a ser que alguien sospechara algo. Al fin y al cabo, por eso habían dado antes el rodeo, para que ni siquiera Jota, que era su mejor amigo, intuyera que podía haber algo entre ellos.

Sacudió la cabeza y compuso su sonrisa ganadora, aquella que solo esbozaba cuando necesitaba recordar que nada ni nadie podía hacerle daño. No tenía derecho a sentirse triste, mucho menos a enfadarse. Él no tenía ningún motivo para comportarse como si fueran algo más que un jefe y su empleada, mientras que sí tenía muchas razones para evitar que los vieran juntos. Ya le había dicho hacía tiempo que la privacidad era muy importante para él y que odiaba que se inmiscuyeran en sus asuntos o que estos se hicieran públicos.

Así que sonrió con más ganas, obligándose a ser feliz, y al llegar a la capuchina se despidió con un gesto amistoso y encantador antes de entrar y cerrar la puerta.

***Miércoles, 22 de marzo de 2017***

Cristina observó con aprensión el camión de oficinas. Ese era el feudo privado de María y, por extensión, del productor, Miguel Alvar. Allí se reunían con Raúl para hablar del rodaje. Los tres solos. Hasta esa tarde, en que Raúl le había ordenado al *gaffer* que la buscara y la mandara ir allí.

Con mucha urgencia.

Y ahí estaba ella, frente a la puerta, con las neuronas trabajando a mil por hora para intentar encontrar una explicación a tanta premura. Pero solo se le ocurría una. Iban a despedirla. No cabía otra conclusión. María se ocupaba de los presupuestos y las nóminas y siempre decía que no había suficiente dinero. Raúl se había empeñado en que cobraba muy poco para ser *script* y había ido a ver a la asistente de producción, exigiéndole que le subiera el sueldo. María se lo había dicho a Miguel, quien no le tenía mucho cariño después de que hubiera metido la pata hasta el fondo haciéndole una pregunta estúpida, y este había sumado dos más dos y había decidido prescindir de ella. E iban a despedirla hoy mismo, de ahí las prisas para que fuera a las oficinas.

Sintió que su corazón se detenía en mitad de un latido. Era muy pronto para quedarse sin trabajo y volver a casa. No lo soportaría.

Aguzó el oído intentando escuchar lo que decían dentro, pero solo se oía un quedo murmullo. Miró al cielo, buscando en las nubes el valor para acercarse a la puerta y llamar.

—¿Qué haces ahí parada, Blancanieves? —le preguntó Jota sobresaltándola.

—Raúl me ha llamado...

—¿Te ha convocado a la reunión? —Jota la miró sorprendido—. Vaya, qué interesante. Me pregunto por qué —musitó jugando con la melena de Cristina hasta acabar envolviéndola en su puño—. Estoy seguro de que sueña con agarrarte el pelo mientras te folla por detrás —le susurró al oído antes de

soltarla y subir los tres escalones que llevaban a la puerta del camión—. No hagamos esperar a tu enamorado. Hablar con Miguel suele alterarlo bastante, tal vez puedas atenuar un poco el efecto que el productor causa en él. —Le guiñó un ojo, abrió sin molestarse en llamar y entró sin esperar permiso—. Disculpad la tardanza —dijo, la mirada fija en Raúl—, pero me he entretenido acariciando seda líquida en la puerta.

—¿Seda líquida? —musitó él estrechando los ojos. Había algo en el tono de su amigo que no le gustaba ni un pelo.

—¿No has acariciado nunca el pelo de tu *script*? Es una experiencia eróticamente sensorial. Te recomiendo que lo hagas, a mí me ha relajado muchísimo —comentó malicioso antes de volverse—. Vamos, Blancanieves, somos los últimos en llegar. Hagamos nuestra entrada triunfal —dijo tendiéndole la mano a quien aguardaba fuera.

Y Cristina, aún pasmada por lo que le había dicho antes, tomó su mano y subió los escalones, angustiada por lo que pudiera encontrarse. Que no fue otra cosa que al productor, su ayudante, la asistente de dirección, el guionista y el director. Habían plegado los paneles que conformaban las paredes de las oficinas, convirtiendo la caja en un enorme salón en el que habían juntado varias mesas para formar una más amplia alrededor de la cual estaban sentados.

—Hola —musitó esbozando una animada sonrisa. O, al menos, intentándolo.

Raúl miró a Jota, quien tenía la sonrisa de un gato que acaba de comerse un pajarillo, y luego fijó la vista en Cristina, que parecía tan nerviosa como un pajarillo en la boca del gato.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó Miguel a la *script*, observándola intrigado. En esa reunión se iban a tratar temas importantes, y ninguno de ellos la incumbía a ella.

—Yo le he pedido que viniera —dijo Raúl yendo hacia ella. Le pasó la mano por la cintura, guiándola hasta la silla contigua a la suya—. No vuelvas a molestar a mi *script* —le dijo con voz átona a Jota al pasar por su lado, su mirada expresando todo lo que sus labios no decían.

—¿Estamos posesivos hoy? —musitó el director de fotografía esbozando una ladina sonrisa.

—Lo que estamos es dispersos —gruñó Miguel observando con los ojos entornados a la mujer que era la causante de la repentina tirantez entre los dos amigos—. Os he llamado porque tengo noticias importantes que daros. Como os comenté en su día, nuestra serie está destinada a formar parte de la oferta

de una cadena de reciente creación que quiere hacerse un hueco en el duro mercado del *streaming*<sup>[7]</sup>. Teníamos de plazo hasta el verano para entregarla, y los episodios se pondrían a disposición del usuario en una fecha aún por determinar. Bien, eso ha cambiado —afirmó consiguiendo la completa atención de todos—. Han cancelado una serie que tenían prevista y quieren ocupar su lugar con *Besos robados*.

—¿Cuándo tendríamos que entregarla? —inquirió Raúl. No era algo que no se esperara. Al contrario, imaginaba que eso iba a suceder.

—Comenzará a emitirse el 5 de mayo —respondió Miguel.

Raúl se quedó sin aire al oírlo.

—Es imposible que nos dé tiempo a tener todos los episodios en esa fecha —declaró con voz tranquila, aunque tranquilidad no era exactamente lo que sentía.

—Lo sé. Tras una dura negociación, han accedido a emitirla en episodios semanales en lugar de ofrecerla completa desde el principio. Lo cual puede ser bueno, pues creará expectación, o muy malo, porque el consumidor de este tipo de plataformas no está acostumbrado a esperar para ver una serie completa, a excepción de las grandes apuestas y series muy consolidadas. Además de ese posible hándicap, también vamos a tener en contra el día en que se estrenarán los episodios —señaló el productor—. Será los viernes, a las diez de la noche.

—Joder —masculló Jota cerrando el puño sobre la mesa—. El viernes por la noche es el día del entretenimiento en familia. Vamos a enfrentarnos a los programas estrella de todas las cadenas nacionales —gruñó sacando malhumorado la petaca para dar un largo trago.

—Podría ser peor. Podrían haber elegido el sábado o el domingo —comentó Raúl con calma. Cruzó las piernas y entrelazó las manos sobre la rodilla para evitar la tentación de robarle la petaca a su amigo—. Y entonces sí que no nos vería nadie.

—También debéis tener en cuenta que la forma de ver televisión está en constante cambio —comentó Neus—. Los espectadores ya no se conforman con ver las series que les gustan a las horas en las que son emitidas, sino que exigen, y pagan, por verlas a las horas que deciden y en multiplataforma. De hecho, estudios recientes confirman que hay una gran fragmentación a la hora de ver los contenidos: el usuario puede empezar a verlo en la televisión, seguir en el móvil o la tableta y acabar en el ordenador.

—No puedes estar más acertada, Neus. Ya no es la audiencia directa la que decide, como han demostrado algunas series recientes, que, no teniendo

grandes índices el día del estreno de los episodios, sin embargo, rompen en las plataformas de *streaming* —apuntó Miguel.

—Estoy de acuerdo —murmuró Raúl mientras escribía algo en los papeles que tenía ante sí, más exactamente en el que tenía impreso un calendario—. Pero lo que me interesa saber es cuándo tengo que entregar los paquetes de episodios —le reclamó al productor.

—Quieren los cinco primeros el 12 de abril.

—No hay problema, ya tenemos casi todas sus secuencias rodadas, y pensaba montarlos ese fin de semana. Te los entregaré el domingo 9 —dijo rodeando con un círculo esa fecha en el calendario.

Miguel sonrió complacido al oír al director; su mayor miedo había sido no llegar a tiempo con los primeros, pero por lo visto Raúl Garrido había recuperado su perspicaz intuición de antaño. Y, si hacía caso de lo que le contaba María, también el instinto cinematográfico que lo había convertido en el niño mimado del cine español.

—Los cuatro siguientes los tenemos que entregar el 22 de mayo, y los cuatro restantes nos los confirmarán antes del 15 de junio —señaló Miguel—. Vamos a ir muy ajustados para hacer cambios en el guion, pero no he podido conseguir más tiempo.

—Podemos trabajar con esos plazos —aseveró Raúl abriendo la carpeta que contenía los planes de rodaje previstos para las siguientes semanas—. ¿Neus?

—Sí, sin duda podemos hacerlo —coincidió ella tras pensarlo un instante. Luego abrió su propia carpeta para estudiar los mismos papeles que Raúl—. Aunque vamos a tener que adelantar algunos rodajes previstos. ¿Tienes por ahí pósts? —le preguntó a Cristina, y esta se apresuró a sacar de su cinturón de maquillaje un paquete de papelitos autoadhesivos—. Habría que hacer algo con los rodajes en exteriores que no estén alejados geográficamente, tal vez rodar y volver en el día, sin trasladar el campamento. Es más caótico, pero nos ahorrará tiempo si se hace bien —comentó señalando una hoja con el sencillo método de pegar un papelito en el borde.

—Buena idea. Sigue estudiando el plan a ver que más opciones se te ocurren —le pidió Raúl antes de mirar con gesto severo al director de fotografía—. ¿Jota?

—Puedo hacer un esfuerzo y dejar de lado mis borracheras nocturnas para emplear esas horas en estudiar y preparar la iluminación, óptica, encuadre y composición de las nuevas secuencias —comentó con desidia.

—No te pido más —señaló Raúl sonriendo. Por supuesto que pensaba pedirle más, y sabía de sobra que Jota se iba a dejar la piel sin dudarlo—. Fabián, el guion de los últimos cuatro episodios es lo que más me preocupa. Vamos a tener muy poco plazo para hacer variaciones en caso de que decidan ir a por una segunda temporada.

—Dormir está sobrevalorado —replicó este encogiéndose de hombros.

—Perfecto —asintió Raúl—, vamos con ello.

Y eso hicieron, estudiaron el guion y los planes de rodaje durante las siguientes horas, hasta que el director dio por zanjada la reunión y todos se dispersaron. O, mejor dicho, casi todos, porque hubo tres personas que continuaron juntas a pesar del disgusto de una de ellas.

—¿No tienes a nadie más a quien molestar? —le preguntó Raúl a Jota al ver que los seguía.

—La verdad es que no. Neus no me hace caso, María me ignora, y Fabián está atontado con el nuevo pinche de cocina... Así que solo puedo incordiarte a ti.

—Qué ilusión me hace —replicó Raúl con voz átona.

—Eso me figuraba —dijo socarrón guiñándole un ojo a Cristina. Se colocó a su lado y le pasó un brazo por los hombros, acercándola a él—. Y, dime, ¿tienes libre esta noche?

Ella lo miró entre avergonzada y divertida. No había nadie más irreverente que Jota. Tampoco más solitario. En cierto modo le recordaba a sí misma, pues él utilizaba su irreverencia de la misma manera que ella sus sonrisas, para crear un muro tras el que parapetarse.

—¿Es timidez eso que veo en tus ojos? —Jota le retiró con ternura el pelo de la frente—. Te lo prohíbo, conmigo solo te está permitido reírte y, si la situación lo requiere, pegarme con una sartén o incluso caparme —bromeó antes de ponerse serio—. Pero nunca retraerte. Una mujer tan bonita como tú jamás debería dejar de sonreír —musitó arrancándole una sonrisa—. ¡Así me gusta! ¿Y bien?, ¿qué te apetece hacer esta noche? Tiene que ser algo especial porque será nuestra primera cita...

—Siento interrumpir tu estudiada seducción —intervino Raúl con voz cortante—, pero me temo que tengo que reclamar la presencia de mi *script* esta noche. Necesito estudiar el guion con ella.

—Lo siento si parezco un poco obtuso, pero ¿no es eso lo que acabamos de hacer en las oficinas? —replicó Jota burlón.

—Piérdete —le exigió Raúl harto de dar rodeos.

—No sé por qué, pero me parece que mucho no vas a trabajar —comentó girando sobre sus talones para dirigirse a la carpa de *catering*.

—Eso no ha sido muy disimulado —musitó Cristina mirando preocupada al director. Si no tenía más cuidado, su amigo acabaría averiguando que eran amantes.

—Con Jota no se puede andar con indirectas: le rebotan —replicó Raúl.

Entraron en la autocaravana, se quitaron las chaquetas quedando en mangas de camisa él y en camiseta ella y, como si fueran un matrimonio bien avenido, prepararon la cena en una fluida coreografía en la que, a pesar de la estrechez del lugar, no chocaron más que las veces que quisieron hacerlo. Que no fueron pocas, pues Raúl parecía sentir cierta obsesión por el cuello de su *script*. Le gustaba pasar tras ella, retirarle el pelo de la nuca y besársela. Era entonces cuando Cristina echaba a un lado la cabeza y él, como el buen vampiro que era, aprovechaba para morderle ese lugar especial en el que cuello y hombro se unen.

—¿Por qué vais a tener que modificar el guion de los últimos episodios? —preguntó de repente ella en un momento en el que las manos de él ascendían juguetonas hacia sus pechos.

Raúl se detuvo, que Cristina estuviera pensando en el guion y sus modificaciones significaba que no era receptiva a sus caricias. Y por experiencia sabía que, si continuaba insistiendo, solo conseguiría sonrisas fingidas, falsos gemidos y orgasmos impostados. Porque ese, había descubierto, era el gran problema con su *script*. Que nunca se quejaba o lo rechazaba, ni a él ni a nadie. Tampoco pedía jamás nada, al menos, no directamente. No, ella era mucho más complicada que unas pocas sonrisas forzadas. Había aprendido que, si quería saber lo que en realidad pasaba por su cabeza, tenía que estar muy atento a todas las palabras que abandonaban su boca, porque en muchas ocasiones lo que expresaba con ellas iba más allá de su significado lingüístico. Como en esa ocasión. Sí, le estaba preguntando por el guion, pero lo que en realidad le decía era que no estaba interesada en tener sexo en ese momento.

Dio un paso atrás permitiéndole alejarse y metió en el microondas la comida china que horas antes habían cogido del *catering*.

—Los últimos episodios dependen en gran medida de si habrá o no más temporadas. Si la serie no continúa, el final será cerrado, pero si hay prevista otra temporada el guion se modificará para introducir el cebo de nuevas tramas, de manera que esos episodios dejen una vía abierta e inciten al espectador a desear ver la siguiente.

—Y nosotros no vamos a saber si hay otra temporada hasta junio — musitó ella preocupada.

—Eso parece.

—Y ¿cuándo tendremos que entregarlos?

Raúl frunció el ceño. Cogió el calendario que había sobre la encimera y contó las semanas en silencio.

—Como muy tarde, a finales de junio.

—¡Pero si no sabemos si tenemos que cambiar el guion hasta mediados! ¡No nos dejan tiempo para trabajar! —jadeó indignada, los tallarines atrapados en los palillos oscilando en el aire.

Raúl la miró sorprendido. No era normal en ella mostrarse enfadada, al contrario, siempre, pasara lo que pasase, mantenía una sonrisa perenne en los labios. Sonrió esperanzado, tal vez esa furia significara que por fin comenzaba a confiar en él y a mostrarle sus verdaderas emociones.

Le envolvió la nuca con la mano y tiró de ella para darle un beso que los dejó sin aliento a ambos.

—No te preocupes por eso —dijo cuando se separaron—. El guion variará en escenas muy determinadas, habrá muchas que podremos rodar, aunque no sepamos si hemos de ampliar la trama —explicó antes de hundir los palillos en la ternera con bambú y setas chinas.

—Menos mal —suspiró aliviada.

Raúl volvió a sonreír al ver una nueva emoción que nunca le había mostrado antes.

—Entonces ¿el día 7 irás a montar los episodios? —murmuró ella removiendo inquieta la comida en el plato.

—Estaré fuera todo el fin de semana, así que interrumpiremos el rodaje hasta el lunes —comentó mirándola con atención—. Aquí no vas a hacer nada, tómate esos días libres.

Cristina esbozó una sonrisa ilusionada.

—Sería estupendo, el viernes tengo algo importante que hacer.

—¿Algún evento romántico tal vez? —preguntó intrigado.

Cristina lo miró atónita, ¡había prestado atención a lo que le decía!

—¡Sí! —exclamó apasionada—. Ese fin de semana se celebra el HeartCon en Málaga. Va a ser la primera convención romántica que se haga en España, con talleres, mesas redondas, charlas, presentaciones editoriales y exposiciones... Estoy deseando ir.

Raúl la observó intrigado. Le había hablado mucho de esos encuentros a los que asistía con sus amigas. Unas amigas con las que, por cierto, jamás la



había visto salir. De hecho, ella no parecía mantener contacto con nadie ajeno al rodaje. Tampoco recibía visitas o salía con sus compañeras de capuchina. Se limitaba a trabajar sin parar, leer novelas románticas en cada rato que tenía libre y estar con él. Se sintió un privilegiado al pensar que era la única persona a la que había dejado entrar en su vida de ermitaña.

—Entonces está hecho, te tomarás el fin de semana entero —afirmó encantado de poder complacerla.

Cristina sonrió eufórica y luego se lanzó sobre él para darle un entusiasmado beso que apenas duró un segundo, porque enseguida comenzó a contarle arrebatada todo lo que iba a hacer en ese evento, los talleres a los que iba a asistir y las autoras a las que iba a conocer. Todo ello sin que la radiante sonrisa que iluminaba su cara desapareciera ni un instante.

Raúl la observó embelesado mientras hablaba excitada. ¿Cómo podía nadie creer que las tenues sonrisas que siempre esbozaba eran sinceras? Cuando sonreía de verdad lo hacía con toda la cara, los ojos le chispeaban, sus labios se abrían hasta mostrar los dientes y en sus mejillas aparecían dos preciosos hoyuelos que le aceleraban el corazón.

—Si quieres puedo acercarte el viernes por la mañana a Atocha, me pilla de paso para ir a la sala de montaje —le propuso cuando ella calló un segundo para tomar aire.

Cristina se quedó inmóvil y lo miró con gesto confundido.

—¿Para qué voy a ir a Atocha?

—¿Cómo vas a llegar a Málaga si no es en tren? —murmuró él sorprendido. No tenía coche con el que poder ir, y dudaba que encontrara vuelo con tan poca antelación.

Ella se removió inquieta antes de esbozar una de esas sonrisas que Raúl tanto odiaba.

—Ah, claro. Para ir a Málaga. Bueno, la verdad es que había pensado tomar el tren por la tarde para tener el viernes libre e... intentar ver a mis padres —dijo deslizado la mano por la piel desnuda de su antebrazo en una nerviosa caricia. Había prometido no mentirle, y de hecho no lo hacía. No siempre se conseguía todo lo que se intentaba. Sobre todo, si se intentaba con muy poco ahínco—. Ya sabes, hace un montón de tiempo que no los veo, y seguro que me echan de menos. Y yo a ellos, claro —añadió soltando una risita forzada que molestó a Raúl incluso más que sus sonrisas falsas.

—Claro —musitó él, la mirada fija en los dedos que recorrían el brazo. No jugaban sobre las pulseras como él había supuesto cuando los había visto

moverse bajo la manga; solo subían y bajaban sin parar por el antebrazo—. Imagino que tendrás muchas ganas de verlos.

—Creo que entre Jairo e Irene está surgiendo algo especial —comentó ella sonriente—. Los he pillado un par de veces mirándose acaramelados. ¿Tú qué piensas?

Raúl la miró turbado por tan radical cambio de tema. ¿A qué demonios había venido? Observó sus manos inquietas, su mirada atrapada y su sonrisa alterada y decidió seguirle el juego y olvidarlo.

—El sexo siempre es especial, sobre todo las primeras veces. Luego se vuelve rutinario —dijo con sorna. Tampoco a él le habían pasado por alto las frecuentes visitas que el actor hacía a la autocaravana de la actriz en los últimos días.

—No digas eso, no es verdad —protestó ella.

—¿Ah, no? Ilústreme, por favor —replicó desafiante.

Cristina lo miró ofendida antes de recordar que ella jamás se ofendía y volver a mostrarse afable.

—Lo que hay entre Irene y Jairo es mucho más que sexo —afirmó decidida.

—Ah, sí... El bendito amor —apuntó con evidente cinismo.

—No. El amor no existe —replicó ella dejándolo pasmado.

—¿Entonces? —inquirió confuso.

—Están siempre juntos, se cuentan sus secretos, se ríen por tonterías que solo ellos comprenden y, de vez en cuando, hacen el amor. Lo que significa que se han hecho amigos y confían el uno en el otro —afirmó con determinación.

—Y eso es más importante que el amor —murmuró él con evidente diversión. Amistad. Confianza. ¡Dijera lo que dijese, su *script* era una romántica empedernida!

—Sí, porque el amor no es real —reiteró ella—. Mi hermano realizó un estudio antropológico sobre el amor y concluyó que no existe. El amor no es una emoción, sino una necesidad fisiológica, un impulso que surge cuando el cerebro se llena de feniletilamina y responde liberando dopamina, oxitocina y adrenalina, lo que crea los síntomas del enamoramiento: aceleración de los latidos, mariposas en el estómago y necesidad de ver a esa persona de la que supuestamente estamos enamorados, ya que ella es quien nos produce la descarga de dopamina que trae consigo el placer.

—Así que el amor es solo un desbarajuste químico en nuestro cerebro —resumió Raúl.

—¡Eso es! —exclamó entusiasmada. ¡Lo entendía!

—Entonces esas parejas de ancianitos que llevan toda la vida juntos..., ¿no están enamoradas? —señaló burlón.

—Exactamente, solo sienten apego.

—¿Apego? —repitió como un loro, tan sorprendido lo había dejado.

—Sí, apego. Al cabo de tres años, los receptores de dopamina del cerebro pierden sensibilidad y dejan de responder al estímulo. Es entonces cuando la oxitocina se hace fuerte, liberando sentimientos de felicidad, empatía, comprensión y fidelidad. Si la relación entre los amantes está basada en la amistad y la confianza, el enamoramiento, por llamarlo de alguna manera, subsiste. Pero si solo se basa en el sexo y la atracción física, el amor se extingue —afirmó con rotundidad.

—Y, sin embargo, a ti te encantan las novelas románticas..., esas que hablan de un amor que, según tú, no existe —murmuró divertido mientras recogía los platos. Los tiró a la basura y lavó y guardó los palillos. Podrían servir para algo más interesante que comer.

—Me encanta soñar —replicó Cristina, la mirada perdida en algo que solo ella podía ver—. Y en las novelas románticas todos los sueños se hacen realidad. Hasta la mujer con el pasado más oscuro y la mente más trastornada puede encontrar a su príncipe azul y tener un futuro maravilloso.

—Y eso por no hablar de los apoteósicos maratones sexuales de los protagonistas con los que tanto disfrutas. O debería decir, disfrutamos —apuntó Raúl mordaz.

Cristina sonrió con timidez girando la cabeza para mirar por la ventana.

Él se sentó a su lado, le aferró la melena y tiró, haciéndole inclinar la cabeza para besarle el cuello. Ella gimió estremecida antes de recostar la espalda contra su torso.

—Cuéntame el último encuentro que has leído —le pidió deslizándole los labios por el hombro al ver que no era rechazado.

—He empezado un nuevo libro de vampiros —murmuró Cristina cerrando los ojos—. Y tiene unas escenas que..., uf...

Raúl sonrió. Intuía que los interludios sexuales que le describía no pertenecían a ningún libro, sino que en realidad eran sus propias fantasías. Fantasías que quería que él hiciera realidad, y a eso se había dedicado esas últimas noches.

—Me encantan los vampiros —susurró antes de dejar que sus dientes la arañaran con delicadeza—. Son un poco brutos, pero muy creativos —musitó

metiendo las manos bajo la camiseta de ella para ascender por su piel desnuda.

—A veces demasiado. —Cristina frotó la mejilla contra el hombro de él, dándole mejor acceso a su cuello.

Raúl, por supuesto, no lo pensó un instante. Volvió a morderle a la vez que sus manos llegaban hasta el sujetador y le sacaba los pechos para jugar con ellos.

—Cuéntame, ¿qué ha hecho tu vampiro esta vez? —susurró en su oreja antes de atraparla entre los dientes.

—Tenía... un juguete —musitó ella tras pensarlo un segundo.

—¿Un juguete? —inquirió él apresando sus pezones entre los dedos. Apretó y tiró de ellos, mezclando dolor con placer.

—Un enorme vibrador —gimió ella juntando los muslos con fuerza.

Él volvió a torturar sus pezones a la vez que le lamía la nuca para luego soplar.

Cristina se estremeció, sus piernas apretándose rítmicamente en busca de un consuelo que no hallaba.

—Y ¿qué hacía con él? —insistió Raúl al ver que se quedaba callada.

—Jugar... —musitó ella a la vez que deslizaba las manos hacia su sexo con disimulo.

Raúl se las apresó con una de las suyas, evitando que llegaran a su destino, y le deslizó la que le quedaba libre por el vientre. Cristina separó las piernas al momento, diciéndole sin palabras dónde lo necesitaba.

—¿Cómo jugaba con el enorme vibrador? —inquirió Raúl, la mano inmóvil sobre el monte de Venus. Ella alzó las caderas intentando llevarlo a donde quería, pero él era mucho más fuerte y se limitó a presionar hasta que su trasero volvió a quedar sobre el asiento—. Dime cómo —insistió.

—Le ordenaba que hiciera cosas —murmuró jadeante.

—¿Qué cosas?

—Masturbarse con él —gimió juntando de nuevo las piernas. Un ramalazo de placer la recorrió, robándole el aliento.

Raúl le hundió la mano entre los muslos. La entrepierna del pantalón estaba húmeda y caliente, como si su sexo estuviera ardiendo. Frotó los dedos sobre la tela que lo cubría y ella se estremeció sin control.

—Dime cómo lo hacía —exigió apoyando el talón de la mano contra el lugar en el que el clítoris pulsaba. Ella jadeó, un suave rubor iluminando sus mejillas—. Vamos, Blancanieves, cuéntamelo, quiero saberlo.

—Le daba órdenes y ella debía seguirlas...

—Y ¿a ella le gustaba? —inquirió excitado.

Al narrarle esa fantasía le estaba diciendo hasta dónde le iba a dejar llegar, y él necesitaba saberlo más que respirar.

Cristina asintió silente, incapaz de verbalizar sus anhelos y sus deseos.

—¿Cómo le exigía que se masturbase? Descríbemelo —insistió él.

Ella negó con la cabeza, el suave rubor convertido en un agresivo sonrojo que se extendía desde su cuello hasta los pómulos.

—También jugaban con pañuelos —gimió sofocada tras unos segundos intentando hablar sin conseguirlo. Había fantasías que eran demasiado perversas para contarlas en voz alta.

—Entiendo —murmuró Raúl, consciente de que ella acababa de marcarle un límite, uno que se encargaría de traspasar más adelante. No pensaba dejar ninguna de sus fantasías sin cumplir, mucho menos aquellas que la excitaban tanto... y que tan bien conjugaban con las suyas propias—. ¿La ataba? —susurró aceptando el cambio de rumbo.

Cristina asintió, mirándolo nerviosa.

—¿Cómo?

Ella negó con la cabeza, de nuevo incapaz de hablar sobre sus fantasías más oscuras.

—Es una lástima que no tengamos pañuelos —comentó Raúl esbozando una pícara sonrisa. Le soltó las muñecas y apartó la mano de su sexo para luego envolverla entre sus brazos—. Vamos a tener que conformarnos con besarnos —murmuró antes de hacer eso mismo.

La besó despacio, concentrado en eliminar con sus labios y su lengua todo rastro del desasosiego que la había paralizado.

—Soy demasiado mayor para esto —masculló poco después, estirándose quejumbroso tras ella—. Me duelen todas las articulaciones, ¿vamos a la cama?

—Quejica —susurró ella, los nervios olvidados gracias a los besos—. No eres mayor, solo comodón —lo acusó.

—No te digo que no —replicó levantándose para luego tenderle la mano—. ¿Vienes?

Ella sonrió con timidez antes de acompañarlo.

Raúl se detuvo un instante para coger los palillos chinos que había guardado antes.

—¿Tienes gomas en el bolso? —le preguntó. Cristina asintió—. Dame cuatro.

Se entretuvo un instante en reunir los palillos por parejas y los ató con una goma en cada extremo.

—¿Qué haces? —inquirió ella, observándolo intrigada.

—Un juguete. ¿Alguna vez has llevado pinzas en los pezones? —Le enseñó el artilugio recién creado.

Cristina negó con un gesto, la mirada fija en lo que sostenía.

Raúl dejó a un lado las pinzas y se cernió sobre ella. La besó hasta borrar la expresión preocupada de su rostro y luego la desnudó despacio, acariciando con los labios cada tramo de piel que iba descubriendo.

—Tumbate de espaldas, las manos pegadas a los costados —le ordenó con voz ronca cuando la liberó de la restricción de la ropa.

Ella se lamió los labios y se apresuró a obedecerlo.

Raúl la observó mientras se desnudaba; comenzaba a conocerla y no le resultaba difícil intuir qué la excitaba. Y recibir órdenes era algo que la ponía a mil. Casi tanto como a él darlas. Saltó a la cama y se arrodilló entre las piernas de ella, y, tras asegurarse de que las gomas que mantenían las pinzas unidas no estuvieran demasiado tirantes, agachó la cabeza para chuparle los pezones. Los prendió entre los dientes para luego calmarlos con la lengua hasta que se irguieron expectantes bajo sus atenciones, y en ese momento atrapó el primero entre los palillos que conformaban las pinzas.

Cristina exhaló con fuerza, un jadeo a medio camino entre el dolor y el placer, las manos volando hacia sus pechos para quitárselas. Raúl se las atrapó, sujetándoselas por encima de la cabeza, y ella se retorció bajo él, tan excitada como dolorida, para luego sacudir las caderas restregándose contra su erección.

—Tranquila, enseguida se pasa —susurró él antes de besarla.

Le sostuvo las manos con una de las suyas y utilizó la otra para presionarle el monte de Venus y obligarla a dejar de frotarse contra él. Aún era muy pronto para eso, tendría que ganárselo.

Esperó a que se relajara y se dedicó al otro pezón hasta apresararlo en la otra pinza.

Cristina apretó los dientes ante la intensa presión, el trasero elevándose de nuevo en busca de consuelo. Y en ese momento sintió la mano de él entre sus muslos, tentando su sexo antes de enterrar un dedo entre sus labios vaginales y recorrerlos de principio a fin, volviéndola loca.

—Estás tan mojada —murmuró Raúl al penetrarla con dos dedos. Los abrió en tijera, dilatándola antes de curvarlos para frotar ese lugar en su interior que la hacía gritar de placer.

Cristina exhaló un agitado gemido a la vez que sus caderas se sacudían con vida propia. Los pezones le ardían, lanzando ríos de fuego a su vientre, excitándola más aún. Y él lo sabía, porque acercó la boca a sus pechos y lamió con la punta de la lengua los pezones atrapados en la madera. Ella sollozó jadeante, las manos aprisionadas bajo la de él mientras separaba más las piernas exponiendo su sexo, pidiéndole sin palabras que le acariciara el clítoris.

—Pañuelos no tengo —dijo de repente Raúl mirándola con picardía—, pero las corbatas pueden servirnos bien. —Fue al armario y regresó un instante después con un par de ellas.

Cristina lo miró confundida.

—Déjame atarte —le pidió él acariciándole las muñecas con la suave seda.

Ella asintió despacio, las pupilas tan dilatadas que le costaba enfocarlas en su rostro.

Raúl le hizo doblar las rodillas hasta colocarlas contra su pecho y después le ató con delicada presteza las muñecas a los tobillos, totalmente abierta para él.

Hundió un dedo en su sexo y ella se estremeció de pies a cabeza. Lo metió y lo sacó hasta que estuvo tan mojado que se tornó resbaladizo y luego lo deslizó por el perineo hasta llegar al ano.

Cristina se tensó al sentirlo presionar contra el estrecho orificio.

—Relájate —le ordenó Raúl antes de morderle el interior de los muslos con brusca suavidad.

A pesar de sus ataduras, ella separó aún más las piernas al notar el roce de sus colmillos en la piel. Era increíblemente erótico y excitante, y todo su cuerpo comenzó a mecerse al compás que él marcaba. Le rozaba el sexo con los labios para después alejarse por su vientre y perderse en su ombligo. Luego volvía a descender y le atrapaba los labios vaginales entre los dientes con exquisito cuidado, succionándolos hasta que la oía jadear, momento en el que volvía a alejarse. Y mientras la atormentaba con la boca, su dedo le frotaba el ano, relajándolo hasta que lo penetró sin ningún impedimento. Y allí lo dejó. Luego se incorporó sobre las rodillas y la miró con ojos traviosos.

Cristina se quedó muy quieta, todo su cuerpo expectante.

—¿Te gusta que te ate? —le preguntó él.

Ella asintió una sola vez y él premió su sinceridad enterrándole el pulgar en la vagina. Hizo pinza con este y el índice que invadía su recto y comenzó a meter y a sacar ambos, haciéndola jadear de placer.

—Te gusta ceder el control —afirmó aumentando la urgencia con que sus dedos la follaban.

Ella volvió a asentir, la mirada ausente y los labios entreabiertos para intentar llenar sus pulmones de aire sin conseguirlo.

—¿Por qué? —exigió saber él, sus dedos acercándola con rapidez al orgasmo, pero sin permitirle alcanzarlo.

Ella negó con la cabeza, resistiéndose a responder a la vez que tironeaba de las corbatas que la mantenían atada.

—Dímelo —ordenó Raúl arañando con los dientes la suave piel de su hombro, haciéndola estremecer.

Luego le deslizó los colmillos por el cuello, creando un sendero de fuego que descendió directo hasta el lugar en el que sus dedos la torturaban. Atrapó un poco de piel entre los dientes y apretó despacio.

Cristina sacudió las caderas al borde del orgasmo, pero él se apartó impidiéndole llegar, la boca a unos centímetros de su cuello y los dedos quietos dentro de ella.

—Contesta a mi pregunta —exigió inmóvil, sujetando con férrea voluntad el placer de ambos.

—Es liberador no tener que mantener el control —gimió ella sin saber bien lo que decía, confundida por la necesidad que la dominaba.

Anhelaba sus caricias, sus bruscos roces y sus mordiscos de placer. Lo quería todo. Y lo quería ya. Sacudió los brazos, exaltada al comprobar que, por muy fuerte que tirara, los nudos no se soltaban. Se debatió contra las ataduras, excitándose más aún.

Raúl sonrió satisfecho y comenzó a moverse de nuevo. Sus dedos volvieron a invadirla con violenta rapidez mientras su boca descendía acariciante por sus pechos, lamió con suavidad sus hipersensibles pezones y luego siguió bajando. Jugó con la lengua en el ombligo, le mordió con suavidad las caderas y por fin hundió la cabeza entre los muslos. En el momento en que sus labios tocaron el clítoris, ella estalló.

La acompañó con los dedos y la lengua, saboreando cada espasmo que la hacía estremecerse y gritar, hasta que acabó calmándose. Se apartó de ella el tiempo necesario para ponerse un condón y la penetró de una brusca embestida.

Ella sollozó excitada de nuevo.

—Prepárate, Blancanieves, esto te va a doler un poco, pero luego será increíble. Te lo prometo —le dijo antes de lamer sus pezones aún apresados



en las pinzas. Con un rápido movimiento, quitó las gomas que las sujetaban, liberando el primero de ellos.

Cristina jadeó al sentir el fuerte dolor que la recorrió con un latido punzante que se convirtió en placer cuando él lo calmó con su boca.

Raúl esperó a sentirla de nuevo relajada antes de liberar el otro pezón. Repitió las caricias y los besos, la vagina palpitando contra su polla con cada lametón que le daba. Comenzó a mecerse mientras ella no dejaba de debatirse excitada contra las ataduras, el vello de su torso rozándole los doloridos pezones a la vez que entraba y salía de ella. Era increíble. Lo apretaba con fuerza, como si no quisiera permitirle abandonar su sexo, la boca abierta en un grito mudo, estremeciéndose sin cesar mientras sus manos atadas batallaban frenéticas contra las corbatas que la ataban. Raúl aumentó el ritmo a la vez que le deslizaba una mano por el sexo para frotarle el clítoris y acelerar su orgasmo.

Estaba demasiado excitado, no aguantaría mucho más.

Poco después, ella arqueó la espalda, todo su cuerpo en tensión mientras las paredes de su vagina lo ordeñaban en un orgasmo sobrecogedor que casi lo dejó sin sentido.

Tardó varios segundos en conseguir que su cuerpo volviera a obedecerlo, momento en que se apartó para tumbarse a su lado. La desató, permitiéndole abandonar la expuesta postura, y Cristina se giró adormilada hasta quedar junto a él, la cabeza descansando sobre su hombro y la mano abierta en su torso, los dedos jugando con el hirsuto vello que lo cubría.

Raúl tragó saliva sorprendido. Era la primera vez que ella no saltaba de la cama un segundo después de acabar de follar. Claro que lo que habían hecho esa noche no era follar. Había sido demasiado intenso como para llamarlo así. También demasiado íntimo. Había podido vislumbrar una parte de ella que jamás mostraba a nadie.

La miró intrigado, en su mente dando vueltas una sola frase: «Es liberador no tener que mantener el control».

Sí, ella siempre mantenía sus emociones bajo llave. Jamás se mostraba enfadada, alterada o asustada; solo encantadora, voluntariosa y afable. Nunca protestaba ni rechazaba nada. Ya fuera una caricia, un trabajo o una petición, todo lo aceptaba con una sonrisa amable. Se parapetaba tras estas y lo hacía tan bien que nadie sospechaba que eran tan forzadas como falsas. Pero no era solo eso. Había más, mucho más escondido en esa frase. No era solo mantener el control de sus emociones. Era mantener el control de todo. Siempre se mostraba sumisa, pero no lo era. En absoluto. Ni siquiera durante

ese interludio sexual, atada como estaba, había sido sumisa. Al contrario. Había batallado como una fiera contra las ataduras, tirando de ellas y sacudiendo las caderas sin cesar.

Y eso era lo que la había excitado tanto, comprendió de repente Raúl. Esa libertad absoluta que había tenido para debatirse. La misma que había tenido cuando la había follado esa segunda vez contra la mesa, sujetándole las muñecas y a la vez dejándola libre para luchar contra él. Todo lo contrario de lo ocurrido la primera vez, cuando ella, y también él, se habían contenido, convirtiendo ese primer polvo en un absoluto desastre.

La observó intrigado. Esa mujer era un verdadero enigma. Y él cada vez se sentía más hechizado por ella.

Se relajó bajo las delicadas caricias con las que le recorría el torso, hasta que estas se fueron debilitando y la mano quedó inmóvil. Sonrió. A ella le gustaba enredar los dedos en su vello mientras hacían el amor..., y por lo visto esa atracción continuaba en el relax posterior al coito, solo que, en vez de arañarle las tetillas, trazaba círculos alrededor de ellas. Se volvió despacio para no despertarla y le retiró el flequillo de la frente. Le encantaba la placidez que mostraba su rostro cuando sus ojos se cerraban, la curva casi recta de sus cejas, la suave ondulación de sus pómulos, la ligera abertura de sus labios. Toda la contención que mostraba cuando estaba despierta desaparecía durante el sueño. También durante el sexo.

Resiguió las cejas que tanto lo fascinaban con los dedos y suspiró un dulce beso sobre su frente. Cerró los ojos intentando contagiarse de su placidez, pero esta se le resistió, como siempre. Aguantó unos minutos, sus ojos moviéndose inquietos bajo los párpados y todo su cuerpo tensándose más y más a cada segundo que pasaba, hasta que, rindiéndose a lo evidente, volvió a abrirlos. Su cerebro aún no estaba lo suficientemente agotado como para relajarse y dormir.

Separó con cuidado la mano de Cristina de su torso y salió de la cama. Caminó desnudo hasta la nevera, sacó un brik de leche y bebió a morro un largo trago a la vez que pensaba divertido que si ella lo viera sonreiría afable mientras lo fulminaba con una de sus intensas miradas de enfado. Se secó la boca con el dorso de la mano, y en ese momento el aroma de ella se coló en sus fosas nasales, excitándolo de nuevo. Se lamió los dedos impregnados en su esencia íntima mientras miraba hacia abajo, al lugar en el que su pene dormido comenzaba a despertarse. No era que estuviera duro, pero apuntaba maneras. Sonrió complacido, no estaba nada mal para un hombre de su edad.

Apoyó el trasero contra la encimera y la observó dormir a través de la puerta abierta.

Era preciosa. Pero no era su belleza lo que lo tenía hechizado. Era su bondad, esa apacible afabilidad que solo le permitía ver lo mejor de aquellos que se cruzaban en su camino, ya fueran una actriz con demasiados aires, una camada de gatos hambrientos o un director perdido en sus miserias.

Remiso a mantenerse lejos de ella, cogió el guion y un par de bolígrafos y entró en el dormitorio. Se sentó en el baúl con la pierna derecha cruzada sobre la izquierda, se puso el guion sobre el muslo y lo abrió para revisarlo por enésima vez. Aunque eso no fue lo que hizo. Se quedó mirando la cama, absorto en la mujer que dormía allí. Al menos, hasta que ella comenzó a removerse. Al verla deslizar la mano por el lugar en el que él había descansado, se permitió creer que lo estaba buscando y su cuerpo respondió a esa certeza con los mismos síntomas que Cristina había descrito para esa emoción llamada amor en la que ninguno de los dos creía. Se le aceleró el corazón y sintió mariposas en el estómago, unas enormes mariposas que batieron con más fuerza sus alas cuando ella se sentó adormilada en la cama y le regaló una de sus escasas sonrisas sinceras.

La observó embelesado mientras se estiraba perezosa, aunque salió con brusca urgencia de su ensoñación cuando la vio bajar de la cama y comenzar a vestirse.

—¿Te vas? —inquirió, su voz sonó más áspera de lo que pretendía.

—Ya es tarde —replicó ella curvando los labios en una ensayada sonrisa.

—Cierto, e intuyo que estarás impaciente por leer un nuevo capítulo del libro de vampiros que hemos... comentado. —Fijó su penetrante mirada en ella y Cristina asintió en respuesta—. Es una lástima que no lleves la tableta en el bolso para leerlo aquí —masculló, más irritado de lo que tenía derecho a estar.

Al fin y al cabo, ella era libre para hacer lo que le diera la real gana, pero estaba harto de que se marchara en el mismo momento en que terminaban de follar. Aunque debía reconocer que en esa ocasión había pasado un buen rato antes de que saltara de la cama. Tal vez por eso estaba tan cabreado. Se había hecho ilusiones que ella acababa de romper.

Cristina curvó aún más los labios y continuó vistiéndose sin pronunciar palabra.

Raúl la miró enfadado antes de lanzar con contenida furia el guion sobre la cama.

—Odio que te mantengas al margen de lo que te digo —masculló levantándose para acercarse a ella—. ¿Crees que no sé por qué callas? —susurró apartándole el pelo de la cara—. Me prometiste no mentirme aquí..., y para no hacerlo guardas silencio —musitó deslizando los labios sobre su pelo—. No tenemos ninguna relación seria ni nada por el estilo, solo somos dos adultos que se acuestan juntos de vez en cuando; en realidad, bastante a menudo. —Colocó los dedos bajo su barbilla forzándola a levantar la cabeza y mirarlo a los ojos—. No hay nada que nos obligue a ninguno de los dos. Si no quieres quedarte, puedes decirlo sin subterfugios ni excusas. No me voy a enfadar, no tengo derecho a hacerlo. Tampoco a pedirte que confíes en mí, pero te prometo que, si lo haces, no me lo voy a tomar a la ligera. No te defraudaré.

Cristina centró en él esos ojos más verdes que grises que parecían guardar en su interior todas las emociones que se negaba a mostrar y los entornó con tímida renuencia antes de desviarlos hacia la cama.

—Estoy deseando leer un par de capítulos del nuevo libro —declaró evitando mirarlo.

Raúl asintió, aceptando su decisión, y dio un paso atrás que lo alejó de ella.

—Y, aunque podría leer aquí, porque llevo la tableta en el bolso —prosiguió mirándolo a los ojos—, prefiero irme ahora que estoy despierta en vez de tener que marcharme en mitad de la noche cuando el sueño me tenga atrapada.

—No tienes que irte en mitad de la noche —replicó él con voz ronca.

—Debo hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque, si quieres mantener en secreto que nos acostamos, no pueden verme saliendo de aquí al amanecer. Levantaría muchas sospechas —afirmó mientras acababa de vestirse.

—No quiero mantenerlo en secreto —masculló. ¿De dónde había sacado esa estupidez?

—Dijiste que solo seríamos amantes aquí, que no querías besos ni caricias fuera de la autocaravana y que tampoco querías que lo fuera proclamando —señaló ella.

—Y no quiero. La prensa tiene la mala costumbre de meter sus narices en mi vida y hacerme fotos que luego sacan de contexto y convierten en asquerosos titulares. —Aunque algunos hubieran sido demasiado ciertos—.

Por eso no quiero arrumacos en público, pero sí me gustaría que las noches que pasamos juntos las pasáramos enteras —aseveró con ferocidad.

Cristina estrechó los ojos, observándolo. Un destello de afilada perspicacia pasó por ellos, iluminándolos para acabar reflejándose en una sonrisa de medio lado.

—¿Paseando? —inquirió mordaz—. Porque eso es lo que haces cada noche. Y, sinceramente, para caminar sin rumbo durante horas, prefiero estar en mi camita leyendo una apasionada historia de amor y sexo —afirmó afable—. Es mucho más interesante.

—Dudo que leer sea más interesante que estar en mi cama —replicó él envolviéndola entre sus brazos. Ella arqueó una ceja, rebatiéndolo sin palabras—. No creo que me apetezca salir si te tengo aquí conmigo —señaló Raúl antes de besarla.

—Y ¿vas a renunciar a pasear por verme leer en tu cama? —inquirió ladina, recordándole que estaban hablando de que se quedara a leer, no a follar.

—Estoy seguro de que me resultará mucho más entretenido ver cómo lees que pasear.

En esta ocasión fue ella quien se sorprendió. No podía estar hablando en serio.

—Adoras pasear —dijo en un susurro.

—No más que comer —replicó divertido por su confusión, pues ambos sabían que solo comía porque necesitaba alimentarse, no porque le gustara especialmente.

—Pero paseas durante horas...

—Porque no puedo meterme en la cama sin estar realmente agotado —le confesó—. Me cuesta dormir si no estoy exhausto, así que hago tiempo paseando... Pero tú puedes ser una buenísima distracción si te quedas —murmuró besándola de nuevo.

—¿Por qué? —inquirió Cristina cuando liberó sus labios. ¿Por qué no podía dormir si no estaba exhausto?

—Porque siempre me deleitas con historias maravillosas —replicó él ignorando la verdadera pregunta que ella le formulaba.

Ella inclinó la cabeza mirándolo con los ojos entornados, y él, en respuesta, arqueó una ceja. Una espontánea sonrisa se dibujó en los labios de Cristina, aceptando sus secretos.

—Está bien —murmuró.

Salió del dormitorio y, cuando regresó, llevaba la tableta en la mano. Se sentó en la cama y comenzó a leer.

Raúl estalló en carcajadas antes de sentarse junto a ella con la espalda apoyada en el cabecero y ponerse a revisar una parte del guion que le tenía preocupado.

\* \* \*

«Vive cada palabra que lee», pensó Raúl observando de refilón a la mujer que se removía nerviosa a su lado. En el tiempo que llevaba en la cama leyendo, la había visto sonreír, fruncir el ceño, resoplar, limpiarse alguna lagrimita que otra, enfadarse e incluso, en un pasional arrebató, abrazar la tableta contra su corazón como si lo que estuviera leyendo fuera el gran amor de su vida.

Dejó a un lado el guion que había estado revisando y se inclinó para besarle el hombro desnudo. Ella sacudió el brazo, apartándolo. Él ignoró su rechazo y volvió a besarla. Ella dio un sonoro bufido y de un salto se tumbó boca abajo en la cama, levantada sobre los codos y con la tableta frente a su cara para continuar leyendo.

Raúl se tendió a su lado y dejó que sus traviosos dedos deambularan por su espalda, amenazando con enterrarse entre sus nalgas antes de esquivarlas y descender por una de sus piernas. Ella dio una patada al aire, intentando deshacerse del molesto cosquilleo. Y él, divertido por su actitud, le deslizó los dedos por los costados haciéndole cosquillas.

—¡Estate quieto! —exclamó exasperada sin ser consciente de que acababa de exponer ante él una de esas emociones que tanto se cuidaba de ocultar—. Me faltan solo dos páginas para acabar el capítulo, déjame leerlas tranquila, porfa —exigió antes de volver a bajar la mirada a la tableta.

Raúl la miró asombrado. Toda la contención de la que siempre hacía gala, y que a él tanto le molestaba, había desaparecido por culpa de un libro. ¡Increíble pero cierto! Se tumbó de costado y la observó. Desde luego, el libro debía de ser muy interesante, porque Cristina no hacía más que resoplar inquieta. Estiró el cuello y leyó sin disimulo el final del capítulo. Por lo visto, había un malo malo que la tenía tomada con una comunidad de vecinos, y Adán, el protagonista cañón, iba a descubrirlo, no sin antes salvar a Eva, su sufrida *partenaire*, en el proceso. ¿Adán y Eva? Resopló socarrón. ¿A qué autora con dos dedos de frente se le había ocurrido llamar así a los protagonistas de su novela?

—Madre mía, la que se va a liar... —murmuró Cristina apagando la tableta—. No te lo vas a creer.

Se arrodilló intranquila en la cama y procedió a resumirle lo que había leído.

Raúl la escuchó interesado. Tenía que reconocer que era buena contando historias, aunque no fueran tuyas. Era todo pasión mientras narraba; no paraba de gesticular, gruñir, abrir los ojos mostrando sorpresa y, al llegar al final, incluso dio unas eufóricas palmadas cuando le contó cómo el prota salvaba a la chica.

—Ya veo que te ha gustado. Espero que mañana te quedes toda la noche para contarme el final —murmuró con una pícaro mirada.

Cristina bajó la cabeza sonrojada, una genuina sonrisa dibujándose en sus labios. Era extraño contarle a un hombre los libros que leía, y más extraño aún que este se interesara por ellos y quisiera saber más. Pero Raúl no era un hombre cualquiera, y no se sentía incómoda haciéndolo. Más bien al contrario, le encantaba hacerlo, porque la escuchaba con toda su atención, y eso era algo que muy pocas veces le había pasado.

Se estiró en la cama recostándose contra él y descansó la cabeza sobre su hombro. El vello canoso que le cubría el torso le acariciaba la nariz mientras sus dedos deambulaban inquietos por su cuerpo fibroso. No había sensación más placentera que sentirlo relajado bajo las yemas de sus dedos.

—Cuéntame algo sobre ti —le pidió de repente Raúl, acabando con la paz que ella saboreaba.

Cristina se sentó con rapidez en la cama, la mirada baja, las piernas cruzadas contra su pecho y los brazos rodeándolas formando una barrera intangible.

Él parpadeó perplejo por su cambio de actitud. Hacía un instante se mostraba relajada y cariñosa, y de repente se había ido a mil mundos de distancia. Se sentó a su lado y le deslizó los dedos bajo la barbilla para obligarla a alzar la cabeza y mirarlo.

Ella desvió la vista hacia la puerta, escapando de esa mirada penetrante que parecía capaz de leerle la mente.

—¿Cristina? —susurró junto a ella, su mano envolviéndole la nuca en una suave caricia que le provocó un escalofrío.

—Mi vida es de lo más normal..., no sabría qué contarte —comentó mirándolo por fin, en sus labios dibujada una sonrisa tan amplia como inexpresiva. Se echó hacia atrás alejándose de él, de su mano acariciante.

—Alguna anécdota tendrás —insistió Raúl sin acercarse, observándola con esos intensos ojos pardos que parecían decirle que no tuviera miedo, que, contara lo que contase, no iba a asustarse ni a juzgarla. Jamás.

—Bueno... —Cristina se interrumpió llevándose una mano a la nuca para frotarse inquieta el lugar que él había acariciado. Su mirada recorrió indecisa el estrecho dormitorio de la autocaravana antes de detenerse vacilante en los dedos de sus pies. Los movió en abanico, centrando toda su atención en ellos —. Una vez pasé la noche en el calabozo —comentó escondiendo la barbilla tras las rodillas que mantenía cruzadas contra su pecho.

—¿En serio? —Raúl la miró sorprendido—. Y ¿qué hiciste para que te detuvieran?

—Nada —susurró mirándolo con unos inocentes ojos de cervatilla asustada—. Los policías se confundieron y acabé entre rejas en la comisaria de Moncloa.

—¿Se equivocaron?

Cristina se mordió el labio inferior, remisa a hablar, su mano derecha frotando inquieta el antebrazo contrario, hasta que de repente levantó la cabeza y fijó los ojos en los de él. Algo vio en ellos que la tranquilizó, porque se quedó quieta, la tensión abandonando su cuerpo.

—Sí, se equivocaron —afirmó rotunda—. Fue hace quince años, me había escapado de casa para dar una vuelta por Madrid y me perdí —explicó—. Pero la verdad es que no me importó; al contrario, estaba maravillada por todo lo que había a mi alrededor.

—¿Te escapaste de casa? —inquirió Raúl.

Quince años atrás ella tenía dieciocho; dudaba que a esa edad nadie, y mucho menos ella, tuviera que escaparse para ir a Madrid.

—Sí, estaba decidida a vivir una gran aventura. Así que me fui sola y pasé horas paseando por la ciudad con solo un viejo mapa para orientarme. ¡Ah, la divina e inconsciente juventud! —exclamó sentándose sobre los talones mientras movía las manos entusiasmada—. Acababa de ganar mi primer sueldo y pensé que no era justo tener que compartirlo con mis padres.

—Qué hija más egoísta —murmuró él fingiéndose escandalizado. Si ella quería contarle un cuento, le seguiría el juego.

—¡No lo era! Había pasado todo el mes trabajando catorce horas diarias, me merecía cada céntimo que habían ganado —protestó golpeando el colchón con un puño—. Así que me guardé el dinero y me escapé a Madrid. Había visto anunciado un aparato que acababa de sacar Apple, el iPod, y quería comprármelo. Así que, cual Dora la Exploradora, me monté en el metro y me bajé en la Puerta del Sol, porque todo el mundo decía que ese era el centro de la ciudad, y yo pensé que sería más fácil recorrerla si partía desde su centro.



Porque eso era lo que pretendía, recorrer todo Madrid. ¡En una sola tarde! ¿Te lo puedes creer? ¡Qué idiota era! —exclamó estallando en una risa cantarina.

Raúl sonrió divertido al oírla. Acababa de meter la pata con el cuento, pues era imposible que nadie fuera tan ingenuo con esa edad.

—Así que te perdiste por Madrid y la policía te detuvo...

—No exactamente —murmuró ella con una sonrisa avergonzada. Estuvo a punto de acabar la historia, pero él parecía tan interesado en lo que le estaba contando que decidió seguir—. Me compré el iPod y, nada más salir de la tienda, me puse los auriculares a todo volumen. ¡Fue tremendo! —dijo entusiasmada—. Se oía de maravilla, una verdadera gozada. Desanduve mis pasos para regresar al metro, pero algo debí de hacer mal porque acabé en una calle en la que había un montón de mujeres vestidas de forma muy atrevida, aunque tampoco me llamó demasiado la atención la falta de tela en su ropa porque era verano y hacía un calor insoportable.

—Así que acabaste rodeada de putas —murmuró Raúl, cada vez más asombrado con la imaginación de su *script*. Estaba deseando saber hasta dónde iba a llegar en su cuento.

—Sí y no. Ellas se estaban juntando formando grupos, pero yo, perdida como estaba, no le di importancia. Tenía prisa por encontrar la manera de volver al metro para llegar a casa antes de que fuera más tarde y mi madre montara en cólera. Así que, ni corta ni perezosa, me paré en mitad de la acera y saqué mi viejo callejero sin importarme que las mujeres comenzaran a reunirse junto a mí —dijo poniendo los ojos en blanco, como si hubiera sido una pésima idea—. Estaba absorta buscando la ruta para volver a Sol cuando de repente siento que alguien me da unos golpecitos en el hombro. Levanto la vista y veo a un policía mirándome furioso mientras las prostitutas se carcajeaban de él. Me quité los auriculares y lo miré confusa. Él me acusó de ejercer la prostitución, me leyó mis derechos y me puso unas esposas para luego llevarme al furgón con varias prostitutas más. Por lo visto, llevaba tiempo hablándome sin que yo respondiera, ¡claro, porque no lo oía por culpa de los cascos!, así que estaba más cabreado que un mono y no atendía a razones cuando intenté explicarle lo que había pasado. Me llevó a comisaría y me metió en el calabozo. ¿Te lo puedes creer?

—Pues la verdad es que no —replicó Raúl negando con la cabeza. Le retiró el pelo de la frente—. Tienes cara de ángel y ojos de cervatilla, nadie podría confundirte con una prostituta.

—Ahora no, pero en aquel entonces yo no vestía como ahora, aún no había aprendido a disfrazarme de persona normal —confesó tapándose la

boca con los dedos en un gesto que manifestaba la inseguridad que sentía.

Raúl la observó sorprendido. ¿Estaba diciéndole que ahora iba disfrazada?

—Imagíneme vestida de negro de los pies a la cabeza, con una camiseta a la que le había arrancado una manga y desgarrado el cuello, con un collar de perro rodeándome la garganta y una cuchilla de afeitar colgando de él. Dos aros en la nariz y otro en la boca —se tocó la cara según iba describiéndose—, la cara blanca porque jamás tomaba el sol, los párpados sombreados de negro, el pelo de punta y a trasquilones, y calzada con botas militares en pleno mes de agosto. Puede que no pareciera una puta, pero sí una loca que había escapado del manicomio —afirmó exhalando una carcajada.

Raúl cerró los ojos, intentando imaginarla como se había descrito. No fue capaz.

En el mismo instante en que dejó de mirarla, la sonrisa de Cristina se esfumó y fue sustituida por una mueca de desazón. Cruzó un brazo por delante del cuerpo, abrazándose el otro, y, cuando él volvió a abrir los ojos, dibujó una ladina sonrisa en sus labios.

Raúl la miró divertido, pues había pintado una imagen tan radicalmente distinta de la que tenía que le había sido imposible imaginarla. Su alegría chispeante murió en el momento en que vio que la postura insegura que había adoptado no se correspondía con la sonrisa que esbozaba. Por lo visto, se sentía molesta al ver que se tomaba a broma su relato, así que se puso serio.

—Y ¿qué pasó? —inquirió siguiéndole la corriente.

—Que me metieron en el calabozo, llamaron a mis padres y mi madre decidió darme una lección y no hacer nada por sacarme hasta el día siguiente —comentó bajando la mirada.

—Qué malvada.

—Cada cual es como es —dijo encogiéndose de hombros.

—La verdad es que, si lo piensas bien, si tú eres Blancanieves, ella sería la madrastra del cuento —comentó enarcando varias veces las cejas—. Si alguna vez te ofrece una manzana, no te la comas —le advirtió muy serio, arrancándole una carcajada.

Cristina lo empujó animada, obligándolo a tumbarse en la cama, y se acurrucó contra él, los dedos jugando sobre su torso hasta que poco a poco los ojos comenzaron a cerrársele y se quedó dormida.

Y, por extraño que fuera, las suaves caricias que ella le había dedicado consiguieron que a él también lo venciera el sueño. Un sueño tranquilo y relajado como hacía tiempo que no disfrutaba.

\* \* \*

Aún no había amanecido cuando se pararon delante de la capuchina de maquillaje.

Cristina se había levantado llena de energía hacía menos de quince minutos, sorprendiéndose al encontrar a Raúl también despierto, observándola. Por lo visto, ambos eran de poco dormir. Él había intentado hacerle el amor, pero ella lo había esquivado para vestirse con rapidez, anunciando que se iba. Y eso había hecho, sin atender a razones ni ceder en su empeño. Quería ducharse y cambiarse de ropa, y eso era impenable. Así que él se levantó, se vistió y la acompañó. Y ahí estaban, frente a la capuchina, él con una erección de narices y ella impaciente por entrar.

Cristina se despidió con un gesto de la cabeza y abrió la puerta.

—Blancanieves —la llamó Raúl, haciéndola detenerse en la escalera—. Esta noche mete una muda en tu bolso antes de venir a la reunión. De ninguna manera voy a dejar que vuelvas a marcharte tan pronto.

Ella sonrió avergonzada y, sin esperar más, se metió en la capuchina, donde se dio de bruces con Valentina. Estaba sentada a la mesa, desayunando, completamente vestida y algo despeinada, como si acabara de regresar tras estar toda la noche fuera. Cristina desvió la mirada hacia la cama de Margot, que, como era habitual, estaba vacía. La peluquera rara vez dormía allí. Igual que la maquilladora. Ambas pasaban las noches fuera, con sus amantes ocasionales, o al menos eso pensaba ella. Usaban la capuchina más como almacén de ropa y para descansar en los escasos ratos libres que les dejaba el rodaje que para dormir.

—Hola —murmuró Cristina incómoda. No era agradable que la pillara entrando de puntillas tras haber pasado la noche con su amante.

Valentina sonrió ladina y, sin decir palabra, se llevó una mano a los labios y fingió cerrárselos como si estuviera cerrando una cremallera.

*Jueves, 30 de marzo de 2017*

Conversar con la maquilladora, la peluquera, la sastra, el decorador, los técnicos de luz y sonido, los utilleros, el director de fotografía y los operadores de cámara, escuchar sus dudas y sugerencias, meditar sobre ellas y tomar decisiones, ese era el trabajo de un director de cine. También dialogar con los actores, prestar atención a sus propuestas, darles pautas para que se metieran en el papel, guiarlos a través de cada secuencia, adelantarse a sus reparos, vencer sus titubeos, ensayar con ellos y llevarlos hacia donde él quería sin que se sintieran manipulados, eso era lo que hacía un buen director para que las escenas fueran más reales incluso que la vida misma. O, al menos, eso era lo que hacía Raúl Garrido. Y a Cristina no le quedaba ninguna duda de que era un director magnífico.

Lo observó moverse alrededor del set, guapísimo con unos vaqueros multibolsillos y una camisa negra, el largo flequillo sobre los ojos y los labios fruncidos en una mueca de concentración. Acompañaba a Jairo y a Irene en los pasos que debían dar durante esa secuencia, motivándolos con sus palabras mientras ellos adoptaban los roles de los personajes que interpretaban. La euforia sexual surgida entre ambos actores tras la escena de sexo se había atemperado, convirtiéndose en una amistad sincera que en pantalla se traducía en una química brutal. Una química por la que el director no había dudado en cambiar el guion, introduciendo más escenas pasionales. Una de esas nuevas escenas era la que estaban analizando en ese momento.

Se detuvieron junto a la chimenea, en la que el fuego ardía con fuerza a pesar del calor imperante en el salón reconvertido en una rústica sala de estar, y Raúl señaló un sofá con un recargado tapizado que había junto a ella. Según el guion, allí era donde iba a desarrollarse la escena. Pero Jairo no pensaba lo mismo. Retiró el sofá agrandando el hueco frente a la chimenea y señaló el

suelo. Raúl lo escuchó con atención y, tras pensarlo un instante, pidió que pusieran allí la alfombra de pelo que habían descartado para el dormitorio.

Cristina sonrió al comprender que había atendido la sugerencia del actor de cambiar el desarrollo de la escena. No era extraño que todos se acercaran a exponerle sus ideas, él sabía escuchar. Ponía toda la atención en su interlocutor, como si lo que le estuviera diciendo fuera lo más importante del mundo. Ella era testigo directo de ese don que poseía, pues había caído en su trampa hacía menos de una semana, revelando un momento de su pasado que habría preferido mantener en el olvido. Un momento que en absoluto había sido tan divertido como parecía por su narración. Al contrario, esa aventura había acabado con varios moretones en el cuerpo, la mirada defraudada de su padrastro y el resentimiento enconado de su madre, que la había convertido en la anécdota con la que ilustraba sus constantes recriminaciones.

—Es muy guapo, ¿verdad? —comentó una mujer junto a ella.

Cristina se giró sobresaltada. No la había visto llegar.

—No me extraña que te lo comas con la mirada. A pesar de las canas y las arrugas, sigue llamando tanto la atención como cuando era un jovencuelo insolente que se creía el nuevo Steven Spielberg. Tiene algo especial que lo hace muy atractivo, ¿no crees? —dijo sentándose a su lado frente al combo, ocupando la silla del director—. Es una lástima que sea un borde insoportable, aunque reconozco que cuando tiene un buen día es absolutamente follable. No me extraña que las mujeres nos quedemos prendadas de él, sobre todo cuando está calladito. Creo que es por su mirada, tan penetrante y turbadora —musitó sin apartar la vista de Raúl—. O tal vez sea su boca. Ese rictus obstinado le confiere un desconcertante encanto, ¿no te parece? Y si añadimos al lote un cuerpo bien formado y su merecida fama de buen amante, no me extraña que las féminas del rodaje estén locas por joder con él. Aunque, claro, eso es bastante complicado dado su empeño en mantenerse célibe —resopló mordaz—. ¿O eso ha cambiado en estos últimos meses y alguna ha conseguido llevárselo a la cama? —le preguntó de repente, fijando en ella una intensa mirada.

—Yo..., eh..., creo que no —farfulló Cristina, turbada ante la pregunta directa y la sugestiva incontinencia verbal de la que había hecho gala.

—¿En serio? Pues es una putada, eso complica mi trabajo. —Fruunció los labios pintados de rojo—. Rita Campos, publicista. Me encargo de la promoción de la serie —se presentó.

—Cristina Reverte, *script*, encantada de conocerla.

—Ah, ¿tú eres la *script*? ¡Estupendo! Te estaba buscando, qué casualidad encontrarte aquí —exclamó sorprendida. O, mejor dicho, fingiéndose sorprendida, porque Cristina no dudó un segundo de que su sorpresa era tan falsa como la sonrisa amistosa que esbozaba—. Justo contigo quería hablar.

Cristina la miró confusa. ¿Qué podía querer una publicista de ella?

—Tengo entendido que el director y tú os habéis hecho inseparables —comentó Rita con una sonrisa resbaladiza.

—Bueno... Mi trabajo consiste en apuntar todo lo que sucede en el rodaje y los cambios que él decide añadir, así que no puedo alejarme mucho —comentó con dulce timidez.

—Oh, por supuesto, tienes toda la razón, pero me refiero a que, según tengo entendido, te lleva a reuniones que no tienen nada que ver con tu trabajo —dijo con gesto cómplice—. ¿Estoy mal informada?

Cristina negó despacio con la cabeza. ¿Cómo sabía eso? Sus dedos resbalaron bajo la manga de la sudadera negra para frotarse el antebrazo.

—¡Estupendo! —exclamó Rita eufórica—. Y ¿puedo saber por qué? Tal vez se encuentra cómodo contigo y quiere..., ya sabes, mantenerte a su lado por algún motivo, digamos..., ¿romántico, quizá?

—En realidad me lleva como secretaria, para tomar notas —replicó Cristina esbozando una plácida sonrisa.

—Oh, vaya. ¿Cómo secretaria? Qué desperdicio —resopló contrariada—. Sí, supongo que eres demasiado joven y dulce para intrigarle... En realidad, siempre ha mostrado preferencia por mujeres mundanas y conflictivas, más acordes con sus aficiones por..., en fin, ya me entiendes.

Y, sí, Cristina comprendía a perfectamente a qué se refería. Ella también había visto a Raúl en televisión años atrás, abrazado a mujeres tan tambaleantes y perjudicadas como él.

—Por eso eras tan buena opción —prosiguió Rita—. En fin, qué se le va a hacer, nadie dijo que mi trabajo fuera sencillo —suspiró—. Me han comentado que eres una buena amiga de Jairo Manso, se rumorea que entre Irene y él ha surgido un apasionado romance...

Cristina la miró perpleja.

—No me he dado cuenta de nada de eso —comentó fingiendo inocente turbación.

—Vaya, para ser *script*, no estás muy bien informada sobre lo que sucede en el rodaje —masculló decepcionada, entornando los ojos con suspicacia.

—Lo siento, soy nueva en esto y tengo que estar muy atenta al set para que no se me escape nada —murmuró Cristina a modo de sentida disculpa—.

Procuraré fijarme más a partir de ahora.

Rita la miró con suspicacia un instante antes de esbozar una taimada sonrisa.

—¡Dios mío, qué bien te ha adiestrado! —exclamó—. Qué increíble actriz eres, casi me he tragado tu actuación —dijo sonriendo con sinceridad por primera vez—. Ya me extrañaba a mí que Garrido mantuviera cerca de él a la jovencita bondadosa e inocente que todo el mundo dice que eres. Nadie tan pusilánime podría soportarlo más de una semana sin acabar dimitiendo. Pero tú no eres así, ¿verdad? Posees carácter, voluntad y empeño para sortear y aplacar sus rabietas y desplantes y le eres total y absolutamente leal —murmuró alzándole la barbilla para estudiar sus ojos más verdes que grises—. Pobre niña, estás colada por él...

—Rita, apártate de mi *script* —les llegó la voz grave de Raúl.

Cristina giró la cabeza a tiempo de verlo atravesar el set como una exhalación para llegar hasta ellas y pararse furioso frente a la publicista.

—¡Garrido! Dichosos los ojos..., cuánto tiempo sin coincidir contigo en un rodaje. —Rita se levantó, tendiéndole la mano.

—No el suficiente. ¿Qué quieres? —inquirió él ignorando su gesto, las manos firmemente hundidas en los bolsillos.

—¿Qué va a ser? Rumores. Necesito poner en órbita la serie y por ahora solo puedo usar lo que tengo a mano para darle visibilidad, es decir, a ti y a Irene. Así que sé buen chico y no me hagas el trabajo complicado.

—No sabía que tu trabajo consistía en interrogar a mi *script*.

—Oh, no te apures, le has enseñado bien. No ha soltado prenda. Es más, casi me convence de su cortedad. Por desgracia para mí, de tonta no tiene un pelo y, para mayor ofensa, te es absolutamente leal —apuntó burlona—. ¿Qué le has ofrecido para conseguirlo? Porque no me puedo creer que te la hayas ganado con tu amabilidad y carisma.

—Me paga un buen sueldo —intervino Cristina esbozando una afable sonrisa. ¿Esa mujer era idiota o se lo hacía?

—¡Por Dios, es maravillosa! —exclamó aplaudiendo con impertinencia—. ¿De verdad no estás dispuesto a hacer ninguna concesión? —le preguntó a Raúl manteniendo la mirada fija en Cristina—. Con esa sonrisa tan dulce y esos ojos tan angelicales, podría venderlo de maravilla. Ya me estoy imaginando los titulares: «Director caído en desgracia se enamora de joven angelical y renuncia a sus adicciones por ella».

—Hace años que estoy libre de adicciones —replicó Raúl cruzándose de brazos.

—No te vas a mostrar receptivo a mis sugerencias, ¿verdad? —lo acusó ella. Él se mantuvo inmóvil, negándose a responder—. Está bien, buscaré otro foco de publicidad —dijo encogiéndose de hombros—. Se rumorea que ha surgido un romance entre Jairo e Irene, tiraré por ahí. Necesito que me proporciones fotos tuyas en actitud cariñosa. Si puede ser besándose apasionados, mejor.

—Habla con ellos, yo no tengo nada para ti.

—No sé por qué, pero me estaba temiendo esa respuesta —masculló exasperada.

—¿Tampoco quieren participar en tus montajes? —inquirió Raúl socarrón.

—Acertaste. Y es algo inconcebible —murmuró negando con la cabeza—. Es la primera vez que Irene rechaza prestarse para cebar rumores. De hecho, cuando he hablado con ella casi me ha parecido oírte a ti. —Miró al director con una ceja enarcada y este sonrió de medio lado—. No habrás tenido nada que ver con su inesperado cambio de actitud, ¿no?

—Está interpretando el mejor papel de su vida, los rumores sobre su vida sexual y los montajes publicitarios solo ensuciarían el magnífico trabajo que está haciendo —señaló él.

—Te prefería drogado y participativo —bufó enfadada.

—Y yo a ti muda, pero ya ves que no me queda otro remedio que aguantarme.

—Está bien, usaré a Jairo. Le conseguiré un par de sesiones de fotos a torso descubierto. Tiene un cuerpo de infarto, que, en los programas y las revistas adecuadas, puede atraer la atención de un sector del público femenino que nos interesa bastante, aunque no será suficiente para mantener la atención durante mucho tiempo. Necesitaré algo más jugoso para despertar suficiente curiosidad por la serie. Un cuerpazo, por muy musculado que esté, no vende lo mismo que un buen escándalo, un romance, un regreso de los infiernos... o incluso un nuevo descenso al averno —dijo, la mirada fija en Raúl—. Imagino que no hay ninguna posibilidad de que te vayas una noche de juerga, ¿verdad?

—No quieres saber lo que pienso de tu pregunta —dijo manteniendo la voz neutra, aunque en sus ojos se podía intuir la furia que sentía.

—¿Te molesta que hable de tus adicciones delante de tu *script*? Qué interesante —replicó maliciosa.

—Cristina, creo que Jota te está buscando. —Raúl se volvió señalando el set, desde donde el director de fotografía los observaba.



Ella captó la indirecta y partió rauda hacia allí.

—No vas a conseguir sacarme de mis casillas por mucho que me ataques, Rita —le advirtió con peligrosa suavidad cuando se quedaron solos—. No voy a participar en tus juegos voluntaria ni involuntariamente.

—Siempre fue muy difícil manipularte —aceptó ella—. Está bien, trabajaré con lo poco que tengo, pero no esperes que me quede de brazos cruzados.

—Nunca lo esperaré de ti.

Ella esbozó una ladina sonrisa a la vez que lo recorría de arriba abajo con la vista.

—Es una pena que no quieras tener un romance con Irene..., aunque sería incluso mejor si lo tuvieras con esa *script* tuya de aspecto angelical. Sigues siendo muy atractivo, y ella es una preciosidad. Sois oscuridad y luz, fuerza y suavidad, rabia y dulzura. Daríais muy bien en televisión —insistió. Raúl negó de nuevo—. Como quieras —se rindió ella—. Por cierto, casi se me olvida decírtelo, ahora me gustas más que antes, sobrio mereces mucho más la pena —afirmó guiñándole un ojo antes de caminar hacia Jairo—. Te he conseguido una sesión de fotos en *Marie Claire*, imagino que no tendrás inconveniente en posar sin camiseta...

Raúl esperó un instante hasta confirmar que Jairo no parecía sentirse incómodo con las sugerencias de Rita y luego anunció un descanso de diez minutos y salió del set.

Cristina observó preocupada su marcha e hizo ademán de seguirlo, pero Jota se lo impidió sujetándola por el codo.

—Es mejor que no te acerques ahora a él —le susurró al oído.

—Parece muy disgustado —comentó preocupada.

—Lo que está es cabreado. No se lleva muy bien con la prensa, y que Rita, que se supone está de su parte, pretenda ponerlo de nuevo en el candelero mediático lo enfurece.

—¿Por qué no lo deja tranquilo?

—Porque su trabajo es conseguir publicidad para la serie, más ahora que sabemos que va a tener que competir en una parrilla desfavorable.

—Pues que la anuncien como hacen con todas las series...

—Pero es que *Besos robados* se emitirá en una plataforma de *streaming*, que además está en pañales. Necesita llamar la atención de su público potencial y para eso precisa de una cobertura específica en las cadenas principales que despierte la curiosidad y el morbo de los televidentes. Ya sabes el dicho: al pueblo, pan y circo.

—Y ¿una imagen de Irene o Raúl va a conseguir eso? —inquirió perpleja.

—De Irene no tanto, es una habitual de la prensa rosa y ya no llama mucho la atención, pero Raúl lleva años apartado del circo mediático. Es, por así decirlo, carne fresca, y una imagen suya, digamos..., comprometida, puede levantar mucho revuelo.

Cristina lo miró sin entender.

—Oh, vamos, querida, no puedes ser tan ingenua —resopló el director de fotografía—. Seguro que has visto algún reportaje antiguo de Raúl. Hubo una época en que salía en la tele casi a diario por culpa de su tendencia a aparecer en las galas más serias de la televisión demasiado... alegre.

—Pero de eso hace cinco años —objetó Cristina comprendiendo lo que trataba de explicarle Jota.

—Pero la hemeroteca nunca duerme y todo está ahí, listo para quien quiera volver a sacarlo y comparar con su estado actual. Ese «antes y después de la caída al infierno» vende muy bien en televisión y es lo que Rita quiere utilizar. Sin embargo, hay que tener mucho cuidado con ello, porque es fácil que se vaya de las manos y acabe convirtiéndose en una bola de noticias y contranoticias que, a pesar de ser muy beneficiosa para la serie, es una cárcel para quienes la sufren. Y, por desgracia, nuestro arisco director ya ha tenido una experiencia muy desagradable con ese tema.

—Raúl odia que se metan en su vida privada —musitó Cristina—. ¿Es por eso? ¿Por el acoso mediático al que lo sometieron entonces?

Jota asintió con un gesto seco.

—Espero que Rita lo deje tranquilo.

—No seas inocente —se burló él—. Ahora que se acerca la fecha de emisión de la serie, cualquier cosa susceptible de ser noticia va a ser utilizada para conseguir publicidad. Y Raúl, al igual que Irene, lo sabe. Rita puede convertir un beso entre Irene y Jairo en una apasionada aventura, un tropezón de Raúl en una borrachera y una discusión tranquila en una bronca de dimensiones colosales...

—¿No te parece que exageras? —murmuró esbozando una incrédula sonrisa—. Lo haces parecer como si estuviéramos rodeados de periodistas, pero aquí solo está el equipo de rodaje y los extras.

—Mi querida niña, desde que existen los *smartphones*, todo el mundo es un *paparazzi* en potencia. Solo hace falta sacar el móvil y hacer una foto en el momento preciso para tener una exclusiva en las manos.

## ***Sábado, 1 de abril de 2017***

—Según el parte meteorológico, el miércoles va a ser un día luminoso, casi veraniego si no tenemos en cuenta la temperatura —comentó Jota tendiéndoles sus notas a los demás—. Podríamos cambiar el plan de rodaje y adelantar la grabación de Puñonrostro.

Estaban, como cada noche, reunidos en la autocaravana del director para planificar la semana venidera.

—No es mala idea —admitió Neus—. Puñonrostro es un pueblo pequeño, pero tiene un montón de procesiones en Semana Santa que nos van a impedir trabajar hasta el martes 18, y eso ya es muy tarde. No podemos aplazar tanto el rodaje de esas escenas o nos pillarán el toro —apuntó.

—Entonces está decidido. —Raúl se volvió hacia María—. Consigue permiso del ayuntamiento para grabar el miércoles y el jueves.

—¿Con dos días será suficiente? —Lo miró sorprendida. Eran varias secuencias y muy largas, no lo veía del todo claro.

—Tendrá que serlo: el viernes y el sábado los voy a ocupar en montar los episodios que entregamos el domingo.

La asistente de producción asintió a la vez que tomaba notas en su agenda.

—He cambiado un par de diálogos en la escena del lunes —dijo Fabián repartiéndole unos folios—. He pensado que... —Se interrumpió cuando un estridente sonido estalló de repente.

Todos se volvieron hacia Cristina, pues el molesto ruido procedía del cinturón de maquillaje lleno de bolígrafos y rotuladores que llevaba.

—Lo siento —murmuró contrita mientras buscaba nerviosa en uno de los departamentos.

Sacó su teléfono móvil y contestó bajo la atenta mirada de todos. Parpadeó desconcertada por lo que fuera que le estuviera diciendo su interlocutor y colgó.

Aturdida, buscó la mirada de Raúl.

—¿Quién era? —inquirió este al ver su gesto demudado.

—Manuel, el pinche de cocina. Me ha dicho que estás saliendo por la tele...

—Fabián, enciende el televisor —le exigió Raúl al guionista antes de centrar su mirada en Cristina—. ¿En qué canal?

Ella se lo dijo y un segundo después su imagen apareció en la pantalla. Iba vestido con un elegante esmoquin cruzado negro y pajarita y pañuelo blancos. Y estaba borracho como una cuba, como evidenciaban sus pasos tambaleantes

por la alfombra roja de los Goya. El vídeo se cortó para dar paso a los tertulianos, quienes no tardaron en recordar a toda la audiencia, y no era poca, pues era uno de los programas más vistos de la noche del sábado, que el atractivo director había tocado fondo hacía un lustro. Revisaron con morbosa inquina los episodios más oscuros de aquella época hasta que el presentador, tal vez para encarrilar el discurso, apuntó que, según las últimas noticias, se había reformado. Por lo visto, había dejado atrás su pasado de excesos para resurgir de sus cenizas con una serie que estaba llamada a ser uno de sus mejores trabajos desde aquel con el que había ganado su último —e inmerecido, opinaron algunos— Goya. Continuaron comentando que algunas fuentes apuntaban que el conflictivo director se había recuperado de sus adicciones gracias al cariño y la dulzura de una joven que con su amor había conseguido reformarlo. En pantalla apareció la imagen lejana de una mujer con *leggings* negros, parka verde, larga coleta oscilando sobre su espalda y una afable sonrisa destacando en un rostro angelical.

—Esa soy yo —jadeó Cristina mirando preocupada al director. No quería ni imaginar lo que podía estar pasando por su cabeza.

—Eso parece —musitó Raúl antes de fijar la mirada en Fabián—. Apaga la tele —le ordenó con voz calmada—. Si no me equivoco, ya hemos terminado de revisar el plan de rodaje de la semana que viene —comentó cerrando la carpeta con los guiones—. ¿Alguien quiere apuntar algo más? ¿No? Estupendo. Mañana os espero a las cinco y media en el set —dijo despidiéndolos—. Jota, acompaña a Cristina a su capuchina —le pidió a su amigo antes de coger el teléfono y abandonar la autocaravana.

Tan furioso estaba que ni siquiera se acordó de ponerse la chaqueta.

—Mejor será que nos vayamos —dijo Jota instándolos a todos a moverse.

Al salir pudieron ver a Raúl alejándose con pasos rápidos con el móvil pegado a la oreja y, aunque no pudieron oír lo que decía, su gesto contrariado evidenciaba su furia.

—Joder, qué cagada —masculló Fabián acercándose a Cristina al ver su preocupación—. No te preocupes, princesa, está acostumbrado a este tipo de reportajes, si es que se los puede llamar así —dijo con desdén—. Llamará al productor, se quejará, discutirán y dentro de un par de horas todo volverá a su ser.

—¿Discutirán? ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver Miguel en esto? —Cristina lo miró perpleja.

—¿Quién te crees que ha movido los hilos para que saquen el tema en ese programa? —señaló Jota con sorna—. La productora necesita publicidad para

la serie, y si Raúl no se la proporciona, ellos no tienen impedimentos en fabricarla.

Caminaron en silencio hasta la capuchina y, cuando Cristina se volvió para despedirse, se le hizo extraño ver ante ella a Jota en lugar de a Raúl. Se había acostumbrado a que él la acompañara las pocas noches que no pasaban juntos. Y no verlo ahora, no poder despedirse con un buenas noches y una sonrisa, le resultaba devastador. Más aún sabiendo que él estaría trastornado por lo que había pasado.

—No te preocupes por tu príncipe, Blancanieves, estará bien —dijo Jota intuyendo el motivo de su desazón.

Puede que Raúl siguiera empeñado en darle esquinazo cada noche, pero Jota no era idiota y sabía que algo pasaba entre ellos. De hecho, Cristina estaba empezando a comprender que ellos se complacían en un juego en el que Jota era el gato que quería pillarlos y Raúl el ratón que no se dejaba atrapar.

—Parecía tan derrotado cuando se ha ido —musitó con voz quebrada por la inquietud.

Jota la miró, sorprendido por la acertada palabra que había elegido para describir la conmoción de su amigo. Esa jovencita de apariencia angelical era mucho más lista de lo que dejaba entrever.

—Ya lo conoces, dará un largo paseo de un par de horas, tal vez más, y luego regresará y se meterá en la cama a rumiar mil venganzas distintas contra Miguel y Rita. Cuando despierte mañana ya se le habrá pasado el disgusto —dijo con una confianza que no sentía.

—Seguro que sí —musitó Cristina esbozando una cariñosa sonrisa antes de despedirse con un gesto y entrar en la capuchina.

Cerró la puerta con cuidado, aunque no tenía motivo para el sigilo, pues sus compañeras más jóvenes estaban ausentes y Paz dormía como un tronco en la litera, el audífono sobre la encimera.

Se duchó con rapidez, se puso unos vaqueros negros, la sudadera negra con capucha que era su favorita y la parka. Agarró el bolso y, sin pensarlo un instante, volvió a marcharse.

\* \* \*

Raúl regresó al campamento poco más de una hora después de haberlo abandonado. Y no era que tuviera ganas de volver o que se le hubiera pasado el cabreo. Al contrario, la conversación con Miguel había conseguido elevar su enfado a cotas tan altas que todavía le costaba respirar con tranquilidad.

Pero, por desgracia, la rabia no calentaba y él, vestido solo con la camisa y los vaqueros, tenía bastante frío. Así que allí estaba, furioso, helado y con ganas de seguir andando hasta que las rodillas dejaran de responderle. Agarró la manija de la puerta y, tal y como había supuesto, esta giró sin problemas, pues no estaba cerrada con llave. Alargó el brazo para coger la chaqueta y marcharse de nuevo, pero una tenue luz saliendo del dormitorio lo detuvo. Subió los dos escalones de la entrada y se dirigió hacia allí.

—Qué pronto has vuelto —le recibió la voz cantarina de Cristina cuando llegó al dormitorio.

Raúl se detuvo aturdido. Encontrarla allí era lo último que habría esperado. Se quedó inmóvil, observándola. Estaba sentada en la cama, la lamparita de la pared iluminando con suavidad la hermosa y sincera sonrisa que había esbozado solo para él. Vestía una camiseta que le quedaba enorme y que le resultaba familiar, algo que no era raro, pues era suya. Por lo visto, había estado revolviendo en su armario. Y quizá eso debería cabrearlo, más aún dado el estado de rabiosa furia en el que se encontraba, pero no fue así. Por extraño que pareciera, algo pareció calmarse dentro de él cuando la vio allí, recostada contra el cabecero con apacible tranquilidad, cubierta únicamente por una de sus camisetas.

Pero, aun así, no estaba de humor para hablar con nadie. Prefería darse la vuelta y marcharse por donde había venido a tener que comportarse civilizadamente y conversar, aunque fuera con ella. Antes de que sus pies se pusieran en movimiento, Cristina esbozó una cálida sonrisa y, como si fuera lo más normal del mundo que él se quedara inmóvil en la puerta, se tumbó boca abajo en la cama, e, ignorándolo, comenzó a leer en la tableta.

Raúl sacudió la cabeza y se dio media vuelta. Un segundo más tarde se oyó el ruido de la llave al girar en la cerradura y, poco después, regresó al dormitorio. Esta vez no se detuvo en la puerta. Entró, se quitó la ropa, la dobló sobre el baúl y, una vez desnudo, retiró la sábana y la manta que cubrían el lado izquierdo del lecho.

Ella no lo miró cuando se tumbó de espaldas con las manos cruzadas bajo la nuca, pero sí movió despacio los pies hasta que tocaron la helada pantorrilla de él.

Pasaron largo rato en silencio, él mirando el techo y ella fingiendo que leía, hasta que de repente él deslizó la mano por la piel femenina en una candente caricia, liberándola de la enorme camiseta que la cubría. Luego le recorrió la espalda, recreándose en el valle del final para después vagar por

los montes gemelos de sus nalgas, haciéndola estremecer con caricias cada vez más atrevidas.

Cristina apagó la tableta, la dejó en el suelo junto a la cama y se colocó de costado frente a él. Sonrió con timidez al sentir su penetrante mirada, pero cuando intentó ponerse sobre ella, lo empujó deteniéndolo. Lo obligó a tumbarse de espaldas de nuevo y se acurrucó a su lado.

—Cierra los ojos —le pidió, sus manos deslizándose sinuosas sobre el torso velludo.

Raúl obedeció, rindiéndose a sus abrasadoras caricias. Contuvo la respiración cuando sus labios le tocaron el cuello para después vagar por su pecho mientras su mano seguía la línea de vello que dividía su abdomen. Sus pulmones se vaciaron de aire al sentir los punzantes dientes sobre sus tetillas, atrapándolas y tirando de ellas para luego chuparlas con glotonería. Y, mientras tanto, su mano seguía descendiendo. Sus dedos se deslizaron por el vientre, y más abajo, hasta rozarle el pene. Un jadeo abandonó la garganta del director, todo su cuerpo tenso.

Los labios de Cristina siguieron el sendero que antes había trazado su mano. Arañó con los dientes las suaves ondulaciones de su abdomen, jugó con la lengua en su ombligo y mordió con exquisita suavidad su vientre mientras su puño lo ceñía. Pero no fue hasta que sus labios besaron el pene que comenzó a mover la mano para masturbarlo mientras sumergía el glande en su boca.

Raúl exhaló un ronco gemido y envolvió su larga melena con la mano a la vez que sacudía las caderas instándola a tragárselo entero.

Cristina se alejó, negándose a su deseo.

Él cerró los ojos y respiró profundamente para calmarse, luego volvió a colocar ambas manos cruzadas bajo la nuca y separó las piernas, mostrándole su sumisión.

Ella sonrió y lo recompensó con un lametón que recorrió su pene desde el glande hasta los testículos, haciéndolo estremecer. Luego se dedicó a volverlo loco, chupándolo como si de un caramelo se tratara, pero sin ceder en un ritmo que le otorgara el orgasmo. No pasó mucho rato antes de que él volviera a aferrarle la melena en el puño y comenzara a emitir gemidos guturales suplicando más. Y ella se lo dio.

Acogió sus testículos en la mano, amasándolos mientras lo masturbaba con la boca, para después errar por el perineo hasta deslizar un dedo por la unión entre sus nalgas. Se detuvo sobre el ano y presionó. Él arqueó la espalda exhalando un gemido de placer.

—¿Alguna vez te han tocado aquí? —oyó el tímido susurro de ella.

—Sí.

—¿Dejaste que entraran?

—Sí.

—¿Con qué?

—Solo un dedo.

—¿Te gustó?

—Mucho.

—¿Quieres que...?

—Por favor —jadeó a la vez que alzaba el trasero y separaba aún más las piernas al sentir su dedo presionar mientras intentaba entrar.

—Dime cómo hacerlo.

—Humedécete el dedo con saliva —susurró con voz ronca. Cristina no tardó en hacerlo—. Ahora traza círculos sobre el ano para dilatarlo poco a poco.

Y eso hizo ella, trazar espirales tentando el fruncido orificio mientras seguía dedicándose con la boca a su polla, hasta que sintió que cedía a sus caricias. Presionó, hundiendo el dedo hasta la primera falange, y se quedó muy quieta cuando lo sintió apretar las nalgas. Esperó un instante para que se acostumbrara a su invasión y continuó adentrándose.

—Despacio —musitó él, sus dedos engarfiados en el pelo de ella, instándola a seguir moviendo la lengua sobre su polla—. No tengas prisa —murmuró con los ojos cerrados, concentrado en las sensaciones—. Ahí es —gimió, su cuerpo de nuevo en tensión cuando ella tocó un bultito duro en el interior de su recto—. Frótalo con cuidado —suplicó, la voz quebrada por el placer—. Por favor, no pares. Por favor...

Y ella no paró hasta que sintió el sabor de su esperma en la lengua. Y aun entonces continuó. Hasta vaciarlo por completo, hasta que no quedó en su cabeza más que plácido agotamiento.

—Me temo que voy a necesitar algo de tiempo antes de poder corresponderte —murmuró Raúl poco después, los ojos cerrados mientras acariciaba la espalda de la mujer que estaba acurrucada contra él—. Soy un hombre mayor y tengo ciertas... limitaciones.

—No quieras hacerte pasar por un anciano, no cuela. Y, además, eres absolutamente incapaz de dejar que nada ni nadie te limite —murmuró ella adormilada, la mano abierta sobre el torso masculino y los dedos moviéndose con languidez por él—. Nada, excepto tú mismo, por supuesto.



Raúl abrió los ojos sorprendido por sus palabras. ¿Era su contenida y moderada *script* quien hablaba? Porque, desde luego, no lo parecía. No era normal en ella hablar de forma tan directa. Giró la cabeza para mirarla, y, sí, era ella. Tenía los párpados cerrados y la boca entreabierta en un gesto de somnolienta placidez. ¿Había hablado en sueños? Tal vez sí. La única razón que se le ocurría para explicar su increíble intervención era que estuviera adormilada y no pensara lo que decía. Y, sinceramente, nada lo satisfacía más que suponer que, aunque fuera de forma inconsciente, ella confiaba en él lo suficiente para no tener reparos a la hora de expresar sus pensamientos.

—¿Estás dormida? —murmuró deslizando los labios por su frente en un etéreo beso.

—Estoy soñando.

—Conmigo, espero.

—No: con mi vampiro sexy y perverso —musitó ella frotando la mejilla contra el áspero vello de su torso.

—Y ¿qué te hace? —inquirió con voz ronca a la vez que se volvía para buscar sus pechos.

—Quitarme la almohada y no dejarme dormir —replicó ella empujándolo para que se tumbara de espaldas otra vez y así volver a descansar la cabeza sobre su pecho.

Raúl estalló en una inesperada carcajada que lo sorprendió a él tanto como a ella.

—¿Qué te resulta tan divertido? —le preguntó Cristina despierta por completo. Le pellizcó una tetilla a modo de reprimenda.

—Tú —contestó él, sus dedos acariciando reverentes su cara de ángel—. Me haces reír, a pesar de que hace menos de una hora quería matar a alguien.

—Espero que no a mí.

—Nunca a ti.

Se quedaron en silencio, esclavizados por la vorágine de sentimientos que sus miradas transmitían. Hasta que Cristina sonrió nerviosa y apartó la mirada. Había demasiadas emociones que no podría controlar si se perdía en los ojos de él. ¿Qué estaba haciendo? Pensó asustada por los sentimientos que despertaba en ella. Eran tan intensos que sentía la necesidad de abrirse a él, de enseñarle cómo era, lo que era en realidad. Pero eso era peligroso. Mostraría una parte de su alma que debía mantener oculta en las profundidades de su mente para que no volviera a escapar de nuevo a su control. No obstante..., sí podía dejarle ver una pequeña dosis de ella, de cómo había sido. De cómo se había forjado su vida.

—¿Te he contado alguna vez que soy la protegida de un mafioso rumano? Aunque él insiste en decir que soy su ahijada —musitó sentándose de rodillas en la cama, más nerviosa de lo que quería aparentar.

Raúl parpadeó aturdido por su radical transformación. Había pasado de estar relajada en sus brazos para alejarse de repente, como si lo temiera. Y, solo un segundo después, había saltado sobre la cama y parecía impaciente por contarle uno de sus alocados cuentos. Frunció el ceño preocupado, había algo que la había asustado, y mucho se temía que era la intimidad que había crecido entre ellos.

—¿Un mafioso rumano? Qué interesante. —Se recostó contra el cabecero, intrigado—. Cuéntamelo.

—Fue hace un montón de años, cuando era una adolescente delgaducha y desgarbada —comentó acariciándose el antebrazo izquierdo con el pulgar de la mano derecha.

Raúl le aferró la muñeca, sintiendo bajo la palma de su mano el cuero suave de las pulseras que ella siempre llevaba.

—Cuando te frotas el brazo no solo revelas tu inquietud, sino que además te irritas la piel —le advirtió apartándole la mano.

—Oh, bueno, sí..., es un tic que tengo, no me he dado cuenta de que lo hacía —se excusó, asegurándose de que las pulseras cubrían por completo sus muñecas. Se removió hasta quedar sentada con las piernas cruzadas y agarró la colcha para envolverse con ella cual indio a punto de fumar la pipa de la paz.

Raúl observó preocupado la postura retraída que había adoptado. ¿Por qué? ¿Qué hacía que se apartara tanto otra vez cuando solo unos segundos antes parecía relajada? No podía creer que un simple comentario sobre un tic nervioso pudiera desencadenar esa respuesta en ella.

Se inclinó y la agarró para acercarla y obligarla a recostarse de nuevo contra él.

—Así que eres amiga de un mafioso rumano —comentó acariciándole el cuello con las yemas de los dedos. Si contarle esa historia la relajaba, él desde luego quería oírla.

—No soy solo su amiga, soy su protegida —murmuró Cristina—. Cualquiera cosa que le pido él la hace sin dudar —comentó con una avergonzada sonrisa.

—¿Ah, sí? Y ¿por qué iba un matón a obedecerte? —replicó él siguiéndole el juego.

—Porque tiene una deuda de honor conmigo.

—¿Y eso? —la miró intrigado, deseando saber más. Desde luego, no podía negar que su *script* era muy buena imaginando y contando historias.

—Le salvé la vida a su hija.

Raúl arqueó una ceja, divertido por su metedura de pata. Las historias tenían que ser verosímiles para atrapar al oyente, y ella acababa de introducir un elemento de lo más inverosímil en la suya, cargándosela.

—Y, si eras una niña, ¿cómo se supone que le salvaste la vida a su hija? —inquirió, tratando de hacerle ver su error.

Pero ella sonrió entusiasmada ante su pregunta, tomándosela como si estuviera interesado de verdad en lugar de intentando enseñarla.

—Verás, mi barrio no es lo que se dice uno de esos lugares tranquilos donde todo el mundo es amable, los pajaritos cantan y los niños pueden bajar solos a la calle.

—¿Un barrio peligroso?

—Conflictivo, más bien. La cuestión es que me había escapado del instituto...

—¿Otra vez escapándote? ¿Como cuando te escapaste para ir a Madrid? —la interrumpió con una risueña sonrisa—. Parece que te gustaba mucho rebelarte contra las normas.

Ella se removió apartándose de él y se sentó con las piernas cruzadas contra su pecho y los brazos rodeándolas, formando de nuevo una barrera.

—Esto fue mucho antes de lo de Madrid —explicó—. No me gustaba el instituto y no me llevaba bien con mis compañeros de clase, así que me escapaba cada vez que podía. ¿Sabes cómo lo hacía para que nadie se enterara? —bajó la voz conspiradora.

—¿Cómo?

—Tenía un cable al que le había pelado las dos puntas y, cuando me sentía agobiada, las metía en uno de los enchufes principales del instituto y hacía saltar los plomos... A veces incluso conseguía quemar el cuadro eléctrico. Cuando eso pasaba, los profesores nos mandaban de regreso a casa, pero yo nunca volvía. Me quedaba dando vueltas por un parque que había cerca del polígono. Estaba abandonado y era un sitio muy solitario, y por eso me encantaba. Podía estar sola con mis pensamientos sin que nadie me molestara. Además, me lo conocía como la palma de mi mano y sabía dónde esconderme o por dónde escapar si alguien me descubría allí —explicó ufana.

Raúl sonrió de medio lado. Estaba cargando mucho la historia.

—Jugar con la electricidad, quemar cuadros de luz y fundir plomos no son travesuras de niños.

—No era una niña, tenía casi quince años —replicó ella.

—Aun así, ese parque no parece un lugar muy adecuado para una adolescente.

—Era el mejor refugio que tenía —comentó Cristina encogiéndose de hombros—. Un día, mientras estaba allí oí a una niña llorar. Tendría ocho o nueve años e iba con un hombre que le agarraba la mano con fuerza mientras ella forcejaba, pero era muy pequeña y no podía liberarse. Al principio pensé que eran un padre y su hija y que la niña, al igual que yo, se había escapado del colegio y su padre la estaba llevando de regreso. Pero luego el hombre le dio un tremendo tortazo que la tiró al suelo y pensé que, si ese era su padre, no era de extrañar que se hubiera escapado, así que lo seguí oculta por los matorrales mientras pensaba en un plan para liberarla...

—¿Como si fueras una heroína de Marvel? —inquirió burlón.

—¡Ojalá! Yo no tenía superpoderes y además estaba aterrorizada. Pero el llanto de la niña se había amortiguado convirtiéndose en hipidos contenidos que me taladraban la cabeza... Es muy difícil contener las lágrimas y mostrarte fuerte cuando solo quieres hacerte un ovillo y dejar que todo acabe —musitó con mirada ausente—. Pero si la niña no se rendía, yo tampoco. Así que vi un palo tirado en el suelo y lo cogí sin dudar y, cuando pasamos junto a un viejo árbol, no lo pensé ni un instante. Me subí al banco que había junto a este y desde allí salté sobre el hombre y le aticé en la cabeza con todas mis fuerzas.

—Se la abrirías.

—¡Qué va! La tenía bien dura —replicó ella enseñándole las palmas de las manos en un gesto de frustración—. Pero se sorprendió tanto que soltó a la niña y esta echó a correr como alma que lleva el diablo. Yo también, por supuesto, no me iba a quedar allí para que el tipo me torturara.

—¡Torturarte! Esa palabra es un poco fuerte, ¿no crees? —la interrumpió Raúl.

Cristina entornó los ojos con suspicacia. ¿No se estaba tomando en serio la historia?

—Perdona por interrumpirte, es solo que me ha chocado la palabra que has usado —se disculpó.

—Bueno, tal vez lo de torturarme fuera exagerado, quizá solo me hubiera dado una paliza —claudicó ella esbozando una tímida sonrisa—. La cuestión es que salí corriendo tras la niña y él nos siguió. Y no era lento, al contrario. Tenía unas piernas largas y fuertes y corría casi tan rápido como yo, y desde luego más que la pequeña con sus cortas piernecitas.

—Pero lograsteis salvaros...

—En realidad, no. Al cabo de unos minutos atrapó a la niña y yo me di la vuelta para enfrentarme a él. Era enorme, estaba muy cabreado y no paraba de gritarme en su idioma.

—¿No hablaba español? —inquirió Raúl sorprendido. Los insultos iban muy bien en los relatos para destacar la furia de los personajes, pero dichos en otro idioma perderían fuerza al no poder ser comprendidos por el público.

—Era rumano —dijo Cristina por toda explicación—. Así que, allí estaba yo, sin ninguna arma, enfrentándome a un gigante cabreado. Agarré una piedra del suelo y se la tiré. Él la esquivó y, con más rapidez de la que yo esperaba, me dio un puñetazo que casi me hizo desmayarme. Por un momento lo vi todo negro mientras un dolor horrible me explotaba en el cráneo. Fue como si mi cerebro estuviera dentro de una campana y alguien le hubiera dado con un martillo. Me caí al suelo de culo, él se acercó para darme una patada y, en el momento en que levantó la pierna, la patada se la pegué yo. En los huevos. Me incorporé como un rayo, agarré la mano de la niña y volvimos a correr. Conseguimos llegar al final del parque antes de que nos atrapara de nuevo.

—Y en ese momento los buenos os rescataron...

Ella lo miró perpleja por lo irreverente de su intervención, pero esbozó una dulce sonrisa y continuó el relato, segura de que él solo pretendía quitarle hierro al asunto.

—Qué va, la caballería jamás llega a tiempo cuando se la necesita —masculló disgustada—. Agarró a la niña del cuello y yo le salté sobre la chepa para morderle la oreja y hacer que la soltara. No iba a permitir que ese hijo de puta nos jodiera más —explicó dejándose llevar por la historia y sorprendiendo a Raúl con su vocabulario—. Así que el muy cabrón soltó a la cría, me agarró por el pelo y me tiró al suelo, donde me propinó unas cuantas patadas. Luego sacó una navaja y se arrodilló sobre mí.

—¿Cómo escapaste? —murmuró Raúl intrigado por el final que inventaría para esa historia.

—Estaba a punto de rajarme cuando de repente se abrió un agujero en su frente y comenzó a manar sangre de él —dijo bajando la cabeza.

—¿Un agujero en su frente? —repitió él perplejo.

—Sí, alguien le había disparado.

—¿La policía? —Eso iría bien en la historia. Al final, los buenos acuden a rescatar a la frágil pero valiente heroína y todo eso...

—No, el padre de la niña.

—Ah, el mafioso rumano...

—*Sip*. La carretera estaba cerca, y la pequeña había conseguido llegar hasta ella y allí se había encontrado con su padre y sus hombres, que la estaban buscando desesperados. Les contó rápidamente lo que había pasado y acudieron en mi auxilio.

—Menuda casualidad —resopló Raúl. Demasiado manido para ser un buen final.

—¿Estás insinuando que no me merecía un poco de suerte? —protestó ella.

—Sí, claro, perdona. Es solo que no me gustan las casualidades, le quitan fuerza y credibilidad al relato —señaló.

—Pero, sin embargo, a veces suceden.

—Por supuesto —aceptó él—. Así que el mafioso te libró de una muerte atroz y, como habías salvado a su princesa, decidió convertirse en tu protector.

—Algo así.

—A partir de ahora intentaré no portarme mal contigo, no vaya a ser que le pidas que me dé una paliza para vengarte de mí —afirmó burlón antes de tumbarse de espaldas en la cama y arrastrarla con él.

—Yo jamás le pediría eso —protestó ella mirándolo como si se hubiera vuelto loco—. Al contrario, cuando me preguntó qué recompensa quería por haber salvado a su hija del ajuste de cuentas, le pedí que no volviera a matar a nadie.

—Y el mafioso te lo concedió —apuntó conteniendo la risa. Ese sí que era un buen chiste. Ni siquiera colaría en una película romántica de serie B.

—En realidad, me prometió no volver a matar a nadie por su propia mano, pero no dijo nada de no ordenárselo a sus hombres —murmuró contrita.

—Los finales redondos no siempre son posibles y, desde luego, lo que no son es reales —aseveró él, apagando la lámpara—. Duérmete, es muy tarde.

Cristina se acurrucó contra su pecho y cerró los ojos. En realidad, los finales redondos no existían. Tampoco los finales felices. De hecho, el único final posible era el que acababa con la muerte. Y desde luego ella iba a hacer lo imposible por esquivarla durante mucho, mucho tiempo.

\* \* \*

Raúl se despertó sobresaltado cuando unos fuertes golpes rompieron el silencio en el que estaba sumido. Se incorporó alterado al mismo tiempo que lo hacía la mujer que dormía a su lado.

—Voy a ver quién es —susurró levantándose de la cama.

Palpó la pared hasta dar con el interruptor de la luz y, una vez encendida, agarró los pantalones y en ese preciso momento los golpes se hicieron más bruscos y urgentes, como si quien llamara estuviera decidido a tirar la puerta a puñetazos.

—¡Abre de una puta vez, joder! ¡No se te ocurra volver a hacérmelo de nuevo!

Raúl oyó con cristalina claridad la desesperación en la voz aterrada del director de fotografía y, olvidando los pantalones, echó a correr hacia la entrada.

—¡Ya voy! —gritó para hacerse oír por encima del escándalo mientras daba la luz y giraba la llave en la cerradura.

En el momento en que dio la última vuelta, la puerta se abrió con brusquedad chocando contra la pared y Jota entró en la autocaravana con los ojos desorbitados y la frente cubierta de sudor.

—¿Estás bien? —jadeó envolviéndole la cara con ambas manos y observando con atención sus pupilas.

—Sí, claro. ¿Qué ha pasado para que te comportes como un loco? —inquirió Raúl enfadado, zafándose de él.

Jota recorrió con la mirada a su amigo y un segundo después se lanzó sobre él propinándole un fuerte empujón que lo tiró contra la mesa.

—¡Eres un hijo de puta malnacido! —le gritó tirando de un golpe el bolso que había sobre la encimera—. ¡¿Sabes el susto que me has dado?! ¡¿Puedes hacerte una jodida idea de lo que se me ha pasado por la cabeza?! Puto cabrón egoísta —escupió empujándolo de nuevo cuando el director hizo intención de ponerse en pie.

—No tengo ni idea de lo que me estás hablando —murmuró Raúl con voz tranquila levantando una mano—. Cierra la puerta, por favor, no me apetece ver una foto de mis pelotas la próxima vez que ponga la tele —intentó bromear sin conseguirlo.

—¿No sabes de lo que te hablo? —jadeó Jota cerrando con un tremendo portazo—. Hablo de tu puto egoísmo. ¡¿Dónde está tu móvil?! ¡¿Dónde el walkie?! —Miró a su alrededor localizando ambos aparatos en la encimera. Los cogió desdeñoso—. ¿Cómo no?, uno sin batería y el otro apagado —gruñó tirándoselos al pecho—. ¡¿Tanto te cuesta tenerlos operativos?!

—No me gusta estar localizado, ya lo sabes —comentó encogiéndose de hombros—. ¿Me vas a decir qué ha pasado?

—No tienes ni idea, ¿verdad?

—Pues no, así que, por favor, ilústrame.

—Son las seis y diez de la mañana —dijo Jota por toda respuesta.

Raúl lo miró desconcertado.

—¿Tan tarde?

—Mira el reloj si no me crees —le espetó su amigo.

Raúl bajó la mirada azorado a la vez que apretaba los labios en una mueca de desdén hacia sí mismo.

—Lo siento, parece que me he dormido —musitó turbado.

—¡¿Que te has dormido?! ¿Esa es tu puta excusa? Llevas cinco años levantándote antes de que el gallo tenga tiempo de abrir los jodidos ojos, ¿y me sueltas que te has dormido?

—Es la verdad —replicó Raúl enseñándole las palmas de las manos en un gesto de rendición.

—Me cago en tu puta verdad —gruñó Jota dándole un golpe a la puerta que dejó la marca de su puño en la madera—. ¿Tienes la más remota idea de lo que se me ha pasado por la cabeza mientras te llamaba una y otra vez sin que contestaras?

—Lo siento.

—Eso no me vale, joder. Me has hecho revivirlo todo, y te aseguro que no me ha gustado —jadeó pasándose las manos por el pelo.

—No ha sido mi intención.

—Ya lo imagino —masculló Jota abriendo la nevera para coger un brik de leche y dar un largo trago—. ¿Qué coño hiciste anoche para no despertarte hoy? —dijo algo más calmado—. ¿Tomaste algo? —inquirió fijando una amenazadora mirada en él.

—No.

—Eso espero, cabrón, porque no pienso volver a salvarte el culo —replicó mordaz, aunque en sus ojos no había ni rastro de humor—. Vístete, capullo, estamos parados por tu culpa —masculló antes de marcharse.

Acababa de pisar la calle cuando sonó su móvil. Respondió y su ceño fue frunciéndose conforme escuchaba lo que su interlocutora decía. Cuando colgó, una peligrosa sonrisa iluminaba su faz.

—¿Sabes quién se ha quedado dormida también? —dijo entrando de nuevo en la autocaravana.

Raúl salió del dormitorio con los pantalones a medio abrochar y se quedó frente a la puerta, una mano apoyada en la jamba, impidiendo el paso.

—¿Es importante que lo sepa? —murmuró con fingida indiferencia.



—Tal vez. —Jota buscó con la mirada algo que le parecía haber visto al entrar. Lo encontró en el suelo, junto a la encimera—. Por lo visto, Blancanieves se olvidó el bolso anoche... —comentó recogéndolo.

—Eso parece. Déjalo en la mesa, luego se lo daré —dijo Raúl sin apartarse de la puerta.

—¿La tienes ahí escondida? —Jota esbozó una sonrisa torcida—. ¿Tal vez está tan desnuda como tú lo estabas hace un instante?

—Lárgate, Jota.

—¿No quieres que la acompañe al set? —inquirió con sorna—. Aún es de noche...

—Que me sienta mal por el susto que te he dado no significa que vaya a permitir tu sarcasmo —le advirtió Raúl con voz calmada.

—Me ofendes con tus recelos —replicó Jota llevándose la mano al pecho—. Solo quiero ayudaros..., pero si prefieres aparecer con ella en el set, los dos llegando tarde a la vez cuando la impuntualidad es algo totalmente inconcebible en vosotros, adelante. ¿Cuánto crees que tardará Rita en oír los rumores y sacarles partido?

Raúl estaba a punto de decirle exactamente lo que pensaba de su estúpida proposición cuando notó un empujón y Cristina pasó por su lado, o más exactamente bajo su brazo.

—Eres muy amable al ofrecerte a acompañarme —le dijo a Jota esbozando una agradable sonrisa, las mejillas tan rojas como una sandía madura. Agarró el bolso que él tenía en la mano y abrió la puerta sin pararse un instante—. Te veo en el set —añadió despidiéndose de Raúl.

—Está claro que tu *script* es bastante más avispada que tú —le dijo Jota a Raúl antes de salir tras ella—. Por cierto, no te preocupes, voy a ser buen amigo y no voy a intentar sonsacarle nada —afirmó llevándose la mano a la frente en un saludo marcial.

Raúl cerró los ojos al oírlo. No se atrevería...

—¿Sabías que tu amante lleva un montón de tiempo manteniéndose casto y puro? —le oyó decirle a Cristina—. Es por eso por lo que me voy a permitir preguntarte si te ha satisfecho. No es que me interese, no me malinterpretes, es solo la lógica preocupación de un amigo. Tanto tiempo sin follar no puede ser bueno, y me inquieta que se le haya olvidado cómo hacerlo.

***Jueves, 6 de abril de 2017, Puñonrostro***

Cada tarde enganchaba la manguera a la boca de riego y regaba el parque de la Dama Luna. Ponía especial cuidado en llenar de agua los alcorques de los olmos negros y los arbustos que tanto dinero le habían costado al ayuntamiento del pueblo. Se acercaba la hora de su jubilación y no quería que nada empañara su impecable hoja de servicios como jardinero. Tampoco olvidaba jamás acercarse al estanque de las tortugas y rellenarlo de agua. Era la única manera de que no estuviera sucio. En realidad, el estanque había sido creado como elemento decorativo y no como acuario, pero un día apareció una tortuga en él, tal vez de alguien a quien no le gustaba la responsabilidad de cuidarla y se había librado de ella dejándola allí. Antes de un año, a esa tortuga se le habían añadido cuatro.

Ahora eran más de treinta.

Y, ¿para qué mentir?, les había cogido cariño. Les llevaba comida y se preocupaba por ellas, más ahora que la Semana Santa estaba próxima y los críos del pueblo estaban más sueltos que de costumbre. Dos días antes, algún gamberro se había dedicado a pintarles los caparazones con espray rojo, y esa misma mañana una joven de fuera del pueblo había encontrado un par de tortugas sobre los arbustos, panza arriba, enganchadas de manera que no pudieran darse la vuelta. Había sido una broma cruel, ya que si hubieran pasado varias horas así se habrían asfixiado, pues el peso de sus vísceras les habría aplastado los pulmones.

La muchacha las había rescatado para luego sentarse en el suelo durante largo rato, mirándolas con extraña fijeza mientras guardaba un inquietante silencio.

Desde luego, las mujeres que trabajaban para la tele eran de lo más raras.

## ***Jueves, 6 de abril de 2017, Campoviejo***

—Aún no me puedo creer que hayas conseguido grabar todas las escenas de Puñonrostro en solo dos días —felicitó María a Raúl en la puerta de la autocaravana mientras Fabián y Neus se alejaban en dirección a la carpa de *catering* para cenar.

—No hay nada como la presión para aclarar las ideas y acelerar los rodajes —replicó él con sorna.

—También el talento tiene mucho que ver —apuntó ella—. Suerte el domingo con Miguel. —Raúl arqueó una ceja, pidiéndole en silencio que explicara su comentario—. He leído el guion que le diste hace quince días... y he visto las escenas que has grabado en estas dos semanas —dijo por toda explicación antes de reiterar—: Suerte. Aunque no creo que la necesites. Son realmente buenas, montadas tienen que ser espectaculares —afirmó antes de irse.

—¿Era admiración eso que asomaba a la voz de María? —preguntó Jota—. ¿Alguien le ha tocado la frente por si estuviera enferma y su percepción se viera alterada por la fiebre?

—¿Por qué dices eso? —se quejó Cristina mirándolo ofendida.

—Porque este zopenco no se merece la admiración de nadie —afirmó con sorna señalando a Raúl con la mirada.

—¡No seas malo! —protestó ella regalándole una aniñada sonrisa.

—Lo que no debe ser es cargante —intervino Raúl—. ¿Piensas quedarte a dormir aquí? —le reclamó irritado a Jota al ver que no tenía intención de irse.

—No es mala idea. ¿Hay sitio en la cama para mí?

—Lárgate.

—Prometo portarme bien y cumplir cuando a ti no se te levante. Al fin y al cabo, soy seis años más joven y eso tiene que notarse... —señaló mordaz.

Raúl le dirigió una penetrante mirada.

—Está bien, tortolitos, os dejaré solos para que os despedáis. Al fin y al cabo, sois unos pobres desgraciados que van a estar separados todo el fin de semana —señaló malicioso abriendo la puerta—. Aprovechad el tiempo tan bien como lo haría yo..., si es que consigues que tu viejo y marchito pene se ponga duro más de una vez por noche —apuntó burlón mientras salía—. Y, si necesitas ayuda, no dudes en llamarme.

—Por esto no quería que se enterase —masculló Raúl cerrando de un portazo para luego echar la llave—. ¿Lo encuentras divertido? —murmuró al ver la risueña sonrisa que iluminaba la cara de su *script*.

Cristina empezó a negar despacio con la cabeza para, un instante después, cambiar el sentido de sus movimientos y acabar asintiendo.

—Eso es porque a ti no te acusa de ser impotente —murmuró huraño envolviéndola entre sus brazos. La besó con todas las ganas que llevaba acumuladas durante todo el día.

—En realidad, no te acusa de serlo, solo se ofrece para ayudarte en caso de apuro —comentó burlona inclinando la cabeza a un lado para exponer su cuello a la boca del director.

Ambos eran conscientes de que cada noche que Jota se quedaba con ellos los ayudaba a reforzar su coartada de que estaban trabajando, ahorrándoles tener que salir de la autocaravana para fingir acompañar a Cristina a su capuchina y regresar ocultos por las sombras poco después.

—No, por favor —susurró Raúl posando los labios en el cuello femenino—. No me digas que te ha conquistado con su verborrea incontenible —gruñó antes de morderla—. Voy a tener que castigarte por caer rendida a sus dudosos encantos...

—¡Serás cruel! —gimió ella al notar sus manos tirando de la sudadera que vestía.

—Mucho... —Le quitó la sudadera y, luego, sin paciencia para más seducción, la tomó en brazos y la llevó a la cama, donde continuó desnudándola.

\* \* \*

—¿Ya tienes los billetes para Málaga? —murmuró Raúl tiempo después, saciado tras una buena sesión de sexo en la que su pene había funcionado perfectamente y con mucho brío cada vez que había sido requerido.

—Sí, mi tren sale el sábado —comentó ella adormilada, frotando la nariz contra el torso de él. Adoraba el olor de su piel.

—¿El sábado? —La miró confundido—. Creía que te ibas mañana. Si no es así, podrías venir a la sala de montaje el viernes por la tarde, me encantaría enseñarte cómo va todo.

—Ah..., sí, claro, sería genial, pero en realidad me voy mañana a las siete y media de la tarde, me he confundido de fecha. Lo siento, otra vez será.

—No pasa nada. ¿Al final vas a ver a tus padres por la mañana?

—Ah..., sí, voy a intentarlo —dijo. Lo cual no era mentira. Lo intentaría, pero eso no significaba que pusiera suficiente empeño para lograrlo.

—¿También verás a tu padrino el mafioso? —Raúl esbozó una sonrisa de medio lado al recordar esa historia. Lo cierto era que, a pesar de ser un

disparate de principio a fin, tenía algo que atrapaba la atención, que instaba a saber más.

—Seguro que lo veo por el barrio: tiene espías por todas partes que le dicen cuándo estoy por allí —murmuró poniendo los ojos en blanco.

—Entonces va a ser una visita completa, primero tus padres y después tu padrino. Lástima que falte tu hermano —señaló bulón, incapaz de resistirse a soltar una pullita sobre su viajero hermano.

Pullita que Cristina no detectó, pues contestó ilusionada a su pregunta.

—Pero es por un buen motivo —replicó esbozando una alegre sonrisa—. Está en lo más profundo de la selva amazónica, buscando una cura contra el cáncer con la ayuda de una tribu indígena —explicó con evidente orgullo—. Ha descubierto que esa tribu jamás ha sufrido esa enfermedad y cree que es por algo que consumen habitualmente en su dieta...

Raúl la miró perplejo. Acababa de resumirle el argumento de una antigua película de Sean Connery: *Los últimos días del edén*.

—Espero que lo descubra. Dile que vigile a las hormigas, tengo la intuición de que serán transcendentales para su investigación —señaló recordando el final de la película.

—Se lo diré —dijo ella encantada.

—Ya me contarás qué te responde —comentó inclinándose para besarle la frente. Luego se tumbó de espaldas, colocó las manos bajo la nuca y dejó la mente en blanco.

Cristina asintió con un gesto y, al ver que parecía haberse sumido en sus pensamientos, se giró para coger la tableta que había dejado sobre el baúl. Luego se recostó contra el cabecero y comenzó a leer.

Raúl la observó de refilón; era maravilloso estar en la cama con una mujer sin tener que estar conversando, follando o haciendo cualquier otra cosa que no le apeteciera para llenar el tiempo. Solo tumbado a su lado, disfrutando del silencio, de su olor, de la paz que sentía cuando estaba a su lado. Pero, claro, Cristina no era una mujer normal. Al contrario, era una complicada mezcla de claros y sombras en la que la realidad se confundía con la fantasía y las mentiras parecían ser verdad. Una mujer capaz de inventar el más imposible de los cuentos y convertir lo imposible en posible. Una mujer que, por algún extraño milagro, había conseguido que lograra estar relajado en la cama a pesar de no estar totalmente exhausto ni al borde de la extenuación. Y eso era algo que no le ocurría desde hacía más de cinco años.

No sabía cómo ni por qué, pero su mente inquieta y cobarde se relajaba cuando ella estaba a su lado, regalándole una tranquilidad que llevaba tiempo

sin sentir.

—No me has preguntado por qué Jota se asustó tanto cuando llegué tarde al rodaje el otro día —comentó con voz suave, la mirada fija en el techo.

—Todos tenemos secretos que preferimos no revelar, y yo no tengo por costumbre interrogar a mis amigos —replicó Cristina con afabilidad, dejando la tableta en el suelo y recogiendo el pelo sobre el hombro izquierdo.

—Eres una mujer excepcional —murmuró Raúl atrayéndola hacia él—. Pero yo no lo soy, y no pienso tener tanta consideración con tus secretos: me he propuesto descubrirlos todos —dijo burlón antes de hundir la cara en su cuello y morderlo con suavidad, lo que le impidió ver la súbita mirada de terror de su *script*—. Jota fue quien me encontró desmayado en el suelo de mi autocaravana hace cinco años. No me extraña que se asustara tanto al ver que no respondía a sus llamadas, debió de revivirlo todo —explicó tumbándose de nuevo. Asió la mano de Cristina y la posó sobre su torso, anhelando sentir sus dedos sobre la piel. Eso era lo único que necesitaba para mantener lejos a sus demonios.

—¿Te habías quedado dormido en el suelo? —le preguntó, aunque intuía la respuesta.

—No. Estaba en coma —declaró él con voz átona.

Ella no dijo nada, pero Raúl pudo oír con claridad las preguntas contenidas en el sorprendido jadeo que exhaló.

—Estaba pasando por una época complicada —comentó sin mostrar ninguna emoción—. La última película había sido un éxito de la crítica, pero un rotundo fracaso en taquilla; estaba metido en un proyecto en el que no conseguía centrarme y había una mujer que aseguraba que la había dejado embarazada. Era mentira, por supuesto, siempre uso preservativo, pero hasta que salió el juicio, e incluso después, fue de plató en plató contando nuestra supuesta historia de amor, que en realidad había consistido en un polvo mal echado del que apenas guardo recuerdos.

—Estabas sometido a mucho estrés —lo disculpó Cristina al ver que se quedaba callado.

—Sí, eso es lo que pensó todo el mundo cuando mis excesos se hicieron más salvajes. Pero la verdad es que el problema venía de unos cuantos años atrás, y no había nada que lo hubiera motivado excepto mi estupidez supina —confesó frunciendo los labios en un tic nervioso que evidenciaba la rabia que sentía hacía sí mismo y que trataba de contener.

—¿Qué pasó esa noche? —susurró ella abrazándolo con todo su cuerpo.

—No tengo ni idea, no consigo recordar nada, aparte de que había llevado a la caravana a una mujer sin nombre a la que me iba follar. Llevaba varias horas de fiesta y sentí que la euforia producida por las drogas se debilitaba dando paso al cansancio, así que preparé una bebida a la que añadí anfetaminas. Nos la tomamos y luego ella cortó unas rayas. Me metí una. Y ya no recuerdo nada más.

—¿Te desmayaste y ella no hizo nada?

—No. Según me ha contado Jota, continué de juerga gran parte de la noche, porque nos cruzamos con él cuando íbamos al *catering* a por más bebida. Lo invitamos a follar, echó un par de polvos con nosotros y luego se fue a dormir dejándonos en la autocaravana con nuestra fiesta privada. A la mañana siguiente esperaron un par de horas a que yo apareciera en el set, que era el tiempo que solía retrasarme por aquel entonces, y al ver que no llegaba, Jota fue a buscarme. Me encontró tirado en el suelo. Intentó despertarme y al no conseguirlo llamó a una ambulancia —explicó con voz neutra, como si no estuviera hablando de sí mismo—. Los médicos le dijeron que estaba en coma y que no sabían si llegaría a recuperarme porque varios de mis órganos habían dejado de funcionar. Me desperté una semana más tarde en una habitación desconocida y enchufado a un montón de máquinas. Desde entonces dormir es... complicado —confesó—. Mi cerebro se niega a apagarse si no estoy extenuado, y aun así no me resulta fácil dormir. Creo que es porque, de manera inconsciente, me aterra dormirme por si vuelvo a despertar en un hospital..., o tal vez lo que temo es no despertarme más. El jueves pasado fue la primera vez en cinco años que conseguí dormir más de cuatro horas seguidas. De hecho, llevaba años sin despertar tan descansado como estas últimas semanas —musitó fijando sus ojos en ella por primera vez desde que había empezado a hablar—. Y creo que es gracias a ti. Tienes un extraño efecto sobre mí, Blancanieves —afirmó antes de besarla.

—Siento que tuvieras que pasar por eso —dijo compasiva cuando se apartó de sus labios.

—No lo sientas. Yo mismo me lo busqué —murmuró girándose hasta acabar tumbado de costado frente a ella, sus frentes tocándose en un suave roce y sus piernas entrelazadas—. Te voy a echar mucho de menos este fin de semana...

—No lo creo, no vas a tener tiempo ni para recordarme —replicó burlona.

—Para ser una lectora empedernida de novelas románticas, no eres nada romántica —musitó besándola de nuevo.

La abrazó cuando ella se acurrucó contra él; sintió su cálido aliento acariciándole el torso con cada respiración y los ojos se le fueron cerrando sin que se diera cuenta, hasta que el sueño lo venció sin lucha por primera vez en mucho, mucho tiempo.



***Domingo, 9 de abril de 2017, Madrid***

—Eres un verdadero cabronazo —masculló Miguel cuando los créditos finales del episodio quinto aparecieron en la pantalla—. Esto no era lo que habíamos acordado —dijo malhumorado levantándose de la butaca de la sala de proyecciones—. ¡Lo has cambiado todo!

—En realidad, no. Solo han sido unas pocas escenas y algunas pinceladas distintas en los diálogos, poco más del treinta por ciento del guion —replicó Raúl sentado con las piernas cruzadas y los dedos entrelazados sobre el regazo en la viva imagen de la templanza.

—¡Has cambiado mucho más del treinta por ciento! —bramó Miguel caminando furioso frente a la pantalla.

—Puede ser, pero el argumento de fondo no ha cambiado, sigue siendo una historia de amor, superación y búsqueda del autoconocimiento —señaló Raúl con inmutable calma.

—Eres un hijo de puta de primer orden —masculló el productor plantándose frente a él, que seguía apaciblemente sentado—. Siempre haces lo que te da la gana, sin pararte a pensar en lo que se te ha pedido o en los compromisos que los demás hayamos adquirido. No diriges con la cabeza, sino con... con... —Se interrumpió, tan indignado estaba que no encontraba las palabras.

—Las entrañas —apuntó Raúl levantándose al fin—. Y por eso soy mejor que los demás.

—*Eras* mejor que los demás, en pasado —rebató Miguel—. Te recuerdo que llevas sin trabajar unos cuantos años. Solo yo me he atrevido a darte un proyecto..., y me lo pagas así.

—Entregándote una serie extraordinaria —afirmó Raúl con seguridad.

—Reza para que los compradores opinen lo mismo que tú y no lo anulen todo cuando la visionen mañana —lo desafió cogiendo el maletín con los

originales de los episodios para luego dirigirse a la puerta—. Por cierto, intenta no parecer un pordiosero cuando te presentes en la fiesta. —Lo miró desdeñoso antes de salir.

—Tengo un traje en casa —comentó Raúl siguiendo al productor por el pasillo—, pero no creo que vaya. No me gustan las fiestas.

—Eso será ahora, antes no les hacías tantos ascos. Tienes que ir, me lo debes —exigió llamando el ascensor—. Posa en el *photocall* con tu mirada más desafiante y luego date un garbeo por el salón. Lleva una copa en la mano, aunque no te la bebas, servirá para levantar rumores —señaló—. Alterna con los presentadores de moda, sonríe seductor a las mujeres y, en definitiva, deja que te vean, te graben y te fotografíen para que puedan hablar de tu repentina reaparición en sus programas. Y, después, si quieres, vuelve a tu cueva de ermitaño —dijo con tono feroz entrando en el ascensor.

Raúl se quedó inmóvil frente a él, sus miradas cruzándose furiosas hasta que asintió sometiéndose. Un instante después, las puertas se cerraron dejándolo solo en el vestíbulo. Esperó hasta que el ascensor comenzó a bajar y por fin se permitió tomar una larga bocanada de aire para llenar sus contraídos pulmones. Había ido mejor de lo esperado. Se pasó los dedos por el pelo y enfiló la escalera.

Estaba demasiado alterado para encerrarse en un ascensor.

Bajó los cinco pisos en un tiempo récord y, al salir a la calle, montó en el coche de la productora. Dudó un instante entre ir a su casa para cambiarse de ropa o dirigirse al campamento del rodaje. No le apetecía en absoluto ponerse un traje y asistir a la fiesta de aniversario de una marca de moda en la que no se le había perdido nada y habría demasiadas tentaciones a su alcance. Pero era parte de su trabajo y no le quedaba otra que hacerlo.

Tal vez la próxima vez pudiera convencer a Cristina para que lo acompañara.

\* \* \*

Miguel observó a través del mirador de la cafetería cómo su rebelde director se marchaba. Sonrió. A pesar del tiempo pasado desde su último trabajo, no había cambiado nada, seguía siendo *l'enfant terrible* del cine español. Su aspecto civilizado ocultaba el carácter indomable e insolente que antaño lo había convertido en uno de los mejores directores. Solo que ahora su talento estaba bañado por una pátina de dolorosa conciencia que antes no tenía y que le había dado la templanza que le faltaba.

Observó el maletín que reposaba a sus pies. Su arisco director estaba muy equivocado al afirmar que esos episodios eran extraordinarios. En realidad, eran lo mejor que había hecho nunca. El adjetivo *extraordinario* se quedaba corto para describirlos.

Sonrió ufano. Raúl Garrido había regresado del infierno con su mejor trabajo bajo el brazo, y él era quien lo iba a poner en órbita. Se tomó el café de un trago y, dejando unas cuantas monedas sobre la barra, se dirigió a su despacho. Ahora que había visto lo que tenía entre manos no iba a quedarse parado. Debía trazar un plan de trabajo para poner a esa serie en el lugar que le correspondía.

### ***Domingo, 9 de abril de 2017, Campoviejo***

Raúl estacionó en el único aparcamiento libre del pueblo, a bastante distancia del recinto ferial en el que la productora había montado el campamento. Por lo visto, los colegios de Madrid ya habían dado las vacaciones de Semana Santa, y el pequeño pueblo estaba abarrotado de gente. ¡Qué maravilla!, pensó irónico. No tenía suficientes preocupaciones que además iba a tener que soportar cinco días de rodaje rodeado por todos los mocosos del lugar.

Miró el reloj del salpicadero: pasaban unos minutos de la una de la madrugada. Apretó los labios disgustado, cogió la bolsa que había dejado en el asiento del pasajero antes de salir del coche y se dirigió con paso rápido al campamento. Se le había hecho muy tarde por culpa de la maldita fiesta. Posar, saludar, pasear con una copa en la mano y conversar con los famosos de turno era lo que más odiaba de su trabajo. Lo habían acechado como si esperaran su reacción a la última droga de diseño que hubiera probado. Se había sentido expuesto, abierto en canal tras una vitrina de frágil cristal a la que todos se asomaban para observar sus miserias y comentarlas.

Ser el centro de todas las miradas, de todos los susurros, de todos los objetivos de las cámaras era desagradable. También muy frustrante, sobre todo porque no podía hacer uso de su ácido sentido del humor para mandarlos a paseo.

Aceleró el paso al ver los camiones aparcados en los límites del recinto ferial, pasó junto a ellos y se internó entre las hileras de autocaravanas hasta llegar a la capuchina de maquillaje. Se detuvo frente a ella. Ninguna luz salía de la ventana que había en la parte trasera.

Sacudió la cabeza frustrado, las mandíbulas apretadas con tanta furia que se obligó a relajarse por temor a romperse algún diente.

Por supuesto que estaba la luz apagada. Era demasiado tarde. De hecho, no había nadie allí, parecía un campamento fantasma. Observó con furiosa intensidad la ventana que había deseado encontrar iluminada y dio media vuelta. Había sido un iluso al esperar encontrar a Cristina despierta tan tarde. Pero había ansiado tanto verla. Miró de refilón los paquetes que contenía la bolsa de papel que sujetaba en la mano derecha. No había prisa. Ya se los daría la próxima noche. Aunque iba a ser un verdadero suplicio esperar veinticuatro horas más para ver su sonrisa entusiasmada.

Y con ese pensamiento apareció una extraña sensación que últimamente notaba muy a menudo. Se llevó la mano al estómago al sentir una docena de frenéticas mariposas agitando las alas en su interior. Sonrió burlón recordando la explicación de Cristina para esa sensación; por lo visto, su cerebro estaba liberando dopamina a diestro y siniestro. De hecho, llevaba todo el fin de semana liberándola. Tal vez porque no había dejado de pensar en ella, y eso parecía estar estrechamente relacionado con las mariposas, el ritmo acelerado de los latidos de su corazón y la sensación de euforia que de repente lo dominaba.

Pero más le valía calmarse, porque esa noche no iba a dormirse con sus dedos jugando sobre su pecho ni con su aliento acariciándole la piel. No habría besos ni conversaciones alocadas sobre historias inventadas, tampoco le contaría las excitantes escenas subidas de tono del último capítulo que había leído.

Apretó los puños con rabia mientras pensaba por enésima vez que debería haberse marchado mucho antes de la fiesta. De hecho, ni siquiera debería haber ido.

Tan absorto estaba en sus furiosos pensamientos que casi se le pasó por alto la silueta rodeada de gatos que estaba sentada a la única mesa de la carpa de *catering* iluminada por una farola cercana.

Se detuvo, observándola con los ojos entornados, y un segundo después se volvió hacia allí con una amplia sonrisa que mostraba sus colmillos afilados.

\* \* \*

Cristina supo que alguien se acercaba porque los gatos huyeron asustados. Se dio la vuelta, intuyendo quién era, pero nada la había preparado para lo que vio. Era Raúl, pero no parecía el de siempre. Había cambiado los vaqueros y la camisa que solía llevar por un elegante traje gris marengo y una camisa un

par de tonos más clara. Se había aflojado la corbata y llevaba abierto el primer botón del cuello, mostrando un triángulo de piel que a Cristina le pareció lo más erótico que había visto nunca.

—¿Qué haces fuera tan tarde? —inquirió él al llegar a su lado, sus ojos contemplándola con atónita intensidad.

Iba vestida de negro de pies a cabeza. Botas militares, *leggings* con desgarrones en las rodillas y una holgada camisa masculina que le llegaba a medio muslo. Se la había arremangado y su piel destacaba blanca como el mármol entre esta y las pulseras de cuero que le envolvían ambas muñecas. El pelo suelto y alborotado le caía sobre la cara, convirtiendo sus rasgos en un claroscuro de luces y sombras.

No había nada en su apariencia que mostrara la dulzura angelical que siempre parecía emanar de ella, y sin embargo parecía más auténtica que nunca. Era una Cristina más oscura, más peligrosa, más real. Una Cristina que dejaba que el deseo que sentía se reflejara sin ambages en su mirada.

Se levantó del banco con movimientos felinos y fue hacia él.

—He llegado hace un rato y he pensado que hacía una noche demasiado bonita para estar encerrada. —«Además, Margot estaba enzarzada en uno de sus interminables y sonoros discursos sobre lo mal que la trataban todos y lo cruel que era la vida con ella»—. Así que he dejado la mochila en la capuchina y he salido a alimentar a los gatos —le explicó alzando la mano para acariciar la sensual uve de su cuello.

—Espero que reconsideres tu decisión de no estar encerrada —murmuró Raúl con voz ronca, estremeciéndose al sentir el roce de sus dedos sobre su pecho—. No sería adecuado hacerte el amor aquí, aunque si no me dejas otra opción... —susurró amenazador aferrándole la mano para detenerla cuando descendió por su vientre.

Cristina bajó la cabeza con timidez, volviendo a ser la dulce *script* que lo tenía hechizado.

Él sonrió y, sin soltarle la mano, se encaminó hacia la autocaravana. Ella apenas tuvo tiempo de coger el bolso que había dejado sobre la mesa antes de que empezara a andar.

—¿Qué tal lo has pasado en la HeartCon? —le preguntó intentando relajar el deseo que se había desatado en él con un poco de charla banal.

—Muy bien, aunque lo que más he disfrutado ha sido el regreso en tren —musitó misteriosa.

Raúl la miró intrigado, instándola a explicarse.

—Me ha dado tiempo a leer un libro.

—¿De vampiros? —susurró él con voz suave, lamiéndose la boca. Se moría por besarla.

—Sí. De unos que jugaban a un juego muy especial —comentó bajando la mirada repentinamente indecisa.

Y Raúl no pudo evitar sonreír al comprobar que, a pesar de su extraña apariencia, en el fondo era la misma de siempre.

—Cuéntamelo —exigió.

—Les gustaba jugar a... perseguirse. Y tenían una palabra segura... El protagonista perseguía a la chica y esta se resistía, incluso peleaba contra él, pero acababan follando...

—Un poco violento, ¿no?

—No, porque tenían una palabra segura —repitió ella con los ojos brillantes, como si eso fuera lo que más la excitara de todo—. Mientras que la chica no diga la palabra, él sabe que están jugando y puede hacer todo lo que quiera.

—Ese juego me recuerda a un tipo de sumisión dominación demasiado... intensa para mi gusto —comentó mirándola intrigado—. ¿Crees que te gustaría someterte de esa manera?

—Pero no me sometería; al contrario, me resistiría —murmuró exaltada—. Al tener una palabra segura, la protagonista puede llevar el juego hasta donde quiera, porque el vampiro sabe en todo momento que, hasta que ella no diga esa palabra, no ha llegado al límite. ¿No lo ves? Es... liberador. Ella puede hacer lo que quiera: gritar, resistirse, empujarlo, huir..., y no pasará nada, porque él sabe que es un juego, que en realidad no le grita, ni lo ataca ni huye. Puede ser ella misma sin temor a perderlo por culpa de sus extraños deseos —afirmó apasionada.

—Es un juego inquietante —musitó Raúl aturdido por la intensidad de su alegato.

Cristina lo miró al percibir su vacilación y fue en ese momento cuando se percató de que tal vez había mostrado un entusiasmo excesivo y, en cierto modo, perturbador.

—Pero tampoco te creas que el jueguito de marras da para mucho —añadió desdeñosa—. En realidad, solo dura un par de capítulos y luego pasan a otras distracciones más tranquilas —afirmó esbozando una fingida sonrisa que no hizo desaparecer el desasosiego de sus ojos. Le soltó la mano para girar sobre sus talones como si fuera una peonza—. Me encanta sentir la brisa en la cara —murmuró con los brazos abiertos en cruz antes de pararse y mirarlo—. ¿Cómo es que te has puesto traje? —preguntó risueña.

Raúl la observó con los párpados entornados, sus ojos fijos en los de ella, que al contrario que su boca mentirosa, ni parecían risueños ni mostraban entusiasmo alguno.

—Está bien, me olvidaré de ese libro. Por ahora —aceptó esbozando una ladina sonrisa—. El traje es debido a que me he visto obligado a asistir a una fiesta en la que he tenido que alternar con un montón de personajes aburridos —explicó acariciándole los labios con el pulgar—. Te he echado mucho de menos, estoy seguro de que contigo a mi lado tal vez habría disfrutado un poco. Así que he decidido que a la próxima me acompañarás.

—¿En serio me llevarías contigo? —jadeó asombrada.

—No te hagas muchas ilusiones, son de lo más aburrido.

—Pero eso no es lo importante —murmuró antes de comenzar a girar como una loca de nuevo. Y esta vez sus ojos sí brillaban con tanta ilusión como su sonrisa.

Raúl la miró intrigado por su incontenible alegría.

—Y ¿qué es lo importante?

—Que iría contigo —replicó ella echando a correr tras unos gatos que se habían asomado a observarlos con felina curiosidad.

Raúl se quedó paralizado al oírla. Esas tres palabras lanzadas al aire mientras corría tras sus amigos gatunos habían hecho que las mariposas que habitaban en su estómago echaran a volar frenéticas. ¿La alegre dopamina otra vez? ¿O tal vez algo menos científico y más emocional? Sonrió. Puede que fuera por la edad y las lecciones aprendidas, pero él se inclinaba más por la segunda opción.

Caminó hasta la caravana, abrió la puerta y esperó un minuto a que su fascinante *script* dejara de saltar y girar pizpireta y volviera a él.

—Te he traído un regalo. Dos, en realidad —apuntó dejando la bolsa sobre la encimera—. Pero uno te lo daré un poco más tarde.

Cristina se detuvo junto a la mesa y miró la bolsa, a él y de nuevo la bolsa, observándola con tanta intensidad como si poseyera la visión de rayos X de Superman y estuviera examinando los regalos.

Raúl sonrió al ver su reacción, sacó uno de ellos y lo giró entre los dedos. Los ojos de ella volaron de la bolsa al paquete.

—¿No quieres saber qué es? —preguntó tendiéndoselo.

Cristina lo cogió intrigada. Estaba envuelto en un elegante papel rojo y lo cerraba un trabajado lazo blanco. Tiró de él, abriéndolo, y se quedó atónita al ver lo que era.

—Me han dicho que un *e-reader* es mucho mejor que la tableta para leer —comentó Raúl preocupado por su inmovilidad. Tal vez el regalo no había sido tan acertado como esperaba—. Al no tener la pantalla retroiluminada no molesta a la vista. Además, tiene 3G y...

Se calló cuando ella se lanzó a sus brazos con el presente todavía en la mano y, abrazándolo como si le fuera la vida en ello, lo silenció con un beso. Un beso dulce y apasionado que lo dejó temblando.

—Es el mejor regalo que me han hecho nunca —musitó frotando la nariz contra su cuello.

—Me alegro —susurró él cerrando los ojos ante sus mimos.

Pero estos duraron muy poco, pues Cristina lo soltó de repente para sentarse a la mesa, sacar el aparato de su caja y examinarlo como si fuera el mayor tesoro del mundo mundial.

—¿Sabes cómo meter libros? —Raúl sonrió encantado con la ilusión que mostraba—. Me lo explicaron, pero la verdad es que no entendí nada.

—Sí, es fácil. Los compro en la librería digital y se descargan directamente al lector —comentó toqueteándolo entusiasmada.

Raúl esperó que ella dejara de trastear con el cacharro, pero no tardó en percatarse de que estaba tan absorta en su nuevo juguete que se había olvidado de él. Sacudió la cabeza divertido, nunca la había visto tan entusiasmada. Se acercó a la bolsa, sacó el otro paquete y sopesó la conveniencia de dárselo en ese momento o esperar. Se decantó por la segunda opción. Cristina estaba demasiado entretenida como para prestarle al segundo regalo la atención que deseaba.

—¿Has cenado? —le preguntó acuclillándose para abrir la nevera.

—Sí, me comí un campero en el tren —dijo sin mirarlo.

—¿No quieres nada entonces?

Ella tardó un segundo en responder, pues estaba tan concentrada en configurar el lector que le costó procesar su pregunta.

—No, gracias —musitó, sus dedos moviéndose veloces sobre la pantalla—. Me comí un...

—... campero en el tren, sí, te he oído —apostilló divertido.

Se preparó un sándwich y se lo comió despacio mientras ella seguía jugando con el aparato. Cuando terminó, se comió unas natillas y un donut y después se lavó los dientes y fue al dormitorio. Abrió la cama, amontonó las almohadas en el centro del colchón y cogió una de las sillas plegables que había tras el baúl para colocarla en un lugar estratégico frente a la cama. Se



sentó en ella, observó con ojos perspicaces el escenario y después regresó al salón. Aún llevaba el traje puesto.

—¿No sientes curiosidad por ver el segundo regalo? —le susurró con voz ronca antes de retirarle el pelo y besarle la nuca.

Cristina se estremeció ante el suave roce. Dejó el aparato sobre la mesa y se volvió despacio hasta quedar enfrentada a él.

—Mucha —musitó repentinamente excitada. El tono de voz que él había usado unido a la penetrante mirada con que la devoraba la hicieron olvidarse de todo. De todo, excepto de los labios de él y de su cuerpo sediento de besos.

—Ve al dormitorio —ordenó Raúl con un sensual murmullo—. Tienes tres minutos para desnudarte y tumbarte en la cama; el trasero sobre las almohadas, las manos por encima de la cabeza y las piernas separadas.

Ella jadeó estremecida. Que dijera esas palabras, vestido con ese traje y desnudándola con esa mirada ardiente... El deseo estalló en su interior endureciéndole los pezones y haciendo arder su sexo.

—Ya ha pasado medio minuto —le advirtió Raúl con voz severa.

Cristina abrió los ojos de par en par y, sin perder un instante, entró en el dormitorio y observó agitada el escenario que había preparado. Se le aceleró el corazón al pensar que, si se tumbaba como él le ordenaba, su sexo quedaría expuesto a él. A su mirada. A sus manos y a sus labios. A todos sus antojos y deseos.

Una cálida humedad brotó de su interior. Apretó las piernas y el ramalazo de placer que sintió le arrancó un gemido.

—¿Te he dado permiso para aliviarte de alguna manera? —le llegó la voz de él desde fuera.

—No... Yo no... No he gemido, aunque lo haya parecido —dijo agarrando con manos trémulas la camisa y quitándosela por la cabeza—. Es que... los pantalones están muy apretados y no consigo quitármelos y por eso me he quejado —inventó—. De verdad de la buena —insistió llevándose la mano a la cintura de los *leggings*.

Y en ese momento se percató de que, con las prisas por salir de la capuchina y huir de los horribles gritos de Margot, había olvidado disfrazarse. Observó turbada sus *leggings* desgarrados, las Dr. Martens en sus pies y la enorme camisa masculina que había tirado sobre el baúl. Él iba hecho un pincel, mientras que ella... iba vestida de sí misma. Los colores que llenaban su interior se evidenciaban en su apariencia externa. Sin filtros ni ornamentos. Y, aunque solo se sentía ella misma con esa ropa, había aprendido que la vida era mucho más fácil si la transitaba disfrazada de persona normal.

—Y se acabó el tiempo. —Raúl entró de repente en el dormitorio. La perversa sonrisa dibujada en sus labios murió al ver el gesto angustiado de Cristina—. ¿Qué pasa?

Ella lo miró turbada antes de esbozar una encantadora sonrisa.

—En Málaga... comí todos los días fuera... y... ya sabes que allí se comen berenjenas con miel de caña y..., como estaba de charla con mis amigas, me despisté y, ¡plof!, la miel se me cayó sobre la maleta... —improvisó—. La traspasó y me manchó toda la ropa, menos estos harapos —señaló la ropa que llevaba—, que me pongo cuando... voy a limpiar —finalizó esperanzada. No era una mala historia, tal vez se la creyera.

Raúl la miró perplejo. ¿Había pensado que era idiota para tragarse esa sarta de tonterías? Estaba a punto de reclamarle su promesa de no mentir allí cuando sus miradas se cruzaron y descubrió un insoportable atisbo de desesperación en sus ojos.

—Vaya, debe de haber sido muy molesto tener que lavar la ropa nada más llegar de viaje —murmuró.

—Oh, sí. Un verdadero fastidio —señaló ella—. Pero a mí se me da bien frotar, y en un santiamén lo tenía todo lavado. Y con la buena noche que hace, mañana estará seco.

—Me alegro —dijo dejando algo sobre el baúl.

Cristina abrió unos ojos como platos al ver lo que era.

—¿De dónde lo has sacado? —murmuró pasmada comenzando a excitarse de nuevo.

—¿Eso? El viernes pasé por delante de un *sex-shop* cuando me dirigía a la sala de montaje y recordé un capítulo caliente que me contaste hace algún tiempo. Así que entré e hice una pequeña compra. —Señaló el vibrador que había dejado sobre el baúl—. Es una lástima que no te apetezca escenificar ese capítulo.

—¿Quién ha dicho que no me apetece? —protestó ella observando fascinada el juguete.

—Aún estás vestida —dijo Raúl por toda respuesta.

Se sentó con elegancia en la silla y cruzó la pierna derecha sobre la izquierda, las manos descansando en su regazo.

Cristina observó a su amante, el vibrador, la cama y de nuevo a su amante antes de deshacerse de la ropa a la velocidad del rayo, olvidándose de todo lo que no fuera el placer. Se tumbó presurosa como él le había indicado, separó las piernas y lo miró expectante.

—Acaríciate lo pechos —ordenó él tras pensarlo un instante.

Las manos de Cristina volaron a sus pezones.

—¿He dicho que te pellizques los pezones? —inquirió él entornando los párpados. Ella negó con la cabeza—. Eso me había parecido —murmuró, la mirada fija en las rebeldes manos femeninas.

Cristina se mordió los labios y apartó los dedos, moviéndolos sobre sus pechos, pero sin acariciar lo que realmente la volvía loca. Y, mientras tanto, su mirada excitada iba desde el hombre que la observaba al vibrador olvidado en el baúl.

Consciente de que cada segundo que pasaba aumentaba su impaciencia, Raúl mantuvo silencio mientras ella jugaba con sus pechos. Hasta que vio sus piernas temblar por el esfuerzo de no cerrarse y apretarse buscando algún tipo de alivio.

—Desliza las manos por tu cuerpo hasta... —Se interrumpió al ver que ella se apresuraba a bajar hasta el pubis, anticipándose a su orden. Sofocó una sonrisa, poniendo su mejor cara de hombre duro—. Iba a añadir que lo hicieras despacio.

—¿La próxima vez? —murmuró Cristina con tal gesto de desamparo que Raúl se vio incapaz de obligarla a subir de nuevo a sus pechos.

—Si vuelves a hacer trampas, me voy a enfadar —le advirtió. Ella ladeó la cabeza, parpadeó con exagerada tristeza y curvó los labios en una mueca de arrepentimiento tan recargada que casi lo hizo estallar en carcajadas—. Acaríciate el interior de los muslos —ordenó manteniendo la compostura, aunque para eso tuvo que luchar con todas sus fuerzas contra el impulso que lo instaba a dejarse de tonterías y empezar de una puñetera vez a besarla, acariciarla y amarla.

Cristina obedeció, sus dedos rebeldes pasando tan cerca de su sexo que a él no le cupo ninguna duda de que estaba esperando a que se despistara para tocarse donde más le apetecía.

Raúl compuso una mueca dura mientras se aseguraba de que sus manos, inmóviles en el regazo, ocultaban la tremenda erección que sufría. La rebeldía apenas contenida que ella mostraba lo ponía a mil.

—¿Cuándo me vas a dejar jugar con el vibrador? —le preguntó Cristina de repente.

—Aún es pronto para eso —replicó él con voz seria.

—¿Sí? Jolines... —musitó poniendo tal cara de pena que parecía un pobre corderito a punto de ser devorado por el lobo.

En esta ocasión, Raúl no pudo contener la risa. Olvidó la contención que le estaba costando la misma vida mantener, agarró el juguete erótico y, dando

un par de pasos, se arrodilló sobre la cama.

—Eres una niña muy muy mala, y te voy a hacer pagar tu descaro —la amenazó encendiendo el juguete—. Me vas a suplicar que te deje correrte —murmuró antes de besarla.

Y así fue. Retozaron, rieron, gimieron y, cuando ella ya no pudo más, suplicó.

Por supuesto, cuando más tarde repitieron, fue él quien tuvo que suplicar.

\* \* \*

—Quédate conmigo —musitó Raúl abrazándola contra sí en la cama, ambos desnudos, saciados y adormilados tras una intensa sesión de sexo.

Cristina se removi6 perezosa a la vez que abría la mano en abanico sobre el torso de él. Un gemido de puro deleite escapó de sus labios cuando sintió el roce áspero de su vello contra las yemas de los dedos.

—¿Adónde iba a ir a estas horas? —murmuró melosa depositando un suave beso en la garganta de él—. Hasta las cinco soy toda tuya... y de Morfeo —apuntó risueña ahogando un bostezo.

Lo cierto era que no les quedaba mucha noche para dormir. Pero no importaba. El sueño estaba sobrevalorado, sobre todo si lo comparaba con una maravillosa sesión de caricias y besos.

—No me has entendido —musitó él envolviéndose el puño en su larga melena para luego tirar de ella y obligarla a alzar la cabeza y mirarlo—. No me refiero a esta noche, sino a los meses que nos queden de rodaje.

Cristina lo miró confundida. No podía estar hablando en serio.

—Quiero que te mudes aquí —reiteró él con gesto serio al ver que no decía nada.

—Pero... y ¿qué pasa con la discreción? No quieres que nadie sepa lo nuestro —murmuró perpleja.

—No estoy diciendo que nos demos un beso de tornillo en mitad del set o que nos enzarcemos en un apasionado abrazo en la carpa de *catering* durante las comidas para ser pasto de la prensa. Solo que te mudes conmigo. Es estúpido que tengas que ir a la capuchina para cambiarte cuando el resto del tiempo lo pasas aquí —señaló—. Desayunas, cenas, duermes y te duchas aquí... No veo por qué no puedes traer tu ropa y vestirme aquí.

—Pero si traslado mis cosas aquí, todos sabrán que estamos juntos y los rumores se dispararán.

—Ya están disparados —masculló él. Y no mentía. Desde que ella había salido en ese maldito reportaje de televisión, muchas eran las miradas

curiosas que los seguían cuando estaban juntos en el set. Y eso era casi siempre—. Es tontería seguir con la parodia.

—Pero todos sabrán que me quedo a dormir...

—¿Y?

—Podrían sacar fotos... —murmuró preocupada.

—No lo harán. ¿La *script* entrando en la autocaravana del director, igual que lo hace cualquier miembro del rodaje? Eso no es sórdido ni morboso —dijo burlón—. No te preocupes, bastará con no darles argumentos para que nos conviertan en noticia —afirmó antes de besarla.

Y, besando como besaba ese hombre, ¿quién podía resistirse a sus deseos? Cristina no, desde luego. Menos aún cuando coincidían por completo con los de ella.

***Lunes, 10 de abril de 2017***

El pinche de cocina, segundo chef, camarero y, en definitiva, chico para todo lo relacionado con la comida, colocó sobre la mesa el último plato que formaba parte del atrezo de esa escena y se volvió para agarrar el carro de *catering* y regresar a la carpa. Se detuvo al ver a la persona que acababa de entrar en el set. Frunció el ceño disgustado. No le gustaba que estuviera allí, su presencia solo traía problemas y disgustos para la *script* y el director. Y ambos se habían ganado su aprecio y su admiración y no le apetecía nada que nadie los fastidiara. Los buscó con la mirada y los encontró cerca de la moderna cocina que iba a ser el centro de esa escena. Juntos, como siempre. Por los gestos que hacían, no cabía duda de que estaban debatiendo sobre la ubicación del atrezo. Tampoco de que había mucha complicidad entre ambos, pensó al ver que la mano de él rodeaba la cintura femenina mientras hablaban.

Nadie sabía exactamente hasta dónde llegaba esa afinidad entre los dos, aunque era un tema que se debatía a menudo en los descansos, siempre y cuando ni la *script* ni el director ni nadie del *staff* de dirección estuviera presente, claro. Pero una cosa era debatir entre compañeros hasta dónde llegaba la relación de la parejita, y otra muy distinta permitir que alguien de fuera metiera las narices donde nadie lo llamaba, pensó mirando de nuevo hacia la puerta.

Tal como había temido, la persona que acababa de llegar se mantenía allí, escondida tras una grúa de *travelling*, con sus ojos de buitre carroñero puestos en ellos.

Olvidó el carro junto a la mesa y se dirigió hacia la cocina.

—Cristina —llamó con timidez a su amiga cuando estuvo a pocos pasos de ella.

—¡Hola, Manuel! —lo saludó ella con entusiasmo, arrancándole una sonrisa—. ¿Qué tal le va a *Klaus* en su nuevo trabajo junto al vigilante? —le

preguntó risueña.

—Muy bien, tuviste una gran idea —murmuró él agradecido, pues gracias a ese puesto había asegurado la estancia de su perro en el campamento.

—Ya sabía yo que *Klaus* era un magnífico perro guardián —declaró complacida.

—En realidad, lo que hace es tumbarse boca arriba para que los niños le rasquen la tripa —apuntó Raúl divertido.

—Pero impide que entren, ¿verdad? —replicó ella pellizcándole el costado juguetona.

—Desde luego, se tumba delante de ellos y no los deja pasar..., a no ser que lo compren con un bocadillo o un buen hueso de jamón —señaló él burlón, sujetándole la mano.

—Nadie es perfecto —le lanzó ella la famosa frase de *Con faldas y a lo loco*.

Manuel observó el intercambio de bromas entre ambos, que tanto decía de su relación a ojos desconocidos, y decidió no perder más tiempo.

—Rita Campos está aquí —murmuró, cortando en seco el buen humor del director.

—¿Dónde?

—Junto a la puerta, tras la grúa de *travelling*.

Raúl cabeceó agradeciendo la información.

—Ocúpate de que el atrezo esté en su sitio —le pidió a Cristina mientras se dirigía hacia allí.

Al ver que el director iba hacia la puerta, Rita salió de su escondite para ir a su encuentro.

—¿Ya te han ido con el soplo? —dijo desdeñosa cuando estuvo frente a ella.

—¿Qué haces aquí?

—Buscar noticias.

—Para eso no necesitas venir al rodaje, te las puedes seguir inventando desde casa como has hecho hasta ahora —masculló Raúl cruzándose de brazos.

—Ya veo que sigues molesto por aquel reportaje...

—Tengo mucho trabajo, Rita. No me hagas perder más tiempo y dime a qué has venido.

—Está bien, como quieras, a mí tampoco me apetece fingir que me caes bien —replicó ella desdeñosa—. Me ha llegado un rumor que me gustaría confirmar contigo.

—¿Ahora confirmas los rumores? —dijo con evidente ironía.

—Nos ha llegado a través del director de contenidos de un programa y nos pide confirmación —señaló ella arrugando la nariz, como si considerara la obligación de buscar confirmación una molesta pérdida de tiempo—. Por lo visto, un hombre se ha puesto en contacto con uno de sus colaboradores denunciando que tu *script* le pinchó las ruedas del coche y os obligó a despedirlo como venganza por haberla molestado.

Raúl entornó los párpados haciendo memoria, recordando el incidente con el perro y el hombre que había amenazado a Cristina unos dos meses atrás.

—¿De verdad me vas a hacer perder el tiempo con esa sandez? —masculló enfadado. No podía creer que dieran crédito a esa estúpida historia—. Lo más probable es que ese tipo haya visto el dichoso reportaje en el que salía Cristina, reconociéndola, y haya pensado que podría sacar algo de dinero por su historia.

—Eso seguro, pero lo que me interesa es que no niegas que el incidente sucediera —aseveró Rita mirándolo intrigada.

—Sucedió, pero no como él lo cuenta —rechazó Raúl—. Ese hombre trabajó de montador en el rodaje de... —se interrumpió tratando de recordar — de Collado de los Infantes —concretó—. Intentó atacar a *Klaus*, empujó a Fabián e insultó y amenazó a Cristina.

—¿*Klaus*? —lo interrumpió Rita intrigada. El hombre no había mencionado nada de eso.

—El perro del pinche de cocina —explicó Raúl—. Por lo visto, tropezó con él, se enfadó y gritó que iba a matarlo. Cristina se interpuso y él la amenazó, así que lo despedí.

—¿Pegó al perro? —inquirió atenta a su respuesta.

—No llegó a tocarlo, lo echamos antes —replicó Raúl—. Al día siguiente se presentó en el rodaje diciendo que Cristina le había pinchado las ruedas. Fabián trató de poner paz y el hombre lo tiró al suelo, así que lo sacamos del campamento con no mucho cuidado.

—¿Cristina le pinchó las ruedas? —preguntó, aunque sabía de sobra la respuesta. Esa niña con cara de ángel podía ser mucho más lista de lo que intentaba aparentar, pero desde luego no era ninguna gamberra.

—Claro que no. Imagino que se lo inventaría para tratar de sacarnos dinero —resopló él.

—Entiendo. También ha informado al colaborador de que ha habido más ataques relacionados con incidentes de animales en otros pueblos, como si alguien fuera vengando a los animales que han sufrido por manos del hombre.



—¿Y qué? Hay miles de pueblos en España, ¿todos los incidentes que sucedan en ellos van a ser achacados a este rodaje? —inquirió Raúl con sorna.

—Por lo visto, las... «venganzas» —entrecomilló la palabra con los dedos — han ocurrido en pueblos en los que habéis estado rodando —señaló Rita—. ¿Sabías algo de eso?

Raúl la miró perplejo. ¿En serio iba a dar crédito a esa estupidez?

—Ni lo sabía ni lo sé, pero estoy seguro de que no ha pasado nada. Son todo mentiras que se está inventando ese tipo. Es un listo que quiere su minuto de gloria en la tele y cobrar por ello —aseveró enfadado—. No le des cobertura.

—Al director de contenidos le ha parecido interesante la posibilidad de que haya una especie de vengador dispuesto a poner en su sitio a quienes no se portan bien con los animales —señaló Rita encogiéndose de hombros—. Quieren sacarlo de relleno en algún programa... y a la productora no le viene nada mal que mencionen la serie en televisión. Estamos muy parados de rumores y necesitamos publicidad de cara al día del estreno.

—Haz lo que quieras, pero desde ya te anticipo que como saques eso en antena vas a hacer el más rotundo de los ridículos —replicó él desdeñoso—. Vengadores animales..., ¿qué va a ser lo siguiente? —resopló—. Tengo muchas escenas por rodar, ¿tienes algo más que decirme?

—No, adelante, ve a trabajar, yo me quedaré dando una vuelta por aquí a ver si consigo algún rumor jugoso.

—Intenta que no esté relacionado conmigo ni con mi *script* —exigió Raúl amenazante.

—Va a ser complicado, todos tienen una opinión sobre vosotros... Algunos incluso dicen que su presencia en el rodaje te ha devuelto el instinto que habías perdido. ¿Tal vez querrías comentarme algo? —apuntó burlona.

—Déjanos en paz —ordenó Raúl con voz grave antes de dar media vuelta y marcharse.

\* \* \*

—No creo que puedan sacar mucho jugo de ese incidente —aventuró Raúl durante la reunión de cada noche tras relatarle a su equipo lo que le había dicho Rita—. No tienen ninguna noticia, más allá de los delirios de un loco resentido —afirmó haciendo girar su viejo móvil sobre la mesa.

A pesar de su aversión por los móviles, lo había llevado consigo durante todo el día. Encendido. Incluso se había preocupado de mantener la batería

cargada. Aunque no es que le hubiera servido para mucho, porque la llamada que esperaba con impaciencia seguía sin llegar.

Y cada segundo que pasaba sin recibirla sentía el estómago más cerrado. Tal vez había sido demasiado presuntuoso al pensar que los episodios que le había entregado a Miguel eran tan buenos que con eso bastaría para enamorar a los compradores. Tal vez debería haberse centrado en hacer exactamente lo que le habían pedido. Tal vez no debería haberse dejado llevar por su ego desmedido, arriesgando el futuro de la serie con unos cambios que nadie le había pedido. Tal vez...

—Le diré a Valentina, Margot y Paz que estén atentas a la tele y me avisen si sale algo. También se lo comentaré al *gaffer* y a su equipo —dijo Cristina deslizado la mano sobre la mesa para atrapar los dedos nerviosos del director, gesto este que no pasó desapercibido a los allí reunidos.

Raúl pareció salir del ensimismamiento en el que había caído al sentir su contacto. Cogió una profunda bocanada de aire y centró sus turbados ojos pardos en ella.

—Llamaré —afirmó Cristina esbozando una esperanzada sonrisa que esperaba le transmitiera tranquilidad.

—Ya es muy tarde —rechazó él encendiendo la pantalla del móvil para ver la hora—, se habrán retrasado en el visionado de los episodios. —Giró la mano de manera que los dedos de ambos quedaran entrelazados y se los llevó a los labios para depositar un dulce beso en las yemas de ella—. No creo que tengamos noticias de Miguel hasta mañana —dijo mirando a Neus, Fabián y Jota—. Id a dormir, mañana nos espera un día duro.

Se levantó, le tendió la mano a Cristina reclamándola a su lado y, cuando esta se la dio, se encaminó con ella al dormitorio bajo la mirada complacida de Neus, la divertida de Jota y la ufana de Fabián.

—Lo sabía —afirmó el guionista satisfecho con su perspicacia.

—Tú y todos —resopló Neus burlona a la vez que se ponía en pie.

—Dejemos a los tortolitos tranquilos..., tendrán ganas de echar su polvo diario —señaló Jota socarrón a pesar de que Raúl y Cristina no habían cerrado el dormitorio y podían oírlo.

Agarró la manija para abrir la puerta de la autocaravana y en ese preciso momento sonó el arcaico teléfono del director, petrificándolos a todos.

Raúl se quedó inmóvil al oír el primer timbrazo, los dedos estáticos junto al tercer botón de la camisa que se estaba desabrochando. Al segundo timbrazo, reaccionó por fin, llevándose las manos a los bolsillos del pantalón para coger el móvil. Pero no estaba allí.

Salió del dormitorio buscándolo nervioso y se encontró con la mirada burlona de Jota, que se lo tendía en su mano alzada. Lo aferró de un manotazo y respondió. Se mantuvo en silencio mientras escuchaba y en un momento dado cerró los ojos tomando una larga bocanada de aire que casi podía pasar por un suspiro. Tras un par de minutos de conversación unilateral por parte de su interlocutor, Raúl se despidió con un: «Nos ponemos a ello», y colgó.

Alzó la mirada, observó a las personas que lo miraban expectantes y una lenta sonrisa se dibujó en sus labios dejando entrever sus dientes desiguales y sus colmillos afilados.

—A los compradores les ha entusiasmado. —Alargó el brazo para envolver la cintura de Cristina—. Seguiremos con los cambios tal y como lo habíamos planeado —afirmó acercándola a él hasta que sus cuerpos estuvieron tan juntos que no cabría ni una brizna de hierba entre ellos—. Y ahora largaos, tengo planes más agradables que perder el tiempo con vosotros —murmuró bajando la cabeza para besarla.

### ***Viernes, 14 de abril de 2017, Campoviejo***

—Esto no es comer, ¡es merendar! —protestó Fabián pinchando desesperado la ensalada que había en su plato.

—No te quejes tanto, podría haber sido peor. Podríamos estar todavía en el set esperando a que el puñetero cielo se decidiera a cumplir con el pronóstico del Meteosat —replicó Jota con sarcasmo.

Esa mañana todo había salido mal y las horas se les habían echado encima. El carro de la *dinky dolly* se había atorado y el día que, según todas las predicciones, iba a amanecer lluvioso había sido luminoso. Y aunque eso no era mucho problema, pues podía solucionarlo con algunos filtros y bastante trabajo, el hecho de que del puñetero cielo no cayera ni una gota sí había sido un grave inconveniente. Porque Raúl quería la maldita escena con lluvia, y no tenían presupuesto para ese tipo de efectos especiales, así que tenían que fiarse del tiempo. Y, una de dos, o este era un capullo integral o los meteorólogos de la productora unos incompetentes. Jota se inclinaba por la segunda opción.

Al final, y con varias horas de retraso, las nubes habían decidido complacerlos y habían descargado una intensa y breve tormenta que, todo sea dicho, quedaba de maravilla en pantalla. Lo malo era que habían acabado empapados, lo que los había retrasado aún más, pues, a pesar del ceño

fruncido del director, habían tenido que ir a cambiarse para no caer enfermos. Y Jota dudaba que, aun así, no se hubieran constipado. Él al menos.

Se sonó por enésima vez y centró de nuevo su atención en el director.

Estaba en un extremo de la mesa, hablando ensimismado con el jefe de tramoyistas mientras garabateaba en el plano el lugar en el que tenía que montar las vías para el *travelling* de la próxima jornada. Esa misma mañana, mientras grababan las escenas previstas para otros días y así ocupar las horas vacías mientras esperaban a que lloviera, Raúl había tenido una gran idea. Una idea cojonuda que los iba a obligar a cambiar todo el plan de rodaje del día siguiente, con todo el trabajo y la planificación que eso suponía.

Y, como les sobraba tanto tiempo, pensó irónico, allí estaban, comiendo casi a las cinco de la tarde mientras él comentaba su plan con el equipo técnico.

Observó a la que era... ¿amante?, ¿novia?, de su amigo. Estaba atenta a todas sus palabras mientras apuntaba frenética en el cuaderno, y de vez en cuando levantaba la cabeza y mencionaba alguna discordancia con respecto a la continuidad del guion o la secuencia. Entonces él la miraba y toda su atención se centraba en ella, observándola con tanta intensidad que no había que ser un genio para saber que esos dos se traían algo entre manos.

No era algo que ocultaran a los miembros de las reuniones nocturnas, pero sí al resto del equipo de rodaje, pues fuera de la autocaravana actuaban de manera contenida y mantenían las distancias entre ellos, ¡como si eso sirviera para esconder lo evidente! Solo había que fijarse en las miradas que se dedicaban para comprender que allí había algo más que una simple amistad entre un director y su *script*. Sobre todo, en las comidas, pensó Jota divertido al ver que Raúl estiraba la mano para robar la enésima empanadilla del plato de Cristina. Últimamente tenía tantísimo jaleo y debía estar en tantas cosas a la vez que ya no se molestaba en coger nada del bufet, simplemente se sentaba junto a ella cuando lo dejaban tranquilo y compartían plato.

Y a nadie le parecía extraño, tan acostumbrados estaban todos a la estrecha relación que había entre ellos.

Jota esbozó una sonrisa ladina. Esa mujer tímida, encantadora y con un punto de locura en su interior se había ganado el corazón del director. Y también el de todo el equipo, aunque de unos más que de otros, pensó al ver que el mecánico manco se dirigía hacia ella con un gesto de admirada adoración en su rostro.

—Señorita —murmuró inclinándose con timidez tras ella.

—¡Pedro! —Cristina se volvió dejando la conversación a medias, como si él fuera lo más importante del mundo en ese momento. Y así, pensó Jota, es como los hacía sentir a todos—. Muchísimas gracias por arreglar el carro de la *dinky dolly*. No sé qué habríamos hecho sin ti. Eres un genio —dijo aferrándole la mano en un agradecido apretón.

—Ha sido un placer, señorita. —El sexagenario sonrió embelesado antes de sacudir la cabeza recordando su importante mensaje—. Me manda Manuel —bajó la voz para que solo ella y Raúl pudieran oírlo—, estábamos descansando en la caravana del *gaffer* con la tele puesta en ese programa que nos comentó y han dado un avance sobre lo que iban a poner después de los anuncios. Y era algo sobre la serie, y sobre usted y sobre el director..., y no parecía muy halagüeño.

Cristina lo miró espantada antes de volverse hacia su compañero.

—Raúl...

—Lo he oído —murmuró él levantándose de la mesa—. Acabad de comer —dijo a quienes lo rodeaban—. Nos vemos dentro de media hora en el set —les recordó antes de echar a andar con rapidez hacia su autocaravana con Cristina siguiéndolo.

Jota y Neus, al ver su cara de póquer, también se apresuraron a seguirlos.

—Si quiere, pueden verlo en nuestra caravana —le dijo Pedro a la *script*—. Está aquí a la vuelta, mucho más cerca que la suya —apuntó consciente de que el tiempo corría en su contra, pues, aunque los anuncios solían durar mucho, entre ir y venir se habían ido unos cuantos minutos.

Raúl detuvo sus pasos, intrigado por la ayuda de un hombre con el que apenas había hablado un par de veces. Solo le hizo falta ver la mirada que este le dedicaba a Cristina para comprender que, al igual que el pinche de cocina, *Klaus*, Paz, los gatos y el *gaffer*, era otro de sus rendidos admiradores.

—Nos haría un gran favor —dijo agradecido esbozando una sonrisa. Eso era algo que había aprendido de Cristina en esos meses. Una sonrisa y unas palabras cariñosas abrían muchas más puertas que un gruñido exigente.

El hombre asintió con un gesto y, poniéndose en cabeza, los guio hasta una vieja caravana de remolque y entró sin perder un instante. Allí se encontraron al *gaffer* y a Manuel, sentados a la mesa con la mirada fija en el televisor. *Klaus* estaba tumbado a sus pies.

—Por lo que han comentado antes de los anuncios, me da la pequeña impresión de que no os va a gustar lo que digan —dijo el *gaffer* subiendo el volumen de la tele.

Todos giraron la cabeza hacia la pantalla, en la que en ese momento se veía a la presentadora dando un teléfono que permitía participar en un sorteo. Luego anunció un par de productos maravillosos y por último se dirigió hacia sus colaboradores mientras comentaba que habían recibido una información de lo más interesante. Por lo visto, se estaban dando extraños incidentes en los pueblos en los que se rodaba la serie *Besos robados*. Incidentes relacionados con animales en los que alguien, tal vez un vengador animal, les daba a probar a los supuestos maltratadores de su propia medicina. Aún no tenían información suficiente, pero estaban investigándolo y esperaban poder avanzar más en los próximos días. También se estaban dando casos de abuso de autoridad, continuó la presentadora dando paso a un vídeo.

—Están cebando la historia de cara al estreno de la serie —murmuró Neus, la vista fija en el televisor, en el que un hombre muy enfadado hablaba de su despido impropio y de cómo el director lo había tirado al suelo durante una pelea que todo el equipo había fingido no ver. Y todo por haberse defendido del ataque de un perro rabioso.

—De eso no cabe duda. Dentro de un par de días sacarán alguna otra información y el sábado siguiente al estreno hablarán de la serie largo y tendido —aventuró Raúl observando a *Klaus*. ¿Rabioso? ¡Pero si era el saco de pulgas más perezoso que había conocido nunca!

El hombre de la tele, que no era otro que el imbécil que había amenazado a *Klaus*, asustado a Cristina y empujado a Fabián, continuó con su alegato indignado, desgranando todos los agravios de los que había sido víctima por parte del director.

Raúl se puso tenso al ver que cortaban el vídeo justo en ese momento para volver a dar paso al plató, donde uno de los colaboradores amplió la noticia diciendo que, por lo que habían averiguado, ese hombre había atacado al perro y no al contrario, y por lo visto había recibido su merecido. Añadió también que, por lo que parecía, el vengador animal no era vengador, sino vengadora, pues había sido una mujer quien había conseguido que despidieran al supuesto agresor de manera instantánea. Y no solo eso, el hombre también afirmaba haber visto a esa misma mujer junto a su vehículo la misma noche que le pincharon las ruedas como venganza por lo sucedido con el perro. En ese momento, el plano cambió a la presentadora, que se ocupó de nutrir la historia preguntando entusiasmada por la vengativa heroína, a lo que el colaborador afirmó que no era la primera vez que esa fémica aparecía en el programa, pues ya habían hablado de ella en emisiones anteriores. Era el

ángel que había ayudado al malogrado director a salir del infierno de sus adicciones, aunque tal vez no fuera tal ángel... Dieron paso a un nuevo vídeo.

Raúl apretó la mandíbula al ver que ponían de nuevo aquel vídeo en el que él recorría tambaleante la alfombra de los Goya sumido en una tremenda borrachera para después pasar a un plano de lejos de Cristina. Pero en lugar de cortarse ahí, como la otra vez, el vídeo cambió mostrando una oscura grabación de ellos dos, en mitad de la noche, paseando de la mano por el campamento desierto hasta entrar en una autocaravana. Ella iba vestida de negro de la cabeza a los pies, con unos *leggings* negros rotos y una enorme camisa remangada hasta los codos, unas botas militares a medio abrochar completaban su peculiar atuendo.

—¿De dónde coño han sacado eso? —masculló Jota mirando sorprendido a Cristina, incapaz de conciliar la imagen de la lóbrega mujer que salía en pantalla con la dulce y luminosa *script*.

—De alguien del rodaje, de eso no cabe duda —señaló Neus girándose hacia Cristina—. Pero lo que no sé es cuándo lo grabaron, jamás te he visto vestida así...

—Es del domingo —señaló Raúl conteniendo apenas su furia—. Lo grabarían sobre la una y pico de la madrugada.

—Han ido a por vosotros —comentó Jota consciente de que, aunque Cristina dormía en la autocaravana, no era lo mismo una imagen suya entrando sola o acompañada por ellos, como sucedía cuando se reunían por la noche, que una imagen de ellos dos cogidos de la mano y entrando sonrientes en mitad de la noche.

La grabación se cortó y apareció de nuevo el plató con la cara del colaborador en primer plano. Sonrió malicioso antes de explicar al público que la sombría mujer que acababan de ver era la misma que había salido al principio del vídeo asemejándose a un ángel luminoso. La misma que decían que había apartado al director de una vida de excesos. Solo que..., a juzgar por su nuevo aspecto, más que apartarlo había caído también en la depravación en la que él tanto se deleitaba.

—Por Dios, parece que estén contando una novela gótica de finales del XVIII —masculló Jota asqueado—. ¿Cómo se puede ser tan melodramático?

—Calla —le ordenó Raúl cuando la cámara pasó a la presentadora.

Esta preguntó a los colaboradores si, a la vista de las nuevas imágenes, pensaban que la mujer se había rendido a los hábitos poco saludables de Raúl Garrido. Y todos a una se apresuraron a dar su opinión. Se pisaron unos a otros hasta que uno de ellos, el de la voz más bronca, señaló con tono

socarrón que el director no se había buscado una mujer madura, sino una tierna palomita a la que, como mínimo, le doblaba la edad, y que, siendo ella tan joven, no sería complicado influenciarla. Menos aún con un bagaje de vicios y fiestas salvajes como el que él tenía a sus espaldas.

Raúl no pudo escuchar más. Se apartó colérico de la encimera en la que estaba apoyado y se dirigió a la puerta mientras se sacaba el móvil del bolsillo. Se detuvo un instante para, acto seguido, darse la vuelta e ir hasta la ayudante de dirección.

—¿Tienes el teléfono de Rita? —inquirió mientras en el televisor el grupo de colaboradores seguía especulando sobre la relación que mantenía con la *script*.

Neus negó con la cabeza.

—Yo sí —murmuró Cristina encendiendo la tableta para buscar la ficha de la publicista.

—Estupendo. Déjame tu teléfono, Jota, el mío está sin batería —dijo tirándolo desdeñoso en la mesa. Agarró el móvil que le tendía su amigo y, al ver que era uno de esos modernos que ni siquiera tenía teclado, se lo pasó a Cristina—. Marca el número.

Ella se apresuró a obedecer y se lo devolvió. Raúl lo cogió furioso y, sin esperar un instante más, abandonó la caravana dando un tremendo portazo.

Cristina se apresuró a salir tras él, pero él levantó la mano en un gesto que la detuvo.

—Tranquila, Blancanieves —susurró Jota tras ella—. Estará bien, deja que sea Rita quien aguante su mal humor; al fin y al cabo, ella es la mano que mece la cuna...

—¿Tú crees?

—Estoy seguro.

\* \* \*

—¿Sigues enfadado? —murmuró Cristina observando preocupada a Raúl.

Los demás acababan de marcharse dando por concluida la reunión, pero él seguía sentado a la mesa, mirando sin ver la multitud de papeles que había encima.

—Vete a la cama —le dijo por toda respuesta—. Iré dentro de un rato.

Cristina asintió en silencio y se levantó para irse, consciente de que él necesitaba unos instantes de soledad para acabar de rumiar su rabia, pues, desde la nada amigable conversación que había mantenido con Rita esa tarde, no había estado solo en ningún momento. Nada más acabar de hablar con ella,



había ido al set para continuar rodando y, tras esto, había llegado la reunión, donde había cortado con firmeza cada intento de Jota y de Neus de tocar el tema. En definitiva, no había tenido un segundo libre para ordenar sus pensamientos.

—Blancanieves —la llamó Raúl cuando ella entraba en el dormitorio—. Gracias.

Cristina dibujó una tranquilizadora sonrisa y asintió con un gesto para luego tumbarse en la cama y coger su nuevo *e-reader* para leer. O al menos intentarlo, porque estaba tan preocupada que las palabras escapaban a su entendimiento.

Un buen rato después, él entró por fin en la estrecha habitación. Se desnudó colocando de forma mecánica la ropa sobre el baúl y, tras apartar las sábanas y la colcha, se tendió de espaldas en la cama. Alzó la mano para acariciar encandilado la espalda de su *script*, la mirada fija en la oscura melena que se derramaba por esta.

Cristina apagó el aparato y se tumbó junto a él, la cabeza descansando sobre su hombro mientras deslizaba los dedos por el velludo torso.

Raúl atrapó su mano y se la llevó a la boca para besarla. Luego la soltó, permitiéndole volver a donde a ella tanto le gustaba jugar.

—¿Estás más tranquilo? —le preguntó Cristina trazando perezosos círculos sobre sus pezones.

—Sí.

—¿Qué te ha dicho Rita? —se atrevió a preguntarle tras esperar unos minutos a que siguiera hablando.

—Me ha asegurado que iba a hablar con el colaborador para recriminarle que haya contado todas esas mentiras. Lo amenazará con una demanda si vuelve a sugerir que he recaído en mis adicciones sin tener pruebas o si insinúan que te estoy arrastrando a ellas —masculló desdeñoso como si no se lo tragara—. Ah, sí, y también va a hacerle saber tu edad real para que no pueda volver a decir que tengo edad para ser tu padre —dijo apretando los dientes.

—¿Eso es lo que más te ha molestado? —inquirió Cristina al percatarse de su reacción.

—Me ha molestado todo —murmuró él—, pero, sí, especialmente eso.

—Estás un poco anticuado en ese aspecto —comentó ella esbozando una sonrisa que esperaba le transmitiera paz—. La edad no es importante.

—No lo es —admitió—, pero no me gusta ser mucho más viejo que tú. Quince años ya es más que suficiente, no me apetece que los amplíen a

veinticinco solo para vender mejor la historia —gruñó tomando una gran bocanada de aire para diluir su rabia.

—La verdad es que, a veces, parezco más joven de lo que soy —murmuró ella tratando de quitar hierro al asunto—. Es normal que el colaborador lo haya pensado, pero ahora que Rita va a sacarlo de su error...

—No seas ingenua —la interrumpió—. Antes de emitir el vídeo, los colaboradores, la presentadora y el director ya lo sabían todo sobre ti —afirmó enfadado—. Tu edad, tu nombre, tus secretos más oscuros, tu comida favorita y hasta tu talla de sujetador.

Cristina lo miró aterrada al oírlo. ¡No podía estar hablando en serio!

—Y lo peor es que estoy seguro de que Rita, con el consentimiento de Miguel, ha sido la instigadora de esa historia —prosiguió él, ajeno a la horrorizada inquietud de su *script*—. No me lo esperaba, Blancanieves —murmuró acariciándole el pelo—. Me ha pillado totalmente desprevenido. Me echó el cebo con lo del vengador animal y yo me lo tragué entero...

—¿Eso también es mentira? —inquirió ella obligándose a calmarse.

—No del todo. Según parece, ha habido algunos incidentes con animales en los pueblos por los que ha pasado el campamento.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió preocupada.

—No tengo ni idea, y la verdad es que tampoco me interesa. Serán cuentos para niños inventados por el programa con la connivencia de Rita para conseguir publicidad antes del estreno de la serie —masculló enfadado.

—¿Se han inventado lo del vengador animal? —murmuró intrigada.

—Rita me ha asegurado que algo de cierto hay —comentó él—, pero no es tan importante como quieren hacerlo ver. Por lo visto, son incidentes aislados, infantiles y casi cómicos. Algo relacionado con niños traviesos y algunos gatitos, tortugas y lagartijas —le refirió lo poco que había averiguado en su conversación con la publicista.

—Espero que los animales no sufrieran —comentó Cristina acurrucándose contra él.

—Algunas colas de lagartija arrancadas y unas pocas tortugas con el caparazón pintado de rojo —dijo guardándose para sí el intento de envenenar a los gatitos. Sabía lo mucho que le gustaban los animales a Cristina, y no estaba dispuesto a hacerle pasar un mal rato.

Se quedaron en silencio, cada uno inmerso en sus pensamientos.

Raúl revisaba una y otra vez en su mente el vídeo de ellos paseando agarrados de la mano mientras la voz en *off* del colaborador insinuaba que

había vuelto a sus adicciones y estaba arrastrando a Cristina, a quien doblaba la edad, al infierno con él.

Ella, en cambio, estaba obsesionada con una sola frase que él había dicho. Una frase que no podía ser cierta porque había cosas que nadie podía saber. Mucho menos una televisión a la que tenían acceso millones de personas. Pero también era cierto que había visto algunos programas en los que los colaboradores desvelaban sin piedad sucesos acaecidos en años remotos sobre el famoso casoso de turno.

Se removió inquieta hasta acabar tumbada de costado dándole la espalda, sus dedos nerviosos deslizándose con hiriente arrebató sobre su antebrazo mientras se abstraía en los recuerdos.

Raúl salió de su ensimismamiento al sentir que todo el cuerpo de ella vibraba tenso. Se giró abrazándola y, al mirar por encima de su hombro, fue consciente de qué era lo que la hacía temblar. Le aferró con ternura las muñecas, apartándole la mano del antebrazo, que, como pudo comprobar gracias a la suave luz de la lámpara de la pared, había adquirido un preocupante tono rosado.

—No debes preocuparte por lo que han dicho —susurró en su oído, conteniendo sus manos entre las de él—. En mayo empieza la temporada de bodas, bautizos y comuniones de los famosos, y la prensa rosa estará mucho más interesada en ellos que en el posible romance entre un director y su *script* —murmuró tranquilizador.

Esperó a soltarla hasta que ella pareció calmarse y sus dedos dejaron de moverse inquietos entre los de él. Luego la abrazó y la fue girando despacio hasta dejarla tumbada de espaldas en la cama. Le asió con ternura el brazo lastimado y lo alzó hasta su boca para besarlo con increíble dulzura. Deslizó los labios por la piel resentida y, al llegar a las pulseras de cuero que nunca se quitaba, las acarició con los labios.

Cristina retiró la mano con brusquedad.

—Tienes que dejar de frotarte el brazo cuando estás nerviosa o acabarás por hacerte daño —le dijo Raúl con inefable cariño.

—Es un tic nervioso que tengo —murmuró ella sin saber bien por qué.

—No me digas..., no me había dado cuenta —replicó él con evidente ironía—. ¿Tiene algún motivo especial o es algo que sufres desde siempre? —preguntó intrigado.

—Ah..., en realidad es un tic... adquirido —musitó esbozando una de las falsas sonrisas que usaba para protegerse. Lo observó dubitativa un instante y luego, sin querer pensar en lo que iba a hacer, se lanzó a contarle lo que jamás

se permitía recordar—. Hace un montón de años, cuando era una cría, me enfadé con un niño porque pisó unas hormigas.

—Vaya niño más malvado —comentó Raúl mordaz.

—Me sentó fatal —declaró ella sentándose en la cama con las piernas cruzadas contra el pecho—. Así que no se me ocurrió nada mejor que abrirle la cabeza con una piedra.

—Uf, pobrecillo —dijo divertido al imaginarse esa estampa imposible. Su pacífica, apacible y cariñosa *script* era totalmente incapaz de tirarle una piedra a nadie, y mucho menos a un niño.

—Se lo merecía —aseveró con fiereza—. Lo malo fue que, por culpa de eso, me llevaron al manicomio.

—¿Al manicomio? —Raúl la miró intrigado. Era la primera vez que le contaba una historia con tintes góticos. Desde luego, no cabía duda de que tenía una imaginación disparatada. ¡Ingresar en un manicomio, en pleno siglo XXI, por golpear a un niño por pisar hormigas...! Demasiado increíble como para resultar verosímil.

—Sí. Y era un lugar horrible.

—Y ¿estuviste mucho tiempo? —preguntó Raúl sin creerse ni una palabra, aunque intrigado por saber cómo iba a explicar con ese encierro su necesidad de frotarse el brazo cuando estaba nerviosa.

—Unos pocos meses. Y fue un verdadero horror —resopló antes de volver a esbozar su sonrisa defensiva—. Y si pude salir fue porque mi compañera de cuarto me enseñó un truco para calmarme cuando algo me enfurecía... —Se calló, su cabeza funcionando a toda velocidad mientras pensaba en cómo continuar sin que la historia pareciera demasiado... dramática.

—¿Cuál?

—¿Perdona?

—¿Cuál fue el truco que te enseñó? —interrogó él divertido. Por lo visto, su *script* había tropezado con un escollo y, por su ceño fruncido, su cabeza estaba trabajando a toda máquina para sortearlo.

—Ah..., bueno..., tienes que comprender que mi compañera estaba todavía más loca que yo —comentó ella esbozando una sonrisa risueña con la que esperaba quitarle hierro al asunto.

—¿Más aún? Ya es difícil —replicó Raúl, sonriendo divertido a la vez que le retiraba el flequillo de la frente.

—No te creas. Yo solo tenía arrebatos de rabia que no podía controlar, pero mi compañera tenía cambios bruscos de personalidad: a veces estaba

muy triste, otras muy alegre, y otras sufría una furia incontenible, y había descubierto que si se hería el brazo la furia salía de su cuerpo a través de su sangre y conseguía tranquilizarse.

—Eso es una locura —masculló Raúl. No le gustaba nada el cariz que estaba tomando esa historia—. Además, dudo mucho que en un centro psiquiátrico le dejaran cuchillos para lastimarse.

—Claro que no, aunque aprendimos la manera de robar las cuchillas de afeitar de uno de los celadores, pero eso ya es otra historia —dijo esbozando una melancólica sonrisa—. Pero ella lo que hacía era arañarse..., y a mí no me pareció mala idea intentarlo, al fin y al cabo, solo tenía once años y estaba deseando poder salir de allí, y para eso necesitaba que creyeran que no estaba loca. Así que pensé que, como yo no sentía una furia tan irracional como la de ella, no necesitaba sangrar, por lo que en lugar de arañarme me acostumbé a frotarme el antebrazo con disimulo; así, cuando estaba nerviosa podía meter la mano bajo la manga y tranquilizarme sin que nadie se diera cuenta —comentó encogiéndose de hombros—. Con el tiempo se convirtió en la única manera de mantener el control cuando algo me alteraba.

—No me gusta nada esa historia, es deprimente. Tienes una mente privilegiada, capaz de imaginar la más increíble de las historias, no la uses para inventar cosas tan tristes —murmuró Raúl abrazándola contra sí.

Cristina lo miró durante un instante para luego esbozar una apagada sonrisa y tumbarse de nuevo en la cama, la cabeza sobre su hombro y la mano en su torso.

No la había creído. Y no era que le extrañara. Ella tampoco creería esa estúpida historia. Tal vez por eso se la había contado, porque sabía que no la creería. Y era mejor así. De hecho, era un alivio que no la creyera, porque de ese modo no tendría que molestarse en inventar mentiras cuando le preguntara.

***Jueves, 27 de abril de 2017, Campoviejo***

Tal y como Raúl había augurado, al acercarse mayo, los programas dedicados al mundo de la farándula estaban más centrados en los multitudinarios eventos familiares de los famosos, amén de sus rutinarias rupturas y reconciliaciones, que en la aburrida relación de un director arisco con su simpática *script*. La vorágine de rumores y contrarumores sobre ellos se había convertido en unas pocas menciones destinadas a ser usadas de relleno entre bloques de filtraciones sobre el vestido de novia de tal famosa, los invitados a la comunión del hijo de tal famoso o el menú pantagruélico por el bautizo del nieto de tal empresario. Lo cual era un alivio, porque si había algo que Raúl odiaba era la prensa.

Y esa semana había recibido docenas de peticiones de entrevistas.

A todas se había negado para mayor espanto de Rita y cabreo de Miguel, que habían visto cómo Jairo e Irene, siguiendo su ejemplo, también las rechazaban.

Y, como solía suceder, bastaba que el director se negara a hacer algo para que eso llamara la atención. Por consiguiente, su hermetismo y el de los actores con respecto a la serie había despertado la curiosidad del gran público. También de la crítica especializada, que veía en *Besos robados* la posible caída final o, por el contrario, el resurgimiento del niño mimado del cine español. La verdad es que no lo tenían muy claro, de ahí que las expectativas y la curiosidad que despertaba fueran creciendo hasta alcanzar proporciones inesperadas.

Como resultado, *Besos robados* había comenzado a colarse en programas que poco o nada tenían que ver con la prensa amarilla, pero sí mucho con la actualidad y el cine.

—Ya casi es la hora —señaló Neus mirando la pantalla que habían instalado en la carpa de *catering*. Le hizo un gesto al encargado para que

conectara el sonido.

El equipo de rodaje al completo silenció sus conversaciones cuando los altavoces retumbaron con la música del anuncio de un conocido perfume que en ese momento salía en pantalla. Se hizo un fundido en negro y apareció el avance que Raúl y el equipo de *marketing* habían montado esa misma semana. Era un compendio de las escenas que, según los publicistas, más podían llamar la atención de la serie. Y se emitía esa noche por primera vez.

Todos observaron en expectante silencio la pantalla durante los dos minutos y diez segundos que duraba y luego prorrumpieron en aplausos y bravos.

—Es impresionante, Garrido —lo felicitó el decorador acercándose a la mesa en la que estaba el equipo de dirección—. Vas a conseguir que todos se queden frente al televisor el viernes por la noche —afirmó ufano.

—¡Y tanto que sí! —exclamó el *gaffer* con su tono de voz habitual—. Hasta yo quiero verla, y eso que estoy harto de ver cómo la rodáis —se carcajeó levantando su vaso para brindar con el utillero, que también se había acercado a felicitar al *staff* de producción.

Raúl y todo su equipo, incluyendo los operadores de cámara, microfonistas y técnicos de sonido, recibieron agradecidos la visita de todos los miembros del rodaje. Brindaron con cerveza, vino y cubatas, y el director con su sempiterno café, rieron, se vanagloriaron y, cuando la marea de gente comenzó a dispersarse, Raúl se levantó y, tras hacer un gesto a Cristina, Neus, Jota y Fabián para que lo siguieran, enfiló hacia la autocaravana.

Festejar estaba muy bien, pero la serie no estaba terminada ni por asomo. Aún quedaba mucho trabajo por hacer y muy poco tiempo para hacerlo.

### ***Miércoles, 3 de mayo de 2017***

—Ver para creer, Miguel se va a estirar... —comentó Jota mordaz—. No solo ha alquilado una enorme pantalla para que todos podamos ver el episodio de estreno el viernes, sino que además nos va a invitar a champán.

—No me lo recuerdes, aún no sé cómo voy a cuadrar ese gasto en el presupuesto —masculló María.

—No se te ocurra comprar solo un par de cajas de botellas —le advirtió Jota con gesto severo—. Yo pienso beberme al menos dos botellas, y creo que el resto del personal piensa hacer lo mismo. Y tráelo del bueno, nada de marcas de segunda. Necesitamos champán de calidad para celebrar el éxito

del primer episodio. Y en copas de cristal. No hay nada más deprimente que beber champán en copas de plástico.

—¿Quiere algo más el señor marqués? —masculló María irritada.

—Mujer, ya que te pones, también nos iría bien un surtido de ibéricos y algo de marisco; no solo con champán celebra el hombre... Y si pudieras conseguir una de esas tartas de varios pisos de chocolate y trufa sería estupendo.

María lo miró con los ojos desorbitados y, tras lanzar un gruñido al cielo, se dio media vuelta y se dirigió a la puerta.

—La reunión ha acabado, ¿verdad? —le preguntó a Raúl. Este asintió con un gesto y ella abrió la puerta—. Genial, me largo antes de que cometa un *jotacidio* —dijo saliendo.

—Pero... ¿por qué se ha puesto así? Si solo le he dado unos pocos consejos —inquirió Jota con una voz tan inocente que Cristina no pudo evitar soltar una risita.

—No le rías las gracias o no parará en lo que queda de noche —le aconsejó Raúl mientras se esforzaba para no curvar los labios en una sonrisa de lo más inadecuada.

No cabía duda de que su amigo era un genio, con un par de frases irreverentes había conseguido relajar el tenso ambiente que se respiraba en el rodaje esa semana y que, sin desearlo, habían trasladado a la autocaravana.

—A veces viene bien un poco de humor canalla para diluir el estrés. ¿No crees, Blancanieves? —Jota fue hasta Cristina y le pasó un brazo por los hombros acercándola él—. ¿Cuándo vas a dejar a ese anciano gruñón y te vas a liar conmigo? —Le besó la mejilla con la mirada fija en Raúl—. Te aseguro que soy mucho mejor amante que él.

Ella le dio un codazo, apartándolo, a la vez que sus labios se abrían en una inmensa sonrisa que iluminaba toda su cara.

—Deja de intentar hacer sonrojar a mi *script*. —Raúl se acercó feroz a ellos, rodeó con un brazo la cintura de Cristina liberándola de Jota y la atrajo hacia sí—. Eso solo lo consigo yo —murmuró con sonrisa ladina antes de bajar la cabeza y besarla.

—Si molestamos, nos vamos —señaló Neus burlona.

—Estupendo, nos vemos mañana a las cinco y media en el set —aceptó Raúl tomándole la palabra antes de volver a besar a Cristina.

O, mejor dicho, a intentar besarla, porque ella dio un quiebro apartándose de sus labios y sus brazos para regresar a la mesa junto a Fabián y mirarlo enfurruñada.



—Vaya por Dios, parece que Blancanieves no quiere que nos marchemos —dijo Jota sentándose junto a ella—. ¿Te das cuenta de tu error al no elegirme a mí? —murmuró piadoso.

—Déjate de tonterías y vámonos —le reclamó Neus yendo hacia la puerta. Fabián se apresuró a seguirla.

—¿Me estás proponiendo algo, preciosa? ¿Tal vez una noche de pasión? —inquirió Jota saltando del asiento para ir tras ella—. Discúlpame, Blancanieves —le dijo a Cristina—, pero mi entropierna prefiere ser pájaro en mano que intentar alcanzar a princesa volando.

—Te recuerdo que solo me gustan las mujeres —señaló Neus socarrona desde la calle.

—¡Muero! Maldita memoria la mía, que olvida datos tan importantes —exclamó Jota parándose en la puerta con las manos en el corazón.

—No te preocupes, cariño, a mí solo me gustan los hombres y estoy disponible —apuntó Fabián lanzándole un besito.

—Ah, vaya... Pensándolo bien, creo que debería quedarme aquí para complacer a la princesa cuando el viejo gruñón se quede sin pilas. —Se giró para regresar al interior.

—Lárgate —dijo Raúl impidiéndoselo.

—¿Vas a lanzarme a los brazos de un hombre que quiere sodomizarme?

—Incluso le regalaré un litro de lubricante si con eso consigo librarme de ti.

—¿Te he dicho alguna vez que eres un mal amigo?

—Unas cuantas. Largo —dijo Raúl dándole un empujón que lo sacó fuera para, acto seguido, cerrar la puerta y echar la llave—. Creí que no se iba nunca —musitó volviéndose.

«Aunque si tengo que soportar sus travesuras para verte sonreír así, entonces puede quedarse todo el tiempo que quiera», pensó al ver la radiante sonrisa de su *script*.

La última semana no había sido fácil verla sonreír así, de verdad, con los ojos y los labios a la vez. Y no era que le extrañase. Habían sido unos días complicados, yendo contrarreloj, rodando de día y de noche para cumplir los plazos, y a eso había que sumar los nervios y la impaciencia ante el inminente estreno.

—Jota está aún más loco que yo —comentó Cristina esbozando una sonrisa ladina.

—Aquí el único que está loco soy yo. Por ti —replicó él acercándose a ella con una intensa mirada que lo retaba a apartarlo.

Bajó la cabeza y la besó. Con ganas, casi con furia. Decidido a recuperar los momentos perdidos por culpa del cansancio, el estrés y la falta de tiempo.

Cuando se separaron, ella ladeó la cabeza apoyando la frente en el hombro masculino, y él, captando la indirecta, deslizó los labios por su garganta para hundir los colmillos en el lugar en el que cuello y hombro se unen. Apretó despacio hasta oírla gemir y luego se apartó para recorrer sus clavículas con húmedos besos mientras le colaba la mano bajo la sudadera negra con capucha y ascendía con perezosa lascivia hasta sus pechos. Retiró el sujetador, liberándolos, a la vez que volvía a morderla, esta vez en el hombro izquierdo.

Cristina se dejó llevar por las caricias de sus labios. Eran tan agradables, tan intensas, pensó excitada cuando volvió a morderla. Sabía lo que tenía que hacer para complacerla. Pero esa noche necesitaba más, no solo besos, caricias y mordiscos. Necesitaba liberarse del violento estrés que los había devorado esas semanas mientras estaban inmersos en una espiral de trabajo, problemas, nervios y exigencias que parecían no tener fin. Aunque estuviera a punto de llegar el viernes, con la emisión del primer episodio.

Apretó los puños, consciente de que estaba a punto de perder el control que tanto le costaba mantener. Pero ¿qué podía pasar? Era Raúl. Y no estaba furiosa. Solo excitada. Relajó las barreras con las que sometía a su mente y, dejándose llevar por el instinto, enredó los dedos en el pelo de su amante y tiró con fuerza de él, obligándolo a apartarse.

Lo sujetó cuando intentó zafarse, impidiéndole acercarse mientras lo miraba en silencio, sus ojos estrechándose inquisitivos como si intentara averiguar hasta dónde podía llegar.

Raúl aguantó el extraño examen confundido. Era la primera vez que ella actuaba así, y parecía decidida a ver a través de él lo que deseaba saber.

—¿Cuál es tu palabra segura? —le preguntó Cristina de repente.

—¿Perdón?

—¿Qué palabra quieres usar para decirme que no puedes aceptar lo que te hago?

Raúl la miró perplejo un segundo. Su pene, ya de por sí erecto, se engrosó y se endureció más aún.

—Rojo —susurró.

Ella sonrió. Una sonrisa pecaminosa y prohibida que lo excitó más si cabe.

—No te muevas de ahí —ordenó antes de dirigirse al dormitorio.

Regresó con una silla plegable y la abrió en el espacio que quedaba libre entre la encimera y la mesa.

—Desnúdate y siéntate —le ordenó.

Él arqueó una ceja a la vez que contenía la sonrisa. Así que su dulce e imaginativa *script* quería jugar a dominar. Por supuesto que se lo permitiría..., pero cuando no supiera seguir sería él quien le enseñaría cómo jugar a ese juego.

Se desnudó y se sentó, intrigado por ver su siguiente movimiento.

Pero no vio nada, porque en el momento en que su trasero tocó la silla, Cristina se colocó tras él y lo cegó utilizando una corbata a modo de antifaz. Usó tres más para atarle las manos al respaldo de la silla y los tobillos a las patas. Y luego se quedó quieta, como si no supiera cómo continuar. Que era exactamente lo que él había intuido que pasaría. Por lo que sabía, la experiencia de su *script* en esos temas era muy reducida.

Raúl notó que una sonrisita de suficiencia asomaba a sus labios. No lo estaba haciendo mal..., pero mucho se temía que acababa de quedarse sin ideas.

—Cristina —susurró con voz ronca.

—No quiero que hables a no ser que sea para usar tu palabra segura —replicó ella con una voz tan firme y severa que no parecía suya.

Raúl se calló, atónito por su tono de mando. Desde luego que ese juego no se parecía en nada a aquel que le había descrito hacía tiempo en el que la chica se resistía y se amotinaba contra el vampiro de la novela gracias a la seguridad que le daba su palabra segura. O tal vez sí, pensó al oír sus pasos alejándose hacia el dormitorio. Porque en realidad ella tenía el poder de hacer todo lo que quisiera sin preocuparse más que de estar atenta a su palabra. Era una versión muy retorcida del juego, pero él no pensaba ponerle normas que pudieran limitarla la primera vez que se atrevía a tomar la iniciativa. Al contrario, estaba deseando ver hasta dónde pensaba llegar.

Se quedó sorprendido cuando ella regresó y sintió el suave contacto del cuero por encima de las rodillas. ¿Lo estaba atando con cinturones? Sintió un fuerte tirón y sus muslos se separaron tensos. Sí. Acababa de atarlo a la silla con las piernas tan abiertas que resultaba incluso incómodo. Su pene se irguió más todavía.

Cristina se movió alrededor de él. Un roce en el hombro, otro en la nuca, en el torso, en el vientre..., tan etéreos que no le daba tiempo a disfrutar de la sensación. Una suave caricia en el brazo, otra en el muslo y una más en los labios antes de aferrarle el pelo y tirar para que elevara la cabeza y besarlo

con deseo incontenible y furiosa pasión. Lo soltó de repente, apartándose de él, dejándolo jadeante e impaciente por volver a sentirla.

Pasó un segundo, diez, veinte, sin que ella se acercara. De repente, un roce en el muslo, otro en el hombro y uno más en la garganta. Y la piel se le erizó anhelando sus caricias. Los labios entreabiertos esperando el beso que sabía que llegaría. Pero no llegó. La tortura continuó hasta que de repente ella se paró frente a él. Se mantuvo inmóvil, consiguiendo que su respiración se agitara más aún debido a la espera. Y de pronto la sintió arrodillarse entre sus piernas, agarrarle con brusquedad el pene apartándolo de su camino y meterse en la boca sus testículos.

Una descarga de placer lo recorrió haciendo que sus caderas lucharan contra las ataduras de sus muslos para elevarse hacia ella, hacia sus manos crueles, que se mantenían inmóviles, y su boca exigente, que lo saboreaba ignorando sus gemidos suplicantes y su cuerpo vibrante. Le chupó y mordisqueó el escroto, disfrutando de su poder mientras él se estremecía contra las ataduras que lo mantenían cautivo.

Raúl echó la cabeza hacia atrás al sentir que un dedo le tentaba el ano, penetrándolo inclemente mientras la otra mano continuaba inmovilizándole el pene sin otorgarle el regalo del placer. El dedo se enterró por completo en él y, sin que pudiera hacer nada por evitarlo, sus caderas se mecieron con violencia contra el ceñido puño que lo torturaba intentando provocar el alivio que le era negado. Pero era imposible, lo había atado de tal manera que no tenía capacidad de movimiento suficiente para sentir más que un tibio placer que lo dejaba aún más insatisfecho.

—Por favor —suplicó, incapaz de contenerse.

Ella no dio muestras de oírlo. Continuó jugando con el dedo en su ano y con los labios sobre sus testículos, olvidando la erección que lloraba lágrimas de semen.

—Por favor —dijo un poco más alto, para luego gritarlo con fuerza al ver que ella no atendía a su suplica.

Esperó un instante, su respiración tan agitada que le costaba respirar. Pero Cristina continuó ignorándolo.

—Mueve la mano y mastúrbame —exigió sacudiéndose sobre la silla.

—¿Quieres utilizar tu palabra segura? —le llegó la voz ronca de Cristina.

—No.

—Entonces, cállate.

Y eso hizo. O al menos lo intentó, porque los jadeos y los gemidos continuaron escapándose de su garganta mientras Cristina jugaba con él.

Hasta que, cuando estaba tan sumido en el placer y la desesperación que ya no esperaba nada, le soltó el pene para después lamerlo desde la base hasta la punta. Un gutural gruñido escapó de su garganta al tiempo que se estremecía sin control. Y si no se corrió fue porque ella le apretó la base del glande, haciendo retroceder la eyaculación.

¿Dónde coño había aprendido eso?

No tuvo tiempo de pensarlo, porque en ese momento sintió sus labios abarcándolo, llevándolo al interior de su boca, y tuvo que poner toda su concentración en evitar correrse, pues ella le había dejado bien claro con su gesto que aún no le estaba permitido eyacular.

Controló la respiración mientras se centraba en no sucumbir al placer, y debió de complacerla, porque sintió su sonrisa sobre la polla antes de que le succionara el glande en un intenso beso que lo dejó al borde del orgasmo.

Y después, se retiró.

Así, sin más. Sin otorgarle más clemencia que el apasionado beso con el que asaltó su boca hasta dejarlo jadeante.

La sintió entrar en el dormitorio y salir poco después. Se colocó de nuevo frente a él y le agarró la polla. Le puso algo. Un preservativo. Luego volvió a alejarse.

Raúl esperó atento a cada sonido que le llegaba. Un segundo. Diez. Veinte. Treinta. Abrió y cerró con nerviosismo las manos atadas al respaldo. Iba a follarlo. Tenía que hacerlo. No sería tan cruel de darle esperanzas si no iba a hacerlo.

De repente la sintió sobre él, las piernas abiertas sobre sus muslos, pero sin permitir que sus sexos se tocaran. Algo le rozó los labios. Los abrió, y no pudo evitar gemir agradecido. Era su pezón. Le estaba dejando probar sus pechos, lamerlos y succionarlos. Y a eso se dedicó con voraz entusiasmo.

—¿Quieres follarme? —le preguntó Cristina tirándole del pelo mientras se deslizaba sobre él, frotándose contra la olvidada erección.

—Nada me gustaría más —contestó él con rebelde contención, decidido a no permitirle ver hasta qué extremo lo había llevado.

Y debió de ser la actitud correcta, porque de repente la corbata que le cubría los ojos cayó y pudo verla. Y era preciosa. Tan hermosa como una diosa de la guerra, con la frente empapada en sudor, los labios entreabiertos en una mueca de furioso placer y en sus ojos una desafiante mirada.

—Vas a aguantar hasta que me corra —dijo. Y no era una pregunta.

—Aunque me cueste la vida —aceptó él.

Ella sonrió lasciva y, antes de que él pudiera prepararse para resistir su ataque, le agarró la polla y la encajó en su vagina.

Raúl negó con la cabeza intentando contener la descarga de placer que lo recorrió acercándolo al orgasmo. Apretó los dientes y cerró los puños en el respaldo de la silla mientras se esforzaba en contener la humillante necesidad de dejarse ir.

Cristina esperó unos segundos hasta que él recuperó el control y luego, esbozando una malévola sonrisa, comenzó a montarlo con feroz lujuria. Y él solo pudo recibirla con una ligera oscilación de caderas, pues las ataduras le impedían más movimientos, volviéndolo loco de deseo.

Estaba al borde del abismo, tan cerca del orgasmo que sabía que no iba a poder cumplir su promesa cuando ella ladeó la cabeza, exponiendo su cuello. Raúl lo atrapó entre los dientes y mordió, con suavidad al principio, más fuerte cuando ella incrementó la violencia con que lo follaba, hasta que tembló sobre él y las paredes de su vagina lo ciñeron palpitantes al llegar al orgasmo.

No pudo aguantarlo más.

Se corrió entre jadeos mientras ella continuaba moviéndose sobre él, haciendo chocar sus sexos a la vez que exprimía cada espasmo de ese intenso éxtasis que compartían. Hasta que cayó desmadejada sobre él, vencida por el placer.

—Suéltame —susurró Raúl minutos más tarde, besando la zona del cuello que su pasional mordisco había irritado.

Ella se apartó despacio y lo miró confusa.

—Las manos, desátame —repitió esbozando una cálida sonrisa—. Se me están empezando a dormir. Por lo visto, he forcejeado demasiado y se han tensado las ataduras.

—¡Ay, Dios! ¡Cuánto lo siento! —exclamó Cristina asustada saltando de su regazo para ir a su espalda y desatarlo—. He llevado el juego demasiado lejos. No sé qué me ha pasado para comportarme así, de verdad que lo siento. Yo no suelo hacer estas cosas —murmuró contrita al recuperar la razón y ver hasta qué punto había perdido el control.

—Pues es una pena —replicó él sacudiendo las manos al sentir que lo liberaba—. Porque he disfrutado como nunca en mi vida —afirmó mientras soltaba los cinturones que le inmovilizaban los muslos en tanto que ella le desataba los tobillos.

—Ya imagino, atado sin poder moverte y sufriendo el ataque de una loca descontrolada —gimió Cristina llevándose las manos a los labios al ver la piel

enrojecida de sus muñecas y sus tobillos—. Lo siento..., lo siento muchísimo —murmuró horrorizada dando un paso atrás.

—Ah, no. Eso sí que no. —Raúl saltó sobre ella atrapándola entre sus brazos—. No puedes arrepentirte, y mucho menos asustarte. No tienes ni idea de lo mucho que me has excitado. El orgasmo que me has provocado ha sido tan intenso que he estado a punto de desmayarme cuando me he corrido. Y sé que a ti te ha pasado lo mismo. No puedes arrepentirte por eso. No te lo permito.

—Pero mira tus muñecas —jadeó mirándolo espantada—. ¡Te he hecho daño! —Sus dedos volaron a su antebrazo izquierdo al notar lo cerca que estaba de volver a perder el control.

—Al contrario, me has proporcionado placer. Mucho —rechazó él confundido por su reacción mientras le sujetaba la mano para que no se rascase. Hacía diez minutos se había comportado como una experta *dominatrix* y, sin embargo, ahora era una asustada corderita—. Además, si a eso vamos, yo también te he mordido el cuello. Y está incluso más rojo que mis muñecas —afirmó envolviéndole la cara entre sus fuertes y seguras manos antes de besarla.

Ella se tensó al principio, pero las caricias de su lengua la fueron calmando hasta que acabó derritiéndose contra él. La cogió en brazos y se dirigió al dormitorio para tumbarla con cuidado sobre la cama. Se tendió a su lado y continuó besándola hasta que la preocupación que velaba sus preciosos ojos más verdes que grises fue solo un mal recuerdo.

—¿Duermes? —le preguntó en voz muy baja tiempo después al sentirla relajada contra él.

Ella negó despacio con la cabeza.

—Sueño. Contigo —musitó, sus dedos trazando espirales sobre el vello de su pecho.

—¿Cómo has sabido...? —Se interrumpió sin saber cómo enfocar la pregunta.

Ella se incorporó sobre un codo y lo miró intrigada.

—No quiero que me malinterpretes —murmuró él turbado.

—¿Eso significa que es una pregunta que no deberías hacer? —inquirió ella esbozando una ladina y sincera sonrisa que tuvo el poder de relajarlo.

—Puede, pero me come la curiosidad —replicó acariciándole la espalda—. Es que... cuando me metiste el dedo por primera vez no sabías bien cómo hacerlo —murmuró despacio, pensando cada palabra que decía—. Siempre me ha dado la impresión de que no tenías mucha experiencia en según qué

juegos. Y, sin embargo, esta noche ha sido... increíble. No solo la manera en que me has atado, inmovilizándome por completo, sino todo en general. Has sabido llevarme hasta un punto al que nunca había llegado. Incluso sabías cómo retardar mi eyaculación —aseveró mirándola a los ojos—. Me cuesta mucho conciliar a la mujer exigente y enérgica que me ha llevado al orgasmo más intenso de mi vida con la mujer apacible y controlada que eres el resto del tiempo.

—Y quieres saber dónde he aprendido todo lo que he hecho —murmuró ella bajando la vista.

—Me intriga, sí.

—En los libros.

—¿Perdón?

—En cada novela que leo hay algo que me llama la atención y se me queda en la mente, y, no sé, creo que voy acumulando ideas... y esta noche he perdido el control y han salido desbocadas de mi cabeza —susurró hundiendo la cara en su cuello para no mirarlo.

Raúl se quedó en silencio mientras procesaba la información.

—¿Puedo pedirte un favor? —musitó al cabo de un rato.

—Claro...

—No dejes nunca de leer. Es más, por favor, lee mucho. Muchísimo. Todo lo que puedas. En cada segundo que tengas libre.

Ella estalló en una chispeante carcajada que no tardó en contagiársele a él.

—Raúl... —murmuró un rato después cuando la calma volvió a ellos—. Necesito el viernes libre —dijo preocupada. Solo faltaban dos días, no podía posponer más la petición.

—¿El día del estreno?

—Sí, pero solo desde el mediodía. Me iré antes de la comida, pero te prometo que a las diez de la noche estaré aquí para ver el episodio con vosotros —afirmó con rapidez.

—¿No puedes posponer lo que tengas que hacer hasta dentro de unas semanas? El lunes 22 iré a montar los capítulos y todo el equipo cogerá un par de días libres.

—No puedo —susurró pesarosa—. Tengo una cita a la que no puedo faltar.

—¿Qué tienes que hacer que es tan importante que no puede cambiarse?

Cristina lo miró pensativa antes de esbozar una maliciosa sonrisa.

—Tengo que ir al loquero para que me trate mi locura —comentó risueña—. Ya te conté que me faltaban varios tornillos, así que voy a un sitio en el



que se ocupan de ponérmelos —dijo inclinándose sobre él a la vez que se recogía el pelo—. ¿Ves? Justo debajo de la oreja está el último que me pusieron —aseveró burlona.

—Está bien, acepto pulpo como animal de compañía —replicó Raúl complacido al ver que volvía a contarle una de sus locas historias. Hacía casi tres semanas de la última y ya lo estaba echando de menos—. Así que al loquero... ¿En el mismo manicomio en el que estabas de niña o en otro?

—Uy, no. Ya no voy a ningún manicomio, recuerda que los engañé para que creyeran que estoy cuerda.

—Cierto, se me había olvidado —resopló—. Espero que hayas elegido bien a tu psiquiatra, no querría que fuera Hannibal Lecter —señaló guasón.

—Pues ahora que lo dices, el último Hannibal que he visto ha sido en una serie de televisión, y el actor que lo interpreta es un hombre guapísimo que se da un aire a ti.

—Sé quién dices, es Mads Mikkelsen, gran actor danés. Pero ni de lejos es tan guapo como yo —apuntó presuntuoso antes de cernirse sobre ella y besarla.

\* \* \*

Tiempo después, con Cristina dormida a su lado, Raúl cayó en la cuenta de algo que resultaba curioso, aunque bien podía ser una casualidad. Y ese algo era que su *script* siempre le pedía libre un fin de semana de cada mes para ir a alguno de sus eventos románticos. Tal vez fuera esa su cita ineludible, una presentación o algo por el estilo. Cerró los ojos sintiendo que el sueño comenzaba a ganarle la partida. Pero los abrió al percatarse de que, en realidad, los fines de semana se los había dado él por su cuenta, porque lo que ella le pedía, y además con decidida insistencia, era los viernes. Más exactamente, el primer viernes de cada mes.

Qué extraño...

Intentó agarrarse a ese pensamiento, pero sus ojos se cerraron y el sueño lo venció inclemente.

### ***Jueves, 4 de mayo de 2017, Campoviejo***

Cada tarde, al salir del colegio, echaba a correr sin perder un instante en despedirse de sus amigos o sus profesores. Corría tan rápido que le dolían los

pulmones y el corazón le latía acelerado por el esfuerzo. Pero no le importaba. Su perrita estaba esperándola.

Y esa semana hacía demasiado calor y el sol brillaba demasiado fuerte como para perder un segundo.

Cada mañana, su madre ataba a *Pelusilla* a los barrotes de la terraza y la dejaba allí, sin comida ni agua hasta que ella llegaba del colegio y se ocupaba de alimentarla y cuidarla. Su madre no se cansaba de decirle que la perra era su responsabilidad y que no pensaba cuidar de ella. Y la niña sabía que su madre deseaba que la perra se muriera. Antes no había sido así. Hubo un tiempo en que incluso la quiso. Pero luego su padre se fue con otra, olvidándose a su perra, a su mujer y a su hija. Y su madre comenzó a odiar todo lo que una vez amó. Incluso a la niña con ojos de vieja y corazón desgarrado.

***Sábado, 6 de mayo de 2017, Campoviejo***

De pie frente a la mesa repleta de papeles, Cristina fingía trabajar mientras observaba de refilón el camión de oficinas en el que Raúl, Irene, Jairo y Miguel estaban reunidos.

No era la única que simulaba trabajar mientras lanzaba impacientes miradas al camión. El *gaffer* hacía rato que no gritaba a nadie, ni siquiera cuando los montadores novatos del pueblo se le acercaban. El mecánico llevaba más de diez minutos apretando la misma tuerca. El utillero había movido la misma maceta una docena de veces. El operador de cámara había repetido la prueba en diez ocasiones, aunque solo había ajustado el objetivo la primera. El microfonista había sacudido los paravientos tantas veces que estos parecían punkis con sus crestas. Neus se movía de un lado a otro cual peonza, y Jota daba un trago tras otro a su petaca mientras fingía tomar notas. Solo Fabián parecía trabajar, pues había rellenado varias hojas con ideas, pero bastaba con acercarse para ver que, a no ser que las hubiera escrito en sánscrito o en alguna otra lengua igual de ininteligible, lo que llenaba los folios solo eran garabatos.

Cristina suspiró. Raúl se iba a enfadar, y mucho, cuando saliera y viera que nadie había movido un dedo desde que el productor había aparecido de repente para reclamar su presencia en el camión de oficinas. Y la reacción del productor iba a ser todavía peor, sobre todo si la veía ociosa, pensó disimulando como pudo el estremecimiento de aprensión que la recorrió al recordar el genio explosivo del hombre. Pero ¿cómo iba a concentrarse en trabajar cuando todos estaban impacientes por saber cómo había ido la serie? La inesperada presencia de Miguel solo podía significar dos cosas.

Que había ido muy bien.

O que había ido muy mal.

Porque, si hubiera ido normal, el imprevisible productor no se habría molestado en ir al campamento, ¿verdad?

Volvió a suspirar.

No tenía ni idea de lo que era normal hacer o dejar de hacer. Pero, por la manera en que se comportaban los miembros del rodaje, la visita del productor no era normal. ¿O sí?

Exhaló un suspiro tan sentido que las hojas que había sobre la mesa se movieron.

—Para.

Se giró hacia Jota, atónita por esa voz tan grave y severa que no parecía suya.

—Basta, Blancanieves. Si suspiras una sola vez más, te cierro la boca con un beso. Uno con lengua. Aunque luego Raúl me la arranque con unas tenazas —le advirtió dando otro trago a la petaca—. Bastante tengo con mi angustia como para soportar la tuya, aunque sea en forma de suspiros.

Cristina asintió y, esbozando una complaciente sonrisa, se obligó a dejar de suspirar mientras deslizaba la mano bajo la manga y se acariciaba el antebrazo.

Y en ese preciso momento Raúl salió del camión. Solo. El productor, Irene y Jairo se habían quedado en el interior, contándose chistes o algo por el estilo, porque se oían sus risas desde la calle.

—¿Qué hacéis todos parados? ¿Por qué no estáis en el set? O, mejor aún, acabando de montar los escenarios. —Los recorrió con su penetrante mirada, deteniéndose en el director de fotografía. Sus labios se curvaron un momento antes de volver a fruncirse—. Pensaba que íbamos retrasados y que teníais bastante que hacer. ¿Acaso me he equivocado?

Ante el tono agrio del director, todos bajaron la cabeza desalentados y regresaron a sus quehaceres. El *gaffer* volvió a gritar, el mecánico cambió de tuerca, el utillero fue a por otra maceta, el operador de cámara enfocó el objetivo, el microfonista peinó el paravientos, Neus comenzó a dar instrucciones, Fabián escribió palabras legibles y Cristina se apresuró a revisar los cambios del guion. Pero Jota no se movió, excepto para dar otro trago a su petaca, aunque al ritmo que bebía esta debía de llevar vacía un buen rato.

—¿No tienes nada que hacer, Jota? —le reclamó Raúl atravesando el patio. El director de fotografía negó con un gesto. Una pícaro sonrisa brillaba en su rostro, como si fuera cómplice de un divertido secreto—. Pues entonces vete adelantando trabajo, porque la serie ha funcionado mejor de lo que la

productora, la cadena e incluso yo mismo esperábamos y no podemos retrasarnos en ninguna entrega —declaró en voz alta, llamando la atención de todos, no tanto por sus palabras como por su tono, pues era la primera vez que alzaba la voz en todos esos meses.

Los miembros más recientes del equipo de rodaje dejaron lo que tenían entre manos para mirarlo pasmados, sin embargo, los veteranos que habían trabajado con anterioridad a sus órdenes sonrieron sin disimulo, intuyendo lo que iba a decir. Cristina pertenecía al primer grupo.

—La cuota de pantalla ha estado por encima de las previsiones —prosiguió Raúl con el mismo tono de voz al llegar junto a Jota. Neus solo tardó dos segundos en estar a su lado—. De hecho, las ha duplicado. Y, debido a la inesperada aparición de varios anunciantes, se han añadido tres minutos para publicidad —señaló esbozando una complacida sonrisa—. Y ahora que estáis informados, y siempre y cuando no os ocasione mucha molestia, ¿podéis volver al trabajo?

Todos se miraron unos a otros y al segundo siguiente el silencio absoluto que habían mantenido durante el anuncio estalló en un millar de conversaciones mientras algunos volvían a ponerse en marcha. Esta vez, de verdad.

—Es muy bueno lo que ha pasado, ¿verdad? —le susurró Cristina a Jota.

—No te imaginas cuánto, princesa —replicó este mientras Raúl era rodeado por una avalancha de gente dispuesta a saber más detalles—. Si los anunciantes quieren comprar segundos de publicidad significa que el *share* es muy bueno.

—De hecho, ronda el 2,4 por ciento —apuntó Raúl escapando del cerco de personas que lo rodeaba—. Neus os mandará un *e-mail* general esta noche informándoos de todo. Ahora, volved a vuestro trabajo. Ya estamos lo suficientemente atrasados, vamos a intentar no perder más tiempo —los regañó con voz severa para quitárselos de encima.

—¿Solo un 2,4 por ciento? —jadeó Cristina perpleja. ¿Cómo podía alegrarse con esos datos?

—Tienes que ponerlo en contexto —le explicó Raúl antes de volverse hacia Jota—. Necesito los *setups* de la semana que entra —le pidió a la vez que agarraba a Cristina por el codo y la guiaba a través del patio—. Como te decía, tienes que poner el *share* en contexto. La emisión más vista del *prime time* de este viernes, que es cuando se emitió *Besos robados*, consiguió un 27,3 por ciento y la siguiente alcanzó un 13,8. Ambos programas eran *talent shows* —señaló. Se paró a contestar una duda del operador de audio para

luego continuar caminando con rapidez—. *Besos robados* está en mucha desventaja, el viernes es un día tradicionalmente reservado al entretenimiento familiar, y por si eso no fuera suficiente inconveniente, los dos *talent shows* emitían el último programa de la temporada. Un vestido sexy pero a la vez elegante, negro. Y unos tacones de vértigo que digan «aquí estoy yo» —le indicó a Paz sin darle oportunidad de hablar cuando esta se asomó a la puerta del camión de vestuario—. Para que te hagas una idea —continuó como si no se hubiera interrumpido—, ayer, en el *prime time*, La Sexta obtuvo una cuota del 5,6 por ciento, y la película de La 1, un 6, así que un 2,4 es un resultado espectacular, más aún si tenemos en cuenta que no contamos con ningún *lead-in*<sup>[8]</sup>. —Giró hacia el último camión de la hilera—. No tan cardado, parece que lleva peluca —le dijo a Margot cuando pasó junto al actor al que estaba retocando—. Y todavía faltan los datos del *streaming*, que al fin y al cabo es la apuesta de los compradores y el sector al que están orientados. Es más, contar solo con los visionados en directo dejaría fuera a una gran parte de la audiencia. Lo más probable es que alcancemos el mismo número de espectadores que con el directo en la primera semana del *streaming* —señaló abriendo la puerta del camión de atrezo.

Se asomó, comprobó que allí no había nadie y tiró impaciente de Cristina, metiéndola dentro. Cerró, empujó la espalda contra la puerta para mantenerla cerrada, atrajo a la joven hacia sí y le dio un beso de tornillo que hizo que a ambos les temblaran las rodillas.

—¡Ha sido un éxito! —exclamó jadeante cuando se separaron para tomar aliento—. Prepárate para ocho semanas de caos y locura —le advirtió jocoso subiendo las manos para amasarle los pechos, los pulgares tentando los pezones—. Los problemas se van a multiplicar, igual que las exigencias de la productora, y los días van a ser demasiado cortos para todo lo que tenemos que hacer.

Bajó las manos por su cuerpo para agarrarle el trasero con lascivia y acoplarla a él mientras se frotaba contra ella, sus labios deslizándose por el cuello femenino hasta que al llegar al hombro los dientes asomaron para atrapar la piel.

Cristina le aferró el pelo y tiró, manteniéndolo pegado a ella mientras se mecía contra la gruesa erección que se apretaba contra los restrictivos pantalones.

—Nos vamos a comer el mundo —afirmó Raúl con voz gutural regresando a su boca.

Pero ella lo apartó de un brusco tirón de pelo para dar un paso atrás y fijar en él una mirada depredadora. Lo empujó, pegándolo a la puerta de nuevo, y se abalanzó sobre él para atrapar su labio inferior entre los dientes. Lo succionó a la vez que sus manos descendieron veloces al pantalón, le desabrochó el cinturón y los botones y le bajó los vaqueros hasta medio muslo. Luego resbaló por su cuerpo hasta llenarse la boca con su polla.

Por lo visto, ella prefería comerse otras cosas antes que el mundo.

### ***Martes, 16 de mayo de 2017, Campoviejo***

—El *streaming* del segundo episodio ha triplicado la audiencia del episodio del viernes en solo cuatro días —jadeó Neus atónita, repitiendo palabra por palabra lo que acababa de decir Raúl.

—Y no olvides que sus visionados en directo también han doblado los del primero. —Jota se sentó al notar que le temblaban las rodillas. Eso era mucho, muchísimo más de lo que esperaban.

—No os emocionéis —les dijo Raúl con voz grave—. Puede que la audiencia esté respondiendo bien a la serie...

—Más que bien, diría yo —apuntó Fabián interrumpiéndolo.

—Sí, pero no será la primera vez que una serie pega el pelotazo en los dos primeros episodios y pincha en el tercero o el cuarto —señaló apoyado contra la encimera mientras abrazaba a Cristina, que se había colocado a su lado para detener su loco deambular por la autocaravana—. Debemos tener paciencia, aún pueden pasar muchas cosas y no todas tienen por qué ser buenas.

—No seas pájaro de mal agüero —le reclamó Jota tirándole una de las tropecientas pelotas de papel que había hecho durante la reunión—. La serie es buena, lo mejor que has hecho nunca. Y es justo lo que el público quiere. No va a hacer más que subir, ya lo verás.

### ***Miércoles, 24 de mayo de 2017, Campoviejo***

Raúl que se apeó del coche lo había llevado hasta el campamento. Se notaba que la serie iba bien en dos cosas. La primera, que ya no tenía que conducir de ida y vuelta cuando iba a Madrid, sino que lo llevaba y lo traía un coche privado. Uno muy cómodo, además. La segunda, que el campamento se había

convertido en una alborotada jaula de grillos, a cuál más loco, que, sin embargo, funcionaba con la precisión de un reloj suizo.

Se apartó cuando el maquinista pasó junto a él —y estuvo a punto de atropellarlo— con el *travelling* que utilizarían en el set de la mañana siguiente. Un segundo después fue el furgón de atrezo el que estuvo a punto de llevárselo por delante. Era lo que tenía la última hora de la tarde, que, si no había escenas nocturnas, y esa noche no las había, se aprovechaban esas horas para dejar preparadas las del día siguiente, sumiendo el campamento en un caos de furgones, maquinaria, atrezo y montadores que iban y venían con más prisa que cuidado.

Se frotó el estómago al notar un intenso pinchazo que le recordó que se le había olvidado comer. Y, ahora que lo pensaba, también merendar. Estuvo tentado de pararse en el *catering* antes de ir a la autocaravana, pero estaba seguro de que Cristina, que tan bien lo conocía, habría llenado la nevera de cosas ricas anticipándose a su hambre. Sonrió al sentir que en su estómago vacío las mariposas comenzaban a batir las alas. Estaba deseando llegar y besarla. Y devorarla. Y hacerle el amor. Despacio, a poder ser. Aunque dudaba que ese deseo en especial se hiciera realidad. Y no porque ella no le dejara ir despacio —al menos, de vez en cuando—, sino porque no había tiempo para ir despacio. De hecho, últimamente no había tiempo ni para hacer el amor.

Tal y como había augurado, las exigencias se habían duplicado, también las ideas y las mejoras y, con ellas, los cambios, que a su vez obligaban a retrasar algunas escenas, cancelar otras y crear más de las que en un principio parecían necesarias.

Pero no podía hacer nada por parar la espiral de nuevas ideas que surgían y que Fabián se encargaba de definir, detallar y argumentar componiendo un crisol de nuevas tramas que daban mayor profundidad al guion, y que estaban convirtiendo esa serie en algo tan grande que había momentos en los que dudaba si iba a poder con todo.

Pero podía. Con el apoyo y el trabajo imponderable de Jota, Cristina, Neus, María, el *gaffer* y Fabián. Entre todos, resolvían los problemas y continuaban transitando sobre el delgado hilo que separaba el orden del caos mientras rezaban por llegar cuerdos al último episodio.

Y eso era algo que a veces dudaba que fueran a lograr. Jota estaba más aferrado a su petaca que de costumbre, Neus recorría cada día el equivalente a doce kilómetros, si no eran más, en paseos por el set para comprobar que todo estaba correcto, amén de pasar el día colgada del teléfono y el *e-mail* para



coordinar las necesidades del equipo de dirección con el de producción y el artístico. Fabián se pasaba el día tras el ordenador, perfilando las nuevas escenas y retocando las viejas para poder encajar las de reciente creación, y eso por no hablar de todo lo que se les iba ocurriendo conforme adelantaban capítulos. María iba de cabeza con los presupuestos, los permisos, los materiales y los contratos, porque el número de gente trabajando en la serie casi se había duplicado para poder hacer frente a todo, y aun así tenían unos horarios infernales. Del *gaffer* mejor no hablar. Si normalmente era un torbellino de actividad y gritos, ahora se había convertido en la réplica histórica del Diablo de Tasmania de los dibujos animados. Tal cual.

Y luego estaba Cristina, la única persona tranquila en esa caótica jaula de locos en que se había convertido el campamento, con su sempiterna sonrisa, su afabilidad irreductible, sus ademanes calmados y su voz suave y delicada. Nadie que la viera tan calmada, tan sonriente, tan apacible, diría que trabajaba dieciséis horas diarias, a veces incluso más. Pero eso era porque no la conocían y no sabían dónde tenían que mirar: a sus ojos. Solo estos reflejaban todo el cansancio y el estrés que arrastraba.

Solo él sabía que había perdido varios kilos, y no porque ella se lo hubiera dicho, sino porque cuando la acariciaba en las noches que no caían agotados podía sentir sus costillas bajo los dedos y ver las vértebras sobresalientes en su espalda. Su cara se había afilado, sus ojos tenían profundas ojeras que ella tapaba con maquillaje, y sus antebrazos estaban constantemente enrojecidos porque no dejaba de frotárselos sin ser consciente de ello.

Apretó los labios resignado. Quedaban dos meses de rodaje, ahora no podían frenar el ritmo o no llegarían a tiempo. Ya tendrían tiempo para descansar y hacer el amor más tarde. Ahora lo único importante era la serie.

Miró el reloj, faltaban poco más de diez minutos para la hora en la que había acordado reunirse con su equipo. Ladeó la cabeza, estirando el cuello para aplacar el fuerte dolor que comenzaba a sentir en los hombros, y apresuró sus pasos.

\* \* \*

Cristina se levantó de un salto cuando Raúl entró en la autocaravana. Tenía un aspecto horrible, como si le hubiera pasado un camión por encima, y parecía famélico. De hecho, estaba segura de que no había comido en todo el día. Así que le dio un etéreo y rápido beso en los labios y se dirigió presurosa a la encimera, donde había dejado los envases térmicos que había traído del bufet.

Estaba a punto de volcarlos en los platos cuando lo sintió tras ella, sus manos cogiéndola por la cintura.

—Suelta eso —le susurró al oído en tono imperioso.

Ella obedeció, y al instante siguiente se encontró girando hasta caer en sus brazos, con sus labios contra los de ella y su lengua abriéndose camino. Los separó, permitiéndole entrar, y él resbaló por el interior de su boca mientras sus caderas se mecían contra el vientre de ella.

—No tienes ni idea de lo mucho que te he echado de menos —susurró atrapándole el lóbulo de la oreja entre los dientes.

Se había acostumbrado a tenerla cerca, y la distancia que se interponía entre ellos cuando viajaba a Madrid lo disgustaba. Quería tenerla a su lado para poder esconderse en algún camión, en los vestuarios de Paz o incluso en los aseos del personal y besarla a su antojo. Se había vuelto adicto a ella, y pasar tres días alejado había supuesto una dura prueba.

La sentó en la encimera y le desabrochó los vaqueros para luego deslizar la mano bajo ellos, deseoso de sentir su humedad en los dedos. Cristina tampoco se quedó quieta, apretó la palma de la mano sobre la ruda erección que apretaba los elegantes pantalones de vestir de él y comenzó a masturbarlo por encima de la tela.

—Vete a por unas palomitas, Fabián, hoy tenemos sesión de cine porno gratis —les llegó la voz burlona de Jota.

Cristina cortó el beso, apartándose con timidez en tanto que Raúl se giraba para fulminar a su amigo con la mirada.

—Ese tipo de miradas es el que necesitamos para Víctor —dijo Fabián entrando como Pedro por su casa para sentarse a la mesa. Por el camino robó una de las bolsas de patatas fritas que Cristina había llevado para acompañar la cena—. No puede ser un buen malvado con esa mirada que pone cuando tiene que interpretar que está indignado con Jairo e Irene. Parece un perrillo apaleado en lugar de un hombre tramando su venganza.

—Si quieres le robo un beso a Cristina mañana en el set, seguro que Raúl me fulmina con la mirada sin dudar. Víctor solo tendría que mirarlo e imitarlo —apuntó Jota agarrando la cafetera que Cristina había preparado minutos antes para Raúl. Aún humeaba caliente.

—No te olvides de los vasos —dijo Neus aferrando el brazo de gitano que había sobre la encimera.

Raúl le arrancó el bollo de las manos. ¡Era su postre! No pensaba ponerlo sobre la mesa antes de cenar, porque entonces esos aprovechados se lo comerían sin dejarle probarlo.

—No recuerdo haberos invitado a entrar —masculló irritado.

—Tampoco has recordado cerrar la puerta con llave —replicó Jota sirviéndose café—. Un día de estos va a entrar alguien que no seamos nosotros y te va a pillar con las manos en la masa. O en el culo. O en el coño de tu *script*.

—O, peor aún, haciendo el amor con salvaje ardor sobre la mesa —añadió Neus.

—¿Con salvaje ardor? —Raúl la miró perplejo antes de girarse hacia Cristina—. ¿Qué libro le has dejado para leer? —le preguntó intrigado.

—Uno un poco antiguo y con muchas florituras —le contestó ella volcando la cena sobre los platos para luego llevarlos a la mesa.

—Ya veo. —Raúl se sentó a cenar antes de que los demás devoraran toda la comida. Ya que no podía saciar su hambre carnal, saciaría la que le hacía rugir la tripa—. Y, solo un apunte, es de esperar que cuando alguien pretenda entrar en una autocaravana que no sea la suya llame antes a la puerta. Solo por educación, ya sabéis, eso de llamar antes de entrar que nos enseñaron nuestros padres siendo niños —dijo con evidente ironía.

—A no ser que ese alguien esté interesado en conseguir una imagen subida de tono del director abusando de su poder y obligando a su pobre *script* a meneársela —señaló Jota robándole un rollito de primavera.

Raúl lo miró irritado, todo el humor perdido ante el nada sutil recordatorio. La prensa, al menos la rosa, los había dejado tranquilos y desde principios de mes no habían vuelto a meter las narices en sus asuntos, pero eso no significaba que una imagen tomada una noche cualquiera, más si era comprometida, no fuera a utilizarse meses o incluso años más tarde. Las imágenes y los vídeos eran atemporales. Además, tampoco le apetecía que su equipo de dirección lo pillara con las manos en la masa.

—Bueno, ¿nos vas a contar qué te ha dicho Miguel cuando ha visto los nuevos episodios? —inquirió Neus.

Porque ese, al fin y al cabo, había sido el motivo de que Raúl se hubiera ausentado. Montar los cuatro episodios, hasta el nueve exactamente, que esa misma tarde había visionado con Miguel y algunos representantes de los compradores, que desde luego se habían mostrado muy satisfechos con el resultado. De hecho, más que satisfechos, entusiasmados.

Les refirió cómo había ido el encuentro mientras cenaba y luego pasó a detallar los datos que le habían dado.

—La cuota de pantalla del viernes, correspondiente al tercer episodio, ha crecido de nuevo con respecto a la del segundo. En relación con el *streaming*,

los visionados de los dos primeros episodios se han cuadruplicado, mientras que el tercero está a punto de alcanzar las cifras de sus predecesores. —Hizo una pausa, en sus labios dibujándose una insolente sonrisa—. *Besos robados* ha sido el contenido más visto del viernes en la cadena. Y las cifras en *streaming* lo sitúan entre las diez series más vistas de toda la semana. Los compradores están entusiasmados. Y, si el episodio de este viernes sigue la estela de los anteriores, yo también comenzaré a estarlo —afirmó orgulloso.

—¿Crees que querrán una segunda temporada? —murmuró Jota subiendo y bajando los dedos por un lateral de la petaca en un movimiento hipnótico.

—No me han dado ninguna información sobre ese tema —señaló con voz átona.

—Pero ¿tú qué crees? —insistió Fabián.

—No me atrevo a aventurar una opinión —dijo tras reflexionar unos segundos.

—O sea, que te lavas las manos.

—Más bien me curo en salud —replicó burlón—. Prefiero no hacerlos —«ni hacerme»— ilusiones sin tener indicios fiables en las que basarlas.

Raúl entendía perfectamente la inquietud del guionista, de todos en realidad: necesitaban saber cuanto antes si habría otra temporada para preparar las nuevas tramas que explorarían en ella y meter algunas escenas de cebo en los últimos episodios, que eran justo los que les quedaban por rodar.

—¿Entonces? —inquirió Fabián preocupado.

—Seguimos como hasta ahora. Grabaremos las escenas que no sufrirán modificaciones independientemente de si hay o no otra temporada. Nos centraremos en los episodios diez y once, que son los que menos cambiarán si recibimos buenas noticias, y esperaremos hasta el último momento para rodar el doce y el trece. Y, mientras tanto —se giró hacia Fabián—, apunta todas las ideas que se te ocurran para una nueva temporada, da igual lo ridículas que te puedan parecer.

## ***Martes, 30 de mayo de 2017***

—Es un pueblecito pequeño ubicado en un valle entre montañas. —Jota señaló con el dedo el pueblo en el mapa—. He visto una casita de lo más pintoresca al pie de un bosque que sería perfecta como nidito de amor. No es un mal lugar para empezar —afirmó girando el portátil para que pudiera ver la pantalla.

Raúl observó las fotos que el director de fotografía había tomado esa misma mañana. Desde luego, el pueblo tenía muchas posibilidades. La ubicación, el entorno, la fotografía y la cercanía con respecto a Madrid y otros pueblos eran puntos que jugaban muy a su favor.

—Grabé allí hace un par de años —comentó María—. No pusieron trabas en el uso de espacios públicos ni en concedernos permisos. Contratar los servicios necesarios tampoco fue problema, y había un amplio solar a las afueras que alquilamos por cuatro duros y tenía espacio de sobra para montar el campamento.

Raúl entrelazó las manos bajo la barbilla, pensativo. A pesar de su empeño en no dejar volar la esperanza, no había podido evitar contagiarse del entusiasmo de Fabián cuando este le había expuesto el domingo su enésima idea para la segunda temporada. Era buena, muy buena. Y quería rodarla. ¡Vaya si quería! Así que, a pesar de su firme propósito de no anticiparse ni albergar falsas esperanzas, le había pedido a Jota que le echara un ojo. Y este se lo había echado. Y había quedado encantado. Tanto o más que Fabián y que él. Por tanto, cuando su amigo le había propuesto ir esa mañana a un pueblecito que pensaba sería perfecto para el nuevo guion, no había podido negarse. Y allí estaban ahora. El equipo de dirección al completo, edificando un montón de castillos en el aire, conscientes de que se les podían caer todos, pero incapaces de detenerse.

—Podríamos mencionar algo relacionado con la trama de la segunda temporada en el episodio diez, e introducirla en el doce para dejarla a punto de caramelo en el final del trece. No sería necesario modificar muchas escenas y... —Se calló cuando la puerta de la autocaravana se abrió de improviso y entró la última persona a la que esperaban ver allí esa noche.

Cristina se encogió en el asiento al ver al productor de la serie. ¿Qué hacía allí? Eran más de las diez, y Madrid no pillaba lo que se dice cerca. ¿Por qué había ido tan tarde? Y, lo que era aún más preocupante, ¿por qué parecía tan enfadado? ¡Era lo último que le faltaba! Con el estrés al que estaba sometida, si él comenzaba a gritarle perdería el control. Y eso no podía pasar, pensó nerviosa, porque la serie no podía permitirse tener al productor hospitalizado.

Raúl sintió más que vio el súbito ataque de nervios de su *script*. Lo notó en el ligero cambio de postura, en la caída de su cabeza y la mirada fija en la mesa, en la suave agitación de su respiración y en la mano derecha colándose bajo la manga del brazo izquierdo. Giró la cabeza para mirarla; parecía concentrada en hacerse invisible, como siempre que Miguel Alvar estaba cerca. Frunció el ceño disgustado. Era irracional que siguiera temiéndolo. Se

estiró para agarrarle la mano y sujetársela con firmeza contra el muslo, reclamándole sin palabras que se relajara.

—Sírreme un refresco con hielo, anda —le pidió Miguel a Cristina en ese momento, tendiéndole la chaqueta que llevaba en la mano.

Ella asintió con un gesto, apresurándose a coger la prenda.

—No está supeditada a tus órdenes, Alvar, y aunque lo estuviera, un «por favor» no estaría de más. Al igual que una disculpa —le exigió Raúl con voz acerada mientras Cristina dejaba la chaqueta sobre la cama.

Se quedó inmóvil, oculta en la oscuridad de la habitación mientras esperaba la réplica del productor.

Miguel miró sorprendido a Raúl. No esperaba esa reacción. Por lo visto, lo que se rumoreaba era cierto. Sonrió. Rita Campos era el mejor sabueso que había conocido. Nunca se le escapaba nada.

—No te falta razón —aceptó girándose hacia el dormitorio—. Mis disculpas, Cristina. Por cierto, el refresco, a ser posible de naranja y con mucho hielo. Por favor —añadió a la vez que se sentaba en el sitio que ella había dejado libre—. Hace un calor horrible esta noche. Parece que el infierno se esté desatando sobre la tierra y, según parece, solo es el principio —masculló agobiado quitándose la corbata que llevaba aflojada—. Estoy deseando ir a casa y pegarme una ducha de agua fría. Gracias, guapa —dijo cuando la *script* le dio su bebida.

—Y ¿por qué no estás allí? —inquirió Jota poniendo en palabras los pensamientos de todos.

—¿No es evidente? Traigo noticias. Noticias tan importantes que no pueden hablarse por teléfono ni esperar para ser dadas. Así que, a pesar del calor, aquí me tenéis.

—Y ¿piensas soltarlas o te las vas a guardar mucho más tiempo? —señaló Raúl incisivo, sus ojos brillando con una sonrisa que no se atrevía a mostrar hasta que su sospecha se viera confirmada. Pero solo había un motivo, o, mejor dicho, una noticia, por la que el productor viajaría hasta allí a esas horas.

Miguel observó al director con una ladina sonrisa y luego dejó vagar la mirada por los allí reunidos.

—He hablado con el director de contenidos de la cadena —comentó antes de dar un trago—. Están muy contentos con los resultados de *Besos robados*. La serie está batiendo récords de audiencia en *streaming*, y el visionado en directo del cuarto episodio aumentó en dos puntos con respecto al tercero.

—Eso no es nada nuevo; de hecho, es la tónica habitual desde que comenzó a emitirse —apuntó Raúl con indisimulado orgullo.

—Desde luego. Lo que sí es nuevo es que el bloque de anuncios ahora es de cuatro minutos treinta durante el episodio y se ha aumentado un minuto de publicidad en el previo. Y, por lo que sé, el precio por segundo ha subido.

Raúl contuvo un rugido de entusiasmo ante tan maravillosas noticias.

—Estupendo —dijo manteniendo su fachada tranquila—. Espero que ese incremento en audiencia y publicidad lleve aparejado algún beneficio para la serie.

—Por supuesto. —Miguel guardó silencio en una pausa de lo más efectiva—. Quieren que les presente un borrador para la segunda temporada el 6 de junio. Solo las ideas básicas, para que puedan valorarlo —se apresuró a explicar al ver el gesto del director—. Aunque, por lo que me han dado a entender, muy malo tiene que ser para que no lo acepten. ¿Tenéis algo pensado?

—Sí —fue la respuesta concisa de Raúl mientras el resto del equipo contenía el aliento.

—¿Y bien? —le reclamó Miguel.

—Está muy en pañales, danos hasta el sábado para que le demos una vuelta y lo tengamos más desarrollado.

—El sábado, entonces —aceptó Miguel levantándose a la vez que le tendía la mano.

Raúl se apresuró a tomársela en un fuerte apretón que devolvió la respiración a todos y que fue seguido de distintas demostraciones de entusiasmo por parte del equipo, incluida Cristina, que apretó un puño en un gesto de victoria.

—Por cierto, se me olvidaba deciros una cosa —dijo con tono indiferente, como si no fuera importante—. El próximo episodio será el último que se emita en viernes. A partir del sexto, *Besos robados* se emitirá los miércoles, empezando el día 7.

—Eso es el miércoles que viene. En menos de una semana —apuntó Raúl asombrado.

—Eso parece.

—Es una noticia impresionante —murmuró el director a la vez que se levantaba para dirigirse a la puerta—. Me apetece tomar el aire, ¿me acompañas? —le pidió a Miguel.

Alvar aceptó. Conocía al director y sabía de sobra que no iba a dejar estar el asunto hasta averiguar más datos. Y Raúl lo conocía a él y sabía que no iba

a hablar delante de tanta gente sin antes haber debatido largo y tendido con él. Así pues, le pidió la chaqueta a la *script* y, cuando esta se la dio, fue en pos del director. En el mismo momento en que cerró la puerta, un clamor entusiasmado estalló en el interior de la autocaravana.

—Los tienes bien enseñados —apuntó divertido al ver que el equipo de dirección había adoptado la misma contención de la que en los últimos años hacía gala el director.

—Creo recordar que fuiste tú quien me enseñó a no mostrar nunca mis cartas.

—Y lo aprendiste demasiado bien —masculló Miguel.

—No me quedó más remedio: me arrebataste de las manos mi última película y se la diste, junto con mis ideas, a otro.

—Porque siempre estabas borracho.

—Hiciste bien, no era posible otra decisión —aceptó enfilando hacia los camiones.

—Lo sé. Pero dejemos atrás el pasado para departir sobre temas más gratos —dijo Miguel—. ¿Qué me dices de tu preciosa *script*? ¿Acerté al obligarte a contratarla?

—Eso deberías preguntárselo a Rita, seguro que ella te dice todo lo que quieres saber.

Miguel estalló en sonoras carcajadas al oírlo. No cabía duda de que su huraño director se estaba volviendo más listo a cada día que pasaba.

Raúl negó con la cabeza. A él no le hacía ni pizca de gracia. Se paró junto al camión de oficinas, sacó la llave y abrió indicándole con un gesto que lo siguiera al interior.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —le preguntó en el momento en que cerró la puerta.

—¿Para hacer qué?

Miguel se sentó, o, mejor dicho, se recostó en una de las butacas. Las piernas estiradas y los tobillos cruzados con fingido relax.

—Sabes de sobra a qué me refiero —bufó Raúl, caminando de un extremo a otro de la estrecha sala—. Nadie, ni siquiera tú, viaja cincuenta kilómetros a las diez de la noche para dar buenas noticias. Así que no me hagas perder más el tiempo y suelta las malas.

—Pensaba llamarte mañana para dártelas, y que así te diera tiempo a celebrar las buenas esta noche con tu preciosa *script* —comentó burlón, aunque lo cierto era que no mentía. Sabía el esfuerzo que estaban haciendo él y todo el equipo y quería darles unas horas de tregua.



—Alvar...

—Está bien. —Abandonó su postura relajada, incorporándose con gesto rígido—. Quieren los episodios el 28 de junio.

Raúl cogió una brusca bocanada de aire y su boca se arrugó en un gesto airado sin que pudiera evitarlo. Bajó la cabeza, meditando con cuidado las palabras que iba a decir.

—No nos dará tiempo —afirmó, su turbulenta mirada fija en el productor—. Tenemos que idear la trama de la segunda temporada, esperar a que la aprueben, organizar las nuevas secuencias para los últimos episodios, buscar una nueva localización, modificar la trama final del guion para incluir los cebos sin que pierda la continuidad e insertarlos sin que parezcan forzados. ¿No puedes conseguir más tiempo?

—Lo he intentado, pero con el cambio de parrilla de emisión hemos adelantado las fechas perdiendo dos días. El 5 de julio se emitirá el episodio diez, y quieren tenerlos todos en su poder una semana antes.

Raúl asintió pensativo mientras volvía a caminar de un extremo a otro. Pasó varios minutos sumido en sus pensamientos hasta que se paró de repente.

—Diles que no puedo comprometerme a tenerlos todos el 28 y ofréceles el diez y el once para el 24 de junio y los dos restantes para el 10 de julio —dijo con firmeza.

—¿Te dará tiempo a tener los dos primeros tan pronto? —inquirió Miguel dudoso. Solo tenía poco más de tres semanas para cumplir la primera fecha.

—Tengo muchas de las secuencias rodadas, podría lograrlo —afirmó sacando el móvil, que, cosa extraña, aún tenía un cinco por ciento de batería. Marcó un número en el obsoleto aparato—. María, voy a necesitar la sala de montaje las noches del 22 y el 23 de junio, también un coche que me traslade allí cada noche a las nueve y me traiga de vuelta aquí a las seis de la mañana. Mañana te lo explicaré —dijo y luego colgó.

—¿Vas a montarlos de noche? —murmuró Miguel mirándolo con un nuevo respeto.

—Dormir está sobrevalorado.

\* \* \*

—¿Qué significa que cambien la serie al miércoles? —inquirió Cristina perpleja por la reacción que sus compañeros habían tenido cuando el productor y Raúl abandonaron la autocaravana.

Habían festejado con sonrisas la noticia de que seguramente habría una segunda temporada, pero se habían vuelto locos del todo con el cambio de día. Y ella no entendía por qué era eso tan importante.

—Significa que por fin nos van a colocar donde merecemos —afirmó Jota, agarrándola por la cintura para luego comenzar a girar con ella hasta acabar mareados.

—Pero ¿por qué?

—Porque el miércoles es el tercer día con más cuota de pantalla de la parrilla semanal, mientras que el viernes está en la quinta posición, por tanto, nos han pasado a un día mejor, con más audiencia, y además hemos salido de la parrilla de programas de entretenimiento para meternos de lleno en la de series —explicó Neus.

—Lo que significa que han convertido *Besos robados* en su apuesta para los seriéfilos —intervino Jota, abrazándola eufórico antes de volver a girar con ella—. Y eso es muy bueno.

—Entonces ¿ya no hay riesgo de que la cancelen? —murmuró Cristina sintiendo que los extenuantes nervios y el agobiante estrés que la habían mantenido en pie esas semanas comenzaban a ceder, dejando paso a un relajante alivio que le robaba las pocas energías que le quedaban haciéndole temblar las piernas.

—Riesgo siempre hay. —Jota la dejó con cuidado en el suelo—. Pero ahora mismo es tan lejano que está en otra galaxia —afirmó envolviéndole la cara entre las manos para, acto seguido, besarla. En los labios. Y con lengua.

Y consiguió saborearla. Al menos, durante diez segundos. Luego ella reaccionó apartándolo de un empujón.

—Raúl te matará si se entera —le advirtió Neus mordaz.

—Cuando se entere —la corrigió Jota—. Y no tardará mucho, porque pienso pasárselo por las narices en cuanto lo vea. —Se lamió los labios, la mirada fija en el rostro sonrojado de la *script*—. Deliciosa. No me extraña que esté tan enganchado a ti —dijo guiñándole un ojo—. Voy a emborracharme para celebrarlo. ¿Alguien me acompaña?

Neus, Fabián y María no lo pensaron un instante y fueron tras él, mientras que Cristina se disculpó; estaba muerta de sueño y prefería meterse en la cama.

—Sí, mejor será que descanses un poco antes de que venga tu director y lo celebréis —dijo Jota sacudiendo las caderas en una clara indicación de cómo iban a celebrarlo. Luego se dio media vuelta y salió tras sus compañeros.

Cristina se quedó observando la puerta meditabunda. Jota la había besado. Pero eso no era lo que la había dejado perpleja. Había sido su sabor lo que la había confundido. Llevaba toda la noche bebiendo de la petaca, y sin embargo no sabía a alcohol, sino a té. Té con limón, más exactamente.

Se encogió de hombros, incapaz de desentrañar el misterio, y se dirigió al dormitorio. Estaba sola, y si no se equivocaba iba a estarlo durante un par de horas, pues imaginaba que Raúl se quedaría hablando un buen rato con Miguel y luego iría a celebrarlo con los demás.

Y eso le parecía estupendo. Porque ella pensaba aprovechar ese tiempo de soledad para liberarse de todo el estrés que tenía acumulado.

Se tumbó en la cama y eligió con cuidado la lectura, decantándose por el capítulo preferido de uno de sus libros favoritos.

\* \* \*

Raúl se pasó la mano por el pelo para separárselo de la nuca mientras caminaba. La noche era calurosa, mucho. No parecía que estuvieran en mayo. Aunque el repentino calor que sentía bien podía deberse a lo alterado que estaba. Si hasta entonces el ritmo de rodaje había sido frenético, a partir de ese momento iba a ser trepidante. También delirante. Y, a pesar del cansancio que pesaba como un lastre sobre él, se sentía más vivo que nunca.

Solo esperaba que Miguel fuera capaz de negociar las nuevas fechas, porque si no iban a estar muy jodidos.

Se detuvo frente a la autocaravana, asió la manija de la puerta y la giró para abrir. Mejor dicho, lo intentó, pero no lo consiguió. Estaba bloqueada. Alguien había cerrado con llave dejándolo fuera. Alguien, no: Cristina, pues solo ella tenía la llave de su autocaravana. ¿Por qué lo habría hecho? Luego se le ocurrió pensar que tal vez había salido con los demás para celebrar las buenas noticias. Estuvo tentado de dirigirse a la carpa de *catering* para acompañarla, pero desde que no bebía ni tomaba drogas no le gustaban mucho las celebraciones. Había demasiados estímulos y tentaciones a su alcance como para sentirse relajado. Así que, tras dudar un instante, optó por dar un relajante paseo que no le vendría nada mal y regresar más tarde. Al fin y al cabo, no podía entrar, pues había olvidado las llaves dentro.

Rodeó la autocaravana y, al pasar junto a la ventana trasera, oyó algo que le erizó la piel. Un sollozo contenido. Muy suave. Casi un susurro. Se detuvo, toda su atención puesta en la ventana entreabierta del dormitorio. Seguramente habría sido el maullido afónico de alguno de los gatos de Cristina. Unos segundos después, sacudió la cabeza. Estaba tan estresado que

ya oía llantos donde solo había silencio. Reanudó su camino y no había dado tres pasos cuando volvió a oírlo con toda claridad. Y esta vez no era un sollozo contenido, sino un lamento desgarrado que encerraba toda la tristeza, la frustración y la desesperación del mundo.

Sin pensarlo un instante, regresó a la ventana y gritó el nombre de su amante a la vez que golpeaba la pared del vehículo con preocupación.

El llanto se interrumpió, convirtiéndose en suaves hipidos que pronto se atenuaron como si se hubiera tapado la boca con algo.

—Cállate... Vas a... llamar la... atención... de todos —le llegó el gimoteo entrecortado de su *script*.

—¿Qué te pasa? —susurró Raúl ansioso.

—Nada..., déjame sola...

—De eso nada. Voy a entrar, ábreme.

—No... Vete.

—¿Que me vaya? ¡Abre la puerta ahora mismo! —exigió, comenzando a cabrearse.

—¡No! —exclamó ella antes de romper de nuevo en sollozos desgarrados.

—Pues la echaré abajo —dijo a la desesperada.

—Ni que fueras... el Lobo... Feroz.

—No me dejas otra opción. —Fue hasta la puerta y se lanzó contra ella con el hombro—. Dios —gimió cuando este le estalló en ardiente dolor.

—Se abre... hacia fuera..., idiota —le llegó la voz entrecortada de Cristina desde la ventana del salón.

Raúl se quedó petrificado al darse cuenta de que tenía razón, pero más aún al oírla llamarlo idiota. Era la primera vez que un insulto, por leve que fuera, salía de sus labios. Algo grave debía de haber pasado para que estuviera tan alterada.

Agarró la manija de la puerta y, apoyando un pie en el lateral del vehículo para hacer palanca, tiró con todas sus fuerzas.

Y en ese momento un objeto inidentificado pasó rozándole el pelo.

Soltó la manija estupefacto. ¿Le había tirado algo a la cabeza? ¿Qué demonios le pasaba a esa mujer? Se giró buscando el objeto. Eran las llaves. Las cogió, abrió y entró como un vendaval dirigiéndose sin dudar al dormitorio, que, ¡cómo no!, tenía la puerta cerrada. Pero esa era una frágil puerta corredera.

Se lanzó contra ella dispuesto a forzarla y, agarrando el tirador, tiró hacia la izquierda con todas sus fuerzas, momento en el que comprobó que en realidad no estaba lo que se dice cerrada. Al menos, no con pestillo, porque se

abrió sin oponer ninguna resistencia y le hizo perder el equilibrio por el impulso que había tomado.

Acabó dándose un buen culetazo contra el suelo.

Se levantó malhumorado y entró por fin en el puñetero dormitorio, solo para encontrarse con la mirada angustiada de su *script*.

Estaba sentada en la cama con la espalda apoyada en la pared y las piernas cruzadas contra el pecho. Sujetaba el *e-reader* sobre su corazón, abrazándolo con ambas manos como si fuera su mayor tesoro. Se había puesto una vieja camiseta suya que le quedaba enorme, tenía el pelo recogido en una coleta caída, las mejillas húmedas, los ojos rojos y empapados en lágrimas y los labios apretados para tratar de contener los sollozos, sin lograrlo.

—¿Qué ha pasado? —Raúl se acercó, la ansiedad por lo que hubiera podido pasarle venciendo al mal humor.

—¡¿Por qué has venido tan pronto?! —gimió enfadada—. ¡Vete! —le ordenó dejándose caer de costado en la cama para luego taparse la cabeza con la colcha y empezar a llorar como si no hubiera un mañana.

—Tranquila, ya estoy aquí —susurró él llegando hasta ella.

Algo horrible había tenido que pasar para que su templada *script* perdiera toda la contención.

—¡Pero es que no quiero que estés! —gimoteó agarrando con fuerza la colcha cuando él intentó quitársela—. Necesito desahogarme..., y contigo... mirando... no puedo —hipó agobiada.

—¿Por qué necesitas desahogarte? Dime qué ha pasado —insistió con el corazón encogido y la preocupación transformándose en miedo. Jamás la había visto así.

—No la ha creído —aulló estallando en un nuevo sollozo.

—¿Qué?

—Le ha dicho... que no había... robado el dinero... y él no la ha... creído —explicó doblándose sobre sí misma en posición fetal.

—¿Qué dinero? —Raúl la miró confundido.

—El del circo.

—¿Qué circo?

—En el que él le obliga a estar... Le lanza cuchillos —explicó.

—¿Por robar el dinero?

—No..., es su trabajo.

—¿Que le lancen cuchillos?

—Sí... Él los lanza y ella tiene que quedarse muy quieta. Y le da mucho miedo, pero lo hace por él... ¡Y él solo se burla de ella! —exhaló casi sin aire

—. Y ahora también piensa que le ha robado —estalló en ardientes lágrimas—. Y da igual lo que ella diga, porque no la cree. Nunca la cree diga lo que diga. Y es tan injusto. Ella deposita en él toda su confianza y él confía en los demás antes que en ella, ¡siempre! —gritó llorando a moco tendido.

Raúl observó a la mujer que agonizaba de pena en su cama, una sospecha insinuándose en su mente. Apartó la colcha y agarró el lector de *e-books* que sujetaba entre los dedos engarfiados mientras sollozaba incontenible.

Lo encendió y leyó la página que salía en pantalla.

Parpadeó atónito y fue un par de páginas atrás. Las leyó. Miró a su inconsolable *script*, al libro y de nuevo a su *script*. Luego dejó el lector en el baúl y se tumbó tras ella, envolviéndola con su cuerpo.

—Sabes que no es real, ¿verdad? Es solo una novela —comentó preocupado.

En algún lugar había leído que el estrés desmedido sumado al agotamiento podía enloquecer a algunas personas.

—Claro que lo sé..., es la sexta vez que la leo —hipó, aunque parecía más tranquila.

—¿Es la sexta vez que la lees?! —jadeó atónito—. Entonces ¿por qué te pones así?

—Porque es horrible —estalló llorando de nuevo—. No hay nada más espantoso que lo que el protagonista le hace a la chica. Vive con ella, se acuesta con ella, trabaja con ella, y, cuando alguien le dice cualquier cosa mala sobre ella, ¡lo acepta sin dudar! Sin preguntarle a ella ni creerla jamás —gimió volviendo a ocultar la cara bajo la colcha.

—Pero es solo una novela —murmuró Raúl sin saber qué hacer. De hecho, la situación sería hilarante si ella no lo sintiera tan hondo. Si no estuviera sufriendo tanto.

—¿Y qué?! Ser sincero sin que te crean es lo peor que le puede pasar a nadie, más aún si quien no te cree es el hombre al que amas —gimió rota—. ¡Y no puedo soportarlo!

—Solo es un libro..., no puedes ponerte así, es ridículo.

—Claro que puedo... He escogido esta historia para poder llorar a placer y tú me lo estás estropeando —sollozó estremecida.

Raúl la miró perplejo. Jamás la ha visto llorar así, con tanto desespero. De hecho, jamás la había visto llorar. Podía temblar, sonreír con falsedad o asesinarlo con la mirada, pero jamás lloraba. Hasta ahora.

—Está bien —musitó levantándose de la cama—. Voy a... preparar la cena. Lloro a gusto —dijo saliendo.

—Cierra... la puerta —le pidió ella abrazándose a la almohada.  
Raúl la miró por última vez, negó con la cabeza y cerró la puerta.

\* \* \*

—Lo siento... —musitó Cristina saliendo del dormitorio un buen rato después.

Se había lavado la cara, pero sus ojos hinchados y enrojecidos mostraban el trance por el que acababa de pasar.

—¿Estás bien? —inquirió Raúl, quien no había dejado de prestar preocupada atención a los sollozos que salían de la habitación.

—Estoy mejor que nunca —suspiró esbozando una enorme y sincera sonrisa que le iluminó la cara—. Hacía tiempo que no me sentía tan bien.

—Pues a mí me has dado un susto de muerte —masculló él sin moverse del asiento.

—No esperaba que llegaras tan pronto —murmuró bajando la mirada avergonzada.

—Y yo no esperaba encontrarte llorando como una magdalena por culpa de una novela, así que puede decirse que estamos empatados —replicó él antes de dar unos golpecitos al asiento contiguo al suyo—. Ven a cenar.

Cristina se sentó a su lado, observó los platos que había puesto sobre la mesa y se decantó por la ensalada.

—Y dime, ¿sueles hacer esto muy a menudo? —le preguntó Raúl en tono casual.

—No mucho. Dos o tres veces al año. Depende del estrés que sienta... —murmuró ella—. A veces solo consigo librarme de él si me desahogo echando unas pocas lágrimas.

—¿Unas pocas? Si has estado a punto de inundar la autocaravana —murmuró él.

—Lo siento —repitió bajando la mirada al plato.

—No lo sientas —le ordenó alzándole la barbilla con los dedos—. Tienes todo el derecho del mundo a llorar. Aunque preferiría que me avisaras de tus planes, más que nada para no morirme de la angustia la próxima vez que necesites... desahogarte. Ha sido horrible verte llorar así —afirmó con voz grave.

—No es tan exagerado como parece —rebatió, y él arqueó una ceja en respuesta—. Bueno, sí. Pero no. No me gusta llorar, de hecho, nunca lo hago, pero esto es distinto. Esto no es llorar, es... liberarme. Cuando siento que estoy cerca de perder el control, elijo uno de mis libros favoritos y busco la

escena que más tristeza, o frustración, o rabia, me ha hecho sentir. La leo y suelto mis emociones. Las dejo libres —musitó con la mirada perdida—. Es liberador poder llorar hasta que no me queda nada dentro.

—Entiendo —aceptó Raúl abrazándola contra sí.

—¿Sí? —Lo miró esperanzada.

—Por supuesto. Entiendo que estás totalmente loca. Como una regadera —afirmó esbozando una pícara sonrisa—. Y por eso me gustas tanto —musitó antes de besarla.



***Miércoles, 31 de mayo de 2017, Campoviejo***

—No tenemos tiempo para eso —contestó Raúl a la persona que estaba al otro lado de la línea—. Ni aunque solo sean dos minutos veinte. —Se calló escuchando lo que su interlocutor decía—. De acuerdo.

Cortó la llamada con gesto adusto, dejó el teléfono sobre la mesa y se dirigió al set con pasos furiosos.

—Te olvidas el móvil —le reclamó Jota yendo tras él con el aparato en la mano.

—Quémalo —masculló encrespado.

—¿Estás loco? Sabes lo difícil que es conseguir una antigualla como esta con teclado de botones, pantalla en blanco y negro y conexión a internet de 2G —dijo burlón, tendiéndoselo.

Raúl lo miró airado antes de arrancárselo de un manotazo, porque, a pesar de las ganas que sentía de estrellarlo contra algo, más específicamente contra la cabeza del productor, lo que decía Jota era cierto. No era nada fácil conseguir un móvil como el suyo. Y él odiaba los modernos.

—Por el mosqueo que tienes, intuyo que hablabas con Alvar y no te ha dado buenas noticias —comentó Jota caminando a su lado.

Esa mañana, Raúl les había referido la conversación mantenida con el productor la noche anterior, explicándoles cuáles eran los plazos solicitados por los compradores y los que él ofrecía.

—Han aceptado —le cortó Raúl.

—Entonces ¿por qué estás tan cabreado?

—Exigen, junto con los dos últimos episodios, un avance de dos minutos veinte de la segunda temporada.

—No puedes hablar en serio...

Raúl se giró para mirar a su amigo. Su cara lo decía todo.

—Joder, sí hablas en serio —gimió Jota—. No tenemos nada para ese avance...

—¿Qué avance? —inquirió Fabián, que se había acercado al ver sus caras preocupadas.

—El de la segunda temporada que tenemos que entregar con los dos últimos episodios —señaló Jota.

Fabián se paró en seco, parpadeó un par de veces y luego echó a andar de nuevo para acompasar sus pasos a los de ellos.

—Eso va a ser un problema —musitó Neus, que también se había acercado, ansiosa por saber si habían conseguido aplazar las fechas.

—Lo solucionaremos —murmuró Raúl, sus ojos fijos en el horizonte mientras su cerebro daba vueltas a todo—. Necesito el guion ya —le dijo a Fabián—. Me da igual si no te da tiempo a dormir, quiero un resumen para el sábado y el desarrollo de cuatro o cinco escenas determinantes dentro de diez días. Necesito al menos una nueva localización, una escena de sexo, otra de una discusión entre Marta y Javier y cualquier otra cosa que se te ocurra... Ponte a ello —le exigió antes de girarse hacia Jota.

—Tengo un par de lugares en mente que podrían valer para las ideas que tenéis —dijo este, adelantándose a su petición—. Iré con María a visitarlos para ver si son viables.

—Perfecto. Neus, necesito que me consigas tiempo —masculló el director, la cabeza a mil por hora trazando planes que acto seguido descartaba.

—Revisaré el plan de trabajo y los desgloses de guion para adecuar las nuevas fechas de entrega y añadir las tomas del avance. Necesito tener el nuevo guion cuanto antes para saber dónde se van a rodar y qué actores vamos a necesitar —dijo ella mirando a Fabián.

—¡La presión me da aalas! —exclamó el guionista, imitando los angelitos del conocido anuncio a la vez que se dirigía a su autocaravana para encerrarse allí los próximos días.

—Parece que ya está todo en marcha —dijo Jota cuando Neus también desapareció—. Así que voy a aprovechar este intermedio entre problemas para comentarte una cosa que me está dando cargo de conciencia.

—Tú no tienes de eso —replicó Raúl entrando en el set—. ¿Está todo listo? —le preguntó al técnico de sonido, que respondió alzando el pulgar. Luego le dirigió al operador de cámara la misma pregunta y este asintió con un gesto—. Hagamos una prueba antes del teatrillo —pidió colocándose tras el combo.

—En realidad, sí tengo conciencia, y me está atormentando por algo que he hecho —reiteró Jota—. Y necesito tu perdón urgentemente o no seré capaz de hacer mi trabajo.

—Lo tienes —dijo Raúl mirando con los ojos entornados la pantalla—. Necesito más luz al fondo.

Jota observó la pantalla y luego el escenario.

—Sube un punto el fresnel de la esquina y aumenta el grado de contraste de la Red Epic —le dijo al operador de cámara antes de hablarle de nuevo a Raúl—: ¿Ya está? ¿Me perdonas sin saber qué he hecho?

—Dímelo si quieres —replicó este mientras observaba con atención cómo cambiaba la imagen en la pantalla—. Dame un *dolly in* cerrando a plano medio —le pidió al *dolly grip*<sup>[9]</sup>

—He besado a tu *script*. Con lengua —dijo Jota con tono divertido guiñándole un ojo a una atónita Cristina, que acababa de llegar con un termo de café y varios vasos de plástico.

—Estupendo, seguro que te gustó, besa muy bien —replicó Raúl apartándose de la pantalla complacido por el resultado. Buscó con la mirada hasta encontrar el *walkie* que nunca llevaba encima y lo cogió para hablar con Neus—. Estamos listos, avisa a Irene de que empezamos a rodar dentro de tres minutos. —Volvió a soltar el aparato sobre la mesa y tomó el café que le tendía Cristina—. Gracias, Blancanieves. Ve montando la claqueta —le indicó antes de girarse hacia el set—. Todo el mundo a sus puestos, comenzamos dentro de dos minutos.

—Te lo dije... —canturreó Jota al ver la cara de pasmo de la *script*, que había oído la última parte de la conversación sobre el beso y no podía creerse la indiferencia de Raúl—. Somos muy amigos, lo compartimos todo, así que, cuando quieras pasártelo bien de verdad, llámame —le susurró al oído antes de marcharse.

Cristina lo miró estupefacta. El descarado de ese hombre no conocía límites. Aunque, claro, ¿por qué no iba a mostrarse atrevido si a Raúl no parecía importarle un ápice que ella besara a otro?

—¿Qué pasa? —inquirió el director al ver su gesto entristecido.

—Nada. Es solo que pensé que reaccionarías de otra manera —musitó bajando la cabeza al oírse.

«¿En serio he dicho eso? ¿Hola? ¿Dónde estás, cerebro? ¿Te ha dado un pasmo y te has vuelto idiota? Esto es la vida real, no una absurda novela romántica», pensó sintiendo que se le aceleraba el corazón. Sin ser consciente de lo que hacía, se llevó la mano al antebrazo en una abrasiva caricia.

Raúl le sujetó la muñeca, inmovilizándola.

—¿A qué se supone que tengo que reaccionar? —murmuró confundido.

—¿De verdad no te molesta siquiera un poco? —inquirió ella intentando esbozar una sonrisa indulgente sin conseguirlo.

—¿Qué es lo que no me molesta? —exigió él comenzando a perder la paciencia.

—Que Jota me haya besado.

—¿Lo ha hecho? —jadeó atónito.

—Es lo que acaba de decirte, ¿no?

Raúl la miró pasmado.

—Sí, pero no lo he creído. Es otra de sus brom... No lo es —dijo al ver la mirada dolida de Cristina—. Te ha besado. —Ella asintió—. Con lengua. —Volvió a asentir—. Voy a matarlo —siseó. Y lo peor fue que se dio cuenta de que lo decía en serio. Tenía unas ganas incontenibles de romperle la boca a su amigo. Y si no lo hacía era porque no estaba a su alcance.

Cristina sonrió al ver la mirada homicida de su amante. Todo el pesar que había sentido se había diluido ante la maravillosa sensación de sentirse como una de las heroínas de sus novelas cuando el aguerrido protagonista masculino salía a defender el honor de su dama.

\* \* \*

—Creo que podría funcionar... —aceptó Raúl.

—Claro que sí, sobre todo si lo que pretendes rodar es una película de zombis —masculló Fabián—. Pero, oh, sorpresa, esta serie no va de zombis, y tener a todo el equipo despierto y en marcha a las cuatro de la madrugada me parece exagerado. No hay quien piense con claridad a esas horas. Más aún cuando mi inspiración es nocturna y me duermo tardísimo.

—Ahora que amanece antes, sería un desperdicio no aprovechar la luz —señaló Jota.

—No estás obligado a estar levantado tan pronto —le dijo conciliadora Cristina a Fabián—. No vas a estar en el set, por tanto, tienes libertad de horario.

—Pero soy incapaz de dormir si vosotros estáis trabajando: empatía, que se llama —murmuró con un suspiro.

—¿Todo correcto entonces? —inquirió Neus. Raúl asintió—. Estupendo, mandaré un *e-mail* general para informar a todos. María, estamos en contacto para coordinarnos —dijo levantándose para marcharse.

La ayudante de producción asintió, imitándola.

—Tengo que programar con el *gaffer* el trabajo de mañana. Nos vemos a las cuatro.

—Yo vuelvo a mi cueva a seguir estrujándome la cabeza con el guion — se despidió Fabián.

—Pues, como yo soy un vago borracho, voy a acercarme a la carpa para tomarme un pelotazo mientras los demás trabajan —dijo burlón Jota yendo hacia la puerta.

—Espera un momento —le reclamó Raúl—. Se me olvidaba comentarte una cosa... —Se acercó a él hasta que las puntas de sus pies casi tocaron los del director de fotografía—. Si vuelves a besar a mi *script*, te mataré —le dijo con calma glacial.

—Esta mañana no parecía importarte mucho —comentó Jota con fingida indiferencia.

—Esta mañana no te he tomado en serio.

—Entiendo, pues, que Blancanieves te ha puesto en antecedentes.

Raúl asintió con un gesto seco en tanto que Cristina, todavía sentada a la mesa, lo miraba esbozando una arrepentida sonrisa.

—Lo que significa que a ella la tomas en serio y a mí no —declaró Jota alzando una ceja acusadora.

—A ti es difícil tomarte en serio cuando hablas de sexo —replicó Raúl con voz tensa—. No vuelvas a acercarte a ella.

—¿No? Vaya, es una pena, porque besa de maravilla.

—Estás jugando con fuego.

—Me encanta quemarme —replicó dándole una cariñosa palmadita a su amigo en la cara para luego darse la vuelta y salir de la autocaravana silbando feliz.

—¡Jota! —lo llamó Raúl. Este se giró y lo miró con una ceja arqueada—. Nos esperan unas semanas horribles, intenta no darme por culo.

—¿En serio? Vaya, no hay nada que desee más...

### ***Sábado, 17 de junio 2017, Campoviejo***

Raúl zanjó las dudas del mezclador de sonido y cogió una toalla húmeda del carro que un asistente acababa de dejar en la carpa de dirección. Se la pasó por la cara, el cuello y la nuca en un intento por refrescarse. Un intento que, como todos los anteriores, fue en vano, porque en el mismo momento en que

la apartó de su piel, el calor regresó con fuerza. La tiró malhumorado al contenedor de lavandería.

¡Cuarenta y dos grados a la sombra en pleno mes de junio! Ni siquiera en el infierno hacía tanto calor.

En el momento en que Jota les había advertido que se acercaba una ola de calor, habían tratado de cambiar los planes de rodaje, dejando para entonces las escenas de interior. Pero nadie contaba con que la ola de calor iba a durar tanto. Llevaban cinco días y, por lo visto, les quedaban como mínimo tres más. Y había rodajes exteriores cuyos permisos tenían concedidos que debían hacer sí o sí. Aunque se murieran de calor. Y ese en el que estaban era uno de ellos.

Se apartó la camisa empapada en sudor de la piel y se dirigió al bar de la plaza para hacerse con algo fresco para beber y de paso disfrutar un poco del aire acondicionado. Y fue en ese momento cuando vio a su *script* caminando a pleno sol por la plaza del pueblo, a las cuatro y media de la tarde, con una bolsa llena de envases en una mano y una garrafa de cinco litros de agua en la otra.

¿Qué narices estaba haciendo? ¿Se había vuelto loca?

Miró el reloj, le quedaban doce minutos para que el descanso acabara, así que se encaminó hacia allí.

—¿Qué haces? —le preguntó al llegar junto a ella y ver que llenaba un envase de agua para ponerlo junto a un árbol que apenas daba sombra.

—Los animales son los que más sufren con este calor —señaló retomando su camino—. Así que les dejo un poco de agua para que puedan beber e hidratarse.

—¿Tú crees que con todo el jaleo que montamos van a bajar a beber? —inquirió burlón.

—Mira bajo el tobogán —le indicó señalando los columpios del otro extremo de la plaza.

Raúl se giró hacia allí y se quedó sorprendido al ver varios gatos bajo la estrecha sombra del tobogán, colocados en círculo y con sus cabecitas juntas.

—Imagino que allí has puesto agua...

—Imaginas bien —dijo enfilando hacia las pistas de petanca—. Dentro de cinco minutos estaré en el set.

Raúl asintió con un gesto para luego dirigirse de nuevo al bar, hacía demasiado calor para estar al sol. Por el camino se fijó en los gorriones que descendían de los árboles para meterse en los envases llenos de agua diseminados por la plaza. Entornó los ojos, esa imagen le resultaba familiar.

Recordó haber visto esos envases desperdigados por todo el campamento, bajo la sombra de las autocaravanas y los camiones. Por lo visto, su *script* se dedicaba a repartir agua por todos los lugares a los que iba.

Giró sobre sus pies y la observó mientras recorría la plaza para detenerse en lugares que ella consideraba estratégicos y dejar su dosis de agua.

No pudo evitar sonreír. Todo el equipo salía escopetado del set en cuanto anunciaba el descanso para buscar refugio bajo el chorro de aire acondicionado de las caravanas de descanso o los bares del pueblo. Todos, menos Cristina, que se recorría la plaza dejando regalos de agua para animales que no tenían nada que ver con ella.

No parecía de este mundo.

Mientras que todo el equipo estaba extenuado por el calor, la falta de sueño, el imposible ritmo de trabajo y las discusiones que se sucedían sin pausa debido al estrés al que estaban sometidos, ella parecía inmune a todo. Era la única persona cabal y centrada en ese mundo de locos en que se había convertido el rodaje. Siempre con su sempiterna sonrisa y sus palabras amables en los labios, casi podía decirse que actuaba de catalizador, calmando los ánimos cuando estos se alteraban o animando al equipo cuando los trabajadores parecían a punto de tocar suelo. Sonrió al recordar que esa misma mañana había aparecido con un cubo lleno de helados, arrancando sonrisas a todos.

—Yo también estaría tan pillada como tú si fuera mi chica —murmuró Neus parándose a su lado.

Raúl ladeó la cabeza, dedicándole una breve e intensa mirada antes de girar sobre sus talones y encaminarse al set. Se le había hecho demasiado tarde para ir al bar.

—María ya ha conseguido los permisos para la nueva ubicación en la que vamos a grabar los cebos y el avance de la segunda temporada —le comentó poniéndose a su altura.

—Estupendo. ¿Cuándo nos trasladamos? —inquirió rechazando con un gesto la camisa que le mostraba Paz para Jairo—. Demasiado alegre, busca algo más neutro para esa escena —le pidió antes de continuar caminando.

—No vamos a trasladar todo el campamento —apuntó Neus—. María piensa que no merece la pena el gasto ni el esfuerzo, y yo estoy de acuerdo. El Ventano está a poco menos de una hora de viaje, y según el plan de rodaje que me has dado solo necesitamos tres días para rodar todas las escenas. Hemos alquilado habitaciones en el hostel del pueblo para los actores

principales, el equipo de dirección, maquillaje y peluquería, y los miembros imprescindibles del equipo técnico. Rodaremos solo con lo indispensable.

Raúl la miró pensativo. No era la primera vez que rodaba así. Era más complicado, pero podía hacerse. Y era mucho más rápido y barato que trasladar el campamento y a todas las personas que trabajaban en él. Algo que, con las fechas tan ajustadas que tenían, les venía de maravilla.

—De acuerdo.

—Iremos desde el jueves 22 hasta el sábado 24.

Raúl frunció el ceño.

—Sé que los dos primeros días estarás montando por la noche —apuntó Neus—, pero el ayuntamiento solo nos ha dado permiso para rodar en el castillo esos días.

Raúl lo pensó durante un momento antes de asentir.

—Sin problemas.

### ***Jueves, 22 de junio de 2017, El Ventano***

Ahora que estaba de vacaciones, cada tarde, cuando el sol por fin caía, salía a las terrazas de la plaza y no regresaba hasta bien entrada la madrugada. Le gustaba beber, y casi siempre lo hacía hasta perder la razón, pero no el sentido. Regresaba tambaleante a casa y se tumbaba vestido en la cama. Dormía hasta mediodía y, cuando se levantaba, buscaba a su perro. El animal, encogido sobre sí mismo y guardando un aterrado silencio, solía esconderse bajo la mesa o tras la cama, pero a pesar de sus esfuerzos siempre era localizado.

Cuando el hombre volvía a salir a mediodía, sus ojos estaban inyectados en sangre y sus manos temblaban, pero no tanto como para no sujetar la correa del pobre chucho. La ataba al parachoques trasero del coche y luego se montaba tras el volante, arrancaba, encendía el aire acondicionado para estar fresquito y se ponía en marcha.

Había que pasear al perro, ¿no? También hacerlo correr. Muy rápido.

Algunos días tardaba casi una hora en parar el coche, en otras ocasiones el suplicio era más breve y en pocos minutos aparcaba de nuevo frente a su casa para volver a meterse en la cama. Cuando por fin paraba, el animal apenas si tenía tiempo de recuperar el aliento antes de que su amo tirara de la correa y lo obligara a arrastrarse dolorido hasta la casa, donde volvía a encerrarlo hasta el día siguiente.



No le importaba que lo vieran, lo increparan o lo denunciaran, algo que había sucedido en un par de ocasiones, sin otro resultado reseñable que un par de multas. Ese era un pueblo pequeño y la gente no solía meterse donde no la llamaban. Tal vez por esa inmunidad que creía poseer se burló de la taciturna muchacha morena que lo amenazó en la calle cuando paseaba a su perro ese jueves.

### ***Sábado, 24 de junio de 2017, El Ventano***

—Has vuelto a superarte a ti mismo —afirmó Miguel, la mirada fija en los créditos finales del episodio once—. Vas a tener al público al borde de un ataque de ansiedad hasta que puedan ver los dos últimos episodios. De hecho, yo mismo estoy al borde del infarto y sé cómo acaba. Enhorabuena, Garrido.

Raúl cabeceó agradecido a la vez que se tapaba la boca para ahogar un bostezo. Era la segunda noche que pasaba en vela montando, y ahora que había visionado los episodios con el productor confirmando lo magníficos que eran, toda la energía nerviosa que lo había mantenido en pie se había esfumado, dejándolo solo ante el sueño y el agotamiento.

—Échate unas horas en la cama cuando llegues al rodaje —le aconsejó Miguel fijándose en sus ojos enrojecidos.

—Si pudiera, lo haría —replicó Raúl levantándose para estirarse sin disimulo.

La butaca era cómoda y mullida, pero tras pasar toda la noche en una muy similar a esa, más la hora y veinte que duraban los dos episodios, tenía todos los músculos agarrotados. Estaba claro que la edad le había jugado una mala pasada. Seis años antes no tenía ningún problema en quedarse todas las noches de una semana trabajando. O de fiesta. Aunque, claro, las sustancias ilegales también ayudaban a mantener el ritmo.

—Acuérdate de tener cargada la batería de ese trasto prehistórico al que llamas teléfono, te llamaré cuando los compradores los vean. —Miguel le dio un fuerte apretón de manos a modo de despedida.

Raúl salió al vestíbulo, pulsó el botón del ascensor y, mientras lo esperaba, apoyó el hombro en la pared. Tuvo que apartarse al darse cuenta de que se estaba quedando dormido contra ella. Aguantó como pudo el descenso hasta el garaje y, una vez allí, buscó el Mercedes que lo llevaría hasta El Ventano. Se montó. El chófer mantenía una temperatura fresca en el interior del vehículo, algo que era de agradecer, pues, aunque la ola de calor

supuestamente había pasado, la temperatura seguía siendo muy elevada. Se recostó en el reposacabezas y cruzó los brazos sobre la tripa.

Cerró los ojos en el momento en que se puso en marcha y no volvió a abrirlos hasta que se detuvo una hora y media después.

Se despertó sobresaltado, más muerto que vivo y con la espalda tan dolorida como si hubiera dormido sentado en un coche, que era exactamente lo que había hecho. Se apeó renqueante y miró el reloj. Aún tenía treinta y cinco minutos antes de tener que hacer acto de presencia en el set, así que se dirigió al hotel para intentar parecer una persona y no un muerto viviente.

Cuando salió de nuevo a la calle, recién duchado, afeitado y con el pelo todavía mojado, se sentía una persona nueva. Cansada, pero nueva. Se paró junto al camión de *catering* para tomarse un café muy cargado y fue entonces cuando se dio cuenta de la atención que despertaba en las personas que pasaban por allí. Aunque, en realidad no pasaban por allí, sino que estaban apostadas allí. Niños, adolescentes y abuelos ocupaban las terrazas que daban a la explanada, y algunos también los observaban desde las aceras a pesar de la temprana hora. Lo miraban todo con unos ojos enormes, como si el rodaje fuera el mayor espectáculo que habían visto nunca, y él, la principal atracción del circo.

Algunos lo señalaban con el dedo, y había unos pocos que incluso habían sacado el móvil y le estaban haciendo fotos.

Frunció el ceño comenzando a irritarse. Cada día la misma historia. En Campoviejo se habían acostumbrado a ver actores, cámaras y focos por el pueblo, pero aquí todo era nuevo, y el rodaje se había convertido en la diversión del verano.

Se tomó el café de un trago y, seguro de que su *script* tendría un termo con más y algunos bollos en el set, se dirigió hacia allí. Al menos las vallas con las que habían cercado el set le servirían de pantalla protectora contra los curiosos de la calle, aunque nada podían hacer contra los que se asomaban en las terrazas, que eran multitud.

Llegó al combo deseando acabar su desayuno, pero allí no había nada. Ni siquiera una mísera taza, y menos aún un paquete de donuts, unas rosquillas bañadas en azúcar o algún dulce típico del lugar. Nada. La mesa estaba vacía. Ni migas había.

Se volvió extrañado buscando a Cristina y la encontró junto a uno de los nuevos montadores contratados en el pueblo, uno al que ya había visto rondándola el jueves y el viernes. Atractivo, de unos veinticinco años, alto, moreno, ojos azules y músculos prominentes que se marcaban bajo la ajustada

camiseta que llevaba. Y la estaba haciendo reír. Pero reír de verdad. No con las apacibles y falsas sonrisas que mantenía pegadas a su cara desde el amanecer hasta el anochecer. Se estaba riendo a carcajadas.

¿Cuánto tiempo hacía que no la oía reírse así? Desde que el ritmo de rodaje se había vuelto frenético y no había tiempo, ni ganas, para reír, besarse o hacer el amor.

Ese último pensamiento lo hizo fruncir el ceño. ¿Cuánto tiempo llevaban sin hacer el amor despacio, disfrutando de sus cuerpos, de sus miradas, de sus caricias y sus besos? Si acaso algún que otro polvo rápido antes de caer rendidos en la cama. Desde luego, nada más intenso que un *mete saca* apurado que no les llevaba más de diez minutos. Y, aun así, acababan tan agotados que en cuanto se quitaba el preservativo ambos caían en brazos de Morfeo.

Echaba de menos los encuentros salvajes en los que ella se descontrolaba y lo follaba hasta dejarlo seco. También los momentos dulces en los que le contaba mil locuras o le hablaba de sus eventos románticos mientras jugaba con el vello de su torso. Y más aún los lánguidos polvos al amanecer, cuando retozaban perezosos entre las sábanas hasta que el tiempo se les echaba encima y tenían que salir corriendo.

Todos esos momentos maravillosos habían quedado relegados al eterno «más tarde, cuando tengamos tiempo, cuando estemos menos cansados» por culpa del trabajo, el estrés y el agotamiento.

Y su Blancanieves, por primera vez en todos esos meses, se había olvidado de su café y sus bollos. Y no es que eso fuera importante. Pero también se estaba riendo. A carcajadas. Con un gañán de pueblo que quería meterse entre sus piernas.

¿Y si además del café y los bollos también se estaba olvidando de él?

Se sentó en la alta silla en cuyo respaldo estaba escrita la palabra «Director» y clavó la mirada en la risueña pareja que tan bien se lo estaba pasando.

\* \* \*

Cristina se volvió por enésima vez en ese amanecer buscando a Raúl y no pudo evitar sonreír al verlo sentado en su silla, increíblemente apuesto con los vaqueros multibolsillos y la camisa burdeos remangada hasta los codos y los dos primeros botones del cuello abiertos. Se lamió los labios, segura de que si estuviera más cerca podría distinguir en ese triángulo de piel la sombra del vello entreverado de canas que le cubría el torso. Le hormiguearon los dedos

por las ganas de acariciarlo y una hechicera sonrisa se dibujó en su boca al pensar que esa noche por fin volverían a dormir juntos, en la misma cama. Y a la mañana siguiente, cuando él hubiera descansado, harían el amor. Despacio. Dándose tiempo para sentir y disfrutar.

—Princesa, no estás escuchando mi chiste —reclamó su atención el montador.

—Lo siento, Daniel, acaba de llegar el director y tengo que ir a su lado —se disculpó encaminándose hacia el combo.

En ese momento, Raúl fijó la mirada en ella. Y no parecía muy contento. Más bien al contrario. Lo vio volverse para decirle algo a Neus, que acababa de llegar junto a él. Esta se llevó el *walkie* a los labios y un instante después oyó al *gaffer* llamar a Daniel y mandarlo al extremo sur del set para reubicar algo del decorado.

Cristina entornó los ojos a la vez que su mirada se dirigía hacia allí. Ella misma se había encargado de comprobar que todo estuviera correctamente colocado para mantener la continuidad con respecto a las tomas grabadas la mañana anterior. No había que cambiar nada.

—¿Qué tal el montaje? —le preguntó al director al llegar al combo.

—Bien. El resultado ha complacido a Miguel, y espero que ocurra lo mismo con los compradores —comentó en tono serio.

—Me alegro —replicó ella fijándose en sus profundas ojeras y en la manera en que se recostaba contra la silla, como si el cansancio le impidiera mantener la espalda erguida. Estaba al borde de la extenuación. Tal vez por eso no se había dado cuenta de que todo estaba correcto en el set—. ¿Qué vas a cambiar? —le preguntó con apacible cariño mostrándole una foto del set del día anterior en la tableta—. Yo creo que está todo correcto. Si te fijas...

—Tú no eres el director, ¿verdad? —la interrumpió con voz cortante.

—No, desde luego. Lo siento.

—Aquí me tiene, jefe, ¿qué quiere que le mueva? —dijo Daniel parándose frente a él.

—¿Ves ese banco de allí? —Raúl le señaló un banco de madera ubicado en un extremo del set junto a unos arbustos. El montador asintió—. Quiero que lo traigas hasta este árbol de aquí. —Le señaló uno que quedaba frente al combo.

—Sin problemas, jefe, voy a llamar a uno de mis compañeros y...

—No creo que eso sea necesario —lo interrumpió Raúl—. Eres un hombre fuerte y el banco no parece demasiado pesado. No hay mejor manera de deslumbrar a las mujeres que mostrarles los músculos, así que, vamos, trae

aquí el banco —le ordenó esbozando una ladina sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Eh, sí, claro —murmuró el montador, aceptando la orden.

Era el primer trabajo que conseguía en varios meses, y lo que iba a cobrar por esos días se asemejaba a un salario de dos semanas. No iba a arriesgarse a que lo despidieran y perder el dinero por no mover un banco.

Así pues, lo agarró poniéndose manos a la obra, y el puñetero pesaba como una docena de muertos. Tal vez más.

—¿Por qué haces esto? —susurró Cristina mirando perpleja al director.

Y no era la única que lo miraba así. A Neus parecían estar a punto de salirse los ojos, mientras que Jota lo observaba con una expresión que pasó del pismo absoluto a la risa más maliciosa en un solo segundo.

—No tengo por qué darte explicaciones, pero para tu información te diré que creo que el banco puede darnos más juego ahí.

—Pero no está en las escenas que rodamos ayer —señaló ella con voz tranquila mirando preocupada cómo el montador llevaba el banco hasta allí a base de empujones. Estaba sudando como un pollo, y en su camiseta se marcaban grandes manchas de sudor. Además, se iba destrozar la espalda por culpa del esfuerzo.

—Si veo que queda bien, las grabaremos de nuevo —dijo Raúl levantándose de la silla cuando el montador lo colocó bajo el árbol—. No, mejor ponlo detrás del árbol.

El muchacho lo miró sin resuello y, tras tomar una gran bocanada de aire, asintió y procedió a empujarlo de nuevo.

—Mucho mejor, pero no sé si me convence —murmuró Raúl acercándose al banco—. Empújalo un poco a la izquierda... Oh, vaya, me he equivocado, quería decir a la derecha... No me convence, vuelve a colocarlo frente al árbol.

El chico miró sin aliento al director y, tras secarse el sudor de la frente con la camiseta, volvió a empujar el banco hasta la posición inicial en que lo había puesto.

—Sí, mucho mejor —murmuró Raúl paseando alrededor del hombre—. No te vayas, quiero pedir una segunda opinión —le dijo antes de volverse—. Cristina, por favor, acércate.

Ella obedeció, parándose a unos metros de ambos. Raúl le hizo un gesto con la mano, instándola a aproximarse. Cristina dio un par de pasos. Y otro más cuando el director repitió el gesto. Hasta que casi estuvo pegada a él.

—¿Qué te parece? Podríamos hacer que Irene y Jairo se sentaran aquí para su conversación —le comentó pasándole la mano por la cintura a la vez que señalaba el banco con la otra.

—En el guion pone que están de pie —replicó intentando disimular con una sonrisa fingida el malestar que sentía. ¿A qué estaba jugando Raúl? ¿Por qué se comportaba como si fuera el pérfido malvado del cuento?

—Cierto. Tal vez Fabián pensó que el beso del final de esa secuencia daría mejor en pantalla estando ellos de pie, ¿no crees? —inquirió él con voz gélida.

—Podría ser —aceptó ella sin saber adónde quería ir a parar.

—Comprobémoslo —afirmó antes de estrecharla contra sí y besarla apasionadamente. O al menos intentarlo, porque no pasaron más de seis segundos antes de que Cristina lo empujara, apartándolo—. Sí, tenías razón, mucho mejor de pie. —Se giró hacia el montador, que lo miraba atónito—. Vuelve a dejar el banco donde lo has encontrado —le dijo antes de darle la espalda y dirigirse al combo con ella pegada a sus talones.

—¿Por qué has hecho eso? —le reclamó Cristina jadeante cuando estuvieron tras la mesa de mezclas.

—Porque se estaba metiendo en donde nadie lo había llamado y he pensado que no estaría de más avisarlo de que estaba cazando en un coto privado —replicó Raúl sentándose de nuevo—. Comenzamos dentro de tres minutos —le dijo a Neus, que lo miraba disgustada.

—Eso ha sido nauseabundo, no te imaginaba capaz de tanta bajeza —masculló esta antes de llevarse el *walkie* a los labios y trasladar la orden a los equipos.

Cristina lo miró airada y Raúl enarcó una ceja retándola a seguir con la discusión. De hecho, era algo que estaba deseando. Pero ella no le concedió el deseo. En lugar de eso, esbozó su sonrisa más falsa y comenzó a ojear el guion.

—Neus, por favor, pídele a alguien que me traiga un café y algún bollo del *catering* —solicitó Raúl fijando la vista en el set. Si ella quería ignorarlo, por él, estupendo.

—No te molestes, Neus —intervino Cristina cogiendo una mochila que había junto al carro de sonido.

La abrió y sacó de ella un termo, varios vasos de plástico y un paquete que contenía una docena de las deliciosas rosquillas de anís que tanto le gustaban al director.

—Pensé que te habías olvidado de mi desayuno —murmuró Raúl.

Cristina le sonrió fulminándolo con la mirada, y luego, sin soltar palabra, agarró la claqueta y comenzó a apuntar la información de la toma en ella.

### ***Sábado, 24 de junio de 2017, Campoviejo***

—Hay que reconocer que, cuando metes la pata, lo haces a conciencia —se burló Jota colocándose junto a él en la cola del bufet para hacerse con la cena.

—Olvídate de mí —gruñó Raúl frotándose la frente con los dedos.

El latido pulsante que había comenzado a sentir esa mañana tras el incidente con el montador se había convertido en un dolor de cabeza en toda regla tras el viaje en coche desde El Ventano hasta allí.

Y lo peor de todo era que ella seguía sin hablarle. Aunque en realidad sí le hablaba. Contestaba a sus preguntas sobre el guion, el crono y la continuidad de la escena. Pero nada más. No reía sus bromas, no daba ninguna opinión ni entraba en ninguna conversación en la que él participara y, lo que más le molestaba de todo, no le dirigía la mirada. Bueno, eso no era verdad. Lo que más le molestaba, cabreaba y sulfuraba era la vivaracha sonrisa que había curvado sus labios durante toda la mañana. Una sonrisa tan falsa como un billete de quinientos del Monopoly.

—Te veo mañana —le dijo a Jota a la vez que cogía un batido del mostrador, decidido a saltarse la cena, tomarse un analgésico y dormir el tiempo que le quedaba hasta tener que volver al set.

\* \* \*

Raúl se despertó sobresaltado al oír una voz ansiosa llamándolo. Abrió los ojos y miró desubicado a su alrededor, el corazón latiéndole a mil por hora. Jota estaba inclinado sobre él, en sus ojos una mirada grave y preocupada, como si hubiera sucedido algo muy gordo.

—¿Qué ocurre? —masculló con voz pastosa sentándose en la cama, donde se había tumbado para echar una cabezada.

—Cristina ha vuelto a salir en la tele...

Eso lo despertó del todo.

—¿Dónde?

—En el programa de siempre —resopló Jota desdeñoso—. Estábamos en la carpa de *catering* cuando han emitido un avance. Creo que esta vez han ido demasiado lejos.

Raúl se calzó con rapidez y salió al salón de la autocaravana, donde se encontró a Neus, María, Fabián y Cristina sentados con la mirada fija en el televisor. Los saludó con un gesto y se sentó en el sillón, junto a la *script*.

—¿Qué han dicho? —inquirió observando los anuncios que salían en la pantalla.

—Ha vuelto a salir el hombre que amenazó a Cristina —le contestó Neus al ver que la *script* no abría la boca—. Según parece, tiene información relevante sobre su caso..., imagino que ahora la desvelará —dijo desdeñosa.

Raúl asintió mientras observaba a su amante. Sonreía como si la vida le fuera en ello mientras su mirada llena de rabia estaba fija en la tele. Bajó la vista a sus manos, las tenía escondidas bajo la mesa y, tal y como intuía, la derecha frotaba el antebrazo izquierdo en una caricia obsesiva.

Deslizó sus dedos sobre los de Cristina, envolviéndolos para contener el abrasivo roce. Ella se detuvo, todo su cuerpo en inmovilizada tensión mientras su cabeza seguía fija en el mismo ángulo.

—¿No vas a hablarme ni a mirarme en todo el día? —le susurró él al oído.

Ella giró la cabeza despacio y sus labios se curvaron un poco más, en una sonrisa que parecía a punto de romperse.

—Claro que voy a hablarte. ¿Cómo no voy a hacerlo? Eres mi jefe —dijo alegre antes de volver a fijar la mirada en el televisor.

Raúl estaba a punto de replicar cuando sonó la conocida sintonía de comienzo del programa. Un instante después apareció la presentadora anunciando que habían conseguido nuevos datos con respecto al caso que había saltado hacía dos meses del vengador animal que acompañaba a la exitosa serie *Besos robados*, aunque, como ya anticiparon en su día, las evidencias apuntaban a que el vengador podía ser vengadora. Ahora tenían nuevas pruebas que lo corroboraban.

Acto seguido emitieron un vídeo en el que el hombre que había amenazado a Cristina repetía que había sido despedido de forma injusta y que esa misma noche alguien le había pinchado las ruedas del coche.

—Y sé quién fue. La misma mujer que consiguió que me despidieran. La niña bonita que está liada con el director —afirmó furioso—. Y, como tengo el coche a terceros, el seguro no me ha cubierto nada. ¿Quién me va a pagar los daños? Porque en la productora se niegan a atenderme, y ya estoy harto de tantas injusticias.

»¡Claro que estoy seguro de que fue ella! —dijo tras un segundo, en otra posición y todavía más furioso, como si le hubieran preguntado acicateándolo antes de volver a grabar—. La vi agachada junto a mi coche con una navaja



en la mano, pinchándome las ruedas. Tenía la misma altura, era igual de delgada y se había disfrazado de... punki —dijo nervioso al no encontrar la palabra para describirla—. Iba con unos pantalones negros con rotos en las rodillas y los muslos y llevaba una enorme sudadera negra con una capucha que le tapaba el pelo, aunque algunos mechones se le escapaban cubriéndole la cara. También llevaba botas militares. Tenía una pinta rara, pero era ella —afirmó rotundo.

Raúl miró a Cristina sobresaltado. Reconocía la ropa que ese energúmeno describía. Era de ella. Igual que las botas militares. La sudadera se la había puesto varios días de frío, pero los pantalones y las botas solo se las había visto una vez. La noche que regresó tarde de la fiesta y se la encontró en la carpa de *catering*, vestida de negro de la cabeza a los pies.

—Joder, esto sí que es bueno —exclamó Jota de repente.

Su impropio sacó a Raúl de sus pensamientos, devolviéndolo a la realidad. Más exactamente, a la pantalla del televisor y al hombre que hablaba en ella. Por lo visto, había descubierto que el suyo no era un caso aislado. Había habido más incidentes en los pueblos por los que pasaba la serie. Y él, en su búsqueda de justicia, se había desplazado a esos lugares para hablar con los afectados, quienes le habían descrito a la asaltante como la misma mujer que lo había atacado a él. Estaba seguro de que era una loca psicópata más peligrosa de lo que parecía. Contó que había atacado a niños y mujeres, aterrorizándolos como castigo por haber molestado a algunos animales, y que si la policía no había ido todavía tras ella era porque era la amante del director, y él, como era famoso y tenía poder, tapaba todas sus tropelías.

En ese momento se cortó el vídeo y la presentadora comentó a cámara que estaban investigando todo lo que había dicho el hombre para conseguir pruebas que les permitieran discernir si era verdad o mentira. Acto seguido, los colaboradores se enzarzaron en un alterado debate sobre si la chica era una psicópata, una trepa que había dado el braguetazo del verano o una inocente que nada tenía que ver con toda esa historia.

—Apaga la tele —le pidió Raúl a Neus—. No me interesa nada de lo que esos pseudoperiodistas puedan decir. María, contacta con los abogados de la productora ahora mismo, vamos a demandar a ese hijo de puta —afirmó furioso—. No voy a permitir que hable de Cristina y se vaya de rositas.

—No —jadeó esta última.

—¿No? —Raúl la miró como si se hubiera vuelto loca.

—No voy a demandarlo.

—Te ha insultado, te ha injuriado y ha dicho que estás atacando a la gente, ¿y no quieres demandarlo?

—No —repitió ella con una tranquilidad que no sentía—. Esto es solo... relleno —apuntó sonriente evitando mirarlo a los ojos. Él tenía un extraño don para leer en ellos—. Estamos en verano, los famosos se van de vacaciones y no tendrán noticias que dar hasta que empiecen con los posados, por eso sacan esto. Pero enseguida se darán cuenta de que no vende y se olvidarán de todo.

—Claro que vende —masculló Raúl levantándose para pasear arriba y abajo—. Ahora no es como hace dos meses, cuando la serie ni siquiera se había estrenado y no sabían si iba a tener éxito. Ahora todo lo que tenga que ver con *Besos robados* es noticia, más aún si un energúmeno va diciendo que estás loca. Tienes que demandarlo. El miedo a que le cueste más dinero del que va a sacar calumniándote es lo único que lo va a silenciar.

—No voy a ir a la policía para denunciar una tontería así —resopló ella con gesto risueño.

—No irías tú, sino los abogados de la productora —intervino Neus—. No puedes permitirle ir de plató en plató diciendo mentiras sobre ti.

—Por mí puede hacer lo que quiera —replicó ella con una optimista sonrisa, la mirada fija en sus manos, ordenándoles que se mantuvieran sobre la mesa. Que no volaran a sus antebrazos.

Raúl, sin saber bien cómo, fue consciente de ese deseo y del esfuerzo que estaba haciendo por contenerse.

—Dejadnos solos, por favor —despidió a los allí reunidos.

Estos no dudaron un instante en salir.

Esperó hasta que se marchó el último, fue a la puerta y la cerró con llave.

—¿Por qué no quieres denunciar? —exigió saber con voz grave.

—Porque me parece absurdo, solo es un pobre hombre que quiere ganar un poco de dinero, déjalo. Pronto se cansarán de escucharlo —dijo restándole importancia a la vez que ponía el bolso sobre la mesa y sacaba un paquete envuelto en papel de plata—. Hemos llegado tan justos de El Ventano que no me ha dado tiempo a coger nada del bufet para llenar la nevera, pero te he hecho un sándwich. Seguro que tienes hambre, Jota me ha dicho que solo has tomado un batido —comentó conciliadora.

Raúl parpadeó atónito. Llevaba todo el día sin hablarle, ¿a qué venía eso ahora? La respuesta acudió a su mente con la rapidez de un rayo. Porque quería cambiar de tema de conversación. Pero no se lo iba a permitir.

—Ha dicho que estás loca —señaló colocándose frente a ella para obligarla a mirarlo.

Cristina se levantó del sillón para ir a la ventana y para mirar al exterior.

—Y tiene razón, estoy como una regadera. Eso no es ningún secreto —replicó jovial, los ojos fijos en la caravana de enfrente.

—También ha dicho que eres mi zorra —masculló él deteniéndose a su espalda, las manos apoyadas en la encimera, cercándola contra su cuerpo.

—Eso sí que resulta un poco molesto, pero tampoco creo que sea para ponerle una demanda —comentó encogiéndose de hombros antes de agacharse y escapar por debajo de sus brazos—. Es decir, no es como si hubiera matado o robado o estafado. Solo dice lo que todo el mundo comenta.

—¿Que eres mi puta? —Raúl siguió acorralándola contra la encimera.

—No: que me acuesto contigo. Y no es que sea mentira —replicó burlona, sus manos cerradas en puños mientras se esforzaba en no clavarse las uñas en los antebrazos—. No se puede demandar a nadie por decir la verdad... ¿Te lo imaginas? —Soltó una risa burbujeante, preludio de la histérica carcajada que pugnaba por escapar de su garganta.

La contuvo como pudo, porque sabía que si la dejaba salir perdería el control. Y ese era un lujo que en ese momento no podía permitirse.

—¿De qué tienes miedo? —susurró él envolviéndole la cara con las manos para obligarla a mirarlo a los ojos.

—De muchas cosas: de las risas de los niños malos, de los gritos en el silencio de la noche, de los fantasmas en los pasillos, de la sangre en el agua...

Raúl soltó un ronco improperio al oír su respuesta. A eso se le llamaba salirse por la tangente.

—¿Por qué no quieres denunciar? —le preguntó de nuevo.

—Porque también me dan miedo los juzgados, los jueces y la policía —replicó esbozando una burlona sonrisa mientras sus ojos brillaban con furia contenida—. No suelen creerme cuando les digo la verdad y acaban mandándome al calabozo por puta o a al manicomio por loca.

—¡Por el amor de Dios! —estalló él harto de sus mentiras—. Van a enfangar tu nombre, se van a pasar todo el mes, puede incluso que todo el verano hablando de ti, de con quién te acuestas, de lo que haces y dejas de hacer. Te van a perseguir, te van a fotografiar en todos los momentos del día, incluso cuando estés en el váter. Te van a convertir en el espectáculo del verano... Y ¿no te importa? ¡Reacciona, joder!

—¿Qué quieres que haga? —exclamó ella con la respiración agitada, su escaso control pendiendo de un hilo.

—¡Quiero que te enfurezcas!

—No quieres verme furiosa, te lo aseguro —replicó ella con una calma glacial que lo dejó helado y que tan rápido como había aparecido se transformó en una ladina sonrisa—. Además, no me gusta nada estar furiosa, solo da dolor de cabeza y ardor de estómago —dijo sacando el móvil del bolsillo cuando este comenzó a sonar—. Las ocho y veinticinco, dentro de cinco minutos tenemos que estar en set —dijo dando media vuelta para dirigirse a la puerta.

—Cristina —la llamó—. Dime que no fuiste tú quien le pinchó las ruedas a ese idiota —exigió sin saber bien por qué, excepto que necesitaba oírsele decir—. Dime que si no quieres demandar no es por miedo a la policía.

Ella se volvió despacio hasta que sus miradas quedaron enfrentadas.

—No le pinché las ruedas a ese idiota —dijo antes de abrir la puerta y salir de la caravana.

Raúl se quedó inmóvil, pensando en sus palabras. O, mejor dicho, pensando en las palabras que no había pronunciado. ¿Le daba miedo la policía? ¿Por qué?

*Lunes, 26 de junio de 2017, Campoviejo*

«Por muy simpática que nos caiga, sus crímenes no pueden quedar impunes», afirmaba un hombre desde la pantalla del televisor. A lo que otro le contestaba que vengar a los animales maltratados no era un crimen, sino justicia. Al primero se le unió una mujer que no tardó en decir que la Vengadora Animal era una desequilibrada a la que había que atrapar antes de que hiciera algo grave, lo que fue rebatido por otro hombre que incluso llegó a proponer darle una medalla por sus actos. La presentadora intervino para poner paz, aunque en realidad acicateó más los ánimos. En ese momento, el colaborador que lo había iniciado todo apuntó con voz ladina que sabía de buena tinta que la chica estaba bajo la protección personal del afamado director Raúl Garrido, y que estaba esperando pruebas que demostrarían que la relación que unía a ambos tal vez fuera más allá del tema profesional.

Harto de escucharlos, Raúl detuvo la grabación que María había hecho esa tarde del programa y apagó el televisor.

—Tienes que pararlo —le exigió a Rita Campos con voz acerada.

—Va a ser muy complicado, porque esta vez tienen pruebas para argumentar sus teorías —replicó Rita con una mueca de fastidio.

—¿Pruebas de qué? Aún no han dicho qué animales ha vengado, ni cómo lo ha hecho ni por qué. Solo que es una vengadora animal, nada más. Sin más datos. ¡No sé cómo la gente se lo puede tragar! —exclamó frustrado.

—Porque lo están contando muy bien y muy a menudo, y si repites mucho una cosa, la haces real —apuntó Rita cáustica—. Lo que sí es seguro es que antes de que acabe la semana comenzarán a decir exactamente cómo fueron sus venganzas y a qué se debieron.

—¿Por fin se las han inventado?

—Por lo visto, ocurrieron de verdad.

—Eso es imposible.

—No es lo que asegura la becaria que tienen explotada en el programa. — Raúl la miró confundido—. La he comprado. Le pagan tan poco a la pobre que no ha sido difícil ganarla para nuestra causa, con un poco de unte, claro —le explicó ella artera—. Por ahora solo sabe que hay pruebas de lo que cuenta el hombre que atacó a Cristina. Están esperando conseguirlas para poder sacarlas en antena. En cuanto averigüe algo más, me pondré en contacto contigo. —Se levantó del sillón—. No te preocupes tanto, Garrido, el público está a favor de Cristina. A nadie le gustan los maltratadores, y que una muchacha con mirada angelical se dedique a hacer justicia ha caído muy bien entre la gente —dijo antes de salir del camión de oficinas.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó Jota a Raúl entrando al instante siguiente.

—Ni siquiera va a intentar pararlo. La publicidad que Cristina está generando ha disparado los índices de la audiencia en *streaming* de la serie, y esperan que también aumenten los visionados en directo de este miércoles.

—¿Crees que Miguel y Rita han tenido algo que ver con el repunte del tema? —inquirió Jota, no era raro que se levantaran rumores para conseguir publicidad.

Raúl se mantuvo pensativo unos segundos antes de negar lentamente con la cabeza.

—No lo han impulsado desde la productora, pero tampoco van a hacer nada por detenerlo —reiteró furioso.

—¿Cristina sigue negándose a demandar?

—No quiere ni oír hablar de ello —masculló irritado antes de salir del camión de oficinas y echar a andar sin ningún destino en mente.

Eso era lo peor de todo, su obcecación por no demandar y su empeño en aparentar que no pasaba nada cuando todo iba de mal en peor. Conforme se acercaba la fecha tope de entrega de la serie, el rodaje se volvía más frenético, más caótico, y ellos, en lugar de estar unidos para hacer frente a todo, estaban cada vez más distanciados, sus posiciones más enfrentadas. Ya apenas hablaban si no era por trabajo. Y que el set estuviera a todas horas rodeado de curiosos con los móviles preparados para sacarles fotos solo conseguía empeorarlo más aún. Se pasaba el día cabreado y sumido en un estado de frustración que no lo hacía ser lo que se dice una persona agradable, mientras que ella no paraba de sonreír como si le fuera la vida en ello, a pesar de que sus ojos solo mostraban rabia y sufrimiento.

¡Pero no conseguía que le contara lo que le pasaba! ¡De sus labios solo salían cuentos imposibles e historias sin pies ni cabeza! Mentiras, mentiras y

más mentiras.

Y eso era tan frustrante que a veces le daban ganas de golpear a alguien, a ser posible al imbécil que iba de plató en plató contando su historia adulterada. También a los colaboradores del programa. Y al director de contenidos. Y a la productora, por no molestarse en pararlo. Pero sobre todo a sí mismo, por no ser capaz de dar su brazo a torcer, relajarse e intentar mantener una conversación agradable con su *script*.

### ***Miércoles, 28 de junio de 2017, Campoviejo***

—¿Crono del ensayo? —le preguntó Raúl a Cristina.

—Tres minutos diecisiete segundos —respondió ella con la vista fija en sus apuntes.

—¿Coincide con la lectura del guion?

—Hay una diferencia de once segundos.

—Me vale —afirmó él tras pensarlo un segundo—. Dalo por válido —dijo antes de girarse hacia Neus—. ¿Cuánto tardará maquillaje en retocar a los actores?

—Quince minutos.

—Dentro de veinte grabamos la secuencia —le dijo Raúl levantándose al ver que Rita Campos entraba en el set y comenzaba a revolotear de un lado a otro buscando rumores, o, mejor dicho, información que convertir en rumores.

Se encaminó hacia el lugar en el que la publicista interrogaba a uno de los técnicos.

—Tienes veinte minutos para comer, aprovéchalos —despidió Raúl al hombre al llegar a su lado.

—Qué cara de malas pulgas traes —le dijo Rita con sorna mientras observaba el frenético ir y venir del equipo—. ¿Tienes tiempo de hablar conmigo o te busco más tarde?

—Prefiero zanzarlo ahora para que así puedas marcharte a ocuparte de otros asuntos.

—Desde luego, no se puede decir que no seas elegante echando a la gente —comentó ella burlona—. Parece que despiertas mucha atención —dijo al salir del set y ver que una multitud de niños, y algunos adultos, los seguían.

—Sí, es de lo más divertido —ironizó.

—Raúl, ¿nos puede confirmar si hay alguna relación personal entre usted y la Vengadora Animal? ¿Son ciertos los rumores? —dijo uno de los adultos poniéndole una grabadora en la cara.

Raúl lo apartó de un manotazo y continuó andando a la vez que sacaba un cigarro y se lo llevaba a los labios. El reportero continuó a su lado, lanzándole una pregunta tras otra, aun sabiendo que no iba a hablar. En realidad, no importaba que contestara o no. Lo único importante era tener un vídeo del director de la serie de moda con su gesto tallado en piedra y su mirada iracunda fulminándolos a todos mientras el reportero le preguntaba por los rumores.

Con Cristina era todavía peor, porque ella sonreía a cámara antes de bajar la mirada con timidez. Con ese sencillo gesto conquistaba a la cámara, por lo que los reporteros no dudaban en llamarla sin cesar para atrapar sus rasgos de hada en fotos y vídeos. Habían llegado a un punto en el que ella prefería quedarse oculta en el set antes que salir, y cuando lo hacía caminaba con la mirada fija en el suelo mientras se abrazaba, los dedos hincándose en la pálida piel de sus brazos.

Y él no podía hacer nada por protegerla, porque no había nada que vendiera más que una imagen del hosco director liándose a mamporros con la prensa.

La persecución a la que los sometían se había convertido en un verdadero suplicio.

Aceleró el paso, frustrado por la insistencia del tipo, y menos de dos minutos después llegaron al camión de oficinas.

—¿Ahora fumas? —le preguntó Rita intrigada por el cigarro sin encender que apretaba entre los labios. Entre los muchos vicios de Raúl Garrido jamás se había contado el tabaco.

—No; de hecho, me da bastante asco —masculló guardando el cigarro en la cajetilla.

—Entonces ¿por qué lo llevas en la boca? —inquirió, y se quedó sorprendida al ver la sonrisa que el huraño director esbozaba.

—Ha sido idea de Cristina —comentó divertido—. Está prohibido mostrar tabaco en televisión, así que pensó que sería una buena venganza estar en la calle con un cigarro en la boca.

—Por eso sales siempre con la boca pixelada.

Raúl asintió, sus labios curvados en una amplia sonrisa que permitía ver sus dientes desparejos.



—No impide que me saquen, pero les fastidio bastante las imágenes — comentó ufano.

—Es una chica ocurrente tu *script*. ¿Suele hacer travesuras a menudo? ¿Jugarretas a quienes le caen mal? —le preguntó Rita con toda la intención.

—No se puede decir que llevar un cigarro en la boca sea una travesura — replicó Raúl recelando de la pregunta—. No tengo tiempo para perder, dime, ¿qué ha averiguado la becaria? Porque imagino que ese debe de ser el motivo de tu visita. ¿O has venido a ver si consigues más rumores con los que molestarme?

—Ya veo que sigues igual que siempre, directo al grano cuando la conversación fluye por senderos que no te gustan —señaló Rita—. Está bien, dejémonos de preliminares. Ha conseguido una copia del dossier que han reunido sobre el caso —dejó una carpeta sobre la mesa— y es mucho más serio de lo que pensábamos. Hay denuncias reales de personas que han sido atacadas.

—¿Atacadas cómo? —requirió Raúl al punto—. ¿Más ruedas pinchadas?

—No exactamente. Las venganzas, por llamarlas de alguna manera, tienen bastante que ver con las ofensas hechas a los animales.

Raúl la miró como si se hubiera vuelto loca.

—¿De qué animales estamos hablando?

—De aquellos que son vengados por la cada vez más famosa Vengadora Animal —apuntó mordaz a la vez que abría el dossier y le señalaba el primer caso que había en él—. Hay un grupo de niños intoxicados al beber de sus cantimploras. Por lo visto, las dejaron en un banco mientras jugaban y, cuando fueron a beber, notaron un sabor raro al que no prestaron mucha atención hasta que comenzó a dolerles la tripa; de ahí pasaron a los vómitos y las diarreas, y después al hospital, donde tuvieron que hacerles un lavado de estómago. Por lo visto, alguien había vertido veneno en las cantimploras. No fue nada grave, pero el susto se lo llevaron, aparte de estar con cagalera durante una semana.

—Y ¿eso es una venganza? —resopló Raúl con sorna—. ¿No será más bien que las cantimploras estaban sucias y tenían alguna bacteria que les hizo daño?

—Las pruebas toxicológicas que hicieron dieron positivo para un veneno, en el dossier pone cuál —señaló ella—. Además..., esos mismos niños habían echado lejía en el agua que una mujer dejaba cada mañana para que los gatos bebieran.

—¿Qué mujer? —inquirió Raúl palideciendo al pensar en Cristina y en lo mucho que le gustaban los gatos, a los que también les ponía agua y comida cada día.

—Una anciana.

—Y ¿qué tiene que ver Cristina con eso? —reclamó más tranquilo.

—Cristina, nada. Pero el ataque tuvo lugar cuando el campamento estuvo en ese pueblo.

—¿Y qué? ¿En serio crees que la Vengadora, tal vez por obra y gracia del Espíritu Santo, averiguó que unos niños habían echado lejía en el agua de los gatos y se vengó envenenándolos? No tiene ni pies ni cabeza.

—Así contado, no, pero ¿y si te digo que la anciana se lo contó a una mujer amante de los gatos con la que había trabado amistad esos días y que trabajaba en la serie? Una mujer que se corresponde físicamente con la descripción de Cristina y a la que los niños vieron en el banco en el que dejaron las mochilas la tarde que fueron envenenados.

—Diría que eso es un cúmulo de casualidades que no significan nada —masculló Raúl.

—Pues hay cinco cúmulos de casualidades a los que deberías echar un ojo —replicó Rita dándole el dossier—. Léetelo y mañana hablamos de nuevo. Y... déjame darte un consejo —le dijo con voz sosegada—. No te cierres en banda a esto, no te servirá de nada. Da igual lo mucho que te cabrees o patalees, porque, aunque desde la productora intentáramos detenerlo, el tema es imparable. El público adora a Cristina. Están enamorados de ella, de su mirada angelical y sus rasgos dulces, de sus sonrisas tímidas y sus miradas bajas. Y les entusiasma pensar que esa joven tan apacible pueda ser la vengadora de esos pobres animales. Es un filón para el programa y van a explotarlo todo lo que puedan —señaló antes de marcharse.

\* \* \*

Raúl despidió a su equipo, cerró con llave la puerta de la autocaravana y se volvió hacia la mesa. Cristina estaba allí, ordenando los diarios de rodaje que habían examinado durante la reunión.

—¿Qué te apetece cenar? —le preguntó dirigiéndose a la nevera.

Ella no levantó la cabeza de los papeles.

—No tengo hambre.

—Tampoco la tenías esta mañana —señaló. Si ya antes comía tarde, mal y nunca, ahora ya apenas se alimentaba. De hecho, desde que la prensa había metido las narices en el rodaje provocando la discusión que los mantenía

distanciados, estaba cada vez más delgada—. Tienes que comer algo o vas a enfermar —le recriminó preocupado.

Y fue la inquietud que percibió en su voz lo que le hizo levantar la cabeza y mirarlo intrigada. Una lenta sonrisa asomó a sus labios al ver que parecía preocupado. Era extrañamente emocionante saberse el motivo de preocupación de alguien.

—Llevo todo el día con el estómago un poco revuelto —señaló frotándose la tripa.

—Te vendrá bien un poco de pavo y un yogur. —Sacó ambos alimentos y los puso en la mesa frente a ella.

—La verdad es que estoy más cansada que hambrienta. —Miró remisa la cena.

—Concédeme el capricho, por favor —musitó él fijando su penetrante mirada en ella.

Cristina curvó los labios conmovida por su súplica y, sin pensarlo dos veces, cogió una loncha de pavo y se la llevó a la boca.

Raúl asintió complacido y, tras calentarse un envase de arroz, se sentó a su lado.

Cenaron en silencio sin atreverse a decir nada que pudiera romper la frágil tregua a la que parecían haber llegado, hasta que la comida se acabó y se quedaron sin excusas para continuar allí sentados, juntos.

—Voy a leer un rato, la nueva novela me tiene atrapada —comentó Cristina sacando el *e-reader* del bolso. Pero, para sorpresa de Raúl, no se fue a la cama dejándolo solo como había hecho las últimas noches, sino que se quedó y comenzó a leer.

Él esbozó una esperanzada sonrisa. Parecía que su relación volvía poco a poco a su ser. Cogió el dossier que había guardado en un cajón y lo puso sobre la mesa junto con varios lápices y marcadores para tomar notas mientras lo leía.

—¿Qué es eso? —Cristina lo miró intrigada.

—El dossier sobre la supuesta Vengadora Animal —le explicó a la vez que la observaba con atención, intentando leer en su rostro cualquier reacción que tuviera.

—No sabía que existía uno —murmuró sorprendida.

—Me lo ha dado Rita esta tarde.

—No has comentado nada en la reunión.

—Quiero saber lo que pone antes de hablar sobre ello.

Aunque eso no era del todo cierto. Lo que en realidad quería era leerlo antes que nadie y comentarlo con ella para ver cómo reaccionaba ante las supuestas venganzas. No conseguía quitarse de la cabeza la descripción que había hecho el energúmeno sobre la Vengadora: las botas militares, los pantalones rotos, la sudadera negra con capucha... Seguro que había millones de mujeres que vestían así, y que eran morenas de piel clara y rasgos dulces. Pero él, en ese campamento, solo conocía a una. Y Rita había dicho que, según la vieja, la vengadora de los gatos trabajaba en la serie.

Sacó los folios de la carpeta y comenzó a leer. Se saltó la parte de los gatos y la de las ruedas pinchadas y fue directo a la siguiente venganza.

No pudo evitar reírse al leerla.

—¿Qué te resulta tan gracioso? —inquirió Cristina.

—Los castigos que impone la Vengadora a los que atormentan a los animales. ¿Te acuerdas de Collado de los Infantes?

Ella asintió con un gesto.

—Por lo visto, allí vive un adolescente mafiosillo que se dedicaba a cortarles el rabo a las lagartijas para metérselo a las chicas en el sujetador —comentó con humor. Él había hecho eso cuando tenía quince años como el chaval. A esa edad era divertido ver a las niñas dar saltos intentando sacarse el rabo de las tetas—. Pues una noche conoció a una mujer que, supuestamente, quedó prendada de él. Lo invitó a unas cervezas y luego lo convenció de montarse en su coche para ir a un lugar tranquilo en mitad del monte donde echar un polvo. Una vez allí, lo persuadió de que lo dejara atarlo a un árbol para hacerle una mamada en plan salvaje. Pero lo que hizo fue untarle la ingle de cera depilatoria... y depilarlo a las bravas —dijo estallando en una carcajada—. No creo que el chavalín lo olvide nunca.

—Se lo tenía merecido —afirmó Cristina con rotundidad.

Raúl la miró con curiosidad. ¿A qué venía ese tono tan categórico?

—Eso no lo pongo en duda, pero también me da pena el muchacho.

—A mí no —señaló ella con voz hostil.

Raúl estrechó los ojos, sorprendido por su acritud. Y ella debió de darse cuenta, porque se apresuró a suavizar su gesto y esbozar una cariñosa sonrisa.

—Me refiero a que, bueno, como niña que fui, empatizo con las pobres crías a las que metió las colas en el escote —dijo con tono ligero, aunque su mirada áspera hablaba de rabia contenida—. ¿Sabes lo desagradable que es sentir el rabo de una lagartija contra los pechos? —Fingió un escalofrío a la vez que intentaba sonreír burlona, pero tenía los dientes demasiado apretados como para que ese gesto pareciera una sonrisa.

—Son bromas de adolescentes.

—Bromas crueles —insistió ella sin poder contenerse.

Raúl asintió, razón no le faltaba. Mantuvo la mirada en ella, esperando que dijera algo más, pero Cristina optó por olvidarse del tema y retomar la lectura.

Unos segundos después, él hizo lo mismo.

Cristina respiró aliviada al ver que aceptaba dejar el tema de lado. Estaba agotada, frustrada y estresada, al borde la extenuación. Abrumada por el ritmo diabólico del rodaje y la indeseada atención que la prensa estaba despertando sobre ella, y agobiada por la insistencia de él en que pusiera una demanda, ¡como si eso no fuera a ponerla en el punto de mira de otras personas, vestidas de uniforme y con porras, mucho más peligrosas! ¡No pensaba acudir a la policía ni loca! Cuanto más lejos estuvieran de ella, mejor. Pero él insistía una y otra vez.

En esas condiciones era complicado mantener las emociones bajo control. Más aún cuando ni siquiera en la autocaravana encontraba la paz que tanto necesitaba. Ya no podía relajarse estando a su lado. Estaban demasiado tensos y distanciados como para bajar la guardia y arriesgarse a que el inestable polvorín que era su mente explotara con él de testigo.

Y eso era algo que sucedería más pronto que tarde porque se encontraba en el borde del precipicio. Y cada vez se sentía más tentada de saltar y perder el control. ¿Tan malo sería? Oh, sí. Sería peor. Porque cuando no mantenía el control sucedían cosas horribles.

Obligó a su dispersa mente a centrarse en el libro que estaba leyendo. Por supuesto, no lo consiguió. Estaba a punto de abandonar e irse a la cama cuando a Raúl se le escapó una risotada. Lo miró intrigada. ¿Qué podía encontrar tan gracioso en el dossier que leía? Se suponía que eran casos de maltrato animal y sus respectivas venganzas. ¿Qué podía tener eso de divertido?

—No cabe duda de que esta vengadora tiene mucho ingenio y aún más imaginación —señaló él al ver su gesto malhumorado.

¿Por qué se mostraba tan huraña? ¿Qué había en ese dossier que la alteraba tanto? ¿Estaría relacionado con su rechazo a denunciar?

Le enseñó una imagen grapada a las fichas. En ella se veía a una pandilla de críos con la cara roja, pero no quemada o sonrosada, sino pintada de un rojo furioso con rayas negras cruzadas sobre las mejillas que los hacían parecer demonios recién salidos del infierno.

—¿Qué les ha pasado?

—Pintaron los caparazones de algunas tortugas de rojo y las pusieron panza arriba. A cambio, la Vengadora les pintó la cara con pintura indeleble. Pobrecillos —le explicó divertido.

—¿Pobrecillos, por qué? Las tortugas podrían haber muerto —dijo Cristina beligerante intentando contener la furia que le provocaba su hilaridad.

—¿Por llevar pintado el caparazón? —replicó él con evidente incredulidad.

—No, por estar panza arriba. En esa posición, los órganos les presionan los pulmones y mueren asfixiadas en pocas horas. Es una muerte cruel y agónica —dijo con voz afilada.

—No lo había pensado.

—No, claro que no. Nadie lo piensa nunca, al fin y al cabo, solo son cosas de niños, ¿no? —dijo con voz gélida, incapaz de contenerse—. Chiquilladas a las que nadie da importancia, pero que sí la tienen —murmuró agarrándose los brazos con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos—. Todo el mundo disculpa las travesuras, sobre todo si son *divertidas* —dijo con desdén — y si quienes las sufren son como esas tortugas y no pueden hablar —«o no se atreven a quejarse»—, porque si nadie dice nada es como si no sucedieran. Como si no dolieran.

Raúl la miró perplejo por su alegato, pero más aún por su postura. Parecía como si quisiera encerrarse dentro de sus brazos.

—Entiendo lo que dices, pero no creo que esos críos fueran conscientes de que las tortugas podían morir asfixiadas —repuso con voz calmada—. Solo son niños.

—Y ¿los niños no son crueles? —exigió Cristina con voz ronca, conteniéndose para no aullar su rabia.

—Pueden llegar a serlo —admitió él observándola preocupado. Había algo en el tono de su voz y en su mirada colérica que hablaba de un antiguo sufrimiento.

—¿Se metían contigo cuando eras niña? —inquirió con voz suave a la vez que le acariciaba la mejilla con el dorso de la mano.

Ella lo miró con resentida furia antes de esbozar una feroz sonrisa, fiel reflejo de la ira que dilataba sus pupilas y volvía turbulenta su mirada. Liberó sus brazos y extendió la mano sobre la mesa, sus uñas rozando la madera como si fueran garras.

—¿Con qué niño no se han metido nunca? —preguntó irónica mientras desplazaba los dedos por la suave superficie como si fuera una araña de cinco

patas a punto de atacar—. Pero aprendí a defenderme y les di una lección. —Atrapó un bolígrafo, envolviéndolo enfurecida en su puño, pero logró detenerse antes de clavarlo en el dossier. Inhaló despacio mientras lo dejaba de nuevo en la mesa. Luego esbozó una estudiada sonrisa pícaro—. ¿No lo recuerdas? Te lo conté. Un niño pisó unas hormigas, yo me enfadé y le aticé con una piedra —dijo soltando una fingida risita con la que esperaba recuperar por completo su disfraz de persona normal.

Raúl bufó enfadado al ver que ella volvía a recurrir a sus cuentos para salirse por la tangente. Desde luego, había hecho una interpretación magistral aparentando ser una loca enfurecida antes de volver a ser ella misma, con su mirada angelical y sus sonrisas fingidas. Arrugó el ceño. Odiaba con toda su alma esas sonrisas falsas que utilizaba para distanciarse del mundo. De él.

—Lo recuerdo —masculló resentido. ¿Quería contarle otro cuento más? Perfecto, él mismo la ayudaría a crearlo—. Te tomaron por loca y acabaste en el manicomio con una chica que estaba aún peor que tú y que te enseñó a arañarte los brazos para estar tranquila.

—Exacto —afirmó cantarina a la vez que se levantaba, decidida a irse a la cama. Su control pendía de un hilo. Uno muy fino y deshilachado que estaba a punto de romperse.

—Una historia de lo más apasionante. Deberías añadirle algo más e intentar venderlo como guion para una película —comentó sarcástico, haciendo que se ella se quedara inmóvil—. Déjame pensar... Tienes un padrino mafioso, un hermano ausente con, al menos, una docena de carreras que investiga curas misteriosas para el cáncer en lo más recóndito de la selva del Amazonas y una infancia espantosa encerrada en un manicomio con una amiga poco común... Una familia y una vida de lo más peculiar, no cabe duda —dijo mordaz, burlándose de ella—. ¿Qué podríamos añadirle para hacerlo más interesante?

Cristina lo miró desconcertada. ¿Estaba riéndose de ella? ¿Por qué? ¿Qué le había hecho para que se mostrara cruel?

—Vamos, no te quedes callada ahora que se ha puesto tan interesante —la espoleó—. ¿No se te ocurre ningún otro despropósito con el que aderezar tu estrambótica historia?

—Claro que sí —aceptó ella con voz aterciopelada. Volvió a sentarse, el pie izquierdo pisando el asiento y ese brazo apoyado en la rodilla de manera que el antebrazo y la mano se mecían amenazantes en el aire mientras deslizaba la otra mano por la mesa en una espiral hipnótica—. ¿Qué te parece un intento de suicidio? —dijo con un susurro desafiante.

Raúl la miró perplejo. ¿Qué narices estaba haciendo? ¿Por qué se había sentado así, como una... macarra? De repente la imaginó vestida de negro, con los pantalones rotos, las botas militares, la sudadera negra y la capucha cubriéndole la cabeza. También con el collar de perro a modo de gargantilla, con una cuchilla colgando, y los aros en la nariz y la boca, como se había descrito a sí misma cuando era una adolescente a la que supuestamente habían detenido por puta. Y supo qué papel iba a interpretar. El de la cría rebelde que se escapaba de casa.

—No creo que eso sea divertido —masculló enfadado—, pero si te apetece inventarte una historia deprimente, adelante, soy todo oídos —aceptó su reto.

—No es deprimente, sino divertida, mucho —aseveró ella exhalando una risa gutural que pareció pervertirla, transmutándola en alguien totalmente distinto. Su rostro angelical se hizo más duro, más feroz—. A mi tarada amiga del manicomio se le ocurrió que sería alucinante quitarnos la vida, y, joder, era la primera idiota que se atrevía a ser mi amiga, así que pensé que, si iba a perderla, mejor nos íbamos las dos a la vez. Tras mucho meditar, llegamos a la conclusión de que lo más impactante sería cortarnos las venas, ya sabes, por la sangre y todo eso. Nos pusimos manos a la obra, pero había un problema: ninguna de las dos teníamos ni la más remota idea de cómo se hacía. ¡Solo teníamos once años y eso escapaba a nuestro conocimiento! Al fin y al cabo, en el cole no hay una asignatura que enseñe la mejor manera de cortarse las venas. Pero nada iba a detenernos, así que nos metimos en una bañera llena de agua caliente con la cuchilla que habíamos robado y probamos a hacernos cortes en las muñecas. —Soltó una risa lúgubre—. Imagínatelo: las dos en la bañera, la sangre mezclándose con el agua, vestidas con nuestros camisones blancos de locas teñidos de rosa por la sangre, y nosotras sin desangrarnos... ¡Un verdadero desastre! —Estalló en una ronca carcajada—. ¿No es buenísimo?

Raúl la miró asombrado antes de ser capaz de reaccionar.

—No. No lo es en absoluto —gruñó levantándose para caminar de un extremo a otro del reducido espacio sin saber si se sentía furioso o aterrorizado—. ¿Cómo puedes bromear con eso? Es horrible... No te reconozco. —Bajó la voz hasta hacerla casi inaudible—. ¿Qué pasa contigo? ¿Por qué te inventas historias tan abominables?

—Me has pedido una historia y te la he contado —murmuró poniéndose en pie combativa para luego quedarse inmóvil y bajar la cabeza esquivando su mirada para tomar una larga bocanada de aire. Cuando volvió a alzarla, era de



nuevo la Cristina de siempre y lo miraba arrepentida a la vez que esbozaba una compungida sonrisa—. Lo siento, esta vez se me ha ido de las manos. Es el estrés. Entre el trabajo, la prensa y la falta de descanso, ya no sé ni lo que digo. No me lo tengas en cuenta, ¿vale?

Él asintió con un gesto.

—Voy a meterme en la cama, estoy muerta —dijo dando media vuelta para encerrarse en el dormitorio.

Raúl observó furioso la puerta que ella acababa de cerrar. Estaba tentado de echarla abajo para entrar y averiguar por qué le había contado esa macabra historia, pero se obligó a calmarse y dejar pasar el tiempo. Porque, si entraba en el dormitorio y volvía a soltarle otro de sus cuentos imposibles, no sabía cómo reaccionaría.

Agarró el dossier e intentó leerlo, pero las palabras bailaban frente a sus ojos mientras su cabeza volvía una y otra vez a lo que ella había dicho.

¿Cómo podía hablar con tanta seriedad del maltrato infantil para después contarle esa locura de historia cuando le había preguntado directamente?

Se quedó sin respiración al intuir que la respuesta estaba en la pregunta. Le había preguntado directamente, sin ambages. Y ella había hecho lo que hacía siempre que algo la incomodaba: inventar una historia para desviar su atención. Y cuanto más quería apartarlo del tema, más escabrosa era la historia. Por supuesto que había tenido algún problema con algún niño. Tal vez por eso la asustaban la violencia y los gritos y no le gustaban las discusiones.

Se levantó dispuesto a entrar en el dormitorio y sacarle la verdad. Abrió la puerta de un brusco tirón, pero se quedó en el umbral, sin traspasarlo. La luz del salón se colaba en la estancia, permitiéndole verla en la penumbra. Se había tumbado de costado tapándose hasta la nariz con las sábanas, a pesar del calor agobiante que hacía esa noche, como si volviera a ser una niña asustada y quisiera escapar del hombre del saco ocultándose bajo la irrisoria protección de las sábanas.

Parecía tan vulnerable.

Se quedó en la puerta, mirándola arrepentido. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que habían estado juntos de verdad, como estaban antes de que el trabajo se volviera frenético? ¿Cuánto tiempo hacía que no charlaban hasta la madrugada tumbados en la cama después de hacer el amor? ¿Cuánto que no le contaba nada sobre los eventos románticos a los que quería asistir o las novelas que leía? ¿Cuánto desde que no oía los cuentos que se inventaba sobre su hermano? ¿Cuánto desde que no hacían el amor?

Negó pesaroso. Hacía semanas que compartían cama, pero no caricias. Tampoco risas ni besos.

Entró en el dormitorio. Se desnudó y, apartando las sábanas, se metió en la cama. Pasó el brazo por la cintura de ella, la aferró con suavidad y la giró de manera que Cristina quedó medio tendida sobre él. Abrió los ojos sobresaltada y él le dio un breve beso en los labios antes de asirle la mano y llevarla sobre su torso en la postura que adoptaban cada noche cuando todo era perfecto y la distancia no se interponía entre ellos.

Cristina sonrió. Una sonrisa tal que le iluminó la cara y los ojos y pareció calentar el agitado corazón de él. Luego frotó la nariz contra el vello hirsuto del torso para después descansar la cabeza en el hombro masculino y cerrar los ojos, sus dedos jugando con el velludo pecho que tanto la seducía.

Raúl suspiró mientras su cuerpo y su mente se relajaban dejando atrás la tensión de los últimos días. Ladeó la cabeza hasta que sus labios tocaron la sedosa melena de ella e inhaló. Los ojos se le cerraron mientras su esencia lo embriagaba.

No pasó mucho tiempo antes de que estuvieran completamente dormidos.

### ***Jueves, 29 de junio de 2017, Campoviejo***

Raúl se removió inquieto antes de rendirse y abrir los ojos. Miró el reloj: aún faltaba más de media hora para que sonara el despertador. Era una pena que, tan cansado como estaba, no pudiera aprovechar ese tiempo para dormir, pero los miles de pensamientos que surcaban su cabeza en un continuo ir y venir lo estaban volviendo loco. Y había uno recurrente, tan insistente que sabía que hasta que lo satisficiera no lograría concentrarse en otra cosa.

Se levantó con cuidado para no despertar a la mujer que dormía plácida a su lado. La miró, aprendiéndose de nuevo las líneas de su cuerpo y sus rasgos de hada y, antes de caer en la tentación de despertarla y hacerle el amor, salió del dormitorio.

Se echó en un vaso el café que quedaba de la noche anterior, sin importarle que hubiera perdido aroma y sabor y, sin molestarse en calentarlo, se lo llevó a la mesa, donde lo esperaba el dossier que había dejado olvidado antes de meterse en la cama con su *script*. No habían hecho el amor, habría sido demasiado precipitado, pero sentía que la conexión entre ellos volvía a ser fuerte. Sonrió al intuir que la distancia que los había mantenido alejados comenzaba a desaparecer y que pronto todo volvería a ser como antes.

Siempre y cuando la puñetera prensa les diera un poco de cuartelillo y pudieran relajarse, claro.

Cogió el dossier y retomó la lectura, intrigado por saber cuál sería la última travesura de la ingeniosa Vengadora. No pasó mucho rato antes de que su gesto divertido transmutara en espantado. Eso no era una travesura, era un castigo, una cruel penitencia para expiar los pecados de una madre que había hecho sufrir a su hija. Porque esa venganza no era solo por la perrita que casi había muerto deshidratada tras pasar varias horas a pleno sol, sin agua y con esas altísimas temperaturas. Era también por la niña a la que una madre atormentada y perturbada había desgarrado el corazón con sus actos.

La Vengadora la había golpeado en la cabeza cuando salía de casa el viernes poco después del mediodía, haciendo que perdiera el conocimiento. Cuando se había despertado estaba en el campo, desnuda, con los brazos y las piernas separados en aspa y atados a estacas clavadas en el suelo. El cuerpo untado en aceite. A pleno sol. Allí la había dejado durante algunas horas antes de hacer una llamada anónima a la policía y decirles dónde estaba. La mujer tenía el cuerpo quemado por el sol y estaba al borde de la deshidratación cuando fue encontrada. Una vez recuperada, les refirió a los agentes que no había podido ver la cara de su atacante porque se la ocultaba la capucha que le cubría la cabeza, pero creía que era una mujer joven de estatura media, con voz suave, ademanes sosegados y muy delgada que iba vestida de negro y su ropa tenía aspecto descuidado.

Raúl soltó el dossier y dio un trago al café, arrugó la nariz al percibir su amargor, pero continuó bebiendo hasta acabarlo mientras pensaba en la descripción que todas las víctimas daban de la Vengadora. Una mujer joven vestida de negro que ocultaba la cara bajo una capucha por la que se escapaban mechones de pelo moreno. De estatura media y delgada. Y era esa parte de la descripción la que lo había atormentado durante la noche llenando su descanso de pesadillas. No le había dado importancia cuando lo había leído, pero por lo visto su subconsciente había atado cabos. Y no le gustaba en absoluto cómo los había atado. Porque las víctimas describían a la Vengadora más delgada conforme avanzaban las travesuras en el tiempo. Los niños de los gatos y el adolescente de la lagartija la habían descrito esbelta, para los de las tortugas, sin embargo, era muy delgada, y la madre atormentada había dicho que era exageradamente delgada, casi enfermiza, su escuálido cuerpo perdiéndose dentro de la enorme sudadera que vestía a pesar del calor.

Sacudió la cabeza, decidido a no pensar en eso. Lo que para alguien era una esbeltez normal para otro alguien bien podía ser exagerada. Todo dependía del color del cristal con que se mirara.

Estaba a punto de cerrar el dossier cuando la fecha del ataque a la madre le llamó la atención. Había ocurrido el 5 de mayo. El mismo día del estreno del episodio. También el mismo día que Cristina le había pedido libre sin darle explicaciones, aparte del cuento de ir al loquero. Ese día se había marchado al mediodía para regresar poco antes de las diez de la noche. Cerró la carpeta con un fuerte golpe, negándose a seguir leyendo. A seguir dándole vueltas a una sospecha que cada vez le parecía menos estúpida y más real.

Era consciente de que sus pensamientos estaban influenciados por todo lo que había visto esa semana en la tele, pero aun así era difícil sacarse de la cabeza la idea de que ella en realidad sí podía ser la Vengadora.

Esa era la magia de la pequeña pantalla, si las mentiras se repetían suficientes veces acababan convirtiéndose en verdades.

Empujó el dossier sobre la mesa, alejándolo de él. O tal vez alejándose él de la tentación.

No sirvió de nada.

Lo agarró y volvió a abrirlo. Necesitaba saber las fechas de los demás incidentes. Respiró tranquilo al ver que el de los gatos había ocurrido el 17 de febrero; ese día ella había estado con él en el rodaje, aprendiendo su trabajo y haciéndole mil preguntas. Pasó las hojas y frunció el ceño al ver que el siguiente había acaecido el viernes 3 de marzo. Ella se lo había cogido libre para ir a uno de sus eventos románticos. El de Armilla, creía recordar.

Se quedó pensativo antes de sacudir la cabeza restándole importancia, solo era una coincidencia. Casi todos los miembros del rodaje habían tenido libre ese fin de semana, ya que él había estado montando episodios.

Pasó las hojas hasta llegar al incidente de las tortugas. El corazón se le detuvo al leer que los críos habían hecho la travesura el jueves previo al fin de semana que ella había ido a Málaga. Y la venganza se había ejecutado ese viernes. Miró las palabras sin ver, centrado solo en los pensamientos que atravesaban su mente.

Ese viernes, Cristina había rechazado su invitación para acompañarlo a la sala de montaje porque iba a pasar la mañana con su familia e irse por la tarde al evento.

O, al menos, eso le había dicho. Aunque cuando habían vuelto a comentarlo se había equivocado de fecha, diciéndole que se iba el sábado para

luego recular y afirmar que el viernes. Pero ¿y si no se había equivocado y en realidad sí se iba el sábado?

Se pasó los dedos por el pelo, angustiado. Sospechar de ella por eso era una estupidez. Confundir las fechas era algo de lo más normal, a él le pasaba casi a diario. Pero aun así había demasiadas coincidencias y ya no estaba seguro de nada. Aunque, ¿por qué la Vengadora tenía que ser alguien del equipo? Porque los ataques sucedían en los pueblos en los que montaban el campamento y porque lo decía la televisión. ¡Y él se estaba dejando influenciar por ella! ¿Se podía ser más idiota?

Se levantó enfadado, agarró el dossier, lo guardó de nuevo en el cajón y entró en el cuarto. Cristina seguía dormida, tenía la cara girada hacia el lugar donde él dormía y la mano extendida sobre el colchón donde estaría su pecho si continuara durmiendo allí con ella.

Era imposible que fuera la Vengadora. Amaba a los animales y a las personas por igual, las acogía bajo su ala, las protegía y luchaba por ellas. Era demasiado dulce, demasiado amable para torturar o hacer daño a nadie.

Y en ese momento, tal vez para rebatirlo, por su mente pasaron algunas de las tórridas escenas en las que ella lo atormentaba durante sus interludios sexuales más salvajes.

Era apacible, pero también podía ser feroz, indómita e incluso violenta.

Pero nunca traspasaba los límites.

Sacudió la cabeza. La Cristina que él conocía se dedicaba a buscar trabajo a indigentes, evitar discusiones, ayudar a todo el mundo y alimentar y cuidar de los animales callejeros.

Pensar que era capaz de hacer daño a nadie era de locos.

Se acercó sigiloso a la cama, hincó una rodilla y se inclinó para besarle los labios.

Ella abrió los ojos y sonrió al verlo.

—¿Ya ha sonado el despertador?

—Todavía no.

Cristina esbozó una sonrisa lasciva y, estirándose perezosa, llevó la mano al pecho de él. Jugó con sus tetillas y luego la deslizó siguiendo la línea de vello que descendía por su vientre para abrirse en su ingle.

—¿Te apetece hacer...?

—La alarma está a punto de sonar —la interrumpió Raúl alejándose antes de que pudiera tocarlo.

Y en ese momento, como si hubiera oído sus deseos, el despertador sonó.

—Vístete, tenemos mucho trabajo hoy —le dijo, sintiéndose el más ingrato de los traidores por no ser capaz de ignorarlo todo, deshacerse de sus sospechas y confiar en ella.

Cogió unos vaqueros y una camisa y salió del dormitorio.

***Viernes, 30 de junio de 2017***

—¡Corten! —exclamó Raúl. Saltó de la silla y se dirigió presuroso hacia el operador de cámara—. Esta toma va tras el juego de miradas, ya tenemos los primeros planos de Jairo e Irene..., así que vamos a centrarnos en un *dolly in* que los acerque a cámara —le indicó—. Lo haremos despacio para subrayar la desesperación que sienten —señaló antes de regresar al combo.

Observó con gesto pétreo el set y asintió. Esa vez tenía que funcionar.

Al ver su gesto, Cristina apuntó en la claqueta el número de toma de esa escena, que hacía la repetición veintitrés y cuando cerró la claqueta los actores comenzaron por enésima vez su interpretación.

—¡Corten! —exclamó Raúl cinco segundos después—. Demasiado rápido. Lo necesito más lento, más... —Se calló, incapaz de encontrar el adjetivo para describir lo que quería.

Porque en realidad no tenía ni idea de lo que deseaba transmitir en esa escena.

Se pasó las manos por el pelo frustrado y, al darse la vuelta para regresar a su puesto, se topó con una de las sillas de tijera que los actores usaban entre toma y toma. Le dio una furiosa patada y esta cayó al suelo. La miró un segundo y le propinó otra patada. Y otra más.

—Raúl...

Se detuvo al oír la voz quebrada de su *script*. Estaba a pocos pasos de él, mirándolo asustada.

Cerró los ojos a la vez que apretaba los puños con fuerza, obligándose a controlar su estallido de mal genio. Hacía mucho tiempo que no sucumbía al demonio de la furia, pero por lo visto esa tarde había llegado al límite de su resistencia.

Todo había ido de mal en peor desde que había comenzado el día. Primero se había roto una de las cámaras, provocándoles un retraso que no podían

asumir, después el ayuntamiento les había denegado el permiso para rodar en la ermita, luego le habían confirmado que el atrezo que deberían haber recibido el día anterior tampoco iba a llegar ese, retrasándolos más aún, y por último esa escena, que iba a ser el momento clave del penúltimo episodio y que era incapaz de rodar con un mínimo de pericia. Y a todo eso había que sumarle la persecución infatigable de los reporteros cada vez que salía del set.

Pero lo peor de todo era ver el desconcierto en la mirada de Cristina cada vez que intentaba acercarse a él y él buscaba una excusa para apartarse y evitarla. Pero Raúl no era actor, no podía fingir que no pasaba nada cuando pensaba que ella había dejado a una mujer atada bajo el sol hasta casi dejarla morir deshidratada. Estaba furioso con ella por todas las mentiras que le había contado y que ahora lo hacían sospechar. Por todos los silencios que había guardado ante las preguntas que no quería responder y que ahora lo obligaban a recelar.

Quería herirla por sus mentiras, gritarle hasta que le dijera la verdad, hasta que fuera sincera con él. Y quería besarla hasta dejarla sin aliento. Hasta que se deshiciera en sus brazos suplicándole más. Quería hacerle el amor, saborearla, adorarla.

Estaba dividido en dos. Odiaba sus mentiras, pero la quería a ella. Detestaba sentirse engañado, y sin embargo la engañaba al sospechar de ella sin decírselo, sin pedirle que le contara la verdad. Quería dejar de recelar de ella, pero era incapaz de hacerlo.

Y esa lucha interior lo estaba volviendo loco.

—¿Estás bien? —le preguntó Cristina preocupada, acercándose hasta que solo los separó un suspiro.

—¿Tú qué crees? —masculló desdeñoso, desafiándola a contestar su propia pregunta.

Ella bajó la mirada, herida por su tono.

—Creo que tienes algo en la cabeza que te está haciendo sufrir. Y no creo que sea el rodaje, ni la prensa ni los fallos de los aparatos, porque todo eso ha pasado en otras ocasiones y no te has enfadado tanto como hoy —musitó en voz tan baja que solo él podía oírla—. Creo que lo que te hace sufrir tiene que ver conmigo, por eso me evitaste ayer y por eso me estás evitando hoy. —Alzó la mirada, clavando en él sus preciosos ojos más verdes que grises—. Y quiero que sepas que, si crees que gruñirme o evitarme o mirarme enfadado te sirve para sentirte mejor, entonces aquí me tienes. —Abrió las manos, entregándose a él.



Raúl la miró atormentado antes de estrecharla entre sus brazos sin que pareciera importarle estar en mitad del set, rodeado de personas.

¿Cómo había podido olvidar cómo era ella en realidad? Sus locas historias, sus cuentos sin sentido y sus misteriosos cambios de tema eran solo una ínfima parte de su personalidad. Por encima de todo, era una mujer capaz de mantenerse firme, por muy aterrada que estuviera, para proteger a un perro vagabundo, de inventar una loca historia para conseguirle trabajo a un indigente, de convencer a un viejo gruñón de admitir en su caravana a dos sintecho, de recorrer medio pueblo a cuarenta grados a la sombra para proveer de agua a animales a los que nada la unía. De aceptar el desdén de un idiota demasiado cobarde para contarle sus sospechas si con eso podía hacerlo sentir mejor.

Era leal, cariñosa, luchadora, valiente e incapaz de hacer daño a nadie.

Y esa era la única verdad a la que iba a dar crédito.

Bajó la cabeza y la besó, volcando en ese beso toda su frustración y todo su arrepentimiento.

—¡Media hora de descanso! Vamos, largo, este es un pase privado solo para el director y su *script* —oyó decir a Jota, y poco después el set se quedó vacío.

—He sido un idiota —murmuró Raúl deslizando los labios por el cuello femenino—. Perdóname —repitió—. Dio santo, ¿cómo he podido ser tan estúpido?

—No has sido estúpido, solo humano. En la tele han repetido tantas veces que soy culpable que entiendo que no hayas podido evitar creértelo —replicó ella enredando los dedos en su pelo y tirando para acercarlo de nuevo a sus labios, deseosa de volver a sentirlos.

Si el distanciamiento entre ellos de la última semana había sido horrible, el sentirse rechazada por él esos dos días había sido casi más de lo que podía soportar.

La distancia era producto de la frustración y el mal humor de ambos, pero el rechazo era mucho más doloroso porque intuía que se debía a la desconfianza de él. A que había creído las mentiras de la televisión en lugar de a ella.

—¿Lo sabías? —susurró Raúl mirándola arrepentido.

—No ha sido hasta esta mañana, al ver que volvías a rechazarme, que lo he intuido —murmuró frotando la nariz contra su cuello—. Eres demasiado íntegro para hacerme el amor si dudas de mí.

—No te equivoques conmigo, Blancanieves. No soy un hombre íntegro, solo soy una horrible mezcla de orgullo desmedido, cobardía y necedad.

Ella estalló en una risa cantarina que calentó el corazón de Raúl.

—Eres un hombre maravilloso, seguro de sí mismo, decidido, honesto y un poco tirano.

—Vaya, lo has estropeado con ese último epíteto. ¿No crees que deberías cambiarlo?

—Presuntuoso, engreído o inmodesto también te van muy bien.

Él estalló en carcajadas sin poder evitarlo.

Y con estas llegaron los aplausos.

Se separaron sobresaltados al ver que una mujer, y no una cualquiera, se había colado en el set y caminaba hacia ellos sin dejar de aplaudirlos.

—Un beso digno de una gran escena romántica, mi enhorabuena —dijo Rita Campos.

—¿Qué quieres? —espetó Raúl, incapaz de contener su impaciencia.

Por fin lo había solucionado todo con Cristina, habían hablado —pero no lo suficiente—, se habían besado —aunque no mucho—, la deseaba —tal vez demasiado— y todavía les quedaban unos veinte minutos del descanso orquestado por Jota. Tiempo de sobra para hablar, para besarse largo y tendido, o, mejor aún, para encerrarse en el cuarto de atrezo y hacer el amor con rapidez. No le apetecía perderlos con esa arpía.

—Necesito hablar contigo —reclamó la publicista.

—Adelante, empieza. No tengo todo el día.

—A solas.

—Cristina tiene toda mi confianza —afirmó Raúl haciendo que el corazón de la *script* se acelerara embriagado de felicidad.

—Lo siento, es privado.

—Pues entonces vete, no me interesa —replicó él.

—Ya lo creo que te interesa, y serás un idiota si no me escuchas —lo desafió Rita.

—Tal vez lo sea si te escucho...

—Lo cierto es que tengo un montón de cosas que hacer —intervino conciliadora Cristina, esbozando una cálida sonrisa que tuvo el efecto de diluir la rabia que de nuevo comenzaba a ganarle la batalla al director—. Te veo dentro de un rato —musitó dejando resbalar la mano por el brazo de él en una caricia que decía mucho más que las palabras.

—Sé breve —exigió Raúl observando cómo su *script* abandonaba el set.

—Aquí no —replicó Rita mirando a su alrededor—. ¿Hay algún sitio en esta casucha en el que podamos hablar sin temor a ser escuchados?

—¿Tan secreto es lo que tienes que contarme? —Raúl arqueó una ceja con incredulidad.

—No, en absoluto. De hecho, el sábado saldrá en antena, pero sé que preferirás estar lejos de oídos ajenos cuando te lo diga.

—Está bien, acompáñame.

Se encaminó a la escalera que llevaba a la buhardilla de la vieja casa de pueblo en la que estaban rodando. No sería cómodo porque allí hacía un calor de muerte, pero estarían aislados del rodaje.

—Adelante, suelta eso tan importante que solo yo puedo oír —dijo cáustico, parándose bajo la lucerna para aprovechar hasta el último soplo de brisa que entraba por ella.

—El equipo de investigación del programa ha encontrado un nuevo caso que sigue el mismo patrón de la Vengadora Animal.

—Estupendo —dijo desdeñoso—. ¿Algún perro al que unos niños traviosos han rapado? ¿Tal vez algún pajarillo pintado con espray fluorescente? Estoy harto de ese asunto, no me interesa lo que puedas contarme —sentenció dirigiéndose a la puerta.

—Un perro al que su dueño ataba al parachoques del coche para hacerlo correr tras él. El animal tiene las almohadillas en carne viva, la piel del cuello quemada por la abrasión de la cuerda y heridas en el lomo por haber sido arrastrado cuando ya no podía correr tras el coche.

—Joder... —murmuró Raúl en un quedo gruñido—. Y ¿qué le ha hecho la Vengadora al dueño?

—Lo ha ahorcado.

—Se lo merece. A partir de ahora lo pensará dos veces antes de torturar a un animal —aseveró furioso.

—Dudo que pueda pensarlo siquiera una: lo ha dejado morir.

Raúl la miró aturdido, el aire de sus pulmones escapándose en un sobrecogido jadeo.

—¿Calculó mal y le rompió el cuello al caer? —murmuró incapaz de conciliar esa muerte con lo que sabía de la Vengadora. Ella jamás había llegado tan lejos. Debía de haber sido un lamentable fallo.

—No. Según el informe policial que han conseguido los de la tele, lo amordazó y lo ató de pies y manos mientras estaba inconsciente en su casa tras una borrachera de órdago. Después, con toda la tranquilidad del mundo, encajó una barra extensible en las paredes del pasillo a ras del techo, le ancló

una polea y montó la cuerda en ella. Tras esto, le pasó la cuerda por la cabeza, haciéndole un nudo corredizo, y lo alzó despacio para no romperle el cuello. Lo dejó colgado y se fue.

—¿Calculó mal el tiempo y avisó tarde a la policía para que fueran a soltarlo? —inquirió Raúl buscando el motivo de que esa venganza hubiera acabado en homicidio.

—No los llamó. Fueron los vecinos quienes lo hicieron ante el hedor que salía de la casa. Según el informe del forense, llevaba muerto más de sesenta horas cuando lo encontraron.

—Esa no es su manera de actuar... Tal vez le pasó algo y por eso no pudo avisar.

—No busques excusas donde no las hay —lo interrumpió mirándolo preocupada—. Sé por qué las buscas, Garrido, pero no hay nada que la exima de este asesinato.

—Eso no lo sabemos —replicó él furioso—. Pudo haber sufrido mil contratiempos que le impidieran avisar aunque quisiera —argumentó agitado.

—Dejó al perro en una protectora de animales al día siguiente, con un fajo de billetes atado al collar que sumaba más de quinientos euros. Justo la cantidad que alguien sacó con la tarjeta del ahorcado horas después de colgarlo. Sabía lo que hacía, Raúl. Es una asesina.

—Claro que lo es —escupió rabioso al verse sin salidas—, y espero que la policía se dé prisa en encontrarla, porque estoy hasta las narices de que vinculen a esa mujer con el rodaje y con Cristina. —La miró desafiante, retándola a contradecirlo.

—Eso esperamos todos —coincidió ella, consciente de que debía dejar pasar unos segundos antes de soltar la noticia que de verdad lo haría tambalear.

Raúl asintió con un gesto para después comenzar a pasear nervioso con las manos cruzadas tras la nuca y los brazos tapándole las orejas, como si quisiera evadirse de lo que estaba oyendo. Estuvo así varios minutos, sumergido en la vorágine de pensamientos que hostigaba su mente, hasta que por fin se detuvo frente a una de las ventanas inclinadas de la buhardilla y apoyó las manos en los dinteles.

—No lo siento por el hombre —masculló mirando la calle desierta.

—Yo tampoco. Por lo visto, no era buena gente, había estado en la cárcel por violación y tenía varias denuncias por maltrato. Según le ha contado la gente del pueblo al periodista, era un hombre violento y de carácter explosivo al que le gustaba mucho el *drinking*.

—¿En qué pueblo ha sido? —inquirió Raúl al darse cuenta de que no lo sabía.

—En El Ventano.

Se apartó de la ventana para mirarla sobresaltado.

—¿Cuándo? —exigió saber.

—El jueves de la semana pasada. Por la noche, según el informe. Entre las dos y las cuatro de la madrugada.

—Esa noche yo no estaba en el rodaje —dijo él con un sobrecogido susurro.

—No. *Tú* no —señaló ella.

Raúl se pasó las manos por el pelo, agarrando gruesos mechones de los que tiró nervioso, como si quisiera quitarse de la cabeza los pensamientos que lo atosigaban. Esa noche había estado montando episodios en Madrid, mientras que Cristina dormía en el hostel del pueblo. Sola en su habitación.

—Parece que cada vez hay más indicios que relacionan a la Vengadora con la serie —comentó con fingida ligereza.

—Más incluso de los que crees —replicó ella mirándolo indecisa—. Han descubierto que un integrante del rodaje tiene antecedentes policiales.

—¿Quién?

—Cristina.

Raúl se tambaleó como si lo hubieran golpeado. Dio un par de pasos atrás, hasta que se topó con una vieja mesa cubierta de polvo. Apuntaló el trasero en ella intentando aparentar una postura casual.

—¿Qué hizo para tenerlos? —requirió, los dedos aferrados al tablero con tanta fuerza que se le pusieron los nudillos blancos.

—No consta en el informe. Son antecedentes policiales por algo que hizo siendo menor.

—Podría haber sido una pelea de niños, una riña de adolescentes, algún pequeño hurto, cualquier tontería —le restó importancia.

—Podría ser una tontería o algo grave. No podemos saberlo, ya que las condenas a menores no generan antecedentes penales —señaló Rita.

—¿Qué es lo que tratas de decirme? ¿Que las pruebas apuntan a Cristina? ¿Es eso? —la presionó—. Ella es incapaz de hacerle nada a nadie. ¡Incapaz! —reiteró enfurecido—. No puedes creer que tenga nada que ver con toda esta mierda.

—Lo que yo crea no importa —aseveró Rita mirándolo compasiva.

Raúl palideció al comprender lo que ella le estaba diciendo.

—Van a sacarlo el sábado por la noche... y te van a meter a ti en el bloque —añadió ella.

—¿Como su posible cómplice, tal vez? —resopló con desdén.

—Eso parece —replicó ella con voz seria—. Según me ha informado la becaria, tienen intención de haceros parecer como unos Bonnie y Clyde modernos.

—Tendré que conseguir una metralleta y un sombrero para parecerme a Warren Beatty.

—Deberías tomártelo en serio, Raúl. Cuando salga a la luz que la Vengadora ha matado a un hombre dejará de ser la heroína que el público adora para convertirse en la villana del cuento. No te interesa que te vinculen con ella. No ahora que has conseguido alejarte de tu fama de director conflictivo y tienes de nuevo el reconocimiento que te mereces.

Él resopló desdeñoso. De todas las cosas que podían alterarlo o preocuparlo, esa era la única que no le importaba en absoluto.

—No pueden vincularme con ella solo por una foto mal enfocada en la que nos damos la mano —dijo refiriéndose a la única imagen que había de ellos juntos.

—Por esa foto no, pero resulta que tienen unas cuantas en las que se ve cómo le metes la lengua hasta la campanilla.

—Yo no soy Cristina —susurró amenazador girándose hacia ella—. Denunciaré cualquier montaje en el que aparezca mi imagen, así que ocúpate de parar esa mentira o...

—No es ninguna mentira.

—No hay fotos nuestras besándonos.

—Hay docenas de ellas; de hecho, hay hasta un vídeo.

—No seas ingenua, Rita, eso es montaje. ¿De verdad crees que soy tan idiota como para besarla en público?

—No lo creo, lo sé —repuso incisiva—. Por lo visto, no te sentó bien que un montador intentara coquetear con ella y, abusando de tu poder de la forma más rastrera, decidiste darle una lección haciéndole mover un pesado banco de un lado a otro del escenario, hasta que te cansaste de jugar con él y besaste a Cristina, como he dicho antes, metiéndole la lengua hasta la campanilla, delante de todos los que estaban por allí.

Raúl soltó un colérico improperio al recordarlo. De hecho, había sido a raíz de ese incidente que todo había empezado a ir mal. Solo hacía seis días, pero parecía una eternidad.

—Si me admites un consejo...

—¿Tengo otro remedio? —la interrumpió él conteniendo apenas la furia.

—Corta cualquier vínculo con ella antes de que todo estalle —continuó Rita como si no la hubiera interrumpido—. Deshazte de ella. Despídela.

—¿Te has vuelto loca? No voy a despedirla —susurró en tono hostil.

—¿Por qué no? ¿Cuántos días os quedan de grabar? ¿Ocho? ¿Nueve?

—Siete.

—Ahí lo tienes, solo queda una semana. Haz que se vaya del rodaje y dentro de quince días, si todavía sigues encoñado con ella, ve a buscarla. Pero ahora desvincúlate de ella.

—No.

—¿Vas a arriesgarte a que arrastren tu nombre por el barro por una puñetera semana? —estalló ella—. ¿Otra vez quieres estar en el punto de mira de la prensa?

—Ya estoy en el punto de mira.

—Pero no tanto como lo vas a estar —pronosticó furiosa—. Mañana van a sacar toda esta información en antena, en el programa más visto del *prime time* del sábado...

—Y la productora está preocupada por si la mierda salpica a la serie y juega en contra de los índices de audiencia —finalizó la frase Raúl.

Rita se irguió envarada.

—Yo no he dicho eso.

—Pero es lo que os preocupa, por eso queréis despedir a Cristina, no para alejarla de mí, sino para desligarla de la serie.

—No podemos arriesgarnos a que baje la cuota de audiencia, hay demasiadas ofertas y negociaciones en juego.

—Vosotros la pusisteis en el ojo del huracán. Apechugad con ello —siseó Raúl encaminándose a la salida.

—No tenemos otra opción más que despedirla. María hablará con ella esta tarde. Le compensaremos económicamente, por supuesto.

Raúl se detuvo, volviéndose despacio para mirarla.

—Entiendo —murmuró con voz tranquila mientras se palpaba los bolsillos del pantalón buscando algo que no encontró.

—Lo siento mucho, Garrido, de verdad —dijo Rita mirándolo intrigada. Había esperado su furia, incluso sus gritos, pero no esa gélida calma—. Mañana vendrá Alba a sustituirla.

—Me parece bien —aceptó Raúl—. Tal vez también deberíais traer a Amenábar si ya está libre —comentó con ligereza a la vez que sacaba el

móvil del bolsillo de la camisa—. Vaya, lo tengo sin batería, qué cosa más rara —dijo burlándose de sí mismo—. ¿Me prestas el tuyo?

—¿A qué te refieres con Amenábar?

—Tu móvil, por favor —reiteró él con gesto impaciente—. Será solo un momento.

—No sé qué puede ser tan urgente ahora... —masculló ella sacándolo del bolso.

—¿Un *smartphone*? —Raúl frunció el ceño al verlo—. ¿Por qué todos tenéis estos incómodos trastos sin teclado? —Se lo devolvió—. Marca el número de Miguel.

—¿De qué Miguel?

—Del que te paga el sueldo.

—¿Para qué quieres...?

—Márcalo —exigió, permitiéndole ver por fin la furia que apenas contenía y que tantos titulares de prensa le había dado antaño.

Rita se apresuró a hacerlo y luego le tendió el móvil.

—No, no soy Rita, soy tu peor pesadilla —replicó Raúl con humor cuando el productor, tal vez al ver el número de la publicista, lo confundió con ella—. Sí, me lo ha comentado. Por supuesto que lo entiendo. Sí, sé que lo lamentas. No, por mí no hay problema, puedes despedirla ahora mismo si quieres. Aprovecharemos para irnos de vacaciones y descansar. Tengo ganas de playa, tal vez vayamos a Santo Domingo. O, no, mejor a Cuba. La Habana me gustó mucho cuando estuve la última vez y llevo años queriendo repetir. ¿Cómo que a qué me refiero? ¿No ha quedado claro? A ella la despedes y yo me voy. Así, sin más. Y es una pena, porque estoy a punto de grabar las últimas secuencias, pero imagino que cualquier otro director podrá grabarlas igual, a pesar del poco tiempo de que dispondrá.

Al otro lado de la línea estalló el indignado vozarrón del productor.

—No te estoy amenazando, en absoluto. Solo te estoy contando lo que va a pasar —señaló Raúl con voz seria—. Sí, tan importante es para mí.

Se hizo un tenso silencio antes de que el productor hablara de nuevo.

\* \* \*

—Vaya, por fin apareces. —Jota se apresuró a ir hacia Raúl al verlo entrar en el set—. ¿Dónde narices te habías metido? Llevamos media hora buscándote —susurró al llegar junto a él.

—Escondido en la buhardilla con Rita.

Jota arqueó una ceja instándolo a continuar, pero él negó con un gesto.



—Ahora no tengo tiempo —«ni fuerzas»—. Esta noche os lo referiré durante la reunión. Por cierto, Rita asistirá —dijo dejándolo pasmado antes de enfilar hacia donde estaba su *script*.

La tomó del brazo sin mediar palabra y la guio hacia la buhardilla, donde volvió a encerrarse.

—¿Todo bien? —le preguntó Cristina al ver su gesto pétreo cuando por fin se detuvo en ese espacio lleno de polvo y cachivaches.

—No. Todo mal. ¿Por qué no me dijiste que tenías antecedentes policiales? —susurró en voz casi inaudible, sus labios pegados al oído de ella. Cristina palideció al oírlo.

—¿Cómo lo sabes?

—La prensa lo ha descubierto.

—Oh, vaya...

—¿«Oh, vaya»? ¿Solo se te ocurre decir eso? —masculló furioso.

Ella bajó la cabeza a la vez que se encogía de hombros.

—¿Por qué no me lo dijiste? —requirió de nuevo.

—No pensé que fueran a descubrirlo... y, si no lo hacían, ¿para qué decírtelo? —replicó esbozando una sonrisita nerviosa.

Raúl parpadeó perplejo por su franqueza. De todas las respuestas que había esperado, esa era la única con la que no contaba. Era demasiado sincera para venir de ella.

—¿Qué pasó? ¿Por qué tienes antecedentes?

—Ya te lo dije, un niño pisó unas hormigas, yo le pegué una pedrada y la policía apareció y me llevó a comisaría —resumió, su mano derecha aferrada a su antebrazo izquierdo en un abrazo incompleto.

—¿Esa es tu historia?

—Esa es la verdad —musitó Cristina desviando la mirada al suelo.

—Está bien —aceptó antes de apretar los labios en un gesto furioso—. Podemos decir que fue una riña entre niños que se os escapó de las manos... ¿Fue así?

—Más o menos.

—¿Estás segura? —Ella asintió—. Esa es la versión que le daremos a Rita y con la que tendrá que trabajar cuando todo estalle el sábado en la tele.

—¿Van a sacarlo en televisión? —jadeó aterrada.

—Claro que sí. ¿Qué pensabas? ¿Que te ibas a librar? Pues no. Esto es el mundo real, no una de tus novelas. Y si los periodistas consiguen una noticia tan jugosa como esta, la dan. Así que más nos vale estar preparados —masculló furioso antes de asirla por los hombros—. ¿Me estás diciendo la

verdad? ¿Golpeaste a un niño con una piedra, sus padres te denunciaron y por eso tienes antecedentes? —Ella asintió y él cabeceó incrédulo—. Nadie consigue antecedentes por una simple pedrada.

—Le abrí la cabeza.

—Pero no está muerto.

—No. Pero faltó poco. El golpe fue muy fuerte —murmuró hundiendo las manos en los bolsillos de sus vaqueros y encogiéndose sobre sí misma en un gesto tan vulnerable que consiguió que la furia del director desapareciera.

—Seguro que sí, con esos bracitos tan fuertes que tienes eres capaz de descalabrar a cualquiera, siempre y cuando tenga la cabeza de porcelana —murmuró Raúl intentando bromear a la vez que la envolvía en un fuerte abrazo.

Ella se refugió en la seguridad de sus brazos, en la relajante letanía de los latidos de su corazón, en la templanza que transmitía y tanto la calmaba.

—Entonces esa será nuestra versión —musitó Raúl frotando la mejilla contra la coronilla de ella—. Se la comunicaré a Rita esta noche en la reunión.

—¿Va a estar presente? —inquirió sorprendida.

—Sí. El tema es demasiado grave como para dejarlo fluir sin más. Tiene que tratar de contrarrestarlo, y para eso necesita toda la información que podamos darle.

—¿Tan importante es?

Raúl lo pensó un instante antes de responder.

—La Vengadora ha matado a un hombre —dijo alzándole la barbilla con un dedo para mirarla a los ojos.

Lo que vio en ellos lo asustó, porque no mostraban sorpresa, furia ni desconcierto. Solo aceptación.

—¿Qué hizo ese hombre para que lo matara? —susurró Cristina con curiosidad.

Raúl lo pensó un instante antes de referirle lo que sabía. No porque fuera remiso a asustarla con una historia tan truculenta, sino porque mucho se temía que su reacción iba a estar muy lejos del miedo o el asombro.

—No puedo decir que no se lo mereciera. —La *script* arrugó el ceño cuando Raúl acabó de hablar—. Pero esta vez la Vengadora se ha pasado un poco...

—¿Un poco? Lo ha matado.

—Era un hombre violento que, según me has contado, había cumplido condena por violación y que maltrataba a mujeres y animales... Está mejor

muerto —sentenció con los ojos tan llenos de rabia que su cara pareció cambiar volviéndose más dura, más feroz.

Raúl la miró incapaz de reconocer a su dulce y tímida *script* en la mujer enfurecida y vengativa que había frente a él.

—Cristina... —murmuró, deseando hacerle la pregunta que le quemaba la lengua. Una pregunta que esa tarde, tras oírla hablar con tanta indiferencia de la muerte de un hombre, necesitaba hacerle más que nunca.

—Dime —lo instó ella a continuar.

—Nada... Era una tontería —dijo Raúl encaminándose hacia la puerta para regresar al set—. Más vale que volvamos, ya llevamos demasiado retraso acumulado hoy.

No era el momento de preguntarle si era la Vengadora, porque no era el momento de dudar de ella. Hacía menos de una hora había decidido creer en su inocencia, y no pensaba cambiar de opinión. Aunque le costase la cordura.

\* \* \*

—¿Hay muchas personas dispuestas a desmentir o contradecir tu versión? —inquirió Rita desde el otro extremo de la mesa mientras Neus, María, Fabián y Jota desviaban la mirada hacia la *script*. Cristina negó con la cabeza—. ¿Segura? ¿Nadie en tu antiguo barrio contará una versión distinta si le ponen un micrófono delante de la boca? —dijo escéptica—. Perdona si no me lo creo.

—Estoy diciendo la verdad.

—Y no te digo que no, pero, sinceramente, la verdad no es relevante. Lo que importa es cuántas personas me voy a encontrar dispuestas a dar otra versión de la historia. Tengo que saberlo para preparar una buena defensa.

—Nadie del barrio dirá nada sobre mí —declaró Cristina con un tono tan áspero y rotundo que los dejó a todos sorprendidos.

—Está bien. Espero que sea cierto.

—Lo será —sentenció ella.

Rita asintió y luego dirigió la mirada al huraño director, que se mantenía aparte, en el extremo opuesto de la autocaravana, con una taza de café ya frío olvidada en la mano.

—¿Qué días terminas de montar? —le preguntó sacando una agenda del bolso.

—El 9 de julio, y el 10 tengo reunión con la productora y la cadena para hablar sobre la segunda temporada.

—Estupendo, te dejaré descansar el 11, para que no digas que soy mala. El 12 te he reservado una habitación en el Villa Magna para hacer varias entrevistas —apuntó algo en la agenda—. El 13 asistirás a la fiesta de presentación del nuevo programa de entretenimiento de la productora, por cierto, esa mañana la ocuparemos en la radio. Y el 14 Miguel tiene previsto viajar a Sudamérica para negociar con varias cadenas latinoamericanas, lo acompañarás. El sábado 22 estaremos de vuelta en Madrid para los Premios Platino del Cine Iberoamericano, ya he confirmado tu asistencia. —Se levantó para dirigirse a la salida—. Estaremos en contacto —dijo a modo de despedida.

—¿Qué ha querido decir con todo eso? —inquirió Neus—. ¿A qué vienen tantas fechas y entrevistas?

—Me he comprometido a hacer una pequeña gira promocional —comentó Raúl sin entrar en más detalles.

—Tú odias la promoción, las alfombras rojas, los periodistas y todo lo que tenga tufo a prensa. ¿Cómo te has dejado convencer? —jadeó Jota sorprendido.

—No ha tenido otra opción —contestó María, ganándose una airada mirada de Raúl.

—¿Qué coño ha pasado, Raúl? —lo increpó Jota tras oír la respuesta de la asistente de producción.

—Nada que os interese a ninguno —masculló el director fijando sus furiosos ojos en María.

—Tiene derecho a saberlo —afirmó esta aguantándole la mirada.

—Y yo se lo contaré, pero no ahora: hay demasiada gente presente. Así que largaos. Vamos. Necesito dormir un poco antes de rodar —masculló mirando el reloj de su muñeca.

Todos se apresuraron a salir.

—¿Qué es lo que tengo derecho a saber? —le preguntó Cristina intuyendo que María se había referido a ella.

Raúl la miró indeciso un momento antes de responder.

—Iban a despedirte.

—¿Por qué? —jadeó perpleja antes de que una sospecha se abriera paso en su mente—. Es por los antecedentes, ¿verdad?

—En parte. Pero sobre todo por el hombre al que ahorcó la Vengadora. Te han relacionado tanto con ella en la tele la última semana que mañana, cuando saquen a relucir tus antecedentes y luego hablen de él, todo el mundo creará

que eres ella. Y desde la productora piensan que ese vuelco en la publicidad puede ser contraproducente para la audiencia de la serie.

—Y ¿tú qué crees? —inquirió Cristina.

—¿Sobre qué?

—Sobre si soy la Vengadora.

—Sé que no eres una asesina —afirmó categórico, aunque esa no era la respuesta que ella le pedía.

Se miraron en silencio, ambos guardando preguntas y respuestas para sí, hasta que Cristina desvió la mirada a la mesa.

—¿Por qué no me han despedido? —musitó.

—He hecho un trato con ellos.

—¿Hacer una gira promocional?

—En realidad, asistir a algunos eventos, programas y entrevistas durante el verano.

—¿Vas a pasar todo el verano de promoción?

—No, lo pasaré visitando las localizaciones que Jota me proponga, asistiendo a los *castings* de nuevos actores secundarios para la segunda temporada, diseñando con Jota y Fabián los nuevos escenarios y preparando el guion técnico. Entre otras cosas. No se puede decir que vaya a tener mucho tiempo libre para entrevistas.

—Pero el poco que tengas tendrás que emplearlo en prensa. —Se levantó para ir con él, su rostro parecía más duro sin la sonrisa que siempre esbozaba.

—Básicamente —aceptó Raúl sin apartar la mirada de ella.

Parecía otra mujer. Una más inquietante y peligrosa.

Y fue entonces cuando se dio cuenta de que eran esas sonrisas mentirosas que siempre dibujaba en sus labios las que dulcificaban sus rasgos haciéndola parecer inofensiva y vulnerable. Porque, cuando no sonreía, su cara transmitía fuerza, pasión y determinación.

No había nada frágil o delicado en ella.

—¿No habría sido mejor que me despidieran? —musitó recorriendo con dedos hábiles los ojales de la camisa del director, desabotonándola—. Al fin y al cabo, solo me queda una semana aquí..., y esos son muchos menos días que los que te van a exigir a ti. —Abrió de un tirón la camisa y se la bajó a la vez por los brazos para detenerse al llegar a los codos, inmovilizándolo.

—No son días lo que he comprado, sino respaldo y cierta seguridad —afirmó él, sintiendo que se excitaba cuando ella abrió los dedos en abanico sobre su torso y comenzó a jugar con su vello—. Si te hubieran despedido mañana, antes incluso de salir la noticia, habría sido como declararte culpable

—jadeó con voz ronca al sentir las uñas de ella sobre sus tetillas, rasguñándolas. Luego Cristina bajó la cabeza, atrapó una entre los dientes y tiró, arrancándole un gutural gemido—. ¿Qué credibilidad tendrías ante la prensa y el público si la productora que debería respaldarte y el director con el que te acuestas te repudian? Porque eso es lo que parecería. Que te hemos despedido porque nos creemos las acusaciones. Y no voy a permitirlo.

—¿El director con el que me acuesto? Hace tanto tiempo de eso que ya ni me acuerdo de cómo era.

Deslizó los dedos por la cara de él hasta acabar hundiéndoselos en el pelo. Aferró varios mechones y tiró, echándole la cabeza hacia atrás. Se lamió los labios mientras observaba su cuello expuesto y luego se lanzó sobre él para morderle el lugar donde una gruesa vena latía. Lo chupó y succionó hasta que él, incapaz de permanecer inmóvil un segundo más, comenzó a mecer las caderas contra ella.

—¿Vas a complacerme esta noche, o también me vas a rechazar? —lo increpó deslizando una mano sobre la entrepierna del pantalón, apretando con lascivia la gruesa erección.

—Esta noche te voy a follar hasta hacerte gritar —aseveró él sacudiendo los brazos para deshacerse de la camisa.

—Eso habrá que verlo —lo desafió caminando con elegancia felina hacia el dormitorio.

No llegó a entrar.

Raúl la atrapó por la espalda, aprisionándola contra la puerta del baño. Le bajó con movimientos frenéticos los *shorts* y las bragas de algodón y la penetró de un solo empujón.

Estaba muy mojada, y su interior cálido y resbaladizo le ceñía la polla como un guante de látex. No había ningún otro sitio en el que quisiera estar.

Se pegó más a ella cuando comenzó a debatirse contra él, intentando apartarlo con golpes de caderas. También de codos. No le hizo falta más para saber que esa era una de las muchas noches en las que ella exigía cierta violencia durante el sexo. Le sujetó los brazos, alzándoselos por encima de la cabeza, y le retuvo las manos contra la puerta con una de las suyas. Luego le pasó el brazo libre por la cintura, inmovilizándola, y bajó la cabeza para atrapar entre los dientes la suave piel de su hombro.

Cristina gimió excitada, las paredes de su vagina ordeñándole la polla con tanta fuerza que apenas pudo aguantar hasta que ella terminó de correrse para salirse y eyacular sobre su trasero, dejándose llevar por el orgasmo.

—Se te ha olvidado el condón —murmuró ella con voz ronca segundos después, aún aplastada por él contra la puerta—. Póntelo la próxima vez, me gusta que te corras dentro de mí.

—Lo que te gusta es que me quede bien dentro hasta que baje —rebatío él con humor—. Porque así tienes oportunidad de mover el culo y volver a ponerme duro para poder exprimirme a conciencia.

—Y ¿qué te hace pensar que te vas a librar de eso esta noche? —replicó ella haciendo fuerza con las manos contra la puerta para apartarlo.

Él se lo permitió, y ella se giró hasta quedar enfrentada a él. Su mirada seguía siendo peligrosa cuando le agarró la polla y comenzó a manosearla.

—Tienes que darme un poco de tiempo, señorita Impaciente —señaló Raúl, envolviéndole la cara con las manos para luego besarla.

Al final no necesitó tanto tiempo como pensaba.

\* \* \*

Cristina observó a su amante dormido. Adoraba sus rasgos marcados, sus pómulos altos y tensos y sus inquietantes ojos, pero si había algo que la volvía loca era su boca. Esos labios gruesos, prominentes y definidos capaces de apretarse en el gesto más adusto o curvarse con la más incisiva ironía. Esos mismos labios que le habían dicho, con la mayor indiferencia, que había cedido a las demandas de la productora para protegerla. Unas demandas que él aborrecía. Por ella. Por asegurarse su respaldo. Por conseguir cierta protección para ella.

Sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas de emoción.

No se lo esperaba. En absoluto.

De todas las cosas que él podría haber hecho: despedirla, acusarla, apartarla de su lado o rechazarla, que era por lo que más se inclinaba a tenor de cómo se había comportado los últimos días, que decidiera plegarse a hacer algo que odiaba por protegerla era algo que la había dejado sin habla, sin respiración y con el corazón henchido de algo muy parecido a la felicidad absoluta.

Se llevó las manos al pecho sintiendo su pulso acelerarse solo con pensar en el hombre que estaba a su lado. Sacudió la cabeza. Lo que estaba sintiendo no era una reacción química provocada por la liberación de dopamina en su cerebro. Era mucho más fuerte que eso.

Lo miró embelesada, entendiendo por fin por qué todo lo relacionado con él lo sentía con tanta intensidad. Sus miradas, sus risas, sus gruñidos, su furia, su alegría, su tristeza, todas sus emociones parecían traspasarla, arrebatándole

el control que tanto le costaba mantener. Y lo peor de todo era que no le importaba.

De hecho, solo con él se permitía ser ella misma, aunque solo fuera durante el sexo.

Porque lo quería.

Y eso era muy peligroso. Porque la gente no tenía por costumbre quererla a ella. Solo una persona lo había hecho. Y estaba loca. También muerta.

Sacudió la cabeza para librarse de tan amargos pensamientos y se levantó sigilosa de la cama. Había algo muy importante que tenía que hacer antes de dormirse. Salió del cuarto cerrando la puerta tras ella y buscó el móvil en su bolso. Miró la hora: era cerca de la una. Él aún estaría despierto.

Marcó un número que se sabía de memoria desde que tenía quince años.

—Gavril —susurró—. No, no me pasa nada, estoy bien. Susurro porque no quiero despertar a mi novio —explicó sintiendo un inquietante ramalazo de orgullo al pronunciar esa palabra—. Necesito que te ocupes de algo. Tal vez vaya alguien al barrio preguntando por mí y por mi pasado. Quieren averiguar por qué tengo antecedentes policiales. Sí, es por el tema de la tele, por lo visto, ahora soy famosa. ¿Ya han estado en el barrio? Sí que se han dado prisa... —masculló crispada, aunque la irritación pronto se convirtió en una sonrisa que iluminó su cara mientras lo escuchaba—. ¡Sabía que podía contar contigo! —exclamó entusiasmada antes de pasar a otros temas más agradables—. Y, dime, ¿cómo está Ecaterina? ¿Y Alina? ¿Le han dado ya las notas? ¡Vaya! Qué maravilla, es la niña más lista del mundo mundial —exclamó alegre para luego ponerse seria cuando él le preguntó por el rodaje y, por supuesto, por su nuevo novio. Aunque no consiguió sonsacarle casi nada.

Cuando cortó la conversación, una radiante sonrisa le iluminaba la cara.

—¿Con quién hablabas a estas horas? —inquirió Raúl.

Cristina lo miró sobresaltada al verlo junto a la puerta.

—¿Te he despertado?

—No, tenía sed y me he levantado, y te he visto tan animada con tu amigo que no he querido interrumpirte —mintió.

Porque la realidad era que se había despertado al notar que ella se levantaba de la cama, y había ido sigiloso a la puerta para pegar la oreja a esta y escucharla mientras hablaba por teléfono. Y no se arrepentía: había sido una conversación de lo más intrigante.

—No era mi amigo, sino mi padrino —señaló ella.

—¿El mafioso rumano?



—Ese mismo. Lo he llamado para advertirle sobre los periodistas y me ha contado que, por lo visto, ya han ido al barrio. Se va a encargar de que nadie diga nada —dijo sonriente.

—Ver para creer... ¿Vas a usar a un peligroso mafioso rumano para impedir rumores? —murmuró divertido sin creerse ni una sola palabra.

—Te aseguro que no hay nadie mejor que él para cortarlos de raíz —afirmó contagiándose de su buen humor.

***Viernes, 7 de julio de 2017, Campoviejo***

—No me lo puedo creer —susurró Raúl guardando el móvil tras haber hablado con Rita.

—¿Sigue sin haber declaraciones? —le preguntó Jota.

—Nada de nada. Ninguna versión que contradiga la que ha dado la oficina de prensa de la productora, ningún rumor, ni siquiera han conseguido una declaración usando cámaras ocultas —murmuró tomando las imágenes de uno de los pueblos que Jota tenía como posible localización para la segunda temporada—. Según me ha contado Rita, el barrio de Cristina está totalmente cerrado al exterior. Por lo visto, todos los vecinos se conocen desde niños y no les gustan mucho las personas de fuera, menos aún los periodistas preguntones.

—Pues es una suerte —comentó Jota.

—Más bien un milagro —replicó Raúl señalando una imagen—. ¿Este es el puente que me comentaste? —Su amigo asintió con un gesto—. Podría valer. El miércoles tengo ronda de entrevistas, y el jueves la fiesta de presentación del nuevo programa de entretenimiento de la productora —señaló—, nos acercaremos a verlo el martes.

—¿Vas a gastar tu único día libre hasta Dios sabe cuándo en visitar localizaciones? A Cristina no le va a sentar bien.

—Ya lo sabe y no le molesta, entiende que es mi trabajo —replicó Raúl.

—Tu chica tiene más paciencia que el santo Job —resopló Jota—. ¿Va a acompañarte cuando viajes?

—No, ¿para qué? Voy a trabajar, no de vacaciones. Iré de un continente a otro para hablar con representantes de una multitud de cadenas privadas y plataformas de *streaming*, también me tocará responder una y otra vez las mismas preguntas en docenas de entrevistas y, por supuesto, asistir a un millar de aburridos eventos en los que no se me ha perdido nada —masculló

irritado. Con todo el trabajo que tenía pendiente para la segunda temporada, lo último que le apetecía era perder el tiempo dando vueltas por el mundo—. Estará mucho mejor en su casa, con su familia. Arropada por ellos y alejada de la vorágine de la prensa.

—No te dejan llevártela —señaló Jota dando en el clavo.

—Dudo que haya algo que pudieran impedirme hacer si me lo propusiera —rebatía Raúl—. El problema es que no quiero que me acompañe.

—¿Por qué? Seguro que te haría la vida mucho más agradable si estuviera a tu lado en todos esos eventos y entrevistas. Y cuando te toque reunirte con los jefazos podría hacer turismo. Seguro que lo disfrutaría muchísimo.

—Ahora no es el momento —rechazó Raúl cogiendo otra imagen—. Esta también podría valer, ¿está muy alejada del pueblo en el que vamos a montar el campamento?

Jota se la arrancó de la mano.

—¿Por qué no es el momento?

Raúl exhaló una larga bocanada de aire antes de contestar.

—Porque parece que la estrategia de Rita está dando resultado. Han pasado cinco días desde que salieron a la luz los antecedentes policiales de Cristina y los pseudoperiodistas la relacionaron con los ataques y el hombre ahorcado. Desde entonces no ha aparecido nada más y todo se está calmando. Según parece, la falta de declaraciones y rumores de los vecinos del barrio y la ausencia de imágenes nuestras están surtiendo efecto —masculló irritado. Toda la semana habían guardado una martirizante distancia para evitar que los sacaran juntos, hasta tal punto que incluso cuando entraban y salían de la autocaravana lo hacían con más gente—. No voy a fastidiarlo todo llevándola de acompañante a ninguna fiesta para exponerla de nuevo a la prensa. Estará mucho mejor en su barrio, alejada de toda esta mierda.

—¿Te has parado a pensar que ella también debería opinar sobre si quiere ir o no? Tal vez no le tenga tanta fobia a la prensa como tú y le apetezca ir a algún evento.

—La volverían loca con los *flashes* y las preguntas —rechazó—. Demasiados periodistas, curiosos, trepas y bullicio para ella. Acabaría al borde de un ataque de nervios.

—No creo que sea tan frágil como piensas —replicó Jota.

Raúl miró a su amigo sorprendido. En realidad, él no pensaba que fuera frágil..., pero la estaba tratando como tal.

—Podría acompañarte por Latinoamérica, no van a ser muchos días y le serviría para poner distancia con la prensa y lo que está sucediendo aquí —

insistió Jota—. Quizá con un poco de suerte a la vuelta hayan descubierto a la Vengadora y os dejen tranquilos.

—Ojalá —resopló Raúl con incredulidad antes de escoger otra fotografía—. ¿Y esta discoteca?

—He pensado que podría ser interesante para las escenas de la fiesta de compromiso de Javier y Marta —replicó su amigo volviendo a las localizaciones para la segunda temporada.

\* \* \*

—Esta es tu marca. —Raúl le indicó a Jairo la «T» azul pegada con cinta de cámara en el suelo—. Dices tu frase, te desabrochas el cinturón y caminas hacia Irene pavoneándote.

—Le estoy mostrando el material y es tan magnífico que sé que ella va a caer rendida —apuntó Jairo.

—Esa es la idea. —Raúl le dio una palmada en la espalda para luego ir hacia Irene—. Tú estás sentada a la mesa, tomándote un café, y sigues cabreada con él. Lo miras de refilón mientras se acerca a ti y, cuando se para, dices tu línea.

—¿Doy un sorbo de café antes de decirla?

Raúl la miró pensativo.

—Bien pensado, te importa tan poco lo que él te ofrece que es más importante tomarte el café que contestarle —aprobó—. Empezamos. Todos a sus marcas —dijo saliendo del set.

Con un poco de suerte, no harían falta más de media docena de tomas de esa secuencia y podrían dar por terminado el rodaje, pues era la última que les faltaba por grabar. Parecía mentira, pero era cierto, habían conseguido llegar al final sin exceder los plazos a los que se habían comprometido.

Sonrió complacido y se sentó en la silla del director. Aprobó las notas que Neus le dio y gritó «Claqueta».

Pero Cristina no se situó frente al set con ella para dar comienzo a la toma.

—¿No la tienes preparada? —inquirió Raúl volviéndose hacia ella, y fue entonces cuando se percató de que algo le pasaba.

Estaba pálida como un muerto, todo su cuerpo en tensión mientras se frotaba frenética el antebrazo izquierdo. Y tenía la mirada fija en un punto al otro extremo del set.

Raúl le sujetó la mano para evitar que se hiciera daño y se volvió hacia donde miraba para tratar de averiguar qué la había alterado tanto. No vio nada

raro..., excepto una pareja de policías que estaba hablando con el *gaffer*, que en ese momento señalaba hacia donde estaban ellos. Acto seguido, los vio despedirse para encaminarse hacia el combo.

En el momento en el que le dieron la espalda, el *gaffer* se llevó el *walkie* a los labios. Y en ese mismo instante el aparato de Neus emitió un pitido.

—Vienen a por mí —murmuró Cristina con voz trémula.

Raúl miró a su *script* para luego girar la vista hacia Neus, que bajó el *walkie* con el que acababa de contestar y asintió con un gesto.

—¿Por qué vienen a por ti? —inquirió Raúl siguiendo con la mirada a los agentes.

—Tienen la costumbre de pensar que soy lo que no soy y detenerme —musitó Cristina desviando la mirada al suelo—. Ya pasé una noche en el calabozo sin ser puta..., tal vez ahora me toque ir a la cárcel sin ser asesina. Aunque esta vez quizá me libre, voy disfrazada de persona normal —susurró tan bajo que Raúl no estuvo seguro de haberla oído bien.

—¿Qué narices estás diciendo, Cristina? No es momento de empezar con tus cuentos...

—Al contrario, es el mejor momento —replicó ella esbozando una de sus ensayadas sonrisas.

Bajó la cabeza y se pasó los dedos por el flequillo, peinándoselo a un lado. Cuando volvió a alzar la vista, se había transformado en otra mujer. Una que mantenía las manos cruzadas sobre el regazo en una actitud tímida que enfatizaba su dulce sonrisa y su mirada inocente.

—Agentes —saludó a los policías que acababan de llegar al combo ampliando su sonrisa hasta que dos angelicales hoyuelos aparecieron bajo sus pómulos.

—¿Es usted Cristina Reverte?

—Así es, ¿ocurre algo? —Se llevó las manos al pecho con fingida preocupación.

—Nos gustaría hablar con usted.

—Tal vez deberían hacerlo cuando el abogado de la productora estuviera presente —intervino Raúl, situándose junto a Cristina, tan pegado a ella que sus cuerpos se tocaban.

—Seguro que no es necesario —le rebatió ella con voz risueña.

Él abrió la boca para protestar, pero la mirada que ella le dedicó, furiosa y la vez aterrada, lo hizo guardar silencio.

—Porque ustedes no son periodistas disfrazados, ¿verdad? —dijo ella acercándose a los agentes para luego esbozar una cohibida sonrisa—.

Discúlpeme, he estado fuera de lugar —musitó contrita antes de llevarse la mano a la nuca y friccionársela como si la tuviera agarrotada por el agotamiento—. Llevamos unos días horribles, asediados por la prensa. Desde que salí en la tele no nos han dejado tranquilos y tenemos los nervios a flor de piel —explicó con un suspiro bajando la mirada. Su mano derecha deslizándose lentamente por el antebrazo izquierdo—. Imagino que vienen por lo de la Vengadora Animal, ¿verdad?

El policía más mayor asintió con la cabeza.

—¿Podemos ir a un lugar menos público? La prensa estará encantada si se filtran fotos mías hablando con ustedes —murmuró pesarosa bajando la cabeza en actitud sumisa.

—Lo comprendemos. ¿Hay algún lugar en el que podamos hablar a solas?

—Hay una buhardilla en la que podremos estar tranquilos, pero lo malo es que no tiene aire acondicionado —dijo mordiéndose el labio inferior a la vez que los miraba apurada—. Y con este calor que hace, va a ser muy incómodo... Lo siento tanto —musitó contrita.

—No importa, si es tan amable de acompañarnos allí —comentó el agente con calidez.

—Por supuesto —exclamó ella recuperando su sonrisa más aniñada, esa en la que los hoyuelos se le marcaban y todo su rostro, excepto sus ojos, se iluminaba de alegría.

—Voy con vosotros —dijo Raúl saliendo del mutismo en el que lo había sumergido la actuación de Cristina. Porque era eso, una actuación nada más. La lenta pero lesiva caricia que dedicaba a su antebrazo izquierdo era buena muestra de ello.

—No hace falta —lo detuvo ella exigiéndole con la mirada que se mantuviera al margen.

—No tengo otra cosa mejor que hacer —replicó él con voz severa.

—Claro que sí, tienes una escena que grabar.

—No puedo hacerlo sin *script* —rebatió él.

—Seguro que Neus puede ocupar mi puesto unos minutos —afirmó ella sin borrar la sonrisa de sus labios, aunque su mirada hablaba de una furia incontenible.

—Está bien.

—Gracias —musitó en voz apenas audible antes de volverse hacia los policías y guiarlos a la buhardilla.

—¿Qué coño quieren los policías de Cristina? —masculló Jota, poniendo en palabras la pregunta que todos se hacían.

—No tengo ni idea —murmuró Raúl.

Esperó a que la *script* y sus indeseados acompañantes subieran la escalera, escapándose de su vista, y sacó el móvil. Suspiró aliviado al ver que, cosa rara, tenía bastante batería para hacer llamadas. Marcó.

—María, necesito el número del bufete de la productora —exigió.

Cuando casi media hora después Cristina y los policías bajaron de la buhardilla, ella mantenía una animada sonrisa en su cara. Se despidió de ellos con risueña serenidad y luego se dirigió al combo.

—¿Todo bien? —le preguntó Raúl preocupado.

—Todo estupendo. ¿No has grabado todavía la escena? —murmuró preocupada al ver que todo seguía igual.

—Si te soy sincero, grabar no es una de mis prioridades ahora mismo —masculló fijando la mirada en ella—. ¿Qué te han dicho?

—Luego.

—Luego no, ahora.

—¿Para que cualquiera pueda oírlo?

Raúl dio un paso atrás mirándola ofuscado antes de asentir con un gesto brusco.

—¡Cinco minutos y empezamos! —gritó malhumorado.

\* \* \*

Había sido una tortura aguantar toda la tarde sin poder preguntarle nada, sin saber qué había pasado, qué le habían dicho. Pero más tortura era ver su impostada sonrisa mientras hablaban en la autocaravana. Se suponía que ese era su santuario, el lugar en el que ella había prometido no mentirle, pero sonreía alegre, como si nada hubiera pasado. Como si segundos antes de hablar con la policía no hubiera estado aterrada por la posibilidad de que se la llevaran.

—Así que querían saber dónde habías estado durante los ataques y si alguien podía corroborarlo —recapituló todo lo que le había contado.

Cristina asintió sonriente sin levantar la vista del plato mientras acababa de preparar la ensalada.

—¿Te importaría mirarme? —le requirió Raúl cada vez más frustrado.

—Si te miro, echaré el aceite fuera, y es muy molesto de limpiar —dijo con humor.

Pero cuando acabó con la ensalada, tuvo que llevarla a la mesa y luego, argumentando que estaba muerta de hambre, se sentó a comer con la vista fija en el plato.

Por lo visto, no tenía ganas de mirarlo.

—He hablado con los abogados de la productora —señaló él cansado de esperar.

Eso la hizo reaccionar, pues soltó los cubiertos y alzó la mirada con brusquedad.

—¿Por qué?

—No sé, tal vez porque han aparecido unos policías en mi set y se han llevado a mi *script* para interrogarla —masculló él con evidente ironía.

—En realidad, no me han interrogado.

—Pues, por lo que me has contado, yo diría que sí. Aunque, claro, tampoco puedo saberlo, porque no estaba presente.

—¿Estás enfadado porque me he ido con ellos? No me quedaba otra opción —dijo esbozando una de sus ensayadas sonrisas, algo que lo enfureció más aún.

—Exactamente por eso, no. Más bien estoy cabreado porque mi *script*, que además da la casualidad de que es la mujer con la que duermo cada noche, se ha negado a que la acompañara.

—No era necesaria tu presencia.

—¿Qué significa eso? —susurró amenazador.

—Exactamente lo que he dicho. No necesitaba que me acompañaras, y que lo hicieras solo me haría parecer culpable y débil, como si necesitara que alguien me defendiera.

—Es que necesitas a alguien que te defienda.

—En absoluto. Soy inocente. Puede que no esté en mis cabales, pero no le he hecho daño a nadie. Soy una buena persona.

—Nadie duda de que lo seas.

—Entonces ¿por qué has llamado a un abogado?

—Porque más vale prevenir que curar —afirmó furioso—. Y puede que tú, por Dios sabe qué estúpida razón, te niegues a tener abogado o denunciar los bulos que dicen en la tele sobre ti, pero yo pienso usar todas las armas que pueda conseguir para impedir que te hagan daño.

—¿Crees que me van a acusar de algo?

—Es lo que parece, ¿no?

—Solo querían hablar conmigo.

—Pero no conmigo ni con nadie más del equipo, lo que significa que, si sospechan de alguien del campamento, es de ti.

—Bueno, tampoco es de extrañar, todos sospechan de mí..., incluso tú —dijo con un hilo de voz, sus ojos fijos en los de él.



—Yo no sospecho de ti —aseveró apartando la mirada para recoger el plato y llevarlo a la basura.

—Claro que lo haces. No te crees la mitad de las cosas que digo —afirmó dejando salir un poco de la furia que sentía, aunque era consciente de que si no la creía era porque lo había manipulado eligiendo con cuidado sus palabras para que le resultara difícil, si no imposible, creerla.

Raúl se volvió despacio hacia ella.

—Es difícil creerte cuando de tu boca solo salen mentiras —señaló.

—Yo no miento. Nunca.

—¿No? Pues entonces déjame decirte que tienes una vida de lo más peculiar. Te han encerrado en un manicomio por pegar una pedrada a un niño, te han metido en el calabozo por ser puta sin serlo, tienes un padrino mafioso que ha prometido no matar a nadie porque tú se lo exigiste como pago por salvar la vida de su hija, y también hay por ahí un hermano superinteligente que tiene docenas de carreras y recorre el mundo en investigaciones imposibles. ¿Me dejo algo?

—Sí, mi mejor amiga estaba loca —dijo ella esbozando una desafiante sonrisa.

—Cierto, y a eso hay que añadir que os pusisteis de acuerdo para suicidaros a la vez. Pero, en lugar de conseguirlo, teñisteis el agua de la bañera con vuestra sangre. Gran final para una película *gore* de serie B —añadió mordaz, tan furioso que ni siquiera pensaba lo que decía.

—En realidad fui yo la que no lo consiguió.

—Mejor me lo pones: ese final sería todavía más impactante, dos amigas separadas por la muerte cuando querían pasar al otro lado juntas. Incluso valdría como principio para una película de miedo. ¿Sabes qué?, creo que deberías hacerte guionista, tienes una imaginación portentosa —dijo colérico.

—Tal vez lo haga —replicó Cristina esbozando una amplia sonrisa que dejaba ver todos sus dientes—. ¿Quién sabe? Tal vez un día escriba un guion para una película que quieras dirigir —añadió con fingida timidez—. Pero no será hoy, estoy agotada.

Se levantó, tiró el plato a la basura y se dirigió al dormitorio.

Raúl la siguió furioso.

—Dime que tú no has atacado a todas esas personas —exigió de repente, dando voz a la pregunta que lo torturaba desde hacía demasiados días.

—Dime que me crearás diga lo que diga —replicó ella.

Él la miró en silencio antes de darse media vuelta y abandonar el dormitorio. Atravesó presuroso la autocaravana y salió dando un tremendo

portazo.

Cristina se encogió sobre sí misma al sentir las primeras lágrimas abandonando sus ojos. Esa vez no iba a necesitar leer su capítulo favorito para ponerse en la piel de la protagonista y llorar. Ella misma era la protagonista a la que no creían. Y lo peor era que, al contrario de lo que le ocurría a la protagonista, ella sí se lo había buscado.

\* \* \*

Raúl caminó sin rumbo fijo por el campamento. Este estaba lleno de vida y música, pues a pesar del cansancio acumulado por las extenuantes semanas de rodaje, casi todos los miembros del equipo estaban en la carpa del *catering*, celebrando el final de la serie y la firma de la nueva temporada.

Miguel había llamado esa tarde, poco después de que los policías abandonaran el set, para confirmar lo que todos daban por seguro. Habría una segunda temporada y se emitiría en marzo del año siguiente, lo que les dejaba algo de tiempo para prepararla. Aunque tampoco mucho.

Raúl debería haber estado trabajando en ella, estudiando el guion y revisando las localizaciones que Jota le había presentado, pero en lugar de eso estaba paseando como un zombi por el campamento mientras las risas y la música llenaban el aire. Quizá debería unirse al jolgorio y celebrar con sus compañeros el fin de un rodaje complicado y frenético antes de que sus caminos se separaran. Algo que no tardaría en suceder.

Al día siguiente comenzarían a desmontar el campamento y, en menos de dos días, todo habría desaparecido. Como si nunca hubieran estado allí. Recogerían los aparatos y el atrezzo, desmontarían los escenarios, los camiones partirían a sus nuevos destinos, las caravanas retornarían a la empresa de alquiler y los miembros del rodaje se dispersarían. Algunos irían a un nuevo trabajo, otros regresarían a sus casas para descansar, y él tendría que viajar por medio mundo para promocionar la serie. Pasarían meses antes de que volvieran a juntarse, si es que volvían a hacerlo, porque no era raro que con el cambio de temporada cambiaran también los trabajadores. Aunque él, por supuesto, exigiría a su equipo a su lado. Eran imprescindibles.

Casi tanto como Cristina.

De hecho, no llegaban a acercarse ni por asomo a lo mucho que la necesitaba a ella.

Y estaba perdiendo el poco tiempo que les quedaba juntos dando vueltas.

Giró sobre sus talones y regresó a la autocaravana.

\* \* \*

Cristina se limpió las mejillas con la sábana al oír que alguien abría la puerta y luego se volvió de manera que pudiera ver quién entraba a través de la puerta entreabierta.

La luz del salón se encendió iluminando la figura imponente del hombre del que esperaba no estar tan enamorada como creía. Lo vio desnudarse sin prisa, revelando el vello canoso que le cubría el pecho, para luego descender en una línea recta que dividía su abdomen en dos, formando una tupida sombra en su ingle.

Adoraba sentirlo bajo las yemas de sus dedos.

Y tal vez nunca pudiera volver a tocarlo, a jugar con los dedos sobre su torso para luego deslizarlos hasta su entrepierna y acariciarlo hasta volverlo loco de pasión.

Se llevó la mano a la boca y se mordió con fuerza el dorso para evitar verter las lágrimas que volvían a anegar sus ojos. Estaba extrañamente triste esa noche. Tal vez porque sabía que al día siguiente todo sería distinto, que él se marcharía a montar los episodios que faltaban para luego comenzar un largo viaje que ninguno sabía exactamente cuándo iba a acabar.

Y se iban a separar enfadados.

Sin hablarse ni mirarse. Sin posibilidad de arreglar nada porque se habían quedado sin tiempo. Y aunque tuvieran ese tiempo, tampoco era como si pudieran arreglar algo. Ella ya se había encargado de embarullarlo todo de tal manera que era imposible que la creyera nunca. Pero la única manera que conocía para afrontar la vida que le había tocado vivir era convertir la realidad en mentiras y fingir que las mentiras eran reales. Porque la realidad era demasiado dura para enfrentarla.

Y ahora él creía que era una asesina y una torturadora.

Y lo cierto era que no estaba muy equivocado, aunque sí había errado en las víctimas.

Cerró los ojos y procuró atemperar su agitada respiración cuando lo sintió entrar en la habitación.

—No finjas, sé que no duermes —susurró tumbándose junto a ella.

Se colocó de lado y la abrazó, sus dedos deslizándose por las mejillas de nuevo húmedas por las lágrimas.

Cristina intentó apartarse, pero Raúl la sujetó con fuerza, atrayéndola hacia sí, obligándola a darse la vuelta hasta que quedó espaldas sobre la cama y no tuvo más remedio que enfrentar su mirada.

—Estás llorando.

—Acabo de leer un capítulo especialmente emotivo —replicó ella, incapaz de contener la fiera mueca que dibujaron sus labios. El control se le escapaba entre los dedos sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Una lenta sonrisa se dibujó en los labios de él al oírla.

—¿La del lanzador de cuchillos otra vez? —murmuró secando sus lágrimas con besos.

Ella asintió despacio, mirándolo con suspicacia.

Raúl entornó los ojos, recordando qué era lo que ella le había dicho que más le dolía de ese capítulo... y cuando lo recordó se vio reflejado en los protagonistas de esa novela, porque él vivía con ella y se acostaba con ella y, sin embargo, no la creía.

—Es un idiota por no creer a su amada —dijo besándole la punta de la nariz.

Cristina dio un respingo al oírlo.

—¿Qué quieres decir con eso? —musitó conteniendo la respiración.

—Lo que he dicho. Que es un idiota por no creerla —dijo sonriente—. Aunque en su descargo debes reconocer que a veces ella se lo pone difícil al mezclar realidad con ficción —apuntó mirándola con una ceja arqueada.

—Tal vez tenga demasiada imaginación —aceptó Cristina—. Pero aun así él debería creerla en las cosas que de verdad importan.

—Y la cree.

Esta vez fue ella quien arqueó una ceja demostrando incredulidad.

—Sé que tú no eres quien atacó a esas personas —afirmó Raúl, todo rastro de humor borrado de sus ojos.

Ella esbozó una cálida sonrisa y frotó la nariz contra su torso mientras él continuaba hablando.

—Es imposible que le hagas daño a nadie, eres demasiado buena para eso.

Cristina se quedó inmóvil antes de estallar en un sobrecogedor sollozo que la dejó sin respiración. Porque lo que acababa de decir sí era mentira.

Sí era capaz de hacer daño. Mucho. Por eso siempre debía mantener el control.

Raúl la abrazó asustado al oír su llanto desgarrado.

—Lo siento. Lo siento tanto —musitó sentándola en su regazo para mecerla consolador.

Y Cristina se obligó a dejar de llorar, porque ella en realidad no era así, no lloraba por nada ni permitía a nadie ver su debilidad, menos aún hacía sentir culpables a los demás por algo de lo que solo tenían la culpa ella y su trastornado cerebro.

—Tranquila —susurró Raúl pasándole una esquina de la sábana—. Toma, suénate.

Ella lo miró aturullada.

—¿Quieres que me suene en la sábana? Eso es una guarrería.

—Lo sé, pero no tengo pañuelos a mano y soy demasiado mayor para levantarme contigo en brazos y recorrer la caravana buscando un paquete. Podría darme un ataque de lumbago o algo peor —dijo muy serio.

Ella parpadeó asombrada por su respuesta y después apretó los labios intentando contener la risa histérica que pugnaba por escapar de ellos. No sirvió de nada. Antes de dos segundos, estalló en una cristalina carcajada que no tardó en contagiarse a él. Acabaron llorando tirados en la cama. Pero no de pena, sino de risa.

—Tú también eres un mentiroso —murmuró ella una vez pasada la perturbada hilaridad.

Él la miró incrédulo.

—Has dicho que eres mayor y eso es una mentira flagrante. Estás en la flor de la vida —aseveró deslizándose la mano por su vientre hasta acabar posándola en su pene—. Oh, vaya, no parece muy animado —susurró pesarosa mordándole la barbilla.

—Tal vez si le hicieras alguna carantoña —murmuró él con voz ronca deslizándose una mano por su espalda.

—¿Quieres que te la menea un poco o prefieres que te la coma? —musitó Cristina con burlona agresividad a la vez que se la agarraba. Y, desde luego, ya no estaba lo que se dice blanda.

Raúl gimió excitado al sentir la brusca caricia y buscó su mirada. Sí. Ahí estaban el deseo incontenible y la furiosa pasión de la que hacía gala cuando relajaba el control con el que sometía sus emociones. Cuando por breves momentos se permitía ser ella misma.

—¿Qué estás mirando? —exigió saber ella con voz gutural.

—A la mujer que amo —replicó él antes de aferrar su melena en un puño y echarle la cabeza hacia atrás para tener libre acceso a su cuello.

Cristina se quedó sin respiración al oírlo. Y en ese momento él le mordió el sensible lugar en el que cuello y hombro se unen, arrancándole un excitado jadeo. Ella hundió los dedos en su pelo entrecano y tiró de él, obligándolo a apartarse y a mirarla. Entornó los ojos escrutando su mirada, intentando discernir en ella si sus palabras eran sinceras o solo producto de la pasión.

—¿No me crees? ¿Quieres que te lo repita mientras te miro a los ojos? —masculló Raúl ante su gesto. La agarró por la cintura y la tumbó sobre él, las

manos sobre su trasero y el índice de la derecha deslizándose sobre las bragas por la raja de su culo.

Ella respondió a su pregunta con una lenta negación para después separar las piernas y sentarse a horcajadas sobre su prominente erección. Bajó la cabeza y le dio un suave mordisco en la mandíbula para luego continuar resbalando por su cuello hasta llegar a su torso y atrapar con sus labios las tímidas tetillas que se erguían entre la sombra de vello que le cubría el pecho. Mordió una para luego calmarla con una lasciva caricia de su lengua.

Y Raúl, en respuesta, afirmó los dedos en la cintura de ella y, manteniéndola inmóvil, sacudió las caderas frotando la erección contra su sexo anhelante.

Cristina dejó escapar un gemido gutural a la vez que acompañaba sus movimientos a los de él, acunando su gruesa verga contra sus labios vaginales.

—Rómpeme las bragas —le exigió impaciente. Ese juego no la complacía, al contrario, la hacía desearlo más todavía.

—Nada me apetece más —gruñó él.

Se las rompió y después hizo lo mismo con la enorme camiseta que ella vestía. Se puso un preservativo con rapidez y se agarró la polla para mantenerla en su sitio mientras Cristina se la encajaba hasta el fondo. Se quedó inmóvil al sentirla apretada contra él, y cuando ella comenzó a montarlo, deslizó las manos a sus pechos para jugar con ellos y atormentar sus pezones. Hasta que la pasión y el placer acabaron por dominarlos a ambos y el juego se descontroló, convirtiéndose en una lucha febril en la que ninguno de los dos quería ganar en solitario.

Y, de hecho, la victoria fue de los dos, como evidenciaron los gemidos acompañados que escaparon de sus labios al llegar al orgasmo.

\* \* \*

—Cuando vuelva de montar los episodios, iré con Jota a visitar unas localizaciones —musitó Raúl tiempo después, con ella relajada contra su pecho mientras él le acariciaba la espalda—. Antes de empezar a rodar la segunda temporada tengo que revisar el guion con Fabián, hablar con el diseñador para ver los nuevos escenarios, asistir a los *castings* de los nuevos secundarios principales y mil cosas más. Y entremedias de todo eso tengo que cumplir los compromisos que adquirí con Miguel —masculló—. No voy a tener un momento libre hasta septiembre, y en octubre tenemos que empezar a grabar si queremos entregar la segunda temporada a tiempo —resopló

enfadado al darse cuenta de que no iba a tener un solo segundo para estar con ella.

—Vas a tener un verano complicado.

—Eso no lo dudes —muscitó antes de mirarla preocupado—. Probablemente ya se haya filtrado a la prensa la visita que nos han hecho los policías esta tarde —murmuró—. Puede que lo saquen en antena el sábado, o el siguiente como muy tarde. Y no voy a estar a tu lado porque estaré al otro lado del mundo con Miguel —masculló frustrado.

—No te preocupes. En cuanto recoja mis cosas me iré a casa. En el barrio la prensa no puede hacerme daño.

—Ah, sí. Tu barrio, ese que domina tu padrino el mafioso y en el que no dejan entrar a periodistas —dijo burlón.

—En realidad, sí los dejan entrar, pero no les hacen caso —apuntó ella arrancándole una sonrisa.

—¿Vas a quedarte con tus padres? —le preguntó recuperando la seriedad.

—No tengo otro lugar en el que dormir —señaló ella encogiéndose de hombros—. Aunque estoy planteándome alquilar un pisito con el dinero que he ganado. Al fin y al cabo, ya soy una mujer adulta, no puedo vivir con mis padres toda la vida. —Esbozó una sonrisa tan falsa que fue una suerte que él no la viera, porque habría sospechado de inmediato que ahí había gato encerrado.

—Mejor quédate con ellos estos meses, no quiero que estés sola mientras estoy a medio mundo de distancia —le pidió besándole la frente—. O mejor aún... —Se calló pensativo antes de continuar—. ¿Tienes pasaporte?

—No.

—No importa, te lo puedes sacar en la comisaría y no tardan más de un día en dártelo —dijo recordando que él tampoco lo tenía en vigor—. Acompáñame en mi viaje. Visitaremos Argentina, México, Chile, Colombia y Perú. Será agotador, pero también divertido —dijo al ver que ella lo miraba remisa—. Iremos a fiestas, estrenos de cine, eventos... También tendré que responder a cientos de entrevistas, pero mientras estoy ocupado en eso tú puedes hacer turismo —señaló recordando lo que le había dicho Jota—. Y lo más importante es que estaremos juntos sin temor a la prensa, porque dudo que vayan a seguirnos hasta allí. No somos tan famosos —comentó burlón.

—No puedo acompañarte —dijo pesarosa.

—¿Por qué?

—La policía me ha dicho que no salga del país...

Raúl la miró perplejo, notando que una gélida cólera nacía en él, dominándolo.

—Y, solo por curiosidad, ¿cuándo pensabas contármelo? —susurró en voz tan baja como amenazante, conteniendo apenas la furia.

—No pensaba hacerlo —dijo ella con sinceridad—. Si lo piensas, te darás cuenta de que era absurdo hacerlo —se apresuró a añadir al ver gesto enfadado de él—. No necesitabas saberlo, ¿para qué contártelo si sabía que te iba a sentar mal? —señaló.

—No te equivoques —masculló furioso—. Me asusta y me preocupa, pero no me sienta mal. Lo que sí me enfurece es que me lo hayas ocultado. Me acusas de no creerte y, sin embargo, eres tú quien nunca me dice la verdad —afirmó saltando de la cama.

—¿Adónde vas? —le preguntó ella preocupada al ver que comenzaba a vestirse.

—A dar un paseo, ahora mismo no soy buena compañía.

\* \* \*

Cuando regresó tiempo después, ella fingió estar profundamente dormida, y como él tampoco tenía ganas de hablar se desnudó en silencio y se metió en la cama. Y, aunque estaba agotado, tardó un buen rato en quedarse dormido.

Pocas horas después sonó el despertador avisándolo de que tenía treinta minutos antes de que el chófer lo recogiera para llevarlo a la sala de montaje. Cristina se removió al sentir que saltaba de la cama, pero luego se quedó inmóvil fingiendo dormir de nuevo, así que Raúl se vistió con rapidez, desayunó un par de donuts y el café que había sobrado de la noche anterior y se dirigió a la puerta. Se detuvo al agarrar la manija. Tardaría dos días en montar los episodios y regresar al campamento para recoger sus cosas.

Para entonces era muy probable que Cristina ya no estuviera allí.

Soltó la manija y se dirigió al dormitorio.

—Sé que no estás dormida —dijo hincando la rodilla en la cama para cernirse sobre ella.

—No lo estoy.

—Tengo que irme, y ya no volveré a tener tiempo libre hasta después de los Premios Platino —la informó—. Intentaré llamarte desde donde estemos, pero con los compromisos a los que tendré que acudir y el desfase horario va a ser complicado.

—Lo entiendo. —«No soy tu prioridad».

Raúl asintió con un gesto y se alejó de la cama.



Cristina apretó los puños furiosa por la estúpida congoja que sentía. Y, de repente, se vio alzada en brazos hasta una boca ansiosa que la dejó sin aliento con su salvaje y violento beso.

—Hablaemos cuando vuelva —prometió Raúl soltándola de nuevo en la cama para luego desaparecer por la puerta.

***Sábado, 22 de julio de 2017, Madrid***

Raúl ahogó un bostezo mientras miraba por la ventanilla tintada del Mercedes que los llevaba a la Caja Mágica. Allí se celebraba la gala de los Premios Platino del Cine Iberoamericano de ese año, y esa misma tarde habían aterrizado en Madrid para asistir al acto. Y a mil cosas más. De hecho, apenas acababa de bajarse del avión tras más de trece horas de vuelo cuando había tenido que subirse a ese mismo coche para participar en un programa de radio. Y de ahí al Villa Magna para dar una decena de entrevistas a distintos medios. Luego una ducha rápida, ponerse el traje y de nuevo al coche para ir a la gala. Suspiró agotado. Si al menos hubiera conseguido dormir en el avión..., pero tener el suelo a tantos kilómetros de sus pies no era algo que lo ayudara a relajarse, más bien al contrario. Y no era que fuera a tener mucho tiempo libre para descansar antes de que dieran las cinco de la mañana y tuviera que estar en Barajas para coger el vuelo que lo llevaría a su siguiente destino.

El tiempo libre se había convertido en un bien muy escaso para él.

Exhaló frustrado. No llevaba ni seis horas en España y todavía no había podido llamar a nadie. Ni siquiera a Cristina. De hecho, desde que había salido rumbo a Latinoamérica veinte días antes no había tenido tiempo de llamarla. Tal vez debería sacar el móvil y aprovechar ahora que tenía unos minutos libres antes de llegar a la gala.

Se palpó el bolsillo del pantalón, lo sacó, buscó en la agenda el número y marcó. O al menos lo intentó, porque en ese momento el teléfono mostró un mensaje de batería agotada y se apagó.

—Joder —masculló enfadado por su estupidez supina—. ¿Tienes algún cargador por ahí? —le preguntó a su acompañante.

—¿Que valga para esa reliquia? —Miguel observó desdeñoso el anticuado teléfono—. No. Deberías comprarte un aparato decente.

—Este lo es —masculló Raúl guardándolo frustrado en el bolsillo. El cargador estaba en el hotel, guardado en la maleta.

—¿Quieres el mío? —le dijo el productor tendiéndole el móvil al ver su gesto abatido.

—No me sé su número de memoria —masculló.

—¿Es a tu *script* a quien quieres llamar?

—Eso pretendía, sí.

Miguel sacudió la cabeza. Desde luego que le había dado fuerte con la chica.

—Mientras estabas atendiendo a la prensa he hablado con Rita. No han aparecido más casos que puedan relacionarse con la Vengadora Animal —comentó Miguel.

—Eso no es nada nuevo —murmuró Raúl, a quien el productor informaba regularmente.

—Y, según parece, la policía está siguiendo una pista que los ha llevado a atar bastantes cabos, solo es cuestión de tiempo que den con ella.

—¿Cómo lo sabes? —murmuró Raúl preocupado. No era Cristina, de eso estaba seguro, pero aun así...

—Rita tiene sus fuentes.

—Ya lo imagino. De todas maneras, de nada sirve que sigan otras pistas si la prensa no deja de verter sospechas sobre ella —masculló recostándose en el reposacabezas al sentir que el latido que le golpeaba las sienas estaba a punto de convertirse en un dolor de cabeza de proporciones astronómicas.

—Pronto llegará agosto y, con él, los posados veraniegos y las vacaciones de los famosos y el tema se tranquilizará.

—Quiero que se tranquilice ya —exigió.

—Sabes que no podemos hacer nada. Aunque, por lo que sé, la prensa le va a dar un respiro porque está centrando su atención en Kiko Rivera: por lo visto, se ha operado del estómago y todos los periodistas están siguiéndolo para confirmar si adelgaza o no.

—¿Una operación de estómago es noticia? —masculló Raúl mirándolo desdeñoso.

—Y una muy importante, a tenor de los medios que han destinado a seguirlo. Lo cual nos viene muy bien, porque Cristina y la Vengadora se están convirtiendo en un tema secundario.

Raúl lo miró esbozando una amplia sonrisa.

—Bueno es saberlo. Cuando vuelvan a molestarla, yo mismo me operaré si con eso consigo que la dejen tranquila —musitó.

—Tú ya estás demasiado delgado —masculló Miguel observándolo con atención.

Desde que había acabado el rodaje había perdido peso. No mucho, pero sí el suficiente como para que se le notara. Por lo visto, ahora que la *script* no estaba a su lado había vuelto a sus antiguas costumbres y olvidaba comer a no ser que se estuviera muriendo de hambre.

—Cohn, Larraín, Almodóvar, Bayona y Mendonça Filho están nominados a mejor director —comentó para darle conversación al ver que comenzaba a quedarse dormido—. ¿Quién crees que ganará?

—Almodóvar. *Julieta* es una obra de arte, aunque *El ciudadano ilustre* y *Neruda* también son magníficas —aseveró Raúl parpadeando para intentar mantener los ojos abiertos.

—¿Bayona no? *Un monstruo viene a verme* es deliciosa.

Raúl se encogió de hombros, realmente le daba igual quien ganara. Sus ojos se cerraron sin que pudiera evitarlo.

—No te duermas, te necesito despierto cuando lleguemos a la gala.

—Lo estaré —murmuró sintiendo que el sueño lo vencía.

\* \* \*

—No pienso tragarme este coñazo —masculló una mujer de mediana edad, pelo negro surcado de canas y una cara mucho más arrugada de lo que le correspondería por sus años.

—Mujer, la niña quiere ver a su...

—Tú, a callar, que nadie te ha dado vela en este entierro —le gritó al hombre que estaba sentado a su lado en el viejo sillón, vestido con unos calzoncillos más amarillos que blancos y una camiseta interior de tirantes con círculos de sudor en las axilas y el pecho—. La tele es mía y no quiero ver esta mierda.

—No cambies de canal —susurró Cristina con tono frío desde su lugar en el suelo.

—Tú a mí no me das órdenes.

Cristina miró a la mujer sin revelar ninguna emoción y metió la mano en el bolsillo para sacar un billete de veinte que sujetó entre los dedos índice y corazón. Se lo enseñó, apartándolo cuando ella trató de agarrarlo.

—Hasta que acabe la gala —le dijo manteniendo el billete a buen recaudo.

—Es muy larga y aburrida, si me la tengo que tragar entera te costara más que eso.

Cristina sacó otro billete del mismo importe.

La mujer sonrió artera antes de asentir, momento en que le fue entregado el pago.

—Sí que debe de follar bien para que estés tan encoñada con él que incluso pagues por verlo..., a pesar de que él no parece acordarse de ti —se burló guardándose el dinero en el escote.

—Mujer, no le digas eso a la niña —protestó el hombre con voz pastosa.

—No te preocupes, Luis, ya sabemos lo agradable que es siempre mi madre —replicó Cristina antes de volver a centrar toda su atención en la tele, por la que en ese momento empezaban a retransmitir la gala de los Premios Platino en La 1.

—Desde luego, con traje está para mojar pan —masculló la madre cuando el director de cine con el que relacionaban a su hija apareció en la alfombra roja.

Cristina la ignoró, todos sus sentidos centrados en el hombre que posaba impaciente para la cámara. Se había cortado el pelo y el flequillo ya no le caía sobre los ojos, mostrando sin obstáculos su penetrante mirada. No sonreía y parecía cansado, también estaba más delgado. Pero seguía tan inquietantemente atractivo como siempre o incluso más. Lo cierto era que estaba arrebatador con ese traje negro que le sentaba como un guante y que tan bien llevaba con ese porte tan recto y elegante que solo él sabía mostrar.

—El traje tiene toda la pinta de estar hecho a medida, debe de haberle costado un ojo de la cara —señaló su madre observándolo con ojo crítico—. Si hubieras sido más lista de lo que normalmente eres, te habrías quedado preñada de él. Así tendríamos el futuro asegurado, seguro que está forrado.

Cristina no se molestó en responder. Sabía demasiado bien lo que su progenitora pensaba de su relación con el director. Se había ocupado de repetírselo hasta la saciedad durante cada uno de los días que llevaba alojada en su casa. Y lo más gracioso de todo era que no tenía ni idea de nada, ya que solo sabía lo que había visto por la tele, pues ella, que era la protagonista, no le había contado nada. Ni se lo contaría.

—Pero no —prosiguió su madre al ver que no le respondía—, ni siquiera me dejas hablar con la prensa sobre él, y seguro que pagarían un buen dinero por saber cómo es en la cama.

—Hazlo, yo no te lo impido.

—Tú no, pero Gavril sí, y cualquiera lo desobedece —dijo la mujer con un escalofrío.

Cristina esbozó una ladina sonrisa y continuó sentada en el suelo, atenta a cada segundo de las más de tres horas que duró la gala, grabándose en la

retina cada momento que Raúl aparecía en pantalla.

—Ya no parece tan aburrido —comentó maliciosa su madre cuando lo sacaron bromeando con la actriz que estaba sentada a su lado—. De hecho, yo incluso diría que está de lo más animado —afirmó cuando la intérprete se volvió hacia él con una enorme sonrisa en los labios para deslizarle la mano por la mejilla y hundir los dedos en su pelo entrecano.

Cristina apretó los dientes al ver que otra lo acariciaba como ella solía hacerlo mientras hacían el amor.

—Ese moja esta noche —aseveró su madre.

—No tiene por qué —replicó ella sin poder evitarlo, odiándose por caer en su juego.

—Claro que sí, es un hombre. Y además es guapo y tiene dinero. Ese es de los que follan cada noche —sentenció sonriendo con perversidad—. Y seguro que ya tiene una cita planeada.

—Eso no puedes saberlo.

—Di que sí, Cristina. Tu madre no sabe lo que es el amor —musitó Luis antes de soltar una atolondrada risita.

—Tú cállate, gilipollas —lo regañó la madre para luego mirar socarrona a Cristina—. No seas idiota, niña, claro que tiene un coño preparado para esta noche, porque, si no fuera así, ¿por qué no te ha llamado? Está en Madrid, a menos de media hora en coche de aquí. Bien podría haberte llevado con él a la gala...

—No lo ha hecho porque tenemos que mantenernos separados por la prensa. No es bueno que tomen fotos nuestras ahora.

—No seas estúpida, niña, la prensa lleva días sin acordarse de tu existencia por culpa del Kiko. De sobra podría haber mandado un coche a por ti para reuniros tras la gala y llevarte a un hotel para follarte —resopló la madre, sin que le importara que Cristina se llevara la mano al antebrazo y comenzara a frotarse la piel—. Lo habrías montado hasta dejarlo seco, y él, como pago, te habría regalado alguna pulsera de esas caras o un collar...

—No soy ninguna puta para que haga eso —masculló Cristina.

—Claro que sí, todas las mujeres lo somos por el precio adecuado.

—Yo no.

—Porque eres una pobre desgraciada que folla gratis, y por eso jamás conseguirás tener nada de valor —aseveró burlona.

«Pero yo no quiero nada de valor, solo lo quiero a él», pensó Cristina, clavándose las uñas en el brazo al ver que él le hacía otra carantoña a su compañera de butaca.

Poco después, la madre se durmió dándole un respiro que le permitió ver lo que quedaba de la gala sin tener que sufrir sus comentarios sobre cómo él charlaba encantado con su compañera de butaca. O sobre la cantidad de veces que giraba la cabeza y le sonreía con mirada cómplice. O sobre cuán a menudo le cogía las manos para llevárselas a los labios.

Y cuando ambos subieron al escenario para entregar uno de los premios, observó sin pestañear cómo la guiaba por el escenario tomándola por la cintura, para luego retirarse de la misma manera, como si fueran una parejita feliz.

Esperó a que terminara la gala, se levantó del suelo y se dirigió a su cuarto para encerrarse en él.

No pasó más de media hora antes de que su madre entrara sin llamar.

—Anda que te has molestado en despertarme, desgraciada —le recriminó enfadada por el dolor de cuello que la mala postura le había producido—. Me has hecho tragarme esa mierda para que tú pudieras babear por un hombre al que no has sabido atrapar y encima me dejas que me pudra en el sillón sin despertarme —prosiguió furiosa, aunque se calló al ver que su hija se mantenía inmóvil en la cama, con las piernas cruzadas estilo indio y la mirada fija en el móvil que estaba frente a ella en el colchón. Un brillo perverso iluminó su mirada—. ¿De verdad estás esperando a que te llame? —dijo con crueldad—. No seas estúpida, niña, hace ya un buen rato que acabó la gala, si hubiera querido ya te habría llamado. Ahora mismo estará entre las piernas de esa zorra, que ha sido más lista que tú y se lo está beneficiando —afirmó con una sonrisa aviesa.

—¡Cállate! —gritó Cristina saltando de la cama para enfrentarse a ella—. ¡Cierra la puta boca de una jodida vez!

—A mí no me hables así —jadeó la madre, dando un paso atrás al percatarse de que tal vez había ido demasiado lejos.

—Te hablo como me da la gana —masculló acercándose a ella con elegancia felina hasta que sus caras estuvieron tan juntas que la mujer podía sentir su aliento en la piel.

—Soy tu madre, no puedes...

—Y yo estoy loca —dijo Cristina muy despacio, paladeando las palabras—. No sé si te conviene enfurecerme —musitó con voz ronca y las pupilas tan dilatadas que sus ojos parecían negros en lugar de verdes.

—Por supuesto que estás loca —masculló asustada dando media vuelta para salir del cuarto.

Cristina llegó hasta la puerta y la cerró con un tremendo golpe. Luego se volvió hacia la cama y cogió el móvil con suavidad para, acto seguido, lanzarlo con todas sus fuerzas contra la pared a la vez que exhalaba un feroz alarido de dolor. Seguía gritando cuando lo recogió y lo estrelló una y otra vez contra la esquina del escritorio hasta que acabó reventado. Luego agarró la tableta y, sin dejar de aullar su rabia, la tiró al suelo para pisarla furiosa hundiendo el talón descalzo en la pantalla, sin importarle que los cristales se clavaran en su piel. No se detuvo hasta que solo quedó un amasijo de cristales y microchips en el suelo decorado con gotas de sangre.

Se dio la vuelta, escudriñando el dormitorio en busca de algo más para romper, y lo encontró en el *e-reader*. Lo cogió enfurecida, dispuesta a destrozarlo también, pero se detuvo antes de estrellarlo contra el suelo. Lo miró sintiendo un conocido escozor en los ojos, la rabia comenzaba a diluirse en lágrimas. Se sentó en la cama, lo encendió y buscó su escena favorita para llorar.

Tiempo después, con la cara manchada por las lágrimas y la garganta dolorida de tanto gritar, abrió el cajón de su mesilla y sacó la gargantilla de pinchos con la cuchilla colgando de ella. La acarició despacio y luego buscó en el fondo del cajón las afiladas tijeras que guardaba allí. Les dio vueltas entre los dedos antes de aferrarlas con fuerza y comenzar a utilizarlas.

Ni su madre ni su padrastro se atrevieron a entrar en su cuarto esa noche.

\* \* \*

—¿Seguro que no te apetece subir a mi habitación y jugar un poco? —le susurró Mabel Vargas al oído a la vez que deslizaba la mano peligrosamente cerca de su entrepierna.

—Seguro —replicó Raúl sujetándole la muñeca—. Tengo que estar en el aeropuerto dentro de tres horas y prefiero emplearlas en dormir.

—Qué soso te has vuelto —murmuró la actriz con la que había pasado toda la gala coqueteando—. Antes eras mucho más divertido.

—Qué le voy a hacer, me he hecho mayor.

Ella estalló en una sensual carcajada al oírlo.

—Ay, querido, tu problema no son los años, sino el amor. Esa dulce mosquita muerta con la que te han cazado te tiene bien pillado —afirmó divertida, todo rastro de sensualidad borrado de su voz—. Ya puedes darte prisa en llamarla y explicarle que todo ha sido un montaje o te hará sufrir de lo lindo hasta que te perdone.



—Eso no me preocupa, lo entenderá. Sabe cómo funciona este mundo —replicó Raúl—. Muchas gracias por prestarte a esta farsa.

—En absoluto, gracias a ti. Eres una estrella en alza, y con este juego me acabas de proporcionar publicidad para unos cuantos días, los justos para subir el caché de mi próximo contrato —dijo encantada—. Espero volver a verte pronto.

—Seguro que sí. Por lo visto, he vuelto de nuevo al circuito —replicó él despidiéndose al ver que el Mercedes que lo trasladaba de un sitio a otro paraba cerca de él.

—Menuda jugada has hecho, Garrido —le soltó Miguel en el momento en que entró en el coche—. Mañana toda la prensa rosa del país estará comentando que tienes nuevo amor...

—Y Mabel se encargará de alargar el misterio dando pistas sin concretar —señaló Raúl deshaciéndose de la cortaba y la chaqueta.

—A tu novia no le va a sentar nada bien.

—La llamaré para explicárselo —replicó mientras se desabrochaba los puños de la camisa para remangársela.

Se recostó en el asiento y sonrió al pensar en cómo había cambiado la noche. En lugar de ser una velada aburrida y monótona, se había convertido en un juego del gato y el ratón. Él era el gato, y la cámara, el ratón.

Nada más ocupar su butaca y ver quién se sentaba a su lado, se le había ocurrido el plan perfecto para desviar la atención de la prensa sobre Cristina. Conocía a Mabel Vargas desde hacía años, y sabía que se podía confiar en ella. Así que no había dudado en susurrarle su propuesta. Ella había aceptado gustosa, y habían pasado la noche coqueteando para la cámara. Ahora solo había que esperar el resultado.

En el momento en que el Mercedes paró en la entrada del Villa Magna, saltó del coche y se dirigió a su habitación. Abrió la maleta que había dejado sobre la cama antes de que lo reclamaran para la ronda de entrevistas, sacó el cargador de su viejo móvil y lo enchufó presuroso. Mientras esperaba a que se cargara lo suficiente para encenderlo, sacó la ropa que usaría para viajar y luego cogió el móvil, lo miró fijamente y volvió a dejarlo en la mesilla.

Pasaban de las dos de la madrugada, no eran horas de llamar.

Y por ese motivo llevaba más de dos semanas sin hablar con Cristina. Porque nunca estaba libre a una hora decente de llamar. Arrugó el ceño al pensar, no por primera vez en esos quince días, que debería ceder y comprarse un móvil más moderno. Uno que le permitiera mandar wasaps. Seguro que el

de ella podía enviarlos y recibirlos, y así al menos podrían hablar, aunque fuera en diferido.

Sacudió la cabeza al darse cuenta de que se estaba engañando a sí mismo. Puede que su móvil arcaico no tuviera esa app, pero sí tenía SMS, que más o menos venía a ser parecido. Y aún no se había molestado en mandarle ninguno. Se tumbó en la cama y fijó la vista en el techo. A fuer de ser sincero, tenía que reconocer que no le escribía un SMS por una cuestión de, podía decirse, principios.

Se había separado de ella estando muy enfadado, y su intención era llamarla en cuanto tuviera un instante libre para aclarar las cosas y exigirle que no volviera a ocultarle nada. Pero no había tenido tiempo, o al menos tiempo a una hora prudencial. Eso sí era cierto. Y lo que también era cierto era que podría haberle escrito un SMS, pero no había querido. Odiaba las nuevas tecnologías, era un hombre de viejas costumbres y ni entendía ni soportaba las nuevas formas de relacionarse. No quería hablar con ella a través de mensajes aplazados, sino mantener una conversación en la que los dos participaran al mismo tiempo.

Y así estaba ahora, echando tanto de menos su voz que hasta le dolía.

Volvió a mirar el móvil. Si esperaba al día siguiente para llamarla, como llevaba haciendo desde hacía dos semanas, era muy probable que surgiera algo que le impidiera hacerlo.

Cogió el teléfono y marcó su número.

La voz monótona de una grabación lo informó de que estaba desconectado o fuera de cobertura.

### ***Miércoles, 26 de julio de 2017, Liubliana (Eslovenia)***

Raúl se llevó la mano a la oreja para apretar contra ella el auricular a través del cual escuchaba la traducción al español de las palabras del presentador. Esperó a oír la pregunta completa y, esbozando una agradable sonrisa, procedió a soltar el mismo discurso que ya había pronunciado en más ocasiones de las que podía recordar. Y, por extraño que pareciera, cada vez que lo hacía se sentía igual de exultante y entusiasmado. Aborrecía las entrevistas porque odiaba hablar de su vida privada, pero en otros países el interés de la prensa rosa desaparecía al no tener él ninguna relación personal con nadie de allí, de manera que las preguntas versaban exclusivamente sobre su trabajo. Sobre los prolegómenos de la serie, los nuevos episodios que

comenzarían a rodar y el elenco de actores. Y también parecía haber un especial interés en saber si le habían llegado guiones que le despertaran las ganas de volver a rodar películas para la gran pantalla, o si, por el contrario, iba a centrarse solo en la televisión. Por supuesto, siempre se escapaba alguna pregunta sobre su vida personal, sobre todo en relación con Cristina, pero había aprendido a usar el mismo método que ella, es decir, responder con cualquier cosa que no tuviera nada que ver. Y parecía que daba buen resultado porque, tras insistir un par de veces, acababan por dejarlo en paz.

Así que respondió animado a la entrevista, jugó a los desafíos que le propuso el presentador, flirteó con el público, gastó bromas, aunque no muchas, y cuando por fin terminó el programa se dirigió al coche que lo esperaba fuera del estudio para llevarlo al hotel.

—Has estado espectacular —lo felicitó Rita cuando se montó en el vehículo. Ahora que Miguel estaba haciendo una ronda por toda Europa intentando vender la serie y otros programas de la productora, la publicista era la encargada de vigilarlo—. Cuando te lo propones, eres muy carismático. Sobre todo cuando te desabrochas los dos primeros botones de la camisa y te la remangas mostrando los antebrazos. Sabes que los tienes muy... inspiradores, ¿verdad? Tenías a todas las féminas del plató pendientes de cada uno de tus movimientos.

Raúl arqueó una ceja con incredulidad antes de sacudir la cabeza.

—¿Se sabe algo de Cristina? —inquirió ignorando sus comentarios.

—¿No vas a preguntar por los índices de audiencia de *Besos robados*? Hoy han emitido el último episodio.

Raúl fijó en ella una mirada penetrante que en lugar de molestarla le hizo sonreír.

—Mira así a cámara mañana, cuando vayas a Lisboa, y conseguirás que nos compren los derechos para Portugal —murmuró encantada.

La serie se estaba vendiendo de maravilla. En Latinoamérica había sobrepasado todas las expectativas, y varias cadenas se habían apresurado a comprarla dado la gran audiencia que tenía y lo mucho que la reclamaban sus espectadores. Pero la sorpresa había llegado cuando varias televisiones europeas se habían interesado por ella. Y ya eran tres países, Eslovenia incluida, los que estaban estudiando los contratos. Lo que significaba que Raúl estaba de gira promocional, vendiendo la serie de programa en programa para cebar el interés del público y ayudar en las negociaciones.

—¿Habéis conseguido hablar con Cristina? —reiteró él con tono enfadado.

—Todavía no.

Raúl echó la cabeza hacia atrás con furia a la vez que golpeaba el asiento con el puño. Había intentado llamarla varias veces desde el sábado y el resultado siempre era el mismo, el móvil estaba apagado o fuera de cobertura. Así que le había mandado varios SMS, a los que tampoco había contestado. Incluso había querido mandarle un *e-mail*, pero por lo visto no tenía cuenta de correo, o, si la tenía, no se la había facilitado a María. Por eso le había pedido a Rita que tratara de localizarla.

—¿Has mandado a alguien a su casa?

—Sí, pero según su madre ha salido de viaje y no sabe cuándo regresará.

—Y ¿quién ha ido para asegurarse de que ha dicho la verdad? —musitó Raúl. Dudaba que Cristina se prestara a fingir que no estaba en casa para no hablar con nadie relacionado con él, pero con ella nunca se sabía.

—Ha ido Neus, y dice que no sabe qué pensar. Por lo visto, su madre es una señora... peculiar.

—Consígueme su dirección y un vuelo a Madrid mañana a primera hora —exigió Raúl.

—Tienes que estar en el plató de Lisboa a las diez de la noche.

—Estaré.

—Muy bien. Tu vuelo para Madrid sale a las siete y cuarto de la mañana. Llegarás a las doce a Barajas. Te estará esperando un coche para dejarte en su barrio, el mismo que te recogerá allí, o donde tú le digas, a las cinco para trasladarte al aeropuerto. Tienes que tomar el vuelo de las siete para Lisboa —dijo tendiéndole un sobre.

Raúl lo agarró mirándola perplejo.

—No me mires así. Aunque no te lo creas, yo también tengo mi corazoncito, y ver sufrir a un director tan valioso y atractivo me lo rompe en pedazos —murmuró burlona—. Además, de nada me sirves huraño y antipático, y eso es lo que sucederá si no ves por ti mismo que ella está bien y no responde a tus llamadas porque está cabreada por tu fingido *affaire* con Mabel.

—Gracias —musitó Raúl sacando los billetes de avión que contenía el sobre.

—Un placer. Ah, por cierto, me debes una. No lo olvides.

*Jueves, 27 de julio de 2017, Madrid*

Raúl revisó los titulares de la prensa rosa al pasar frente a una tienda del aeropuerto y se detuvo para comprar las revistas en las que Mabel afirmaba que no había nada entre ellos, aunque por supuesto lo hacía de tal forma que daba a entender que sí que lo había, pero no podía contarlo. Se entretuvo en leerlas durante el largo trayecto en coche —más de una hora— hasta el barrio de Cristina. Por lo visto, la prensa no paraba de hacer cábalas sobre ellos, aunque ya había varias voces que sugerían que había sido visto en compañía de una preciosa mujer en Eslovenia. También en Croacia y Eslovaquia. Sonrió burlón. Al parecer, se había abierto la veda para liarlo con modelos. Revisó las revistas en busca de alguna noticia sobre Cristina y, al no encontrar nada, le preguntó al chófer. No era su trabajo estar informado sobre ella, pero nada perdía por preguntar. Hizo bien. Porque sí estaba informado. Por lo visto, en las esperas entre trayectos acostumbraba a ver la tele, y en las primeras horas de la tarde solo había telenovelas y programas de cotilleos, y prefería estos últimos.

Gracias a él se enteró de que se había formado un buen revuelo tras su coqueteo con Mabel Vargas y, por lo que parecía, habían intentado localizar a la novia burlada, pero esta había desaparecido del mapa y nadie era capaz de encontrarla. Entre eso y que no habían vuelto a salir más casos que pudieran vincularse con la Vengadora, el interés por ella había decaído, y ya llevaban varios días sin mencionarla en la tele.

Raúl sonrió aliviado y le dio una buena propina cuando paró el coche en su destino. Quedó en llamarlo para informarlo del lugar en el que tendría que recogerlo y se apeó.

El abrasante calor de finales de julio lo golpeó con fuerza, haciéndole desear haberse vestido con algo más ligero que los vaqueros y la camisa de manga larga. Se desabrochó los dos primeros botones y se remangó,

recordando con diversión el comentario que había hecho Rita sobre sus antebrazos. En realidad, lo que más adoraba Cristina de su cuerpo era el pecho. O, mejor dicho, el vello que se lo cubría. Estuvo tentado de desabrocharse un tercer botón, pero se contuvo; llevar la camisa tan abierta lo haría parecer un macarra.

Se metió las manos en los bolsillos buscando el papel con la dirección que Rita le había facilitado. Leyó la calle y echó a andar.

El barrio de Cristina estaba junto a un viejo polígono industrial en desuso. Era un suburbio de casas bajas, calles laberínticas de difícil acceso y pequeños y descuidados parques en los que algunos niños jugaban sin que pareciera haber nadie vigilándolos. De hecho, no había ningún adulto por allí, exceptuando el grupo de hombres que estaban junto a un coche aparcado sobre la acera bajo la sombra de un árbol. Mantenían las puertas abiertas y del interior salía música extraña cantada en un idioma aún más extraño.

Se encaminó hacia allí tras dar un par de vueltas por la zona buscando la calle en la que vivía Cristina, sin encontrarla. Pero se detuvo al ver que uno de ellos se metía en el coche con otra persona recién llegada y tenía lugar un sospechoso intercambio.

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia donde unos niños jugaban; tal vez pudieran indicarle. Una niña de unos diez años le salió al paso, sus enormes ojos azules mirándolo con una perspicacia nada propia de su corta edad.

—¿Tú eres el que sale en la tele? —le preguntó cruzándose de brazos con una fiera mirada.

—Depende —replicó él esbozando una sonrisa jovial a la vez que se acuclillaba para poner sus ojos a la altura de los de ella. Esa niña apuntaba maneras de líder—. ¿Por qué quieres saberlo?

—Porque, si eres tú, yo sé qué has venido a buscar.

—¿Ah, sí? Ilústrame.

Ella entornó los ojos enfadada.

—No sé lo que significa esa palabra.

—Perdona, qué torpeza la mía. Me refería a que me encantaría saber qué es lo que crees que busco.

—A Cristina.

Raúl la miró perplejo, ¡vaya si era lista la cría!

—¿Sabes dónde está?

—¿Lo sabes tú? —replicó la niña alzando la barbilla como una reina.

—No, por eso la estoy buscando. Tengo la dirección de su casa, pero no consigo encontrar la calle. ¿Podrías guiarme? —dijo enseñándole el papel.

La cría se lo guardó en el bolsillo sin leerlo, dio media vuelta y echó a andar.

Raúl se apresuró a seguirla.

Lo guio por calles enmarañadas que de repente se cortaban para continuar tras un brusco giro hasta que se paró en una estrecha plaza frente a un edificio de cuatro plantas con pintadas en las paredes y los cristales del portal reventados.

—Es aquí —dijo la niña, alzando la cabeza para mirarlo enfurruñada.

—Muchas gracias, princesa. —Sacó unas monedas del bolsillo de los vaqueros y se las puso en la mano—. Para que te compres unas chuches.

La niña miró las monedas, luego a él y a continuación se las lanzó a la cara para después dar media vuelta y alejarse con la dignidad de una reina.

Raúl la miró pasmado. Vaya genio tenía esa cría. Estaba a punto de girarse para entrar en el portal cuando vio a un hombre parado en la entrada de la plaza, aunque un segundo antes esta estaba desierta. Lo observó con los ojos entornados. Era uno de los que estaban junto al coche en la entrada del barrio; habría reconocido la hortera camisa azul cielo con estampado de animales a una legua de distancia. La niña se acercó a él y lo que le dijo lo hizo levantar la cabeza y mirar a Raúl fijamente antes de ordenarle algo a la cría y que esta saliera corriendo como alma que llevaba el diablo.

El director sacudió la cabeza extrañado por la mirada que el hombre le lanzaba y, sin pensarlo más, buscó en el cuadro de telefonillos el piso de Cristina. Pulsó el timbre, pero este no sonó, y como tampoco respondió nadie intuyó que estaba estropeado. Probó a empujar la puerta. También debía de estar rota, porque se abrió sin problemas. Entró y recorrió el oscuro vestíbulo sintiendo bajo las suelas de los zapatos las bombillas rotas. Llegó al ascensor, lo llamó y, como parecía ser habitual en ese lugar, no funcionó. Así que subió la escalera hasta el tercero. Al llegar al descansillo probó suerte con el timbre, y este, milagrosamente, sí sonó.

Una mujer de edad indefinida y pelo oscuro que guardaba un lejano parecido con Cristina abrió la puerta lo justo para asomar la cabeza. Lo miró molesta antes de que un brillo de reconocimiento le iluminara los ojos y todo su rostro cambiara al esbozar una sonrisa tan falsa como las que a menudo mostraba Cristina.

—¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó zalamera echando los hombros hacia atrás para que sus tetas asomaran por el amplio escote de la camisola de tirantes que vestía.

—Estoy buscando a Cristina.

—Oh, no está, pero seguro que no tarda en llegar. Si quiere pasar —abrió la puerta de par en par.

—Mariana, ¿quién es? —gritó un hombre desde el interior de la casa.

—Un amigo de la niña —respondió ella a la vez que le indicaba a Raúl que pasara.

Y él entró en esa casa que olía a tabaco añejo, hierba dulzona y sudor rancio.

—Luis, vete a vestir, que tenemos un invitado —gritó la mujer a la vez que lo guiaba por un pasillo abarrotado de trastos en diferentes estados de abandono y suciedad.

Un hombre en calzoncillos salió al pasillo con gesto asombrado.

—¿Un invitado?

—Ya te lo he dicho, es un amigo de la niña.

—Pues parece el tipo ese de la tele —replicó el hombre rascándose las joyas de la familia—. El que le ha puesto los cuernos a la niña...

—Seguro que hay una explicación para eso —replicó la mujer sonriendo a Raúl para luego mirar enfadada a su marido—. Vete a cambiar, vamos, no seas pesado —lo increpó furiosa.

—Pero ¿por qué lo has hecho pasar si la niña no está? —musitó con sus pequeños y brillantes ojitos fijos en Raúl.

Y este, conocedor de primera mano de los efectos de varios tipos de droga, no pudo evitar pensar que el padre de Cristina llevaba un colocón de marihuana impresionante.

—Pero volverá —replicó la mujer empujando a su marido para hacerlo andar.

—Un año de estos... —musitó el hombre sonriente a la vez que se rascaba a placer el trasero. Entró en un cuarto. Y volvió a salir al instante—. ¿Qué me has dicho que haga?

—¡Que te vistas, coño! —le gritó ella—. Disculpe a mi marido, acaba de despertarse y está todavía dormido —dijo esbozando una agradable sonrisa a la vez que empujaba a Raúl al comedor.

Nada más entrar, se sintió tentado de abrir las ventanas y ventilarlo. Si la casa olía mal, el olor que había allí era capaz de colocar a cualquiera. Y eso por no hablar de la montaña de ropa usada y maloliente que había sobre uno de los sillones, o de los platos con comida mohosa que había sobre la mesa, o de la capa de polvo que cubría los muebles.

La mujer pareció intuir su malestar, porque se apresuró a abrir la ventana. Aunque no por eso quitó el aire acondicionado que tenía a toda potencia en el



salón.

—Y, dígame, ¿por qué busca a mi hija?

—Tengo asuntos que tratar con ella —dijo Raúl por toda respuesta—. ¿Sabe si tardará mucho en volver? —inquirió algo mosqueado por el comentario del hombre acerca de que volvería «un año de estos».

—Con la niña nunca se sabe —replicó la mujer compungida—. Le ofrecería algo de beber, pero en esta casa somos pobres y no nos sobra el dinero para comprar bebidas.

—¿Ah, no? —murmuró el hombre entrando en el salón. Seguía llevando los calzoncillos, pero se había puesto una camiseta interior de tirantes. Y sujetaba en la mano dos cervezas que miraba ensimismado—. Pues en la nevera hay unas cuantas. Supongo que será porque hoy es día 10 y acabamos de cobrar el paro —musitó tendiéndole una a Raúl, sin caer en la cuenta de que, en realidad, estaban a final de mes.

Él la cogió, giró la cabeza hacia la mujer y arqueó una ceja.

Ella se encogió de hombros y, tras apartar a su marido de un empujón, se sentó junto al director.

—Entonces... ¿echa de menos a nuestra querida niña y por eso ha venido a buscarla?

—Pues lo va a llevar crudo para encontrarla —musitó el marido soltando una risita enajenada.

—¡Luis! —gritó la mujer dándole un fuerte codazo.

—¿A qué se refiere? —inquirió Raúl inclinándose para poder ver al hombre que en ese momento se quejaba dolorido.

Este se llevó un dedo a los labios en un gesto inequívoco de que iba a mantener la boca cerrada.

—Lo siento, señora, pero de verdad que no tengo tiempo para esto —masculló Raúl levantándose. Le quedaban pocas horas para que el coche pasara a recogerlo y no estaba dispuesto a perder más tiempo—. ¿Puede decirme dónde está? Me gustaría ir a buscarla.

—Ha salido —afirmó ella levantándose a su vez.

Su marido la imitó al tiempo que asentía con la cabeza.

—Y ¿cuándo va a volver?

—Pronto.

Tras ella, el hombre negó varias veces antes de marearse y dejarse caer en el sillón.

—No tiene ni idea de dónde está —masculló Raúl furioso.

—Pues verá...

El hombre afirmó tras ella. Y la mujer debió de ver con el rabillo del ojo su movimiento, porque se volvió como una exhalación para darle un bofetón tan fuerte que le giró la cara.

—No haga caso a mi marido —dijo mirando de nuevo a Raúl con una plácida sonrisa—. Como ve, está un poco perjudicado.

—De eso no cabe duda.

—La verdad es que no sé dónde está la niña, pero antes o después se le acabará el dinero y tendrá que volver. Y cuando lo haga puedo avisarlo.

—Si lo hiciera, le estaría muy agradecido. —Raúl sacó de la cartera una tarjeta con su teléfono.

—El problema es que, como le he dicho, somos una familia pobre y las llamadas valen dinero —señaló ella sin coger la tarjeta.

—Claro, no me había dado cuenta de eso —aceptó Raúl sacando un billete de veinte.

—¿Solo eso? Yo diría que mi niña vale mucho más —dijo la mujer arqueando una ceja.

—Ahórreme el sufrimiento y dígame cuánto más.

La mujer se mordió los labios pensativa antes de pedirle ciento veinte euros.

—Desde luego, las llamadas no son baratas en su casa —gruñó Raúl sacando esa cantidad de la cartera. Pero no permitió que la cogiera—. Me llamará en el mismo momento en que Cristina aparezca.

—Por supuesto. —Aceptó tan rápido que Raúl no tuvo dudas de que no iba a hacerlo.

—Llámeme, y cuando venga a por ella le pagaré el doble de lo que le doy ahora —afirmó asqueado, poniéndole el dinero en la mano.

—No dude que lo haré —dijo ella lamiéndose los labios con lascivia.

Raúl la observó con desagrado y luego enfiló hacia la salida. Se detuvo al pasar frente a una habitación que no encajaba en la casa. Estaba limpia, los muebles, aunque viejos, parecían bien cuidados y no había ropa tirada por todas partes.

—¿Es la habitación de Cristina? —preguntó interesado.

—Podría serlo —dijo la mujer tras él—. Lo siento, no puede entrar —se interpuso cuando trató de traspasar la puerta—. Es la habitación de mi niña, no puedo permitir que invada su intimidad.

—¿Ni siquiera por cincuenta euros? —masculló Raúl sacando esa cantidad de su cada vez más vacía cartera.

—Siempre se puede hacer una excepción...

Él alzó el brazo, apartando el billete de su alcance antes de que lo agarrara.

—Su marido entra conmigo —dijo con tono rotundo.

—¿Por qué?

—Porque me apetece hablar con el padre de Cristina.

—No es su padre. Ese se fue a por tabaco hace años y aún no ha vuelto —replicó burlona antes de girarse hacia el pasillo—. ¡Luis! ¡Ven al cuarto de la niña!

El hombre apareció tambaleante por el pasillo, entró en el dormitorio y se tumbó en la cama. Raúl entró tras él y cerró la puerta dejando fuera a la madre. Si tenía que soportar su presencia un segundo más, podría cometer un homicidio.

—No debería haberle puesto los cuernos a la niña, le hizo daño —murmuró de repente el hombre.

—No se los puse.

—Todo el país piensa lo contrario.

—¿Cristina también?

—No es muy habladora, así que es difícil saberlo —murmuró el hombre—. Pero esa noche se enfadó mucho y rompió sus cosas..., y luego se cortó el pelo.

—¿Qué rompió?

El hombre señaló un cajón de la mesilla. Raúl lo abrió y encontró en su interior un móvil hecho añicos y la tableta que le había regalado con el cristal reventado y las tripas fuera.

—Mariana se puso hecha una fiera cuando lo vio —comentó Luis encogiéndose de hombros—. Y la verdad es que tenía razón, si pensaba romperlo bien podría habérselo dado para revenderlo antes de destrozarlo. El dinero no nos sobra —musitó rascándose la tripa.

«Pero bien que os llega para las cervezas, la marihuana y el aire acondicionado», pensó Raúl, aunque eso no lo dijo.

—¿Sabe dónde puedo encontrarla? —El hombre negó con un descoordinado movimiento de cabeza—. ¿Tal vez haya ido a ver a su hermano? ¿Podría decirme dónde vive?

—¿Su hermano? No tiene ninguno.

—Sí lo tiene.

—¿Usted cree? —Luis lo miró dudoso antes de gritar con toda la fuerza de sus pulmones, que no era poca—: ¡Mariana! ¿Cuántos hijos tienes? ¿Uno o dos?

—¡Pero ¿qué gilipolleces preguntas?! ¡Una, y ya es más que suficiente!  
—llegó la voz de ella desde el otro lado de la puerta.

—Ya lo ve, solo uno —murmuró Luis metiéndose las manos bajo el calzoncillo para rascarse las bolas con ganas.

—Pero Cristina siempre habla de su hermano...

—Ni idea. La pobre está loca —afirmó Luis llevándose un dedo a la sien para hacerlo girar en el aire en el gesto universal de «está como una cabra»—. Tal vez ve fantasmas, como el crío de la película esa..., ¿*El octavo sentido*?

—*El sexto sentido* —lo corrigió Raúl—. Y Cristina no está loca.

—Sí lo está, por eso va a un loquero.

Raúl lo miró petrificado, y eso tal vez animó al hombre a hablar.

—Mariana dice que es una loca violenta y peligrosa, pero yo nunca le he visto hacer daño a nadie, y eso que su madre a veces se merece un buen escarmiento y la niña nunca se lo da —murmuró bajando la voz.

—¿Acude a un psiquiatra?

—Eso dice ella —dijo el hombre encogiéndose de hombros.

—¿Cuándo? —inquirió confundido. Había pasado a su lado cinco meses y jamás le había dicho nada.

Aunque en realidad sí se lo había dicho.

Solo que él nunca la había creído.

—No se moleste, ya sé cuándo. Los viernes. El primero de cada mes —murmuró recordando cuándo había faltado—. ¿Sabe desde cuándo va?

El hombre lo pensó un largo instante antes de contestar.

—Cuando me lie con la Mariana, la niña ya iba al loquero.

—Y ¿lleva mucho tiempo liado con su mujer? —inquirió Raúl, comenzando a perder la paciencia.

—Una eternidad —resopló el hombre.

—¡Te he oído, hijoputa! —llegó el aullido furioso de Mariana desde el otro lado de la puerta.

—¡Cállate, guarra asquerosa, ahora estoy hablando yo! —fue la inmediata e inesperada respuesta del hombre.

La mujer respondió con más perlas parecidas y él le contestó, enzarzándose en un duelo de insultos de lo más desagradable.

Raúl los ignoró mientras recorría con la mirada el dormitorio, prestando atención a todo lo que había en él, que, la verdad, era bien poco. No había recuerdos ni cuadros ni adornos. Tampoco libros. Y se suponía que debería haberlos, porque ella le había dicho que guardaba allí los que estaban firmados por las autoras.

—¿Dónde guarda sus libros? —inquirió interrumpiendo una de las florituras que Luis le estaba soltando a su mujer.

—Los tiene Gavril. —Raúl lo miró confuso—. Su padrino. Él le guarda los que va comprando desde que hace unos años Mariana se los vendió todos.

—¿Los vendió? —Raúl lo miró estupefacto.

—Sí, al peso, en una tienda de El Rastro.

—¿Por qué?

—Porque la niña se quedó sin trabajo y no pudo pagar el alquiler.

—¿Qué alquiler?

—El que paga por estar aquí. La comida no es gratis, ¿sabe?

—Pero, por lo visto, la electricidad sí —masculló furioso al pensar que habían sido capaces de tal crueldad. Si conocieran un poco a Cristina sabrían que los libros eran toda su vida.

—Eso fue obra mía, le hice un puente al contador y ahora tenemos luz gratis —afirmó el hombre orgulloso.

Raúl negó con la cabeza, cada vez más asqueado de lo que veía y oía. Abrió la puerta, haciendo perder el equilibrio a la madre y, tras recordarle que le daría más dinero cuando lo avisara del regreso de Cristina, salió dejando que se mataran entre ellos. Aunque dudaba que el mundo tuviera esa suerte.

Bajó la escalera con rapidez y, al salir a la calle, tomó una gran bocanada de aire para liberar su cabeza, y también su nariz, de la inquietud que le habían provocado los padres de Cristina. ¿Cómo podía soportar vivir con ellos?

—Buenos días.

Se volvió sobresaltado hacia su izquierda. Allí, apoyado con indiferencia en la fachada del edificio, un hombre un poco mayor que él lo miraba interesado.

—Me ha dicho mi nieta que está buscando a Cristina —comentó con un fuerte acento extranjero.

—Así es.

Raúl lo observó intrigado. Vestía una camisa rosa de manga corta con gatitos azules y verdes estampados, unos pantalones de lino blancos y unos náuticos rojos. Mirarlo hacía daño a la vista.

—¿Puedo saber por qué? —inquirió el hombre poniéndose un puro en la boca.

—Trabajamos juntos y quería tratar con ella de un tema relacionado con un nuevo proyecto.

—Ah, claro. Mi nieta me ha dicho que es su jefe —murmuró el hombre haciendo rodar el puro entre los dientes.

—En efecto.

—Y también su novio.

—Nos une una estrecha amistad —replicó Raúl—. ¿Puedo saber el motivo de su interés?

—A mí también me une una estrecha amistad con ella —replicó el hombre encogiéndose de hombros.

—¿Sabe dónde puedo encontrarla? —inquirió Raúl desconfiado. A pesar de su ropa ridícula, emanaba de él un halo de invisible peligrosidad que lo hacía sentir incómodo.

—Tal vez.

—Y ¿piensa decírmelo?

—Depende de lo que esté dispuesto a ofrecer a cambio.

—Ah, sí, claro. Discúlpeme, no había caído en la cuenta de cómo funcionan los negocios en este barrio —masculló irritado. Sacó un billete de veinte de la cartera y se lo tendió. El hombre arqueó una ceja y Raúl añadió otro—. Siento no poder ofrecerle más, pero la madre de Cristina me ha dejado sin blanca —dijo comenzando a hartarse de ese mafiosillo del tres al cuarto.

El hombre estalló en una socarrona carcajada al oírlo.

—¿Se ha dejado enredar por esa zorra sin corazón? Ha tirado el dinero a la basura. Sea lo que sea lo que le haya prometido, no lo hará, jamás cumple sus promesas. Guárdese el dinero, hombre, no es eso lo que quiero de usted —le dijo burlón—. Acompañeme, hablaremos de hombre a hombre en algún lugar donde nadie pueda interrumpirnos.

Señaló con la cabeza hacia un estrecho pasadizo entre bloques y en ese momento Raúl fue consciente de que no estaban solos en la plaza. Varios hombres aguardaban de pie junto al corredor que su acompañante señalaba, observándolos con atención y en completo silencio.

De hecho, el silencio era absoluto en la plaza. Y no era solo que no hubiera gente hablando, era que ni siquiera salía ruido de las ventanas de las casas, como si todos los vecinos estuvieran a la espera de algo.

—Lo siento, pero tengo cierta prisa. En otra ocasión será —rechazó dando media vuelta con la intención de alejarse de ese lugar lo más rápido posible.

Se dio de bruces con el hombre de la camisa azul con perritos estampados con el que había hablado la niña antes de salir corriendo.

—Disculpe —dijo intentando esquivarlo, pero el individuo, que debía de rondar los treinta años, se movió impidiéndoselo.

—Está muy feo rechazar una charla de hombre a hombre. Es de cobardes —susurró con un acento un poco menos marcado que el del otro a la vez que se aproximaba a Raúl hasta que estuvo tan pegado que sus cuerpos casi se tocaban.

—No quiero problemas —afirmó él aguantándole la mirada.

—Pues es una putada, porque ya los tiene. —Esbozó una sonrisa lobuna.

Raúl se envaró al sentir algo afilado contra el costado. Bajó la mirada, la punta de una estilizada navaja atravesaba su camisa a la altura del riñón. Tragó saliva y se obligó a sacar con fingida tranquilidad la cartera del bolsillo del pantalón.

—No tengo más dinero que el que ya les he ofrecido —dijo tendiéndosela al joven.

—¿Nos ha tomado por ladrones? —El hombre mayor sonrió malicioso cogiendo la cartera para estampársela contra el pecho—. Guárdese la, no nos interesa su dinero. Solo su conversación. Deje de hacerme perder el tiempo y acompáñeme. —Señaló de nuevo el pasadizo—. Tenemos mucho que hablar sobre mi protegida.

Raúl lo miró pasmado, una horrible intuición abriéndose paso en su obnubilado cerebro.

—¿Su protegida? ¿Usted es el padrino mafioso? —jadeó.

—¿Cristina le ha hablado de mí? —El hombre lo miró pensativo.

—Sí.

—¿Qué le ha dicho exactamente?

—Solo que ayudó a su hija cuando estaba en un apuro —contestó Raúl sin atreverse a contar demasiado. Ese hombre era peligroso.

—Le salvó la vida. Cristina tenía quince años y se enfrentó a un gorila que le triplicaba en altura y peso para proteger a mi niña. Y esa hazaña le valió varias costillas rotas, un grave desprendimiento de la retina del ojo izquierdo que poco faltó para que la dejase ciega, una severa conmoción cerebral y mi lealtad eterna —señaló el hombre con voz emocionada—. Y usted ha jugado con ella. La ha enamorado para después salir en televisión poniéndole los cuernos. Y, entiéndame, a mí no me parece mal que los hombres tengamos nuestras aventurillas, pero no es necesario airearlas a los cuatro vientos y hacer daño a nuestras damas.

Raúl jadeó asustado al sentir que la punta de la navaja penetraba en su piel unos milímetros, los suficientes para hacerle saber que con esos hombres no se bromeaba.

—Lo de la tele ha sido solo un montaje —murmuró conteniendo la respiración para mantenerse totalmente inmóvil.

—Eso no hay quien se lo crea —masculló el joven con una mueca de rabia a la vez que presionaba un poco más la navaja contra el costado.

—Yo sí lo creo —rebatío el hombre mayor—. Suéltalo, Velkan, estoy seguro de que nos va a acompañar de buen grado —dijo dando media vuelta para dirigirse al pasadizo.

Y Raúl, efectivamente, lo siguió.

Al cruzar el pasadizo llegaron a una reducida plaza de tierra encajada entre bloques a la que solo se podía acceder a través del estrecho pasaje. Los vecinos de los primeros pisos, o tal vez los mafiosos, habían colgado velas de lona de una ventana a otra, proporcionando sombra, y también privacidad, a quienes estuvieran allí, que en ese momento eran tres hombres, uno de ellos bastante intimidado, para qué negarlo.

—Así que no se los has puesto —murmuró el hombre mayor encendiéndose el puro.

—No.

—Pues Cristina pensó que sí.

—No he podido explicarle el montaje todavía —replicó Raúl, reacio a darle explicaciones a un matón del tres al cuarto.

—Supongo que no —murmuró agarrándole la cara con dedos tan fuertes como tenazas para girársela a un lado y a otro mientras lo miraba escrutador. Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios antes de que lo soltara dándole una bofetada nada suave—. Está bien, te creo. Pero tienes que solucionarlo...

—Es lo que pretendo hacer desde hace varios días, pero me está resultando muy complicado hablar con ella —masculló Raúl irritado porque lo tratara como a un muñeco.

—Pobrecito..., se te ha escapado la novia —masculló el joven, dándole un fuerte empujón con el hombro al pasar junto a él—. A lo mejor es porque no has sabido tratarla bien.

—Tiene que disculpar a Velkan, está muy enamorado de mi Ecaterina, y esta, a su vez, está muy preocupada porque Cristina está sufriendo. Por su culpa. Y, claro, a mi yerno eso lo cabrea bastante.

—No sabe cuánto lo lamento —masculló Raúl con tono irónico, manteniéndose firme a pesar de que comenzaban a temblarle las rodillas.

—Válgame el cielo, sí que los tienes bien puestos —estalló el hombre mayor en carcajadas para luego acercarse a él y pasarle el brazo por los hombros—. Caminemos.



Y eso hicieron. Caminaron en silencio alrededor de la reducida plaza mientras el tal Velkan los seguía unos pasos por detrás y los hombres que estaban apostados en la única entrada los vigilaban con atención.

—No te voy a preguntar si puedes mantenerla como merece, porque ya veo que estás bien situado económicamente. Y, además, eso no es importante para Cristina, aunque a mí sí me importa, no te equivoques. Un hombre siempre tiene que poder darles algunos caprichos a sus mujeres —le advirtió insidiosamente—. Pero lo que realmente me interesa es... ¿por qué la estás buscando?

—Quiero hablar con ella sobre lo que ha salido en la prensa rosa.

—Ah, sí. Los puñeteros cuernos que tanto daño le han hecho —masculló el hombre—. Pero esa no es mi pregunta. Te la repito de otra manera: ¿por qué quieres encontrarla?

—Porque quiero explicarle...

—No me hagas perder el tiempo con excusas —lo interrumpió chasqueando la lengua.

—No es una...

—Podrías haber hablado con ella antes de montar la que montaste —volvió a interrumpirlo—. Sé que estuvo esperando tu llamada día y noche. La pobre no se separaba del móvil. ¿Tú sabes lo doloroso que es para un padre ver sufrir a su hija? Y yo la quiero como si lo fuera —murmuró con emoción antes de soltar un furioso resoplido y tirar el puro al suelo—. Fue tan frustrante no poder ayudarla ni consolarla. Se me retuercen las entrañas al recordar su mirada vacía y sus sonrisas fingidas. No tienes ni idea de lo mucho que ha sufrido estos días —repitió exaltado volviéndose hacia su yerno—. Velkan, por favor, explícaselo para que lo entienda.

—Con gran placer, Gavril —aceptó el joven para, acto seguido, ir a por Raúl y darle un puñetazo en el estómago que lo hizo perder el equilibrio.

Luego, cuando el director aún estaba recuperándose, le dio otro en el plexo solar que lo dejó sin respiración, pero fue el tercer golpe, un rodillazo perfectamente clavado en los testículos, el que consiguió que cayera de rodillas.

—¿Lo entiendes ahora? —murmuró Gavril agachándose frente a él.

—Me hago una idea —jadeó Raúl casi sin aliento.

—Perfecto. Así que volvamos al principio: ¿por qué la estás buscando?

—Porque la quiero tanto que el dolor que siento cuando no está a mi lado es mil veces superior a este —vomitó Raúl la verdad. Una verdad de la que ni él mismo había sido del todo consciente hasta ese momento.

—¡Respuesta correcta! —Lo agarró del pelo, alzándole la cabeza para poder mirarlo a los ojos—. Y además es sincera. Ah, el amor, qué maravilla. Si hasta parece que estés representando una de esas novelas románticas que tanto les gustan a mis niñas —apuntó entusiasmado—. Está bien, te doy mi bendición... No hagas nada que me cabree y me obligue a quitártela —dijo soltándolo para girar sobre sus talones y dirigirse a la salida.

Raúl lo observó perplejo antes de comprender que se iba. Así, sin más.

—¡Espere! —Se levantó tambaleante—. ¿No va a decirme dónde está?

Gavril se volvió despacio, una lobuna sonrisa dibujada en los labios.

—No.

—No puede hacer eso.

—Claro que puedo, ya lo estoy haciendo —dijo burlón alzando las manos. Los hombres que lo acompañaban estallaron en carcajadas—. Entiéndeme, lo hago por ti: si te lo dijera te sería tan fácil encontrarla que no tendría ningún mérito.

—No habla en serio —jadeó atónito. Había soportado una paliza para nada—. Tiene que decirme algo, darme una pista... —exigió caminando inestable hacia él.

—No la necesitas, solo tienes que pensar un poco y sabrás dónde está.

—¡Ya he pensado un mucho y no tengo ni idea de dónde encontrarla! —estalló Raúl.

—Pues entonces es que no has pensado en la dirección correcta —replicó guasón internándose en el pasadizo.

Raúl sacó fuerzas de flaqueza y, sin dudarlo un instante, se lanzó tras él. Solo para encontrarse de cara con Velkan.

—Mi suegro está obligado por juramento a no hacer daño a nadie, pero yo no me he comprometido a nada... Y a ti te tengo muchas ganas —susurró antes de volver a hundirle el puño en el estómago.

Raúl intentó defenderse, pero las peleas de borrachos en las que había participado en su época más oscura no tenían nada que ver con la pulida técnica de ese matón y pronto volvió a estar de rodillas en el suelo.

Velkan lo agarró del pelo, le alzó la cabeza y, sin dudarlo un segundo, le propinó un puñetazo que le partió el labio. Estaba a punto de golpearlo de nuevo cuando la voz de Gavril lo paró.

—En la cara, no. Imagínate que resulta más listo de lo que parece y la encuentra pronto, no querrás que nuestra niña se disguste al verle la cara destrozada —murmuró divertido.

Velkan lo pensó un segundo y luego se agachó junto a Raúl.

—La próxima vez que se te pase por la cabeza hacerle daño a Cristina, acuérdate de mí —le susurró al oído, empujándole la cara contra el suelo.

Raúl esperó hasta que dejó de oír sus pasos para darse la vuelta y quedarse tendido de costado en posición fetal, la mirada fija en la pared llena de pintadas del estrecho pasadizo mientras pensaba que debería levantarse y llamar al chófer para que lo llevara a un hospital.

—Este es, mamá.

Se volvió dolorido al oír una voz infantil. Dibujadas contra la luminosidad exterior había una mujer y una niña. Entraron en el pasadizo. La cría era la misma que lo había guiado hasta la casa de Cristina, y era un diminuto clon de la mujer que la llevaba de la mano.

—Vaya desastre —masculló arrodillándose a su lado. Le sujetó la cara entre los dedos y se la movió a uno y otro lado sin ningún cuidado—. Tráeme una botella de agua y pañuelos, Alina, vamos a tener que asearlo un poco para que no llame tanto la atención.

La niña asintió una sola vez antes de salir corriendo.

—No solo eres un cabrón sin sentimientos, sino que también eres idiota —dijo furiosa—. ¿Cómo se te ocurre venir aquí después de lo que le has hecho a Cristina?

—No imaginé que iba a tener este recibimiento —musitó Raúl mirándola perspicaz. No tendría más de veinticinco años—. ¿Eres la hija del mafioso?

Ella asintió.

—¿No se te ocurrió pensar que no serías bienvenido en el barrio después de aparecer en televisión coqueteando con otra? Eres más estúpido de lo que pensaba.

—Era un puñetero montaje —gruñó Raúl cansado de repetirlo—. Además, ¿cómo iba a imaginar que el padrino mafioso de Cristina existía de verdad y me estaba esperando para darme una paliza?

—Así que ella te lo dijo y tú premiaste su sinceridad no creyéndola —murmuró la joven sacudiendo la cabeza.

—Es difícil creerla cuando dice ciertas cosas.

—¿Como, por ejemplo, que le salvó la vida a la hija de un matón rumano?

—Entre otras muchas historias —resopló él irritado.

—¿Como cuáles? —inquirió ella arqueando una ceja. Raúl negó con la cabeza, remiso a contarle nada—. Siempre me ha maravillado la capacidad de Cristina para darle la vuelta a todo usando palabras que hacen difícil creer sus historias. En realidad, ¿quién puede creer que es la protegida de un mafioso?

Pero si en lugar de eso hubiera dicho que conoce a un traficante de drogas rumano, habría sido más fácil creerla, ¿no crees?

Raúl asintió con un gesto.

—Y, sin embargo, la verdad es que sí es la protegida de un mafioso rumano —señaló ella—. Las palabras lo son todo. Y tú deberías saberlo; al fin y al cabo, trabajas con ellas.

—En realidad trabajo con imágenes —replicó él sentándose al notar que el dolor remitía un poco y podía respirar mejor.

—Según me ha contado Cristina, lo que haces es transformar en imágenes las palabras escritas en un guion. Gracias, cariño —le dijo a su hija cuando esta llegó hasta ellos con lo que le había pedido—. Vuelve a tumbarte, voy a limpiarte la cara para que no llames tanto la atención por la calle.

Raúl obedeció, exhalando un dolorido jadeo cuando notó el pañuelo empapado en agua fría deslizarse por su rostro.

—Cristina me contó que de cría tuvo un... encontronazo con un niño. Por lo visto, pisó unas hormigas y ella le atizó con una piedra.

—¿Te contó eso? —Lo miró sorprendida—. Sí que debe de quererte mucho para confiar tanto en ti.

Raúl cogió una brusca bocanada de aire al oírla. ¿Cristina lo quería? Nunca se lo había dicho.

—Dijo que... —Miró a la niña, remiso a hablar delante de ella.

—Alina, cariño, vete a vigilar que papá y el abuelo no regresen.

La cría asintió y volvió a salir corriendo.

—Continúa —lo instó Ecaterina.

—Me dijo que estuvo ingresada en un manicomio.

—¡Un manicomio! ¡En pleno siglo XXI! —exclamó divertida.

Raúl sacudió la cabeza arrepentido de habérselo contado. Era su amiga, no tenía sentido contarle las mentiras de Cristina, ni siquiera para que le confirmara que lo eran.

—Por supuesto, no te lo creíste, ¿quién lo habría hecho? —se burló ella antes de ponerse muy seria. Tanto que un escalofrío de puro terror recorrió la espalda de Raúl al ver su gesto—. Pero ¿y si hubiera dicho que el crío llevaba meses acosándola, que no permitía que tuviera amigas y que no encontraba refugio ni siquiera en su casa? ¿Y si añadiera que en el último ataque el crío, además de pisar a las hormigas a las que ella estaba echándoles pan, le pegó una paliza que le rompió varias costillas? Entonces tal vez no sería tan difícil creer que sufrió una desconexión, algo muy similar a un brote psicótico, y que lo esperó por la noche, cuando sabía que estaría solo, y lo atacó con una

piedra. Una piedra que era en realidad una amalgama de piedras de obra y cemento —explicó ella para luego quedarse callada.

—¿Lo mató?

—¿Tú qué crees?

Raúl apretó las mandíbulas antes de negar con un gesto rotundo.

—Ni siquiera enloquecida sería capaz de matar a nadie —aseveró sin dudar.

—Le abrió la cabeza, provocándole una fuerte conmoción, pero en lugar de rematarlo cuando lo vio tirado en el suelo, se quitó el abrigo y lo cubrió. Luego le prendió fuego a un contenedor cercano para así llamar la atención de los vecinos. Y se quedó a esperar que llegara la policía.

—¿Qué pasó después?

—¿No te lo contó?

—Me dijo que la encerraron en un manicomio por culpa de ese incidente.

—Cambia «encerrada en un manicomio» por «ingresada en un centro psiquiátrico para menores». ¿Te parece más creíble ahora?

Raúl asintió cerrando los ojos. ¿Cuántas historias de las que le había contado habían sucedido de verdad?

—Y allí conoció a una niña que estaba más loca que ella...

—En realidad, era una niña con un grave trastorno bipolar. Tienes que irte —dijo de repente al oír un silbido y ver que su hija se acercaba corriendo—. A mi padre y a mi marido no les va a hacer gracia encontrarte aquí, cuando se supone que tienes que estar buscando a Cristina...

—Pero no sé dónde buscarla.

—La conoces bien, deberías saberlo —dijo ella recogiendo los pañuelos y la botella de agua—. Alina, llévalo fuera del barrio. Yo voy a hablar con tu padre y tu abuelo sobre lo poco que me gusta que peguen a los amigos de Cristina —le indicó a la niña.

—No se te ocurrirá —jadeó Raúl asustado—. Podría enfadarse.

La joven se volvió despacio esbozando una maliciosa sonrisa.

—Por supuesto, pero no tanto como yo lo estoy ahora mismo.

—Vamos, ven —le reclamó la niña.

—Pero tu madre...

—No te preocupes, no les hará daño, si acaso les comprará más camisas horribles como las que llevan hoy —replicó la chiquilla echando a andar.

Lo guio a través del laberíntico barrio hasta devolverlo a la carretera principal.

—Vaya cara que te ha puesto papá —masculló mirándolo enfurruñada—. Cristina se va a enfadar mucho cuando te vea... Si me prometes no decirle que ha sido él, te diré dónde está.

—Soy todo oídos —murmuró agachándose despacio frente a ella.

—Primero, la promesa.

—Juro solemnemente no decir nada a Cristina sobre este incidente — declaró con voz grave mientras se dibujaba una cruz sobre el corazón con el dedo índice. Eso era algo que daba muy bien en pantalla. Seguro que convencía a una niña que apuntaba maneras de mafiosa.

Alina lo miró con los ojos entornados antes de soltar un bufido.

—Si rompes tu promesa le diré a papá que te saque los ojos y te arranque los dientes. Sin anestesia. ¿Ha quedado claro?

—Cristalino. Quiero decir, transparente —se apresuró a corregirse al intuir que la niña tal vez no entendiera la primera palabra. Y, la verdad, no le apetecía en absoluto darle ningún motivo para que no lo creyera.

—Cristina ha ido a un encuentro.

—¿Perdona?

—A. Un. Encuentro —repitió la cría muy despacio, mirándolo como si fuera idiota.

—¿Un encuentro con quién? —gimió Raúl sin entenderla.

—Con autoras.

—¿Qué?

—Le dijo a mamá antes de marcharse que iba a un encuentro con autoras y que pensaba aprovechar para pasar unos días haciendo turismo.

Raúl miró a la cría, una enorme sonrisa dibujándose en su cara.

—Gracias. Te debo la vida —afirmó antes de sacar el móvil. Por fin tenía una pista desde la que buscar, y como bien habían dicho los mafiosos, era algo que debería haber sabido. ¿Dónde iría a refugiarse Cristina, sino entre novelas, autoras y lectoras?

—Entonces me debes una muy gorda —dijo la niña—. Y me la tienes que pagar.

—Dime qué deseas y te lo daré —replicó eufórico buscando el número del chófer en la agenda del móvil.

—Quiero que la hagas muy feliz, se lo merece —dijo muy seria.

Raúl bajó el teléfono y la miró enternecido.

—Te lo prometo.

Alina esbozó una encantadora sonrisa y, sin esperar más, se alejó corriendo como alma que llevaba el diablo.

Raúl sonrió. Esa niña era una verdadera fuerza de la naturaleza. Bajó la mirada al móvil para volver a revisar la agenda en busca del teléfono del chófer, y en ese momento vio de refilón sus pantalones. Apagó el teléfono y los miró con atención. Luego se acercó a uno de los coches aparcados e, ignorando el dolor de sus costillas, se inclinó para mirarse la cara.

Ecaterina había hecho un buen trabajo limpiándose, pero no podía aparecer con ese aspecto delante del chófer. Solo pasarían dos segundos antes de que llamara a Rita avisándola de que le habían dado una paliza... Esta llamaría a Miguel, y Miguel a él. Y, la verdad, en ese instante no tenía paciencia para aguantar a ninguno de los dos. Así que salió a la carretera y paró el primer taxi que pasó.

*Jueves, 27 de julio de 2017, Madrid*

—¡Pero ¿qué coño te ha pasado?! —jadeó Jota al abrir la puerta de su casa.

—Necesito unos pantalones y una camisa —le dijo Raúl entrando como un huracán—. ¿Tienes un portátil? Necesito que me lo dejes.

—Necesitas ir a un puto hospital... —gimió Jota yendo tras él.

—Estoy bien.

Entró en el baño y comenzó a quitarse las deportivas y los calcetines.

—¡Pero ¿tú te has visto?! Por supuesto que no lo estás —exclamó mirándolo perplejo.

Tenía el labio partido y la sien y la mejilla izquierda llena de raspones, como si hubiera restregado la cara contra el suelo. Los pantalones estaban desgarrados y sucios como si se hubiera revolcado por la tierra, y tenía la pechera de la camisa manchada de sangre que casi seguro procedía del labio partido. Y también había una mancha de sangre en el costado.

—Joder, ¡te han apuñalado! —gritó Jota asustado cuando Raúl se deshizo de la camisa.

—¿Dónde?

—¡En el costado! ¿Es que no lo notas?

—¿Esto? No es nada. Solo un pinchazo. No es profundo.

—¿Cómo puedes decir eso con tanta indiferencia?

—Porque me duele tanto todo que no tengo fuerzas ni ganas de alterarme —masculló antes de volverse hacia la mampara de la ducha—. Vaya, tengo peor aspecto del que creía —musitó al verse reflejado en el espejo de la puerta.

—¿Qué coño te ha pasado?

—Tuve un encontronazo con el padrino de Cristina —dijo entrando en la ducha. Exhaló un aliviado suspiro cuando el agua caliente se deslizó por su dolorido cuerpo.



—¿Él te ha hecho esto?

—En realidad, su yerno, porque Cristina, como pago por haberle salvado la vida a su hija siendo una adolescente, le hizo prometer que no mataría a nadie.

—¿Qué? —gimió Jota mirándolo como si se hubiera vuelto loco.

—Es un mafioso rumano al que creo que le gustan las novelas de amor, porque me ha dado su bendición para... —se detuvo pensativo—, no sé exactamente para qué, aunque imagino que será para cortejar a Cristina. La verdad es que no me lo aclaró. Lo que sí me dejó claro fue que, si le hacía daño, le diría a su yerno que me matara. Y, por lo que sé, ese no ha hecho ninguna promesa de no matar a nadie. Además, me da la impresión de que no le caigo bien. Y, entre tú y yo, mucho me temo que es un loco homicida o algo por el estilo.

—Voy a llamar a una ambulancia —murmuró Jota sacando el móvil del bolsillo—. El golpe que te han dado en la cabeza te está haciendo desvariar. Tal vez tengas una conmoción cerebral o algo peor...

—¡Apaga el puto teléfono! —gritó Raúl apoyando la espalda en los azulejos de la ducha para dejarse resbalar contra ellos hasta acabar en el suelo. Se llevó las manos a la cara, cubriéndosela—. Dios santo, es horrible —gimió con la voz rota.

—¿Qué es horrible? —musitó Jota preocupado arrodillándose junto a él.

Raúl apartó las manos de su cara para mirarlo. Las gotas de agua se mezclaban con las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—Decir la verdad y que nadie te crea. Ni siquiera la persona con la que compartes tu vida —musitó negando con la cabeza—. Ella confió en mí. Y yo no fui capaz de creerla. De hecho, me lo dijo. Y yo no le hice caso.

—¿Qué te dijo?

Raúl cerró los ojos, tratando de recordar todo lo que había dicho la noche que la encontró llorando por aquella estúpida historia del lanzador de cuchillos y la mujer que lo amaba: «Vive con ella, se acuesta con ella, trabaja con ella, y, cuando alguien le dice cualquier cosa mala sobre ella, ¡lo acepta sin dudar! Sin preguntarle a ella ni creerla jamás. Ser sincero sin que te crean es lo peor que le puede pasar a nadie, más aún si quien no te cree es el hombre al que amas».

—Raúl, cuéntame qué ha pasado —exigió Jota.

—¿Qué hora es? —murmuró sacudiendo la cabeza.

—Las cuatro y diez.

—Tengo una hora y veinte minutos para parecer humano otra vez —masculló poniéndose en pie. Cogió el champú—. Debo de estar en el aeropuerto a las seis y cuarto.

—¿A qué hora sale tu vuelo? —inquirió Jota sacando gasas, agua oxigenada y Cristalmina del botiquín del armario.

—A las siete.

—¿Adónde vas y con qué compañía viajas?

—A Lisboa, con Iberia.

—Estupendo —dijo comenzando a escribir en el móvil con rapidez.

—¿Qué haces?

—Gastarme un ojo de la cara en comprar un billete de avión de última hora —masculló—. Si no te importa, podrías explicarme lo que ha pasado mientras tiro mi dinero a la basura.

—¿Vas a acompañarme?

—Soy tu amigo, es lo que se supone que hacemos. Ya sabes, en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad... Ah, no, espera, eso es para los matrimonios. Los votos de los amigos lo que dicen es que permanecerán juntos en la juerga y en la desesperación... Y tú estás bastante desesperado.

—Gracias, Jota.

—No te me pongas tierno, que me da alergia —masculló fingiendo un escalofrío—. Dime qué vas a necesitar, aparte de lo obvio —dijo empujando asqueado la ropa destrozada que había en el suelo.

—Un portátil. Necesito buscar algo.

—Y ¿vas a saber utilizar algo tan moderno como un portátil? —replicó burlón.

—No soy un inútil.

—Sí lo eres. Un inútil tecnológico de primer orden.

—Trabajo con ordenadores a diario y no se me dan nada mal. Un portátil es lo mismo, solo que más reducido.

\* \* \*

—¿Por qué narices no me abre la página? —gruñó Raúl dos horas y media más tarde, sentado en el suelo de la terminal 4 del aeropuerto de Madrid-Barajas.

—Porque no le has dado a donde tienes que darle —resopló Jota quitándole el portátil antes de que se lo rompiera.

—Le estoy dando al puñetero botón que me has dicho antes.

—Ese era para bajar la página, no para abrirla. Para abrirla tienes que darle un toque seco aquí —dijo haciendo eso exactamente, de manera que la página se abrió.

—Puñetero trasto, no sé por qué narices no tienen un ratón normal, con sus botones y su rueda, en lugar de ese estúpido recuadro táctil que no sirve para nada —masculló Raúl inclinándose sobre su amigo—. Mira a ver aquí —dijo poniendo el índice sobre un enlace que había en la web que acababa de abrirse.

—No. Pongas. El. Dedo. En. La. Pantalla —siseó Jota por enésima vez en esa hora—. ¿Tú sabes lo que cuesta limpiarla?

—Ese evento tampoco es —masculló Raúl ignorándolo al ver la fecha en la que se desarrollaba el encuentro en Pilas, Sevilla—. Tiene que ser este fin de semana.

—Tal vez sea un encuentro pequeño y por eso no está publicitado en la agenda cultural de los periódicos.

—Por lo visto, ningún evento romántico lo está —masculló Raúl indignado tras haber comprobado la escasa repercusión que los medios daban a ese tipo de actos.

—Estamos buscando en los sitios equivocados —murmuró de repente Jota sacando el teléfono.

—¿A quién vas a llamar?

—¿A quién recomendaba libros Cristina?

—A Neus... ¿Crees que ella sabrá algo?

—No perdemos nada por intentarlo —dijo levantándose del suelo al oír por megafonía la última llamada para los pasajeros del vuelo a Lisboa—. No podemos posponerlo más. Apaga el ordenador, seguiremos buscando cuando aterricemos —comentó, consciente de que no podían conectarse a internet durante el vuelo.

Raúl obedeció de mala gana y fue tras él.

—¡Neus! Soy Jota, escucha, no tengo tiempo para explicártelo, pero necesito hacerte una pregunta un poco rara —dijo al teléfono mientras descendía a la carrera la rampa de acceso al avión—. ¿Sabes si hay algún evento romántico este fin de semana? No tiene ni idea —le dijo a Raúl, volviéndose—. ¿Sabes dónde podríamos mirarlo? Necesitamos saberlo, es cuestión de vida o muerte. Está bien. Espero tu llamada.

Colgó, se adentró en el estrecho pasillo del avión y se sentó en su asiento, que dado lo tarde que lo había comprado no estaba en absoluto cerca del de Raúl. Se encendieron las indicaciones luminosas para abrocharse el cinturón y

por megafonía avisaron de que debían apagar los teléfonos móviles y los dispositivos electrónicos.

Y en ese momento sonó alta y clara la banda sonora de *El exorcista* durante dos segundos, los justos para que Jota agarrara el móvil y contestara la llamada.

—Señor, no puede tener el teléfono encendido durante el vuelo —le exigió con voz afable la azafata.

—Lo lamento muchísimo, era mi madre, que quería desearme buen viaje —se disculpó él apagando el teléfono.

Esperó a que la mujer se alejara un poco para volver a incumplir las normas desabrochándose el cinturón y poniéndose de pie en mitad del pasillo.

—¡Encuentro de Verano en Armilla, el sábado y el domingo! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

### ***Viernes, 28 de julio de 2017, Lisboa (Portugal)***

—Eres un verdadero dolor de cabeza. Te dejo solo menos de veinticuatro horas ¡y mira cómo regresas! ¡¿Cómo vas a salir así en antena?! —jadeó Rita caminando nerviosa de un lado a otro—. Póngale más maquillaje en la sien, aún se le ve el raspón —le pidió a la maquilladora.

—Te están dejando tan moreno como a Julio Iglesias —dijo Jota con guasa.

—Y maquíllenlo también a él —pidió de repente Rita señalando a Jota.

—¿A mí? ¿Por qué? —jadeó casi sin voz.

—Porque tú eres aún más guapo que él y das perfecto en cámara, a ver si hay suerte y dividiendo la atención entre los dos no se nota tanto que Raúl está hecho un Cristo. Intenta ser tú mismo cuando salgas en antena —exigió —, con tu personalidad arrolladora seguro que te conviertes en el bufón que se gana al público. Ahora, si me disculpáis, voy a hablar con el director de contenidos para ofrecerle un dos por uno en la entrevista —dijo yendo a la puerta del camerino.

—¡No me jodas, Rita!

—Más quisieras tú —replicó antes de salir dando un suave portazo.

—Anímate, Jota, hacer entrevistas es muy divertido —comentó burlón Raúl.

—Vete a la mierda —masculló el director de fotografía sentándose en la silla que le indicaba otra maquilladora—. ¡No toques el portátil! —gritó

cuando vio que Raúl lo cogía—. Me ha costado Dios y ayuda volver a configurarlo después de que te lo cargaras.

—Yo no hice nada, se estropeó solo.

—Claro, el pobre se asustó tanto al ver que estaba de nuevo en tus manos que prefirió suicidarse —masculló enfadado.

Nada más salir del avión, mientras él esperaba su maleta, Raúl se había sentado a trastear con el portátil. Y en menos de cinco minutos le había cambiado la configuración de la pantalla y le había puesto como predeterminado el teclado chino. Había sido trabajo de chinos —nunca mejor dicho— hacerlo volver a su ser.

—Está bien, busca tú el billete entonces —gruñó Raúl levantándose a pesar de las protestas de la maquilladora para poner el portátil frente a Jota.

—Estás decidido a ir.

—Es la mujer de mi vida..., y la he perdido —musitó Raúl—. Tengo que encontrarla.

—Y ¿luego qué?

Raúl lo miró sin entenderlo.

—Vuelas mañana a Málaga, desde allí, taxi a Granada, más exactamente a Armilla, y si tienes suerte y hemos acertado con el evento, algo de lo que no estamos del todo seguros, ¿qué? ¿Te acercas a ella y le dices que es la mujer de tu vida? ¿Ya está? ¿Crees que va a caer rendida en tus brazos? —resopló incrédulo—. Y, aunque lo hiciera, ¿luego qué? Echáis un solo polvo salvaje, porque dada tu edad dudo que te den las fuerzas para más; dormís abrazados y, al amanecer, la dejas de nuevo tirada para coger un taxi que te lleve de regreso a Málaga para coger un vuelo que te deje en Barcelona antes de las once, que es cuando empiezas la ronda de entrevistas. ¿Es eso lo que piensas hacer?

—No —dijo con tono rotundo Raúl.

—Menos mal, porque eso podría sentarle un poco mal. Ya sabes, encontrarla para follarla y luego abandonarla es algo que suele cabrear a las chicas. Te lo digo por experiencia, es lo que suelo hacer yo. Y ya me he llevado más de un bofetón.

—¡Todo arreglado! —dijo Rita entrando en el camerino—. He convencido al presentador de que tienes la boca hinchada porque te has caído y has aterrizado de morros, así que ya puedes inventar una buena historia por si te preguntan —le ordenó—. En cuanto a ti, Jota, te harán un par de preguntas sobre... ¿Ya estás pensando en fugarte otra vez? —musitó al ver en

la pantalla del ordenador la web de compra de billetes de avión—. A Málaga esta vez... —Se volvió para mirar a Raúl—. ¿Está allí?

—En Granada exactamente.

—Y ¿no puedes ir a por ella el lunes? El domingo lo tenemos completo de entrevistas y grabaciones..., no puedo arriesgarme a que llegues hecho un Cristo otra vez. A partir del lunes ya te dejo libre hasta septiembre.

—Eso de libre es relativo —comentó burlón Jota—. Tiene que dar el visto bueno a las localizaciones que yo le presente, revisar el guion con Fabián y reunirse conmigo para realizar el guion técnico con los planos que hay que grabar para luego preparar el *shooting list* inicial. Además, tenemos que dar las pautas a los *staffs* de escenografía, ambientación y caracterización para que comiencen a crear los decorados y elegir el vestuario. Y eso es solo el principio, luego tendrá que reunirse con los actores y explicarles lo que tiene en mente para la historia. Y también tenemos que diseñar la iluminación y el emplazamiento de las cámaras para cada una de las tomas sin perder de vista el propósito final de las secuencias y, por supuesto, de la serie. Va a estar un poco ocupado este verano... Y aún tiene que buscar tiempo para recuperar a su chica. No seas mala, Rita, y déjale mañana libre.

Ella dio un malhumorado bufido y después agarró el portátil y buscó vuelos de Málaga a Barcelona.

—Hay uno a las ocho y cuarto que te dejará en el Prat a las diez. Irás muy justo de tiempo, pero si vas directo desde el aeropuerto a la radio, llegarás.

—Bien, compra dos billetes —aceptó Raúl.

—¿Dos? ¿Vas a viajar con él a Barcelona? —le preguntó con curiosidad a Jota.

—La verdad es que no puedo. Mañana salgo con mi segundo de cámara a recorrer varias localizaciones. Estaremos fuera toda la semana.

—Entonces un solo billete —señaló Rita.

—Dos: Cristina volará conmigo. Sí, lo hará —repitió Raúl molesto al percatarse de las miradas de incredulidad de sus acompañantes.

### ***Sábado, 29 de julio de 2017, Armilla (Granada)***

Raúl se bajó del taxi frente a la Casa García de Viedma y lo primero que le vino a la mente fue que no estaba preparado para eso.

No sabía lo que había esperado encontrar en los encuentros románticos a los que acudía Cristina, pero desde luego no era una multitud de mujeres

abarroto la calle frente al lugar en el que se celebraba, hablando, riendo y alborotando felices. No sabía por qué, pero esperaba algo parecido a los actos oficiales a los que él había tenido que asistir en ese último mes. Tal vez un *photocall* por el que fueran pasando las autoras para sonreír a cámara y responder a preguntas que luego sacarían en la prensa. Pero allí no había prensa. Lo que sí había era un *photocall*. No era muy grande, pero cumplía de sobra su propósito. Siempre y cuando su propósito fuera servir de fondo para los grupitos de mujeres que posaban delante de él abrazadas unas a otras, o posando en posturas divertidas, o ambas cosas a la vez. Se fijó en las acreditaciones que todas llevaban. Eran de diferentes colores y, según descubrió al estudiarlas con atención, había autoras, lectoras, blogueras, traductoras, editoras y representantes editoriales... Y estaban todas juntas y revueltas. O, mejor dicho, montando alboroto. Tan felices como perdices. Abrazándose, dándose besos y riéndose a carcajadas.

Desde luego, se lo estaban pasando bomba.

No le extrañaba que a Cristina le encantaran esos eventos.

Entró en el vestíbulo de la casa cultural y se acercó a la mesa colmada de marcapáginas y acreditaciones que hacía las funciones de mostrador de información.

—Disculpad, querría hablar con Dama Beltrán. ¿Sabéis dónde puedo encontrarla? —les preguntó a las mujeres que estaban ordenando las acreditaciones que quedaban.

Estas levantaron la cabeza sonrientes, y se quedaron petrificadas al verlo. Mierda, mucho se temía que había sido reconocido.

—Yo soy Dama —dijo una mujer de gesto dulce, sonrisa amable y pelo moreno y rizado.

—Mi amiga Neus se puso ayer en contacto contigo para pedirte un favor...

—Oh, Dios mío, tú eres... —Se calló antes de decir algo más.

Neus, una de sus amigas más recientes de Facebook, le había pedido que guardara absoluta discreción cuando el día anterior le había preguntado, casi suplicado, si podía colar a un lector en el encuentro. Le había contado que no se había enterado hasta tarde de que su amada estaba allí y quería darle una sorpresa. Y ella, ilusa, se lo había creído de pe a pa. Lo que no entendía era qué narices hacía en su pequeño encuentro romántico el director de la serie de moda, que, además, era guapísimo.

—Lo siento, Neus no me avisó de quién eras... —dijo aturullada—, pero, claro, tampoco es que eso importe —comentó nerviosa antes de coger una de

las acreditaciones y tendérsela. Estaba a nombre de Raúl Pescado Goloso—. Ya me parecía raro que hubieras elegido un *nick* tan... peculiar —dijo guiándolo hasta un coqueto patio andaluz.

—Lo eligió Neus, a veces tiene un sentido del humor muy particular —masculló él mirando molesto el *nick* de marras.

—Tal vez quieras sentarte al fondo, llamarás menos la atención —musitó Dama nerviosa enseñándole el salón a través del cristal que lo separaba del patio—. Quiero decir, todas seguimos la serie, y tú has salido mucho en la tele últimamente.

—Te agradezco el consejo —murmuró Raúl observando la cantidad de personas, casi todas fémias, que copaban las dos plantas del salón—. ¿Cuántas personas caben? —inquirió sintiendo un nudo en el estómago.

—Doscientas, pero no está lleno del todo.

—No sabes cuánto me alivia oír eso —dijo él con ironía, pues no quedarían ni treinta butacas por ocupar—. Estoy buscando a una mujer llamada Cristina Reverte, ¿te suena haber visto su nombre en las acreditaciones?

—¿A tu *script*? —jadeó ella aturullada.

¡Era verdad! ¡Estaban liados! Luego frunció el ceño enfadada. ¡El muy cabronazo le había puesto los cuernos!

—Fue un montaje —se apresuró a explicar Raúl al percatarse de la mirada asesina con que lo fulminaba. Lo último que necesitaba era ganarse el odio de la única persona allí que podía ayudarlo—. Pero no me dio tiempo a explicárselo antes de que desapareciera.

—¿En serio? —inquirió ella con los párpados entornados.

—Lo juro —afirmó Raúl trazando una cruz sobre su corazón. Y esta vez sí funcionó, porque la mujer suspiró aliviada.

—Está bien, te creo.

—Ayúdame entonces, ¿has visto a Cristina?

—Lo siento. —Negó con la cabeza—. Ella no está aquí, la he visto tantas veces en la tele que la habría reconocido.

—Pero tienes que conocerla, estuvo en el encuentro que celebrasteis en marzo.

—No la recuerdo, y lo haría si la hubiera visto. No todos los días conozco a alguien que sale en la tele. Lo siento.

Raúl cerró los ojos derrotado. Pero no podía darse por vencido. No tan pronto.



—¿Y por las acreditaciones? ¿No habrá alguna a su nombre? —sugirió esperanzado.

—La mayoría de las asistentes no se identifican por el nombre, sino por el *nick* que usan en las redes sociales.

Raúl asintió frustrado. Por lo visto, no era el único que había disfrazado el nombre. Y entonces se le ocurrió.

—¿Y una mujer totalmente vestida de negro?

—¿Perdón?

—Sí, con un aspecto entre punk y gótico —dijo recordando la impresión que le había causado la única vez que la había visto sin lo que ella había llamado su «disfraz de persona normal»—. Tal vez con un collar de perro con una cuchilla de afeitar colgando de él —la describió como ella misma se había descrito cuando la detuvieron pensando que era prostituta.

—¡La Transilvana! —exclamó Dama reconociendo ese adorno—. Me estás describiendo a una lectora, pero ella no puede ser tu Cristina..., es imposible. No se parece en nada. La habríamos reconocido.

—¿La has visto aquí hoy?

—Sí. Está sentada con Paola Maleta a Cuestas. —Señaló a una morena con el pelo liso y unos preciosos ojos claros—. La Transi está en el asiento de esa fila que da al pasillo.

Raúl se giró hacia donde ella señalaba, y, sí, allí estaba Cristina. Sentada con un grupo de mujeres que no paraban de hablar y reír.

—No es ella, ¿verdad? —musitó Dama, compadecida.

Era imposible que la Transi fuera la chica que salía en la tele. La conocía desde hacía años, ya que coincidían en muchos eventos románticos, aunque no podía decir que tuviera mucho trato con ella una vez estos acababan; algunos «Me gusta» en las redes sociales y poco más. Y, que ella supiera, tampoco se relacionaba con el resto de las asistentes.

—Sí lo es, me has salvado la vida. Gracias —musitó Raúl fijando su penetrante mirada en ella—. Por favor, no le digas a nadie que estoy aquí.

—De mis labios no saldrá, pero en el momento en que entres en el salón y te vean te van a reconocer —le advirtió.

—Lo sé —dijo armándose de valor, la mirada fija en ella.

Era difícil reconocer a la Cristina que él conocía en la mujer que estaba tras el cristal.

Su preciosa melena negra ya no caía por sus hombros, se la había cortado a trasquilones de apenas cinco o seis centímetros de largo, excepto unos largos mechones en la nuca que mantenían su longitud y que se había

recogido en dos raquílicas trenzas. Su maravilloso flequillo aún le caía sobre los ojos, pero sin ocultar su mirada. Aunque de eso, se percató, ya se ocupaba el maquillaje negro que rodeaba sus ojos como si de un antifaz se tratara.

Vestía una ajustadísima camiseta negra de tirantes anchos cruzados a la espalda y escote cuadrado en la que había enganchado imperdibles de los que colgaban delgadas cadenas que formaban una especie de plateada telaraña. Los ceñidos pantalones, negros también, no tenían más adornos que los cortes a través de los cuales mostraba su pálida piel. Y podía decirse que mostraba una gran porción de piel, porque los desgarros se sucedían sin pausa uno tras otro e iban desde el tobillo hasta la ingle. En sus pies, las botas militares que ya le había visto en una ocasión.

Completaban su atuendo una gruesa gargantilla negra surcada de puntiagudos conos plateados de la que colgaba una cuchilla de afeitar y la multitud de pulseras de cuero que siempre llevaba en las muñecas.

Raúl observó las pulseras sin poder evitar preguntarse qué horrores ocultaban.

Sacudió la cabeza y, sin pensarlo más, enfiló hacia la entrada del recinto. Entró con la cabeza baja intentando ocultar su rostro y recorrió el salón pegado a los laterales sin apartar la mirada de ella. No se parecía en nada a la Cristina que conocía y, sin embargo, daba la impresión de que era más ella misma que nunca. Porque era la Cristina de las noches desatadas, la que lo miraba seductora y lo follaba con salvaje abandono, la que se movía con elegancia felina y lo observaba desafiante, como si nada le importara y estuviera decidida a comerse el mundo. O, más exactamente, a él. La que no tenía límites ni se dejaba limitar.

\* \* \*

—... Y luego fiesta de pijamas. Tienes que venir sí o sí —le dijo Paola Maleta a Cuestas con una enorme sonrisa durante el intermedio entre ponencias.

—Yo no tengo pijama —señaló Cristina esbozando una burlona sonrisa.

—Pues vienes en bragas y camiseta. Vamos, tía, te echamos de menos ayer —apuntó abrazándola con cariño.

—¿Seguro? Por las risas que salían de vuestra habitación, lo dudo —replicó maliciosa—. Acabaron llamándoos la atención, ¿no?

—Menudos siesos —masculló una mujer rubia con el pelo por mitad de la espalda que estaba con ellas—. Pero no pasó nada, somos mujeres de

recursos. ¡Nos bajamos en pijama al parque que hay a cinco minutos del hotel! —exclamó estallando en carcajadas.

—¿Bajasteis en pijama al parque? —jadeó Cristina mirándolas asombrada.

—A las tres de la madrugada... —apuntó Paola riéndose.

—Buenos días.

Todas se giraron al oír la acariciante voz masculina. Y luego abrieron unos ojos como platos al ver que pertenecía a un hombre perturbadoramente atractivo que rondaría los cuarenta y muchos, con el pelo entrecano, ojos penetrantes y labios gruesos y delineados, aunque tenía un corte en el inferior. Vestía unos vaqueros y una camisa granate de manga larga remangada hasta los codos. Y, joder, qué antebrazos más sensuales tenía.

—¿Qué haces tú aquí? —masculló Cristina con la respiración agitada. Ese era su santuario, el único lugar en el que era ella misma, él no tenía ningún derecho a invadirlo.

—No contestabas al teléfono, así que vine a buscarte —explicó sentándose en el reposabrazos de la butaca. Era una suerte que se hubiera sentado en la última de la fila, porque no había ni un solo sitio libre cerca de ella.

—Se me rompió —musitó bajando la cabeza.

—Sí, lo vi hecho pedazos en el cajón de tu mesilla.

—¿Has estado en casa de mis padres? —jadeó sorprendida mirándolo de nuevo.

—Y fue toda una experiencia, te lo aseguro —afirmó él—. También conocí a tu padrino y al marido de tu amiga Ecaterina.

—¿Velkan te ha hecho eso en la cara? —gimió acongojada al verle el corte en el labio y los raspones en la frente que apenas ocultaba el flequillo.

—No, esto me lo hice yo solito: me resbalé.

—¿Dónde? —inquirió con suspicacia.

—En Lisboa, ayer. Durante un desafío estúpido que se inventaron en el programa al que asistí —mintió sin pestañear.

—Espero que te lo hayas limpiado bien o se infectará. —Le retiró preocupada el pelo de la frente para ver mejor el rasponazo.

—La verdad es que no he prestado mucha atención. Tal vez quieras echarle un ojo...

—No —aseveró ella mientras se apartaba de él, negándose a caer en su trampa—. ¿Por qué has venido? —siseó enfadada al ver que todas sus amigas los miraban pasmadas.

—Comenzamos a rodar la segunda temporada en octubre, y quería decirte personalmente que cuento contigo para que repitas como *script* de la serie —dijo, y no era mentira, aunque tampoco necesariamente la verdad.

Un coro de jadeos y susurros impresionados siguió a su declaración.

Raúl apretó los dientes, enfadado por su estupidez supina. Acababa de dar a las mujeres que los rodeaban la información que necesitaban para confirmar quién era. ¡Maravilloso! Aunque tampoco era como si les hiciera mucha falta tal confirmación, pensó percatándose de que se había convertido en el centro de atención de casi todas las personas que estaban en el salón. Y también de otras muchas que lo observaban desde el exterior a través de los cristales.

—Vámonos —musitó agarrando la mano de Cristina.

—No —gimió ella soltándose de un tirón—. Va a empezar la mesa sobre «La voz de la experiencia» y no me la quiero perder. Hablan autoras que me gustan mucho —afirmó esbozando una de sus sonrisas falsas.

—No voy a poder quedarme aquí mucho más tiempo. Por favor, ven conmigo —susurró.

—No.

—Sé que estás enfadada porque piensas que pasó algo entre Mabel y yo en la gala —murmuró a la desesperada—, pero es mentira, todo fue un montaje para desviar la atención de la prensa.

—¿Por qué iba a estar enfadada? No es como si fuéramos algo más que amigos con derecho a roce —replicó ella en voz tan baja como él.

—Sabes que somos mucho más que eso —rebatió Raúl con un irritado gruñido—. Salgamos de aquí, tenemos que hablar.

—No me interesa lo que puedas decirme, prefiero ver a mis autoras.

—Cristina, por favor —masculló en voz no muy baja, lo que permitió que las mujeres más cercanas a ellos, las cuales miraban preocupadas a Cristina al percatarse de su desazón, lo oyeran.

—¿Tú eres *su* Cristina, la de la tele? —jadeó Paola mirándola como si lo hiciera por primera vez—. Joder, no te pareces en nada a la de la tele..., o sí. —Entornó los párpados—. Sí que eres tú. —Luego miró enfadada a Raúl—. Eres un capullo, vete a follar con la otra y deja a mi amiga en paz.

—Fue un montaje —murmuró él hastiado. ¡Maldita la hora en la que se le había ocurrido esa idea!

—Perdona que te moleste —dijo una mujer deteniéndose tras él, iba acompañada por varias amigas—. Te hemos visto desde fuera y hemos pensado que te parecías mucho al director de nuestra serie favorita. ¿Eres Raúl Garrido?

—Sí lo es —respondió Cristina por él—. Y seguro que estará encantado de atenderos.

Raúl cerró los ojos un instante y, cuando los abrió, compuso su mejor sonrisa. Al fin y al cabo, esas mujeres no tenían culpa de que su *script* se mostrara especialmente obcecada ese día.

—¿Puedes decirnos qué va a pasar con *Besos robados*? ¿Se reconciliarán Javier y Marta?

—¿Atraparán al capullo que se la ha jugado? —preguntó otra.

—Lo siento, mi contrato me prohíbe revelar el argumento de la segunda temporada.

—Pero Javier no desaparecerá de la serie, ¿verdad? —dijo una con gesto amenazante.

—No puedo confirmarlo —masculló frustrado al ver que se acercaba más gente por el pasillo—. Si me disculpan, tengo un asunto pendiente que resolver —dijo echando a andar hacia la salida.

Le llevó un rato alejarse, pues lo pararon en varias ocasiones para preguntarle por mil cuestiones sobre la serie, y cuando por fin llegó a la puerta le lanzó una mirada desesperada a Dama Beltrán. Esta, intuyendo que lo estaban agobiando, lo sacó de allí para llevarlo a una pequeña habitación llena de cajas y libros.

—No ha funcionado el plan —dijo compasiva al ver su gesto derrotado.

—Tengo que pulirlo un poco más, pero funcionará —afirmó él con más confianza de la que sentía.

—Quédate aquí todo el tiempo que quieras, yo tengo que dejarte para salir a moderar la mesa —dijo apurada, pues se estaba retrasando con respecto a la hora señalada en el programa.

—Espera, ¿tú moderas las mesas?

—Algunas.

—¿La que viene ahora?

—Sí.

—Tienes que hacerme otro favor.

\* \* \*

—No te preocupes, nosotras lo mantendremos alejado de ti —afirmó con ferocidad Paola Maleta a Cuestas.

—¿Cómo ha podido tener la desfachatez de presentarse aquí después de haberte puesto los cuernos? —masculló la rubia de pelo largo.

—Ha dicho que no me los ha puesto —murmuró Cristina, sus dedos deslizándose por el antebrazo izquierdo.

—Y ¿tú lo crees? —resopló Paola incrédula.

Cristina estaba a punto de responder cuando Dama Beltrán subió al estrado. Tras ella iban las autoras que participarían en la mesa. El estruendoso runrún que llenaba el salón de rumores, sospechas y confirmaciones sobre si el famoso director estaba o no estaba allí se fue calmando hasta que reinó el silencio.

Las autoras se sentaron a la mesa, pero el único micrófono que se encendió fue el de Dama Beltrán.

—Ahora viene la mesa sobre «La voz de la experiencia» —comenzó a decir con evidente nerviosismo—, pero ha surgido un... asunto y hemos decidido retrasarla unos minutos. —Hizo una pausa para coger aliento y armarse de valor. ¡¿Cómo era posible que con lo tímida que era se metiera en esos fregados?!—. Resulta que Raúl Garrido, el director de *Besos robados* —especificó por si se daba el remoto caso de que hubiera allí algún extraterrestre procedente de otra galaxia que no lo conociera—, es un apasionado de las novelas románticas y ha asistido a nuestro encuentro...

Un estrepitoso clamor estalló en el salón cuando las doscientas personas allí reunidas vieron confirmadas sus sospechas.

—Y ha aceptado salir al estrado y responder algunas preguntas —prosiguió Dama cuando, tras mucho pedirlo, los asistentes volvieron a callarse, algo que no duró mucho porque, tras el anuncio, el rumor volvió a empezar.

Un instante después, Raúl Garrido cruzó las puertas del salón y recorrió el pasillo hasta el estrado. Saludó agradecido a las cinco autoras que le habían cedido unos minutos de su tiempo y se volvió para encarar al auditorio.

Tragó saliva al sentir la boca tan seca que su lengua era una lija. Ese era el público más difícil al que se había enfrentado nunca... Debía interpretar muy bien su papel o podía perder lo que más le importaba en el mundo.

—Buenos días —sonrió de medio lado en la que sabía era su sonrisa más seductora—. Es un placer estar en este maravilloso evento. Como aficionado a la novela romántica, me hace especial ilusión poder encontrarme con lectores de gustos afines a los míos.

—¿Ah, sí? Y ¿cuál es tu novela favorita? —gritó Maleta a Cuestas interrumpiendo su estudiado discurso.

Raúl la miró perplejo y ella sonrió con maligna perversidad.

—*Besar a un ángel*, de Susan Elizabeth Phillips —dijo Raúl recordando el libro favorito de Cristina para llorar.

Su anuncio levantó un coro de suspiros entre las asistentes. Por lo visto, ese libro no era solo la novela favorita de Cristina, sino de muchas de las presentes.

—Magnífica elección —aprobó una de las asistentes dando voz al resto—. Te gusta la novela romántica..., ¿es por eso por lo que decidiste dirigir *Besos robados*?

—En realidad, *Besos robados* no iba a ser exactamente como ha sido —comentó Raúl—. No era romántica, pero Cupido disparó sus flechas, yo me enamoré y la serie acabó siendo una muestra de mis sentimientos.

—¿Te enamoraste? ¿De quién? —inquirió ilusionada Regina Roman, una de las autoras sentadas a la mesa.

Raúl se volvió mirándola perplejo. ¿Es que esa mujer no veía la tele?, aunque bien pensado, debería estarle agradecido, pues le había dado la entrada para ir al grano.

—De mi *script* —respondió clavando la mirada en Cristina—. La quiero más que a nada en el mundo.

—Sí, claro —intervino otra de las autoras, Noe Casado—. Te quiero mucho, como la trucha al trucho, pero bien que le has puesto los cuernos.

Raúl la fulminó con la mirada. Vaya con las autoras de romántica, no tenían pelos en la lengua.

—No le he puesto los cuernos a nadie —dijo malhumorado.

—Eso no es lo que insinúa Mabel Vargas —señaló indignada Maleta a Cuestas.

—Fue solo un estúpido montaje —afirmó hastiado. ¿Por qué Cristina y sus amigas no podían comprender que los montajes eran parte del juego del cine?

—Si tú lo dices... —dijo recelosa otra de las autoras, Noelia Amarillo.

—Ay, pobre, que sí, mira qué carita tiene de estar sufriendo —la regañó Regina Roman con su acento malagueño.

—Pues en la tele no parecía sufrir mucho cuando se arrimaba a Mabel. Menudos refregones se daban —apuntó Noe Casado.

—A lo mejor les picaba como los demonios y tuvieron que frotarse para aliviarse —explicó Regina con sonrisa artera—, que ya sabemos lo que pasa cuando pica.

—Y, entre frotamiento y frotamiento, el listo del director, en vez de lavarse a mano —Noe movió una mano como si fuera un hombre haciéndose

una paja—, pilló a Mabel para que lo lavara a máquina —ahora movió las dos en el gesto inequívoco del folleto.

Raúl las miró perplejo. ¿Quiénes eran esas dos arpías y por qué la habían tomado con él?

—Ay, calla, Noe, no digas esas cosas, que le cortas el rollo, ¡mujer! —la regañó Regina con evidente guasa—. ¿No ves que está a punto de arrastrarse como los gusanos para pedir perdón a su chica?, porque seguro que está aquí, ¿a que sí? —inquirió mirando maliciosa a Raúl.

—¡Es la Transilvana! —gritó Maleta a Cuestas.

Las autoras, y también todo el público de la sala, miraron a Cristina, que se encogió tratando de hacerse lo más pequeña posible.

—Será asqueroso —exclamó Regina, quien reconocía a Cristina de haberle firmado esos cuadernos de autógrafos que para ella eran su mayor tesoro—. Ya puedes arrodillarte y suplicar perdón, porque ella no merece esto —dijo, todo rastro de humor borrado de su voz.

—Pues, la verdad, señora mía, es que soy demasiado viejo para arrodillarme —replicó Raúl molesto—, aunque no para arrastrarme.

Caminó por el estrado hasta colocarse en el borde y, abriendo los brazos para mostrarse a corazón descubierto, fijó la mirada en Cristina. Fue consciente de los cientos de teléfonos que de repente se alzaron, enfocándolo y grabándolo, pero le daba lo mismo. Tenía algo que decir y pensaba hacerlo.

—Lo siento. No sabes hasta qué punto me arrepiento. Y no me estoy refiriendo a ese estúpido montaje con Mabel Vargas —dijo con voz rotunda para que no cupiera duda sobre sus palabras—. Sé que te he defraudado, que he despreciado el regalo de tu confianza, que lo he roto en mil pedazos, pero no era consciente de ello. Por favor, perdóname y dame una segunda oportunidad. Te quiero.

Cristina lo miró aturdida. Cómo se atrevía a presentarse allí, en ese encuentro que ella había convertido en su santuario, y salir al estrado para pedirle perdón como si fuera el protagonista de una novela romántica. ¡Eso era la vida real! Y en la vida real los problemas no se solucionaban delante de un auditorio lleno de gente.

En la vida real, el dolor que había sufrido por su culpa era tan fuerte que le había desgarrado el corazón y vuelto las entrañas del revés, y no iba a dejar de sentirlo solo porque él diera un bonito discurso.

Bajó la mirada y negó con la cabeza, demasiado alterada para decir nada mientras los dedos de sus manos se clavaban en sus antebrazos asemejando garras.



—Cristina, por favor, te quiero, dame otra oportunidad —lo oyó repetir por el sistema de megafonía de la sala.

Ella se encogió aún más sobre sí misma al oír el rumor que recorrió el auditorio tras sus palabras. ¿Cómo se atrevía a usar su carisma para ganarse el favor de sus amigas y sus autoras favoritas?!

Alzó la mirada remisa, y él volvió a enzarzarse en un estudiado discurso sobre lo estúpido que había sido, cuánto se arrepentía y lo mucho que la quería.

Como si con eso bastara para hacerle olvidar la desesperación y el dolor de los últimos días.

—Jo, tía, se me están haciendo las bragas Pepsi-Cola —oyó que le decía Paola a Ascen, la rubia del pelo largo.

Cristina se volvió nerviosa en su dirección y fue entonces cuando se dio cuenta de que todo el auditorio la miraba esperando su respuesta. Y no cualquier respuesta, se percató, sino una respuesta tan novelesca como la interpretación que él estaba haciendo. Todos esperaban que dijera que sí, que lo perdonaba, que le dijera que todo estaba solucionado y que lo quería.

Apretó las uñas sobre su piel, sintiéndose acorralada. Estaba en su santuario, con sus amigas, y estas esperaban que cayera rendida a su encanto. Pero no podía. Tenía demasiada rabia dentro, demasiado dolor, demasiado miedo bullendo en su interior para sonreír y fingir que no pasaba nada.

Apretó los brazos contra el estómago y se inclinó hacia delante, tratando de mantener el poco control que le quedaba y que parecía diluirse entre océanos de rabia.

¿Cómo podía hacerle eso? ¿Cómo se atrevía a manipularla de esa manera?

—Cristina... —susurró Raúl asustado al ver su gesto de desesperada angustia.

Soltó el micrófono, dejándolo caer al suelo, y se internó en el pasillo para llegar hasta ella.

Cristina lo miró jadeante antes de saltar del asiento para escapar entre la gente que abarrotaba el pasillo. Estaba a punto de perder el control y no podía permitirse ese lujo. No allí, delante de las únicas personas con las que nunca había utilizado su disfraz de mujer normal y que, a pesar de eso, la habían aceptado como era. No podía mostrarles lo loca que estaba, la furia que la corroía cuando se dejaba ir, lo peligrosa que era.

—¡Cristina, espérame! —lo oyó tras ella.

—¡Aléjate de mí! —le gritó tan alterada que la cólera traspasó sus cuerdas vocales, convirtiendo su voz en un gruñido gutural más propio de un animal

que de una persona.

Esquivó a quienes se interponían en su camino y salió al patio, y de allí a la calle, donde echó a correr. No pasó mucho tiempo antes de que él la atrapara.

—¡Deja de correr! —exclamó agarrándola del brazo y obligándola a girarse.

—¡Suéltame, jodido cabrón! —le gritó rabiosa dándole un fuerte empujón.

Raúl la soltó sorprendido. Era la primera vez que lo insultaba y le gritaba. También la primera vez que lo empujaba. O que mostraba un ápice de agresividad.

—No te acerques a mí, ¡¿me oyes?! Mantente apartado, joder —le gritó metiéndose las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros para luego echar a andar furiosa hacia el hotel.

Necesitaba un lugar discreto en el que dejar salir la furia y calmarse. Y la calle, como atestiguaba la gente que los miraba como si fueran los actores de un teatro callejero, uno muy violento, eso sí, no era nada discreta.

—No puedo mantenerme apartado de ti: te quiero —masculló Raúl caminando a su lado.

—¡Cállate de una vez! —exclamó alzando las manos como si quisiera agarrarse la cabeza para luego bajarlas bruscamente, tan cerca de perder el control que le daba miedo hasta respirar.

—Fue solo un montaje para desviar la atención de ti —afirmó Raúl colocándose frente a ella—. ¡Tienes que creerme!

—Ya sé que fue un montaje. Yo, al contrario que tú, sí te creo cuando hablas —replicó colérica—. Siempre.

—Yo también te habría creído si no hubieras disfrazado de mentira todo lo que me decías —masculló furioso por el certero ataque.

—¡A veces la única manera de soportar la realidad es convirtiéndola en mentira!

Raúl la miró sobrecogido por el dolor que transmitía su voz.

—¡Te odio! —gritó ella empujándolo de nuevo—. Me has hecho daño. Aquí —gimió golpeándose el lugar del pecho en el que su corazón latía.

—Lo siento.

—¡No vale decir «lo siento»! Eso no hace que duela menos.

—Debería haberte creído...

—¡No digas tonterías! Nadie me cree jamás, y no necesito que tú lo hagas.

—Entonces ¿por qué estás tan enfadada? —murmuró perplejo.

—Déjame en paz. —Giró sobre sus talones para encaminarse de nuevo al hotel.

No estaba enfadada, estaba descontrolada.

Sus emociones eran una vagoneta que no paraba de subir y bajar por una montaña rusa y estaba a punto de descarrilar. Necesitaba encerrarse en la habitación y dejar salir la rabia.

Se llevó la mano al cuello y aferró la cuchilla que colgaba de la gargantilla.

A Raúl se le detuvo el corazón al verla.

—Cristina... —susurró acelerando el paso para colocarse a su lado.

Ella se limitó a levantar la otra mano, silenciándolo. Si quería seguirla como un perro faldero, bien, pero que no hablara. No soportaba oír su voz en ese momento.

Entró en el hotel, subió la escalera hasta la segunda planta y, en el momento en que pisó el pasillo, sacó las llaves de la habitación. Era la tercera de la izquierda. Entró sin molestarse en cerrar la puerta y dejarlo fuera. Sabía que él no se lo iba a permitir.

—Cristina, por favor, suelta esa cuchilla... —le pidió él.

Ella se volvió con mirada fiera. Ahora estaban solos en su territorio, en un lugar en el que nadie podía verla ni llamar a la policía si se comportaba como una loca. Ya no tenía que mantener el control. Y no pensaba hacerlo.

—¿Qué crees que voy a hacer con ella? —susurró esbozando una desquiciada sonrisa.

Y fue esa sonrisa, tan falsa como todas las que Raúl le había visto usar a lo largo de esos meses, lo que le dio la pista.

Quería que pensara que estaba loca.

—No tengo ni idea, ¿tal vez cortarte el pelo? —improvisó fingiendo indiferencia.

Ella dio un respingo y, soltando la cuchilla, se llevó las manos a la cabeza.

—Me cansé de llevarlo largo —musitó mirándolo recelosa.

—Te queda bien, es... original.

—Es horrible —masculló ella recorriendo la habitación nerviosa.

—A mí me gusta.

—Dirías cualquier cosa con tal de congraciarte conmigo.

—La verdad es que sí.

Ella se detuvo mirándolo furiosa para luego reiniciar su delirante paseo.

—Si no es por lo del montaje, ni por lo de no creerte..., ¿por qué estás tan enfadada conmigo? —inquirió Raúl.

—Dijiste que me llamarías.

—Traté de hacerlo, pero te recuerdo que rompiste el teléfono.

—¡No me eches la culpa! —aulló furiosa agarrando la lamparita del escritorio. La sujetó con fuerza antes de volver a dejarla en su sitio—. Estuve esperando una jodida llamada y no te molestaste en hacerla en todos los días.

—No tuve tiempo.

—¡No mientas! ¿De verdad quieres que crea que no tuviste un maldito segundo para coger el teléfono y llamarme?

—La diferencia horaria...

—Vivía pegada al móvil. Comía con él, dormía con él, ¡hasta cagaba con él!

—También podrías haberme llamado tú —replicó él con calma.

Ella lo miró furiosa, incapaz de replicar su lógica aplastante con una frase que no fuera acusatoriamente infantil.

—Me diste esperanzas y luego me las quitaste —murmuró abrazándose como si le doliera tanto que no pudiera erguirse—. Me hiciste soñar para después convertir mis sueños en pesadillas. Hiciste que creyera que podía...

—Sacudió la cabeza, notando que su rabia volvía a bullir, y eso no podía permitirlo—. Da igual. Vete.

—No voy a irme. Dime qué te hice creer.

—Que podía ser normal.

—Y lo eres.

—¡No lo soy! Soy una loca violenta y peligrosa —gritó empujándolo de nuevo—. ¡Y estoy a punto de perder el control! ¡Lárgate si no quieres que te haga daño! —le ordenó aterrorizada al notar que era incapaz de contenerse.

Quería atacarlo, hacerle daño, que pagara por todas las lágrimas que le había hecho derramar, por todos los segundos que lo había esperado angustiada, por todo el sufrimiento que llevaba guardando en su interior desde hacía tantos años que ya se había convertido en un viejo amigo.

—¡Vete! —gritó al ver que la miraba sin moverse del sitio.

—No —murmuró él con voz firme—. Adelante, pierde el control. —Abrió los brazos ofreciéndose—. Enfurécete, atácame, golpéame, libérate. Haz lo quieras conmigo, para eso estoy aquí.

—No sabes lo que dices —musitó dando un paso atrás para alejarse de él.

—Claro que lo sé —refutó caminando hacia ella—. Vamos, sé valiente, deja salir la rabia. Libérala.

—Déjame en paz —masculló negando con la cabeza.

—Está bien, te ayudaré —dijo cogiendo su mano para ponerla sobre su pecho y sujetársela contra su corazón con determinación—. Me has abierto tu alma y yo te he correspondido no creyéndote —afirmó—. No sé tú, pero yo desearía golpearte la cabeza hasta abrirmela por la mitad y que mi cerebro se desparramara en el suelo. ¿Quieres hacer eso?

—¿Golpearte la cabeza? —murmuró incrédula.

—Sí, mira, ahí tienes una lámpara. —Caminó sin soltar la mano que sujetaba contra su corazón y agarró la lamparita que había sobre el escritorio. Se la tendió—. Golpéame, vamos, quédate a gusto.

—¡No! —jadeó perpleja soltándose de su agarre.

—¿No quieres golpearme?

—¡Sí quiero!

—Pues hazlo. —Le puso la lámpara en la mano y ella se lo quedó mirando aturdida—. Tanto miedo que tienes de perder el control, y luego resulta que no eres capaz de hacerme daño ni aunque te lo suplique —se burló—. No eres tan peligrosa ni tan violenta como crees.

—¡Sí lo soy! ¡Estuve a punto de matar a un niño!

—¿Hace cuántos años? —replicó él con templada calma.

—¡Da lo mismo el tiempo! ¡Puede volver a repetirse! —gritó empujándolo—. Estoy loca, soy violenta y peligrosa, y harías mejor en irte.

—No estás loca, no eres violenta y, desde luego, no eres peligrosa.

—Sí lo soy.

—No estás controlándote, y todavía no me has hecho daño.

—Porque no me has atacado. ¡No puedo hacer daño a quien no me ataca!

—Pero si solo haces daño a quien te ataca, entonces no es que seas una loca violenta y peligrosa, sino que actúas en defensa propia...

—No tienes ni idea de nada, no sabes hasta qué punto puedo llegar.

—Enséñame.

—¡No! Lárgate y déjame en paz.

—No —dijo él con voz tranquila—. He venido hasta aquí por ti, y no pienso irme sin haber arreglado las cosas. Además, no sé si eres consciente de que volvemos a estar en el candelero.

—¿A qué te refieres?

—¿No lo recuerdas? Me he plantado en mitad de un estrado, delante de más de doscientas personas, y he dicho ante un micrófono, para que se oyera alto y claro, que lo de Mabel fue un montaje y que estoy enamorado de ti..., ah, y también te he pedido perdón, aunque no lo he hecho de rodillas, gracias a Dios. Jamás podría recuperarme de la humillación de verme en la tele...,

¿cómo ha dicho tu autora?, ah, sí, arrastrándome como un gusano para suplicar tu perdón.

—Yo no te he pedido que hicieras nada de eso —gruñó ella—. Es más, preferiría que no lo hubieras hecho, me he sentido acorralada. Todos me miraban, esperando que dijera que sí... ¿Sí a qué? ¿Qué me has ofrecido? ¡Nada! —estalló enfurecida.

—¡¿Nada?! Te he dicho que te quiero delante de un auditorio lleno de gente que a su vez lo mandará a todas las televisiones del planeta. ¿Eso es nada para ti? —La miró furioso durante un segundo y de repente sus ojos se iluminaron como si hubiera descubierto el mayor secreto del mundo. Esbozó una ladina sonrisa que hizo temblar a Cristina—. Pero para ti no es suficiente con decirte «te quiero» —musitó acercándose a ella—. «Te quiero» no es la declaración de amor correcta. «Te creo» sí que lo es.

Ella estrechó los ojos desconfiada, sin saber adónde quería llegar, y Raúl continuó hablando con apasionada sinceridad.

—Te creo cuando mientes y cuando dices la verdad, cuando callas y cuando hablas. Te creo cuando tus ojos son sinceros y tus sonrisas falsas. Cuando lloras y cuando gritas. Te creo siempre.

—¡Mentira! Nunca me crees —masculló ella dando un paso atrás para mantener la distancia.

—Ahora sí. Nunca más volveré a no creerte —replicó él—. Aunque esté lloviendo a mares, si me dices que hace un sol radiante me pondré el bañador y saldré a la cubierta de nuestro barco a tomar el sol contigo.

—¿Qué barco? —jadeó con voz ronca mirándolo asombrada. ¡Se había vuelto loco!

—El velero en el que vivimos.

—No vivimos en ningún barco.

—Por supuesto que sí. Vivimos en él cuando no estamos rodando y con él recalamos en todas las costas del planeta, seguimos la estela de las ballenas y los delfines y cabalgamos a lomos de las olas —declaró envolviéndole la cara entre las manos para evitar que apartara la mirada—. No necesitarás ser espuma de mar para que no puedan atraptarte, porque nuestro barco es tan rápido que lo deja todo atrás. En él, junto a mí, serás más libre de lo que ningún ser humano, animal o planta lo será jamás —afirmó, sus ojos esclavizando los de ella.

Cristina lo miró sorprendida. Eso era más o menos lo que ella le había dicho en el cementerio, cuando hablaron sobre la muerte, las sirenas y la espuma de mar.

—¿Lo recuerdas? —jadeó aturdida.

—Recuerdo cada palabra que has dicho. Y las creo. Te creo a ti, solo a ti —dijo.

Y Cristina supo sin ninguna duda que ese «te creo» en realidad significaba «te quiero».

—No puedes creerme, soy una mentirosa. —Bajó la cabeza y dio un paso atrás, convirtiéndose de nuevo en la Cristina tímida y retraída de siempre.

—Creo tus mentiras, incluso cuando son verdad —aseveró él tomándole la barbilla para obligarla a alzar la mirada—. Te creo.

—Estoy loca.

—Yo también.

—Tú no estás loco.

—Claro que sí, pero lo disimulo muy bien.

—Esto no me parece divertido —musitó ella sintiendo cómo sus ojos se llenaban de lágrimas.

—A mí tampoco, me estoy jugando la vida ahora mismo. Estoy al borde de la muerte... y solo tú puedes salvarme —afirmó atrayéndola hasta envolverla entre sus brazos.

—No digas tonterías —rebatió recostando la cabeza en el hombro de él.

—No las digo. —Le agarró la mano y se la puso en el corazón—. Siéntelo. No late bien, está acelerado —susurró besándole la frente—. Estoy enfermo, ¿no lo notas? Está a punto de reventar de amor. Tengo un grave problema cardíaco, tú misma se lo dijiste al *gaffer* el día que nos conocimos... Tienes que ayudarme a curarlo.

—Era mentira, me lo inventé.

—Pero para mí ahora es cierto, porque creo todas tus mentiras. Y también tus verdades. Cada palabra que sale de tu boca. Cada lágrima que abandona tus ojos. Cada suspiro que escapa de tus labios. Dios santo, no tienes ni idea de cuánto te creo. Te creo más allá del tiempo y la distancia, de la razón y la ilusión, de la pasión y el dolor. Lo eres todo para mí. Todo, Cristina. Por favor, créeme.

Ella lo miró con los ojos entornados.

—No pienso volver a disfrazarme de persona normal.

—¡Por supuesto que no! Las personas normales son de lo más aburridas.

—Tú eres una persona normal.

—No lo soy. Soy un pobre loco que se ha enamorado de una estrella y no sabe cómo subir al cielo para atraparla.

—Para ya —le reclamó empujándolo—. No necesitas subir al cielo para atraparla.

—¿Ah, no? Entonces ¿qué debo hacer?

—Agarrar un rayo de luna y trenzarlo con espuma de mar para hacer una red con la que atraparla cuando se asome a mirarse en un lago.

—¡Maravilloso plan! ¿Cómo no se me había ocurrido?

—Porque no estás loco.

—Pero sí lo estoy, mira. —Se retiró el pelo que le tapaba la nuca, como ella había hecho una vez meses antes—. Me faltan varios tornillos. ¿No ves los agujeros?

—Qué poco original eres, eso lo has copiado de mí.

—Dame tiempo, aún estoy aprendiendo...

—Te quiero.

Raúl cerró los ojos, todo su cuerpo preso de un temblor incontenible.

—Y yo te creo. Te creo tanto que me duele. Tanto que no puedo vivir sin ti. Te creo ahora y siempre —afirmó antes de besarla. Un beso lento y delicioso, de esos que hacen temblar las rodillas y encoger los dedos de los pies.

—¿Aún tengo tu permiso para golpearte la cabeza y desparramar tu cerebro por el suelo? —inquirió ella cuando se separaron.

—Por supuesto.

—Creo que prefiero arrancarte el corazón y comérmelo —dijo Cristina agarrándole súbitamente los delanteros de la camisa para, acto seguido, tirar con fuerza de ellos, arrancando los botones de los ojales.

—Me encanta cuando te pones violenta —gimió él cuando sintió los agudos dientes de ella atrapando su tetilla.

Ahogó un quejido cuando apretó un poco más fuerte de lo esperado, convirtiendo el placer en dolor. Dolor que pronto calmó con la lengua, transformándolo de nuevo en placer. Sacudió las caderas al sentir cómo le desabrochaba los pantalones para deslizar la mano bajo su ropa interior y agarrársela con erótica firmeza.

—¿Puedo descontrolarme y hacerte lo que quiera? —susurró Cristina en su oído.

—Siempre has podido. Soy tuyo desde que entraste por primera vez en la autocaravana y fijaste en mí tus enormes ojos más verdes que grises. Desde ese momento, estoy a tus pies...

Ella sonrió maliciosa y lo empujó obligándolo a dar varios pasos atrás hasta que sus gemelos toparon con la cama. Y en ese momento le dio un



fuerte empujón que lo hizo perder el equilibrio y caer tumbado de espaldas sobre el colchón. Se sentó a horcajadas sobre él y abrió las manos en abanico sobre su pecho.

—Te voy a torturar —susurró con ferocidad antes de bajar la cabeza y besarle el vientre.

Y eso hizo.

Deslizó los labios por su piel, aprendiendo de nuevo su sabor y su tacto, cada milímetro de su anatomía. Tanteó la cuenca de su ombligo con la lengua, midió la depresión de su vientre con largos lametazos, evaluó la sensibilidad de sus pezones con los dientes y probó el sabor de su cuello succionándolo hasta enrojecerlo. Y él se mantuvo inmóvil, permitiéndole jugar con su cuerpo a su antojo. Hasta que no pudo soportarlo más y la atrapó entre sus brazos para besarla hasta hacerle perder el aliento. Y mientras la besaba deslizó la mano por su nuca y le quitó la gargantilla de conos plateados para poder posar los labios en su cuello.

—No está afilada... —jadeó perplejo al sentir los bordes romos de la cuchilla.

—Claro que no. Si estuviera afilada podría cortarme la piel o la camiseta —replicó burlona antes de morderle el lóbulo de la oreja.

—Me has hecho creer que...

—Yo no te he hecho creer nada, lo has creído tú solito.

—Eres una tramposa —dijo agarrándole la camiseta para quitársela, aunque no era cosa fácil con tantas cadenas e imperdibles—. ¿Cómo narices se quita esto? —masculló frustrado.

—Por la cabeza —contestó burlona, quitándosela antes de que acabara por rompérsela.

Él soltó un ronco gruñido al ver que no llevaba sujetador. Alargó las manos para acariciarle los pechos y ella le dio un fuerte manotazo apartándolo para luego atraparle las muñecas y sujetárselas por encima de la cabeza a la vez que se ponía a cuatro patas sobre él.

Raúl se lamió los labios cuando la postura adoptada por ella situó sus rosados pezones a pocos centímetros de sus labios. Trató de atraparlos, pero ella se apartó, provocándolo.

Así que hizo lo único que podía hacer. Sacudió las caderas, haciéndola saltar para después girar sobre sí mismo con un brusco movimiento que la colocó bajo él.

—Y ¿ahora qué? —la desafió antes de bajar la cabeza y morderle el hombro.

—Ahora me haces el amor.

Y eso hizo.

Durante gran parte de la noche.

Hasta que su deseo se sació y quedaron ahítos de placer.

\* \* \*

—Le pregunté a tu madre por tu hermano —murmuró Raúl tiempo después, cuando el sol comenzaba a asomar en el cielo y la hora de partir se acercaba. Estaban relajados en la postura que tantas veces habían adoptado, él de espaldas sobre la cama y ella con la cabeza recostada en su hombro y la mano izquierda jugando sobre su torso.

Cristina se removió inquieta tratando de alejarse, pero él no se lo permitió.

—No existe —dijo ella en voz muy baja—. Me lo inventé cuando era niña. Quería ser como los demás y tener a alguien que me quisiera. Pero nadie me creía cuando hablaba de él. Se burlaban de mí mientras me acosaban, diciéndome que le pidiera ayuda para que viniera a rescatarme. Pero él no era real y nunca podía acudir en mi ayuda, así que busqué excusas que explicaran su ausencia. Comencé a inventarle viajes, y estudios y trabajos para argumentarlos, y tenían que ser trascendentales para el mundo y salvar vidas, porque solo algo muy importante podía conseguir que se alejara de mí. Pero la verdad es que mi hermano no es real. Nunca lo ha sido.

Raúl cerró los ojos sintiendo el dolor de ella en las tibias gotas saladas que sus ojos derramaban sobre su pecho.

—Para ti sí es real —replicó envolviéndola entre sus brazos—. Y para mí también lo será.

Ella alzó la vista, observándolo perpleja. ¿A qué se refería?

—¿Dónde está ahora? ¿Sigue en el Amazonas? —inquirió mirándola con cariño.

Cristina entornó los párpados confundida antes de esbozar una luminosa sonrisa totalmente sincera.

—Sí. Le comenté lo que me dijiste acerca de que investigara las hormigas y lo ha hecho. Y, por lo visto, tienen mucho que ver con que la gente de esa tribu no enferme...

—¡Vaya! Cómo me alegro de haberlo ayudado.

—Te está muy agradecido. Y yo también —murmuró ella frotando la nariz contra el áspero vello de su torso—. Ahora está preparando otro viaje.

—¿Adónde?

—Aún no lo tiene seguro, aunque está estudiando hacer una expedición por el Ártico para arribar a Svalbard y hacer una visita al buque *Ramón de Margalef*, que está atracado allí.

Raúl entornó los ojos al oírla. Esos nombres le resultaban muy conocidos.

—¿Ese buque no es el mismo en el que va el protagonista de la novela que estabas leyendo antes de separarnos? ¿Cómo se llamaba?... ¿Jared? —preguntó intrigado.

—¡Sí! ¿Lo recuerdas? —comentó ilusionada.

—Ya te lo he dicho: no olvido jamás nada de lo que me dices —susurró besándola—. ¿Qué pasó con él? ¿Consiguió conquistar a Nur?

—Por supuesto, pero antes de eso tuvo que realizar un largo periplo por el Ártico.

—Y quieres que tu hermano le haga compañía.

—Creo que se llevarían muy bien.

—Seguro que sí.

—¿A que no sabes qué estoy leyendo ahora? —exclamó entusiasmada dando un salto para sentarse a horcajadas sobre él.

—No tengo ni idea —murmuró atrapándole las manos para besarle los dedos.

—La historia de un rey enamorado de una dríade.

—¡De una dríade! Qué interesante.

Raúl atrapó con su mirada la de ella y le deslizó los labios por la palma de la mano hasta posarlos en la muñeca. La besó. Y luego hizo lo mismo con la otra mano.

Ella se quedó sin aliento al sentirlo besar su muñeca por encima de las pulseras. ¿Recordaba lo que le había contado sobre su amiga y ella? ¿Creería que era verdad?

Se obligó a permanecer inmóvil.

—Te encantará el libro, ojalá pudieras convertirlo en una película —musitó con un nudo en la garganta.

—Cuéntame más —le pidió Raúl mientras le quitaba con delicado cariño las pulseras que rodeaban, y ocultaban, sus muñecas.

—Se desarrolla en un mundo de fantasía en el que las dríades existen y los hombres, en ocasiones, se enamoran de ellas —musitó sin aliento mientras él iba dejando al descubierto las irregulares cicatrices.

—Las dríades existen en el mundo real, y los hombres, por supuesto, se enamoran de ellas —dijo besándole reverente las cicatrices—. Yo me he enamorado de una.

## Epílogo

*20 de septiembre de 2019*

Raúl dejó en la mesa el guion que estaba leyendo al oír la llave girar en la puerta. Se estiró perezoso y esperó a que la mujer con la que compartía su vida entrara en la casa que habían convertido en su nidito de amor. Sonrió al recordar el rotundo fracaso en que se había convertido su intento de vivir en un barco. Solo había durado dos días, los necesarios para comprobar que su amada se mareaba en él.

—¿Aún no te has vestido? —lo increpó Cristina al verlo todavía en vaqueros y camiseta—. ¡Llegaremos tarde!

—Hay tiempo de sobra.

—Siempre dices eso...

—Y siempre llegamos a tiempo —comentó levantándose para recibirla entre sus brazos—. ¿Cómo has visto a Valentina? —inquirió tras besarla.

—Bien, parece muy centrada.

—Siempre lo ha parecido..., y ya ves lo que pasó —masculló Raúl, a quien no le gustaba nada que Cristina visitara tan a menudo el centro psiquiátrico para ver a la maquilladora, quien había resultado ser la Vengadora Animal.

Todo el tiempo había sido ella, y nadie había sabido verlo.

—¿Vas a empezar otra vez con lo mismo de siempre?

—*Nop*, no me sirve de nada. Siempre haces lo que mejor te parece.

—Soy una mujer libre.

—Y yo, sin embargo, soy tu rendido esclavo —musitó besándole el cuello—. ¿Qué vas a ponerte esta noche? —preguntó acariciándole el cuello con la nariz.

—Dos triángulos de tela unidos por imperdibles —replicó ella dirigiéndose al baño para darse una ducha y luego cambiarse.

Raúl frunció el ceño intentando imaginarse cómo podía convertir esos dos triángulos en un vestido de gala. Pero no se le ocurrió la manera, así que se encogió de hombros y volvió a sentarse a la mesa para seguir leyendo.

—Vístete —le sugirió ella poco después, asomándose a la puerta gloriosamente desnuda.

—Casi preferiría desvestirme —musitó devorándola con la mirada.

—Llegaremos tarde.

—No importa, ya hemos visto la película.

Se acercó con la intención de abrazarla. Y algo más.

—Por supuesto, la has dirigido tú —señaló Cristina lanzándole un sensual beso para luego encaminarse presurosa al dormitorio. Él la siguió sin dudar—. Pero hoy es el preestreno, y se supone que el director tiene que estar presente.

—Jota puede sustituirme.

Raúl se quitó la camiseta, dejándola en mitad del pasillo, y comenzó a desabrocharse los pantalones.

—Pero es a ti a quien esperan —señaló Cristina abriendo la puerta de la habitación que compartían con un erótico meneo de caderas.

—En realidad, la prensa, el público y todo el mundo mundial te espera a ti —rebatía Raúl, entrando tras ella solo para detenerse al encontrarse con su traje, su camisa y la ropa interior dispuesta sobre la cama. La miró herido—. ¿Me has tendido una trampa?

—¿Yo? —Compuso su sonrisa más inocente—. Por supuesto que no.

Raúl miró a Cristina, la cama, la ropa y de nuevo a Cristina. Suspiró pesaroso.

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que te creo? —musitó deshaciéndose del pantalón por si acaso así la tentaba.

—Cada día. Yo también te creo —replicó ella lanzándole un beso antes de entrar en el baño.

Raúl se miró su rígida erección y fue tras ella.

—Soy un hombre mayor, no deberías desaprovechar la oportunidad cuando aparece. No sabemos cuándo va a volver a presentarse. —Acarició compasivo su pobre pene.

—No pierdas cuidado, por experiencia sé que se presenta todas las noches y muchas mañanas.

—Allá tú y tu conciencia —dijo entrando en la ducha.

Cristina esperó hasta que lo vio meterse bajo el agua y se volvió sonriente para mirarlo a placer. Su erección se bamboleaba impaciente mientras él se

lavaba. Se lamió los labios, deseando acompañarlo. Pero no podía. Porque si lo hacía llegarían tarde, y ¡era el preestreno de su última película!

Le dio la espalda para no caer en la tentación y comenzó a arreglarse.

—He invitado a mi hermano, pero no creo que pueda venir —comentó mientras se maquillaba los ojos usando un negro cremoso en el párpado superior que acabó con un burdeos difuminado.

—Ojalá pudiera. ¿Sigues en el Ártico estudiando el kril? —inquirió Raúl desde detrás de la mampara.

—Sí.

—Le va a resultar complicado encontrar transporte para venir, allí el invierno es muy duro y los barcos se quedan retenidos en el hielo.

—Lo sé, por eso le he dicho que le mandaríamos un Blu-ray de la película —replicó ella delineándose las pestañas inferiores con un lápiz negro que luego difuminó para después dibujar una tela de araña que partía del rabillo del ojo y se extendía por sus sienes.

—Por supuesto, le pasaré nota al departamento de prensa en cuanto salga de la ducha.

—Gracias, eres un sol.

Cristina le lanzó un beso que él se apresuró a atrapar entre sus dedos para luego llevárselo a los labios.

—También he invitado a Angelina.

Raúl tardó un instante en comprender a quién se refería.

—¿Jolie?

—Sí.

—¿Qué tal le va con Brad? —preguntó intrigado. Cristina era única creando historias, tal vez inventara un final feliz para esos dos.

—No lo sé, ya sabes que cuando hablo con ella no tocamos esos temas.

—Cierto, vuestras conversaciones son más filantrópicas —murmuró divertido.

—Raúl...

—Te creo, Blancanieves, siempre lo hago —replicó él al punto. Creerla había sido su promesa y no pensaba romperla—. Pero no puedo dejar de sorprenderme por la manera tan curiosa en que la conociste —señaló malicioso mientras se lavaba el pelo.

—No será la primera vez que alguien se encuentra en la calle con un famoso —declaró ella mientras se delineaba los labios con un perfilador negro antes de pintárselos con el mismo tono burdeos que los ojos.

—Claro que no, que una de las actrices más relevantes de Hollywood compre dos viejos bancos para restaurar en un mercadillo de Mallorca y que mi mujer se la encuentre y la ayude a transportarlos es lo más normal del mundo —dijo Raúl acabando de aclararse para luego salir del amplio cubículo.

—No es normal, pero es verosímil.

—Por supuesto —aceptó besándole la nuca desnuda—. Si no te vistes pronto, llegaremos tarde —murmuró deslizándole las manos por el vientre para luego ascender a sus pechos.

—Lo mismo te digo.

—No quiero ir.

—Lo sé. He pensado que Angelina sería maravillosa para interpretar a Gala en la adaptación de *No lo llames amor* para el cine —dijo Cristina acabando de maquillarse.

—Propónselo, tal vez acepte —comentó Raúl con indiferencia mientras se peinaba el pelo con los dedos—. ¿No iba a venir una peluquera a peinarte?

—No, hoy me siento extremadamente feliz y no quiero que nada pueda limitarme, ni siquiera un poco de laca —afirmó sacudiendo la cabeza. Su larga melena negra voló alrededor de ella.

—Eres tan preciosa —murmuró él antes de inclinarse para besarle el tendón del cuello—. Quedémonos.

—Vístete mientras me cambio.

Él resopló malhumorado, aunque se vistió con rapidez mientras ella tarareaba una suave tonada que le recordaba a una nana.

—¿Cómo vas? —indagó girándose hacia ella cuando estuvo totalmente vestido.

Se quedó de piedra al verla. En efecto, su vestido consistía en dos triángulos unidos con imperdibles. Ambos negros, de seda y licra, que se ajustaban como un guante a la parte superior de su cuerpo para, al llegar a las caderas, caer con un amplio vuelo.

El primero era un largo triángulo cuya cúspide envolvía su cuello para luego abrirse sobre la parte delantera de su cuerpo, cubriéndola en abanico desde los pechos a los tobillos. La cumbre del segundo comenzaba por debajo de su cintura y se abría con brusquedad para tapar apenas su trasero y acabar cayendo hasta sus talones, dejándole desnuda la espalda y una delgada franja de piel a los lados. Ambas piezas se unían en los costados mediante finas cadenas doradas sujetas por imperdibles, también dorados, prendidos en los laterales de los triángulos.

Estaba impresionante.

Raúl tragó saliva, tan excitado que le costaba pensar, aunque eso no era extraño: toda su sangre había abandonado su cerebro y estaba muy ocupada manteniendo rígida cierta parte de su anatomía, a la que Cristina, por desgracia, no prestaba la más mínima atención.

De hecho, no parecía estar prestando atención a nada, excepto a las raras posturas que adoptaba, pensó con un asomo de lucidez al ver que arqueaba la espalda echando los hombros exageradamente hacia atrás a la vez que sacaba tripa, sus manos agarrando la tela para tensarla sobre su vientre.

—¿Qué haces? —La miró entre intrigado y divertido, apoyado en el marco de la puerta.

—Intento imaginar el aspecto que tendré cuando esté tan embarazada que no pueda caminar recta —murmuró echando los hombros aún más hacia atrás.

Raúl estuvo a punto de caerse de la impresión.

—¿Tratas de decirme que estás embarazada? —musitó con un hilo de voz.

—No trato de decirte nada —replicó ella con una inocente sonrisa que no podía ser más falsa.

—Entiendo —murmuró Raúl, aunque en realidad no entendía nada—. Entonces... —tragó saliva— ¿estás embarazada?

—¿No crees que tendría que hacerme las pruebas para saberlo con seguridad? —repuso mirándose una vez más antes de recuperar su postura normal y salir del baño—. El chófer debe de estar a punto de llegar. —Cogió su abrigo del armario—. Deberíamos ir bajando.

—Sí, claro, tienes toda la razón —aceptó él, su mente puesta en el posible embarazo—. ¿Cuándo vas a hacerte las pruebas?

—¿Qué pruebas? Ahora que me fijo, ¿vas a ir sin chaqueta? —le preguntó Cristina mirándolo con los ojos entornados antes de coger el bolso y dirigirse a la entrada.

—Es un preestreno de gala: la chaqueta es obligada —dijo siguiéndola—. Me refiero a las pruebas para saber si estás em...

—Y ¿no crees que deberías ponértela antes de salir de casa? —le preguntó sin permitirle acabar la frase.

—Ah, sí, claro —masculló él regresando al cuarto para ponerse la prenda. Luego se apresuró a volver a la entrada, pero ella ya había salido y lo esperaba en el vestíbulo—. ¿Has hablado con tu ginecólogo? —dijo nervioso entrando en el ascensor con ella.

—¿Crees que Jota vendrá con alguna acompañante? —inquirió Cristina evitando contestar.



—No lo sé. Lo averiguaremos dentro de unos minutos —replicó Raúl con más impaciencia de la que quería mostrar—. Cristina, ¿no vas a decirme...?

—Estoy deseando que alguna chica lo atrape, me encantaría verlo sentar cabeza.

—Jota no tiene ninguna cabeza que sentar —masculló él saliendo del ascensor cuando se detuvo en el bajo. La miró ceñudo antes de formular la pregunta que lo carcomía de otra manera, tal vez así se aviniera a darle una respuesta—. Cristina, por favor, contesta mi pregunta: ¿hay alguna sospecha que quieras contarme?

Ella entornó los ojos pensativa antes de sacudir la cabeza.

—No. No sospecho de nadie, aunque, ahora que lo pienso, la del cuarto derecha creo que se trae algo entre manos con el del quinto izquierda, porque siempre los veo esperarse el uno al otro en la esquina del edificio —señaló bajando la escalera del portal.

—No me refiero a esas sospechas, y lo sabes —gimió Raúl.

—Mira, ya está aquí Felipe —dijo ella saliendo a la calle para caminar presurosa hacia el Mercedes que los esperaba a pocos metros.

No tardó en montarse en el asiento trasero. Un segundo después, Raúl se sentó a su lado.

—Sabes que te creo. Te creo muchísimo. Pero todo hombre tiene sus límites. Y yo estoy llegando a los míos —musitó él cogiéndole las manos—. Dímelo, por favor.

—¿El qué? —Parpadeó con fingida inocencia—. ¿Qué también te creo? Claro que sí. Muchísimo. Más que a nada en el mundo.

—Sabes que no te estoy preguntando eso.

—¿Ah, no? Vaya, yo pensaba que sí.

Raúl le dedicó su mirada más penetrante, y ella en respuesta sonrió encantadora.

—Está bien, esperaré —murmuró besándola. Luego se recostó en el asiento y ella subió los pies a su regazo. Y en ese momento se dio cuenta de algo que le había pasado desapercibido debido a que tenía toda su atención concentrada en lo que ella había sugerido—. ¿No te has calzado?

—Me gusta sentir el roce de la seda en los pies —dijo ella por toda respuesta.

—Pero si ya lo sientes en todo el cuerpo —masculló Raúl—. Por cierto, ¿llevas bragas? —inquirió al darse cuenta de que no veía ninguna tira de tela entre los imperdibles y las cadenas que sujetaban los dos triángulos.

—Claro que no; si las llevara, se verían en los costados, donde no hay tela.

—Este va a ser el preestreno más largo de mi vida —farfulló recolocándose los pantalones para dar acomodo a su erección.

\* \* \*

—¡Cristina! ¡Raúl! ¡Aquí! ¡Sonreíd a cámara! —gritaron los periodistas apostados frente a las vallas de la alfombra roja cuando el Mercedes se paró a los pies de la misma y el director de moda y su pareja bajaron del coche—. ¡Un beso para la posteridad, por favor!

Cristina sonrió a cámara y, sin pensarlo un segundo, se puso de puntillas y dio un brevísimo beso a su chico en los labios. Él sonrió ante su gesto, secretamente asombrado al percatarse de cuánto había cambiado todo para él desde que la conocía. Todo era mucho más sencillo, más fácil, más... repentino y divertido.

—¡Otra vez, Cristina, por favor! —gritaron los periodistas.

Ella esbozó una pícaro sonrisa a la vez que negaba con la cabeza.

—¡Estás guapísima! ¡Déjanos ver tu vestido!

Cristina arrugó la nariz como si lo estuviera pensando y de repente comenzó a girar sobre la alfombra roja mientras una cantarina risa escapaba de sus labios.

—Cada día que pasa es más hermosa que el anterior —murmuró Jota parándose junto a Raúl mientras observaba a la mujer que coqueteaba con la prensa. Descalza, con el acentuado maquillaje gótico de sus ojos, el pelo volando alrededor de su cabeza y las luminosas enredaderas tatuadas en sus muñecas ascendiendo por sus antebrazos hasta envolver su cuello. Era una ninfa oscura, tan hermosa como enigmática, y amaba con toda el alma a su mejor amigo—. No sabes cómo te envidio.

—Antes de que te des cuenta encontrarás a tu alma gemela y estarás tan enamorado como yo.

—¡No digas eso ni en broma! —Jota fingió un escalofrío—. Tengo suficiente amor para toda la vida solo con veros a vosotros.

—¡Jota! —exclamó Cristina corriendo hacia él. Lo abrazó dándole un sonoro beso en cada mejilla—. ¿Vienes solo?

—Solo tú me quieres... y ya estás atrapada, aunque aún tengo la esperanza de que dejes a este carcamal y te fugues conmigo —dijo pasándole un brazo por los hombros—. Dime la verdad, ¿aún se le pone dura cada noche? —le susurró al oído.

Ella estalló en carcajadas, y los *flashes* de las cámaras fotográficas volvieron a iluminar la noche en su avidez por fotografiarla.

—Te adoran casi tanto como yo —murmuró Raúl al ver que comenzaban a llamarla de nuevo—. Anda, ve con ellos —le dijo dándole un beso en la sien y dejándola ir, pues sabía que disfrutaba coqueteando con la prensa.

Ella esbozó una animada sonrisa y caminó de nuevo hacia los fotógrafos.

—¿Cuándo vais a formalizar vuestra relación? —le preguntaron unos.

—¿Vas a volver a participar como guionista en su próxima película? —inquirieron otros.

—¿Qué puedes contarnos de la cuarta temporada de *Besos robados*?

—Se rumorea que la productora ha comprado los derechos de tu novela favorita para convertirla en una película de gran presupuesto que va a dirigir Raúl. ¿Es verdad?

Cristina los miró divertida. ¿En serio esperaban que respondiera a esas preguntas? ¡Qué poco la conocían!

—Cristina —le llegó la voz alta y clara de una pelirroja de mirada pícara y sonrisa peligrosa—. Regálanos un beso con Raúl —le pidió.

—Ya nos hemos dado uno antes.

—Ha sido tan rápido que casi no lo hemos podido fotografiar —apuntó otro periodista—, que sea un poco más largo.

Cristina sonrió al hombre, pero fijó su mirada en la fotógrafa pelirroja. Había algo en esa mujer que le hacía desear conocerla mejor, tal vez su gesto desafiante, o quizá su mirada clara y burlona, o puede que su sonrisa pendenciera.

—¿Qué beso le darías tú? —le preguntó directamente.

—Uno con lengua, es demasiado guapo y está demasiado enamorado de ti como para que me conforme con menos.

—Prepara la cámara —le dijo Cristina dejando mudos a todos los que la rodeaban.

No se atrevería. El director, aunque ya no era tan huraño y hosco como antes, tampoco era muy dado a mostrarse cariñoso frente a la prensa.

—¿Qué les has dicho para que nos miren así? —inquirió Raúl cuando ella llegó hasta él.

—Les he prometido un beso con lengua.

—No —replicó rotundo clavando una fiera mirada en ella.

—Está bien —murmuró Cristina girándose de nuevo hacia los periodistas para negar con la cabeza con gesto pesaroso.

—No entiendo cómo te has dejado liar por ellos —musitó Raúl pasándole una mano por la cintura—. Vámonos, ya han hecho fotos de sobra..., aunque a veces parece que nunca tienen suficientes —masculló cuando volvieron a estallar los *flashes*.

—Eso es por culpa de esta señorita, que los alborota —dijo Jota burlón.

—¿Yo? Pero si soy una santa —murmuró Cristina bajando la cabeza con timidez—. ¿Sabes lo que estoy pensando? —le dijo a su pareja en un tono tan bajo que solo él pudo oírla.

—No, pero me gustaría saberlo —replicó intrigado al ver que lo tomaba de las manos para luego reposar la frente contra su hombro en una actitud demasiado cariñosa para una alfombra roja.

—Estoy pensando que si me hicieras la pregunta apropiada te daría la respuesta que buscas —murmuró llevando las manos de él a su vientre.

Raúl se quedó totalmente inmóvil, sus pulmones paralizados, al igual que los latidos de su corazón, mientras sus ojos aprehendían los de ella.

—¿Voy a ser padre?

Ella sonrió antes de ponerse de puntillas y susurrarle la respuesta al oído.

Un instante después, Raúl la abrazó contra sí y la fotografió pelirroja y todos los demás consiguieron su beso con lengua. Uno muy largo, muy apasionado y muy enamorado.

\* \* \*

—Ver para creer..., has besado a tu mujer delante de todas las cámaras del mundo —se burló Jota caminando junto a Raúl y Cristina por el pasillo del cine.

—Me ha dado una noticia tan maravillosa que me ha sido imposible no explotar de felicidad.

—Y ¿qué noticia es esa, si puede saberse?

—Vas a ser tío putativo —replicó Raúl orgulloso.

Jota tropezó con sus propios pies al oírlo.

—No estarás diciendo lo que creo que estás diciendo —jadeó mirándolo perplejo. Raúl le respondió con una luminosa sonrisa que no dejaba lugar a dudas de que sí estaba diciendo lo que él creía—. Oh, joder. Va en serio. —Sacudió la cabeza para librarse de su perplejidad—. No sé si felicitarte o darte el pésame por perder tu preciada libertad para pasarte los próximos dos años limpiando mierda, cambiando pañales y soportando llantos en mitad de la noche...

Raúl le dirigió una acerada mirada antes de adelantarse para abrirle a Cristina la puerta del palco que iban a ocupar.

Se quedó perplejo al ver a la mujer que los esperaba dentro.

—¡Angelina! ¡Has podido venir! —exclamó Cristina abrazando a su amiga.

## Agradecimientos

Permitidme que os cuente una historia, esta vez totalmente real, de la que tuve el enorme privilegio de ser testigo de primera mano.

Todo comenzó a finales de 2016, cuando recibí un mensaje que daría inicio a una de las experiencias más maravillosas y gratificantes de mi vida. Me lo mandaba Raúl, y en él me solicitaba ayuda para montar una escena, en mitad de un evento romántico, en la que él le pediría —de rodillas y con anillo, como Dios manda— matrimonio a la mujer que amaba, Cristina. Sí, tal cual lo leéis. Por supuesto, no lo dudé un instante. Le dije que contara conmigo para lo que fuera.

Y nos pusimos manos a la obra.

Él tenía una idea clara de cómo quería hacerlo. Quería que fuera en un evento romántico en el que yo estuviera en mesa y pudiera contar parte de su historia fingiendo que era el libro que estaba escribiendo, para acabar diciendo que no sabía cómo terminar la novela porque no tenía el final de la historia. Porque, claro, ese final solo lo tenía la protagonista, Cristina. Y en ese momento tendría que liarla (y nunca mejor dicho) a ella para subir al escenario y después hacer salir a Raúl, momento en que él se arrodillaría, sacaría el anillo y le pediría matrimonio...

Y eso fue lo que hicimos.

En el III Encuentro Romántico de Armilla, el 3 de marzo de 2017.

Para llevar a cabo tan maquiavélico, y a la vez maravilloso, plan, Raúl y yo contamos con la inestimable ayuda de una de las organizadoras del evento, Dama Beltrán, que nos ayudó dándome el puesto final en una de las ponencias, desde la que pude tejer la tela de araña en la que atrapamos a Cristina, quien me miraba entre asombrada e incrédula mientras pensaba cómo era posible que yo supiera tanto de su vida.

Ay, querida, porque tu chico me la había contado.

Cuando terminé mi «monólogo», le dije a Cristina que tenía que contarnos el final, y con esa excusa la hicimos salir al escenario. Luego salió Raúl. Y

tuvo lugar una de las escenas más bonitas, emocionantes y conmovedoras a las que he asistido nunca.

Raúl, Cristina, no puedo siquiera transmitir la ilusión que me hizo poder vivir ese momento a vuestro lado, lo agradecida que me siento, lo maravilloso que fue todo. Os deseo de todo corazón que seáis tan felices como merecéis y que siempre viváis en vuestro maravilloso cuento de hadas particular.

Y, Dama Beltrán, muchas gracias por tu inestimable ayuda y por poner el Encuentro Romántico de Armilla a nuestra disposición. Sin ti no habría sido posible.

## Nota de la autora

Aunque os pueda parecer lo contrario, el argumento y la trama de esta historia estaban dando vueltas en mi cabeza desde mucho antes de recibir el mensaje de Raúl. Aunque, obviamente, en el momento en que nos pusimos manos a la obra con su «propuesta matrimonial», no pude evitar añadirla a la trama de esta historia.

Por supuesto, los protagonistas de mi libro no guardan ningún parecido físico, personal, psicológico o laboral con el Raúl y la Cristina reales. Solo han adoptado sus nombres, nada más. Tampoco las personas que aparecen en esta historia son reales, excepto Fabián Vázquez, Jairo Manso y María Cabal, de los que me apropié el nombre y el físico (que no la personalidad) para mis personajes, y Noe Casado y Regina Roman, que son dos de las autoras que me acompañaban en mesa en el momento de la declaración del Raúl real; Dama Beltrán, que, como he dicho, me ayudó a tender la trampa a la inocente Cristina real, y Paola Maleta a Cuestas y Ascen, que son dos buenas amigas a las que, sin explicarles el motivo, les pedí que estuvieran muy atentas y grabaran todo lo que sucediera cuando llegara mi turno de hablar en mesa (para que así Raúl y Cristina tuvieran su declaración en vídeo para la posteridad).

Los eventos románticos a los que asiste Cristina durante el libro son reales, aunque a veces no coinciden con las fechas que he puesto, y que he modificado para que cuadraran con el hilo temporal de la historia. Os emplazo a asistir a alguno (en realidad, a todos); son magníficos, divertidos, y una ocasión estupenda para poder hablar de lo que más nos gusta, la novela romántica, con lectores, autores, blogueros, editores, traductores. Yo intento asistir cada año a varios y nunca me arrepiento de hacerlo.

Escribir esta historia ha sido un verdadero desafío, porque se desarrolla en un entorno, el de los rodajes de series, del que no conocía absolutamente nada, y que, cuando comencé a investigar para documentarme, me apasionó hasta llegar casi a obsesionarme. Y eso es muy peligroso, al menos para mí, porque tenía tantas ganas de narrar todo lo que iba aprendiendo, de contar lo



maravilloso, complejo y envolvente que podía llegar a ser este mundo que, en ocasiones, me dejé llevar y trasladé al papel mi obsesión, llenándolo de datos totalmente innecesarios para la historia.

Creo haberlos quitado todos, pero, si no es así, disculpadme: la pasión pudo conmigo.

Quería comentaros también que, para no volveros locos/as, he resumido o eliminado muchos de los cargos. Los oficios propios de un rodaje: director, director de fotografía, *script*, ayudantes de dirección, asistentes de producción, guionistas, operadores de cámara, técnicos de sonido, de vídeo, de audio, microfonistas, *dolly grip*, sastres, *staff* artístico, de producción, de dirección y técnico, productor, asesor de contenidos, montadores, pintores, utilleros, decoradores, tramoyistas, etcétera, son muchísimo más numerosos y complejos que los que reflejo en el libro. Pero, si los hubiera reseñado todos, habría escrito un manual de cine (además, uno muy malo, porque mi documentación no ha llegado ni a arañar la puntita de lo que es un rodaje real). Así que, con el fin de evitar volveros locos (y, de paso, no acabar yo más loca de lo que ya estoy), decidí acortar (y mucho) los desempeños de los personajes de este libro. En la vida real, todos —Raúl, Jota, Neus, Cristina, Miguel, etcétera— tendrían muchísimos más quehaceres y responsabilidades que asumir. También habría mucho más personal. Pero esto no es la vida real, y mi cometido es entreteneros, no poneros la cabeza como un bombo.

Por otro lado, los nombres de los pueblos en los que se graba la serie son inventados. Por dos motivos: el primero, porque no era necesario que fueran reales para esta historia, e inventármelos me facilitaba mucho el trabajo; el segundo, y tal vez más importante, porque no quería que ningún pueblo real fuera relacionado con los ataques a los animales, que, por supuesto, también son inventados. Sin embargo, por desgracia, en más ocasiones de las que querría (que son cero), son reales.

Espero que hayáis disfrutado con esta historia. Que os haya hecho reír, soñar, emocionaros y soltar alguna que otra lagrimita (aunque pocas, ¿eh?!).

Si queréis saber más sobre mí, podéis acceder a mi web: [www.noelia-amarillo.com](http://www.noelia-amarillo.com). Allí encontraréis información sobre mis novelas, los eventos a los que acudo y diversas noticias.

Si queréis contactar conmigo, hay varias maneras:

A través de Facebook: <https://www.facebook.com/noeliaamarillo.etien>

A través de Twitter (aunque confieso que no me aclaro mucho con esta red social): @Noelia\_Amarillo

A través de Pinterest (donde encontraréis tableros de casi todas mis novelas): <https://es.pinterest.com/noeliaamarillo>



NOELIA AMARILLO nació en Madrid el 31 de octubre de 1972. Creció en Alcorcón (Madrid) y cuando tuvo la oportunidad se mudó a su propia casa, en la que convive en democracia con su marido e hijas y unas cuantas mascotas. En la actualidad trabaja como secretaria en la empresa familiar, disfruta cada segundo del día de su familia y amigas y, aunque parezca mentira, encuentra tiempo libre para continuar haciendo lo que más le gusta: escribir novela romántica.

Su relato *El corazón de una estrella*, fue uno de los cinco ganadores del I Premio Narrativa Romántica La Máquina China.

# Notas

[1] Guión gráfico que muestra la estructura de una película mediante sencillas ilustraciones. <<

[2] Protagonista de *El resplandor*, personaje interpretado por Jack Nicholson en la película dirigida por Stanley Kubrick en 1980, basada en la novela homónima de Stephen King. <<

[3] En un rodaje, el script o continuista es el encargado, entre otras cosas, de supervisar la continuidad de las escenas. <<

[4] Vehículo sobre el cual se emplazan la cámara y el operador. <<



[5] Deporte que consiste en desplazarse utilizando los obstáculos urbanos o naturales trepando, saltando, corriendo y empleando libremente los movimientos del cuerpo. <<

[6] Cleveland International Film Festival. <<

[7] Distribución y transmisión digital de contenido multimedia a través de la televisión. <<

[8] Estrategia en que las cadenas ubican antes de un estreno un programa consolidado y de éxito para arrastrar su audiencia al estreno. <<

[9] Operador del carro dolly. <<